PORTUGAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE BRASIL

Jorge Couto

COLECCIONES MAPFRE 1492

La Tierra de Vera Cruz, después llamada Brasil, presentaba, cuando llegaron los portugueses, a finales del siglo XV, unas características geofísicas, demográficas y de organización social que fueron alteradas a lo largo de los siglos por la colonización. Las diferentes tribus indígenas realizaban una explotación del medio basada en técnicas primitivas, sobre todo la agricultura de *coivara* y la caza, que pronto fueron modificadas por los colonizadores, debido a las necesidades de comercialización del palo brasil y de la caña de azúcar con el establecimiento de las grandes factorías. En el contexto de estos intereses comerciales y políticos se inscriben la rivalidad, las disputas y los acuerdos diplomáticos entre Portugal y Castilla por el dominio del Atlántico, cuya referencia fundamental es el Tratado de Tordesillas. En todos estos procesos tuvo una gran importancia la tarea de la Compañía de Jesús. Jorge Couto realiza un análisis exhaustivo de estos aspectos, de los modelos de la colonización, la aculturación y la evangelización de los indios.

Jorge Couto (Ponta Delgada-Azores, 1951). Licenciado en Historia y doctor en Historia Moderna. Asistente de la facultad de Letras de Lisboa. De la Comissâo Nacional para as Comemoraçoes dos Descobrimentos Portugueses. Obras: *A Desvinculaçao Pombalina na Ilha de S. Miguel* (1986), *Pêro de Magalhaes de Gândavo e a «História da Província de Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil»* (1989).

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Colección Portugal y el Mundo

PORTUGAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE BRASIL

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Maísa Marbán
Diseño de cubierta: José Crespo

Obra publicada con el apoyo
de la Fundación Calouste Gulbenkian
de Lisboa

© 1996, Jorge Couto
© 1996, Fundación MAPFRE América
© 1996, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
I.S.B.N.: 84-7100-668-5
Depósito Legal: M. 19579/1996
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19 - Madrid 28007
Impreso en los talleres de Gráficas Lormo, S. A.
Isabel Méndez, 15. 28038 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

JORGE COUTO

PORTUGAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE BRASIL

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

Capítulo I. EL ESPACIO GEOGRÁFICO 15
El «continente de Brasil» 15
El relieve 17
El litoral 21
La hidrografía 24
El clima 26
Los suelos 28
La vegetación 29

Capítulo II. LAS SOCIEDADES INDÍGENAS 37
El poblamiento del continente americano 37
El poblamiento de América del Sur 41
El poblamiento de Brasil 43
Dispersión geográfica y diferenciación lingüística 51
La disputa por el dominio del litoral 57
La demografía 61
Las sociedades semisedentarias 67
La agricultura de *coivara* 69
La horticultura 76
La pesca 77
La caza 83
La recolección 87
Especies vegetales alimenticias 87
Especies silvestres no alimenticias 89
Especies animales o de origen animal 90
La alimentación 91

La cultura material 95
Las relaciones litoral/interior 98
Modelos de asentamiento y vivienda 99
La organización social 102
La organización política 107
La guerra 110
La antropofagia 115
Los sistemas de creencias 125

Capítulo III. El descubrimiento 137
La rivalidad lusocastellana en la disputa del Atlántico 137
El Tratado de Tordesillas 142
El significado del ensanchamiento del meridiano de Tordesillas 156
Viajes en el Atlántico austral posteriores a Tordesillas 168
El viaje de Duarte Pacheco Pereira al continente americano (1498) 171
El descubrimiento oficial: la expedición cabralina (1500) 187
La cuestión de la casualidad *versus* intencionalidad 199

Capítulo IV. El tiempo de las factorías 217
La integración de la tierra de Santa Cruz en el contexto del Imperio 217
La divulgación del descubrimiento de la Tierra de Santa Cruz 220
La expedición de 1501-1502 224
El arrendamiento de la Tierra de Vera Cruz 227
La factoría de Cabo Frío 230
Viajes de exploración por los límites de Brasil 232
Las capitanías de mar y tierra 235
La intensificación de la disputa por Brasil 239

Capítulo V. Los modelos de colonización 247
Preludios de la colonización 247
La exclusividad real 249
La exclusividad particular 259
Balance del funcionamiento de la exclusividad particular 267
El modelo mixto 272

Capítulo VI. Avances y resistencias 281
La instalación del gobierno general 281
La actividad gubernamental de Tomé de Sousa 283
La penetración en el *sertão* 286
La Francia Antártica 288
La reacción portuguesa 294

La fundación de San Sebastián del Río de Janeiro 299
La consolidación del dominio lusitano en la Guanabara 305
La resistencia indígena 309
Las disputas por el establecimiento de los límites de Brasil 317
Alteraciones en las capitanías 319
El Gobierno Dual (1572-1577) 320

Capítulo VII. La organización económica y social 323
La población 323
La fase del trueque 330
El cultivo de la caña de azúcar 335
La producción de azúcar 338
Precios y comercio 347
Otras actividades económicas 349
La esclavitud indígena 353
La esclavitud africana 358
Los grupos sociales 362

Capítulo VIII. La aculturación 365
El mestizaje 365
Los comienzos de las misiones 367
Las estrategias de aculturación y evangelización de los indios 371
La cuestión de la financiación de las actividades misioneras 376
La Compañía de Jesús y la cuestión de la esclavitud de los negros 381
Intercambios de civilización 384

Consideraciones finales 391

Anexos 395
Anexo A 395
Anexo B 396
Anexo C 397

Bibliografía 399

Índice onomástico 403

Índice toponímico 409

INTRODUCCIÓN

Este libro, integrado en el proyecto editorial «Portugal y el mundo», concebido por la Fundación MAPFRE América en el ámbito de las «Colecciones MAPFRE 1492», tiene como objetivo la presencia lusitana en el siglo XVI en América, que dio lugar a la fundación de Brasil.

El primer capítulo está dedicado al ecosistema, concretamente a sus componentes geológicos, climáticos, orográficos, hidrográficos y botánicos, ya que éstos condicionaron significativamente tanto la forma en que discurrió la ocupación humana del espacio brasileño como el modelo de civilización desarrollado por las comunidades que allí se establecieron.

La generalidad de los pueblos caribe y aruaque, así como los pertenecientes a las familias aisladas, ocupaban, en la época del contacto, las áreas periféricas del territorio que constituiría Brasil, por lo que el análisis del proceso evolutivo y de las principales características de las sociedades indígenas precabralinas incide sobre algunas familias de los troncos macro-jê y, fundamentalmente, macro-tupí. A éste pertenecen los grupos tribales que desempeñaron, a lo largo del siglo XVI, frente a los portugueses, un papel primordial, tanto en las relaciones amistosas como en la resistencia armada. Merecen particular atención las teorías que se refieren a los orígenes del tronco macro-tupí y, sobre todo, de la familia tupí-guaraní, y se da cuenta de los aspectos más relevantes de su civilización: cultura material, estructura social, organización política y sistema de creencias.

Los temas de la intencionalidad o casualidad del descubrimiento de la Tierra de Vera Cruz y del reconocimiento geográfico de la costa marítima sudamericana se tratan a la luz de las más recientes

contribuciones historiográficas, entre las que destacan las investigaciones del comandante Max Justo Guedes, director del Servicio de Documentación General de la Marina de Brasil.

En el estudio de los contactos entre las sociedades indígenas y europeas es imprescindible recurrir a la arqueología, antropología y etnología, por lo que se ha procurado analizar este proceso basándose no sólo en las fuentes escritas e investigaciones históricas, sino también a la luz de las valiosas contribuciones proporcionadas por aquellas disciplinas.

La adopción de los sistemas de arrendamiento y, posteriormente, de «capitanías de mar y tierra» —forma de integración de Brasil en el Imperio portugués en el transcurso de las primeras décadas del siglo XVI— se interpreta en el contexto de las opciones estratégicas globales definidas por la Corte de Lisboa.

Se analizan, en una perspectiva de historia comparada, las sucesivas alteraciones geopolíticas y económicas, sucedidas entre 1529 y 1548, que indujeron al gobierno de João III a desencadenar el proceso de colonización de la provincia de Santa Cruz y, a lo largo de veinte años, a aplicar sucesivamente tres modelos institucionales distintos. Se aborda la tenaz lucha entablada por los portugueses para garantizar la soberanía sobre la totalidad de la posesión americana que, de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, se encontraba en su área de influencia. Se valora, además, la formulación del proyecto —que perduró hasta la independencia de Brasil— de construir una América portuguesa del Amazonas al Plata.

Se concede especial atención a los aspectos relacionados con las estructuras productivas —con particular importancia para el cultivo de la caña de azúcar y la producción de azúcar—, así como a las relaciones con los grupos indígenas y a la introducción de esclavos africanos.

Habiendo constituido Brasil el resultado de un proceso de construcción emprendido por los portugueses en cooperación o conflicto con otros grupos étnicos —amerindios y africanos—, se destacan los aspectos relacionados con los intercambios de las civilizaciones euroafroamericanas —desde la lingüística a la zoología y de la gastronomía a las enfermedades—, de los que se derivó una creación profundamente original y distinta en cada uno de sus componentes.

En cuanto a la delimitación temporal, atendiendo a que el final del siglo XVI no constituyó ningún corte relevante, se adopta 1580 como barrera cronológica, fecha en la que se consumó la Unión de las Coronas de Portugal y España bajo el cetro de Felipe II. Este nuevo marco político de la metrópoli acarreó profundas modificaciones en el ámbito de las relaciones internacionales que repercutieron de forma muy significativa en el Brasil del siglo XVI.

Una palabra de especial agradecimiento se debe a nuestros amigos el profesor Aziz Nacib Ab'Sáber, del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de São Paulo y presidente de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia, por el apoyo que nos prestó, principalmente en la disponibilidad de bibliografía especializada sobre el ecosistema brasileño; al profesor Arno Álvarez Kern, de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul y Presidente de la Sociedad Brasileña de Arqueología, que aceptó discutir con el autor la parte del manuscrito referida a la prehistoria de Brasil, enriqueciéndola con diferentes sugerencias y, finalmente, al comandante Carlos Mesquita, representante del editor en Portugal, por el apoyo recibido y la compresión con que acogió la redacción de esta obra.

Capítulo I

EL ESPACIO GEOGRÁFICO

El «continente de Brasil»

Brasil se sitúa, en su totalidad, en América del Sur, subcontinente que se extiende desde los 12° 11' de latitud norte a los 56° 31' de latitud sur, localizándose en su mayor parte en la zona intertropical.

El territorio brasileño tiene actualmente una superficie de 8.511.965 kilómetros cuadrados (8.456.508 de área terrestre y 55.457 de aguas interiores), correspondiente al 1,7 por 100 del globo, al 5,7 por 100 de las tierras sobre el nivel del mar, a un quinto de las regiones tropicales, al 41,5 por 100 de América Latina y al 47,3 por 100 de América del Sur. La quinta mayor formación política del mundo, por su extensión, alcanza los 4.320 kilómetros en sentido norte-sur —desde los 5° 16' 20" de latitud norte (nacimiento del río Ail, situado en el monte Caburaí, en la Roraima) hasta los 33° 45' 10" de latitud sur (arroyo Chuí, en Rio Grande do Sul)— y 4.328 kilómetros en dirección este-oeste —desde la punta de Seixas (en el Cabo Blanco, Paraíba), hasta el río Moa (Acre)—, manteniendo fronteras de 15.719 kilómetros con diez estados sudamericanos.

La dimensión continental de la antigua América portuguesa no deriva de factores naturales ni de unidades políticas ya existentes en 1500, sino que resulta, por una parte, del secular proceso de colonización lusitano del litoral y de penetración en el *sertão* * —que implicó la conquista del territorio perteneciente a numerosos grupos

* Se trata de una zona de Brasil, alejada del mar y de los ríos. (*N. de la T.*).

tribales amerindios— y, por otra, de la anexión de regiones correspondientes a dos tercios aproximadamente de la actual superficie de Brasil (en torno a los cinco millones de kilómetros cuadrados), que, según el Tratado de Tordesillas (1494), pertenecían, *de iure*, a la América española.

La soberanía sobre vastas áreas territoriales y la demarcación de las fronteras de los dominios americanos fueron el origen de la eclosión, en la época colonial, de varios enfrentamientos entre Portugal y cuatro estados europeos: España, Francia, Holanda e Inglaterra. Idénticos motivos suscitaron conflitos, ya en la época posterior a la independencia, entre Brasil y Francia (disputa de Amafiá), Bolivia (posesión del Acre), Argentina, Uruguay y Paraguay (cuestiones del Plata).

La mayor parte del territorio brasileño se localiza en la zona intertropical, definida como la región del globo que, dos veces al año, recibe perpendicularmente los rayos del sol al mediodía, cuando éste llega al cenit [1]. Por su parte, la zona meridional: el extremo sur del Mato Grosso del Sur, el sur del Estado de São Paulo, una gran parte del Paraná, así como la totalidad de los Estados de Santa Catarina y de Rio Grande do Sul —localizada a partir del Trópico de Capricornio (23° 27' S)—, pertenece al campo subtropical.

Situándose el 90 por 100 aproximadamente del espacio geográfico brasileño entre el Ecuador y el Trópico de Capricornio [2], la tropicalidad constituye su característica dominante. Los rasgos esenciales que la definen son los siguientes: temperatura del mes más frío igual o superior a 18° centígrados; índice pluviométrico anual superior a 250 mm y, además, posibilidad de cultivar el suelo sin necesidad de recurrir a la irrigación [3]. Además de estos indicadores genéricos, se destaca la presencia de extensas áreas de florestas cálidas y húmedas, la existencia de formaciones (matorrales, campos y bosques) semejantes a las de las sabanas tropicales, la erosión provocada en el relieve por el régimen pluvial, los tipos de suelos de aluvión marcados por la influencia del clima tropical,

[1] Cfr. Suzanne Daveau y Orlando Ribeiro, *La Zone Intertropicale Humide*, Paris, 1973, p. 13.

[2] Cfr. Maurice le Lannou, *Brasil*, trad. port., Lisboa, 1957, p. 17.

[3] Cfr. António Rocha Penteado, «La Tierra Brasileña», *Historia General de America*, Guillermo Morón (dir.), vol. 17, Caracas, 1991, pp. 126-127.

así como las características acentuadamente intertropicales de la vegetación [4].

El relieve

Brasil está compuesto, geológicamente, por áreas de viejas plataformas o sectores de escudos expuestos —de origen precámbrico (entre cuatro mil millones y seiscientos millones de años)—, caso de los escudos de las Guayanas, brasileño (constituido por los núcleos sudamazónico, del Gurupi, de Perizes, boliviano-matogrossense, guayano, del nordeste, oriental y sudoriental), uruguayo y de Rio Grande do Sul así como por las cuencas sedimentarias y basálticas paleomesozoicas (entre seiscientos y sesenta millones de años) surgidas a diferentes niveles altimétricos (Amazónica, del Medio-Norte, del Nordeste, de San Francisco y del Paraná) [5]. Aproximadamente dos millones y medio de kilómetros cuadrados del territorio brasileño están formados por estructuras geológicas muy antiguas, mientras que más de cinco millones de kilómetros cuadrados están constituidos por extensas coberturas sedimentarias y, eventualmente, basálticas [6] no sujetas a ninguna falla moderna.

El relieve brasileño, milenariamente sujeto a la erosión física y química, no fue alcanzado por los movimientos tectónicos más recientes que, por ejemplo, originaron, hace alrededor de sesenta a setenta millones de años, la cordillera de los Andes. De ahí que se haya caracterizado, como media, por niveles altimétricos bajos y por el predominio de las formas suaves: el 22,28 por 100 de los terrenos se sitúa entre los 0 y los 100 metros (1.896.442 km^2); el 17,20 por 100 entre los 200 y 300 metros (1.464.355 km^2); el 27,41 por 100 entre los 300 y los 600 metros (2.332.253 km^2), y sólo el 3,12 por 100 entre los 900 y los 3.014 metros (265.251 km^2). Se comprueba, pues,

[4] Cfr. Aroldo de Azevedo, «O "Continente" Brasileiro», *Brasil. A Terra e o Homem*, Aroldo de Azevedo, (dir.), vol. I, São Paulo, 1964, p. 7.

[5] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «Províncias geológicas e domínios morfoclimáticos no Brasil», *Geomorfologia* (São Paulo), 20 (1970), pp. 4-5.

[6] Cfr. *idem*, «Fundamentos Geográficos da História Brasileira», *História Geral da Civilização Brasileira*, Sérgio Buarque de Holanda (coord.), 7.ª ed., vol. I, São Paulo, 1985, pp. 59-63.

que la mayor parte del espacio brasileño (7.256.881 km^2, correspondientes al 85,37 por 100) se sitúa en la franja isométrica de los 0 a los 600 metros, mientras que sólo el 14,63 por 100 (1.245.308 km^2) sobrepasa los 600 metros [7].

Las provincias morfológicas de Brasil están compuestas por 5/8 de altiplanos de media altitud y por 3/8 de planicies. El tipo de relieve predominante es el altiplano de gres y, más raramente, calcáreo, vulgarmente designado como *chapadas* o *chapades* [8].

Las tierras altas brasileñas forman el mayor altiplano sudamericano, con una extensión de 4.000 kilómetros de nordeste a sudeste y de 3.000 kilómetros en su anchura máxima, extendiéndose desde los 5° a los 30° de latitud sur. Sus características esenciales son, por una parte, la menor altura de sus picos y montañas en comparación con la región andina y, por otro, su enorme superficie, que se aleja progresivamente de la región de las altas montañas en dirección al nordeste [9].

La zona de los altiplanos se distribuye —aunque muy desigualmente en relación con el área— entre tres grandes núcleos topográficos sudamericanos. Así, el espacio brasileño comprende una considerable parte del altiplano de las Guayanas, la totalidad del altiplano brasileño y un trecho del bajo altiplano uruguayo y de Rio Grande do Sul [10].

El altiplano de las Guayanas está formado por los terrenos cristalinos y regiones serranas situados al norte de las planicies del Amazonas, quedando dividido en dos regiones separadas por la depresión del Pirara: la occidental, constituida por tierras de altitudes medias elevadas, principalmente las sierras de Tumucumaque, Acaraí y Pacaraíma, y la oriental, en la que predominan llanuras que descienden suavemente en dirección al océano y a las planicies amazónicas.

[7] Cfr. Fábio Macedo Soares Guimarães, «Relêvo do Brasil», *Boletim Geográfico* (Río de Janeiro), I (4), 1943, pp. 70-71.

[8] Cfr. Pierre Monbeig, *Le Brésil*, 5.ª ed., París, 1983, p. 20.

[9] Cfr. Arno Álvarez Kern, «Paleopaisagens e Povoamento Pré-histórico do Rio Grande do Sul», *Arqueologia Pré-Histórica do Rio Grande do Sul*, Arno Alvarez Kern (coord.), Porto Alegre, 1991, pp. 15-17.

[10] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «O Relêvo Brasileiro e seus problemas», *Brasil. A Terra e o Homem*, vol. I, p. 141.

El altiplano brasileño, localizado al sur de las tierras bajas amazónicas, comprende cinco núcleos principales (altiplano del Medio-Norte, altiplano del Nordeste, altiplano Central, altiplano Atlántico y altiplano Meridional).

El altiplano del Medio-Norte, donde se encuentra la transición de la región amazónica a la del nordeste, comprende los claros predominantemente sedimentarios del Maranhão-Piauí; el altiplano del Nordeste —que agrupa el Ceará, Rio Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe y la zona norte de Bahía— está compuesto por dos penillanuras: la de la Borborema (desde el Rio Grande do Norte hasta Alagoas), con altitudes medias en torno a los 500-600 metros, y la segunda, más baja, corresponde a los *sertões* semiáridos (del Ceará al norte de Bahía), que engloba las llanuras de Ibiapaba (en los límites del Piauí con el Ceará), del Apodi (en la frontera Ceará-Rio Grande do Norte) y del Araripe (en la línea divisoria Ceará-Pernambuco).

El altiplano Central —que comprende una importante franja del Pará y de la Rondónia, las más significativas partes del Mato Grosso, del Tocantins y de Goiás, la región oeste de Bahía y el noroeste de Minas Gerais— constituye la más vasta región brasileña. Allí predominan las formas tabuliformes con altitudes medias superiores a los 1.000 metros, concretamente la sierra del Roncador (Mato Grosso), la sierra de los Pirineus y la llanura de los Veadeiros (Goiás), así como la llanura de Espigo Mestre (Tocantins-Goiás-Bahía). Funciona como divisor de las cuencas del Amazonas (llanura de los Parecis, al noroeste del Mato Grosso), del Paraná, de San Francisco (sierra de la Canastra, donde nace ese río) y del Tocantins (Espigão Mestre).

El altiplano Atlántico —que comprende el sudoeste de Bahía, la mayor parte de Minas Gerais, el interior de Espirito Santo y Río de Janeiro y las franjas del litoral de São Paulo y del Paraná— está formado fundamentalmente por rocas cristalinas, poseyendo el relieve más ondulado de Brasil y las mayores altitudes medias del altiplano brasileño. En la orilla oriental, destaca la sierra del Mar, que acompaña los recortes del litoral, en torno a los doce kilómetros, como media, de la costa, atravesando los estados de Río de Janeiro, São Paulo, Paraná y Santa Catarina y recibiendo designaciones locales a lo largo de su extensión, concretamente Macaé,

Orgâos y Parati (Río de Janeiro), Bocaina, Cubatão y Paranapiacaba (São Paulo), Verde, Negra y Graciosa (Paraná), confundiéndose, a partir de las proximidades de Tubarão (Santa Catarina), con las escarpas del litoral.

Paralelamente, y al occidente de la sierra del Mar, corre la sierra Geral —donde nacen varios afluentes del Paraná—, que se extiende, de forma discontinua, a lo largo de 1.500 kilómetros aproximadamente, desde São Paulo hasta el Rio Grande do Sul. En el interior del altiplano Atlántico se encuentra la sierra de la Mantiqueira, que se inicia en São Paulo, penetra en Minas Gerais, dividiéndose en tres secciones que reciben nombres regionales: la occidental (sierra de la Canastra); la oriental (Chibata, Caparaó y Amoirés) y terminando en Río de Janeiro; la septentrional atraviesa, en sentido norte-sur y a lo largo de 1.000 kilómetros, aproximadamente, los estados de Minas Gerais y de Bahía, siendo designada generalmente como sierra del Espinhaço (en la región minera, donde algunos trechos poseen denominaciones locales, concretamente Ouro Preto, Cerro Frio y Congonhas), y la llanura Diamantina (en Bahía).

El altiplano meridional —que agrupa el sur de Goiás, el sudoeste de Minas Gerais y la mayoría del territorio del Mato Grosso del Sur, de São Paulo, del Paraná, de Santa Catarina y de Rio Grande do Sul— está compuesto esencialmente por «cuestas» arenosas y escarpas basálticas, que corresponden a la cuenca sedimentaria del Paraná. En ese altiplano se sitúan, concretamente, las «cuestas» de Botucatu (São Paulo) y las sierras de Caiapó (Goiás) y de Maracaju (Mato Grosso).

El altiplano uruguayo y de Rio Grande do Sul abarca el territorio meridional de Rio Grande do Sul, que se caracteriza por la existencia de pequeñas colinas recubiertas por vegetación herbosa que constituyen el paisaje característico de la pampa (las denominadas *coxilhas* gauchas).

Brasil es uno de los pocos Estados sudamericanos que no tienen una orografía de tipo alpino-andino, estando considerado generalmente como un «país de altitudes medias-bajas» [11]. Sin embargo, posee dos importantes sistemas orográficos correspondientes a los altiplanos de las Guayanas y el brasileño. Al primero pertenecen las cadenas montañosas norteñas, que sobrepasan los 2.000 metros,

[11] Pierre Monbeig, *op. cit.*, p. 18.

donde se sitúan las dos mayores elevaciones del país: el pico de la Neblina (3.014 metros) y el pico 31 de Marzo (2.992 metros), integrados en la sierra de Imeri (Amazonas); pertenece, además, al mismo sistema la sierra de Pacaraíma, donde se encuentra el monte Roraima (2.875 metros), en la frontera con Venezuela. Los puntos más elevados del altiplano brasileño son el pico de Bandeira (2.899 metros), en la sierra de Caparaó (en la línea divisoria entre Minas Gerais-Espírito Santo), el pico del Cruzeiro (2.861 metros), en Minas Gerais, la sierra del Cristal (2.798 metros), en Bahía, y el pico de las Agulhas Negras, en el macizo de Itatiaia (2.787 metros).

El área de las planicies comprende tres unidades distintas: la amazónica, el pantanal y la costera. En las planicies amazónicas —formadas por los sedimentos depositados por la red hidrográfica homónima— se distinguen tres niveles: la tierra firme, formada por sedimentos terciarios, corresponde a gran parte del inmenso territorio de la región amazónica, que nunca fue alcanzado por las inundaciones; la vega, constituida por sedimentos cuaternarios que dieron origen a ricos suelos de aluvión, está periódicamente sujeta a las inundaciones y al *igapó* (vocablo tupí que significa terreno pantanoso), y es una zona de tierras bajas permanentemente inundadas.

La planicie del pantanal —situada en la región del Mato Grosso— está formada por terrenos cuaternarios regularmente anegados, resultado del proceso sedimentario originado por el río Paraguay y sus afluentes (Miranda, Taquari, São Lourenço, etc.). Las planicies del litoral reflejan las condiciones morfológicas de la costa y son relativamente homogéneas. Se encuentran situadas en una franja que se extiende desde el sur de la planicie amazónica hasta la bahía de la Guanabara, cuyo recorrido se interrumpe en el litoral sudeste y sur debido a las escarpas de la sierra del Mar y de la sierra Geral, volviendo a surgir sólo en la franja meridional del Rio Grande do Sul [12].

El litoral

La franja atlántica brasileña posee una extensión de 5.864 kilómetros en línea recta, o de 9.198 kilómetros si se toman en consi-

[12] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, *op. cit.*, pp. 135-200.

deración los recortes del perímetro real. Las condiciones diversificadas del clima, relieve, suelo, vegetación e hidrografía que se observan en la línea costera de dimensión continental originaron, naturalmente, diferencias regionales muy significativas. Atendiendo a esos factores, es posible distinguir cinco grandes complejos en la franja del litoral (ecuatorial o amazónico, del nordeste o de las barreras, oriental, sudeste o de las escarpas cristalinas y meridional o subtropical).

En el litoral ecuatorial —que se extiende desde la desembocadura del Oiapoque (Amapá) hasta el delta del Parnaíba (en la frontera entre el Maranhão y el Piauí)— las características de la costa y las condiciones de la dinámica marítima permiten subdividirlo en tres trechos. El litoral de las Guayanas o costa del Amapá (desde la desembocadura del Oiapoque al cabo Norte) es de tipo pantanoso, con costa muy baja, y está constituido por terrenos sedimentarios recientes. En esta zona desaguan numerosos ríos y las corrientes marítimas transportan una significativa parte de las enormes cantidades de lodo en suspensión depositadas en el estuario del Amazonas. Estos factores originan un constante proceso de modificación del litoral que avanza permanentemente en dirección al océano, provocando el cierre de lagunas, así como la aparición de esteros y de islas rasas de aluvión (la mayor de las cuales es la de Maracá).

El segundo trecho corresponde a la ensenada del Amazonas (desde el cabo Norte hasta la punta de la Tijoca), donde se producen permanentes alteraciones de la línea de costa, debido tanto al enorme volumen de material sedimentario transportado por los ríos Amazonas (alrededor de 3.000.000 de metros cúbicos diarios) y Tocantins, como a la acción combinada de los agentes naturales, originando, concretamente, la erosión de los acantilados (el fenómeno de las *tierras caídas*), la formación y desaparición de las llamadas *islas nuevas* y modificaciones en los grupos insulares antiguos (archipiélago de Bailique, grupo de Caviana, archipiélago de Marajó, islas de la ramificación superior del Amazonas, islas al oeste de Marajó e islas del río Pará). Finalmente, en el litoral amazónico oriental —comprendido entre la punta de Tijoca y el delta del Parnaíba— surgen, a partir del sur de la bahía de San Marcos (Maranhão), significativas diferencias en el tipo de litoral, debido a la existencia de cordones de dunas (las *sabanas del Maranhão*).

El litoral del nordeste —que va desde la desembocadura del Parnaíba hasta la Bahía de Todos los Santos— reúne dos territorios distintos: la costa semiárida, que se extiende desde el Parnaíba hasta el cabo de San Roque (Rio Grande do Norte), donde la fuerte ondulación deposita grandes cantidades de arena en el litoral que el clima cálido y el fuerte viento secan casi instantáneamente, formando enormes dunas que llegan a alcanzar 30 metros de altura; y la costa nordeste oriental, que comprende la franja de los 5° 29' a los 13° S, donde existe un significativo grado de humedad, que queda marcado por la aparición, en las proximidades de la orilla del mar, de paredones escarpados, llamados *barreiras*, que pueden alcanzar 150 metros de altura, lo que contribuye a reducir el litoral y la zona de playa. En el mar, a corta distancia de la costa, se sitúan arrecifes, constituidos por finas franjas de rocas poco elevadas con extensiones que varían entre unos centenares de metros y más de diez kilómetros, formando lagunas de agua salada frente a las playas.

El litoral oriental —localizado entre la Bahía de Todos los Santos y el sur de Espírito Santo— es generalmente bajo, bordeado por largas planicies, caracterizándose por la existencia de extensos escollos que protegen la costa de la acción erosiva de las olas, lo que permite, junto con la actuación de importantes cauces fluviales (Pardo, Contas, Jequitinhonha, Belmonte, Mucuri, São Mateus, Doce, etc.), la formación de significativas redes de lagunas, canales y meandros. En el extremo sur de la costa de Bahía, alrededor de 70 kilómetros a lo largo de Caravelas, los altiplanos submarinos favorecieron la elevación de arrecifes coralinos, donde se asienta el archipiélago de los Abrolhos.

El litoral sudeste —que va desde el sur de Espírito Santo hasta Laguna (Santa Catarina)— es fundamentalmente rocoso; hasta él llegan frecuentemente los espolones de la sierra del Mar, hecho que le confiere la designación de costa de las *escarpas cristalinas*. Dispone, sin embargo, de un importante número de ensenadas y de planicies del litoral. En la región comprendida entre Santos y el Paraná, la característica dominante es la existencia —sobre todo en la desembocadura de pequeños ríos— de *restingas*, finas franjas de arenas emergidas que forman largos cordones de arena dispuestos a lo largo de la costa.

El litoral meridional —de Laguna hasta el arroyo Chuí (Rio Grande do Sul)— está constituido, fundamentalmente, por una extensa planicie baja y arenosa en la que se formó una importante red de grandes y pequeñas lagunas, entrecortadas por enormes dunas originadas por los intensos vientos que soplan en aquella región, con especial importancia el *carpinteiro-da-praia*, que sopla perpendicularmente a la costa, y el *pampeiro*, viento continental [13].

El litoral brasileño es muy macizo, dispone de pocos recortes significativos en comparación con la América del Norte, Europa o Asia. Constituyen importantes excepciones el golfo amazónico (974 kilómetros de perímetro), las bahías de San Marcos y de San José (183 kilómetros), en el Maranhão, la bahía de Todos los Santos (291 kilómetros), en Bahía, la bahía Guanabara (131 kilómetros), en Río de Janeiro, y la bahía de San Francisco del Sur (75 kilómetros), en Santa Catarina. Hay que destacar, además, la importancia de las bahías de San Vicente-Santos (en São Paulo), de Paranaguá (en el Paraná) y, en el Rio Grande do Sul, de las lagunas de los Patos (la mayor de Brasil, con 10.144 km^2) y Mirim (con 4.000 km^2).

A Brasil pertenecen algunas de las islas del Atlántico Sur, principalmente el archipiélago de Fernando de Noronha, con una longitud de 18,4 km^2, constituido por la isla homónima —que posee una superficie de 16,9 km^2— y por dieciocho islotes, entre los que destacan las islas de la Rata, la Rasa, la del Medio, la de San José, la Sela Gineta, la Cabeluda, la del Frade y la de Ovos, la isla de Trinidad (en torno a los 8,2 km^2), formada por las ruinas de la extremidad de un gigantesco volcán submarino inactivo, las tres islas de Martim Vaz (2,5 km^2), el atolón de las Rocas (7,2 km^2) y los roquedos de San Pedro y San Pablo. El área total de estos grupos no llega a alcanzar los 40 kilómetros cuadrados [14].

La hidrografía

En territorio brasileño se sitúa la más vasta, densa y rica red hidrográfica del mundo. Concretamente, se debe a nueve cuencas: la

[13] Cfr. João Dias da Silveira, «Morfologia do Litoral», *Brasil. A Terra e o Homem*, vol. I, pp. 253-300.

[14] Cfr. Lúcio de Castro Soares, «As Ilhas Oceânicas», *ibidem*, pp. 341-374.

amazónica (3.984.467 km^2); la del Paraná (889.941 km^2); la del Nordeste (884.835 km^2), que engloba las cuencas del Turiaçu, Mearim, Parnaíba, Jaguaribe, Piranhas, Capibaribe y otras menores; la del Araguaia-Tocantins (803.250 km^2); la del San Francisco (631.666 km^2); la del Este (589.310 km^2), que comprende las cuencas del Itapicuru, Paraguaçu, Jequirica, Contas, Cachoeira, Pardo, Jequitinhonha, Mucuri, San Mateo, Doce y Paraíba del Sur; la del Paraguay (345.701 km^2); la del Sudeste (223.688 km^2), que agrupa las cuencas del Iguape, Itajaí, Tubarão, Jacuí y Camacuã, y, finalmente, la del Uruguay (178.235 km^2).

Debido a las características del relieve, los cursos de agua que fertilizan los suelos brasileños se dividen en ríos de altiplano (Paraná, San Francisco, Tocantins, Paraíba del Sur, Tietê, etc.) y de planicie (Amazonas, Purus, Juruá, Javarí, Japurá, Paraguay, etc.).

Las diferencias climáticas que se producen entre las diferentes regiones de Brasil son responsables de la existencia en su territorio de cuatro de los principales tipos de regímenes fluviales. El régimen *ecuatorial* —caracterizado por elevados índices de pluviosidad— engloba el Amazonas (donde los desbordamientos se producen en mayo o junio) y muchos de sus afluentes (Madeira, Purus, Juruá, Javarí, Tapajós, Xingu, etc.). Los caudales del Amazonas y de algunos de sus afluentes derivan parcialmente de la fusión de nieves andinas. La mayoría de los ríos brasileños se encuadra en el régimen *tropical* (Paraná, San Francisco, Paraíba del Sur, Tietê, Paranapanema, etc.), distinguiéndose por una época de grandes crecidas, debidas a las lluvias de verano, y de escasos caudales en invierno, época de sequía. En este tipo de cursos de agua, el mínimo pluvial se produce en diciembre, mientras que el máximo se sitúa en febrero. En el *sertão* del Nordeste —región de escasa y desigual pluviosidad, así como de elevada evaporación— está vigente el régimen *semiárido* que da lugar a cursos de aguas temporales (Jaguaribe, Açu, Moçoró, Beberibe, Real, etc.). Finalmente, las cuencas del Iguaçu y del Uruguay pertenecen al régimen *subtropical*, en que se se producen dos épocas de aguas altas (de abril a junio y de septiembre a noviembre) [15].

Debido a las características de las regiones tropicales, los cursos de aguas más importantes no formaron grandes planicies de aluvión. Incluso el Amazonas —que abandona en el océano el mayor volumen

[15] Cfr. Maria de Lourdes P. de Sousa Radesca, «A Hidrografia», *ibidem*, pp. 537-568.

de agua de todos los ríos del mundo— no originó un delta semejante al del Nilo o del Mississippi.

El clima

El clima en Brasil es predominantemente cálido y húmedo. Sin embargo, la gran extensión del territorio, su localización esencialmente en el hemisferio sur, las corrientes atmosféricas marítimo-atlánticas, la diversidad de relieves y la disposición de los sistemas orográficos contribuyeron a la formación de cinco grandes regiones climáticas: la ecuatorial, la tropical, la tropical de altura, la semiárida y la subtropical, además de un significativo número de variaciones regionales, entre las que destacan los climas pseudoecuatoriales de la costa oriental, el clima pseudotropical de la costa nordeste, los climas cálidos y secos con lluvias de verano, los climas cálidos y secos con lluvias de otoño, etc.

Alrededor del 90 por 100 del espacio geográfico brasileño se sitúa en la franja de insolación intertropical (donde se producen dos pasos anuales del sol en pleno cenit), localizándose solamente el 10 por 100 en la curva de insolación de las latitudes medias [16]. En el área intertropical, que comprende los climas ecuatorial, tropical, tropical de altura y semiárido, se observa la existencia de una indiscutible unidad climática. Se trata de una zona cálida, con estaciones térmicas poco diferenciadas y de acentuados contrastes pluviales [17], donde se da un calendario tropical típico, o sea, temperaturas medias de 26° y régimen pluviométrico de dos estaciones: una seca —el invierno (junio a agosto)— y otra lluviosa —el verano (diciembre a febrero).

El área climática ecuatorial comprende las regiones del Amapá y de la Amazonia, donde predominan elevadas temperaturas (medias mínimas de 22° y máximas de 33°) y abundantes precipitaciones (total medio anual superior a 2.000 mm, existiendo zonas en las que ese valor sobrepasa los 3.000 mm, concretamente el litoral del Amapá, la desembocadura del Amazonas y el alto río Negro).

[16] Cfr. Gilberto Osório de Andrade, «Os Climas», *ibidem*, p. 409.
[17] Cfr. Suzanne Daveau y Orlando Ribeiro, *op. cit.*, p. 14.

El clima tropical se caracteriza por una alternancia nítida entre la época de lluvias y el período seco. Las temperaturas medias se sitúan entre los 19 y los 26° y el índice pluviométrico oscila entre los 1.000 y los 1.500 mm anuales, que abarcan la mayor parte de las regiones brasileñas (altiplano Central, Medio-Norte y litorales este y sudeste).

El clima tropical de altura se deja sentir en las tierras altas de São Paulo, Minas Gerais, sur del Mato Grosso y en una pequeña parte de la cumbre del altiplano Central, donde las temperaturas se ven alteradas por la altitud, variando las medias entre los 11,5° y los 20° y produciéndose totales de precipitaciones que oscilan entre 1.100 y 3.000 mm anuales. En algunos lugares, concretamente en las cabeceras del Itapanhaú, en la sierra del Mar, esos valores llegan a alcanzar los 4.524 mm.

El clima semiárido corresponde a los *sertões* del nordeste, que comprende el área situada entre el Ceará y el medio San Francisco, donde se registran los valores meteorológicos extremos del territorio brasileño, concretamente la más fuerte insolación, las más elevadas tasas de evaporación, los mayores índices de aridez, las más altas medias térmicas mensuales, la menor humedad relativa y las menores precipitaciones. La temperatura media anual es bastante elevada —entre 25 y 29°— y el régimen de lluvias irregular y poco intenso (con precipitaciones medias que varían entre 400 y 700 mm por año en el área central de los matorrales) [18]. El índice mínimo medio de pluviosidad se da en esa área climática (Cabaceiras, en Paraíba), alcanzando valores del orden de los 279 mm anuales.

La región subtropical engloba el área al sur del Trópico de Capricornio, donde se dan temperaturas medias anuales inferiores a 20° —la mayor amplitud térmica registrada en Brasil—, un régimen pluviométrico dominado por la regularidad a lo largo del año y por la aparición de heladas y precipitaciones de nieve en las tierras altas del extremo sur [19].

[18] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, *A Serra do Japi, sua origem morfológica e a Teoria dos Refúgios*, São Paulo, 1993, p. 19.

[19] Cfr. Gilberto Osório de Andrade, *op. cit.*, pp. 397-452.

Los suelos

Los suelos brasileños son fundamentalmente de dos tipos: los tropicales y los subtropicales. Los primeros comprenden la inmensa mayoría del territorio, mientras que los segundos sólo existen en la región meridional. El cálculo del porcentaje de los suelos fértiles está sujeto a controversia, toda vez que, según varios autores, los suelos agrícolas están básicamente constituidos por una capa de 30 a 40 cm de superfície rica en humus. Así, de acuerdo con la metodología utilizada, las estimaciones oscilan entre el 5 y el 20 por 100 de la superficie total [20], o sea, entre 422.500 y 1.690.000 km^2, aproximadamente. Los suelos brasileños son, en su mayoría, tanto en el litoral, como en el *sertão*, relativamente pobres, frágiles y ácidos, puesto que poseen un bajo contenido nutritivo y proporcionan, por consiguiente, reducidos niveles de productividad.

En el área tropical existen cuatro situaciones típicas de los suelos brasileños con respecto al régimen de agua: suelos profundos, cubiertos por florestas, en zonas de clima húmedo con lluvia distribuida a lo largo de todo el año; suelos profundos, arenosos, cubiertos por campos y pastos, en regiones de clima con dos estaciones bien definidas (seca y lluviosa); suelos profundos, pero interrumpidos por láminas lateríticas, cubiertas por florestas en clima húmedo y tropical, y, finalmente, suelos rasos, cubiertos por matorrales, en zonas de clima semiárido.

El régimen pluvial de tipo tropical, predominante en el clima brasileño, contribuye, con su acción química, a disolver (fenómeno de la lixiviación) y, a continuación, transportar a los valles de los ríos, a través de los cursos de agua, los elementos solubles esenciales para la fertilidad de los suelos, principalmente el fósforo, el potasio, el calcio, el magnesio, dejando los terrenos de muchas regiones tropicales sólo con aluminio y hierro [21]. La acción corrosiva de las elevadas temperaturas que oxidan la materia orgánica y de las lluvias tropicales que la arrastran conduce a la gradual erosión (laterización) de vastas áreas, por lo que las hace improductivas desde el punto de

(1) Cfr. Walter Alberto Egler, «Os Solos», *Brasil. A Terra e o Homem*, vol. I, p. 462.
(2) Cfr. António Rocha Penteado, *op. cit.*, p. 138.

vista agrícola y originan a las vulgarmente llamadas «tierras rojas» y «salmourões».

La región que posee la mayor cobertura vegetal —la Amazonia— es, paradójicamente, la que tiene peores suelos, de donde procede la dicotomía «infierno verde o desierto rojo» [22]. Exceptuando los valles (donde existen ricas tierras de aluvión), los terrenos amazónicos (zona de tierra firme) son generalmente pobres desde el punto de vista de sus posibilidades agrícolas. También los extensos altiplanos interiores (campos y pastos) presentan suelos relativamente pobres. Idéntica situación se da en las zonas agrestes y las del *sertão* de la región del nordeste, donde el problema fundamental reside en la escasez de precipitaciones, que originan vastas áreas semiáridas (el matorral, «monte blanco o seco»).

En el área tropical, los suelos fértiles se localizan esencialmente en la franja paralela al litoral atlántico. En la región amazónica, se sitúan en las tierras de aluvión (los valles), donde se producen manchas de «tierras negras indígenas» a lo largo de las márgenes del bajo Amazonas, especialmente en el municipio de Santarém. En la zona de monte bajo, en el nordeste, existe un tipo de suelo arcilloso, oscuro y de gran plasticidad: el *massapé*. A lo largo de la costa, se encuentran terrenos compuestos de gneis (roca compuesta por feldespato, mica y cuarzo, con estructura pizarrosa) y granito, circunstancia que proporciona buenos índices de productividad. En el altiplano meridional se registra la existencia de la mayor franja de terrenos fértiles. Entre éstos se encuentran las «tierras cárdenas», arcillosas, originadas por la alteración de rocas volcánicas como el basalto y la diabasa, las «tierras cárdenas mezcladas» y «sangre de tatú», menos ricas, en cuya composición entran areniscas y, además, las «tierras negras» [23].

La vegetación

Teniendo en cuenta las coincidencias de delimitación geográfica existentes entre las regiones climáticas-botánicas, las áreas geopedo-

[22] Cfr. Robert Goodland y Howard Irwin, *A Selva Amazônica: do Inferno Verde ao Deserto Vermelho?*, trad. port., São Paulo, 1975.

[23] Cfr. Walter Alberto Egler, *op. cit.*, pp. 459-474.

lógicas, las provincias fitogeográficas y las regiones hidrológicas, el territorio brasileño se puede dividir —según la tesis de un conocido geomorfólogo— en seis grandes conjuntos regionales de paisajes morfoclimáticos dotados de facciones propias y correspondientes a formaciones vegetales típicas; cada unidad consta de un área nuclear y franjas de transición con características específicas. Se cuenta, como ejemplo, el caso de la zona agreste, en Pernambuco, que constituye una franja de transición entre dos áreas nucleares: el monte bajo atlántico y el matorral.

Los seis grandes dominios morfoclimáticos —concepto que engloba, además de la vegetación, elementos como el relieve, la hidrografía, los climas y los suelos— son los siguientes: el amazónico, dominio de las tierras bajas ecuatoriales, con planicies de inundación laberínticas, recubiertas por floresta extensa e irrigadas por ríos negros; el del nordeste, dominio de las depresiones intermesetarias semi-áridas revestidas por matorrales, con frecuentes apariciones de roca y suelo pedregoso; el del sudeste, dominio de los mares de acantilados con florestas en las áreas tropicales-atlánticas, donde se produce una acentuada descomposición de rocas y la existencia de «panes de azúcar», así como de planicies de inundación; el altiplano central, dominio de los páramos tropicales interiores, cubiertos por pastos, en los que penetran, en las proximidades de los ríos, por matas-galerías; el altiplano meridional, formado por suelos subtropicales dispuestos en terrazas, dominio de las matas de la araucaria, y, finalmente, las praderas gauchas (del Rio Grande do Sul), dominio de las *coxilhas* (campiña con elevaciones redondeadas, típica de Rio Grande do Sul) extensivas y de los grandes *banhados* (terrenos bajos y pantanosos), revestidos por vegetación herbácea [24].

La diversidad de las condiciones geológicas, climáticas, hidrológicas y pedológicas de Brasil generó una multiplicidad de especies vegetales que se agrupan en cuatro grandes tipos de formaciones: las forestales (la floresta ecuatorial, la floresta tropical, la floresta húmeda de ladera y la floresta subtropical), las campestres (los campos), las complejas (los pastos, el matorral y el pantanal) y las litorales

[24] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «Províncias geológicas e domínios morfoclimáticos no Brasil», *Geomorfologia* (São Paulo), 20 (1970), pp. 18-25.

(arenosas y lodosas), así como algunas formaciones de transición (floresta ecuatorial semicaduca y la floresta tropical semicaduca).

En el conjunto de formaciones forestales, los primeros tres subtipos están constituidos por variedades latifoliadas (hojas anchas y achatadas).

La floresta latifoliada ecuatorial o *Hiléia* (designación científica dada por Humboldt a la región botánica amazónica) constituye la mayor área forestal continua del planeta; ocupa alrededor de 3.900.000 km^2 del territorio brasileño, o sea, más de un 40 por 100 de su superficie. El calor, la humedad y las lluvias abundantes dieron origen una floresta exremadamente densa y variada —subdividida en tres zonas: mata de tierra firme, mata del valle y mata de *igapó*—, donde se hizo un inventario de más de 2.000 tipos de árboles.

La mata de tierra firme —la *caetê* («mata verdadera»)— recubre la mayor parte de la Amazonia (alrededor de 3.300.000 km^2), donde se desarrollan los árboles de mayor envergadura (40 a 60 metros), otros de dimensiones medias (20 a 30 metros), así como arbustos y plantas herbáceas, encontrándose los diferentes estratos profundamente entrelazados por lianas hasta la categoría media. Son nativos y característicos de esta zona botánica: el *cedrorana* (*Cedrelinga catenaeformis*), uno de los mayores árboles de la Amazonia, con un diámetro del tronco superior a 2 metros; el *castanheiro-do-pará* (*Bertholettia excelsa*), que alcanza 60 metros de altura, llegando a medir la copa 30 metros; el caucho (*Castilloa ulei*), de 35 metros de altura; el *pau-rosa* (*Aniba rosaedora*); la *sumaumeira* (*Ceiba pentandra*); la *mandioqueira* (*Qualea acuminata*), y la *maçarandubeira* (*Mimusops sp.*). En esta área se produce el fenómeno del *mata-pau* (*Clusia alba*), árbol de reducidas dimensiones cuyas semillas, transportadas por pájaros polinizadores, germinan en las ramas de otras especies, bajando las raíces hacia los troncos del árbol que lo hospeda, acabando muchas veces por ahogarlas, debido al parasitismo.

En la mata del valle proliferan, además de numerosas variedades de palmeras resistentes a las inundaciones estacionales, la *seringueira* o «árbol del caucho» (*Hevea brasiliensis*) y la sapucaia (*Lecythis paraensis*).

La mata de *igapó* generó la mayor y más rica gama de especies botánicas, concretamente la *seringueira-chicote* (*Hevea benthamiana*),

la *arapari* (*Macrolobium acaciefolium*), el *taxizeiro* (*Sclerolobium goeldianum*), la *mamorana* (*Bombax aquaticum*) y el *pau-mulato* (*Calycophpyllum spruceanum*). En sus terrenos pantanosos se desarrolló un gran número de palmeras, concretamente la *pupunha-piranga* (*Guilielma speciosa*), la *pupunharana* (*Syagrus inajai*) y la *jarina* (*Phtytelephas macrocarpa*).

En el medio norte, franja de transición entre, por un lado, la floresta amazónica y, por otro, el matorral del nordeste y los pastos del centro-oeste, se desarrolló la floresta ecuatorial semicaduca (constituida por árboles en que se observa la caducidad de las hojas en el final de la estación seca), donde predomina el *babaçual*. Esta formación forestal abierta hospeda al *babaçu* (*Orgynia martiana*), una palmera con 20 metros de altura aproximadamente que proporciona semillas comestibles (nueces), palmito, hojas, fibra o madera.

La floresta latifoliada tropical ocupaba, en el período final del siglo XV, una gran parte de la costa este. Ahí se encontraban, en gran cantidad, especies arbóreas de gruesos troncos, en su mayoría de hoja perenne y, como media, de 25 a 30 metros de altura aproximadamente, concretamente el *pau-de-alho* o *guararema* (*Gallezia gorazema*); diferentes tipos de *perobeiras*, árboles de la familia de las apocináceas (género *Aspidosperma*), como la *peroba-amarela* (*Aspidosperma gonezianum*), la *peroba-parda* (*Aspidosperma melanocalyx*) y la *peroba-rosa* (*Aspidosperma polyneuron*); el cedro blanco (*Cedrela fissilis*), la *figueira branca* (*Urostigma planifolia*), el *jeribazeiro* (*Arecastrum romanzoffianum*), palmera de gran tamaño (alrededor de 30 metros), y la *juçara* (*Euterpe edulis*).

En algunas regiones del interior (Triángulo Minero y retaguardia de la Mata Atlántica), donde la sequía se deja sentir durante un lapso de tiempo más largo, se desarrolla la floresta tropical semicaduca o floresta seca, formada fundamentalmente por el *angico* (*Piptadenia rigida*), la canela (*Nectandra sp.*), una variedad de *jatobá* (*Hymenaea sp.*) y la *paineira* (*Chorisia sp.*)

Las características de la floresta latifoliada tropical húmeda de la ladera (oriental del altiplano atlántico) están marcadas por la influencia de los vientos húmedos marítimos y de las laderas escarpadas que, sirviéndoles como barrera, provocan abundantes lluvias de relieve, que originan elevados grados de humedad. En la época del inicio del proceso de colonización esta formación forestal de hoja perenne

—constituida por unidades con alturas comprendidas entre 20 y 30 metros, troncos gruesos y copas frondosas— se extendía a lo largo de más de 22 grados de latitud, ocupando una estrecha franja paralela al litoral con una extensión superior a los 3.000 kilómetros, desde el Rio Grande do Norte hasta San Francisco del Sur (Santa Catalina). Es considerada por los botánicos como la floresta más diversificada del mundo, donde proliferaban más de 25.000 tipos de plantas.

La especie más difundida en la Mata Atlántica —como también se designa vulgarmente— era el palo brasil (*Caesalpinia echinata*), árbol con 30 metros de altura aproximadamente, de tronco y ramas armados con espinas y que da flores amarillas. En este subtipo de floresta latifoliada destacan el *angelim* (género *Hymenolobium*), el *jequitibá* (género *Cariniana*), el cedro (*Cedrela glaziovii*), el *jacarandá* (*Dalbergia brasiliense*), una variedad de *jatobá* (*Hymenaea courbaril*), el *vinhático* (*Plathymenia reticulata*), la *quaresmeira* (género *Tibouchina*), el *manacá* (*Brunfelsia calycina*), etc. Estos árboles cohabitan con orquídeas (principalmente de los géneros *Cattleya y Laelia*), *xaxins* y numerosas *samambaias,* begonias y lirios, así como con diferentes herbáceas (capilarias, musgos y líquenes).

La floresta subtropical o Mata de la Araucaria —que comprende una superficie superior a los 250.000 km^2— está constituida por especies aciculifoliadas (hojas con forma de aguja) que tienen su hábitat en zonas de altiplano, ocupando el interior del área comprendida entre la región meridional de São Paulo y el norte de Rio Grande do Sul. El árbol dominante es el *pinheiro-do-paraná* o araucaria (*Araucaria angustifolia*), que alcanza los 30 metros de altura, conviviendo con otras especies autóctonas, concretamente la *imbuia* (*Phoebe porosa*).

Las formaciones campestres (campos) —que engloban un área superior a los 400.000 km^2— se caracterizan por el predominio casi total de gramíneas (*capim-branco-felpudo, capim-caninha, capim-forquilha y capim-mimoso*) con alturas inferiores a 50 centímetros y por la existencia de arbustos y herbáceas (*carqueja, chirca, guaxuma, quinado-campo, trevo* y escoba).

Los *campos limpios* se localizan en la región meridional en áreas de relieve suave y valles anchos; se pueden dividir en tres núcleos: los campos del Altiplano (al sur de São Paulo hasta la depresión del Jacuí, en el Rio Grande do Sul), también llamados regionalmente

Campos Gerais; la Campanha Gaúcha (al sur del Ijuí, a la altura del paralelo de 29° de latitud sur) y los campos de Vacaria (en el Mato Grosso del Sur). En el primer subtipo, las bolsas de agua subterránea dan origen a la aparición de formas redondeadas de vegetación —verdaderas «islas»— designadas *capões*, mientras que en las orillas de los cursos de agua se desarrolla un tipo de cobertura vegetal típica: la mata-galería.

En la Amazonia se encuentran *campos de valles* o *campinaranas* («falsas campiñas») en la región situada entre los ríos Madeira y Purus (campos de Puciari), en el bajo Amazonas y en la isla de Marajó. En regiones altas (sierras de Bocaina, Itatiaia, Caparaó, Orgãos, Cipó, Caraça, etc.) también surgen manchas de esta formación vegetal, designadas «campos serranos».

En el grupo de las formaciones complejas —designadas así debido a la heterogeneidad de sus características— el pasto ocupa la mayor parte de la superficie (más de 1.700.000 km^2, correspondientes a 1/5 del territorio aproximadamente); abarca la totalidad del altiplano central y se extiende a franjas del norte, del nordeste y del sudeste. La vegetación crece en suelos pobres, así como con clima cálido y húmedo. Las especies arbóreas son pequeñas (de 3 a 5 metros de altura), de troncos y ramos gruesos, retorcidos, corteza espesa y hojas grandes y coriáceas, distribuyéndose de forma discontinua y desarrollándose en terrenos con irregular cobertura de gramíneas.

Entre los árboles típicos de los pastos se cuentan la *lixeira* (*Curatella americana*), el *pau-de-colher-de-vaqueiro* (*Salvertia convalariodora*), el *pau-terra* de hoja grande (*Qualea grandiflora*), el *pau-terra* de hoja pequeña (*Qualea parviflora*), el *palo-santo* (*Kielmeyera coriacea*), el *pequi* (*Caryocar brasiliensis*), el *barbatimão* (*Stryphnodendrom barbatiman*) y la *peroba-de-campo* (*Aspidosperma tomentosum*). Las gramíneas más comunes son el *barba-de-bode* y el *capim-flecha*.

El segundo subtipo de formación compleja —el matorral— comprende más de 800.000 km^2 del nordeste. El clima cálido, los largos períodos sin lluvia que, frecuentemente, se transforman en períodos de sequía prolongada, y la baja pluviosidad originaron un tipo de vegetación xerófila (especialmente euforbiáceas, cactáceas y bromeliáceas) en que predominan pequeños árboles —con grandes ramificaciones desde la parte inferior del tronco que pierden totalmente

las hojas en la estación seca—, cactus y arbustos repletos de espinos.

Son características del matorral especies como el *juazeiro* (*Zizyphus joazeiro*), que consigue conservar la mayoría de las hojas, ofreciendo una señal de vida en la época seca; la *quixabeira* (*Brumelia sartorium*), cuyas raíces, gruesas y porosas, acumulan agua; la *oiticica* (*Licania rigida*), la *favaleira* (*Jatropha phyllacantha*), la *ubiragara* o *barriguda* (*Cavanillesia arborea*), que almacena agua en el tronco; la *braúma* (*Schinopsis brasiliensis*), la *catingueira* (*Caesalpinia pyramidalis*) y la *imburana* (*Bursera leptophloeos*). Los cactus más comunes en esta formación vegetal —que permanecen verdes en el período seco— son el *facheiro-preto* (*Cereus squamosus*), el *mandacaru* (*Cereus jamacuru*), el *quipá* (*Opuntia sp.*) y el *xiquexique* (*Pirocereus gounellei*), abundando también bromeliáceas como la *macambira* (*Bromelia laciniosa*). En las áreas húmedas de las márgenes de los ríos del nordeste se desarrolla la *carnaúba* (*Copernicia cerifera*), que llega a alcanzar 40 metros de altura.

El tercer componente de las formaciones complejas —el pantanal—, situado en la planicie del río Paraguay y los correspondientes afluentes, en la región sudoeste del Mato Grosso y oeste del Mato Grosso del Sur, ocupa la amplia bajada al occidente del borde del altiplano central, comprendiendo un área superior a 170.000 kilómetros cuadrados. Ahí se desarrolla una vegetación heterogénea, condicionada por el rigor de la alternancia climática y, además, por el régimen de desbordamientos de los ríos. En la estación seca, el pantanal presenta características de campos en las zonas bajas y de pastos en las elevaciones; en la época lluviosa, las bajadas se transforman en extensos terrenos alagadizos. Estas condiciones dieron origen al nacimiento de formaciones vegetales muy diversificadas, encontrándose desde el *buriti* (*Mauricia vinifera*), la más alta de las palmeras brasileñas, que alcanza los 50 metros, totalmente aprovechable y que forma extensos *buritizais*, gramíneas típicas de los campos y pastos.

En el complejo del pantanal se desarrollan variedades arbóreas como el quebrachorrojo (*Sinopsis lorentzii*) —anacardiácea con alrededor de 20 metros de altura que es típica de la región— y el caranday (*Copernicia australis*), palmera de 12 metros de altura aproximadamente. En la estación seca y en las zonas no inundables crecen gramíneas como el *capim-mimoso-de-espinho* (*Paratheria prostra-*

ta), el *capim-mimoso-rojo* (*Setaria geniculata*) y el *capim-mimozinho* (*Reimarochloa brasiliensis*); en el período de las crecidas y en las regiones alagadas, se desarrollan plantas herbáceas como el *piri* (*Rhyncospora cephalotes*), la *taboa* (*Typha dominguensis*) y la *aguapé* (*Eichhornia crassipes*).

Las formaciones del litoral se extienden a lo largo de toda la franja costera; asociadas a la proximidad del Atlántico y a los vientos marítimos dominantes. Se dividen en dos subtipos distintos: la vegetación de los litorales arenosos y la de los litorales lodosos. En las regiones arenosas se distinguen las dunas —donde crecen bromelias como el *caraguatá* y el *gravatá*, así como algunos cactus y orquídeas, siendo la especie más característica la *salsa-da-praia* (*Ipomoea pes-caprae*), planta rastrera que se fija en las arenas— y los escollos, donde surge el denominado *jundu* («campo sucio»), tipo de vegetación constituido por arbustos, bromeliáceas, leguminosas, mirtáceas y algunas cactáceas. En algunos trechos de la costa, concretamente en las concavidades, contornos de bahías y estuarios de ríos, crecen los *manguezais*, formación forestal de los terrenos lodosos con elevado grado de salinidad, donde proliferan especies típicas como el *mangue-vermelho* o *verdadeiro* (*Rhizofora mangle*), el *mangue-siriúba* (*Avicennia tomentosa*) y el *mangue-branco* (*Laguncularia racemosa*) [25].

[25] Cfr. Dora de Amarante Romariz, «A Vegetação», *Brasil. A Terra e o Homem*, vol. I, pp. 485-512.

Capítulo II

LAS SOCIEDADES INDÍGENAS

El poblamiento del continente americano

Aunque actualmente queda fuera de discusión que el poblamiento del continente americano fue efectuado por poblaciones originarias del Viejo Mundo, sin embargo, suscitan discusión los problemas relacionados con el origen étnico de los amerindios, la determinación de la época en que se iniciaron las migraciones y, además, las rutas de penetración utilizadas.

Se comprueba la existencia de un cierto número de trazos muy marcados, comunes a la mayoría de los autóctonos americanos, concretamente el color castaño de la piel, los cabellos negros y lisos, el escaso desarrollo del sistema piloso, los pómulos de las mejillas sobresalientes, la fuerte arcada superciliar y el pliegue en el párpado que da a los ojos una forma oblicua («ojo mongol») [1]. Estas características físicas conjugadas con datos de origen genético (grupo sanguíneo exclusivamente de tipo 0) [2] demuestran que los indios descienden de poblaciones asiáticas, vulgarmente llamada «raza amarilla».

Ya en una obra publicada en 1576, un humanista lusitano sugería que los brasis tenían origen asiático, comparando sus fisonomías con las de los chinos: «estos indios son de color moreno y cabello liso: tienen el rostro aplastado y algunas hechuras como los chinos» [3]. La necesidad de compatibilizar el Viejo Testamento

[1] Cfr. Alfred Métraux, *Les Indiens de l'Amérique du Sud*, París, 1991 (1946), p. 9.

[2] Cfr. André Prous, *Arqueologia Brasileira*, Brasilia, 1992, p. 119.

[3] Pero de Magalhães de Gândavo, *História da Província Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*, ed. facsímil, Lisboa, 1984 (1576), fl. 33.

—que postulaba la unicidad del género humano, cuyo tronco se remontaba a Adán y Eva— con un modelo explicativo de los orígenes de los indios, llevó también a un jesuita español a defender, al final del siglo XVI, que los antepasados de los aborígenes americanos eran asiáticos [4].

Las diferencias físicas existentes entre los diferentes grupos poblacionales amerindios y la circunstancia de que se verificara una acentuada predominancia de braquicéfalos (con cráneo corto y achatado en la parte posterior) en la América del Norte y una significativa presencia de dolicocéfalos (con cráneo de forma oval) en la mitad sur del continente llevaron a la aparición de algunas tesis defendiendo que esa situación se debía no sólo a las sucesivas olas de elementos de origen mongol (braquicéfalos) que penetraron más tardíamente en la región septentrional del Nuevo Mundo —empujando a las poblaciones más antiguas hacia el sur—, sino también a la llegada de grupos provenientes de Oceanía (australianos y melanesios poseedores de características dolicocéfalas) [5].

La determinación de la época —relativamente moderna en el contexto de la Historia de la Humanidad— en que los primeros grupos humanos habrían iniciado la penetración en América es objeto de polémica, variando entre los 70.000 años a. P. * —hipótesis de trabajo recientemente propuesta por la arqueóloga Niède Guidon [6]— y los 12.000 años a. P., límite temporal que reúne las preferencias de un mayor número de académicos norteamericanos [7].

La llamada «escuela tradicionalista» (vulgarmente llamada *couldn't have*) considera que se remontan solamente a unos 10.800-11.200 años a. P. (complejo arqueológico de Clovis, Nuevo México, Estados Unidos de América) los más antiguos vestigios que incuestionablemente prueban la presencia humana en el Nuevo Mundo

* Nota del editor: *a. P.*: antes del presente. El autor utiliza esta fórmula para delimitar exactamente los períodos cronológicos.

[4] Cfr. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*, José Alcina Franch (ed.), Madrid, 1987 (1590), pp. 111-114.

[5] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, p. 10.

[6] «As Ocupaõçes Pré-Históricas do Brasil (exceptuando a Amazónia)», *História dos índios no Brasil*, Manuela Carneiro da Cunha (coord.), São Paulo, 1992, p. 39.

[7] Cfr. D. F. Dincauze, «An Archaeo-Logical evaluation of the case for Pre-Clovis occupations», *Advances in the World Archaeology*, vol. III, Nueva York, 1984, p. 311.

Mundo, por lo que fija en hace alrededor de 12.000 años a. P. la entrada de los primeros grupos de pobladores en el extremo norte de América [8].

Uno de los argumentos aducidos para rebatir las propuestas de un modelo de poblamiento más antiguo del continente es el de que faltarían a las comunidades del nordeste de Asia, hasta hace unos 20.000 años, los conocimientos tecnológicos necesarios para construir refugios duraderos, confeccionar vestuario de cuero y piel y cazar en grupo, requisitos indispensables para la ocupación de un territorio sometido a condiciones climáticas bastante más adversas que las actuales. Para atravesar la Siberia oriental, traspasar el estrecho de Bering, ocupar la región septentrional americana y, por consiguiente, sobrevivir en la tundra abierta con temperaturas negativas durante varios meses, los grupos humanos deberían poseer una tecnología muy sofisticada y una elevada capacidad de adaptación al medio ambiente [9].

En las últimas décadas, los arqueólogos descubrieron varios lugares en América del Norte con indicios que fueron interpretados como resultantes de actividades humanas, destacándose, por la larga secuencia estratográfica y por la cantidad y cualidad de los materiales recogidos, la estación de Meadowcroft Rockshelter (Pensilvania), que ofreció indicaciones cronológicas en torno a 19.600 años a. P. [10].

Los recientes descubrimientos efectuados en el Nuevo Mundo —tanto en el norte como en el sur— han contribuido a reforzar las tesis de los partidarios de la opción de límites temporales anteriores a Clóvis —J. Cinq-Mars, R. Morland, R. MacNeish, A. L. Bryan, J. Adovasio y otros—, a pesar del escepticismo de muchos con respecto a la intervención humana en el origen de los vestigios en-

[8] Cfr. Roger C. Owen, «The Americas: The case against an Ice-Age Human Population», *The Origins of Modern Humans: A World Survey of the Fossil Evidence*, Fred. E. Smith y Frank Spencer (coords.), Nueva York, 1984, pp. 517-563.

[9] Cfr. Brian Fagan, *The Great Journey. The Peopling of Ancient America*, Londres, 1987.

[10] Cfr. George C. Frison y Danny N. Walker, «New World Palaecology at the Last Glacial Maximum and the implications for New World Prehistory», *The World at 18 000 BP*, Olga Soffer y Clive Gamble (coords.), vol. I, Londres, 1990, pp. 315-316; Roger C. Owen, *op. cit.*, p. 543.

contrados (restos de hogueras, huesos de animales y utensilios de piedra) y la validez de los métodos de datación utilizados [11].

Constituye un dato contrastado que la fuerte disminución del nivel de los océanos producida en el transcurso de las glaciaciones provocó la emersión de una larga franja territorial entre la Siberia oriental, Alaska y Yukón (Canadá) —Béring— que hizo posible el acceso de poblaciones de origen asiático al noroeste de América [12].

A pesar de las divergencias existentes entre los científicos que se ocupan de la materia y aunque no esté comprobada, se admite como probable la hipótesis de que en el transcurso de la última glaciación (etapa final de la fase Wisconsin III, que abarca el período comprendido entre 65.000 y 32.000 años a. P.) [13], grupos de cazadores nómadas aprovecharon, en torno a 40.000 años a. P., la mitigación de los rigores climáticos, proporcionada por un pequeño período cálido —que alcanzó su máximo precisamente en torno a aquellos años— para atravesar el corredor continental y penetrar en la América septentrional [14].

La cuestión de las rutas de penetración suscita, también, controversia. Ya en el período final del siglo XVI, se formuló la hipótesis de la existencia de un paso por el noroeste que constituiría la única vía que habría permitido —«no hace muchos miles de años»— la migración desde Asia oriental al continente americano de animales y de «bandas de hombres salvajes y cazadores» [15].

En el transcurso de la glaciación era posible, teóricamente, para los emigrantes asiáticos entrar en el territorio septentrional americano por tres vías: la primera, que unía el Ártico con el Atlántico; la segunda, que utilizaba el corredor continental existente entre los casquetes glaciales de la Laurentida (oriental) y de la cordillera de las Rocosas (occidental), y la tercera, que penetraba en la zona costera del Pacífico, a través de una plataforma continental mucho

[11] Cfr. Roger C. Owen, *op. cit.*, pp. 522-555.

[12] Cfr. Patrick Plumet, «Le Nord et le premier peuplement de l'Amérique», *La Pré-histoire dans le Monde*, José Garanger (dir.), París, 1992, pp. 725-731.

[13] Cfr. Daniele Lavallée y Patrick Plumet, «L'Amérique: Le Milieu naturel. Données paléogéographiques et paléoclimatiques», *ibidem*, pp. 699-703.

[14] Cfr. Betty J. Meggers, *Amazónia: a Ilusão de un Paraíso*, trad. port., Belo Horizonte/São Paulo, 1987, p. 64; André Prous, *op. cit.*, p. 119; Julio Cezar Melatti, *Índios do Brasil*, 6.ª ed., São Paulo, 1989, p. 10.

[15] José de Acosta, *op. cit.*, p. 122.

más amplia que la actual. La primera no se utilizaría, debido al extremado rigor de las temperaturas. La gran mayoría de los autores prefiere, indiscutiblemente, la vía terrestre, aunque algunos científicos defiendan que ésa fue una ruta marginal y sugieren que la alternativa más viable se localizaría en el litoral occidental, donde presumiblemente se situaba el área de mayor productividad biológica [16].

Las bandas de cazadores cuaternarios se trasladaban en busca de los hábitat ricos en caza, buscando la fauna pleistocénica, que proporcionaba carne y pieles, tanto la nativa, concretamente el mastodonte (*Mammuthus americanus*), el reno (*Ranginfer fricki*) y el tapir (*Tapirus*), como la euroasiática —principalmente el mamut (*Mammuthus exilis y M. imperator*) y el bisonte (*Bison priscus, Bison antiqus* y *Bison occidentalis*)—, que migraba, a través del «puente de hielo», en diferentes períodos glaciares (Kansas, Illinois y Wisconsin). Aprovecharon, además, intensamente, otros recursos animales abundantes, especialmente los camélidos (*Camelops*) y équidos (*Equus*) [17].

El poblamiento de América del Sur

Las regiones de origen y las rutas de penetración de los primeros pobladores en América del Sur son, también, objeto de polémica. Las teorías explicativas tradicionales postulan que los movimientos migratorios seguirían obligatoriamente el sentido norte-sur y utilizarían, exclusivamente, el corredor terrestre, a través del estrecho de Panamá. Sin embargo, algunos autores (Paul Rivet, Mendes Correia y otros), basándose en elementos de naturaleza lingüística y antropológica, defendieron la viabilidad de la participación de elementos australianos y melanesios en el proceso de poblamiento de América del Sur, donde habrían penetrado, por vía marítima, en la Tierra del Fuego, a través de la Antártida, de las islas Shetland del Sur y del cabo de Hornos [18].

[16] Cfr. Luis J. Ramos Gómez y Concepción Blasco Bosqued, *Poblamiento y Prehistoria de América*, Madrid, 1988, pp. 15-17.

[17] Cfr. *idem, ibidem*, p. 20.

[18] Cfr. Vicente Costa Santos Tapajós, «Rutas», *Iberoamérica, una Comunidad*, Enrique M.

Ya al final del siglo XVI se admitía la hipótesis de la diversidad del origen de los amerindios, incluyendo la posibilidad de migraciones marítimas [19]. Los defensores de esta teoría alternativa argumentan, también, con el ejemplo de casos anteriores de travesías del Pacífico en embarcaciones primitivas, que hicieron posible el poblamiento del Japón (hace unos 60.000 años) y de Australia (hace 50.000 años, aproximadamente), esta última a través de las bases de apoyo proporcionadas por los archipiélagos del sudeste asiático.

La tesis del poligenismo y la hipótesis del camino marítimo, defendidas, entre otros, por Christy Turner, Knut Fladmark, Ruth Gruhn y Niède Guidon, se vieron reforzadas por los resultados de la comparación de la morfología craneal de tres series paleoindias de Bolivia y de Brasil con el espectro mundial, toda vez que el estudio reveló la existencia de claras afinidades biológicas entre los primeros sudamericanos conocidos —que se trasladaron al continente americano con anterioridad a la difusión de la morfología mongoloide clásica en Asia— y los habitantes del Pacífico Sur [20].

Otra contribución en el mismo sentido proviene del descubrimiento efectuado en el nordeste del Brasil (Piauí) de parásitos intestinales del hombre (*Ancylostoma duodenalis*), originarios del Viejo Mundo, a los que se atribuyeron dataciones en torno a los 7.230 años. Se trata de larvas que necesitan temperaturas positivas (en torno a los 20° C) para desarrollarse, por lo que no parece admisible que sus portadores fueran oriundos del Asia oriental y que hubieran atravesado las regiones septentrionales americanas, donde las temperaturas negativas las habrían destruido. La explicación parece, pues, residir en el hecho de que sus introductores eran originarios de climas cálidos y habían utilizado la vía marítima para alcanzar el continente americano [21].

Barba, José Manuel Pérez Prendes, Arturo Uslar Prieti, Joaquim Veríssimo Serrão y Sílvio Zavala (dirs.), vol. I, Madrid, 1989, p. 135.

[19] Cfr. José de Acosta, *op. cit.*, pp. 122-123.

[20] Cfr. Walter A. Neves y Hector M. Pucciarelli, «Extra-continental biological relationship of early South America human remains: A multivariate analysis», *Ciência e Cultura* (São Paulo), 41 (6), 1989, pp. 566-575.

[21] Cfr. Adauto Araújo, Luiz Fernando Ferreira y Ulisses Confalonieri, «Paleoparasitologia e Paleoepidemiologia», *Anais da VI Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira*, vol. II (Río de Janeiro), 1992, pp. 443-450.

Estos recientes descubrimientos de naturaleza científica llevaron a formular la hipótesis de que los primitivos pobladores de América del Sur habrían utilizado, en sentido norte-sur, vías marítimas y terrestres, dando origen a tres rutas: la primera sería paralela a la costa del Pacífico, la segunda acompañaría la orilla atlántica y la tercera permitiría el acceso al altiplano central brasileño [22].

Los contingentes humanos que alcanzaron el Nuevo Mundo estaban constituidos por un número reducido de individuos, por lo que tardaron milenios en ocupar el extenso territorio americano. Se piensa que las bandas de cazadores-recolectores iniciaron, quizás hace poco más de veinte mil años a. P., la penetración en América del Sur —principalmente en Pikimachay de Ayacucho, en Perú— en un proceso que se prolongaría hasta hace unos diez mil años, fase en la que alcanzarían la Patagonia.

El poblamiento de Brasil

Las tesis sobre la época en que se inició el poblamiento de Brasil son —tal como sucede con la mayoría del continente americano— muy polémicas. Durante largo tiempo, se afirmó que la presencia humana en el territorio brasileño había sido bastante tardía. Sin embargo, sucesivas campañas de investigaciones han contribuido a alterar esa visión tradicional. Algunos descubrimientos arqueológicos comprueban la presencia del paleoindio en esa área sudamericana en períodos anteriores a lo que comúnmente se admitía hasta la década de los setenta, a pesar de que la interpretación de los hallazgos suscitara controversia en el seno de la comunidad científica.

La Toca do Boqueiro do Sítio da Pedra Furada (San Ramón Nonato, Piauí) constituye, actualmente, uno de los yacimientos arqueológicos que provoca mayor discusión, debido a que presenta cristales de carbón y cenizas —considerados el resultado de fuegos atizados por hombres—, a los cuales se atribuyeron dataciones que se remontan a 48.000 años a. P. La responsable de las investigaciones

[22] Cfr. Francisco M. Salzano, «O Velho e o Novo: Antropologia Física e História Indígena», *História dos índios no Brasil*, p. 31.

defiende, incluso, que «considerándose que, hasta un metro por debajo de la capa de hace 48.000 años, todavía había material arqueológico, se puede afirmar que el área arqueológica de San Ramón Nonato fue ocupada por el hombre hace unos 60.000 años» [23]. Sin embargo, muchos especialistas niegan tanto la participación humana en los fuegos como la validez de la datación del radiocarbono.

En las últimas décadas se descubrieron estrechas correlaciones entre la aparición de glaciaciones y el surgimiento de períodos secos en las regiones tropicales, que causaron profundas modificaciones físicas-naturales. Así, los grandes descensos de temperaturas, el desarrollo de *inlandsins* en los polos Ártico y Antártico y la formación de casquetes glaciares continentales desencadenaron una acentuada disminución de los océanos —debido a la retención de agua en las extremidades septentrional y meridional del globo y la transformación, en las zonas de mayor altitud, de las precipitaciones de lluvia y nieve en hielo—, hecho que se reflejó significativamente en la zona costera brasileña, donde, hace unos 20.000 años a. P., el nivel del mar se encontraba aproximadamente 90 metros por debajo de la cota actual, registrándose, aproximadamente hace 16.000 años a. P., el mayor descenso que puede haber alcanzado, en el transcurso del apogeo glacial (24.000 a 14.000 años a. P.), un valor en torno a los 100 metros. Este conjunto de condicionantes físicos permitió la emersión de una ancha franja de litoral hoy sumergida.

Los períodos climáticos secos provocaban, en las áreas intertropicales húmedas, la disminución de la temperatura, de la pluviosidad y de la humedad del aire, la expansión de un clima de tipo seco, la retracción de las zonas forestales (mata amazónica-guineana, mata atlántica y mata subtropical) y de la cobertura vegetal higrófila, la gran expansión de los pastos, así como el avance de la semiaridez (matorrales) y de la vegetación xerófila, modificando radicalmente las características morfoclimáticas de vastos espacios geográficos, concretamente de la Amazonia, que se transformó en una zona de pastos mezclada con algunas zonas de floresta [24].

[23] Niéde Guidon, *op. cit.*, p. 41.

[24] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «Espaços Ocupados pela Expansão dos Climas Secos na América do Sul, por ocasião dos Períodos Glaciais Quaternários», *Paleoclimas* (São Paulo), 3 (1977), pp. 1-19.

Las fluctuaciones climáticas-vegetales de largo plazo tuvieron, también, importantes repercusiones en los recursos de la fauna, ya que, al originar fragmentaciones cíclicas de hábitat en gran cantidad y la formación de refugios ecológicos, crearon las condiciones para que, en períodos de aislamiento geográfico, se produjese la diferenciación de especies y subespecies animales, funcionando, así, como eficientes «máquinas de distinción de especies» y «verdaderas bombas de especies» [25].

La conjugación del mapa de yacimientos arqueológicos sudamericanos con antigüedad superior a 10.000 años con el cuadro de las condiciones paleoclimáticas y paleoecológicas de América del Sur con una antigüedad de entre 20.000 y 13.000 años a. P. [26], y, además, con el modelo de refugio [27] posibilitaron la aparición de una teoría reciente, apoyada en bases sólidas, sobre las rutas de penetración del paleoindio en territorio brasileño, las condiciones en que esos movimientos migratorios sucedieron, así como sus respectivas motivaciones [28].

La fase seca con climas cálidos y subcálidos, la disminución de recursos hidráulicos, principalmente la pérdida del carácter perenne de muchos ríos y las profundas modificaciones en la cobertura vegetal que provocaron la disminución de la fauna, originando la reducción de los alimentos disponibles, agravaron drásticamente las condiciones de subsistencia de las bandas de cazadores-recolectores sudamericanos.

La rarefacción de la zona forestal podría haber creado continuidad biótica entre las áreas abiertas de Venezuela central y del este de Brasil, permitiendo la migración de la megafauna necesitada de agua y alimentos, en dirección al espacio geográfico brasileño, facilitando la penetración, en esa última zona, de grupos paleoindios en busca de nichos ecológicos más favorables [29]. De acuerdo con la te-

[25] Cfr. Jurgen Haffer, «Ciclos de Tempo e Indicadores de Tempos na História da Amazônia», *Estudos Avançados-USP* (São Paulo), 6 (15), 1992, pp. 7-39.

[26] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, *op. cit.*, pp. 1-19.

[27] Véase el Anexo A.

[28] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «Páleo-climas Quaternários e Pré-História da América Tropical», *Dédalo* (São Paulo), separata, I (1989), p. 12.

[29] Cfr. Betty J. Meggers, «Archeological and Ethnographic Evidence Compatible with the Model of Forest Fragmentation», *Biological Diversification in the Tropics*, G. T. Prance (coord.), Nueva York, 1982, p. 486.

sis de varios científicos, la entrada de los primeros pobladores en parajes brasileños se produciría en un período situado aproximadamente hace unos 20.000 años a. P. [30].

Los principales núcleos arqueológicos pleistocénicos que atestiguan la presencia humana en territorio brasileño son el refugio de la Lapa Vermelha IV de Pedro Leopoldo, en la región de Laguna Santa (Minas Gerais), donde se encontró una pequeña industria lítica con dataciones en torno a unos 16.000 años a. P.; el sitio de Alice Böer (Río Claro, São Paulo), que proporcionó un punta de proyectil con una antigüedad de 14.200 años [31], y la Fase Ibicuí (Rio Grande do Sul), que presenta utensilios de piedra asociados con restos de megafauna y con fósiles de vegetales, moluscos y peces con una antigüedad calculada en unos 12.770 años a. P. [32].

Durante milenios, las reducidas comunidades de *Homo sapiens* buscaron con ahínco los lugares más adecuados para la supervivencia, principalmente los campos abiertos, donde se dedicaban a la caza de megafauna endémica, sobre todo de varias especies de perezosos de tres dedos (*Bradypus tridactilus*) y de diferentes tipos de gliptodontes, animales semejantes a los tatús, pero con enormes dimensiones, concretamente el dedicuro (*Doedicurus clavicaudatus*). Las bandas de cazadores paleoindios abatían también carnívoros como el esmilodonte o *tigre-dientes-de-sable* (*Smilodon populator*), notungulados como el toxodonte (*Toxodon platensis*), semejante a un gran hipopótamo, perisodáctilos como el caballo pequeño (*Hippidion bonaerensis*) y el *Equus* (*Amerhippus neogaeus*) y artiodáctilos como la paleollama (*Paleolama weddelli*) y el morenelafo (*Morenelaphus lydekkeri*) [33].

Por su parte, los «refugios forestales» constituidos por los núcleos que quedan de las florestas tropicales, las áreas de matas-galerías y los «brejos» (matas orográficas) de laderas y sierras húmedas

[30] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 120 y 142.

[31] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 127-139.

[32] Cfr. Arno Alvarez Kern, «Les Groupes Préhistoriques de la région Sud-brésilienne et les changements des páleo-milieux: une analyse diachronique», *Revista de Arqueología Americana* (Ciudad de México), 4 (1991), p. 97.

[33] Cfr. André Luiz Jacobus, «A utilização de Animais e Vegetais na Pré-História do RS», *Arqueologia Pré-Histórica do Rio Grande do Sul*, Arno Alvarez Kern (coord.), Porto Alegre, 1991, pp. 65-69.

proporcionaban a los cazadores-recolectores frutos y raíces de vegetales, huevos de aves y reptiles, miel, insectos, larvas, abejas, etc.

Sería en el transcurso de la dispersión provocada por la búsqueda de ecosistemas más húmedos cuando los primeros grupos de paleoindios alcanzaron el actual territorio de Minas Gerais —alrededor de 16.000 años a. P.—, asentándose en lugares donde existían cavernas y grutas. Dieron origen, así, a la llamada «raza de la Laguna Santa», atestiguada por el descubrimiento de varias decenas de individuos de ambos sexos, que proporciona los siguientes elementos acerca de las características físicas de los primitivos habitantes de esa región: ultradolicocefalia, capacidad craneal media (entre 1.200 y 1.400 cm^3) y estatura mediana (1,62 m para los hombres y 1,51 para las mujeres) [34].

Las excavaciones en los depósitos de calcáreos de la Laguna Santa y de la Gruta del Sumidouro, iniciadas por el naturalista danés Peter Wilhelm Lund (1801-1880) en la década de los treinta del siglo XIX, han proporcionado, además de instrumentos líticos de antigüedad datada alrededor de 16.000 años, huesos de la fauna pleistocénica (*Glyptodon, Scelidotherium, Chlamydotehérium* y otros) y gran número de esqueletos humanos [35].

La extensión de la sequía, sucedida en el período final del pleistoceno, incrementó, entre 14.000 y 13.000 años a. P., los ritmos migratorios de pequeños grupos de paleoindios en el espacio geográfico que correspondería a Brasil, a lo largo de las depresiones entre los altiplanos revestidas por praderas, pastos y matorrales, a la búsqueda de regiones húmedas, estableciendo sus campamentos preferentemente en lugares con cavernas y cuevas existentes en los bordes de los altiplanos de sedimentación [36].

Con la transición del pleistoceno al holoceno —iniciada en torno a hace 13.000 años a. P.— terminó la última glaciación, registrándose una fase de calentamiento del planeta que originó una gradual subida del nivel del mar y desencadenó un lento proceso de retropicalización, que causó la aparición de climas generalmente más húme-

[34] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 193-195.

[35] Cfr. Angyone Costa, *Introdução à Arqueologia Brasileira*, 4.ª ed., São Paulo, 1980, pp. 43-58.

[36] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, *op. cit.*, p. 16.

dos, la subida de la temperatura, el aumento de la pluviosidad y la nueva expansión de las áreas forestales [37].

Las nuevas condiciones climáticas y ecológicas tuvieron consecuencias dramáticas para las especies de megafauna pleistocénica sudamericana —caracterizada por el gigantismo y por la especialización— que habían conseguido sobrevivir al período seco y frío, provocando su desadaptación a un medio ambiente crecientemente cálido y húmedo, concretamente a las alteraciones en la cobertura vegetal, circunstancia que, agravada por la intensa actividad predatoria de los grupos humanos, condujo, entre 10.000 y 6.000 años a. P., a la extinción de los grandes herbívoros.

La progresiva desaparición de los megamamíferos, el gradual retorno de la tropicalidad, que provocó una gran extensión del área forestal y de la vegetación higrófila, el aumento de los recursos hidráulicos y las características de la fauna de media y pequeña dimensión, obligaron a las bandas de cazadores nómadas a adoptar modelos de subsistencia más diversificados.

La adaptación de las poblaciones al nuevo universo ecológico y biológico fue muy eficaz, permitiendo que la presencia humana en las diferentes regiones del Brasil prehistórico —muy escasa hasta unos 10.000 años a. P.— aumentase significativamente alrededor de unos 9.000 años a. P. y se distribuyese por la mayoría del territorio [38].

En la cuenca del Amazonas y tierras adyacentes, las sociedades de cazadores-recolectores establecidas en ellas entre el pleistoceno tardío y el holoceno inicial, equipadas con tecnología lítica y especializadas en la caza de la megafauna (período paleoindígena), dieron lugar gradualmente —en torno a unos 8.000 o 6.000 años a. P.— a comunidades de cazadores-recolectores más sedentarias, que practicaban la caza intensiva de animales menores y la recolección sistemática de plantas acuáticas (período arcaico precerámico) [39].

También en el interior del «continente brasileño», las reacciones de las bandas de amerindios a las oscilaciones climáticas del holoceno originaron la aparición de importantes alteraciones en sus modos

[37] Cfr. *idem*, «Espaços ocupados...», p. 4.

[38] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 119-120.

[39] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, «Arqueologia Amazônica», *História dos índios no Brasil*, pp. 58-61.

de vida. El *optimum climaticum* que se produjo en todo el mundo, entre 8.000 y 4.000 años a. P., provocó, en esa área inmensa, el avance de las zonas de matas, pobres en caza, pero ricas en recursos vegetales, además de la proliferación de moluscos fluviales y terrestres y de pescado en los ríos y lagunas. Mientras que algunas bandas intentaron mantener la especialización cazadora e incluso detener el avance de la vegetación higrófila recurriendo a quemar el terreno, otros optaron por adaptarse a las crecientes modificaciones del hábitat, utilizando los recursos alimenticios proporcionados por las nuevas condiciones ecológicas y, posteriormente, ensayando las primeras experiencias de cultivo de plantas en el altiplano central [40].

Hace unos 6.000 años, la completa restauración de las características tropicales y subtropicales en el territorio brasileño era una realidad. En ese tiempo, las temperaturas alcanzaron los valores medios que hoy se conocen y el Atlántico —que en el milenio anterior todavía se encontraba 10 metros por debajo de la cota actual en el litoral brasileño— alcanzó y sobrepasó en 2 o 3 metros el presente nivel, fijándose, después de algunas variaciones, en la cota 0 unos 1.800 años a. P. Estas modificaciones contribuyeron a poblar la costa marítima, los ríos y las lagunas de una abundante y diversificada fauna, produciéndose la proliferación de numerosas variedades de peces, tortugas, moluscos y crustáceos.

La formación de acantilados costeros y la gran riqueza del bioma marino hizo que convergieran en el litoral importantes grupos amerindios que —desde el nordeste del Pará al Rio Grande do Sul— ocuparon la franja del litoral, dedicándose fundamentalmente a la captura de moluscos, sobre todo del berberecho, que dieron origen a la formación de *sambaquis* («monte de conchas»), o sea, de acumulaciones —situadas en las ensenadas y en los meandros— que sirvieron como cementerio o como depósito de desechos. Hasta la fecha se han encontrado en la costa varias decenas de estas acumulaciones, siendo importante la fuerte concentración detectada en el litoral situado entre Río de Janeiro y Porto Alegre [41].

Ya en el siglo XVIII, un autor benedictino, natural de Santos, subrayaba que «[...] la antigüedad de estas *ostreiras* (así las llaman en la capi-

[40] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 145-147.
[41] Cfr. *idem*, *ibidem*, pp. 211-222.

tanía de São Paulo)[...]» y observó que en la «[...] mayor parte de ellas todavía conservan enteras las conchas, y en algunas se encuentran hachas (las de los indios eran de piedra muy roja), pedazos de cazuelas rotas y huesos de difuntos, puesto que, si algún indio moría en el tiempo de la pesca, le servía de cementerio la *ostreira*, en la cual depositaban el cadáver y después lo cubrían de conchas» [42].

El estudio de decenas de esqueletos descubiertos en los depósitos de conchas proporciona importantes datos sobre la antropología física de los comúnmente llamados «hombres de los *sambaquis*», que presentan las siguientes características principales: constitución robusta, cráneo alto, gran capacidad craneal (siempre superior a 1.400 cm^3 en los hombres y raramente superior a los 1.350 cm^3 en las mujeres), frente inclinada, órbitas altas, nariz ancha, rostro medianamente ancho, robustez de los huesos de los individuos de ambos sexos y estatura por debajo de la media tanto para las mujeres (1,50 a 1,54 metros), como para los hombres (1,58 hasta 1,61 metros).

En cuanto a la antigüedad de estos acantilados artificiales, alrededor del 80 por 100 de las dataciones indican que la fase áurea de su construcción se produjo entre 5.000 y 2.000 años a. P., revelando, además, períodos de ocupación y reocupación muy variables que, en la mayoría, se sitúan entre cuatro siglos y dos milenios. Los hallazgos arqueológicos ofrecieron importantes elementos en torno a las llamadas «culturas *sambaquianas*», que dieron a conocer una variada industria del hueso, cuerno y concha (puntas de proyectil, anzuelos, raspaderas, berbiquís, agujas, cinceles, adornos, recipientes y bastones de hueso de ballena) y lítica (hachas, recipientes, anillos y esculturas geométricas y zoomórficas), así como estructuras funerarias (enterramientos en cavidades, generalmente en posición fetal, sobre las que lanzaban barro rojo, enterrando los cadáveres con colorantes, alimentos, instrumentos y adornos) [43].

Desde los inicios de la colonización, los depósitos de conchas fueron utilizados en la edificación de los primeros núcleos urbanos, sirviendo de materia prima para la fabricación de cal, empleada en la construcción de numerosos edificios, principalmente en San Vi-

[42] Fray Gaspar da Madre de Deus, *Memórias para a História da Capitania de São Vicente*, prefacio de Mário Guimarães Ferri, Belo Horizonte, 1975 (1797), pp. 45-46.

[43] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 249-263.

cente, Santos, Itanhaém, Iguape y Cananeia. Según un testimonio del siglo XVI, en la ciudad del Salvador de Bahía, «la mayor parte de la cal [...] se hace con las conchas de las ostras, de las que hay tanta cantidad que se hace de ella mucha cal, la cual es blanquísima y lisa también, como la de Alcántara» [44]. La dimensión de los *sambaquis* era tan significativa que solamente uno de ellos proporcionó la cal suficiente para las obras del Colegio de los Jesuitas del Salvador de Bahía [45].

Dispersión geográfica y diferenciación lingüística

A lo largo del milenario proceso de poblamiento de Brasil, se produjo una progresiva diferenciación lingüística y de civilización entre los descendientes de los primitivos ocupantes. Aproximadamente 5.000 años a. P., se registró un acentuado crecimiento demográfico y se produjeron diferentes movimientos migratorios que estuvieron en el origen de la aparición de grupos de población crecientemente diferenciados.

Los amerindios que se instalaron en el espacio geográfico brasileño y en las inmediaciones de sus actuales fronteras están agrupados, de acuerdo con criterios lingüísticos, del siguiente modo: troncos (tupí y macro-jê); grandes familias (caribe, aruaque y arauaque), familias menores situadas al norte del Amazonas (tucano, macú e ianomámi) y familias menores establecidas al sur del mismo río (guaicurú, nambiquára, txapacúra, páno, múra y catuquína), así como lenguas aisladas (aicaná, aricapú, auaquê, irántche, jabutí, canoê, coiá, trumái y otras) [46].

El análisis de la evolución y de las principales características de las sociedades indígenas precabralinas incide sobre algunos grupos de los troncos macro-jê y, fundamentalmente, del tupí, ya que fueron estos pueblos los que desempeñaron, a lo largo del siglo XVI, un

[44] Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil*, Pirajá da Silva (ed.), São Paulo, vol. II s.d., p. 308.

[45] Cfr. fernão Cardim, *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, introdución y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo Garcia, 3.ª ed., São Paulo, 1978, p. 175.

[46] Cfr. Aryon Dall'Igna Rodrigues, *Línguas Brasileiras. Para o Conhecimento das Línguas Indígenas*, São Paulo, 1987, pp. 41-98.

papel de primordial importancia como agentes históricos en la formación de Brasil.

No existen datos definitivos sobre el lugar de origen de los macro-jê aunque hay indicios que apuntan a la zona este, comprendida entre Bahía y Río de Janeiro, como el lugar en que hipotéticamente se iniciaría su proceso de dispersión. Sin embargo, debido a las vicisitudes de la disputa por el territorio, su hábitat acabó por concentrarse esencialmente en el altiplano brasileño. Hace unos 5.000 o 6.000 años, se habrían producido grandes escisiones en el tronco macro-jê, posiblemente debidas a un significativo aumento de la densidad de población, que condujeron a la difusión y consiguiente formación de diferentes familias: jê, camacã, maxacali, botocudo, pataxó, puri, cariri, ofaié, jeicó, riquebaquetsa, guató y, posiblemente, bororo y fulniô.

Es probable que la familia jê, propiamente dicha, sea originaria de una región situada entre los nacimientos de los ríos San Francisco y Araguaia-Tocantins. Hace unos 3.000 años se habría producido una primera migración de estos pueblos, que acabaron por establecerse en la región meridional, dando origen a los guaianás (muy probablemente antepasados de los actuales caingangues o coroados) y a los xoclengues. Posiblemente en torno al año 1000 surgió una nueva escisión que individualizó cuatro grupos, correspondientes a otras tantas lenguas autónomas: el timbira, el caiapó, el suiá y el acuém. Los hablantes de las tres primeras, pertenecientes a la rama septentrional, tomaron las siguientes direcciones: los timbiras se expandieron preferentemente hacia el Medio-Norte (Maranhão-Piauí), mientras que los caiapós y los suiás se dirigieron hacia la cuenca amazónica, estableciéndose en la región del río Xingu; por su parte, los acuém ampliaron la ocupación del altiplano central. Hace unos quinientos años surgirían diferenciaciones internas en las lenguas de tres grupos que originaron los dialectos timbira orientales (canela, gavio, craô, creniê, cricati y otros), caiapó (cubém-cragnotire, cubencranquém, cocraimoró, gorotiré, xicrim y otros) y acuém (xavante, xerente y xacriabá) [47].

El parentesco étnico, lingüístico y de civilización de los pueblos jês no pasó desapercibido a un colono del siglo XVI que, en la

[47] Cfr. Greg Urban, «A História da Cultura Brasileira segundo as Línguas Nativas», *História dos índios no Brasil*, pp. 90-91.

descripción de las poblaciones que habitaban más de doscientas leguas del *sertão* de Bahía, afirma lo siguiente: «[...] todos hablan, cantan y bailan de una misma manera, y tienen las mismas costumbres en el proceder de su vida privada y pública, con muy poca diferencia» [48].

El tronco tupí está constituido por siete familias (tupí-guaraní, mundurucu, juruna, ariquém, tupari, ramarama y mondé), que se dividen en varios grupos (lenguas) y subgrupos (dialectos). Se refiere, como ejemplo, que el subgrupo guajajara pertenece al grupo teneteára, integrado, a su vez, en la familia tupí-guaraní, una de las siete ramas del tupí.

Desde el siglo XIX se han realizado intentos, iniciados por Karl Friedrich von Martius (Leipzig, 1867), para determinar el centro de dispersión de la familia tupí-guaraní. Según Alfred Métraux, ese lugar se situaba en la región limitada al norte por el Amazonas, al sur por el río Paraguay, al este por el río Tocantins y al oeste por el río Madeira [49]. Por su parte, Aryon Dall'Igna Rodrigues, basándose en elementos lingüísticos y en el método de la glotocronología, apunta a una zona del río Guaporé (alto Madeira), como centro de difusión de los hablantes del tronco tupí en torno a 5.000 años a. P., sugiriendo que la separación de la familia tupí-guaraní se produjo alrededor de 2.500 años a. P. [50].

Apoyándose en el análisis comparativo de las características de la cerámica amazónica y tupí-guaraní y en estudios de naturaleza lingüística, diferentes autores (Evans, Meggers, Lathrap) defienden que el centro de diferenciación del tronco tupí se debe buscar en la Amazonia. El último considera acertado localizar «la zona de origen de la comunidad de idiomas prototupí-guaraní en la margen sur del Amazonas, un poco por debajo de la confluencia del río Madeira» (unos 5.000 años a. P.), señalando la desembocadura del Amazonas como área de dispersión, 2.500 años a. P., de los hablantes de la «protolengua tupí-guaraní propiamente dicha» [51].

[48] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 303.

[49] *La Civilisation Matérielle des tribus Tupi-Guarani*, París, 1928, p. 312.

[50] «A Classificação do Tronco Linguístico Tupi», *Revista de Antropologia* (São Paulo), 12 (1964), pp. 103-104.

[51] Donald W. Lathrap, *O Alto Amazonas*, trad. port., Lisboa, 1975, pp. 81-84.

Una tesis datada en 1982 y basada en los métodos de la glotocronología sugiere que el tronco tupí tuvo su origen 5.000 años a. P., en la región situada entre los ríos Jiparaná y Aripuanã, que vivían en la margen derecha del río Madeira, uno de los afluentes del bajo Amazonas.

Los recursos alimenticios proporcionados por la orilla meridional amazónica —zona de florestas entrecortadas por pastos— habrían posibilitado que los grupos cazadores-recolectores del tronco tupí, en el período comprendido entre 4.000 y 2.000 años a. P., sufrieran un importante crecimiento de la densidad de población que estuvo en el origen de un primer movimiento de expansión geográfica y de diferenciación lingüística que los condujo al este hasta el alto Xingu, al oeste al alto Madeira y al sur al río Guaporé, proceso del que resultó la formación de las siete familias de este tronco y, en consecuencia, la individualización de los tupís-guaranís [52]. En esta fase, es muy probable que hayan adquirido o desarrollado las técnicas de cultivo de plantas, de fabricación de cerámica, de confección de hamacas y de navegación fluvial.

En torno al inicio de la era cristiana, el crecimiento demográfico y un persistente brote de sequía que afectó, durante un período considerable, al territorio brasileño, probablemente obligaron a los tupís-guaranís a buscar nuevos nichos ecológicos que proporcionasen condiciones de subsistencia adecuadas para horticultores de la floresta tropical y ceramistas: zonas de mata situadas en la proximidad de cursos navegables; áreas poco accidentadas, húmedas, pluviosas y cálidas o, por lo menos, templadas. Por el contrario, las regiones semiáridas, montañosas o frías nunca despertaron su interés.

Las migraciones de estas poblaciones las llevaron a ocupar, sobre todo, las inmediaciones de las tierras bañadas por los más importantes ríos y a avanzar hacia el sur, alcanzando, por el interior, hace 1.800 años, aproximadamente las cuencas del Paraguay, Paraná, Uruguay y Jacuí. A partir de esa área, se extendieron, pos-

[52] Cfr. Ernest C. Migliazza, «Linguistic Prehistory and the Refuge Model in Amazonia», *Biological Diversification...*, pp. 497-519.

teriormente, hacia el este, ocupando paulatinamente la costa marítima comprendida ente el Rio Grande do Sul y el Ceará.

De los importantes movimientos emprendidos por los tupís-guaranís en el transcurso de la presente era se produjo, hacia los siglos VIII-IX, su separación en dos grupos lingüísticos diferentes: el tupí («padre supremo, tronco de la generación») y el guaraní («guerra»). El primero comprende las poblaciones que se instalaron a lo largo de la mayor parte de la región costera tropical; el segundo engloba los grupos que establecieron su hábitat en el área subtropical —Mato Grosso del Sur, región meridional de Brasil, Paraguay, Uruguay y nordeste de Argentina— después de expulsar a sus primitivos ocupantes, pueblos exclusivamente cazadores-recolectores precerámicos, tecnológicamente inferiores y creadores de industrias líticas llamadas «tradición humaitá» [53]. Los prototupís se apropiaron, por consiguiente, de las tierras más cálidas de la costa atlántica, donde se dedicaron al cultivo de la mandioca amarga, mientras que los protoguaranís colonizaron las tierras templadas, donde se especializaron en el cultivo del maíz [54]. El proceso de diferenciación de los tupís-guaranís repercutió, también, en las tradiciones cerámicas, puesto que los tupís desarrollaron la «subtradición pintada» y los guaranís la «subtradición *corrugada*».

Una propuesta de reconstrucción de las migraciones tupís-guaranís —elaborada a partir de los resultados de investigaciones lingüísticas, etnográficas y arqueológicas— adelanta que la separación entre los prototupís y los protoguaranís se habría verificado, 2.500 años a. P., en un área situada entre la desembocadura del río Madeira y la isla Marajó. Una fuerte presión demográfica habría impelido a los protoguaranís hacia el sur, a través de los cursos de los ríos Madeira y Guaporé, llegando, en torno al inicio de la presente era, al sistema fluvial Paraná-Paraguay-Uruguay. Los prototupís, por su parte, establecidos en la cuenca amazónica, se habrían fragmentado en varios subgrupos que, entre los siglos VI-XI, ocuparon paulatinamente el litoral hasta las proximidades del Trópico de Capricornio, donde se encontraron con los guaranís. Entonces, iniciaron la pene-

[53] Cfr. Arno Álvarez Kern, «Les Groupes Préhistoriques...», pp. 101-121.

[54] Cfr. Pedro Ignácio Schmitz, «Migrantes da Amazônia: a tradição tupiguarani», *Arqueologia Pré-Histórica do Rio Grande do Sul*, pp. 301-302.

tración en el altiplano meridional; la frontera entre los dos grupos lingüísticos se establece al sur del curso del Tietê [55].

El modelo explicativo más reciente sobre el origen y dispersión del tronco tupí —que utiliza el método de la reconstrucción desarrollado en la lingüística comparada para determinar las relaciones genéticas entre las lenguas y, de ese modo, elaborar los respectivos árboles genealógicos— defiende la hipótesis de que este tronco lingüístico tuvo su origen en alguna parte de la región delimitada por los afluentes orientales del Madeira y las cabeceras de los ríos Tapajós y Xingu, en áreas de altitudes en torno a los 200 a 1.000 metros y, como media, por encima de los 500 metros, y, eventualmente, la llanura de los Parecis. En el período comprendido entre 5.000 y 3.000 años a. P., se habría iniciado el proceso de dispersión de esas poblaciones en un área localizada aproximadamente entre los nacimientos de los ríos Madeira y Xingu, de la que resultó la individualización de las siete familias del tronco tupí, entre las cuales asumió una posición de relieve la tupí-guaraní.

Hace unos 2.000 o 3.000 años, se habría producido el primer gran movimiento expansionista de la familia tupí-guaraní, que provocó la migración de los cocama y de los omágua hacia el norte, rumbo a la región amazónica, de los guaiaqui hacia el sur, en dirección al Paraguay y de los xirionó hacia el sudoeste, donde penetraron en territorio actualmente perteneciente a Bolivia. A continuación surgió la fase de separación del núcleo central, que llevó a los pauserna y a los cauaib hacia el oeste, a los oiampi hacia Guayana, a los caiabi y a los camaiurá hacia el curso del Xingu, a los tapirapé y a los teneteára hacia las inmediaciones de la desembocadura del Amazonas y a los xetá hacia el extremo sur de Brasil. Después del año 1000 de nuestra era, se habría producido la última escisión de la familia tupí-guaraní, dando origen a los grupos tupí y guaraní [56].

[55] Cfr. José Proenza Brochado, «A Expansão dos Tupi e da Cerâmica da Tradição Policrômica Amazônica», *Dédalo* (São Paulo), 27 (1989), pp. 65-82.

[56] Cfr. Greg Urban, *op. cit.*, pp. 92-100.

La disputa por el dominio del litoral

Cuando los tripulantes de la armada de Cabral desembarcaron en la Tierra de Santa Cruz, los tupís y los guaranís efectuaban denodados esfuerzos para completar la conquista del litoral. Los seculares conflictos que se produjeron entre los diferentes grupos indígenas por la posesión de la franja costera fueron provocados por la imperiosa necesidad de intentar dominar un espacio ecológico que proporcionara alimentos abundantes, principalmente pescado, tortugas, moluscos, crustáceos y sal, imprescindibles para la dieta aborigen, sobre todo si se atiende al hecho de que los recursos cinegéticos eran insuficientes para proporcionar la cantidad de proteínas indispensable para su conveniente nutrición. La pretensión de una comunidad amerindia de ejercer el dominio sobre una región favorecida se traducía, por consiguiente, en el intento de conquista de una franja del valle amazónico o de la costa marítima. Naturalmente, ganaban la disputa los grupos tribales más cohesionados, numerosos y tecnológicamente mejor pertrechados.

En el 1500, los tupís ocupaban la más significativa parte de la zona costera comprendida entre el Ceará y la Cananeia (São Paulo) y los guaranís, establecidos exclusivamente al sur del Trópico de Capricornio, dominaban la franja del litoral situada entre la Cananeia y la laguna de los Patos (Rio Grande do Sul), además de importantes regiones en el interior de ese espacio.

La reconstrucción de la distribución espacial de los grupos tribales amerindios a lo largo del litoral brasileño, a finales del siglo XV e inicios del siglo XVI, se presenta como una tarea problemática debido a la escasez de elementos de origen indígena, a la imprecisión de los testimonios de los autores del siglo XVI y a la movilidad de las áreas fronterizas derivada del estado de guerra endémica existente entre los diferentes grupos tribales. Conjugando las informaciones proporcionadas por diferentes fuentes, es posible, sin embargo, trazar un cuadro general aproximativo de las diferentes «naciones» amerindias que controlaban la costa y los *sertões* adyacentes en los primeros años del siglo XVI (véase el Mapa 1).

La costa marítima estaba ocupada, en sentido norte-sur, por los los siguientes grupos tribales: los aruaques habitaban en el norte des-

de la desembocadura del Oiapoque (Amapá) hasta la costa del Pará, incluyendo el delta amazónico y las respectivas islas, principalmente la de Marajó (territorio del grupo aruã, «pacífico») [57]; los tremembés («pantanoso»), pertenecientes a la familia cariri y al tronco macro-jê, por su parte, estaban establecidos en su mayor parte en el Medio-Norte (Maranhão-Piauí), extendiéndose su área de influencia del Gurupí (en el límite sur del Pará) al Camocim o al Mucuripe (Ceará) [58].

A partir, *grosso modo*, de la desembocadura del río Jaguaribe (Ceará), se entraba en el área dominada mayoritariamente por los grupos tupís: los potiguaras («comedor de camarón») vivían en la zona costera localizada entre aquel río y el Paraíba y los caetés («mata verdadera») predominaban en el trecho comprendido entre este último marco geográfico y la margen norte del río San Francisco (Alagoas). En los *sertões* del nordeste (sierras de Borborema, de los Cariris Velhos, de los Cariris Novos y valles de Acarajú, del Jaguaribe, del Açú, del Apodi y del bajo San Francisco) se refugiaron los *cariris* («silencioso»), pertenecientes al tronco macro-jê, después de que los expulsaran del litoral los tupís [59]; en una parte del interior cearense (sobre todo en la sierra de Ibiapaba), del Rio Grande do Norte y de la Paraíba imperaban los tabajaras («señor de la aldea»), que, según algunos autores, también habrían dominado durante algún tiempo la costa situada entre el Paraíba e Itamaracá [60].

Los tupinambás («descendientes de los tupís») ocupaban la costa desde la margen derecha del San Francisco hasta la zona norte de Ilhéus, después de vencer a sus anteriores habitantes; sin embargo, su división en dos grupos rivales —el primero abarcaba el área encuadrada por los ríos San Francisco y Real (Sergipe), y el segundo se había adueñado del litoral desde allí hasta el Camamú— dio origen a un estado de guerra permanente entre los dos grupos. Por otro lado, los moradores de la región donde se edificó la villa de Pereira y, posteriormente, la ciudad del Salvador eran enemigos de los habitantes de las islas de Itaparica y Tinharé y de la costa norte de

[57] Cfr. Estevão Pinto, *Os Indígenas do Nordeste*, vol. I, São Paulo, 1935, pp. 115-117.
[58] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 136-137.
[59] Cfr. *idem, ibidem*, p. 135.
[60] Cfr. *idem, ibidem*, p. 114.

Ilhéus, situación que provocaba encendidos combates entre aquellos bandos [61].

En marzo de 1531, poco antes de iniciarse el proceso de colonización de la Tierra de Santa Cruz, los hombres de la armada de Martim Afonso de Sousa presenciaron, en Bahía de Todos los Santos, un violento combate entre dos grupos de tupinambás del que nos llegó el siguiente relato:

> Estando en esta bahía, en medio del río, se pelearon 50 canoas por una orilla y 50 por otra, que cada canoa llevaba 60 hombres, todas defendidas por escudos pintados como los nuestros; y pelearon desde el mediodía hasta la puesta de sol. Las 50 canoas de la orilla en la que estábamos anclados vencieron y trajeron a muchos de los otros cautivos y los mataban con grandes ceremonias, atados con cuerdas y, después de muertos, los asaban y comían [62].

En los *sertões* de Bahía se establecieron los tapuia, los tupina y los amoipira («los de la otra orilla del río»), una rama segregada de los tupinambás, después de que los derrotaran en sucesivas guerras, tanto entre sí, como con los tupinambás. Allí vivían, también, los ibirajara («señor del palo»), pertenecientes al grupo caiapó de la familia jê.

Del estuario del Camamu (al norte de Ilhéus) hasta el del Cricaré o San Mateo (Espírito Santo), las zonas del litoral pertenecían a los tupiniquins («colaterales de los tupís») que, sin embargo, se debatían con las fuertes embestidas de los aimorés (vocablo tupí que designa una especie de monos), pertenecientes a la familia botocudo (macro-jê), que les disputaban el territorio. En los *sertões* de Porto Seguro y de Espírito Santo vivían los papanás, que se vieron forzados a abandonar el litoral debido a los ataques de los tupiniquins y de los aimorés. Los goitacás («nómadas») provenían del tronco macro-jê y vivían en el trecho de costa comprendido entre el río Cricaré y el cabo de Santo Tomé y también el interior de esa región [63].

El área costera fluminense delimitada por el cabo de Santo Tomé y la ensenada de los Reis estaba controlada por los tamoios («abuelo»)

[61] Cfr. Florestan Fernandes, *A Organização Social dos Tupinambá*, 2.ª ed., São Paulo/Brasilia, 1989, pp. 32-34.

[62] Pero Lopes de Sousa, *Diário da Navegação (1530-1532)*, estudio crítico de Eugénio de Castro y prefacio de Capistrano de Abreu, 2.ª ed., vol. I, Río de Janeiro, 1940, pp. 157-159.

[63] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. I, p. 163.

—otra rama de los tupinambás—, que disponían, además, de algunas poblaciones más al sur: Ariró, Mambucaba, Taquaraçu-Tiba, Ticoaripe y Ubatuba. Sin embargo, todavía quedaban en esa área algunos núcleos de temiminós («nietos del hombre»), principalmente en la isla de Paranapu o de los Maracajás (actual isla del Gobernador, en la bahía de la Guanabara), que resistían las constantes embestidas de sus implacables enemigos.

El dominio del litoral paulista localizado entre Caraguatatuba e Iguape-Isla Comprida pertenecía a los tupiniquins, que también vivían en una franja del *sertão*. Los guaianás («gente emparentada») predominaban en la zona de matas de pino, a 300 metros de altitud, y en los campos del área del altiplano correspondiente a la franja que se extendía desde la ensenada dos Reis hasta la Cananeia. Pertenecían a la familia jê, debiendo ser considerados como antepasados de los actuales caingangues [64].

A partir de la Cananeia se entraba en el espacio de los guaranís y de las poblaciones autóctonas asimiladas por ellos (conocidas por diversas designaciones locales, concretamente carijós, tapes, patos y arachãs, que se extendía hasta la laguna de los Patos, en una extensión de unas 80 leguas (400 kilómetros) de costa [65]. Éstos tenían como vecinos y adversarios a dos grupos étnicos pertenecientes al grupo de la pampa y de la Patagonia: los charrúas, al sudoeste, establecidos en las dos márgenes del río Uruguay, y los minuanos, en el sudeste, que ostentaban la posesión del trecho de costa que se iniciaba en la laguna de los Patos y alcanzaba el estuario del Plata (en las inmediaciones del lugar donde, en el siglo XVIII, se edificaría la ciudad de Montevideo) [66].

En el transcurso de la larga lucha por el dominio del litoral, los tupís-guaranís —mejor organizados, mejor armados, poseedores de técnicas de agricultura de *coivara* y de cerámica, así como de construcción de viviendas, estructuras defensivas y canoas— derrotaron y expulsaron a las poblaciones que habitaban el litoral. Éstas eran apodadas *tapuias*, vocablo tupí que significa «salvajes» y que era utilizado despectivamente por los vencedores, con el sentido de

[64] Cfr. Ítala Irene Basile Becker, «O que sobrou dos índios Pré-Históricos do Rio Grande do Sul», *Arqueologia Pré-histórica do Rio Grande do Sul*, pp. 331-335.

[65] Cfr. Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 123.

[66] Cfr. Ítala Irene Basile Becker, *op. cit.*, pp. 343-344.

«enemigos bárbaros», para designar a los miembros de todos los demás troncos lingüísticos —sobre todo jês— que todavía no habían alcanzado su estadio de civilización. Cuando entraron en contacto con los portugueses, los tupís les transmitieron su menosprecio por los pueblos jês, con lo que aquéllos perfilaron una posición idéntica y adoptaron, incluso, la expresión *tapuia* para designar a todas las poblaciones no pertenecientes a la familia tupí-guaraní. Los tapuias correspondían, pues, en la mayoría de los casos, a las poblaciones jês [67].

Una misiva, datada en 1555, de la que es autor uno de los misioneros que llegó a la Tierra de Santa Cruz integrado en el primer grupo de jesuitas (1549), nos ofrece un ejemplo paradigmático de la visión lusitana del siglo XVI sobre los tapuias o bárbaros de «lengua torpe», considerados una «generación de indios bestial y feroz, porque andan por los bosques como manadas de venados, desnudos, con los cabellos largos como mujeres; su modo de hablar... muy bárbaro y ellos muy carniceros y llevan flechas emponzoñadas y dan cuenta de un hombre en un momento» [68].

Los autores del siglo XVI tenían clara conciencia de que con anterioridad a la llegada de los portugueses a Brasil y hasta después del inicio de la colonización, los grupos tribales de la rama tupí, constituidos por sociedades de horticultores-recolectores-cazadores, habían derrotado y expulsado de gran parte del litoral brasileño a sus primitivos ocupantes, en su mayoría comunidades de cazadores-recolectores pertenecientes al tronco macro-jê, instalándose en esos territorios. En una obra redactada en 1584, se afirma que «por estos tapuias fue antiguamente poblada esta costa, como los indios afirman y así lo muestran muchos nombres de muchos lugares que quedaron de sus lenguas indígenas que todavía ahora se usan» [69].

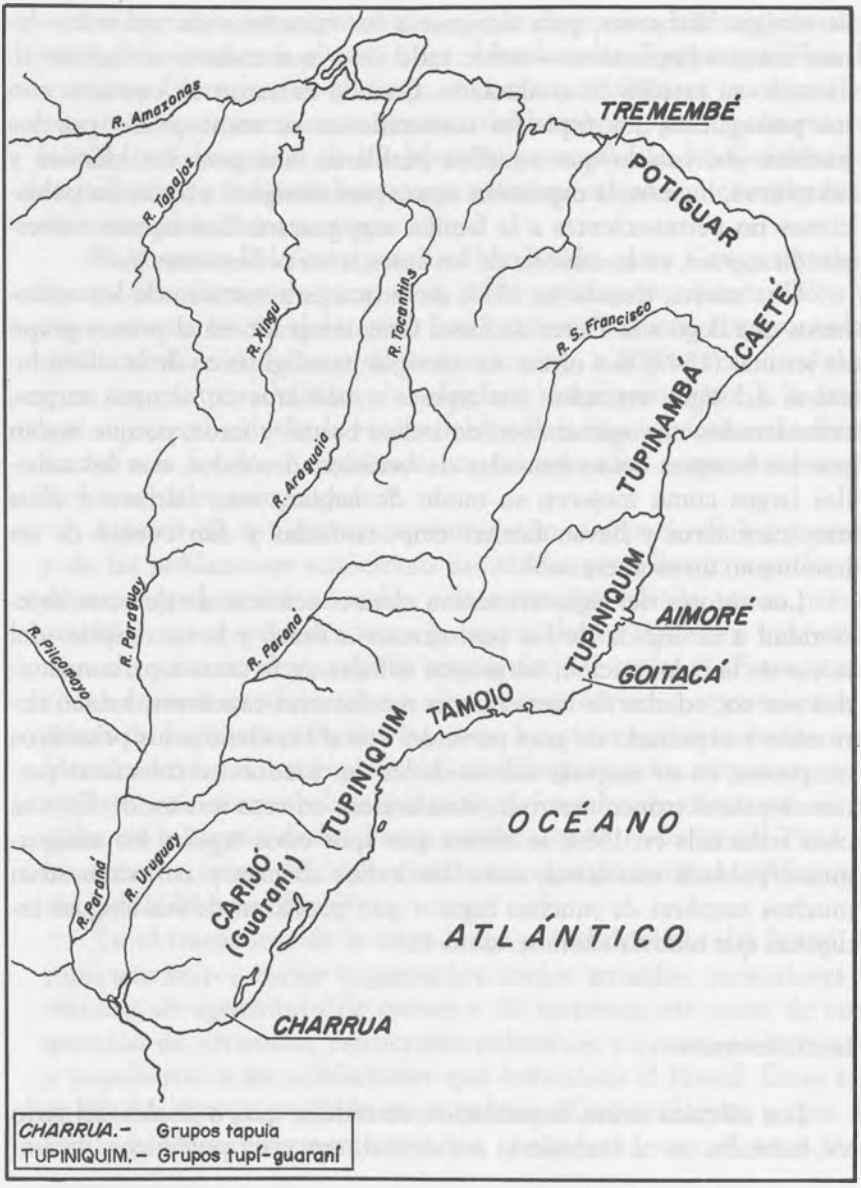
La demografía

Los cálculos sobre la población amerindia que, a finales del siglo XV, habitaba en el hemisferio occidental, son muy polémicos, varian-

[67] Cfr. Estevão Pinto, *op. cit.*, p. 126.

[68] *Cartas Jesuíticas II. Cartas Avulsas 1550-1568*, Río de Janeiro, 1931, p. 148.

[69] José de Anchieta, *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões (1554-1594)*, Belo Horizonte/São Paulo, 1988, p. 310.



Mapa 1. Distribución de las «naciones» tupís-guaranís de la costa (comienzos del siglo XVI). Fuente: *História dos índios no Brasil,* Manuela (coord.), São Paulo, 1992, p. 384.

do según si los investigadores son adeptos a las teorías demográficas «fuertes» o «débiles», y adoptan, en consecuencia, criterios «altos» o «bajos» para efectuar las respectivas estimaciones.

En la década de los cincuenta, se desarrolló, por demógrafos norteamericanos, el método regresivo. Su aplicación, por iniciativa de S. F. Cook y W. Borath, a la región de México Central comprendida entre la frontera de los chichimecas y el istmo de Tehuantepec, cuyo centro era la ciudad de Tenochtitlán, produjo resultados inesperados. El área estudiada —con una dimensión en torno a los 514.000 km^2— tendría, en 1519, alrededor de 25 millones de habitantes, lo que se traduciría en una elevada densidad de población: unos 50 habitantes por kilómetro cuadrado. A pesar de que esta estimación fue corregida en unos 15 millones, teniendo en cuenta datos de naturaleza ecológica y arqueológica, continuó, sin embargo, presentando índices demasiado elevados [70].

Pierre Chaunu, basándose en los resultados de la «Escuela de Berkeley», defendió, al inicio de la década de los sesenta, que todos los cálculos sobre la demografía americana del período anterior al contacto con los europeos deberían ser revisados, adelantando que la población del Nuevo Mundo tendría, en esa época, «más de 40 millones, tal vez 80 millones de indios» [71]. En la línea de estas impresiones, fueron efectuadas estimaciones para la población de Perú que presentaron valores en 1530 en torno a los 10 millones de individuos [72], mientras que otros cálculos más recientes (N. D. Cook) atribuyen al Tahuantinsuyu (Imperio Inca) —que englobaba, además de Perú, importantes partes de los actuales Ecuador y Bolivia— un total de 12 millones de habitantes.

En la década de los setenta, Pierre Clastres intentó calcular la densidad de población de las aldeas tupís-guaranís, en la primera mitad del siglo XVI (4 habitantes por kilómetro cuadrado), basándose en los elementos proporcionados por autores del siglo XVI (fundamentalmente Thevet y Léry) sobre los tupinambás. Cruzando los resultados obtenidos con testimonios del siglo XVII de misioneros

[70] Cfr. Nicolás Sánchez Albornoz, «La Población de América antes de 1492», *Iberoamérica, una Comunidad*, vol. I, pp. 125-131.

[71] *A América e as Américas*, trad. port., Lisboa, 1969, p. 67.

[72] Cfr. Nathan Wachtel, *La Vision des Vaincus. Les Indiens du Pérou devant la Conquête Espagnole*, París, 1971, pp. 317-334.

franceses en el Maranhão y de jesuitas de la Provincia de Paraguay, llegó a la conclusión de que el efectivo poblacional de los guaranís, establecidos en un territorio de unos 350.000 km^2, sería, en 1539, de 1.404.000 individuos [73]. Según cálculos más modernos, la lengua guaraní tendría, en esa época, entre 600.000 y 800.000 hablantes [74].

Las estimaciones sobre el número de aborígenes que en 1500 vivían en el espacio geográfico actualmente incorporado a Brasil son, también, muy controvertidas, oscilando entre 1 y 5 millones de individuos [75].

Un antropólogo norteamericano estimaba, a mediados de este siglo, la densidad de población mediante el cálculo del área ocupada por cada grupo tribal y del número de personas por *maloca*, teniendo en cuenta que ese valor para los grupos tupís del siglo XVI, en la costa al sur del Amazonas, sería de 0,6 habitantes por km^2, lo que daría un total de aproximadamente 189.000 individuos. Según este investigador, la población amerindia que vivía en territorio brasileño se cifraría, globalmente, en unos 1.500.000 habitantes [76].

En 1976 fue publicado un ensayo en el que el autor —modificando los puntos de vista expresados en 1970 [77]— adoptó nuevos criterios para calcular la respectiva densidad de población, a partir de los cuales atribuyó valores bastante más elevados a la población aborigen del Nuevo Mundo.

En el estudio en cuestión, se sugiere una densidad de población de 28 habitantes por km^2 para las tierras de aluvión (valles) y 1,2 para la mata de tierra firme, llegando a la media de 14,6 para la cuenca amazónica, lo que daría un valor aproximado de 4.834.000 habitantes. Sin embargo, en una nota reduce ese número a 3.625.000 individuos, con el argumento de que el porcentaje

[73] *A Sociedade contra o Estado: Pesquisas de Antropologia Política*, trad. port., 5.ª ed., Río de Janeiro, 1990, pp. 56-70.

[74] Cfr. Pedro Ignácio Schmitz, *op. cit.*, p. 300.

[75] Cfr. Francisco M. Salzano, *op. cit.*, p. 30.

[76] Cfr. Julian H. Steward, «The Native Population of South America», *Handbook of South American Indians*, Julian H. Steward (ed.), vol. V, Washington (D. C.), 1949, pp. 655-668.

[77] Cfr. William M. Denevan, «The Aboriginal Population of Western Amazonia in Relation to Habitat and Subsistence», *Revista Geográfica* (Río de Janeiro), 72 (1970), pp. 61-86.

Tabla 1. Estimación de la población indígena de América en la época del contacto europeo.

Área geográfica	Población estimada	% del total de la población americana
América del Norte	4.400.000	7,7
México	21.400.000	37,3
América Central	5.650.000	9,9
Caribe	5.850.000	10,2
Andes	11.500.000	20,1
Tierras Bajas de América del Sur	8.500.000	14,8
Total	57.300.000	100

Fuente: William M. Denevan, «The Aboriginal Population of Amazonia», *The Native Population of the Americas in 1492*, Willian M. Denevan (ed.), Madison, 1976, p. 291.

de los suelos fértiles en el conjunto de la Hiléia era bastante reducido. Con respecto al litoral, al sur del estuario del Amazonas, el autor propone una densidad de 9,5 habitantes por km^2, base a partir de la cual apunta la cifra de 1.000.000 de indios aproximadamente para esa área geográfica, a finales del siglo XV [78]. Sin embargo, como subrayan diferentes autores, incluso el propio Denevan, las cifras apuntadas tienen un carácter meramente indicativo, por lo que se encuentran permanentemente sujetas a correcciones.

Recientemente se presentó una estimación de la población amerindia que habitaba en 1500 el territorio actualmente correspondiente a Brasil en la que se determina el total a través del cálculo de la población original de cada grupo tribal o conjunto de grupos. Ese método tiene en cuenta no sólo los datos proporcionados por los testimonios del siglo XVI o XVII, sino también las características de fertilidad de cada región, creando índices de densidad de población consonantes con las potencialidades de los diferentes enclaves ecológicos, concretamente márgenes de ríos, zonas costeras y cuencas hidrográficas, áreas de floresta ecuatorial o tropical y campos o pastos.

[78] Cfr. *idem*, «The Aboriginal Population of Amazonia», *The Native Population of the Americas in 1492*, William M. Denevan (ed.), Madison, 1976, pp. 205-235.

Tabla 2. Estimación de la población amerindia en el territorio brasileño en 1500.

Región	Población	%
Rio Grande do Sul	95.000	3,9
Santa Catarina y Paraná	152.000	0,3
Estado de São Paulo	146.000	6,0
Mato Grosso del Sur	118.000	4,9
Guanabara y Río de Janeiro	97.000	4,0
Espírito Santo e Ilhéus	160.000	6,6
Minas Gerais	91.000	0,7
Bahía	149.000	6,1
Valle de San Francisco	100.000	4,0
Costa Nordeste	208.000	8,6
Nordeste Interior	85.000	3,5
Marañón	109.000	4,5
Río Pará e Isla de Marajó	87.000	3,6
Tocantins y Araguaia	101.000	4,2
Xingu e Iriri	66.000	2,7
Cuenca del Tapajós	86.000	3,5
Mato Grosso Central	71.000	2,9
Cuenca del Madeira	78.000	3,2
Amazonas (bajo el río Negro)	60.000	2,5
Amapá	49.000	2,0
Ríos de las Guayanas y norte del Amazonas	55.000	2,3
Negro	98.000	4,0
Branco	33.000	1,4
Içana y Uapés	19.000	0,8
Içá y Japurá	19.000	0,8
Solimes (Amazonas sobre el río Negro)	47.000	1,9
Purus y Acre	30.000	1,2
Juruá, Janditubа, Ituí y Javari	22.000	0,9
TOTAL	2.431.000	100

Fuente: John Hemming, *Red gold: the conquest of the Brazilian Indias,* 2.ª ed., Londres, 1987, pp. 492-501.

A pesar de contener algunas incorrecciones, concretamente la de situar a los tupinambás en el 1500 en el Maranhão y en el Pará cuando esos grupos solamente se refugiaron allí al final del siglo XVI, estas estimaciones constituyen un valor creíble, apuntando la exis-

tencia de alrededor de 2.431.000 aborígenes en la fecha de llegada de la armada de Cabral [79].

Las sociedades semisedentarias

Las poblaciones del hemisferio occidental se pueden agrupar, a finales del siglo XV, en tres tipos de sociedades distintas. Las sedentarias, que se basaban en la agricultura permanente, muchas veces recurriendo a los riegos, y poseedoras de estructuras sociales, políticas, tributarias y religiosas muy complejas, se subdividen en «imperiales» (el Imperio Azteca, en la Mesoamérica, y el Imperio Inca, en los Andes centrales) y «no imperiales» (los chibchas de las actuales Venezuela y Colombia y los aruaques de las Antillas).

Las sociedades semisedentarias se caracterizaban por la práctica de la agricultura semiitinerante, por la importancia vital de la caza y de la pesca, por la mudanza periódica de los lugares donde se establecían los poblados, por la menor densidad de población en comparación con las sociedades de agricultura sedentarizada, así como por la inexistencia, en la mayoría de los casos, de diferenciaciones sociales significativas, de tipos coercitivos de organización del poder, del pago de tributos o de formas institucionalizadas de religión. Las poblaciones que desarrollaron este modelo de civilización estaban establecidas en largas franjas del este de América del Norte, en el norte de México, en algunas zonas de Colombia y de Chile, en las islas ocupadas por los caribes y en gran parte de América del Sur, de Venezuela al Paraguay.

Las sociedades no sedentarias estaban constituidas por cazadores-recolectores que tenían su hábitat en las praderas norteamericanas, en el norte de México, en el altiplano brasileño (diversos pueblos, principalmente el jê) en el desierto de Chaco (actuales Bolivia y Paraguay), en las pampas (de los actuales Uruguay y Argentina) y en la costa sur de Chile. A cada una de estas sociedades correspondían, naturalmente, diferentes estadios de civilización [80].

[79] Cfr. John Hemming, *Red Gold: The Conquest of the Brazilian Indians*, 2.ª ed., Londres, 1987, pp. 487-492.

[80] Cfr. James Lockhart y Stuart B. Schwartz, *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge, 1983, pp. 31-60.

En el litoral sudamericano —desde la costa caribeña de Colombia hasta un poco más al sur del estuario del Plata (Argentina)— predominaban las sociedades semisedentarias, o sea, comunidades de horticultores-pescadores-cazadores-recolectores que basaban su modo de subsistencia en el cultivo intensivo de raíces sin recurrir a la utilización del arado o de abonos que son característicos de la agricultura sedentarizada, en la caza, en la pesca, en la captura de animales, en la recolección de vegetales y en la obtención de materias primas, adoptando un modelo cultural que normalmente los antropólogos llaman «cultivo de la floresta tropical» [81]. Sin embargo, algunos autores consideran que estos elementos de naturaleza exclusivamente ecológica-económica son insuficientes para caracterizar a las sociedades semisedentarias, defendiendo, por el contrario, que el rasgo distintivo de la mayoría de los grupos tribales de la floresta tropical reside en el modelo de organización sociopolítica, esto es, en la «falta de estratificación social y de autoridad del poder» [82].

Durante décadas, antropólogos y arqueólogos adeptos a la llamada «corriente ambientalista» (Steward, Evans, Meggers, Sanders y Price, Lynch y otros) afirmaron que las grandes innovaciones culturales prehistóricas en América del Sur —concretamente en la agricultura, la cerámica y las sociedades complejas— surgieron en la región andina, introduciéndose posteriormente en la floresta tropical, adonde habrían retrocedido debido a las condiciones ecológicas adversas. Sin embargo, últimamente, como resultado de las más recientes investigaciones, se viene defendiendo la tesis de que las primeras manifestaciones de horticultura y cerámica en el Nuevo Mundo se produjeron en los valles amazónicos durante el holoceno y se destaca, además, que las poblaciones de tierras bajas sudamericanas, aparte de la prioridad en el descubrimiento de esas innovaciones culturales de mayor relevancia, contribuyeron al desarrollo de las civilizaciones de los Andes [83].

Las sociedades semisedentarias tupís del litoral comprendido, *grosso modo*, entre el nordeste y el sudeste de Brasil —área geográfica en que se concentró la actuación lusitana del siglo XVI en el

[81] Donald W. Lathrap, *op. cit.*, pp. 47-49.
[82] Pierre Clastres, *op. cit.*, p. 22.
[83] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, *op. cit.*, pp. 53-54.

Nuevo Mundo— adoptaron un modelo de subsistencia fundamentalmente asentado en el cultivo de raíces (sobre todo la mandioca amarga), en la pesca, en la caza y en la recolección.

La agricultura de *coivara*

La época y la región en que surgió, en primer lugar, la horticultura de raíces en América del Sur está inmersa en un intenso debate. Probablemente, las comunidades de cazadores-pescadores-recolectores se transformarían en comunidades de horticultores-pescadores-cazadores-recolectores, debido, por lo menos parcialmente, a cambios ambientales. Una de las tesis más recientes defiende que el cultivo de la floresta tropical se produciría en las matas del valle de la Gran Amazonia en el transcurso del tercer milenio a. C. [84]. En esa región, varios grupos de población pertenecientes al tronco tupí habrían adoptado esa innovación vital, difundiéndola a todas las áreas en que se establecieron.

La mayoría de los grupos tribales de la floresta tropical se especializó en la horticultura de raíces o agricultura de *coivara* («ramas secas que quedan en las tierras después de aradas»), complejo de cultivos caracterizado por el uso de medios vegetales de reproducción, o sea, por el cultivo a través de la sustitución y no por la siembra [85].

La escasa potencialidad agrícola de la mayoría de los suelos de las regiones tropicales húmedas, generalmente poco fértiles y con elevado porcentaje de aluminio, así como la inexistencia de fertilizantes de origen animal, debido a la ausencia de domesticación y cría de ganado, hacían impracticable la adopción de un sistema de cultivo permanente que rápidamente conduciría a la destrucción irreversible de la capacidad productiva de las tierras. De ahí que las poblaciones de la floresta tropical sudamericana hayan desarrollado un modelo agrícola específico adaptado a las características ecológicas de su hábitat y basado en la explotación temporal de una parte de la mata.

[84] Cfr. *idem, ibidem*, p. 65.

[85] Cfr. Carl O. Sauer, «As Plantas Cultivadas na América do Sul Tropical», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., Petrópolis, 1987, p. 71.

En la selección de los terrenos destinados al cultivo se daba preferencia a los suelos arcillosos, ya que se consideraba que poseían mayores posibilidades, y a áreas con declives, de modo que permitieran el drenaje del agua y, en consecuencia, impidieran que se pudrieran las raíces.

Las tareas de preparación de la mata para el cultivo exigían un significativo esfuerzo de los aborígenes, atendiendo al tipo de utensilios de que disponían. En la época de la sequía, efectuaban la limpieza preliminar, utilizando hachas de piedra oscura (basalto, diorito, etc.) para cortar los arbustos, los árboles de pequeño tamaño y las ramas de las grandes especies. La etapa siguiente —que tenía lugar aproximadamente dos meses después de iniciadas las primeras operaciones para permitir el secado del material leñoso derribado— consistía en la quema, normalmente en forma de círculo, del perímetro delimitado, efectuada en el período inmediatamente anterior a la aparición de las primeras lluvias. Se hacían hogueras en torno a los grandes árboles para derribarlos y se empleaban «bastones de cavar» (palos puntiagudos) para perforar el suelo, procediendo, después del inicio de la estación lluviosa, al cultivo del espacio disponible entre los restos de los troncos calcinados. El método utilizado consistía en cavar agujeros donde se enterraban las plantas, cubriéndolas seguidamente con tierra [86].

La combustión del material leñoso hacía posible la fertilización de los terrenos de cultivo mediante las cenizas, pero la utilización de utensilios de piedra o madera no permitía ararlos profundamente, razón por la que las plantas se quedaban a una corta distancia de la superficie y por ello no absorbían convenientemente las sales nutritivas del suelo, hecho que se traducía en bajos rendimientos.

Un artillero alemán prisionero de los tupinambás durante largos meses, en la década de los cincuenta del siglo XVI, asistió al desbrozamiento para la realización de las rozas, describiéndolo del siguiente modo:

> En los lugares donde quieren plantar, cortan primero los árboles y los dejan secar de uno a tres meses. Les prenden fuego y luego los queman y sólo entonces plantan entre los troncos las raíces que necesitan... [87].

[86] Cfr. Betty J. Meggers, *Amazônia: a Ilusão de um Paraíso*, pp. 45-47.
[87] Hans Staden, *Viagem ao Brasil*, trad. port., Río de Janeiro, 1988 (1557), p. 163.

El área desbrozada se dividía en parcelas que se distribuían entre las familias nucleares y generalmente se cultivaban durante una media de dos o tres años, período tras el cual se abandonaban. Se le dejaba a la naturaleza la función de regenerar la cobertura vegetal destruida (proceso que podía durar entre veinte y cien años), repitiéndose seguidamente el mismo procedimiento en otro tramo de la floresta.

Los productos cultivados variaban según las condiciones ecológicas. Para los grupos aborígenes de las regiones tropicales de baja altitud el cultivo básico era la mandioca amarga. Las informaciones más antiguas de las que disponemos revelan que, aproximadamente 3.000 años a. P., una de sus numerosas variedades silvestres ya había sido cultivada en el medio Orinoco, región donde se descubrieron grandes hornos para asar este tubérculo en cerámica, semejante a los utilizados actualmente por las poblaciones amerindias [88].

El siguiente texto, de un autor colono del siglo XVI, que vivió largos años en Brasil, aporta importantes indicaciones sobre las técnicas de cultivo de la mandioca amarga utilizadas por los aborígenes:

> Se planta la mandioca en cuevecillas redondas como melones muy bien cavadas y, en cada una, se meten tres o cuatro palitos [segmentos reproductivos de aproximadamente 15 o 20 centímetros cada uno] de la rama [hasta el nudo]... Y no entran en la tierra más que dos dedos; estos palos se rompen en la mano... al tiempo que se plantan, porque siendo frescos sueltan leche por el corte, donde nacen y se generan las raíces; estas plantaciones se hacen muy ordenadas con una distancia de seis palmos de una cueva a otra... [89].

La *Manihot esculenta Grantz* (antiguamente clasificada como *Manihot utilissima Pohl*) —de la familia de las euforbiáceas, de raíces tuberosas, hojas palmiformes de color verde azulado y con una altura que varía entre 1,50 y 2,40 metros— fue profundamente modificada mediante una reproducción selectiva, constituyendo el más impor-

[88] Cfr. Betty J. Meggers, *op. cit.*, p. 68.
[89] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, pp. 316-317.

tante cultivo del sistema agrícola de la floresta tropical [90]. La función de relevo desempeñada por el cultivo de este rizoma a lo largo de milenios en el aporte de calorías a las poblaciones amerindias la transformó en un símbolo de seguridad alimenticia, lo cual se puede justificar por el hecho de que los grupos tucanos del alto Uaupés, todavía en nuestros días, le reservan el 91 por 100 del espacio de sus rozas [91].

La opción de las poblaciones indígenas, en particular los tupís, por el patrón básico de la mandioca amarga se deberá al hecho de que esta planta proporciona la mayor cantidad de materia alimenticia por unidad de superficie cultivada —seis veces superior al trigo [92]—; es muy resistente a la sequía y a las plagas y consume menor cantidad de nitrógeno que, por ejemplo, el maíz, con lo cual permite mantener productivos los terrenos durante un mayor período de tiempo, evitando la fertilización artificial de los suelos. Sin embargo, presentaba algunos inconvenientes, por ejemplo el largo período que transcurría entre el cultivo y la recogida (cerca de un año), los problemas que ocasionaba su conservación, debido a las elevadas proporciones de agua, y la fuerte presencia de una sustancia tóxica en las raíces (ácido cianhídrico).

Además de las decenas de variedades de mandioca amarga (*mandiocamirim, manaibuçu, manaibaru, manaitinga,* etc.) —que posee naturalmente una gran propensión al cruce—, los amerindios plantaban también muchos terrenos de mandioca dulce, *aipim* o *macaxeira* (antiguamente clasificada como *Manihot dulcis Baill*). En las rozas la mandioca amarga se colocaba en el centro y las otras plantas se disponían a su alrededor en pequeños lotes. El *aipim*, como necesitaba un mayor riego, se plantaba en las áreas más bajas. Los aborígenes adoptaban, por consiguiente, los llamados «patrones de cultivo intrarroza», esto es, una estrategia que combinaba las ca-

[90] Cfr. Donald W. Lathrap, *op. cit.*, pp. 51-52.

[91] Cfr. Janet M. Chernela, «Os Cultivares de Mandioca na Área do Uaupés (Tukãno)», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, p. 154.

[92] Cfr. José E. Mendes Ferrão, *A Aventura das Plantas e os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1992, p. 102.

racterísticas de las plantas y de los suelos con el drenaje y las condiciones climáticas [93].

Los habitantes del altiplano —sobre todo los jês— confieren una particular importancia al cultivo del cacahuete (*Arachis hypogaea*), planta originaria del Brasil, donde todavía se encuentran especies salvajes desde Bahía a Río de Janeiro. Gabriel Soares de Sousa lo describe, en la segunda mitad del siglo XVI, del siguiente modo:

> De los cacahuetes tenemos que dar especial noticia porque es cosa que no se sabe que exista a no ser en Brasil, los cuales nacen debajo de la tierra, donde se plantan con la mano, a un palmo uno del otro; sus hojas son como las de las habas de España y extienden las ramas a lo largo del suelo. Y cada pie da un gran plato de estos cacahuetes, que nacen en la punta de las raíces [en realidad nacen en la extremidad de los ginóforos que se forman en la parte aérea tras la fecundación de las flores, penetrando entonces en la tierra para fructificar] [94], son del tamaño de las bellotas y tienen la cáscara del mismo grosor y dureza, pero es blanca y rizada y tienen dentro de cada vaina tres o cuatro cacahuetes, que son de la hechura de los piñones pero con cáscara e incluso más gruesos. Tienen una tonalidad parda que les sale después como la del meollo de los piñones; dicho meollo es blanco... [95].

El *mandubim* (vocablo tupí del que proviene parcialmente el término *amendoim**) posee una proporción de materia grasa extremadamente elevada, constituyendo un elemento energético y rico en proteínas que disminuía las carencias proteínicas y corregía una alimentación excesivamente basada en glúcidos (mandioca, batata dulce y *cará*). Es muy probable que pertenezca al grupo de cultivos de la mandioca. Esta leguminosa también desempeñaba un papel importante en la horticultura practicada por los aruacos y por los tupís [96].

Las poblaciones pertenecientes a la familia tupí-guaraní de la región subtropical —establecidas en suelos con notable índice de fertilidad— adoptaron, al contrario que sus parientes del área tropi-

[93] Cfr. Darrell A. Posey, «Etnobiologia: Teoria e Prática», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, pp. 21-22.

[94] José E. Mendes Ferrão, *op. cit.*, p. 50.

[95] *Op. cit.*, vol. II, p. 335.

* Cacahuete. *(N. de la T.)*

[96] Cfr. Carl O. Sauer, *op. cit.*, pp. 64-65.

cal, un patrón básico de maíz (*Zea mays*) —el más pobre en proteínas de los cereales—, que se volvió producto esencial en su dieta alimenticia.

Ya en el transcurso del primer milenio a. C. se cultivaban primitivas simientes de maíz en las vegas de la Gran Amazonia, concretamente en el medio Orinoco (especie semejante al género *Pollo* de los Andes septentrionales). Hacia el comienzo de la era cristiana se seleccionaron dos variedades más modernas (parecidas al tipo *Chandelle* de la región caribeña), convirtiéndose este cereal en el principal alimento de las poblaciones amazónicas de las tierras de aluvión [97]. Cuando los antepasados de los guaranís emigraron de la Amazonia transportaron, entre otras técnicas, la del cultivo del maíz, que más tarde introdujeron a gran escala en las regiones subtropicales.

Los guaranís optaron por la adopción de una planta monoica (el maíz) que tiene un ciclo de madurez (seis meses) bastante más corto que el de la mandioca, combinando su cosecha con la de la judía, ya que ésta posee aminoácidos que se complementan con los de aquel cereal, permitiendo así un mejor aprovechamiento de sus proteínas. La judía se hizo entonces un cultivo casi tan extenso como el maíz [98].

En la década de los años treinta del siglo XVI la expedición española que había iniciado la conquista de la región del Plata buscaba afanosamente las poblaciones guaranís con el objeto de abastecerse de maíz. Un episodio de este período lo revela un soldado alemán que integraba las fuerzas de Carlos V cuando declaró que el capitán general Juan de Ayolas había ordenado a los guaranís del Paraguay que cargasen cinco barcos de maíz para asegurar el sustento de sus hombres durante una campaña militar [99]. Estos hechos resaltan la importancia que tenía el cultivo del maíz en el seno de aquel pueblo.

Los horticultores de la floresta tropical se dedicaban también a la producción de otros géneros de plantas alimenticias: la *jetica* o batata dulce (*Ipomoea batatas*), originaria de la región comprendida entre la península de Yucatán y el sur del río Orinoco; el *cará* (*Dioscorea trifida*), especie americana de *inhame*; el *taiuiá-de-comer* (*Cyclan-*

[97] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, *op. cit.*, pp. 74-76.

[98] Cfr. Carl O. Sauer, *op. cit.*, p. 67.

[99] Cfr. Ulrich Schmidel, *Relatos de la Conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*, trad. castellana, Madrid, 1989 (1567), p. 49.

thera pedata), vegetal de origen sudamericano parecido al pepino y algunos tipos de *jerimum* («quiere decir calabaza, y tiene dos o tres especies largas y redondas y otras pequeñas») [100], nativos del Nuevo Mundo: calabaza pequeña (*Cucurbita maxima*), calabaza rosa (*Cucurbita pepo*) y calabaza olorosa (*Cucurbita moschata*), cuyas simientes (pepitas) poseen un alto valor nutritivo [101].

Las poblaciones amerindias también plantaban en las rozas otros vegetales, concretamente diferentes tipos de judías, como la *comandá* —«quiere decir haba y tiene cuatro o cinco especies, blancas y negras y rojas y pardas» [102]— (*Phaseolus vulgaris*) originario de América del Sur, la judía de Lima (*Phaseolus Lunatus*), originaria de Guatemala, y la judía de cerdo (*Canavalia ensiformis*) con grano de color blanco, una variedad de altramuz (*Lupinus*) y la *araruta* (*Maranta arundinacea*), hierba de cuyo rizoma se extrae fécula blanca. Al contrario de lo que ocurría en el Viejo Mundo, las plantaciones principales de los horticultores de la floresta tropical también daban hortalizas y legumbres frescas.

La mayor parte de las plantas ecuatoriales y tropicales que crecen en terrenos pobres se alimenta más de la energía del sol y de las lluvias que de las sales nutritivas del suelo y se reproducen, sobre todo, por vía vegetativa y no por medio de simientes. Estas características, si no se corregían a través de métodos de fertilización, conducían a la producción de especies vegetales con elevados índices de agua y azúcar y bajas cantidades de grasas y proteínas [103].

Las informaciones procedentes de las investigaciones realizadas sobre los *ianomámis* contemporáneos permiten calcular que los aborígenes necesitaban cultivar una media de 1.070 metros cuadrados por individuo, de modo que media hectárea producía los alimentos necesarios para sustentar a una familia de cuatro o cinco miembros [104].

[100] Fray Cristóvão de Lisboa, *História dos Animais e Árvores do Maranhão*, Jaime Walter (ed.), Lisboa, 1967 (*c.* 1631), p. 101.

[101] Cfr. José E. Mendes Ferrão, *op. cit.*, pp. 92-93.

[102] Fray Cristóvão de Lisboa , *op. cit.*, pp. 102-103.

[103] Cfr. André Prous, *op. cit.*, p. 39.

[104] Cfr. Pierre Clastres, *op. cit.*, p. 66.

La horticultura

Era frecuente que las comunidades amerindias plantasen o mantuviesen en estado de semicultivo árboles y plantas que producían alimentos, materias primas, remedios y otros productos en áreas que visitaban periódicamente [105], en las cuales no era fácil distinguir las variantes silvestres de las cultivadas puesto que existían estadios intermedios [106].

Muchos grupos tribales mantenían terrenos de cultivo de árboles frutales y huertas junto a las viviendas en el entorno de las aldeas, donde cultivaban productos alimenticios y no alimenticios (plantas de las que se extraían tintes vegetales y manufacturados), aprovechando los detritus domésticos, ricos en nitrógeno, para fertilizar el suelo y, de ese modo, obtener buenas recolecciones. Entre las especies cultivadas destacan la *cumari* (*Capsicum frutescens baccatum*), una pimienta que tiene gran número de variedades en Brasil; la *purunga* (*Lagenaria vulgaris*), cuyos frutos son calabazas y el *urucuzeiro* (*Bixa orellana*), arbusto de origen sudamericano cuyo pigmento permite la obtención de colorantes (de color rojo) utilizados en las pinturas corporales destinadas bien a las actividades guerreras bien a la protección contra los rayos solares y picaduras de insectos.

Los amerindios también cultivaban en las cercanías de sus poblados el *barbadense*, una variante sudamericana del algodón (*Gossypium barbadense*) que se dio muy bien en las tierras bajas y calientes del litoral brasileño; en el nordeste proliferó otro tipo (*Gossypium hirsutum*), más propio de las regiones secas [107]. Gabriel Soares de Sousa se refiere de la siguiente manera a esta planta:

> Maniim [aminiú] llaman los indios al algodón, cuyos árboles parecen membrillos plantados en pomares, pero su madera es como la del saúco, suave y hueca por dentro; la hoja parece de parra, con el pie largo y rojo, y con su jugo se curan heridas. La flor del algodón es una campanita amarilla muy bonita, donde nace un capullo que con el tiempo parece una nuez verde y que se cierra con tres hojas gruesas y duras de la misma hechura que aquellas con que se cierran los botones de las rosas; y, como el

[105] Cfr. André Prous, *op. cit.*, p. 40.

[106] Cfr. Claude Lévi-Strauss, «O Uso das Plantas Silvestres da América do Sul Tropical», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, pp. 29 y 41.

[107] Cfr. Carl O. Sauer, *op. cit.*, pp. 82-85.

> algodón está a punto de agosto en adelante, se abren estas hojas, con las que se cerraban los capullos y se van secando al tiempo que muestran el algodón que tienen dentro, que es de un color muy blanco; y, si no se recogen, se caen al suelo; y en cada uno de estos capullos hay cuatro de algodón, cada uno del tamaño de un capullo de seda y cada capullo de éstos tiene dentro un carozo negro, con cuatro órdenes de pepitas negras y cada una es del tamaño y de la hechura del ratoncillo, que es la simiente donde nace el algodón, el cual, el mismo año que se siembra da fruto [...]. Los árboles de estos algodoneros duran de siete a ocho años, e incluso más, si se les rompe a cada uno las puntas grandes con la mano, porque se secan; para que produzcan otros hijos nuevos [...] [108].

Otra de las especies que habitualmente formaba parte de la panoplia de vegetales producidos por los agricultores de la floresta tropical en las cercanías de los respectivos asentamientos era un tipo de tabaco (*Nicotiana tabacum*), probablemente originario de los valles situados al este de los Andes (Bolivia), que llegaba incluso hasta las Guayanas, a través de los tributarios del Amazonas, desde donde se difundió a las Antillas y a la costa oriental de Brasil. La siembra de tabaco (*petume* o *petyma*, en lengua tupí) fue adoptada, entre otras familias lingüísticas, por la tupí-guaraní, que le daba diversas aplicaciones [109].

La pesca

Los patrones básicos de la mandioca y el maíz, adoptados por la mayor parte de las poblaciones de las tierras bajas sudamericanas aportaban los hidratos de carbono necesarios para su dieta alimenticia, pero los aminoácidos indispensables para la supervivencia humana —concretamente la lisina— solamente se podían obtener a través de la ingestión de alimentos ricos en proteínas. Así, el sistema productivo de la floresta tropical, basado en la agricultura de *coivara*, tenía que complementarse de manera obligatoria con la pesca y la caza.

Los datos de los que disponemos actualmente apuntan al hecho de que los amerindios, cuando habitaban en la franja costera o en

[108] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 47.
[109] Cfr. Carl O. Sauer, *op. cit.*, p. 74.

las márgenes de los ríos y lagunas, preferían las actividades de pesca a las cinegéticas. Esto es así porque los biomas marino, fluvial y lacustre proporcionaban abundantes y concentradas cantidades de peces, moluscos y crustáceos que los indígenas obtenían con un menor gasto de energías y en un período de tiempo más corto que el exigido por la caza.

Algunos ríos especialmente ricos —entre los que destaca el Amazonas, que posee la fauna ictiológica más abundante y variada del mundo, estimada en alrededor de 2.000 tipos [110]— abastecen de pescado suficiente para satisfacer las necesidades proteínicas de los aborígenes.

Entre la gran diversidad de especies piscícolas de agua dulce que se reproducen en el sistema hidrográfico brasileño se cuenta el *guarabá* o pez buey (*Trichechus inunguis*), el ejemplar de mayores dimensiones que vive en el Amazonas, que mide entre 3 y 4 metros y puede llegar a pesar de 200 a 300 kilos; la *piraíba* (*Branchyplatystoma filamentosum*) —un «bagre grande... y con piel; es bueno para comer» [111]—, el mayor pez de cuero de Brasil, que mide alrededor de 2,30 metros y pesa más de 140 kilos; la dorada (*Branchyplatystoma flavicans*); el *pirarucu* o «pez pintado de urucu» (*Arapaima gigas*), de alrededor de 2 metros y 80 kilos, que constituye la mayor fuente para el aporte proteínico de los indígenas de la Amazonia; el dorado o *pirajá* (*Salminus brevidens*), con 1 metro y 50 kilos, que tiene la particularidad de poseer grandes huevas; el *curumbatá* (*Prochiludus sp.*) «[...] es un pez gordo, está lleno de huevas muy buenas y existe en grandes cantidades en ríos y lagos y no se pesca sino con flecha y arpón y es muy buen pescado fresco» [112]; el *aracu* pintado (*Leporinos friderici*) y el *aracu* blanco (*Leporinos mulleri*); el *piquirão* (*Aphyocharax difficilis*); el tambaqui (*Colossoma macropomum*); el *surubim* (pez de cuero que puede medir hasta 3,30 metros), el surubí-mena o *pirajupeva* (*Platystomatichthys sturio*), el *surubí* pintado (*Pseudoplatystoma coruscans*), el *piracambucu* (*Pseudoplatystoma fasciatum*), el *tucunaré* (*Chicla ocellaris*) y la *iara* o *boto-branco* (*Inia geoffrensis*), un

[110] Cfr. Robert Goodland y Howard Irwin, *A Selva Amazônica: do Inferno Verde ao Deserto Vermelho?*, trad. port., São Paulo, 1975, p. 100.

[111] Fray Cristóvão de Lisboa, *op. cit.*, p. 87.

[112] *Idem, ibidem*, p. 76.

mamífero cetáceo fluvial que mide alrededor de 2,50 metros, pesa más de 150 kilos y se encuentra en el origen de importantes referencias mitológicas de la Amazonia.

Las zonas más favorables para la obtención de proteínas de origen acuático se sitúan en la franja del litoral —sobre todo en el curso inferior de los ríos y especialmente en las ensenadas y bahías— porque permiten el contacto entre los biomas fluvial y marino.

Entre las numerosas variedades de peces de agua salada capturadas por los tupís, merecen especial atención distintas especies de mugilídeos, por el importante papel que desempeñaron en la dieta alimenticia de esos grupos lingüísticos, al igual que en los otros que entonces ocupaban el litoral brasileño: la tenca (*Mugil lisa*), el *parati* (*Mugil curema*) y el *curimá* o tenca listada (*Mugil cephalus*). Estos teleósteos desovan en los ríos durante el mes de agosto, época que los amerindios aprovechaban para capturarlos en grandes cantidades [113].

La dimensión de sus bancos y la importancia que tenían para las poblaciones ribereñas eran tan significativas que algunos grupos tupís atribuían a varios lugares designaciones relacionadas con los mugilídeos: Paratijí («río de las tencas»), en Bahía; Parati («pez narigudo»), bahía en el litoral de Río de Janeiro y río en Santa Catarina, al igual que Bertioga («casa de las tencas»), canal situado entre la isla de Santo Amaro y la tierra firme, en Santos (São Paulo).

Los amerindios obtenían, todavía, especies de agua salada como el *bijupirá* o pez rey (*Rachycentrom canadus*), el *camurim* (*Centropomus pectinatus*), el róbalo (*Centropomus undecimalis*) la *piráuna* o *miragaia* (*Pogonias chromis*), la canhanha o salema (*Archosargus unimaculatus*), la *cururuca* o corvina (*Micropogonias furnieri*), la *piracuca* o *garoupa* (*Epinephelus guaza*), el *caramuru* o morena (*Gymnotorax moringua*), o *zabucai* o pez gallo (*Selene Vomer*), el *timucu* o pez aguja (*Strongylura timucu*), el *cupá* o barracuda (*Sphyraena barracuda*), el *guarapucu* o caballa negra (*Scomberomus cavalla*), el paru (*Pomancanthus sp.*), el *cunapu* o mero (*Promicrops itaiara*), el *guiará* o *xaréu* (*Caranx hippos*), el *pirapicu* «pez largo» o espada (*Xiphias gladius*) y diversos tipos de peces (*Cynoscion*), principalmente el *cupá* o pez *ticupã* (*Cynoscion acoupa*).

Los amerindios desarrollaron técnicas que les permitían capturar peces de grandes dimensiones cuando penetraban en los man-

[113] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 122.

guezales y bahías o subían los cursos de los ríos. La especie emblemática de este tipo de ictifauna es el manatí o vaca marina (*Trichechus manatus*), que generalmente mide hasta cuatro metros y pesa entre 500 y 1.200 kilos. Tenía su hábitat en las cálidas aguas de la costa norte y nordeste hasta las inmediaciones de Ilhéus, cuando ya era raro en el litoral de Espírito Santo. Constituía uno de los principales recursos alimenticios de los tupís de la costa, lo que provocó que un jesuita del siglo XVI escribiera que «este pez es en estas partes real, y apreciado sobre todos los demás peces» y lo describió de esta forma:

> Este pez, por sus facciones, parece un animal terrestre y, principalmente, un buey; la cabeza es toda como la de un buey con cuero, cabellera, orejas, ojos y lengua. Los ojos son muy pequeños en extremo para el cuerpo que tienen; los cierra y los abre cuando quiere, lo que no pueden hacer los otros peces; sobre las agallas tiene dos pielecillas que cierra y gracias a ellas resuella; y no puede estar mucho tiempo debajo del agua sin resollar; no tiene más aletas que la cola, la cual es completamente redonda y cerrada; el cuerpo tiene grandes dimensiones, todo lleno de cabellos rubios: tiene dos brazos con una longitud de un *côvado* [antigua medida de longitud que correspondía a 0,66 metros] con sus manos redondas como palas y en ellas tiene cinco dedos pegados [...] [114].

Los resguardos proporcionados por los recortes del litoral brasileño eran utilizados por las ballenas (sobre todo de la especie *Megaptera nodosa*) —conocidas en tupí como *pirapuã* o «pez que se levanta»—, que, entre mayo y septiembre, se refugiaban allí, parían y amamantaban a las crías. Otro cetáceo que iba frecuentemente a las aguas costeras y a las desembocaduras de los ríos era el *tucuxi* o boto negro (*Sotalia fluviatilis*). Era habitual que encallaran algunos ejemplares —sobre todo cuando se producían grandes tempestades—, que los amerindios descuartizaban y de este modo conseguían carne, aceite y huesos para herramientas.

Las poblaciones ribereñas obtenían, ocasionalmente, algunos selacios que llegaban a la costa o saltaban a tierra firme en las riberas de los ríos; concretamente el *iperú*, «el que destroza» o tiburón (*Carcharias limbatos*), el *jaguará* o tintorera (*Galeocerdo cuvieri*), el cazón (*Carcharinus milberti*), el tiburón-sombrero (*Isurus oxyrhynchus*) y el *anequim* o tiburón blanco (*Cacharondon carcharias*).

[114] Fernão Cardim, *op. cit.*, pp. 51-52.

La necesidad de alcanzar un elevado grado de eficacia en el aprovisionamiento de la fuente de proteínas más abundante disponible animó a las comunidades amerindias a desarrollar varias técnicas de pesca que tenían un carácter eminentemente colectivo. Una de las más eficaces consistía en utilizar venenos vegetales, concretamente la savia de arbustos que contienen el alcaloide timboína —el *timbó-cipó* (*Derris guyanensis*), el *timbó macaquinho* (*Lonchocarpus nicou*), el *tururi* o *cipó-de-timbo* (*Serjania erecta*) y el *guaraná-timbó* (*Dahlstedtia pinnata*)—, que aturde y asfixia a los peces. Esta forma de obtención de recursos piscícolas se transformó en un hábito cultural profundamente arraigado en las poblaciones indígenas de América del Sur, con especial importancia entre los amerindios brasileños, que seleccionaron decenas de plantas capaces de proporcionarles venenos para la pesca [115].

Se colocaban las sustancias tóxicas en las zonas de poca profundidad, concretamente en ríos y riachuelos represados, para asfixiar a todos los peces que se encontraban en el lugar. La eficacia de esta técnica queda demostrada por un testimonio del siglo XVI en que se informa que con una sola operación de ese tipo «se atrapaban más de doce mil peces grandes» [116]. Una variante más compleja radicaba en la organización de faenas de pesca nocturnas, en que se atraía a los bancos con antorchas de *facheiro* (*Lonchocarpus spruceanus* o *Xylopia ligustrifolia*) y los aturdían en seguida con este tipo de plantas.

Otra de las técnicas desarrolladas era la de capturar, especialmente en la estación seca, peces que buscaban refugio o alimento en las pozas de los ríos, en los esteros o en las bahías, usando un arpón, realizado con un hasta de cabo largo, confeccionada con fibras de entrecorteza de *embira* negra (género *Daphnopsis*), normalmente con una punta de hueso extraíble, a la que se ataba un flotador de madera para poder recuperarla con posterioridad. Un naturalista del siglo XVIII describe de la siguiente forma la pesca con arpón del pez vaca:

> Para arponearlos suben a una canoa dos o tres indios, provistos de arpones de dos puntas; cuando sale el sol o al final de la jornada de un día

[115] Cfr. Robert F. Heizer, «Venenos de Pesca», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, pp. 95-99.

[116] José de Anchieta, *op. cit.*, p. 121.

> sereno y sosegado, sin viento que altere el río, al igual que a la salida de la luna en las noches de luna, es una buena ocasión para navegar acechando a los peces. Por las márgenes de los ríos y de los lagos, evitando hacer ruidos en el agua con los remos, puesto que el pez vaca oye cualquier ruido. A estas horas y en semejantes lugares ellos están comiendo, sea sólo con la cabeza fuera de la superficie, sea con la mayor parte del cuerpo, según la situación y su conveniencia. Es preciso avanzar hacia ellos en el mayor silencio posible hasta llegar a la distancia que permita arponearlos con éxito. El mejor golpe con el arpón es el que se da en la parte superior de la cabeza y en la parte superior del cuello [117].

Otra de las técnicas a las que recurrían los brasis era la de construir trampas en los *perequés* (estuarios en que los peces se reúnen para desovar). En la época de la *piracema*, tiempo en que los grandes bancos migratorios abandonaban periódicamente el mar y penetraban en los ríos, los amerindios estancaban el *piraiquê* («entrada del pez») [118], lugar de confluencia del agua dulce y de la salada, y edificaban, con varas y esteras, a la altura de la marea baja, un *pari*, o sea, un corral —que podía alcanzar 3 metros de altura y 40 de longitud— en el cual el pez quedaba cercado y obligado a subir a la superficie del agua por la acción de los venenos; en ese momento se le capturaba a gran escala. Además de las empalizadas o barreras de pesca, los amerindios se servían de otros tipos de celadas, concretamente el *jiquí*, un cesto cilíndrico recubierto por hojarasca, con una abertura y totalmente cerrado en el otro extremo, que se colocaba en los pasos estrechos de los ríos [119].

Individualmente, los tupís pescaban en las márgenes de los ríos de aguas claras y en la ribera del mar, utilizando arco y flechas, algunas de ellas con puntas de hueso y la *pindaíba* (vara de pescar), que contenía una piedra (*pindacuã*) en el asta (*pindaçama*) para enfundar el azuelo (*pindá*), que se confeccionaba con dientes agudos de animales o peces (*pindãi*).

[117] Alexandre Rodrigues Ferreira, *Viagem Filosófica pelas Capitanias do Grão Pará, Río Negro, Mato Grosso e Cuiabá. Memórias. Zoologia. Botânica*, Río de Janeiro, 1972, pp. 59-60.

[118] Este vocablo surgió, por primera vez, en un texto escrito, en una obra redactada alrededor de 1557, que pone en boca de un jesuita, el hermano herrero Mateus Nogueira, la expresión: «se foram tainhas do Piraiquê... ». Manuel da Nobrega, *Diálogo sobre a Conversão do Gentio*, Serafim Leite (ed.), Lisboa, 1954, p. 75.

[119] Cfr. Janet M. Chernela, *op. cit.*, pp. 241-245.

La caza

La caza constituía otra de las posibilidades para la obtención de alimentos ricos en proteínas, y se practicaba en las modalidades individual y colectiva. El hecho de que las hojas y raíces de la floresta tropical brasileña contengan reducidas cantidades de vitaminas y sales minerales y, en consecuencia, posean un reducido valor proteínico, condicionó el desarrollo de una fauna que, aunque relativamente diversificada, no se caracterizaba por la existencia de importantes especies gregarias o de grupos numerosos. Esta situación dificultaba la tarea de los cazadores, obligados a esforzarse, casi siempre, en la búsqueda de ejemplares solitarios, debido al patrón de dispersión de la gran mayoría de los animales de ese hábitat.

Se agravaba esta situación porque los mamíferos existentes eran —con excepción del tapir— de pequeño o medio tamaño, de modo que no se formaban manadas de grandes herbívoros (bovinos o llamas) que garantizaran un abastecimiento regular de carne a los brasis, como sucedía, por ejemplo, en las praderas norteamericanas, donde los recursos cinegéticos aseguraban el abastecimiento de elevadas cantidades de proteínas a las poblaciones amerindias.

Este conjunto de características imposibilitó, también, la domesticación de animales, como sucedió en otros enclaves del Nuevo Mundo con el pastoreo del pavo (*Meleagris gallopavo*) en América Central y la cría, en América del Sur, de la alpaca (*Lama pacos*), de la cobaya o conejillo de indias (*Cavia porcellus*), del pato silvestre (*Cairina moschata*) y, sobre todo, de la llama (*Lhama glama*), el único animal doméstico de carga de todo el continente utilizado por las poblaciones andinas [120].

Los recursos de la fauna eran más numerosos y diversificados en las inmediaciones de ríos y lagunas —debido a la abundancia de alimentos vegetales— que en las florestas apartadas de cursos de agua relativamente pobres en biomasa vegetal; por ello, los amerindios cazaban en las zonas más ricas una gran variedad de animales, concretamente la zarigüeya o *gambá* (género *Didelphis*), del orden de los marsupiales, y varios desdentados: el perezoso de dos dedos (*Cho-*

[120] Cfr. Raymond M. Gilmore, «Fauna e Etnozoologia da América do Sul Tropical», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, p. 190.

loepus didactylus), el perezoso de tres dedos (*Bradypus tridactylus*) y el perezoso de garganta blanca (*Bradypus torquatus*); el oso hormiguero-bandera (*Mirmecophaga tridactyla*), el oso hormiguero pequeño (*Tamandua tetradactyla*) y el tamanduá (*Ciclopes didactylus*), al igual que el armadillo-listón (*Priodontes maximus*), o *tatuaçu* o armadillo de rabo blando (*Cabassous unincictus*) y el *tatueté* o el armadillo-gallina (*Dasypus novemcinctus*), cuya carne era muy apreciada por los amerindios.

La principal fuente de proteínas de origen cinegético obtenida por los brasis provenía de la captura de roedores de grandes dimensiones, concretamente, el puercoespín o erizo-cajero (*Coendou prehensilis*), el castor (*Myocastor coypus*), el *moçó* (*Kerodon rupestris*) y el *preá* (*Cavia aperea*).

Merecen especial atención, por el papel que desempeñaron en el abastecimiento de carne a los indígenas, la *acutipiranga* o *cutia* (*Dasyprocta aguti*), la capiuara o comedor de *capim* (*Hydrochoerus hydrochaeris*) y la paca (*Cuniculus paca*). La primera —con un peso que varía entre dos y cuatro kilos— constituyó probablemente el alimento vivo más importante de la floresta tropical a lo largo de todo el año. Un humanista de Braga la describió en los siguientes términos: «las *cutias* son del tamaño de las liebres y tiene casi su mismo aspecto y sabor. Estas *cutias* son rubias, tienen las orejas pequeñas y el rabo tan corto que casi no se vislumbra» [121]. La capiuara es el mayor de los roedores, ya que puede alcanzar entre 50 y 70 kilos. Vive en manadas junto a las márgenes de los ríos o lagunas y en las florestas y montes bajos; un autor del siglo XVI la retrata del siguiente modo: «en los ríos de agua dulce y en las lagunas también se crían muchos cerdos, a los que los indios llaman capiuaras, que no son tan grandes como los cerdos de monte; los cuales tienen poco pelo, el color grisáceo y el rabo como los otros» [122]. Finalmente, la paca es solitaria, pesa hasta diez kilos y da una carne blanca que a los amerindios les gustaba bastante, siendo comparada, por algunos autores del siglo XVI, con «lechones» [123] o «del tamaño de lechones de seis meses» [124].

[121] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, fl. 21.
[122] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 139.
[123] Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 26.
[124] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 143.

El animal terrestre de mayores dimensiones que estaba al alcance de los tupís era el tapir (*Tapirus terrestris*), exclusivamente herbívoro y cuyo hábitat se sitúa en las inmediaciones de ríos y lagunas, pudiendo alcanzar entre 200 y 250 kilos. Se describe de la siguiente forma por un gramático lusitano que vivió en Brasil en la segunda mitad del siglo XVI:

> [...] tienen las hechuras de las mulas, pero no son tan grandes, tienen el hocico más delgado y unos bezos largos, como una trompa. Las orejas son redondas y el rabo muy largo; son grisáceos por el cuerpo y blancos por la barriga. Estos tapires no salen a pastar, excepto de noche, y en cuanto amanece se meten en algunos zarzales o en la parte más secreta que encuentran y allí pasan todo el día, escondidos como aves nocturnas para las que la luz del día es odiosa, hasta que, al anochecher, vuelven otra vez a salir a pastar por donde quieren, como es su costumbre [...] [125].

Los brasis cazaban además el *pecari*, un cerdo salvaje (*Tayassu*) con dos variedades distintas: el *caititu* o «diente agudo» (*Tayassu tajacu*), con 15 o 20 kilos, que vivía solo o, excepcionalmente, en grupos de seis u ocho individuos, y la *queixada* (*Tayassu pecari*), mayor que la anterior (tiene entre 25 y 35 kilos), es gregaria, se agrupa en rebaños de más de cien cabezas (que pueden llegar a 200), defendiéndose colectivamente. Despertaban especial interés, por la calidad de su carne, los cérvidos, concretamente la *suaçuapara* o venado campestre (*Ozotocerus bezoarticus*), la *suaçucaatinga* (*Mazama simplicicormis*), el ciervo del pantanal (*Blastocerus dichotomus*) y la *suaçueté* (*Mazama americana*).

Los aborígenes también utilizaban otros animales para procurarse proteínas, concretamente el *tapiti* (*Sylvilagus brasiliensis*), un conejo salvaje, el coati (género *Nasua*) y el *guaxinim* (*Procyon cancrivorus*), felinos como el *gato-do-mato* (*Felis geoffroyi*), el maracayá (*Felis pardalis brasiliensis*), que pesa aproximadamente de 10 a 12 kilos, el yaguareté o pantera pintada (*Panthera onca*) y la *suçuarana* o puma (*Felis concolor*), que pesa entre 50 y 100 kilos, o el *guará* (*Crhysocion brachyurus*), una gran raposa que puede pesar entre 20 y 30 kilos.

Los simios constituían un importante recurso alimenticio para las poblaciones indígenas porque eran, junto con la *queixada*, las

[125] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, fls. 20v-21.

únicas especies que todavía vivían en grupos numerosos y que poblaban las florestas en gran cantidad. Entre los más apetecibles hay que señalar los saguins (géneros *Callithrix* y *Saguinus*), *guaribas* o *bugios* (género *Alouatta*), entre los que destaca el *guariba-preto* (*Alouatta caraya*) y el *guariba* ruivo (*Alouatta fusca*), micos (género *Cebus*), mico de olor (género *Saimiri*) y mico leones (género *Leontophitecus*), cuatás (género *Ateles*) y otras muchas clases de simios.

La caza de reptiles permitía la obtención de algunos tipos de caimanes de pequeñas dimensiones: el caimán corona (*Paleosuchus palpebrosus*), el caimán *curuá* (*Paleosuchus. trigonatus*) y el caimán-anteojo (*Caiman jacare*) y dos ejemplares de tamaño medio: el *jacaretinga* (*Caiman crocodilus*) y el caimán de papo amarillo (*Caiman latirostris*); algunos lagartos de gran tamaño: el *jacuruaru* (*Tupinambis nigropunctatus*), el *tejuaçu* (*Tupinambis teguixin*) y la *jacarerana* (*Crocodilurus lacertinus*). También entraban en su alimentación batracios como *pererecas* o sapos, especialmente el *juiponga* (*Hyla faber*) y la *perereca* verde (*Phyllomedusa burmeisteri*), y ranas, sobre todos las *gía* (género *Leptodactylus*), cuya carne, muy rica en proteínas y sales minerales, calcio y hierro, era bastante apreciada por los indígenas.

Los amerindios también cazaban aves destinadas tanto a la alimentación como a la obtención de plumas. Entre las primeras, la preferidas eran el ñandu o *ema* (*Reha americana*), tinamídeos (galiformes semejantes a codornices y perdices), principalmente el *jacu* (género *Penelope*) y el *inhambu* (género *Crypturellus*), patos salvajes, como el *ireré* (género *Dendrocygna*) o como el *mutum* (géneros *Crax* o *Mitu*), semejante al pavo. La captura de aves por parte de los indios con la finalidad esencial de conseguir plumas ornamentales se centraba prioritariamente en las *emas*, *jurus* o papagayos (género *Amazona*), *araras* (género *Anodorhynchus*) y tucanes (género *Ramphastos*) [126].

Entre los métodos de caza utilizados figuraba el *mutá*, puesto de observación construido en árboles altos de hasta 15 metros de altura, donde se instalaban los cazadores y aguardaban pacientemente el paso de los animales para alcanzarlos con flechas. Otra de las técnicas utilizadas era el *mundéu*, trampa que consistía en cuevas excavadas en las veredas, recubiertas por ramas y hojas,

[126] Cfr. Raymond M. Gilmore, *op. cit.*, pp. 189-221.

con una sola puerta y dotada de un dispositivo que las cerraba cuando entraba el ave y que se destinaba, sobre todo, para capturar las especies de mayor tamaño, concretamente el jaguar pintado. Los brasis también recurrían a la caza con lazo y al empleo del fuego para obligar a los animales a salir de sus guaridas.

Los aborígenes procuraban concitar las actitudes propiciatorias por parte de los seres sobrenaturales, destinadas a garantizar el éxito de la caza. También utilizaban recursos mágicos, como el de restregarse el cuerpo con determinados vegetales o ingerir infusiones adecuadas al tipo de fauna que pretendían abatir .

La recolección

La recolección constituía una de las actividades más importantes desarrolladas por las poblaciones de la floresta tropical, ya que les proporcionaba una parte importante de los componentes de su dieta alimenticia, tanto en vegetales como en animales y sus respectivos productos, y, además, les abastecía de materias primas para diversos fines.

Especies vegetales alimenticias

Existía una gran abundancia y variedad de estos géneros silvestres —algunos de los cuales eran protegidos o mantenidos en estado de semicultivo por los autóctonos— que daban frutos, raíces y simientes. Generalmente se encontraban muy dispersos debido al modelo de distribución de la vegetación de las florestas tropicales. Estas características obligaban a que un grupo tribal ejerciese el dominio sobre una gran extensión de la floresta, única forma de garantizar el acceso a los productos necesarios para la subsistencia, lo cual exigía un significativo gasto de energías, debido a las largas distancias que se tenían que recorrer para reunir las cantidades pretendidas.

El ecosistema ecuatorial generó una enorme diversidad de especies, muchas de las cuales eran comunes a más de una zona botánica. En la inmensa región amazónica los aborígenes tenían a su alcance

[127] Cfr. Julio Cezar Melatti, *op. cit.*, p. 48.

una gran variedad de frutos, originarios bien de los árboles frutales bien de las palmeras, especialmente del *abiu* (*Pouteria caimito*), el *purumã* (*Pourouma cecropiaefolia*), el *sapoti* (*Achras sapota*), la *pupunha* (*Bactris gasipaes*), el *buriti, el taperebá-açu* (*Poupartia amazonica*), el *açaí* (*Euterpe oleraceae*) y el *biribá* (*Rollinia orthopetata*), anonáceas, como la *graviola* (*Annona muricata*) y el *araticum-ponhé* (*Annona montana*), el *cupuaçu* (*Theobroma grandiflorum*) y el *cupuaí* (*Theobroma subincanum*), el *murici-da-mata* (*Byrsonima crispa*) y el *murici-penima* (*Byrsonima Chrysophylla*), el cacao (*Theobroma cacao*), que surgió en las florestas de la parte superior de las vertientes del Orinoco y del Amazonas, así como el guaraná (*Paullinia cupana*), cuyas simientes poseen propiedades estimulantes (la cafeína y la teobromina).

La diversidad y abundancia de los frutos amazónicos fueron elementos que contribuyeron a conferir a la región una connotación casi paradisíaca, ya que atrajeron la atención de muchos exploradores, religiosos, científicos y literatos. Un caso paradigmático es el de una célebre obra del modernismo brasileño cuya acción transcurre fundamentalmente en la Hiléia, destacando la importancia de «todas esas comidas de la floresta» [128] para la dieta alimenticia indígena.

Los habitantes de la región tropical obtenían fundamentalmente frutos como, por ejemplo, la piña (*Ananas sativus*), el abacachí (*Ananas comosus*), la guayaba (*Psidium guajava*), el cajuil (*Anacardium occidentale*), el arasá (*Psidium cattleyanum*), la *pitomba* (*Eugenia luschnathiana*), la *mangaba* (*Hancornia speciosa*), la *jaboticaba* común (*Myrciaria cauliflora*), el *umbu* (*Spondias purpureza*) y numerosas variedades de *maracujás* (género *Passiflora*), concretamente el *maracujá-mirim* (*Passiflora edulis*) y el *maracujá-açu* (*Passiflora quadrangularis*).

Entre los frutos típicos de la floresta subtropical utilizados intensivamente por los amerindios se destacan la *pitanga-do-campo* (*Eugenia pitanga*), la *jaboticaba* (*Myrciaria trunciflora*), el *ingá-ferradura* (*Inga sessilis*) y el *ingá-feijão* (*Inga marginata*), el *yataí* (*Butia jatay*) y el butiá (*Butia capitata*), la *amora* blanca (*Rubus brasiliensis*), la *amora* roja (*Rubus hassleri*) y la *amora* negra (*Rubus sellowii*), al igual que diversos tipos de guabirás (género *Campomanesia*), concretamente la

[128] Mário de Andrade, *Macunaíma, o herói sem nenhum carácter*, ed. crítica, Telê Porto Ancona Lopez (dir.), París/Brasilia, 1988, XVI, p. 153.

guabirá negra (*Campomanesia maliflora*), la guabirá del campo (*Campomanesia aurea*), la guabirá del litoral (*Campomanesia littoralis*) y la guabirá pequeña (*Campomanesia rhombea*).

Los indígenas aprovechaban con avidez las reducidas fuentes vegetales ricas en proteínas y grasas que los diferentes ecosistemas les proporcionaban, especialmente el *tocari* o *castanha-do-pará*, abundante en las planicies amazónicas el *pequi*, una oleaginosa rica en vitamina A, que se da en la zona de los cerrados y la *ibá* o *pinhão-do-paraná*, abundante en las florestas subtropicales.

De los frutos de las diferentes palmeras, en especial de la *tucum* (*Astrocaryum tucuma*), de la *brejaúva* (*A. aculeatissimum*), de la *bacabeira* (*Denocarpus distinctus*), de la *indaiá* (*Attalea dubia*), de la copaíba verdadera (*Copaifera officinalis*) y de la *bicuíba* (*Myristica bicuhyba*), los aborígenes extraían aceite. Además de los frutos, buscaban tallos, setas, hojas y raíces comestibles.

Especies silvestres no alimenticias

Las actividades de recolección proporcionaban también a los brasis, materias primas (maderas, corteza de árboles, cañas, resinas, cuerdas, fibras, piedras y barro) para la construcción de viviendas y canoas, para la confección de armas, adornos, redes, cestos, vasijas, hachas y otros utensilios, al igual que para la preparación de tintes, venenos, remedios, estimulantes, afrodisiacos y alucinógenos.

Los aborígenes buscaban el jenipa (*Genipa americana*), el cual, antes de madurar, produce un jugo que, en contacto con el aire, da una tinta negra o azul oscura, o bien el abacachí para teñir (*Aechmea bromeliaefolia*), de cuya raíz extraían pigmentos de color amarillo. Entre los tupís-guaranís, estos colorantes vegetales eran empleados fundamentalmente en las pinturas corporales.

Además de la recolectación de vegetales que les procuraran venenos para la pesca, los indios buscaban plantas de las que extraer sustancias tóxicas para el envenenamiento de flechas y dardos de cerbatana, entre las que se destaca el recurso al *arimaru* (*Strichnos cogens*), que entra en la composición del curare.

En la floresta tropical existía un gran número de hierbas y plantas que los grupos autóctonos sudamericanos utilizaban para dife-

rentes fines medicinales, aprovechándose del profundo conocimiento que poseían de las propiedades físicas y químicas del medio botánico en que habitaban. Se refieren, por ejemplo, al uso de la ipecacauana (*Cephaelis ipecacauanha*) como emético, de variedades de *tararucu* (género *Cassia*), de zarzaparrila (*Herreria salsaparilha*) y del taiuiá (*Cayaponia tayuya*) como purgantes; de la *guaxima-roxa* (*Urena lobata*) como sedante; de la *samambaia-verdadeira* (*Pteridium aquilinum*) como antirreumático; de la *quina-de-cipó* (*Strychnos gardneri*) como antipirético y de la *auíba* (*Xylosma benthamii*) como antidiarreico. Obtenían, además, especies vegetales que aplicaban a la preparación de estimulantes, contraceptivos (el zumo del *cipó*, *Curarea tecunarum*), afrodisiacos, narcóticos y alucinógenos, como el *paricá* (*Piptadenia peregrina*), un tipo de rapé destinado a la inhalación [129].

Especies animales o de origen animal

Los diferentes grupos tribales amerindios que ocuparon la franja marítima hasta el siglo XVI se han servido en gran medida del marisco, desde tiempos inmemoriales, en su dieta alimenticia. Entre los moluscos más consumidos por los indígenas se contaban: la *gueririr* (*Ostrea virginica*), la *ostra-do-mangue* (*Ostrea arborea*), la *ostra-gigante-do-mangue* (*Crassostrea rhizophorae*), la *cernambitinga* o berberecho (*Anomalocardia brasiliana*), el *cernambi* o almeja (*Phacoides pectinatus*), el *bacucu* o *mexilhão-do-mangue* (*Modiolus brasiliensis*), el *aruá* (*Ampullarias gigas*) y el *baquiqui* (*Erodona mactroides*). Entre los crustáceos más apreciados por las poblaciones costeras se pueden enumerar el *guaiamu* (*Cardisoma guanhumi*), camarones y varios tipos de *siris* o cangrejos, concretamente el *siriaçu* (*Callinectes exasperatus*), el sirimirim (*Callinectes danae*) y el *siripuã* (*Callinectes sapidus*).

La obtención de tortugas desempeñaba un papel de gran importancia en el abastecimiento de proteínas a las poblaciones indígenas que habitaban en las orillas de la red hidrográfica del Amazonas.

[129] Cfr. Ghillean T. Prance, «Etnobotânica, de Algumas Tribos Amazônicas», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, pp. 119-134; Elaine Elisabetsky, «Etnofarmacologia de Algumas Tribos Brasileiras», *ibidem*, pp. 135-148.

Entre las numerosas y abundantes especies fluviales que enriquecían el bioma amazónico, se destacan la *tracajá* (*Podocnemis cayennensis*), la *jurará-acangauaçu* (*Podocnemis dumerliniana*), la *jurareté* o tortuga de la Amazonia (*Podocnemis expansa*) y la *matamatá* (*Chelus fimbriatus*). Los indios escogían preferentemente la época del desove para capturar las tortugas, con el fin de obtener elevadas cantidades no sólo de los animales sino también de sus huevos (los *tupiás*) [130].

Las poblaciones establecidas en las proximidades de los cursos de agua dulce tenían la posibilidad de conseguir moluscos como el *sururu* (*Mytellus falcatus*), *pitus* (camarones) o la *cutipaca* (*Macrobrachium carcinus*).

Los indios del *sertão*, que no tenían acceso al litoral o a los ríos y lagunas, recurrían al jabuti o tortuga terrestre (*Geochelone denticulata*) y a los grandes moluscos terrestres (*Megalobulimus*), univalvos, como fuentes abastecedoras de proteínas.

Las actividades recolectoras propiciaban todavía la obtención de animales minúsculos, como insectos, larvas, langostas, abejas y hormigas —especial importancia tiene la *içá* (género *Atta*), especie alada llena de huevos que surgía en bandadas en la época de calor—, además de productos de origen animal, como plumas, cera y miel.

La alimentación

La confección de alimentos comprendía la producción de diferentes tipos de harinas, la preparación del pescado, mariscos y carne, al igual que la elaboración de condimentos y bebidas.

Con el fin de hacer comestible la raíz de la mandioca amarga —rica en almidón y sales minerales—, los indígenas la sometían a un complejo tratamiento destinado a eliminar el ácido cianhídrico. El vegetal era sometido a un proceso de maceración con agua (*pubado*) o descascarillado, rallado y lavado hasta reducirlo a una masa húmeda. A continuación se exprimía la pulpa en el *tipiti* (prensa des-

[130] Cfr. Alexandre Rodrigues Ferreira, *op. cit.*, pp. 25-43.

tinada a extraer el agua que contenía la sustancia venenosa), se amasaba y después se asaba o se torraba en grandes recipientes circulares de barro (*assadores*).

El producto obtenido era una especie de harina fresca (la *farinha-de-pau*) que sólo se conservaba durante algunos días (dos o tres, según Pero de Magalhães de Gandâvo o de cinco a seis, de acuerdo con el testimonio de Gabriel Soares de Sousa). La necesidad de obtener reservas alimenticias para períodos prolongados llevó a los indios a destinar una parte de la producción a la fabricación de un tipo de harina de larga duración (más de un año). Ésta se presentaba en forma de pequeñas semillas duras, después de someter a la masa a un intenso secado con el fin de extraer toda la humedad; se conocía vulgarmente con el nombre de «harina de guerra», dado que los brasis la utilizaban como munición de boca en el transcurso de sus expediciones guerreras o como recurso ante el peligro de eventuales crisis de subsistencia.

Con la mandioca amarga los indígenas confeccionaban otros tipos de harinas o derivados, concretamente la tapioca (harina fina que resulta de la decantación del almidón puro, libre de materias fibrosas), la *carimã* (harina preparada tomando raíces maceradas secas, ahumadas, machacadas, pulverizadas y, finalmente, tamizadas), o *beijú* (pasta de harina enrollada) y la *manipuera* (obtenida a partir del jugo de la mandioca hervida), base de la salsa *tucupi*. La mandioca dulce se comía normalmente después de quitarle la cáscara y asarla directamente en las brasas [131]. Los guaranís preferían el maíz en su alimentación y lo consumían cocido o asado y procedían, también, al secado del grano maduro y entero.

Los amerindios consumían diferentes tipos de alimentos (hortalizas, legumbres y verduras), hojas de mandioca dulce (ricas en vitamina B1), calabazas, y tanto hojas como flores de plantas y árboles verdes, frescas o cocidas.

Los aborígenes ingerían normalmente pescado fresco después de hervirlo en agua. Mientras tanto, podían consumirlo también *moqueado*, o sea, asado y ahumado en una parrilla confeccionada con varas de madera verde (*moquém*). Hacían también *piracuí* —harina

[131] Cfr. José Proenza Brochado, *Alimentação na Floresta Tropical*, Porto Alegre, 1977, pp. 30-42

de pescado—, sobre todo de tenca, machacando el producto asado en el mortero y llevándolo posteriormente al horno para secarlo completamente. Este tipo de alimento estaba destinado, gracias a su largo período de conservación, a garantizar la subsistencia durante las operaciones bélicas ofensivas. Se sometía a los moluscos a un hervido previo destinado a facilitar la separación de la parte comestible de las conchas.

La carne generalmente se asaba —a los indígenas les gustaba comerla bien pasada—; una excepción la constituía el tapir, que se consumía cocido. Los guerreros tupís apreciaban sobremanera la ingestión de la carne de especies veloces, puesto que consideraban que al comerla absorberían la agilidad del animal abatido y rechazaban incluir en su alimentación carne de especies lentas [132].

Los indígenas mezclaban la *juquira* (sal) o sus sustitutos con pimienta (principal aporte de vitamina A) y tomaban una pizca de esta masa siempre que ingerían una porción de alimento, ya que no les gustaba salar la comida. Los habitantes del *sertão*, cuando no conseguían obtener sal marina, —mediante trueques con los grupos tribales costeros—, reducían a cenizas las raíces de algunos árboles, de *cará* o, incluso, como sucedía en las zonas del altiplano, utilizaban el salitre como alternativa y conseguían así sustitutos para ese imprescindible producto.

Frecuentemente preparaban un potaje, compuesto por pescado, carne, pimienta, batata dulce, *cará*, hojas de *aipim*, raíces de mandioca amarga, productos de la recolección y *tucupi*, que acompañaba a la deglución de *beijú*. Hacían, también, el *mingau* (un caldo o sopa clara) y el *pirão* (sopa espesa) con los diferentes tipos de harina de mandioca, simientes de algodón, de maíz, de cacahuete, etc.

Confeccionaban bebidas —el *cauim*— a partir de la fermentación de la mandioca dulce, del maíz, de la batata dulce, del *cará*, del cacahuete, de la miel, de savia de palmeras y de frutas, como la piña o el *caju*. Normalmente, los tupís utilizaban el *aipim*, mientras que los guaranís recurrían al maíz. Esta tarea era encomendada a las jóvenes, que, después de la cocción de la materia prima, la masticaban, desencadenando, de esta manera, gracias a la saliva, la fermentación.

[132] Cfr. André Thevet, *As Singularidades da França Antártica*, trad. port., Belo Horizonte/São Paulo, 1978 (1557), p. 105.

Las *igabaças* (barriles) tenían capacidad para conservar entre 300 y 500 litros.

Un autor francés del siglo XVI describió la elaboración del *cauim* de la siguiente forma:

> Después de cortarlas [las raíces de *aipim*] en rodajas finas, como hacemos con los rabanitos, las mujeres las hierven en grandes vasijas de barro llenas de agua, hasta que se ablandan; entonces, las retiran del fuego y las dejan enfriar. Después de esto, se acuclillan en torno a las vasijas y masticán las rodajas, echándolas después en otra vasija, en vez de engullirlas, para un nuevo hervor, removiéndolas con un palo hasta que todo quede bien cocido. Posteriormente, quitan del fuego la pasta y la ponen a fermentar en jarrones de barro de capacidad igual a media cuba de vino de Borgoña. Cuando todo fermenta y espumea, se cubren los jarrones y queda la bebida lista para su uso [133].

Esta bebida presentaba, de acuerdo con el mismo testimonio, un aspecto turbio y espeso, como sedimento, y tenía un sabor que hacía que se pareciera a la leche ácida; se consumía templada. Las bebidas fermentadas desempeñaban una importante función en el modelo de vida indígena, sobre todo como aporte de vitaminas que compensaban parcialmente las deficiencias de la dieta alimenticia. Algunos grupos tribales las consumían regularmente, mientras que otros las reservaban para las grandes celebraciones colectivas, especialmente en la época del desove de los peces o con ocasión del sacrificio ritual de prisioneros [134].

Producían también bebidas sin fermentar. Los guaranís, por ejemplo, las fabricaban a partir del mate (*Ilex paraguarensis*), cuyas hojas, después de secarlas, se utilizan en infusiones que dan la malta, un estimulante suave de las funciones orgánicas que contiene el alcaloide mateína.

Los indígenas nunca comían y bebían al mismo tiempo. Ingerían los alimentos sólidos pausadamente, observaban un riguroso silencio durante las comidas, que efectuaban sentados o tumbados en las hamacas, sin horas determinadas, siempre que tenían hambre [135].

[133] Jean de Léry, *Viagem à Terra do Brasil*, Sérgio Milliet (trad.), notas tupinológicas de Plínio Ayrosa, 3.ª ed., São Paulo, 1960 (1578), p. 117.

[134] Cfr. Jean de Léry, *op. cit.*, p. 118.

[135] Cfr. André Thevet, *op. cit.*, pp. 105-106.

Se producía anualmente —variando los meses según con las características de las regiones ecuatoriales, tropicales o subtropicales— una alternancia de períodos de abundancia y de escasez. Para superar las carencias alimenticias temporales, las poblaciones tropicales adquirían una gran capacidad de retención en el organismo de proteínas o de otros productos escasos (calcio, ciertas vitaminas y sal) [136]. Otra de las soluciones que encontraron consistía en fumar tabaco enrollado en hojas de palmera para mitigar el hambre.

La cultura material

Las sociedades amerindias produjeron un expresivo conjunto de «artes de vida», término utilizado por Lewis H. Morgan para designar la amplia gama de gestos y técnicas (entendidas, de acuerdo con Marcel Mauss, como el conjunto de ritos y actos tradicionales de ejecución, incluyendo el cuerpo como instrumento), desarrolladas con el objetivo de posibilitar la producción de instrumentos y utensilios destinados a garantizar la supervivencia o a contribuir a que la vida fuera más confortable.

Aprovechando los importantes recursos vegetales, algunos grupos tribales, incluidos los tupís-guaranís, produjeron una significativa gama de equipamiento doméstico y de trabajo. La floresta tropical proporcionaba hojas, fibras y cortezas de diferentes árboles, sobre todo palmeras, concretamente la *piaçaba* (*Attalea funifera*), el jupati (*Raphia vinifera*), el *miriti* (*Mauritia flexuosa*), la *arumã* (*Ischnosiphon ovatus*), la *inajá* (*Maximiliana regia*), la *jacitara* (género *Desmoncus*), la *tucumã*, el *açai* y el *babaçu*, que se utilizaban como materias primas en la confección de cordones, cuerdas, hilos, exprimidores de pulpa de mandioca (*tipiti*), tamices, abanicos para el fuego, esteras, diversos tipos de cestos (para colar o *aturá*, para cargar), jaulas y trampas para la pesca [137].

Los aborígenes usaban también los frutos (calabazas) de la *purunga*, que, una vez secos, servían para la fabricación de *cuias* (jarro-

[136] Cfr. Betty J. Meggers, *op. cit.*, p. 54.

[137] Cfr. Lila O'Neale, «Cestaria», *Suma Etnológica Brasileira 2. Tecnologia Indígena*, Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., Petrópolis, 1987, pp. 323-341.

nes) y de maracas [138]. En contra de la mayor parte de los grupos tribales del Nuevo Mundo, que utilizaban la corteza de árboles y otras fibras, los tupís-guaranís seleccionaban las variedades de algodón sudamericanas para la confección de las hamacas, que difundieron a todas las regiones por las que se extendieron. Esta innovación se convirtió en una de las características esenciales de su equipamiento material, considerándose uno de los rasgos que definen las culturas de la floresta tropical [139].

Los utensilios de cerámica desempeñaron un papel esencial en la evolución de la civilización de los grupos indígenas, lo que les permitía, principalmente, la preparación y conservación de los alimentos. La correlación existente entre el modelo básico de la mandioca amarga y la cerámica es tan estrecha que los antropólogos llegaron a postular que todos los horticultores de la floresta tropical poseían, por definición, las técnicas de la manufactura de la cerámica (efectuando la cocción a cielo abierto y colocando los objetos directamente sobre las hogueras). El método acordonado (que se basa en la superposición de rollos de arcilla en espiral, unidos por la presión de los dedos en la parte exterior e inferior de las piezas) era el más difundido en las tierras bajas sudamericanas [140].

Los vestigios más antiguos de cerámica que conocemos de toda América se encontraron en el *sambaqui* (tumba prehistórica) de Taperinha (en las inmediaciones de Santarém, Pará) y han sido datados entre 7.000 a 6.000 años a. C., de lo que se concluye que, en contra de las tesis defendidas por los antropólogos ambientalistas, los más remotos vestigios de cerámica de la Amazonia son anteriores a los de los Andes [141].

La tradición ceramista tupí-guaraní se caracteriza por utilizar la técnica de alisado simple, por los tipos de decoración y por la pintura polícroma, con líneas rojas y negras sobre fondo blanco. En este

[138] Cfr. F. C. Hoehne, *Botanica e Agricultura no Brasil no Seculo XVI (Pesquisas e Contribuições)*, São Paulo, 1937, p. 92.

[139] Cfr. Luís da Câmara Cascudo, *Rêde de dormir - Uma Pesquisa Etnográfica*, Río de Janeiro, 1959, pp. 52-53.

[140] Cfr. Maria Cristina Mineiro Scatamacchia, A *Tradição Policrômica no Leste da América do Sul evidenciada pela Ocupação Guarani e Tupinambá: Fontes Arqueológicas e Etno-Históricas*, tesis doctoral presentada en la Universidad de São Paulo, São Paulo, 1990, p. 84.

[141] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, *op. cit.*, pp. 63 y 68.

conjunto se distingue la subtradición este-nordeste (derivada de la cerámica Marajoara) —que corresponde a las áreas de influencia de los grupos tupís— en la cual predominan platos y cuencos de base plana, con el perímetro de la boca oval (recipientes claramente destinados a la preparación de la mandioca amarga, y, por consiguiente, a secar o asar raíces), mientras que en la subtradición sur (proveniente de la tradición polícroma amazónica) —desarrollada en la región controlada por grupos guaranís y guaranizados—, la vajilla (cazuelas, vasijas y jarras) tenía la base redonda o cónica, y poseía cuello y hombro bien definidos, lo que revela que se destinaba a hervir alimentos en agua, fundamentalmente maíz, *aipim*, calabaza y judía [142].

Los indios recurrían a la madera de jacarandá, al *ipé* o *pau-d'arco* (*Tecoma conspicua*) para hacer arcos simples de un solo segmento longitudinal, con dimensiones aproximadamente comprendidas entre 1,60 y 1,80 metros. Sus cuerdas se confeccionaban con largas fibras vegetales de hojas de *tucum* (*Astrocaryum vulgare*) o con cáscara de *embaúba* (*Cecropia peltata*).

Para la confección de las flechas usaban normalmente *ubá* (*Gynerium parviflorum*), una planta de la familia de las gramíneas, emplumándolas, según algunos autores, para conferir estabilidad a la trayectoria del vuelo, con dos plumas atadas con fibra de *cipó* en el extremo del asta. Las puntas de las flechas se hacían con *taquara* (bambú), hueso o dientes afilados (preferiblemente de tiburón) y el *tacape* (semejante a una maza o espada), también usado en el sacrificio de prisioneros con madera dura de júcaro [143].

Los grupos tribales tupís navegaban frecuentemente por los ríos y a lo largo de algunos trechos de la costa atlántica en canoas —algunas de grandes dimensiones (más de treinta metros) con capacidad para transportar a sesenta individuos— excavadas en troncos de árbol e impulsadas mediante remos o varas. Escogían maderas ligeras para la construcción de balsas: la *apeíba* o palo de balsa (*Apeiba tibourbou*) y canoas: la *ubiragara* o barriguda, el *jatobá* y la *gameleira branca* (*Ficus doliaria*). Los remos se confeccionaban con las extremidades estria-

[142] Cfr. José Proenza Brochado, «A Tradição Cerâmica Tupiguarani na América do Sul», *Clio* (Recife), III (1980), pp. 47-60.

[143] Cfr. Vilma Chiara, «Armas: Bases para uma Classificação», *Suma Etnológica Brasileira 2. Tecnologia Indígena*, pp. 117-137.

estriadas de *jenipapo*, de *iaruru*, o madera de remo (*Aspidosperma excelsum*) o de *uaca* (*Ecclinusa ramiflora*).

Los brasis utilizaban la resina de *jatobá* o la madera de *gameleira* (concretamente la *ubiragara*, la *apeíba* y la *embaúba*), para la confección de adornos, principalmente del *botoque* (arandela de madera introducida en los agujeros artificiales del lóbulo de la oreja o en el labio inferior). Con piedras de colores, preferentemente verdes, hacían la *metara* o *tembetá* («piedra de bezo»), un adorno labial en forma de «T», cargado de sentido simbólico [144].

Las relaciones litoral/interior

Las sociedades indígenas sudamericanas desarrollaron, en algunas áreas, un sistema de comunicaciones entre el interior y la costa atlántica. Uno de los casos paradigmáticos era el de *Peabiru*, la gran vía indígena que unía el *sertão* al litoral, en que uno de sus ramales permitía establecer contactos entre la región donde se fundaría la ciudad de Asunción (Paraguay), el altiplano de Piratininga y la actual costa vicentina. Otra ruta partía de Tietê, alcanzaba el nacimiento del Tibagi, bordeaba la margen izquierda del Paranapanema, descendía el Paraná, seguía por el Ivinheima, proseguía por tierra hasta la cabecera del Corrientes o del Apa, subía el Paraguay y alcanzaba el lugar donde se forma el Madeira [145].

A través de esas vías los tupís-guaranís tenían acceso a las regiones fronterizas del Imperio Inca, donde obtenían, bien mediante trueques bien mediante incursiones guerreras, objetos de oro y plata y, sobre todo, machetes y cuchillos de cobre y bronce [146]. Ese tipo de contactos se encontró arqueológicamente atestiguado por el descubrimiento, en Rio Grande do Sul y en Cananeia (São Paulo), de objetos de cobre andinos, machetes incluidos, anteriores al comienzo de la penetración europea [147].

Ya en la época del contacto, un episodio unido a la expedición de 1530-1532 confirma también el funcionamiento de esas rutas.

[144] Cfr. André Prous, *op. cit.*, p. 244.
[145] Cfr. Maria Cristina Mineiro Scatamacchia, *op. cit.*, p. 56.
[146] Cfr. Alfred Métraux, *Os Incas*, trad. port., Oporto, 1988, p. 9.
[147] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 374-375.

Martim Afonso de Sousa aprovechó la permanencia de su armada en la bahía de Guanabara (del 30 de abril al 1 de agosto de 1531) para mandar cuatro hombres al *sertão* con intención de explorar. Después de recorrer 115 leguas a través de montañas y tierras llanas, los rastreadores regresaron con un jefe indígena que agasajó al enviado del rey de Portugal con cristal proveniente de los Andes y aportó informaciones sobre la existencia de abundantes cantidades de oro y plata en la región del río Paraguay [148].

Las comunidades amerindias también establecieron redes de trueques comerciales que incluían grupos situados, a veces, a distancias considerables [149]. Se tiene conocimiento de la existencia de permutas efectuadas entre indígenas del *sertão* y del litoral. Los primeros aportaban plumas de aves, sobre todo de ñandú y de tucán, y los segundos, sal y conchas marinas. Las piedras verdes, destinadas a la confección de adornos labiales, y los collares de cuentas blancas y negras también se encontraban entre los bienes que eran objeto de frecuente transacción entre los aborígenes [150].

Modelos de asentamiento y vivienda

La elección del territorio del grupo dependía de varios factores, que eran cuidadosamente ponderados por parte de los tupís-guaranís; de este modo, la proximidad de ríos navegables, la abundancia de tierras fértiles y la existencia de floresta eran elementos decisivos en la selección del enclave [151].

Cuando el área elegida para la edificación de las *tabas* (aldeas) se encontraba situada en una región donde también habitaban grupos hostiles, los tupís-guaranís optaban por implantar las estructuras residenciales en zonas elevadas y de vegetación más abierta, de modo que podían prevenir eventuales ataques por sorpresa, poniéndose a

[148] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI. Estudo Histórico*, vol. I, Lisboa, 1965, p. 41.

[149] Cfr. Alfred Métraux, *La Civilisation Matérielle...*, p. 277.

[150] Cfr. André Thevet, *op. cit.*, p. 153.

[151] Cfr. Maria Cristina Mineiro Scatamacchia y Francisco Moscoso, «Análise do Padrão de Estabelecimentos Tupi-Guarani: Fontes Etno-históricas e Arqueológicas», *Revista de Antropologia* (São Paulo), 30/31/32 (1989), pp. 37-53.

cubierto entre los árboles. Por ello eran particularmente apreciadas las laderas de los montes, desde las que se dominaban vías fluviales, las inmediaciones de las cabeceras de pequeños ríos, los alrededores de las cascadas, que poseían significativos recursos piscícolas. Normalmente, los poblados se edificaban a una distancia de 5 a 10 kilómetros de las tierras de labor.

En las áreas más disputadas —en las que el litoral tenía una particular importancia— existían numerosos núcleos de población dispersos, relativamente cercanos unos a otros (entre 10 y 20 kilómetros). Las distintas aldeas vecinas, pertenecientes al mismo grupo tribal, adoptaban una especie de acuerdo tácito a la hora de respetar el territorio de cada comunidad.

Las sociedades indígenas de la floresta tropical adoptaron, de manera general, modelos de asentamientos modestos, construyendo núcleos pequeños y dispersos. Constituyeron una excepción los horticultores, ceramistas de la vega amazónica, que crearon sistemas de agricultura intensiva y que propiciaron el desarrollo de sociedades complejas, que alcanzaron entre los siglos V y XV d. C. una elevada densidad de población, originando asentamientos a escala urbana [152].

Las poblaciones de los tupís, que tenían nombre propio [153], constaban normalmente de entre cuatro y ocho habitaciones comunitarias que albergaban de treinta a sesenta familias nucleares [154]. En las aglomeraciones costeras residían una media de 600 a 700 individuos, comprobándose, sin embargo, variaciones regionales y tribales. Los núcleos pequeños tendrían aproximadamente de 350 a 400 habitantes, mientras que los mayores contarían con cerca de 3.000. Los tamoios tendrían, sin embargo, según fuentes del XVI, una densidad de población más elevada, sobrepasando alguna de sus *tabas* la significativa cantidad de 5.000 habitantes [155].

Las casas colectivas se edificaban en círculo, dispuestas en torno a una plaza central —que tenía funciones comunitarias y rituales—, a algunas decenas de metros unas de otras. En las regiones en que

[152] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, *op. cit.*, pp. 53-55.

[153] Cfr. Maria Heloísa Fénelon Costa y Hamilton Botelho Malhano, «Habitação Indígena Brasileira», *Suma Etnológica Brasileira 2. Tecnologia Indígena*, p. 79.

[154] Cfr. James Lockhart & Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, p. 54.

[155] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, p. 63.

los conflictos se producían con mayor intensidad, los amerindios construían estructuras defensivas: las *caiçaras,* empalizadas de estacas, frecuentemente dobles, protegidas por cercas de espinos, que disponían de saeteras.

Los modelos de asentamiento estaban condicionados por la subsistencia. Toda vez que los grupos tupís-guaranís practicaban una agricultura semiitinerante y dependían de la caza, de la pesca y de la recolección para la obtención de proteínas, la permanencia de las poblaciones en un espacio determinado era temporal (alrededor de tres o cuatro años). Cuando se agotaban los recursos cinegéticos y piscícolas, las comunidades se trasladaban a un nuevo lugar situado a unos tres kilómetros aproximadadmente del asentamiento anterior [156]. La precariedad de la instalación determinaba el tipo de materiales utilizados en la edificación de las viviendas: madera, barro y hojas de árboles para los techos.

Los habitantes de la floresta tropical escogían maderas de buena calidad para la construcción de las estructuras de las casas comunitarias, por ejemplo, la *aroeira branca* (*Lythraea molleoides*), la *aroeira mole* (*Schinus molle*), la *aroeira vermelha* (*S. terebinthifolius*), la *jacareúba* (*Calophyllum brasiliensis*), el *conduru* (*Brosimum conduru*), la *ubiraeta* (*Caesalpinia leiostachya*), el *guarabu* (*Petolgyne confertiflora*), la *arariba* (*Centrolobium robustum*), la *ibaiariba* (*Andira rosea*), la *jurema* (*Phithecelobium tortum*), la *sucupira* (*Bowdichia virgiloides*), la *urucurana* (*Hieronyma oblonga*), y también el jacarandá, el *vinhático* y *jatobá.* Los indígenas recolectaban, sobre todo, hojas de palmeras para el cierre de las viviendas y preferían las del *caranaí* (*Mauricia horrida*), de varias especies de *ubim* (género Geonoma), de *inajá,* del *açaizeiro,* de la *bacabeira,* de la *juçara* y del *buriti.*

Existían diferentes tipos de viviendas comunitarias de distintas dimensiones y formas. Los tupís normalmente construían estructuras con formas elípticas, e incluso, rectangulares, cubiertas de *sapé* hasta el nivel del suelo y con uniones entre las maderas hechas solamente con lazadas y trenzados de *embira* [157]. No tenían ventanas y disponían tan sólo de tres pequeñas aberturas sin puertas, dos de las cua

[156] Cfr. Jean de Léry, *op. cit.,* p. 208.

[157] Cfr. Bernardo Castelo Branco, «Arquitectura Indígena Brasileira: da descoberta aos dias actuais», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), pp. 69-85.

les se situaban en los extremos y la tercera en el centro, que daba a la plaza central. El largo de las viviendas variaba entre 40 metros para las más pequeñas y más de 160 metros para las mayores [158], y el ancho oscilaba entre los 10 y los 16 metros.

En cada *oca* (casa) vivía una media de 85 a 140 personas, pero había casos —sobre todo entre los tamoios— en que ese número sobrepasaba las 200 [159]. Algunos grupos tribales, concretamente tupinambás y tamoios, tenían el hábito de colocar, junto a las viviendas, estacas en las que clavaban los cráneos de los prisioneros sacrificados [160].

Las hamacas se fijaban en tirantes (vigas largas), dispuestos a lo largo de la pared. Las reservas alimenticias, los objetos personales (armas, adornos, etc.) y los utensilios familiares (cestos, potes, aperos agrícolas y otros) se colocaban en varas situadas encima de los postes [161].

La referencia más antigua respecto a las viviendas de los brasis se debe al autor de la *Carta do Achamento* que, el 27 de abril de 1500, escribía:

> Allá se fueron todos y anduvieron entre ellos y, según decían, fueron a una legua y media a una población de casas, en la que habría nueve o diez casas, de las que decían que eran tan largas cada una como esta nave capitana. Y eran de madera, y de ijares, de tablas y cubiertas de paja; de razonable altura y todas en una sola casa, sin ningún compartimento. Tenían dentro muchas columnas y de columna a columna una red, atada por los cabos a cada columna, altas, en las cuales dormían, y, debajo, para calentarse, hacían sus fuegos. Y cada casa tenía dos puertas pequeñas una en una punta y otra en la otra. Y decían que, en cada casa, se acogía a treinta o cuarenta personas... [162].

La organización social

En las sociedades amerindias imperaba la división sexual del trabajo. A los hombres les estaban encomendadas las tareas que suponían un esfuerzo intenso, como el *mutirão*, trabajo colectivo realizado, sobre

[158] Cfr. Pierre Clastres, *op. cit.*, p. 61.
[159] Cfr. Fernão Cardim, *op. cit.*, pp. 106-107.
[160] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 159.
[161] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, pp. 246-247.
[162] Pero Vaz de Caminha, *Carta a El-Rei Dom Manuel sobre o Achamento do Brasil*, M. Viegas Guerreiro e Eduardo Nunes (eds.), Lisboa, 1974, pp. 63-64.

todo, en las fases más duras de preparación de la tierra para el cultivo y la construcción de las viviendas; la caza y pesca con arco y flecha, las actividades arriesgadas, como el buceo y la guerra, la producción de armas, canoas y adornos de su propio sexo, la toma de decisiones referentes a la comunidad y el monopolio en la dirección de los actos rituales. Aseguraban, por consiguiente, las funciones de promotores de la unidad doméstica, la de guerreros y la de intermediarios ante lo sobrenatural.

Las mujeres se encargaban del trabajo en las tierras de labor (trabajo efectuado desde las siete de la mañana hasta el mediodía), de la recolección y de la pesca con *timbó*; hacían la cerámica, la cestería, los alimentos, las bebidas y los adornos femeninos; ejecutaban las tareas domésticas, cargaban con los víveres en las expediciones guerreras y retiraban el agua de las canoas. Según un testimonio del siglo XVI, existía una especialización del trabajo entre los miembros del sexo femenino de acuerdo con la edad. De esta manera, la preparación del algodón y sus derivados y la fabricación de bebidas fermentadas sería labor de las jóvenes; el cultivo de los campos, la elaboración de harina y el transporte de los alimentos sería competencia de las adultas y, finalmente, la cerámica estaría a cargo de las más ancianas [163].

Las bases del sistema productivo y social de las comunidades brasis se basaba, en la mayor parte de los casos, en la familia nuclear (hombre, mujer, hijos del matrimonio y, ocasionalmente, esclavos y otros parientes). A su vez, la estructura residencial y política se apoyaba en la familia extensa, formada por varios agregados elementales unidos entre sí por lazos de parentesco y subordinados al patriarca de la *oca*: el principal.

Una de las características del sistema familiar de los horticultores de la floresta tropical residía en la existencia de la poliginia, o sea, el casamiento de un hombre con más de una mujer. Sin embargo, solamente un reducido número de individuos (el jefe, el hechicero y los grandes guerreros de cada *taba*) tenían posibilidades de poseer varias esposas, cuyo número era símbolo y fuente de prestigio. Pero los condicionantes sociales apuntaban cada vez más a la monogamia como hecho mucho más común que la poligamia, por

[163] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, pp. 260-261.

lo que cada vez las separaciones eran más frecuentes y numerosas [164].

La zona destinada al principal de la familia extensa se situaba en el centro de la estructura residencial [165]. Las diferentes familias nucleares ocupaban un espacio propio, aproximadamente de siete a diez metros cuadrados en el interior de la vivienda, correspondiente a un anexo (lar), en torno a una hoguera. Cuando la familia era poligínica, el hombre permanecía de manera alterna en el lar («lanço» o «rancho») de la mujer que le daba de comer [166]. Sobre sus hábitos de reposo nos dejó el siguiente testimonio un cronista franciscano:

> Durante toda la noche tienen fuego para calentarse porque duermen en redes en el aire y no tienen cobertores ni vestido, pero duermen desnudos marido y mujer en la misma red, cada uno con los pies para la cabeza del otro, excepto los principales, que, como tienen muchas mujeres, duermen solos en sus redes y, desde ellas, cuando quieren se van a acostar con la que les parece sin avergonzarse de que los vean [167].

Los matrimonios podían ser endogámicos (realizados entre miembros de la misma aldea) o exogámicos (cuando incluían a individuos pertenecientes a poblaciones diferentes). Una de las fórmulas adoptadas por los grupos vecinos para establecer alianzas políticas consistía en fomentar intercambios matrimoniales entre diferentes *tabas*, adoptando el modelo de residencia virilocal (la esposa iba obligatoriamente a vivir a la aldea del marido, aunque perteneciese a otro grupo tribal). Se trataba, en suma, de procurar crear mecanismos adicionales destinados a garantizar la seguridad de la aldea, estableciendo a su alrededor una red de parientes y aliados [168].

El sistema de parentesco, el juego político de las parentelas y las actuaciones que tendían a evitar la dispersión familiar y a repetir las alianzas regulaban las uniones matrimoniales, originándose así el casamiento avuncular, o sea, de tío materno con la sobrina. Ésta era la mo-

[164] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, p. 203.

[165] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 158.

[166] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, pp. 64-65.

[167] Fray Vicente do Salvador, *História do Brasil 1500-1627*, Capistrano de Abreu, Rodolfo Garcia y Fray Venâncio Wílleke (eds.), São Paulo, 1965 (siglo XVII), p. 87.

[168] Cfr. Janet M. Chernela, *op. cit.*, p. 152.

modalidad preferida entre los tupinambás, que también practicaban el casamiento cruzado entre primos [169].

La regla de residencia marital más difundida, sobre todo entre los tupís, era la de la patrilocalidad (la esposa iba a vivir en la *oca* del padre del marido), lo que favorecía, por consiguiente, una forma patrilineal de descendencia [170].

La matrilocalidad era minoritaria en el conjunto de las sociedades de la floresta tropical sudamericana; ésta implicaba la obligación por parte del hombre de abandonar la residencia paterna y trasladarse a la vivienda de los padres de la novia, donde constituía una nueva familia nuclear que se integraba en la familia extensa liderada por el suegro. Este régimen obligaba al yerno a prestar dos o tres años de trabajo (desbrozamiento de tierras, caza, pesca, etc.), correspondientes al llamado «servicio de la novia» [171]. En las comunidades en las que imperaba la matrilocalidad, solamente los hijos de los jefes y de los hechiceros estaban exentos de ella, al igual que los guerreros que se hubiesen distinguido por la práctica de grandes proezas. A este modelo iba normalmente unida la evitación, norma de comportamiento que impedía a la suegra y al yerno mirarse, hablarse o tocarse y que representaba una forma de exteriorizar respeto, humildad y azoramiento.

La relación entre suegro y yernos generaba poder político, porque, cuanto más elevado fuese el número de hombres (hijos y yernos) que residían en una *oca*, mayor sería el prestigio y la importancia de su principal. De ahí que muchos de los esfuerzos para ampliar la esfera de influencia de una parentela se concentrase en la atracción de elementos del sexo masculino. Así, los casamientos con regla de residencia matrilocal se traducían en la adquisición de más guerreros, uno de los triunfos más importantes en la competición política establecida entre los principales.

Los ritos de gestación imponían un largo período en el que se prohibían las relaciones sexuales con la mujer: desde el momento en que se le detectaba el embarazo hasta que el niño anduviese. De acuerdo con las concepciones tupís, solamente los hombres tenían

[169] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, pp. 183-190.
[170] Cfr. Pierre Clastres, *op. cit.*, p. 49.
[171] Cfr. *idem, ibidem*, p. 38.

capacidad para concebir hijos, hecho que condicionó la génesis de los ritos del nacimiento. La *couvade* era una compleja institución que suponía una rigurosa observancia de un período de alejamiento y abstinencia por parte del padre —cuando se trataba de un recién nacido del sexo masculino—, período destinado a evitar la práctica de acciones que pudieran introducir sustancias o principios malignos en el cuerpo del descendiente. Suponía también la ejecución, por parte del progenitor, de varios actos de significado mágico, entre los que se encontraba la obligación de dar al hijo el nombre de un antepasado. Si se trataba de una niña, se sustituía al progenitor en esta función por la mujer o por un hermano de ésta [172].

Además de los ritos de iniciación que consagraban el paso de los jóvenes a la edad adulta —señalados con marcas perennes en los cuerpos— y que variaban de acuerdo con el sexo y el grupo tribal, las comunidades amerindias adoptaban diversos comportamientos sociales, en concreto, la exuberancia, la extroversión, las borracheras colectivas y la repulsa de la melancolía y la tristeza, comportamientos destinados a negar los sentimientos antisociales y a atenuar las tensiones en el interior de los grupos [173].

Las sociedades tupís-guaranís desarrollaron una estructura social poco especializada, en la que existía un reducido grado de diferenciación y en la que todavía había algunos tipos de jerarquías. Las tesis que durante mucho tiempo defendieron que esas comunidades se caracterizaban por un igualitarismo radical, actualmente suscitan muchas reticencias, sobre todo porque las diferencias físicas y psicosociales posibilitaron la aparición de desigualdades sociopolíticas [174].

En la mayor parte de los casos, se fortalecieron en el interior de los grupos tribales amerindios acentuadas tendencias comunitarias y se crearon fuertes lazos de solidaridad. Sobre estas características el primer provincial de la Compañía de Jesús en Brasil, con fecha de 10 de agosto de 1549, escribía lo siguiente:

> Los que son amigos viven en gran concordia entre sí y se aman mucho, y guardan bien lo que comúnmente se dice que *amicorum omnia sunt commu-*

[172] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, pp. 145-152.

[173] Cfr. Eduardo Viveiros de Castro, *Araweté. Os Deuses Canibais*, Río de Janeiro, 1986, pp. 42-44.

[174] Cfr. Alcida Rita Ramos, *Sociedades Indígenas*, 2.ª ed., São Paulo, 1988, p. 66.

nia. Si uno de ellos mata un pez, todos comen de él; y lo mismo de cualquier animal de caza [175].

La organización política

Algunas sociedades de las tierras bajas sudamericanas, sobre todo amazónicas (especialmente los tapajós), desarrollaron un sistema político social —los cacicados— en el cual una aristocracia controlaba los poderes militar y religioso, dominaba a una masa de plebeyos, llevaba a cabo una agresiva política expansionista y poseía numerosos esclavos provenientes de guerras con pueblos vecinos [176]. Este modelo constituyó, sin embargo, una clara excepción en el conjunto de las comunidades indígenas de la floresta tropical.

La mayor parte de los pueblos amerindios, incluyendo los tupís-guaranís, adoptó como forma de organización política predominante el grupo local (correspondiente a una *taba*), que se situaba en una posición intermedia entre la menor unidad vecinal (la *oca*) y la agrupación territorial más extensa (el grupo tribal) [177].

Una de las características esenciales de las sociedades tupís residía en la falta de poder de los *morubixabas* (jefes) y en la inexistencia de medios coercitivos. Los líderes desempeñaban sus funciones basándose en la persuasión y no podían recurrir a la amenaza del uso de la fuerza [178]. Estos grupos tribales no delegaban poderes en las jefaturas y no aceptaban la inserción en unidades más amplias que las *tabas* reconocían, tan sólo en las actividades cotidianas, la autoridad del principal de la *oca.* Estas sociedades desarrollaron, por consiguiente, un concepto de dirección de la vida comunitaria notablemente restringido [179].

Los elementos disponibles no permiten deducir cabalmente cuáles eran las atribuciones de las diferentes instancias de la jefatura en las aldeas (principales de las familias extensas, *morubixaba* y «consejo de los jefes») ni la forma en que se articulaban entre sí.

[175] *Cartas do Brasil e Mais Escritos do Padre Manuel da Nóbrega (Opera Omnia),* introducción y notas históricas y críticas de Serafim Leite, Coimbra, 1955, p. 50.

[176] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, *op. cit.*, p. 71.

[177] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, p. 55.

[178] Cfr. Pierre Clastres, *op. cit.*, p. 22.

[179] Cfr. Eduardo Viveiros de Castro, *op. cit.*, p. 93.

Entre las competencias de los patriarcas de las *ocas* se contaba la de dar sermones matinales destinados a incentivar a los hombres para que ejecutasen con eficacia las actividades que debían desarrollar. Cuando se aproximaba la época de la partida de una expedición, exhortaban a los guerreros de su familia a comportarse valientemente en la guerra, matando y aprisionando el mayor número de enemigos posibles. También desempeñaban una función dirigente en la preparación de las tierras de labor y en la edificación de la casa comunitaria. Sus privilegios consistían en tener prioridad en la selección de mujeres fértiles, repartir el espacio residencial de los anexos nucleares, escoger la zona central para su vivienda, comer acostados en la hamaca, participar en las reuniones de consejo, entregar el arma al verdugo en los rituales de sacrificio de prisioneros y dirigir operaciones militares.

La selección de los líderes de las *tabas* se efectuaba entre los hombres que poseían determinado estatuto. Para el ejercicio de la función de *morubixaba* se exigían diversos requisitos, entre los cuales se contaba la valentía, la templanza, la generosidad, la posesión de dotes oratorias («señor del habla»), la pertenencia a una parentela poderosa y la aceptación favorable de los guerreros de la aldea. En la mayor parte de los grupos tribales, la selección del jefe se efectuaba dentro del mismo linaje y se hacía frecuentemente por vía hereditaria. Sin embargo, existía un margen de incertidumbre que no volvía automática esa decisión, de manera que existía la posibilidad de escoger un candidato perteneciente a otra *oca* y que, por diversos motivos, reuniese un mayor apoyo.

Las atribuciones de los jefes eran muy limitadas en tiempos de paz y se reducían a orientar la vida comunitaria a través de consejos. Era en los períodos de guerra cuando su función cobraba mayor relevancia. En esas circunstancias, las cualidades de dirección y mando, así como el valor personal demostrado, se traducían en un aumento de prestigio. En el caso de que la expedición resultara un fracaso o cuando su comportamiento no hubiera sido el adecuado, se procedía a su cese.

La institución política básica de las sociedades tupís era el «consejo de los jefes» —cuya composición reflejaba la preponderancia del poder gerontocrático masculino—, formado por los jefes de las familias extensas y por los hombres más respetados, bien por desem-

peñar funciones mágicas-religiosas (chamanes) o bien por hazañas realizadas en combate. Este órgano de decisión de la vida comunitaria, cuyos miembros conseguían apoderarse de todos los «medios de dominación», desempeñaba un papel relevante en la toma de las decisiones más importantes dentro de la *taba*.

Reunidos en la plaza principal de la aldea, los ancianos fumaban tabaco colectivamente a causa de sus cualidades mágicas. Por esa razón, el encuentro de los principales era designado por algunos grupos tribales como «rueda de fumadores». La principal institución de la comunidad escogía el territorio del grupo, deliberaba sobre el abandono de la *taba* antigua y la edificación de la nueva, decidía hacer la guerra, seleccionaba al enemigo que había que atacar y optaba por el tipo de expedición que se iba a emprender, proyectaba la red de alianzas e identificaba a los adversarios y, finalmente, fijaba la fecha para la ejecución de los prisioneros [180].

Era frecuente que se establecieran de manera informal redes de alianzas entre aldeas vecinas que políticamente eran autónomas, pero que no poseían un centro rector o no estaban obligadas a subordinarse a un *morubixaba* común, puesto que en que cada *taba* sólo reconocía a su respectivo líder. No se llevó a cabo, por consiguiente, una articulación de los grupos locales en unidades mayores y solamente se conocen actuaciones concertadas en este sentido en períodos de guerra.

Algunas tesis defienden que, en la época anterior a la toma de contacto con los europeos, tuvieron lugar en las sociedades tupís-guaranís tentativas por parte de algunos líderes en el sentido de organizar formas embrionarias de Estado. Esas iniciativas depararían, por la resistencia de las respectivas poblaciones, incentivadas por «grandes chamanes», que se emprendieran migraciones con el objetivo de imposibilitarlas. Se habría dado, por tanto, una reacción de la sociedad a la imposición de un estado emergente [181]. Sin embargo, los estudios más recientes no detectaron la aparición de proyectos que tendieran a favorecer la concentración de poderes en los jefes y no interpretan la relación *morubixabas*-chamanes en un plano de antagonismo, sino más bien de complementariedad, por cuanto preten-

[180] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, pp. 261-294.
[181] Cfr. Pierre Clastres, *op. cit.*, pp. 132-152.

dían alcanzar el objetivo central de esas sociedades: la guerra y la venganza [182].

La guerra

Al final del siglo XVI, un hombre de gran ingenio de Bahía escribía que «como los tupinambás son muy belicosos, todos sus pensamientos son cómo harán la guerra a sus contrarios» [183]. Esta aserción identificaba claramente la guerra —«el hecho social total» de la teoría sociológica desarrollada por Marcel Mauss— como la institución fundamental de las sociedades tupís-guaranís, subrayando la tupinambá, considerada como el mecanismo central de reproducción social y conservación del equilibrio cosmológico [184].

A todos los grupos locales con los que no existiesen lazos de alianza se los veía como enemigos potenciales. De ahí que las guerras intertribales asumiesen, de manera general, un carácter endémico y que obedecieran generalmente a algunas de las siguientes motivaciones: conquistar hábitat privilegiados, superar tensiones internas y capturar enemigos.

También tenían como objetivo común favorecer el crecimiento de los grupos mayores y minar los menores hasta hacerlos sucumbir [185]. Esta postura la demuestra la estrategia adoptada por los tamoios de atacar incesantemente a los temiminós o maracajás hasta confinarlos en grupos donde serían gradualmente exterminados. Esas intenciones no se concretaron plenamente, dado que, ya en el período de la colonización, los supervivientes del grupo perseguido encontraron refugio y protección en las zonas controladas por los portugueses. A propósito de esa lucha sin tregua, un autor del siglo XVI observaba que «la hostilidad entre las dos naciones es tan inveterada que pare-

[182] 182 Cfr. Carlos Fausto, «Fragmentos de História e Cultura Tupinambá: da Etnologia como instrumento crítico de conhecimento Etno-histórico», *História dos índios no Brasil*, pp. 386-388.

[183] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 274.

[184] Cfr. Florestan Fernandes, *A Função Social da Guerra na Sociedade Tupinambá*, 2.ª ed., São Paulo, 1970.

[185] Cfr. M. C. de M. Alvim, «As Populações Indígenas do Brasil no Século do Descobrimento: aspetos e problemas», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), pp. 12-13.

ce más fácil mezclar agua con fuego sin que uno altere al otro, que juntar tamoios y maracajás sin terribles disputas» [186].

Ocurrían, también, fenómenos de fragmentación de grupos tribales, provocados, entre otras razones, por el crecimiento demográfico excesivo, por la economía de «ocupación destructiva» [187], por rivalidades insuperables entre *tabas* o por conflictos entre familias de la misma población, causados, en general, por la negativa de un principal a entregar a un familiar suyo responsable del homicidio o la muerte accidental de un miembro de la aldea a su parentela para que lo ejecutase, vengando así al fallecido. Estas situaciones provocaban la aparición de luchas intertribales crónicas, que contribuían a intensificar la situación de conflictividad generalizada y de beligerancia permanente. Con independencia de las causas que habían originado la división del grupo, éste podía volver a aglutinarse en un proceso intermitente de fisión-fusión.

Las operaciones ofensivas —que permitían mantener el dominio de las zonas ocupadas, conservar la iniciativa de invadir los territorios ajenos y ampliar gradualmente la hegemonía sobre los grupos tribales vecinos— podían ser de tres tipos. En el primer caso, pequeñas bandas, pertenecientes a una única *taba* efectuaban emboscadas o rápidas incursiones en las aldeas enemigas; en el segundo, siete u ocho grupos locales decidían emprender conjuntamente una campaña militar de envergadura; finalmente, en el tercero, el grupo tribal se unía para atacar al enemigo, dando origen a «federaciones» [188].

El objetivo primordial de los guerreros consistía en «aprisionar, sacrificar e ingerir ritualmente el mayor número posible de enemigos» [189], razón por la cual todos los medios, sin excepción, se empleaban para alcanzar aquel objetivo. Así, una de las tácticas a las que se recurría con mayor frecuencia consistía en preparar celadas a individuos o a grupos adversarios, permaneciendo, muchas veces, veinticuatro horas escondidos en la floresta, hasta capturar alguna presa. Un ejemplo de esta forma de actuación nos lo ofrece el caso de Hans Staden —artillero alemán al servicio de la Corona de Portu-

[186] André Thevet, *La Cosmographie Universelle*, París, 1575, fl. 909.
[187] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, p. 55.
[188] Cfr. *idem, ibidem*, p. 136.
[189] *Idem, ibidem*, p. 44.

gal en la fortaleza de la Bertioga—, que fue capturado por los tamoios en 1554, cuando cazaba en la isla de Santo Amaro (Guarujá) [190].

Las decisiones sobre la realización de expediciones guerreras eran objeto de cuidada valoración tanto en el interior de los grupos locales, como entre los respectivos jefes. Las épocas propicias para su ejecución eran el mes de agosto —época en que se producía el desove de los bancos de tencas en los estuarios de los ríos, bahías y ensenadas, abasteciendo de alimento abundantemente a las columnas de atacantes— y el mes de noviembre, época de maduración de los tubérculos con los que fabricaban el *cauim*, imprescindible en las ceremonias de ejecución de los enemigos capturados [191].

El equipamiento ofensivo de los amerindios estaba constituido por armas arrojadizas (flechas y dardos transportados normalmente en grupos de siete, en carcajes o en estuches colgados del hombro), destinadas al combate a distancia, y armas de choque (maza y hacha de piedra), utilizadas en la lucha cuerpo a cuerpo. El armamento defensivo personal se componía de escudos redondos confeccionados con corteza de árboles, madera poco pesada, cuero de tapir o pieles de peces.

Varios grupos tribales —entre los que no se incluían los tupís-guaranís— adoptaron la técnica de impregnar las puntas de las flechas y de los dardos con venenos de origen vegetal como el curare (*Curarea toxicofera*) y la resina de árboles (género *Virola*) o de sustancias generadas por anfibios (género *Dendrobates*) [192].

La organización de las expediciones era objeto de intensa preparación. Una vez confeccionados los víveres, preparados los aperos guerreros y consultados los espíritus, los expedicionarios se ponían en marcha, precedidos por jóvenes exploradores. Los hombres componían la cabeza de la columna, garantizando la seguridad de las mujeres, que transportaban los víveres. Como, en la mayoría de los casos, las aldeas situadas alrededor de cada unidad eran aliadas, tenían, habitualmente, que recorrer importantes distancias (normalmente más de 30 leguas), por tierra, río o mar, hasta encontrar una

[190] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 75-77.

[191] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 74-75 y 122-123.

[192] Cfr. Alfred Métraux, «Armas», *Suma Etnológica Brasileira 2. Tecnologia Indígena*, pp. 139-161.

taba enemiga. Cuando llegaban a una distancia equivalente a un día de viaje hasta el objetivo, acampaban y evitaban hacer hogueras para no ser detectados. En ese momento, los jefes los arengaban con el fin de obtener buenos augurios sobre el resultado de la expedición.

Escogían, normalmente, la conjunción de la luna llena; desencadenaban el ataque al alba, con el objetivo de coger al enemigo por sorpresa y, así, disminuir la resistencia. Si se descubría la aproximación y los defensores se encontraban bien protegidos, recurrían a diferentes métodos para obligarlos a abandonar las empalizadas. Una de las técnicas consistía en atar mechas incendiarias (hechas con algodón empapado en cera) a las flechas, intentando incendiar los techos de paja de las *ocas.* Otro artificio que se utilizaba consistía en encender hogueras desde las que lanzaban pimienta de tierra, formando, así, nubes de gases tóxicos (humareda de pimienta) que los vientos esparcían. Si las condiciones atmosféricas hacían ineficaz el empleo de estos medios, construían empalizadas con ramas de árboles y zarzas en torno a la aldea sitiada para resguardarse de las flechas; avanzaban lentamente hasta escalar los cercados enemigos o, si la oposición que encontraban era muy fuerte, emprendían la retirada.

Los hombres sólo podían participar en los combates cuando alcanzaban la categoría de *Ava* (franja de edad comprendida entre los 25 y los 40 años) [193], en que luchaban ornamentados con pinturas corporales, adornos de plumas e incisiones, símbolos que correspondían al reconocimiento público de su valor como guerreros. Utilizaban, también, adornos que se ponían en el labio inferior (de color verde, exclusivos de los combatientes) y collares confeccionados con los dientes de los enemigos capturados para presentar un aspecto amenazador e infundir terror a los adversarios.

Manejaban el arco y la flecha con gran pericia, siendo considerados eximios tiradores. En cuanto se encontraban a la distancia apropiada, disparaban enormes cantidades de flechas, atacando a las huestes contrarias con gran vocerío, pateando el suelo y tocando bocinas de calabazas o instrumentos (pífanos y flautas) confeccionados con huesos humanos (brazos y tibias), tanto para dar coraje a los atacantes como para amedrentar a los defensores. Cuando se trataba de la lucha cuerpo a cuerpo, utilizaban, sobre todo, el *tacape,* arma con

[193] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, p. 129.

ma con que intentaban aplastar la cabeza del enemigo. Un testigo ocular del siglo XVI dejó el siguiente relato de una acción ofensiva de los *tamoios*:

> Después de [...] avistar a los enemigos a casi un cuarto de legua de distancia, comenzaron a rugir con una fuerza que no tendrían ni nuestros cazadores de lobos; y tan alto gritaban que a esa hora no habríamos oído ni los truenos. A medida que se aproximaban, redoblaban los gritos, tocaban las cornetas, al tiempo que los adversarios levantaban los brazos en señal de amenaza y se mostraban mutuamente los huesos de los prisioneros que habían comido y los collares de dientes de más de dos brazas de longitud que algunos traían colgando del cuello; y el espectáculo de esa gente era horrible [194].

En el litoral era frecuente que se produjeran batallas navales entre flotas de guerra que llegaban a alcanzar las 200 unidades. En algunos casos, en los combates, tanto terrestres como acuáticos, llegaban a participar miles de hombres; sin embargo, era más frecuente que no llegaran a mil guerreros [195].

Los combates cesaban cuando una de las facciones abandonaba el campo de batalla, dejando en el terreno a los muertos, heridos y prisioneros. Cuando los agresores ganaban la contienda y las *ocas* todavía estaban intactas, les prendían fuego. Un ejemplo de ese tipo de comportamiento nos lo ofrecen los tupiniquins que atacaron la aldea de Mambucaba, perteneciente a los tamoios, puesto que la incendiaron después de la fuga de sus moradores [196]. Los atacantes, tanto si salían victoriosos como si eran derrotados, comenzaban la retirada con la mayor rapidez para evitar los castigos por parte de guerreros de aldeas aliadas a la unidad atacada. Si vencían la pelea, llevaban para sus *tabas* a todos los individuos capturados (hombres, mujeres o niños).

[194] Jean de Léry, *op. cit.*, pp. 170-171.

[195] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 180-182; André Thevet, *op. cit.*, pp. 123-127; Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, fls. 37-40; Jean de Léry, *op. cit.*, pp. 165-173; Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, pp. 274-277.

[196] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 100.

La antropofagia

La antropofagia era una práctica corriente en las sociedades amerindias y adquiría una especial importancia entre los pueblos tupís, particularmente en el seno de las diferentes comunidades que dominaban la costa brasileña: potiguaras, caetés, tupinambás, tupiquins y tamoios.

Los ritos antropofágicos —centrales en la cultura tupí— obedecían a reglas comunes a la mayoría de los grupos tribales del litoral, puediendo ser reconstruidos, en líneas generales, gracias a una decena de textos de los siglos XVI y XVII en que se describen con mayor o menor detalle.

Cuando terminaban los combates, los vencedores abatían inmediatamente a los enemigos heridos que no estuvieran en condiciones de efectuar la caminata hasta las respectivas poblaciones y los descuartizaban, de modo que los cuerpos se comían en el viaje de regreso: «a muchos heridos los desembarcaron y los mataron después, los cortaron en pedazos y asaron la carne» [197]. Tenían, además, el hábito de retirar los órganos genitales de las mujeres y los niños muertos en el ataque para entregarlos a las esposas que los preparaban en el *moquém* y los consumían con ocasión de las grandes festividades [198]. Los prisioneros supervivientes eran amarrados con cuerdas por el cuello y llevados a la aldea de los captores. Se les obligaba a la llegada a saludar a los habitantes de la misma con la expresión: «Yo, vuestra comida, llegué» [199] y los recibían con gran hostilidad, sobre todo las mujeres, que los injuriaban, maltrataban y mordían, indicando las partes que pretendían devorarles.

El guerrero que procedía a la captura podía quedarse con el vencido para inmolarlo personalmente u ofrecerlo como presente a otro en pago por favores antiguos, o, en su defecto, a sus parientes más próximos (hijos, hermanos, cuñados) que no hubieran ejecutado nunca a un adversario para permitirles ingresar en la clase de los guerreros y casarse con una mujer fértil, hecho que generalmente

[197] *Idem, ibidem*, p. 126.

[198] Cfr. Alfred Métraux, *A Religião dos Tupinambás e suas Relações com a das demais tribos Tupi-guaranis*, pref., trad. y notas de Estevão Pinto y presentación de Egon Schaden, 2.ª ed., São Paulo, 1979 (1928), p. 115.

[199] Hans Staden, *op. cit.*, p. 84.

no sucedía antes de alcanzar los 30 años [200]. Se cuenta, como ejemplo, que el artillero alemán de la fortaleza de la Bertioga fue hecho prisionero por los hermanos Aracundá Mirim y Ye-pipo-uaçú, quienes lo donaron al tío materno, Ipirú Guassú, como retribución al regalo hecho por éste al primero de los sobrinos el año anterior de un esclavo que había capturado para que él lo ejecutase y ganase un nombre [201].

Después de las escenas de las hostilidades, se llevaba al contrario a la *oca* de su señor, donde le entregaban una hamaca y comenzaban, desde ese momento, a tratarlo bien. Normalmente se le concedía una mujer —en general hija o hermana de su dueño— para que vigilase sus pasos, cuidase de él y le mitigase la melancolía que la certeza de su final le provocaba, contribuyendo a que engordase. El período que transcurría entre la captura y la ejecución podía ser largo, de algunos meses o, más raramente, años.

El cautivo desempeñaba un papel fundamental en las relaciones entre aldeas, puesto que se le exhibía en las poblaciones cercanas. Cuando decidían sacrificarlo, enviaban mensajeros para invitar a los parientes y amigos a participar en los festejos y en el banquete caníbal, transformando este acto en una manifestación colectiva que permitía reafirmar y estrechar los lazos de solidaridad entre conjuntos de *tabas* aliadas [202].

El sacrificio ritual de un enemigo constituía el acontecimiento central de la vida social tupinambá. Después de que el consejo de los principales fijara la época de la ejecución, deliberación que provocaba grandes demostraciones de regocijo, las mujeres comenzaban a fabricar vasijas nuevas destinadas a la preparación del *cauim* y los hombres confeccionaban la cuerda y la espada. En la fecha señalada, después de la recepción de los invitados, comenzaba la *cauinagem*, que generalmente duraba tres días, en el transcurso de la cual bebían y no ingerían alimentos sólidos, cantaban y danzaban ininterrumpidamente. Este acto festivo precedía al ritual antropofágico. Escenificaban, además, un simulacro de fuga que terminaba, naturalmente, con la recaptura del vencido.

[200] Cfr. Florestan Fernandes, *A Organização Social dos Tupinambá*, pp. 134-135.
[201] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 85-87.
[202] Cfr. Carlos Fausto, *op. cit.*, p. 391.

Al amanecer del día escogido, se lavaba al prisionero, se le adornaba y se le amarraba por la cintura con la *mussurana* (gruesa cuerda de algodón o *embira*) y dos o tres hombres aferraban cada uno de los extremos, protegidos con escudos. A continuación se le conducía a la plaza, donde, en el centro del círculo formado por los centenares o millares de espectadores, le daban piedras, cacharros de cerámica o frutos duros para arrojar contra los adversarios y, de esa manera, vengarse de los que le iban a comer y demostrar su valentía.

Cuando llegaba el ejecutor, profusamente pintado con tintes de varios colores y adornado con adornos de plumas, recibía con ceremonia de las manos de un principal que tenía que ser un guerrero la *ibirapema* (espada), con la que iniciaba una danza junto al cautivo, imitando las evoluciones de un ave de rapiña. Cuando terminaba la gesticulación, el verdugo y el contrario trababan un diálogo que, generalmente, era del siguiente tenor:

> «¿No sabes que tú y los tuyos mataron a muchos parientes nuestros y a muchos amigos? Vamos a desquitarnos y a vengar esas muertes. Nosotros te mataremos, asaremos y comeremos. —Poco me importa —responde la víctima—, puesto que no moriré como un villano o un cobarde. Siempre fui valiente en la guerra y nunca temí la muerte. Tú me matarás; sin embargo, yo ya maté a muchos compañeros tuyos. Si me comieras, harás solamente lo que ya hice yo mismo. ¡Cuántas veces me sacié con carne de tu pueblo! Además, tengo hermanos y primos que me vengarán» [203].

La respuesta de la víctima podía, además, asumir la siguiente forma:

> —Que vengan ahora todos a devorarme, puesto que comerán así a sus padres y abuelos que sirvieron de alimento a mi cuerpo; ignoran que en estos músculos, en esta carne y en estas venas, la substancia de sus antepasados se encuentra aún; saboréenla puesto que en todo ello todavía encontrarán el sabor de su propia carne [204].

Cuando concluía el coloquio entre las dos figuras principales, se alcanzaba el clímax de la ceremonia que, de acuerdo con una fuente del siglo XVI, se desarrollaba así:

[203] Claude d'Abbeville, *História da Missão dos Padres Capuchinhos na Ilha do Maranhão*, trad. port., Belo Horizonte/São Paulo, 1975 (1614), p. 232.

[204] Michel de Montaigne, «Dos canibais», *Ensaios*, trad. port., São Paulo, 1972 (1580), pp. 104-110.

> ...arremete el ejecutor al prisionero con la espada [tacape] levantada en las manos, en posición de matarlo con ella lo amenaza muchas veces, fingiendo que le quiere dar. El miserable prisionero [...] en vano se defiencomo puede. Y yendo así en estas acometidas, sucede que algunas veces llegan a las manos y el prisionero maltrata al ejecutor con la misma espada. Pero esto sucede raramente, porque acuden con mucha presteza los circundantes y lo libran de sus manos. En cuanto el verdugo ve llegado el momento oportuno, tal golpe le da en la cabeza [en la nuca o en el cráneo], que inmediatamente la hace pedazos [205].

En el mismo día se podía ejecutar a varios cautivos. Los tupís aprovechaban la manera en que caía el sacrificado para obtener inferencias de tipo adivinatorio: en el caso de que fuera de bruces, significaría que el grupo y el ejecutor tendrían una larga carrera de victorias; en el caso de que cayera de espaldas, sufrirían, en un corto espacio de tiempo, duros reveses y el ejecutor conocería la muerte. Después de asestarle el golpe mortal, una vieja acudía con un recipiente para recoger la sangre y la masa encefálica, para que nada se perdiera. La esposa temporal hacía unos breves llantos junto al cuerpo, despues de lo cual las mujeres fértiles se untaban los senos con la sangre del adversario para que los hijos que fueran a amamantarse experimentaran, desde su nacimiento, el sabor de los contrarios y usaban, además, aquella sustancia para frotar a los niños de sexo masculino para que fueran valientes cuando se hicieran hombres. Se desencadenaba entonces, en la plaza, una febril actividad. Introducían un bastón en el ano del cadáver para evitar que expeliese excrementos, lo frotaban y lo escaldaban en agua hirviendo para retirarle la piel e, inmediatamente, procedían al descuartizamiento.

Las diferentes partes del cuerpo (brazos, piernas, etc.) se secaban en las brasas y las vísceras se aprovechaban para preparar un plato. Existían reglas para la distribución del cuerpo de la víctima, aprovechándose todo lo que proporcionaba. Las viejas bebían la sangre aún caliente; los niños comían los intestinos y los hombres ingerían las vísceras cocidas, al igual que la piel del cráneo; se reservaban los órganos sexuales para las mujeres, mientras que la lengua y la masa encefálica se destinaba a los jovenes; los brazos y las piernas se seca-

[205] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, fl. 42.

ban en las brasas y se ofrecía una parte o todo a los huéspedes; si sobraba carne, la ahumaban para consumirla posteriormente; si era insuficiente, hacían un caldo con los pies y las manos [206]. La grasa destilada durante el asado se recogía y se acondicionaba en potes para su posterior uso. Un autor del siglo XVI comprobó, horrorizado, en el viaje de regreso a Francia, que «[...] el barbero del navío trajo consigo [...] otros tantos [diez o doce potes] de grasas humanas que recogió cuando los salvajes cocinaban y asaban a sus prisioneros de guerra» [207].

Una de las reglas esenciales de los rituales antropofágicos era la de que el verdugo no participaba en el banquete, sino que comenzaba, inmediatamente después del sacrificio del enemigo, un período de reclusión (que duraba algún tiempo, variando en consonancia con las tradiciones de los grupos tribales) en que, echado en la hamaca, ayunaba (sólo ingería harina), se mantenía en silencio, se abstenía de realizar cualquier actividad, se dejaba crecer el pelo, era tatuado en el pecho, en los brazos, en los muslos y en las pantorrillas y quedaba sujeto a diversas precauciones mágicas contra el alma del ejecutado. Mientras que el ejecutor se sacrificaba, asumiendo la carga del proceso de «reproducción» de la sociedad, y se preparaba para el ceremonial de la «renominación», todos los miembros de la comunidad se animalizaban, transformándose simbólicamente en jaguares, a través de la participación en el banquete caníbal que se revestía de una gran ferocidad [208].

Transcurrida la fase de abstinencia, el ejecutor era trasquilado, se realizaba otra *cauinagem* y, al final de ese ritual, se le daba un nombre. Cuanto más elevado fuera el número de nombres y, en consecuencia, de incisiones en el cuerpo, tanto mayor sería el prestigio del combatiente, que, a partir de los cuarenta años, cuando pasaba a la clase de edad siguiente (*thuyuae*), podía pretender obtener el mando de expediciones. Algunos de los más reputados guerreros (*kerembau*) llegaban a tener «más de cien apellidos» [209].

La «renominación» constituía la fórmula por excelencia del hombre para crear una imagen de guerrero valeroso, base esencial para as-

[206] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 135-137.

[207] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 143.

[208] Cfr. Eduardo Viveiros de Castro, *op. cit.*, p. 695.

[209] Jácome Monteiro, «Relação da Província do Brasil, 1610» Serafim Leite (ed.), *História da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. VIII, Río de Janeiro, 1949, pp. 393-409.

pirar a la jefatura de una familia extensa o bien para desempeñar un papel relevante en su *taba*. Este proceso era decisivo en las sociedades tupís-guaranís, razón por la cual, como observó un jesuita portugués de finales del siglo XVI: «de todos los honores y placeres de la vida, ninguno es comparable para esta gente como matar y tomar nombres sobre las cabezas de sus contrarios ni entre ellos hay fiestas que lleguen a las que hacen a la muerte de los que matan, con gran ceremonia [...]» [210]. Generalmente adquirían un nuevo nombre tanto el guerrero que capturaba al enemigo como aquellos que lo recapturaban en el transcurso de la escenificación de la fuga y, naturalmente, el verdugo. Era un comportamiento destinado a «socializar al máximo la venganza, haciendo que una sola muerte sea superproductiva: una especie de supertrabajo ritual» [211].

Los autores del siglo XVI distinguían entre el canibalismo alimenticio —caracterizado por el apetito bestial por la carne humana—, practicado por los grupos tribales caribes, aruaques, jês y otros, y la antropofagia ritual, noble, impulsada exclusivamente por el deseo de una venganza, que se produciría entre los tupís [212]. Esta distinción indicaba, para la visión europea, el etnocentrismo tupí, toda vez que la imagen de los brasis, construida por los testimonios del siglo XVI, se vio influida en gran medida por aquellos pueblos, perdiendo valor los pertenecientes a otros troncos y familias lingüísticas, que eran acusados por sus adversarios de encontrarse en un estado de barbarie.

Según la mayoría de los autores —sobre todo etnólogos y antropólogos— la antropofagia practicada por los tupís se revestía de una función exclusivamente ritual, destinada a conmemorar los mitos ancestrales y a los antepasados memorables, así como a vengar a los miembros de la aldea muertos recientemente en combate, auxiliando, de este modo, a sus espíritus para alcanzar lo sobrenatural [213]. La ingestión de la carne de las víctimas poseería un significado puramente simbólico y mágico, que provocaba la apropiación de sus cua-

[210] Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 113.

[211] Carlos Fausto, *op. cit.*, p. 391.

[212] Cfr. Manuela Carneiro da Cunha, «Imagens de Índios do Brasil: O Século XVI», *Estudos Avançados-USP* (São Paulo), 4 (10), 1990, p. 108.

[213] Cfr. Florestan Fernandes, *A Função Social da Guerra na Sociedade Tupinambá*, pp. 316-349.

cualidades [214], posibilitaba la perpetuación del sistema de venganza, aseguraba la supremacía militar y mágica sobre el grupo al que pertenecía el sacrificado y promocionaba una modalidad colectiva de comunión directa e inmediata con lo sagrado [215].

De acuerdo con una teoría reciente, la captura de un adversario para adoptarlo (haciéndolo yerno o cuñado), matarlo y comerlo induciría a un doble movimiento en dirección al pasado (deber de venganza) y al futuro (atribución de nombres a los guerreros unidos a su captura y ejecución). El enemigo constituiría el centro de la sociedad, por lo que era inmolado ritualmente —en presencia de toda la comunidad y de numerosos invitados— en la plaza, situada simbólicamente en el centro de la aldea. Sólo aquellos que mataran y comieran a muchos prisioneros irían más allá de las altas montañas para danzar en lindos jardines con las almas de sus abuelos (1). El verdugo se transformaría en Otro, ganando la inmortalidad —«uno que mata no muere»—, puesto que su alma se apropiaría del espíritu del cautivo sacrificado. La antropofagia ritual tupí sería, en definitiva, una de las modalidades de constitución del Yo por el Otro. Un hombre que expirase sin haber matado a un oponente estaría condenado a golpear eternamente con su espada en un monte de excrementos.

La muerte sería honrosa no sólo para el sacrificador sino también para la víctima, puesto que los guerreros preferían que los devorasen a morir indignamente en una hamaca, pudrirse o ser devorado por las alimañas. Muerte deseable no sólo por ser heroica sino también por sublimar la parte corruptible de la persona. El exocanibalismo tupí dependía de un conjunto de creencias escatológicas, principalmente del horror al hecho de enterrar el cuerpo y que éste se pudriera, por lo que deseaban ser devorados para no tener que someterse a ese proceso inevitable en caso de muerte natural. El estómago del enemigo sería la única sepultura digna de un guerrero tupí, puesto que lo libraría de la corrupción, de que los demonios devorasen su cadaver y del destino espectral del alma, transformándolo en espíritu sin sombra y abriéndole el camino a la inmortali-

[214] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 114-147.
[215] Cfr. Florestan Fernandes, *op. cit.*, pp. 316-349.
[216] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 187.

dad, ya sin el peso del cuerpo corruptible. La muerte en la plaza sería el corolario de una vida heroica: después de matar y comer muchos guerreros, el ideal debía ser el de terminar comido. Así, la carne purificada y el espíritu libre de toda descomposición alcanzaría el paraíso mediante la sublimación de la parte corruptible. En definitiva, la devoración supondría la «incorporación de la Enemistad», por lo que la antropofagia no era un hecho alimenticio, sino ritual [217].

Estas interpretaciones, de acentuado carácter metafísico, realzan la importancia de la muerte heroica en la edad activa y restan valor al envejecimiento y a la muerte natural. Otros autores, generalmente con una formación materialista, las rebaten y señalan la contradicción que resulta del hecho de que las mismas sociedades que glorificaban la muerte en la plaza adoptaran un sistema gerontocrático de organización social y política que concedía numerosos privilegios a los viejos, tanto en los casamientos, reservándoles las mujeres más jóvenes (mientras que los guerreros de hasta treinta años se tenían que contentar con mujeres estériles), como en la dirección de la vida comunitaria. Si el ideal consistía en encontrar sepultura en el estómago del contrario, entonces los hombres ancianos que habían sido grandes luchadores no deberían haber gozado del inmenso prestigio y poder del que disfrutaban en el interior de las comunidades, puesto que no habían alcanzado el ideal. Argumentan también que no existe ningún indicio que ponga de manifiesto que un guerrero se haya sometido voluntariamente a la muerte en la plaza para, de ese modo, escapar a la putrefacción.

Actualmente, algunos arqueólogos e historiadores defienden que la ingestión de carne humana por parte de los tupís también tenía una función nutritiva. Según una tesis que explicaba las migraciones tupí-guaranís, estos pueblos, cuando estaban en campaña, se alimentaban de las proteínas aportadas por la ingestión de los vencidos, volviéndose innecesarias la caza y la pesca [218]. Por otro lado, un arqueólogo que estudió profundamente las características de las sociedades guaranís anteriores a la toma de contacto con los europeos, llegó a la conclusión de que el crecimiento demográfico y la escasez

[217] Cfr. Eduardo Viveiros de Castro, *op. cit.*, pp. 596-696.
[218] Cfr. José Proenza Brochado, *op. cit.*, p. 59.

crónica de proteínas los llevaron «a cazar a sus vecinos de cultura diferente» con finalidades claramente alimenticias [219].

Aunque casi todos los autores hayan apoyado la explicación tupí de que la práctica de la antropofagia se destinaba exclusivamente a infundir terror al enemigo y obtener venganza [220], el análisis de fuentes de los siglos XV y XVI revela la existencia de diversos elementos que justificarían una función alimenticia a la hora de ingerir carne humana:

—Desmembraban, descuartizaban y comían sin ningún ritual previo los cadáveres de los adversarios muertos en el transcurso de una emboscada o del ataque a una aldea, y no se limitaban a los guerreros, sino que devoraban igualmente los cuerpos de las mujeres «y hasta criaturas de pecho asadas enteras» [221].

—A los prisioneros se les consideraba potenciales reservas alimenticias, designándolos «nuestra comida» [222].

—Los prisioneros eran amenazados, según el testimonio de un artillero alemán que logró escapar del sacrificio, con ser matados antes de tiempo si no querían comer y engordar [223] y los cebaban según prueban numerosos testimonios: «poniendo a su servicio a los cazadores y pescadores, que los cebaban como a ocas, y no les faltaba nada de modo que los tales [presos], normalmente, revientan de gordos» [224] y «después de engordarlos, finalmente los matan...» [225]. Del mismo modo actuaban los guaranís, que, según un jesuita español, engordaban al prisionero «[...] dándole libertad en lo que a comida y mujeres se refiere, escogiendo ambas a su gusto. En el momento en que está gordo, lo matan con mucha solemnidad» [226].

—La elección de los sacrificados no tenía que ver con su grado de valentía, sino con su gordura.

[219] Cfr. Pedro Ignácio Schmitz, *op. cit.*, pp. 311-312.

[220] Cfr. Mário Maestri, «Considerações sobre a Antropofagia Cerimonial e Alimentar Tupinambá», *Anais da X Reunião da Sociedade Brasileira de Pesquisa Histórica* (Curitiba), X (1991), p. 118.

[221] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 181.

[222] Hans Staden, *op. cit.*, p. 96.

[223] Cfr. *idem, ibidem*, p. 93.

[224] Jácome Monteiro, *op. cit.*, p. 411.

[225] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 175.

[226] António Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual feita pelos Religiosos da Companhia de Jesus nas Províncias do Paraguai, Paraná, Uruguai e Tape*, trad. port., Porto Alegre, 1985 (1639), p. 53.

—Los tupís apreciaban sobremanera la carne humana, considerándola el «[...] mejor manjar de cuantos puede haber» [227] y confesando que era sabrosísima [228].

—Aprovechaban cuidadosamente todas las partes del cuerpo «desde los dedos de los pies hasta la nariz y la cabeza» [229], «cuecen y asan todo y no queda cosa que no coman» [230], siendo «las viejas [...] las más golosas de la carne humana» [231]. Las sobras del festín se conservaban para consumirlas posteriormente.

Hans Staden refiere un ilustrativo episodio sobre este comportamiento:

> [...] Con nosotros venía un rapaz que traía una pierna de prisionero y en ella todavía quedaba mucha carne que él comía. Yo le dije al rapaz que tirase el hueso. Se enfadaron todos conmigo y me dijeron que esto era su verdadera comida [...] [232].

Estudios realizados sobre diversas sociedades americanas precolombinas relacionan el conjunto guerra-sacrificio-canibalismo con la escasez de carne y de «grasas de todo tipo», por lo que los sacrificios rituales de prisioneros de guerra y de esclavos efectuados diariamente en templos aztecas tendrían la función de asegurar la «redistribución de cantidades sustanciales de proteína animal bajo forma de carne humana» —utilizada para la elaboración de un guiso aderezado con pimientos, tomates y brotes de calabaza— a la «nobleza, soldados y altos servidores» [233]. Por otro lado, algunos antropólogos asocian los resultados derivados de la domesticación de la llama y del cerdo de la India con el abandono del canibalismo en el Imperio Inca, llegando a la conclusión de que «la carne de los rumiantes apaciguó el apetito de los dioses y volvió misericordiosos a los grandes procuradores» [234].

[227] Pero de Magalhães de Gândavo, *Tratado da Província do Brasil*, Emanuel Pereira Filho (ed.), Rio de Janeiro, 1965, pp. 207-209.
[228] Cfr. Jean de Léry, *op. cit.*, p. 180.
[229] *Idem, ibidem.*
[230] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, p. 201.
[231] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 178.
[232] Hans Staden, *op. cit.*, p. 110.
[233] Marvin Harris, *Canibais e Reis*, trad. port., Lisboa, 1990, pp. 157-159.
[234] *Idem, ibidem*, p. 180.

En una tesis doctoral defendida recientemente se argumenta —apoyándose en una interpretación crítica de textos y datos aportados por los arqueólogos— que, en el litoral brasileño, la concentración de población y el crecimiento demográfico condujeron al agotamiento de la caza, provocando, en algunas épocas, acentuadas carencias de proteínas que generaron la adopción del canibalismo [235]. Para el autor de esta tesis, los tupís «tenían conciencia del valor nutritivo de la carne humana y de la violencia social de tal hábito», por lo que su «discurso sobre el abatimiento ceremonial de los enemigos serviría como recurso catártico comunitario». Concluye que «los tupinambás, los europeos de entonces [del siglo XVI] y muchos antropólogos de hoy se resisten a aceptar que la antropofagia fue durante antiguos y largos tiempos un recurso alimenticio» [236].

Los sistemas de creencias

En las sociedades tupís se producía, según las tesis de varios antropólogos, un predominio del sistema religioso sobre el sistema social, que condicionaba e impregnaba todas las actividades de esas comunidades [237]. Los estudios efectuados revelan la existencia de una gran homogeneidad con respecto al discurso cosmológico, a los temas míticos y a la vida religiosa de los pueblos tupís-guaranís que se prolonga a través de los siglos y millares de kilómetros de distancia [238].

La visión cosmogónica perfilada por los grupos tribales tupís-guaranís que dominaban el litoral brasileño no atribuía la formación del Universo a un ser supremo, ya que concebían, más bien, ese proceso como resultante de sucesivas acciones parciales e incompletas; en primer lugar, del demiurgo Monan —el «creador» del cielo, de la tierra y del hombre— y de Maíra («ente separado»), el transformador de todas las cosas (accidentes geográficos, plantas y ani-

[235] Cfr. Mário Maestri, *A Terra dos Males sem Fim. Agonia Tupinambá no Litoral Brasileiro (Século XVI)*, Porto Alegre/Bruselas, 1990-1991, pp. 44-55.

[236] *Idem*, «Considerações sobre a Antropofagia Cerimonial e Alimentar Tupinambá», p. 118.

[237] Cfr. Egon Schaden, *A Mitologia Heróica de Tribos Indígenas do Brasil. Ensaio Etnosociológico*, 3.ª ed., São Paulo, 1989, p. 117.

[238] Cfr. Eduardo Viveiros de Castro, *op. cit.*, p. 90.

males), «señor de la ciencia completa de los fenómenos naturales y de los misterios rituales y religiosos» y creador de la lluvia, de los océanos y de los ríos [239], que poseería un estatuto equivalente a «semidios nacional de las tribus tupís» [240].

Los «héroes civilizadores», transmisores de técnicas, ritos y reglas sociales que permitieron a los hombres sobrepasar el estado de bestialidad darían continuación a las actividades de estos dos personajes. Entre estos héroes se puede destacar a Sumé, a quien se atribuía la institución de la agricultura de *coivara* y de la organización social que los misioneros de los siglos XVI y XVII equipararon a Santo Tomé, el apóstol que llegó al nuevo mundo para divulgar el mensaje cristiano. De acuerdo con algunas interpretaciones, Monan, Maíra y Sumé representarían varios desdoblamientos de un mismo personaje. La conclusión de la actividad organizadora de esos entes, como la prestación de auxilio a los humanos, competía a dos gemelos míticos o, en la versión tupinambá, a dos hermanos, hijos de Sumé: Tamendonare (el bueno) y Aricoute (el malo) (1).

La figura del héroe, además de simbolizar el espíritu de la unidad étnica, constituía, también, un factor decisivo de cohesión social, puesto que consolidaba las relaciones humanas en el seno de la comunidad y fortalecía su posicionamiento ante el ecosistema, el mundo animal y los otros grupos tribales.

Los brasis ponían especial énfasis en los mitos cósmicos de la destrucción del mundo, tanto por el fuego como por el agua, conociéndose diferentes versiones del diluvio. Según una de ellas, relatada por el padre Manuel de Nóbrega en 1549, «[...] cubriéndose la tierra de agua, una mujer con su marido subieron a un pino, y después de que menguaran las aguas bajaron: y de éstos proceden todos los hombres y mujeres» [242]. Una variante muy parecida fue registrada por otro misionero jesuita:

> [...] del diluvio parece que tienen alguna noticia, pero como no tienen escritos, ni caracteres, esta noticia es oscura y confusa; porque dicen que las aguas ahogaron y mataron a todos los hombres y que solamente uno

[239] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 1-4.
[240] Egon Schaden, *op. cit.*, p. 129.
[241] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 21-30.
[242] *Cartas do Brasil e Mais Escritos...*, p. 65.

escapó, encima de una yegua con su hermana, que estaba preñada, y que de estos dos tienen su principio y que desde allí comenzó su multiplicación [243].

De acuerdo con una versión recogida en la década de los cincuenta del siglo XVI por el franciscano André Thevet, los tamoios creían que se habían producido dos destrucciones sucesivas del mundo. En la primera, Monan, viendo la ingratitud y maldad de los hombres y el desprecio que le profesaban, hizo que el fuego descendiera del cielo para destruirlos, quemando la primera tierra —cuya superficie era completamente plana— y que por la acción del fuego abrasador fue removida, creando los relieves. De ese cataclismo sólo se libró un hombre, llevado por el creador ante sí antes de desencadenar el castigo de la humanidad. El superviviente le imploró que devolviera la vida a la Tierra. Atendiendo a las súplicas de Irin-Magé, Monan creó las lluvias para extinguir las llamas que consumían el globo —dando origen a los océanos y a los ríos— y le concedió una mujer para que procreasen y repoblasen la tierra. El segundo diluvio se produjo a causa de las disputas entre los dos hijos de Sumé, siendo desencadenado por Tamendonare, que lo provocó golpeando con fuerza sobre la tierra, probablemente con el pie, y derramando una enorme fuente cuya agua recubrió el globo. De esta nueva destrucción solamente escaparon los dos hermanos con sus respectivas mujeres, que se refugiaron en la cumbre de las más altas montañas: aquél con su compañera en la copa de una palmera y Aricoute y su esposa en la cima de una genipa. Del primero descenderían los tamoios y del segundo los temiminós [244].

Según las tesis de varios etnólogos (principalmente Alfred Métraux, Léon Cadogan y Egon Shaden), Tupã («padre que está en lo alto») era una figura secundaria en la mitología tupí; correspondía sólo al genio o demonio del rayo y del trueno, cuyos desplazamientos provocaban tempestades. Atribuían, por otro lado, un papel central a Monan. Mientras, también de acuerdo con una reciente propuesta reinterpretativa, los pueblos del tronco tupí no concedían especial preminencia a ninguno de estos personajes míticos ni les prestaban ningún tipo de culto: reconocían a Monan una parcela de

[243] Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 102.
[244] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 31-39.

responsabilidad en el proceso de creación del mundo y a Tupã la función de destrucción, sea por el fuego sea por el agua. El binomio Monan (divinidad creadora)/Tupã (divinidad destructora) constituiría el eje de la religión de esas poblaciones, con predominio del último, debido a la creencia en una nueva e inevitable destrucción de la Tierra [245]. De hecho, casi todos los textos del siglo XVI, e incluso posteriores, subrayan el papel relevante concedido a Tupã en la mitología tupí, considerándolo además el principal personaje. En la *Informação das Terras do Brasil*, redactada en 1549, observaba el primer provincial de la Compañía de Jesús que aquel «[...] paganismo que a ninguna cosa adora, ni conocen a Dios y que solamente llaman Tupã a las tormentas, que es, como quien dice, cosa divina» [246].

La mitología tupí también comprendía mitos astrales —que interpretaban, por ejemplo, los eclipses como los intentos de un gran jaguar de devorar la luna— y además numerosos seres sobrenaturales, entre los que hay que señalar los espíritus de la floresta, en especial, el *curupira* («sarnoso»), duende que protegía la caza y atormentaba a los humanos mientras atravesaban la floresta, o los espíritus del agua, especialmente los *baetatá* («cosas del fuego»), esto es, fuegos fatuos, y la *ipupiara* («monstruo marino»), que vivía en el fondo de las aguas y capturaba jóvenes de ambos sexos, surgiendo, según los casos, bajo forma de seductora mujer o de atractivo mancebo. Es probable que el boto o *pirá jagoara* (*Sotalia brasiliensis*) se considerase muchas veces un ser fantástico [247]. Un jesuita portugués del siglo XVI lo describe de la siguiente manera bajo el epígrafe de «hombres marinos y monstruos del mar»:

> Estos hombres marinos se llaman en su propia lengua «ipupiara»; los naturales les tienen un miedo tan grande que sólo de pensar en ellos muchos mueren y ninguno que los ve escapa; algunos murieron ya y, al preguntarles la causa de esa muerte, dijeron que habían visto al monstruo; se parecen a los hombres y presentan una buena estatura, pero tienen los ojos muy hundidos. Las hembras parecen mujeres, tienen largos cabellos y son hermosas; estos monstruos se encuentran en las desembocaduras de los ríos [248].

[245] Cfr. Hélène Clastres, *La Terre sans Mal. Le Prophétisme Tupi-Guarani*, París, 1975, pp. 27-34.

[246] Manuel da Nóbrega, *op. cit.*, p. 62.

[247] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 45-55.

[248] Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 57.

Los elementos de los que disponemos acerca de la concepción de los tupís del litoral brasileño sobre el ser humano revelan una composición dual en la que se distinguían dos sustancias: una eterna y otra perecedera. Tras la muerte, el espíritu del hombre iniciaba un viaje en dirección al *Guajupiá* —un paraíso situado más allá de las altas montañas, en el que crecían bosques de sapucaya—, donde se encontraba con los ancestros y en donde viviría eternamente, en medio de una gran abundancia, saltando, bailando y divirtiéndose continuamente [249]. Los relatos existentes se refieren al enterramiento de personas del sexo masculino, por lo que se desconocen los rituales referentes a las mujeres, y además los espíritus de éstas, según la mitología tupinambá, prácticamente no tenían acceso al jardín de las delicias, que estaba reservado a los grandes luchadores.

Los ritos funerarios se destinaban, por un lado, a ayudar al espíritu del muerto a alcanzar el *Guajupiá* y, por otro, a proteger a la comunidad de su espectro, ya que consideraban al muerto un enemigo. Los familiares del guerrero fallecido lo lavaban, lo pintaban y lo untaban con miel, lo adornaban con sus aderezos de plumas, le colocaban una jícara, hecha de calabaza, o una vasija de cerámica en la cara, lo envolvían en la hamaca en la que dormía y lo encerraban en una *igaçaba* *. Ésta se tapaba para evitar cualquier contacto del cuerpo con la tierra y, seguidamente, se enterraba en diversos lugares (los jefes de familia se enterraban en la propia *oca*, en las inmediaciones de la *taba*, en las tierras de labor, etc.).

Una de las precauciones adoptadas por los tupinambás consistía en amarrar al muerto con ligaduras para impedir su eventual regreso. Otra prevención consistía en colocar en la sepultura todos los instrumentos (arco y flechas, mazas, *maracas*) que su alma iba a necesitar durante el viaje hasta el paraíso, donde se encontraban los espíritus de sus antepasados. Los familiares del muerto encendían una hoguera y depositaban alimentos junto al túmulo mientras duraba el proceso de descomposición, con el objeto de evitar que *Anhanga*

* Urna funeraria de los indígenas *(N. de la T.)*.

[249] Cfr. Florestan Fernandes, *A Organização Social dos Tupinambá*, pp. 161-163.

—el diablo que comía los cadáveres cuyos parientes no cumplían ese ritual— se enfureciese, lo desenterrara y lo devorase [250].

El luto, que duraba como mínimo una luna, aparece descrito de la siguiente manera por un hombre de gran ingenio de Bahía en 1587:

> Era costumbre, entre las mujeres de los principales tupinambás, o de cualquier otro indio, cortarse los cabellos como señal de duelo, teñirse toda de genipapo... Los indios acostumbran, cuando se les mueren las mujeres, a dejarse crecer el cabello durante un tiempo incierto, y se tiñen de genipapo a causa del duelo; y cuando se quieren rapar, se vuelven a teñir de negro la víspera de la fiesta de los vinos, que hacen a su modo [cauim], cantando toda la noche y en la que se junta mucha gente para estos cantos, y el viudo se rapa la víspera por la tarde y, al otro día, hay grandes festejos de cante y baile y se bebe mucho y el que en este día bebe más, demuestra mayor valentía, aunque vomite y pierda el juicio. En estas fiestas se cantan proezas del difunto o de la difunta y del que se quita el luto, y ese mismo luto se lo ponen entonces hermanos, hijos, padre y madre del difunto, y cada uno hace su propia fiesta cuando se quita el luto, aunque lo lleven por la misma persona [251].

Los tupís creían en espíritus maléficos —los espectros de los muertos— que eran responsables de las sequías, incendios, inundaciones, dificultades en la caza y derrotas en la guerra. También se sentían atormentados por seres sobrenaturales que les pegaban y asaltaban de diversas maneras, por lo que encendían hogueras por la noche debajo de las hamacas con el pretexto de ahuyentarlos.

Se perfilaba la creencia de que cada individuo poseía un espíritu protector que se encontraba encerrado en un instrumento mágico-religioso —la maraca, calabaza decorada imitando el rostro humano, atravesada por una varilla hecha de *brejaúva*, en la cual se introducían simientes *cuitezeira* (*Crescentia cuyete*) o piedras que servían como sonajero, que funcionaba como receptáculo de las voces de los espíritus reproduciéndolas a través de sus ruidos—. La maraca, que era la representación mística del *pajé*, acabó por transformarse en la configuración material de los espíritus.

[250] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 105-110.
[251] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 287.

La forma de aplacar la cólera de los seres malévolos o de asegurar la protección de los espíritus residía en la práctica de ofrecer plumas de aves, abanicos, flechas, etc. En algunas aldeas se colocaban todos las maracas en el interior de una cabaña aislada, donde se les consultaba sobre asuntos de interés general, prohibiéndose el acceso a mujeres y a niños a esa «casa de culto» [252].

Un papel básico en las sociedades amerindias era el que desempeñaban aquellas personas a las que se consideradaba predestinadas, por su vocación, a ejercer actividades mágicas-religiosas, distinguiéndose dos categorías: los *pajés* o *xamãs* y los *caraíbas*. Los primeros ejecutaban y presidían las danzas rituales y trataban las enfermedades y las heridas. Los métodos empleados consistían en hacer sangrías con dientes afilados de animales (paca, cuati, tucán, etc.), emplear drogas y plantas medicinales en los tratamientos, soplar enérgicamente el humo del tabaco sobre las partes enfermas o heridas del cuerpo con el objeto de impregnar al paciente con fuerza mágica y chuparlas para extraer las sustancias y los objetos reales o pretendidos objetos patógenos (espinas, fragmentos de huesos y otros que escondían previamente debajo de la lengua, presentándolos después a los parientes como causa de la enfermedad). En realidad, ejercían la función de curanderos.

A los *caraíbas* (término originario de los idiomas caribeño y aruaco y que significa «hombre valiente», se introdujo en la lengua tupí con el sentido de «hombre sagrado»), generalmente itinerantes, se les consideraba profetas de gran reputación y «principales depositarios de los medios de control de fenómenos sobrenaturales, inciertos y peligrosos» [253]. A estos individuos —respetados, admirados y temidos en vida y, en algunos grupos tribales (sobre todo guaranís), venerados después de muertos— las comunidades les confiaban tareas vitales para su vida material y espiritual, como, por ejemplo, practicar conjuros, purificar los alimentos, garantizar la seguridad de los cazadores, interpretar sueños y dirigir ceremonias de carácter colectivo [254].

Probablemente también era competencia de los *caraíbas* la función de perpetuar y reinterpretar los mitos. Sin embargo, su princi-

[252] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 56-64.
[253] Egon Schaden, *op. cit.*, p. 119.
[254] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 65-79.

pal atribución consistía en comunicarse con los espíritus a través del canto y de la danza, asegurando, de este modo, la mediación entre la «sociedad y el mundo sobrenatural, entre los vivos y los muertos» [255] y profetizar, en concreto, los resultados de las cosechas y de las expediciones guerreras. Estas actividades, que les proporcionaban el conocimiento de la dimensión oculta de las cosas, se efectuaban generalmente en un estado de trance, inducido por la intoxicación por tabaco y, muchas veces, mediante estupefacientes, sobre todo el *paricá*. Su actuación, según una descripción del XVII, se realizaba del siguiente modo:

> [...] Cuando quieren dar los oráculos, hacen humo dentro de esta calabaza maraca) quemando hojas secas de tabaco; y el humo que sale de los ojos, oídos y boca de la fingida cabeza lo reciben por las narices, hasta que quedan perturbados y como embriagados; y después de quedar animados de esta manera, tienen visiones y hacen ceremonias como si se encontraran endemoniados y dicen a los demas lo que les viene a la boca [...]; y todo lo que dicen [...] se cree firmemente [...]; a unos los amenazan de muerte, a otros los llenan de gracias, a otros buenas [...] [256].

Para subrayar la diferencia de estatuto frente a los hombres comunes y para mantener la aureola de la que disfrutaba en el seno de las comunidades, el *caraíba*, fuera del ejercicio de sus actividades, prácticamente sólo mantenía contacto con los principales, que lo trataban con reverencia, cultivando una imagen de gravedad e inaccesibilidad. Vivía aislado en una cabaña alejada de las *tabas*, «que es muy oscura y tiene la puerta muy pequeña, por la que nadie osa entrar en su casa, ni tocar nada de ella» [257].

Cada tres o cuatro años, *caraíbas* de gran prestigio visitaban las aldeas e inspiraban un respetuoso temor a las comunidades que procuraban agradarles y evitar a toda costa su enemistad, recibiéndolos con grandes manifestaciones de júbilo y sumisión y promoviendo importantes celebraciones en su honor; también les proporcionaban los mejores alimentos, de los que disponían durante la permanencia en la *taba*, e incluso les cedían las mujeres que deseaban. Eran figu-

[255] Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, trad. port., Lisboa, 1981, p. 224.

[256] Simão de Vasconcelos, *Chronica da Companhia de Jesus do Estado do Brasil...*, 2.ª ed., vol. I, Lisboa, 1865 (1663), p. CI.

[257] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 264.

ras ambiguas que igual podían traer la salud, las buenas cosechas y victorias en la guerra, como sembrar la enfermedad, la derrota y la muerte.

Los *caraíbas* más reputados —a los que algunas veces los tupís-guaranís consideraban reencarnaciones de sus seres míticos— afirmaban poseer poderes para transformar hombres en pájaros o en otros animales para luego metamorfosearlos, por ejemplo, en jaguares, o hacerlos invisibles para resucitar a los muertos, hacer nacer plantas, consumir alimentos de forma milagrosa y visitar la región de los muertos, manteniendo conversación con sus espíritus. En el caso de que su prestigio se desvaneciera, debido a falsas profecías, podían ser aniquilados [258].

El siguiente pasaje, escrito por un jesuita del XVI, presenta un cuadro aproximado sobre la manera en que una aldea acogía a los *caraíbas* y de cómo, con su actuación, introduce el tema de la Tierra sin Mal:

> Cada ciertos años vienen hechiceros de tierras lejanas fingiendo traer santidad y en el momento de su venida les mandan limpiar los caminos y los van a recibir con danzas y fiestas, según su costumbre, y, antes de que lleguen al lugar, andan las mujeres de dos en dos por las casas, diciendo públicamente en qué faltaron a sus maridos, y unas y otras se van pidiendo perdón. Y al llegar el hechicero hay mucha fiesta en el lugar, entra en una casa oscura y pone una calabaza que trae con figura humana en la parte que más le conviene para practicar sus engaños, y, cambiando su voz, como la de un niño, junto a la calabaza les dice que no se preocupen por trabajar, que no vayan a la tierra de labor, y que la manutención llegará por sí sola, y que nunca les faltara de comer y que por sí misma vendrá a la casa; y que las *aghilladas* (palos endurecidos al fuego) iran a cavar, y las flechas irán a la floresta a por la caza para su señor, y que matarán a muchos de sus contrarios y harán prisioneros a muchos para que los coman. Y les promete larga vida y que las viejas se han de volver jóvenes, y que las hijas se las den a quienes quieran; y otras cosas semejantes les dice y promete [...] [259].

Ocasionalmente tenían lugar importantes surgimientos de *profecías defendidas* por grandes *caríbas* —«hombres-dioses» según la expresión utilizada por Métraux— que, después de la celebración de

[258] Cfr. Alfred Métraux, *op. cit.*, pp. 65-79.
[259] Manuel da Nóbrega, *op. cit.*, pp. 62-63.

grandes fiestas, en el transcurso de las cuales tenían sueños y visiones, incitaban a las poblaciones a abandonar sus territorios para seguirlos en la búsqueda de una mítica *Tierra sin Mal*, localizada en algún lugar al este o al oeste y que se podía alcanzar colectivamente en vida. En el caso del litoral, el *mar maléfico* era un obstáculo que impedía alcanzar ese lugar, pero que, por otro lado, permitía mantener la creencia de que existía. Según un gramático lusitano que vivió en Brasil a mediados del siglo XVI, el objetivo prioritario de los tupís del litoral consistía en «buscar tierras nuevas con el fin de hallar en ellas inmortalidad y descanso perpetuo» [260].

Se trataba, de acuerdo con tesis ya conocidas, de un lugar donde no existiría el mal, esto es, el trabajo y las reglas sociales, situado fuera del espacio y del tiempo social tradicional, donde se deshacían las relaciones sociales y se abolían las prerrogativas generacionales, eliminándose radicalmente las diferencias existentes entre los hombres y quebrándose la barrera que los separaba de los dioses. La Tierra sin Mal constituiría una especie de paraíso terrestre, un lugar de abundancia, de ausencia de trabajo, de negación de los principios fundamentales de organización social (gerontocracia, sistemas de parentesco, reglas matrimoniales, etc.), de juventud perpetua y de inmortalidad («tierra donde no se moría»).

En las migraciones —donde se llegaba a contar a los participantes por millares— se rompía con las coordenadas espaciotemporales, se desterraba el trabajo y las reglas acerca del incesto, se abolía toda forma de poder y se fundía en un mismo discurso la protesta de orden social y la relación no teológica con los dioses. Fumaban tabaco, forma de comunicar con lo sobrenatural, ejecutaban las danzas rituales, entonaban los cantos sagrados y rememoraban los mitos (*Gran Discurso*), desarrollando la creencia en la destrucción de la Tierra con la promesa de una nueva Tierra donde no existiría mal [261].

Las interpretaciones más recientes sobre la búsqueda de la Tierra sin Mal por parte de las poblaciones guaranís en el período anterior a la presencia europea, acentúan las razones de naturaleza ecológica y económica unidas a la quiebra de la productividad de los

[260] Pero de Magalhães de Gândavo, *História da Província Santa Cruz...*, fl. 46v.
[261] Cfr. Hélène Clastres, *op. cit.*, pp. 61-68 y 141-145.

suelos (el mal de la tierra) y sus consecuencias para la vida social y las prácticas religiosas.

Se subraya que la expresión guaraní *yuymarane'y*, o sea, *Tierra sin Mal* (registrada por primera vez por el padre Antonio Ruiz de Montoya en 1639), contenía, en primer lugar, connotaciones ecológicas relacionadas, por un lado, con la ausencia de fenómenos naturales que ponían en peligro la supervivencia, sobre todo inundaciones y sequías y, por otro lado, con el deterioro, el cansancio y la enfermedad de los campos, que hacía necesaria la búsqueda de la tierra virgen, tierra sin mal, que asegurase suelos fértiles. En segundo lugar, elementos de naturaleza económico-social, unidos a las dificultades para producir excedentes alimenticios, debido a la limitación estructural de la agricultura de *coivara* en una situación de enrarecimiento de terrenos fecundos. En tercer lugar, inquietudes de orden religioso, suscitadas por el hecho de que la economía de producción, distribución y redistribución, en esas circunstancias, dificultaba el funcionamiento del sistema de reciprocidad [262] e inviabilizaba la fiesta ritual y el convite comunitario, y la imposibilidad de esa realización representaba una seria amenaza para los cimientos de la sociedad guaraní y, en esa medida, era el supremo mal de la Tierra.

La búsqueda de la Tierra sin Mal pretendía, pues, superar cualquier dificultad porque, en determinadas coyunturas, las comunidades indígenas no tenían como finalidad negar la condición humana ni abolir la organización social [263].

[262] Cfr. Bartolomeu Melià, *Ñande Reko, nuestro modo de ser y bibliografía general comentada*, La Paz, 1988, pp. 47-51.

[263] Cfr. *idem*, «La Tierra-Sin-Mal de los Guaraní: Economía y Profecía»: *América Indígena* (Ciudad de México), XLIX (3), 1989, pp. 491-507.

Capítulo III

EL DESCUBRIMIENTO

La rivalidad lusocastellana en la disputa del Atlántico

El descubrimiento del litoral sudamericano que se designaría posteriormente con el nombre de Brasil constituyó uno de los resultados de la coyuntura ibérica de la última década del siglo XV, caracterizada por la intensa competencia lusocastellana para obtener la primacía en el trazado de una ruta marítima hacia Oriente. Esa rivalidad —que tenía numerosos antecedentes, principalmente en el marco del Atlántico Oriental [1]— se encuentra en el origen del complejo proceso que condujo, en un primer momento, a la división del océano entre los dos reinos (Tratado de Tordesillas, 1494), del que resultó, en consecuencia, la repartición del Nuevo Mundo y, en un segundo momento, del océano Pacífico y de Asia oriental (Acuerdo de Zaragoza, 1529).

A principios de los años noventa del siglo XV sigue en vigor el Tratado de Alcáçovas (4 de septiembre de 1479), celebrado entre Portugal y Castilla y Aragón, ratificado por Isabel y Fernando en Toledo (6 de marzo de 1480). Entre sus cláusulas destacamos las relacionadas con la repartición de territorios extrapeninsulares y la definición de áreas de influencia en el Atlántico: Portugal admitía el señorío de Castilla en las Canarias y en el trecho del litoral africano fronterizo con aquellas islas; a su vez, Castilla y Aragón reconocían la soberanía de Portugal sobre el reino de Fez (Marruecos), los ar-

[1] Cfr. Florentino Pérez Embid, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948, pp. 115-214.

chipiélagos de Madeira, Azores, Cabo Verde y Santo Tomé, así como sobre todas las islas y tierras descubiertas o por descubrir, con el correspondiente comercio y pesca, a partir de un paralelo trazado al sur de las Canarias —que pasaba aproximadamente por la latitud del cabo Bojador (27° N)—, incluyendo las «tierras, jurisdicciones y derechos de Guinea con sus minas de oro». Los soberanos castellano y aragonés se comprometían, además, a prohibir la realización de cualquier viaje de comercio o campaña marítima en la zona de influencia exclusiva lusitana por parte de navíos de súbditos suyos o de extranjeros residentes en sus reinos y a castigar a los eventuales infractores [2]. Este tratado contenía aspectos totalmente innovadores, destacándose la división del espacio independientemente de los lugares que integraba, incluyendo, por primera vez, como objeto de la negociación, áreas aún desconocidas [3].

Poco después de la confirmación de aquel convenio, don Afonso V (1443-1481) aprobó la Carta Regia de 6 de abril de 1480, concediendo poderes al príncipe don João —que dirigía, desde 1474, los asuntos relacionados con la exploración de la costa occidental de África a partir del Bojador— para crear un regimiento que otorgase a los capitanes de sus carabelas la competencia de apresar todas las embarcaciones armadas por castellanos, aragoneses o a cualquier otro extranjero que violase la línea de demarcación y de arrojar a las respectivas tripulaciones al mar [4]. Además de estas medidas de carácter interno destinadas a garantizar la exclusividad del acceso de navíos con la bandera portuguesa a toda la región situada al sur del paralelo de las Canarias, el monarca lusitano solicitó a Roma que sancionase los capítulos 27 y 28 del tratado, referentes a la repartición horizontal del océano; esta diligencia fue coronada por el éxito, toda vez que el papa Sixto IV (1471-1484) lo confirmó con la bula *Aeternis regis* de 21 de junio de 1481 [5].

La conclusión del proceso de negociación que tendía a superar los conflictos peninsulares, concretamente sobre el océano, coinci-

[2] João Martins da Silva Marques (ed.), *Descobrimentos Portugueses*, vol. III (1461-1500), Lisboa, 1971, docs. 142-143, pp. 181-209.

[3] Cfr. Luís Adão da Fonseca, *O Tratado de Tordesilhas e a Diplomacia Luso-Castelhana no Século XV*, Lisboa, 1991, pp. 38-41.

[4] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 144, pp. 211-212.

[5] *Idem, ibidem*, pp. 222-238.

dió prácticamente con el inicio del reinado de João II (31 de agosto de 1481), que, inmediatamente después de su subida al trono, dio inicio a la construcción del Atlántico Meridional, encargando a Diogo de Azambuja que dirigiera la edificación de una factoría-fortaleza en Mina (diciembre de 1481) y retomando, en 1482, la política de exploración de la orilla occidental africana, cuyo reconocimiento se extendió desde las inmediaciones del Ecuador (Cabo de Santa Catalina) hasta el cabo de Buena Esperanza (1488) [6].

El descubrimiento de la comunicabilidad entre el Atlántico y el Índico, gracias a la expedición de 1487-1488, confirmó la viabilidad del proyecto de João II de alcanzar la India por el Atlántico Sur. Bartolomeu Dias, al encontrar el paso al sureste, contribuyó decisivamente a que la política regia portuguesa apostase en firme por la ruta del Cabo —considerada más viable, próxima y segura— y secundase la opción por el Atlántico Occidental, cuya exploración se dejó en manos de la iniciativa de particulares (Fernão Domingues do Arco, en 1484, Ferno Dulmo y João Afonso de Estreito, en 1486), ofreciendo a Castilla, involuntariamente, la ruta de poniente [7].

Cristóbal Colón, encontrándose en Lisboa cuando Dias regresó con la noticia del hecho (diciembre de 1488), afirma —en un comentario redactado al margen de una obra perteneciente a su biblioteca— que asistió a la audiencia en que el navegante portugués relató minuciosamente al rey los sucesos del viaje, describiendo y perfilando la costa, legua por legua, en una carta de navegación [8]. Los resultados de la expedición de 1487-1488 impideron la posibilidad —hasta entonces factible— de que João II apostara por la alternativa defendida por Toscanelli/Colón, razón por la que el genovés salió definitivamente de Portugal.

Después del éxito de Bartolomeu Dias, el Príncipe Perfecto actuó en dos frentes para concretar el proyecto indiano. En el ámbito diplomático, con el objetivo de ampliar el reconocimiento internacional del dominio portugués del Atlántico Sur y de reforzar las alianzas de cariz marítimo, negoció, en 1489, con la potencia dominante del Atlántico Norte —Inglaterra— la confirmación y ratifica-

[6] Cfr. Luís Adão da Fonseca, *O Essencial sobre Bartolomeu Dias*, Lisboa, 1987, pp. 47-49.

[7] Cfr. *idem, ibidem*, p. 54.

[8] Cfr. Cristóbal Colón, *Textos y Documentos Completos*, prólogo y notas de Consuelo Varela, 2.ª ed., Madrid, 1984, pp. 11-12.

ción del tratado de Windsor. Por otro lado, el descubrimiento del paso del sudeste colocaba a Portugal a las puertas del Índico, por lo que las preocupaciones prioritarias de João II, en el plano internacional, se concentraron en Castilla y Aragón, puesto que ese acontecimiento hacía potencialmente más atractiva el área al sur del paralelo de las Canarias a la que los soberanos de aquellos reinos habían renunciado. Para que Portugal se pudiese decidir definitivamente a la expansión en dirección a oriente, era necesario reafirmar la validez del Tratado de Alcáçovas para asegurar la paz en las fronteras peninsulares y garantizar la soberanía lusitana en las aguas y tierras al sur del Bojador. Fue a la luz de esos objetivos que el monarca lusitano propuso, en marzo de 1490, el matrimonio de su heredero, el príncipe don Afonso, con doña Isabel, hija mayor de los reyes de Castilla y Aragón, acuerdo que se realizó a finales de ese año.

La segunda vertiente, de cariz interno, se dirigía, por lo que respecta al perfeccionamiento del método de determinación de latitudes por alturas meridianas del sol, a la elaboración de tablas náuticas de declinación solar y a la realización de exploraciones que tendieran a conocer los condicionantes físicos del sudoeste del Atlántico con el fin de trazar una ruta que rodease a lo ancho la costa africana, para evitar las dificultades de navegación costera encontradas por Bartolomeu Dias.

El 1 de enero de 1492, los monarcas de Castilla y Aragón entraron solemnemente en la ciudad de Granada, concluyendo la conquista del último bastión musulmán en España. A partir de ese acontecimiento, Isabel de Castilla (1474-1504) estaba en condiciones de conceder el prometido apoyo al plan de alcanzar las Indias por la ruta del Atlántico, decisión insistentemente requerida por Cristóbal Colón.

Una vez cerrado el ciclo de la reconquista peninsular y, al disponer de una coyuntura internacional favorable, principalmente por el fortalecimiento del protectorado político militar ejercido sobre el reino de Navarra y por la disminución de las tensiones con Francia debida al progreso de las negociaciones con Carlos VIII (1483-1498) [9], los

[9] Se destinaron, fundamentalmente, a obtener la devolución del condado de Rosellón y de Perpiñán a la Corona de Aragón, que se concretaría en el Tratado de Narbona (8 de enero de 1493), confirmado en Tours (18 de enero) y Barcelona (19 de enero), respectivamente, por los reyes de Francia y Castilla y Aragón, por lo que también se conoce como Tratado de

Reyes Católicos pudieron entonces valorar seriamente el apoyo a un proyecto que, de acuerdo con sus previsiones, encontraría una frontal oposición por parte de Portugal, con serias probabilidades de provocar confrontaciones que podrían, incluso, degenerar en una guerra abierta [10].

El proyecto de Colón presentaba varias ventajas que llevaron a los Reyes Católicos —a Isabel con convicción y a Fernando con reticencias— a «sufragar la mayor quimera de la Historia» [11], mediante las concesiones efectuadas a través de las Capitulaciones de Santa Fe (17 de abril de 1492), confirmadas el 30 del mismo mes [12]. Por un lado, el establecimiento de relaciones privilegiadas con Catai (China), Cipango (Japón) y la India aportarían indiscutibles ventajas políticas y diplomáticas a aquellos soberanos en el concierto europeo; por otro lado, tendrían acceso al rico mercado de productos orientales, incluyendo, naturalmente, las especias, cuyas características, entre las que se contaban la elevada tasa de rentabilidad, se adecuaban al monopolio regio [13].

Los beneficios provenientes de esas actividades permitirían mitigar las consecuencias negativas —principalmente las fiscales— de la expulsión de decenas de millares de judíos (Edicto de 30 de marzo de 1492), mejorar la situación económica de sus reinos y de las finanzas de la corte, muy endeudada por los elevados costes de la financiación de las largas campañas militares, sobre todo las granadinas [14], compensando también la exclusión del rentable espacio de la costa occidental de África (oro, esclavos, marfil, guindillas, etc.), que

Barcelona. Cfr. Juan Pérez de Tudela, «La Armada de Vizcaya. Acerca de una razón de fuerza y otros argumentos en el acuerdo de Tordesillas», *El Tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, Valladolid, 1973, p. 49.

[10] Cfr. Alfonso García Gallo, «Las bulas de Alejandro VI y el Ordenamiento Jurídico de la Expansión Portuguesa y Castellana en África e Indias» *Anuario de Historia del Derecho Español*, t. XVII-XVIII, Madrid, 1957-1958, p. 592.

[11] Emilio Solá Castaño, *Los Reyes Católicos. Los Reyes que sufragaron la mayor quimera de la Historia*, Madrid, 1988.

[12] Cfr. Francisco Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, 5.ª ed. revisada y ampliada, Madrid, 1990, pp. 81-84.

[13] Cfr. Juan Pérez de Tudela, «La Especería de Castilla, nota política en la política indiana», *A Viagem de Fernão de Magalhães e a Questão das Molucas. Actas do II Colóquio Luso-Espanhol de História Ultramarina*, Lisboa, 1975, pp. 630-631.

[14] Cfr. Miguel A. Ladero Quesada, *Castilla y la Conquista del Reino de Granada*, Granada, 1987, pp. 293-299.

constituía un monopolio de Portugal; finalmente, les permitiría anticiparse a João II, que pretendía alcanzar la India por el Atlántico austral, puesto que constituía una «posibilidad legal de romper el cerco marítimo portugués» [15].

El Tratado de Tordesillas

La primera expedición de Cristóbal Colón (1492-1493) —de la que resultó el descubrimiento de algunas islas de las Bahamas y de las Antillas [Guanahaní (San Salvador), Fernandina, Isabela, Juana (Cuba) y La Española (Haití)], consideradas por el navegante genovés como pertenecientes a un gran archipiélago adyacente a Asia y que serían un refugio para las avanzadillas de su principal unidad: el Cipango [16]— llegó a poner en cuestión el equilibrio laboriosamente alcanzado entre Portugal y Castilla en el reparto de las áreas de influencia. En el transcurso de la audiencia que concedió, el 9 de marzo de 1493, João II al Almirante, le comunicó que las tierras que había encontrado se situaban, de acuerdo con las cláusulas del Tratado de Alcáçovas, en la zona de soberanía portuguesa [17].

El conocimiento de las exploraciones colombinas desencadenó una febril actividad diplomática que implicó a Castilla, Roma y Portugal. Después de recibir noticias de los descubrimientos efectuados por su armada, los Reyes Católicos se apresuraron a solicitar la aprobación pontificia. A través de la bula secreta *Inter caetera (I)*, redactada en abril y datada el 3 de mayo de 1493, Alejandro VI (1492-1503) les concedió la posesión de las nuevas islas y tierras descubiertas o por descubrir en la franja occidental, situada, según se decía, en la dirección de los indios, siempre que no perteneciesen al dominio temporal de ningún soberano cristiano [18].

Los monarcas castellano y aragonés, mientras tanto, tuvieron conocimiento, a través, principalmente, de informaciones ofrecidas por el duque de Medina Sidonia, de que en Lisboa se preparaba una armada, cuyo mando se confió a Francisco de Almeida, con el objetivo

[15] Emilio Solá Castaño, *op. cit.*, p. 83.
[16] Cfr. Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, pp. 76-77.
[17] Cfr. Cristóbal Colón, *op. cit.*, p. 136.
[18] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, docs. 253-254, pp. 374-380.

de tomar posesión de las islas de poniente. Esta iniciativa no afectaría, con toda probabilidad, a la ocupación de las tierras occidentales —dado que tal acto provocaría la guerra—, sino que se destinaría, sólo, a forzar a los Reyes Católicos a negociar. Éstos, alarmados con las noticias provenientes de Portugal, enviaron, el 22 de abril, un emisario, Lope de Herrera, a João II para solicitar la suspensión de aquella medida y para proponer el inicio de conversaciones sobre las cuestiones en litigio.

La respuesta lusitana consistió en reafirmar la solución que Rui de Sande se había encargado de transmitir a aquellos monarcas, hacia cuya corte partió el 5 de abril. Basándose en la interpretación de que el Tratado de Alcáçovas consagraba el señorío lusitano sobre todo el Atlántico a partir del paralelo de las Canarias, sugería que se ampliase al hemisferio occidental aquella línea divisoria, quedando las tierras situadas en la zona septentrional para Castilla y la austral para Portugal. Esta solución no fue aceptada porque de su aplicación resultaría la incorporación de las islas consideradas asiáticas a la Corona de Portugal.

Ante la persistencia de las divergencias, los Reyes Católicos actuaron en dos frentes: en primer lugar, deliberaron rogar a la Santa Sede que explicase inequívocamente su derecho a las tierras occidentales y, en segundo lugar, decidieron enviar otra expedición para hacer efectiva su posición y para tomar medidas preventivas de tipo naval.

Consciente de que la inexistencia de un compromiso de delimitación lusocastellano daría origen a un peligroso foco de conflictos entre las dos Coronas, el almirante Colón aconsejó a los Reyes Católicos que perfilaran un nuevo criterio de división del Atlántico, adoptando una «raya» (meridiano) que pasase 100 leguas a occidente de los archipiélagos atlánticos, quedando el poniente para Castilla y la parcela oriental para Portugal. El análisis de los textos colombinos revela que el genovés consideraba que, a partir de aquel marco, existía otra realidad cosmológica y climática, o sea, un nuevo mundo [19].

Las relaciones privilegiadas mantenidas por Fernando de Aragón con el antiguo cardenal Rodrigo Borja, natural de Valencia, más

[19] Cfr. Luís Adão da Fonseca, *O Tratado de Tordesilhas...*, p. 49.

conocido por el papa Borgia, a quien concedió grandes privilegios [20], y la necesidad sentida por el pontífice de pagar los favores concedidos por el soberano, para así compensar el débil alineamiento papal con las posiciones aragonesas en la política italiana, facilitaron los objetivos de los Reyes Católicos, que, en estas condiciones, obtuvieron fácilmente la concesión de otras dos bulas más favorables a sus pretensiones. Además, teniendo en cuenta la circunstancia de que el canciller de la curia romana era súbdito de aquellos monarcas, permitió antedatar los documentos pontificios con la intención de no despertar sospechas entre los portugueses de que éstos estaban redactados de acuerdo con los términos propuestos por Castilla [21].

De acuerdo con la sugerencia de Colón y a propuesta de los enviados de los monarcas castellano y aragonés, la bula *Inter caetera (II)*, antedatada al 4 de mayo de 1493, pero, en realidad, sólo concluida en junio, donaba perpetuamente a la Corona de León y Castilla todas las islas y tierra firme, descubiertas o por descubrir, que se encontrasen o no en los márgenes de la India o de cualquier otra parte, siempre que no estuvieran en posesión de ningún príncipe cristiano antes del 25 de diciembre de 1492, o sea, antes del regreso de la expedición colombina a Europa, localizadas a occidente y sur de una línea imaginaria, trazada desde el polo Ártico hasta el polo Antártico, 100 leguas al oeste y sur de las islas de las Azores y Cabo Verde [22].

A su vez, la bula *Eximiae devotionis*, formalmente datada el 3 de mayo de 1493, pero cuya redacción fue finalizada en julio de ese año, concedía a la misma monarquía, en las islas y tierra firme situadas en las regiones occidentales y en el océano Atlántico, privilegios, gracias, libertades, exenciones, facultades e inmunidades espirituales con un talante completamente idéntico a los atribuidos a los reyes de Portugal con respecto a sus dominios en el norte de Áfri-

[20] Atribución de las rentas de varios obispados aragoneses al propio pontífice, concesión del ducado de Gandía a su hijo Pedro y dos obispados de Pamplona y Valencia a otro hijo, el célebre César Borgia. Cfr. Manuel Fernandes Costa, *O Descobrimento da América e o Tratado de Tordesilhas*, Lisboa, 1979, p. 108.

[21] De acuerdo con las investigaciones de H. Van der Linden, «Alexandre VI and the demarcation of the maritime and colonial domains of Spain and Portugal, 1493-1494», *The American Historical Review*, XXII (1916), pp. 1-20, *apud* Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979, p. 158.

[22] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, docs. 257-258, pp. 384-390.

ca, Guinea, Mina e islas atlánticas [23]. Finalmente, a través de la bula *Piis fidelium*, de 25 de junio, concedía facultades extraordinarias a fray Bernardo Boil para comenzar las actividades evangelizadoras con los «indios» y definía la primitiva organización eclesiástica de las nuevas islas [24].

En el transcurso de las conversaciones mantenidas con los nuevos embajadores portugueses (el doctor Pero Dias y Rui de Pina), a mediados de agosto de 1493, quienes presentaron un memorial proponiendo nuevamente el paralelo de las Canarias —con exclusión de los dos archipiélagos que quedaban al norte y que ya pertenecían a Portugal (las Azores y Madeira)— como criterio de división del océano Atlántico, los negociadores castellanos y aragoneses se convencieron de que la insistencia de João II en la adopción de la línea horizontal se destinaba a garantizar la inclusión en el área portuguesa de tierras (islas o incluso tierra firme) en el occidente austral, de cuya existencia sospecharía —y que ellos suponían que pertenecía a Asia—. Preocupados por esa posibilidad, los Reyes Católicos informaron a Colón y le pidieron su parecer, en su calidad de persona que «más que cualquier otra» sabía de aquel negocio, sobre si se debería «enmendar la bula» [25].

No se conoce la respuesta del genovés, pero aquellos monarcas desarrollaron nuevas diligencias ante Alejandro VI con el fin de que les ampliara las donaciones, para así cubrir la hipótesis de la existencia de tierras en la zona austral, más acá del meridiano de 100 leguas. Así, la bula *Dudum siquidem*, de 26 de septiembre de 1493, aunque redactada en octubre o diciembre [26], autorizaba a los reyes de Castilla y León a enviar expediciones no sólo a las regiones occidentales, sino también a las meridionales, concediéndoles el señorío de todas las islas y tierra firme que sus súbditos, navegando hacia el poniente y mediodía (sur), descubrieran en las partes orientales que hubieran sido o fuesen de la India [27].

[23] *Idem, ibidem*, docs. 255-256, pp. 380-384.

[24] Cfr. Francisco Mateos, «Bulas Portuguesas y Españolas sobre Descubrimientos Geográficos», *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*, vol. 3, Lisboa, 1960, pp. 394-397.

[25] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 281, p. 418.

[26] Cfr. Francisco Mateos, *op. cit.*, p. 397.

[27] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 282, pp. 419-421.

Esta nueva concesión pontificia eliminaba el principio de demarcación fija de áreas de influencia, sustituyéndolo por la prioridad en la ocupación. Revocaba, por consiguiente, el meridiano de 100 leguas, anulando, además, los privilegios concedidos anteriormente a Portugal por varios papas. De este modo, de acuerdo con la última bula alejandrina, si los navíos de Isabel y Fernando descubrían, por ejemplo, un hipotético archipiélago o tierra firme situados veinte leguas al oeste de las Azores, de Cabo Verde o de cualquier otro territorio bajo dominio portugués, tenían el derecho a su soberanía. En estas condiciones, quedaban asegurados los derechos castellanos a las tierras eventualmente existentes en el hemisferio sur, enfrente de África.

Al mismo tiempo que intrigaban en Roma y negociaban con Lisboa, los Reyes Católicos se empeñaron en la formación de una gran armada destinada a tomar posesión de las nuevas tierras con la mayor urgencia, recomendando, incluso, a Colón que «no se detuviera ni siquiera una hora», sino que partiera lo más rápidamente posible. La gran preocupación por recoger informaciones sobre el movimiento de las carabelas en los puertos portugueses —insistentemente recomendada a Juan Rodríguez de Fonseca—, asociada a la prisa febril por echar sus navíos al mar, revelan un significativo recelo ante una eventual anticipación de João II en la exploración de las regiones occidentales o ante un ataque de la marina lusitana a la expedición colombina [28].

Para prevenir esa posibilidad, ordenaron la organización de una fuerte armada en Vizcaya (seis carracas y naves que transportaban, en total, alrededor de 2.300 toneles), cuyo mando fue confiado a Íñigo de Arrieta, destinada a la región del Estrecho, con sede en Cádiz, tanto para imponer contención al interlocutor dentro de los límites razonables, funcionando como elemento disuasorio ante eventuales medidas hostiles, como para dificultar o incluso impedir el acceso de navíos portugueses al Mediterráneo. Esta política tenía como objetivo presionar a João II para que reconociera los derechos castellanos

[28] Carta de los Reyes Católicos a D. Cristóbal Colón, datada el 27 de julio de 1493 (doc. 271); Carta de los mismos al Almirante D. Cristóbal Colón datada el 18 de agosto de 1493 (doc 275); Carta de los mismos a D. Juan Rodríguez de Fonseca, datada el 5 de septiembre de 1493 (doc. 279); Primera carta de los Reyes Católicos al Almirante D. Cristóbal Colón, datada el 5 de septiembre de 1493 (doc. 280), *apud idem, ibidem*, pp. 403, 407-408 y 415-417.

en el océano Atlántico y desistiera de sus pretensiones de negociar la ampliación de su área de influencia, confinando, así, a Portugal en el Atlántico africano [29].

Las precauciones tomadas por los monarcas fueron tan rigurosas que, por medio de la Carta de 5 de setiembre de 1493, ordenaron al almirante Colón que no se detuviera en el cabo de San Vicente y que se apartase lo más que pudiera de la costa y de las islas portuguesas, de manera que no se detectara la ruta de la armada y evitara obstáculos en su viaje [30]. La segunda expedición de Colón (1493-1496) —la más poderosa de todas las que mandó y a la que se le confirió un mayor cariz militar— partió de Cádiz el 25 de ese mismo mes, estando constituida por 17 embarcaciones (3 carracas, 2 naves grandes y 12 carabelas) y una tripulación calculada entre 1.200 y 1.500 hombres [31].

João II no se quedó inactivo ante estas iniciativas diplomáticas y militares de los Reyes Católicos, sino que tomó algunas medidas para hacer frente a sus adversarios: ordenó que se hicieran de forma disimulada, en el reino y fuera de él, grandes preparativos para la guerra [32]. Una de las decisiones consistió, en contraste con lo dispuesto en el Tratado de Alcáçovas, en ordenar la edificación de fortalezas en la zona fronteriza transmontana, concretamente en Vimioso y en la Terra de Miranda, hecho que suscitó la protesta de los soberanos vecinos [33].

Otra de las estrategias adoptadas, que revela la argucia y la capacidad de maniobra diplomática del Príncipe Perfecto, consistió en recibir con gran boato, en junio de 1493, a un noble francés con señorío en Lyon, y, con el pretexto de que éste deseaba servirlo, al frente de trescientas lanzas, en la guerra contra los moros, le concedió el título de conde de Cazaza, con una renta anual de dos mil doblones [34]. Ahora bien, la villa donada era considerada por los Reyes

[29] Cfr. Juan Pérez de Tudela, «La Armada de Vizcaya...», p. 56.

[30] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 281, pp. 417-419.

[31] Cfr. Cristóbal Colón, *Los Cuatro Viajes. Testamento*, Consuelo Varela (ed.), Madrid, 1986, pp. 17-19.

[32] Cfr. Rui de Pina, *Cronica Del Rey Dom Joham II*, Alberto Martins de Carvalho (ed.), Coimbra, 1950, p. 183.

[33] Cfr. Jerónimo de Zurita, *Historia Del Rey Don Hernando el Catholico*, Zaragoza, 1610, fl. 37.

[34] Cfr. Rui de Pina, *op. cit.*, p. 187.

Católicos como perteneciente al reino de Tremecém —área reservada para su expansión en el norte de África—, por lo que revindicaron el derecho a su conquista, mientras que Portugal entendía que la misma se encontraba dentro de los límites del reino de Fez y, en consecuencia, en su zona de soberanía. João II, con esta actuación, dio a entender a sus contendientes que, si ellos no atendían las pretensiones lusitanas en el Atlántico, apoyaría la presencia de súbditos franceses en aquella región, lo que representaba una seria amenaza para los intereses castellano-aragoneses en el Mediterráneo; garantizó refuerzos militares en caso de conflicto y, finalmente, ganó un colaborador muy bien situado en la corte de París, que le informaba en secreto de las principales opciones del monarca galo [35].

En el último trimestre de 1493, Isabel y Fernando no pretendían concluir ningún acuerdo sin tener conocimiento de los resultados de la segunda expedición colombina. Así, el envío de los embajadores Pedro de Ayala y García López de Carvajal a Lisboa tenía la finalidad de reafirmar el rechazo del paralelo como línea divisoria, de defender los derechos castellanos en el poniente, apoyándose en la prioridad del descubrimiento y en el correspondiente reconocimiento papal, y de obtener garantías sobre la prohibición de cualquier expedición lusitana de exploración en el océano Atlántico. Esta misión asumía, además, una función claramente dilatoria, como se dio cuenta fácilmente el monarca portugués al declarar que aquella embajada «no tenía ni pies ni cabeza» [36].

La evolución negativa del cuadro internacional, a comienzos de 1494, en que destacaba la derogación del Tratado de Barcelona y la inminencia de un nuevo conflicto con Francia a propósito de la sucesión del rey Ferrante de Nápoles, obligó a los reyes de Castilla y Aragón a retomar con urgencia las negociaciones con el monarca lusitano para garantizar la seguridad de su flanco occidental.

Con el objetivo de forzar a los Reyes Católicos a adoptar una solución más adecuada a sus intereses, el rey de Portugal no sólo rechazó la invitación para integrar la Santa Alianza contra Francia (Aragón, Castilla, papado y algunos principados italianos), sino que

[35] Cfr. Garcia de Resende, *Crónica de D. João II e Miscelânea*, nueva ed. con estudio de Joaquim Veríssimo Serrão, Lisboa, 1991, pp. 245-246.

[36] Garcia de Resende, *op. cit.*, p. 243.

tácitamente apoyó las reivindicaciones italianas de Carlos VIII, ordenando, principalmente, a sus embajadores, que estaban en Roma para prestar obediencia al papa, que se trasladasen a Siena y aguardasen allí la llegada del ejército comandado por el monarca francés. Esta actitud constituía una clara manifestación de alineamiento con las posiciones galas y de desafecto hacia los Reyes Católicos y Alejandro VI, por quien João II se consideraba agraviado, dada la concesión a sus rivales de las bulas alejandrinas, con especial mención de la última, considerada inaceptable por Portugal, toda vez que ponía en cuestión su derecho al dominio del Atlántico Sur.

El Príncipe Perfecto, aprovechando hábilmente la coyuntura favorable de que la guerra no interesaba a ninguna de las partes, propuso a sus rivales una negociación directa entre las respectivas cortes, independientemente de las concesiones papales. El 8 de marzo de 1494, se firmaron los necesarios poderes para que los negociadores portugueses firmaran las capitulaciones: Rui de Sousa, señor de Sagres y Beringel, noble de elevado prestigio que poseía reconocida experiencia diplomática; João de Sousa, mayordomo mayor; el licenciado Aires de Almada, corregidor de la corte, y Estevão Vaz, secretario real, con la colaboración de João Soares de Sequeira, Rui Leme y Duarte Pacheco Pereira. João II señaló, el 18 de ese mes, las instrucciones destinadas al jefe de la misión [37].

No se conocen los términos de las recomendaciones juaninas a sus delegados, pero, con toda probabilidad, se deberían centrar en la defensa de una solución que garantizase la exclusividad del acceso a la ruta del cabo de Buena Esperanza —considerada por la corte de Lisboa como el camino más viable para alcanzar la India— y, en consecuencia, el monopolio del tráfico oriental, sobre todo después de los resultados del viaje de Bartolomeu Dias y el regreso, probablemente a finales de 1491, del zapatero José de Lamego, que, por orden real, partió hacia El Cairo con el rabino Abraham de Beja, donde se encontraron en secreto con Pero de Covilhã, a principios de año, con la misión, entre otras, de recoger las informaciones obtenidas por el espía de don João.

[37] Cfr. Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979, pp. 175-176.

El escudero Covilhã había efectuado, entre 1488 y 1491, una prolongada misión de reconocimiento de carácter geográfico, político y económico en la costa occidental de la India, visitando, concretamente, las ciudades de Cananor, Calicuxlí y Goa, en el golfo pérsico (Ormuz) y en la costa oriental de África comprendida entre Zeila (en el golfo de Adén) y Sofala (Mozambique). En el pormenorizado informe que elaboró, el servidor real destacaba el papel central de Calicuxlí como gran polo comercial de Malabar (India), donde se vendía la pimienta, la canela y el clavo; describía las ciudades asiáticas y africanas que había reconocido e informaba de que los navíos portugueses que surcaban el Atlántico podrían dirigirse hacia el Índico, alcanzar Sofala, en la costa oriental africana, o una gran isla que los árabes llamaban «de la Luna» (Madagascar) y, a partir de ahí, cambiar el rumbo hacia las más importantes ciudades de la India [38].

En paralelo con el proceso negociador lusocastellano, el rey de Portugal preparaba cuidadosamente el envío de una armada al Índico, según indica la orden de pago, datada el 9 de junio de 1493, de una elevada cuantía (10 espadines de oro) a Abraham Zacuto [39], muy probablemente como recompensa por el trabajo desarrollado en la realización de las tablas cuatrienales de declinaciones solares, imprescindibles para la navegación astronómica en alta mar (*vuelta a lo ancho*), siendo posible que hubiera colaborado también con el maestre Rodrigo y, sobre todo, con el maestre José Vizinho, médico de corte y astrónomo, en el perfeccionamiento de la norma para la determinación de latitudes por alturas meridianas del sol («norma de la altura del sol al mediodía»), experimentada en los mares de Guinea por aquel colaborador íntimo de João II ya en 1485 [40].

Los Reyes Católicos, a su vez, se encontraban en Medina del Campo, en abril de 1494, cuando recibieron a Antonio de Torres, a quien Colón encargó transmitir informaciones a los soberanos y entregar en sus manos un *Memorial sobre el suceso de su segundo viaje a*

[38] Cfr. Jorge Couto, «Pero da Covilhã» y «O Padre Francisco Álvares e a Verdadeira Informação da Etiópia», *História de Portugal*, João Medina (dir.), vol. IV, Amadora, 1993, pp. 185-198.

[39] João Martins da Silva Marques (dir.), *op. cit.*, doc. 263, p. 396.

[40] Cfr. Abraão Zacuto, *Almanach Perpetuum*, reproducción facsímil con introducción de Luís de Albuquerque, Lisboa, 1986 (1496), pp. 14-59.

las Indias. Gracias a este importante documento, datado el 30 de enero de ese año, el Almirante del Mar Océano garantizaba que las islas encontradas —en el primer y en el segundo viajes (Guadalupe, Puerto Rico y Jamaica)— pertenecían al «principio de Oriente», y así lo testimoniaban tanto las variedades de especias encontradas sólo en los litorales como la existencia, en grandes cantidades, de oro en los ríos [41].

Los soberanos dieron órdenes para que prosiguieran las conversaciones con los embajadores del rey de Portugal, después de considerarse suficientemente informados sobre la naturaleza asiática y las características económicas de las islas occidentales, y, sobre todo, después de analizar los datos sobre la localización de sus nuevas posesiones y llegar a la conclusión, basándose en las concepciones colombinas, de la casi completa certeza de la inexistencia de tierras en la región austral comprendida entre las 100 y las 370 leguas [42]. Los relatos de Colón, de Antonio de Torres y del doctor Diego Álvarez Chanca, médico real, así como las opiniones de mosén Jaime Ferrer, de Blanes, convencieron a los Reyes Católicos de que sus navíos habían alcanzado el «oriente y las extremas partes de la India superior», donde se encontraban los productos más valiosos, como «piedras preciosas, oro, especias y drogas» [43].

En este contexto, Isabel y Fernando, en la última y definitiva fase del proceso negociador, procuraron garantizar fundamentalmente la posesión de las tierras occidentales, en la convicción de que eran asiáticas, mientras que João II pretendía asegurar el dominio del Atlántico Sur, que le proporcionaría la exclusiva del camino marítimo de la India a través del contorno de África a lo ancho.

La parte lusitana estuvo de acuerdo con la sustitución del paralelo de las Canarias por una «raya», pero exigió que se alejase a 370 leguas, alegando que ése era el espacio marítimo indispensable que necesitaban los navíos originarios de la costa africana, de Cabo Verde, de Madeira y de las Azores para efectuar el viaje de regreso al reino, y no aceptaron las contrapropuestas castellanas de 270 y 350 leguas [44].

[41] Cfr. Cristóbal Colón, *Textos y Documentos...* pp. 147-148.

[42] Cfr. Rui de Pina, *op. cit.*, pp. 185-186.

[43] *Cartas de Particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Juan Gil y Consuelo Varela (eds.), Madrid, 1984, pp. 231-234.

[44] Cfr. Alfonso García Gallo, *op. cit.*, p. 732.

Los Reyes Católicos acabaron por aceptar la exigencia del Príncipe Perfecto, pero a cambio de esa cesión obtuvieron garantías relativas a los derechos de don Manuel al trono de Portugal, ganancias territoriales en la delimitación de las fronteras del reino de Fez —tanto en la zona mediterránea situada enfrente del estrecho de Gibraltar (los pueblos de Cazaza y Melilla), como en la costa atlántica (a partir de Meça, en Sus, hasta el cabo Bojador)—, así como las compensaciones relacionadas con el acceso a la pesca en la costa marítima africana comprendida entre los cabos Nao y Bojador y con las actividades marítimas militares entre este último accidente geográfico y el río Oro.

La fase final de las conversaciones transcurrió rápidamente, llegándose, por lo que respecta a la repartición del Atlántico, al siguiente compromiso: sustitución del principio de la prioridad en el descubrimiento por el de demarcaciones fijas, para el que se fijó un meridiano situado a 370 leguas al occidente del archipiélago de Cabo Verde como línea de delimitación de los hemisferios ibéricos en el Atlántico, quedando las islas y tierra firme, descubiertas o por descubrir, que se situasen en la parte oriental para Portugal y en la occidental para Castilla; constitución de una comisión mixta y paritaria de astrónomos y pilotos que participaría en una expedición conjunta de dos o cuatro carabelas destinada a determinar, en un plazo de diez meses, los marcos divisorios; compromisos de ambos reinos para no recurrir al papa con el fin de modificar el texto del acuerdo y en defender su confirmación sin la intruducción de ninguna alteración, así como no mandar que se efectuasen exploraciones, rescates, secuestros o conquistas fuera de sus zonas de jurisdicción; en la hipótesis de que los navíos de ambas partes se encontraran casualmente islas o tierras situada en la esfera de influencia ajena, comunicarían el hecho a la potencia a la que, por derecho, perteneciera a la respectiva posesión, procediendo a su entrega; finalmente, Portugal aseguraba el derecho de paso en su hemisferio a los navíos de Castilla.

El tratado contenía también una norma transitoria: todos los territorios que descubriesen esas embarcaciones hasta el 20 de junio de 1494, comprendidos entre las 250 y las 370 leguas, serían integrados en la Corona de Castilla [45]. Esta disposición se había interpretado de manera restrictiva como destinada a rescatar los eventuales descubri-

[45] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, docs. 292-294, pp. 432-453.

mientos efectuados por Colón en el transcurso de su segundo viaje. Sin embargo, los negociadores castellanos ya se encontraban desde abril de 1494 en posesión de los relatos referentes a esa expedición y estaban seguros de que el Almirante no había encontrado ninguna isla ni tierra en esa franja. Esta cláusula tendría por objeto salvaguardar la posibilidad a la armada de refuerzo —cuyo mando se había confiado a Bartolomé Colón, futuro adelantado de las Indias— de efectuar descubrimientos en el transcurso del viaje de ida de la *Española* [46].

El 12 de mayo todavía había pequeñas divergencias en lo tocante a aspectos menores, según se desprende del análisis de las respuestas de los reyes de Castilla y Aragón a las preguntas suscitadas por Estevão Vaz, secretario del rey de Portugal [47].

Los Reyes Católicos aprovecharon el marco negociador para interferir en la selección del sucesor de João II, ya que éste se encontraba sin descendiente legítimo desde la muerte del príncipe don Afonso (1491), provocada por un accidente de caballo. El monarca portugués pretendía que le sucediese su hijo bastardo, don Jorge [48], por lo cual se dedicó a realizar gestiones en Roma para obtener su legitimación. Sin embargo, su mujer defendía los derechos de su hermano, don Manuel, duque de Beja, primo hermano de don João, hijo del infante don Fernando, nieto materno del infante don João y paterno del rey don Duarte (1433-1438), posición que contó con el apoyo de la alta nobleza, habiendo aprovechado ésta la oportunidad para reagruparse en torno a la reina consorte y a su madre, doña Beatriz, duquesa de Viseu. Este partido contaba, además, con el apoyo de Isabel de Castilla, que era, por vía materna, prima hermana de doña Leonor y de don Manuel, por lo que desempeñó un papel importante cuando intervino, junto a Alejandro VI, para imposibilitar la legitimación del hijo bastardo del rey de Portugal.

Al sustentar la candidatura de don Manuel, los Reyes Católicos intentaban colocar en el trono de Portugal a un primo hermano de la reina Isabel, que, agradeciendo el apoyo prestado, adoptaría una política más favorable a los intereses castellanoaragoneses, tanto en

[46] Cfr. Juan Pérez de Tudela, *op. cit.*, pp. 75-76.

[47] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 291, pp. 430-431.

[48] Cfr. Luís de Lancastre e Távora, «O Senhor D. Jorge», *Oceanos* (Lisboa), 4 (1990), pp. 82-92.

el ámbito de las cuestiones internacionales, principalmente para conseguir un distanciamiento en la aproximación lusofrancesa establecida por Luis XI y Afonso V y continuada por los respectivos sucesores, como en el ámbito de las relaciones bilaterales.

La actuación del gobierno del Príncipe Perfecto se caracterizaba:

— En el interior: por los esfuerzos centralizadores y del correspondiente fortalecimiento del poder regio, cristalizado en la expresión: «Yo soy la propia ley» [49], política que simultáneamente reforzaba la posición lusitana en el escenario internacional y dificultaba los intentos de reducir el reino de Portugal a un papel secundario o subordinado en el contexto peninsular.

— En el exterior: por la atenta vigilancia de todos los movimientos expansionistas que llevaban a cabo los Reyes Católicos y que, eventualmente, pudiesen poner en entredicho los intereses vitales de Portugal en el Atlántico y por la rigurosa aplicación de la doctrina del *Mare Clausum*, que se traducía en la intransigente defensa de la política del rey del «exclusivo lusitano» (y regio) en el acceso al lucrativo comercio con la costa occidental de África, donde había que resaltar el oro de la Mina.

Impidiendo la subida al trono de don Jorge, los Reyes Católicos pretendían evitar el avance de las líneas de fuerza establecidas en el reinado anterior. De hecho, los trámites desarrollados por Isabel en Roma y en Portugal, a favor del duque de Beja, hicieron creíble la interpretación de que esperaban que en su reinado se llevase a cabo una inflexión en la política externa portuguesa, para volverla más acorde con sus posiciones. Reforzaba esta idea el que, en el futuro, don Manuel no podría olvidar el papel desempeñado por los primos en su subida al trono, por lo que era de esperar que adoptase una actitud más flexible en cuanto a los intereses castellanoaragoneses.

En caso de resistencia interna a la subida al trono de su candidato, y de que se desembocase en una guerra civil, los Reyes Católicos contaban, a cambio del apoyo militar que se disponían a concederle, con presentar «una importante factura al propio don Manuel»: compensaciones territoriales en la península y el reino de Fez [50]. En suma, la

[49] Armindo de Sousa, «Realizações», *História de Portugal*, José Mattoso (dir.), vol. II, Lisboa, 1993, p. 528.

[50] Cfr. Juan Pérez de Tudela, *op. cit.*, p. 85.

ocasión se presentaba propicia para reducir a Portugal a una situación de dependencia semejante a la que se encontraba el reino de Navarra.

Y en este marco se sitúa el envío de emisarios a João II —y también a doña Leonor—, a los que recibió el rey en Setúbal, en mayo de 1494, emisarios que transmitieron veladas amenazas sobre los peligros internos (rebelión de los naturales) y externos (candidatura de príncipes extranjeros, especialmente del emperador Maximiliano I de Hasburgo, su primo hermano, también nieto de don Duarte) que correría Portugal si don Jorge fuera declarado su heredero [51]. Al sugerir la posibilidad de que soberanos de otros reinos que descendiesen legítimamente de la Casa Real portuguesa invocaran derechos de sucesión, Isabel de Castilla sugirió de manera indirecta que esas cualidades también se resumían en su persona, dado que era nieta del infante don João y bisnieta del fundador de la dinastía de Avis, João I (1385-1433).

Solamente después de que João II informara a los enviados castellanos de que no pretendía permitir que el hijo bastardo le sucediera en el trono y, problablemente, también después de discutir la celebración del casamiento de su hija mayor, doña Isabel, con don Manuel [52], los Reyes Católicos firmaron, con fecha de 5 de junio, los poderes que concedían facultades a sus representantes (Enrique Henríquez, mayordomo mayor; Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León; Rodrigo Maldonado, Fernando Álvarez de Toledo, secretario real, y, como testigos, Pero de León, Fernando de Torres y Fernando Gamarra) para que acordaran los dos tratados con Portugal, que fueron firmados en Tordesillas el 7 del mismo mes y posteriormente ratificados por Isabel y Fernando en Arévalo el 2 de julio y por João II en Setúbal el 5 de septiembre [53].

[51] Cfr. Manuela Mendonça, *D. João II. Um Percurso Humano e Político nas Origens da Modernidade em Portugal*, Lisboa, 1991, pp. 458-465; Joaquim Veríssimo Serrão, *Itinerários de El-Rei D. João II (1481-1495)*, Lisboa, 1993, pp. 530-532.

[52] En un trabajo reciente, un historiador portugués propone el interrogante sobre si no estaría pensando ya en ese consorcio por lo que los Reyes Católicos habrían requerido una dispensa papal, concedida el 26 de junio de 1493, para que sus hijos se pudiesen casar con parientes próximos, ya que don Manuel e Isabel eran primos en segundo grado. Cfr. Luís Adão da Fonseca, *op. cit.*, p. 74.

[53] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, docs. 295-297 y 298, pp. 453-458.

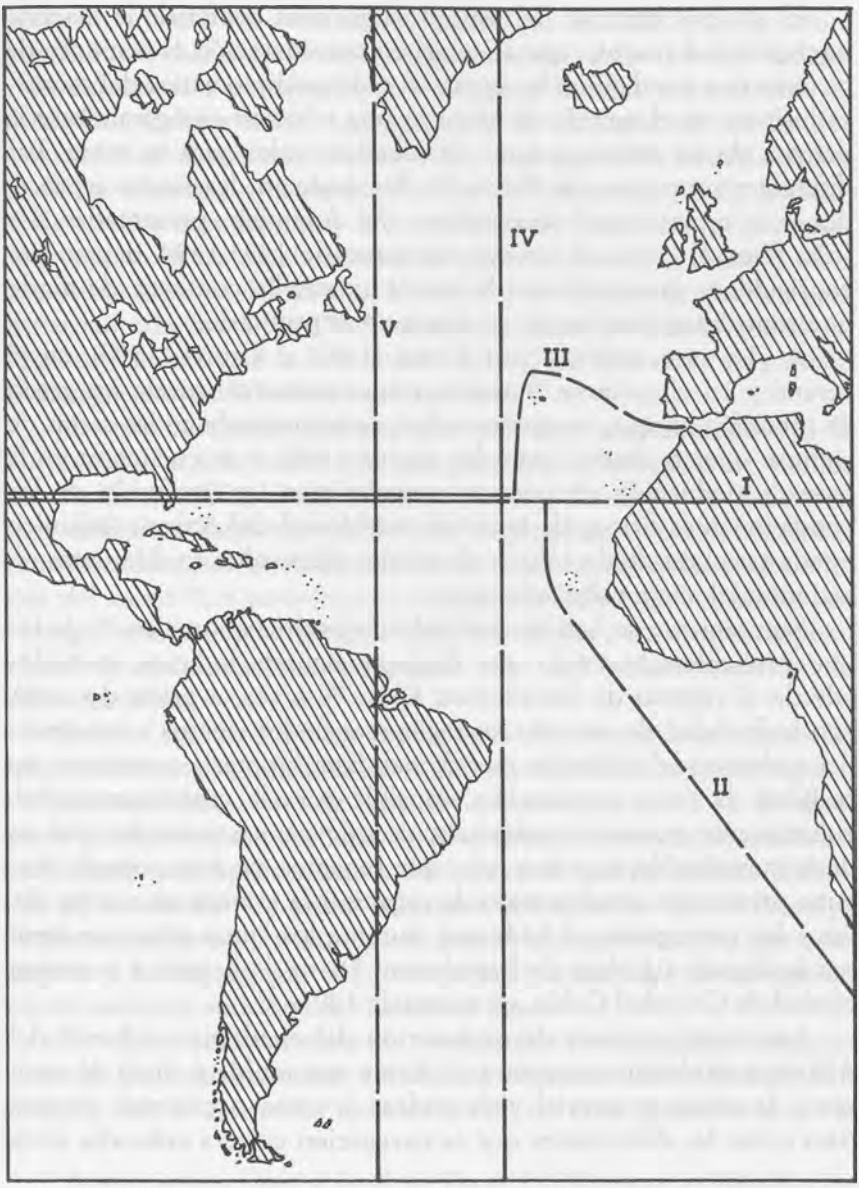
Ninguno de los monarcas firmantes solicitó la aprobación pontificia del tratado, y solamente se le pidió a Manuel I (1495-1521) que el convenio principal se reconociera en Roma, aunque fuera de manera indirecta, en el pontificado de Julio II (1503-1513), a través de la bula *Ea quae pro bono pacis*, con fecha de 24 de enero de 1506, que autorizaba al arzobispo de Braga y al obispo de Viseu a confirmarlo en nombre del papa [54].

El significado del ensanchamiento del meridiano de Tordesillas

La interpretación de las posiciones adoptadas por João II con respecto al establecimiento de la línea divisoria de las áreas de influencia lusocastellanas en el Atlántico originaron encendidas controversias. De la aplicación de la propuesta de acuerdo castellano-aragonés (n.º II del Mapa 2), así como del meridiano de 100 leguas fijado por la bula pontificia (n.º IV del Mapa 2) resultaría, en ambos casos, la completa exclusión de la presencia portuguesa en el hemisferio occidental. Por el contrario, tanto las dos versiones del paralelo de las Canarias (n.ºs I y III del Mapa 2) como el meridiano de 370 leguas al occidente de Cabo Verde (n.º V del Mapa 2), marcos divisorios continuamente defendidos por el Príncipe Perfecto, garantizaban la inserción de una significativa parcela del continente americano en el área de soberanía lusitana.

Estos datos llevaron a muchos autores a defender que la actitud del soberano estuvo motivada por la preocupación de reservar para Portugal los territorios situados en el occidente austral (Brasil), de los que tenía un conocimiento positivo. Mientras tanto, otros admiten que João II sólo tenía una fundada creencia en la existencia de tierras en esa región del globo, mientras que, finalmente, algunos sugieren que el objetivo del monarca consistía exclusivamente en garantizar el monopolio del camino marítimo de la India por el Atlántico Sur, asegurando el suficiente espacio marítimo que permitiese describir con seguridad la *vuelta a lo ancho*, indispensable para que las naves doblasen la punta meridional de África y alcanzasen el Índico.

[54] *Apud Alguns Documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo acerca das Navegações e Conquistas Portuguezas*, Lisboa, 1892, pp. 142-143.



Mapa 2. Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas, Sevilla, 1948, pp. 246-247. Fuente: Florentino Pérez Embid.

El análisis riguroso del asunto exige, para conferirle la máxima inteligibilidad posible, que se tenga en consideración el conjunto de factores que condicionó la actuación política-diplomática del monarca lusitano en el sentido de alcanzar una solución que garantizase la defensa de los intereses que consideraba vitales para su reino. Las diferentes propuestas de líneas de demarcación destinadas a proceder a la repartición lusocastellana del Atlántico, presentadas por João II en el curso de las negociaciones de 1493-1494, deben, por consiguiente, interpretarse a la luz de un amplio contexto, de modo que contribuya a esclarecer su alcance más profundo.

I. La ruta utilizada por Gama (1497) y Cabral (1500), en el verano y en el invierno boreales, respectivamente, revela un grado de precisión tal que, en nuestros días, se recomienda en las cartas de vientos —*pilots charts*— para los navíos a vela, y se encuentra en la base de deducción de que un conocimiento tan profundo de los condicionantes físicos de la mitad meridional del océano Atlántico pueda ser el resultado sólo de dos viajes efectuados en diferentes estaciones del año y utilizando naves.

Seguramente se habrán realizado viajes de exploración [55], de los que probablemente sólo nos llegaron algunos indicios, iniciados «desde el regreso de Bartolomeu Dias» [56], o sea, a partir de 1489, con la finalidad de conocer los regímenes de los vientos y corrientes del sudoeste del Atlántico meridional. Esta hipótesis constituyó, en realidad, la única explicación plausible para la circunstancia, frecuentemente puesta en evidencia, de que parece «extraño, por no decir inexplicable, que don João, que sepamos, no haya tomado ninguna precaución en el sentido de organizar la armada que debía llevar a los portugueses al Indostán, durante los cinco años que separan la llegada a Lisboa de Bartolomeu Dias y la llegada a la misma ciudad de Cristóbal Colón, en marzo de 1493» [57].

Los viajes juaninos de exploración del cuadrante sudoeste del Atlántico tenderían a encontrar la forma más rápida y eficaz de escapar a la calma ecuatorial y de rodear la costa occidental africana para evitar las dificultades que la navegación costera colocaba en la

[55] Cfr. Gago Coutinho, *A Náutica dos Descobrimentos. Os Descobrimentos Marítimos vistos por um Navegador*, Moura Braz (ed.), 2.ª ed., vol. I, Lisboa, 1969, pp. 390-408.

[56] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, 3.ª ed., Oporto, 1983, p. 297.

[57] Luis de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1985, p. 112.

parte meridional del continente (a partir de los 20° S), obligando a los navíos a «hacer frecuentes variaciones de rumbo en una navegación cuidadosa y trabajosa, que la escasa visibilidad y las nieblas dificultaban todavía más», agravadas por la suciedad de los fondos costeros. Los obstáculos al avance hacia el sur en las inmediaciones de la costa marina, a la altura del cabo de Voltas (28° 42' S), debidos a los vientos muy frescos y a la corriente de proa, sólo permitieron sobrepasarlo a las carabelas cuando Bartolomeu Dias decidió efectuar «una gran vuelta al mar, buscando los vientos favorables para ganar latitud» (hasta los 37° S, aproximadamente) [58], de lo que el navegante juanino sacó la conclusión natural de que sería muy difícil la navegación por la misma ruta con naves [59].

Las exploraciones destinadas a procurar una alternativa —la vuelta en arco a lo ancho del mar para ladear la región de vientos contrarios que Dias encontró al poniente del cabo— se realizaron con carabelas. Estos navíos de vela conjugaban dos características fundamentales, las dimensiones de las velas latinas y las proporciones del casco [60], y permitían la navegación con bolina, siendo, por consiguiente, las embarcaciones más adecuadas para efectuar operaciones de reconocimiento geográfico y de los condicionamientos físicos del océano.

Existen registros de las provisiones de víveres a las carabelas que revelan una significativa actividad marítima derivada del regreso de Bartomeu Dias. Uno de esos documentos, datado el 18 de agosto de 1489, mandaba entregar 1.000 quintales de bizcocho, cantidad «suficiente para aprovisionar a dos o tres carabelas durante alrededor de dos años» [61], y podía constituir una señal de que el Príncipe Perfecto decidiera, por esa época, iniciar las exploraciones que condujeran a la adquisición del conocimiento técnico de la navegación en el cuadrante sudoeste del Atlántico Sur.

II. En el transcurso de las operaciones de sistemática prospección de los condicionantes físicos del occidente del Atlántico Sur habrían sido encontrados indicios (vuelo de aves, alteraciones en la

[58] António Cardoso, *Viagem de Bartolomeu Dias em 1487/88 vista por um Marinheiro*, Lisboa, 1990, pp. 14-17.

[59] Cfr. Luís Adão da Fonseca, *O Essencial...*, p. 51.

[60] Cfr. João da Gama Pimentel Barata, *Arqueologia Naval*, vol. I, Lisboa, 1989, p. 243.

[61] Armando Cortesão, *O Mistério de Vasco da Gama*, Coimbra, 1973, p. 169.

coloración de las aguas oceánicas, detritus vegetales y, eventualmente, objetos) que levantaron fundadas sospechas sobre la existencia de tierras australes, muy probablemente a lo largo del trecho de la llamada costa este-oeste brasileña, comprendida entre los cabos de San Roque (5° 29' S) y de San Agustín (8° 20' S), toda vez que esta región constituyó simultáneamente la extremidad oriental de la franja marítima sudamericana y el área a la que más se aproximaban los navíos a tierra al efectuar *la vuelta a lo ancho* y lo más al oeste posible, en la secuencia de derrota de máximo alejamiento de la costa africana en busca de los alisios del sudeste que hasta el último de aquellos accidentes geográficos solamente permite el rumbo hacia el sudoeste [62].

III. El meridiano de 100 leguas a occidente de las Azores y Cabo Verde, sugerido por Colón, consagrado en la bula *Inter caetera (I)* y presentado como forma de solución negociada al conflicto lusocastellano por los Reyes Católicos, aseguraba —sobre todo si se hubiera utilizado el archipiélago azoriano como punto de partida para la fijación de la línea de demarcación— el área de maniobra necesaria para la ejecución de la ruta «indirecta», en arco [63]. Idéntico razonamiento —por mayoría de razón— se aplica tanto a la raya de 270 leguas como a la de 350, sucesivamente propuestas por los delegados de Isabel y Fernando y rechazadas por los negociadores lusitanos.

IV. Mientras transcurrieron las conversaciones lusocastellanas, João II no descuidó la preparación del envío de una expedición al Índico; así lo atestigua la contratación, en 1493, de los servicios del reputado astrónomo salmantino Abraham Zacuto para colaborar con los técnicos portugueses en el perfeccionamiento del regimiento de navegación astronómica, así como en la elaboración de tablas cuatrienales de declinaciones solares, indispensables para surcar el Atlántico Sur durante meses sin ningún punto de referencia terrestre. Los elementos sobre las más anti-

[62] Cfr. Gago Coutinho, *op. cit.*, vol. I, pp. 308-311.

[63] Cfr. Luís Filipe F. R. Thomaz, «O Projecto Imperial Joanino (Tentativa de interpretação global da política ultramarina de D. João II)», *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua Época. Actas*, vol. I, Oporto, 1989, p. 95.

guas tablas que se conocen para la región austral comprenden exactamente el período de 1493-1496 [64].

V. El monarca portugués probablemente, además, no se quedó inactivo en cuanto a la investigación del hemisferio occidental, con anterioridad a la botadura de la segunda armada de las Indias, como lo indica el episodio de la partida de cuatro carabelas de la isla de Madeira, donde Colón vivió algún tiempo y obtuvo informaciones sobre vestigios oriundos del poniente que allí iban a dar a la costa y que, curiosamente, se encuentra situada en una latitud muy próxima a las Canarias, última escala efectuada por las expediciones castellanas antes de adentrarse en el océano.

Los datos sobre los movimientos de los navíos portugueses recogidos por el espionaje de los Reyes Católicos despertaron en ellos las mayores sospechas de que se destinarían a las nuevas tierras, lo que transmitieron al Almirante del Mar Océano en una carta datada el 5 de septiembre de 1493. Los embajadores portugueses, inquiridos sobre el asunto, recurrieron a un pretexto convencional, explicando que las tres carabelas regias iban persiguiendo a una particular que, sin orden del monarca, había zarpado rumbo a las islas occidentales [65].

La propuesta juanina hecha a Lope de Herrera, en abril de 1493, de suspensión por dos meses del envío de armadas lusocastellanas al poniente, así como la demora en la llegada de los embajadores portugueses a Barcelona, en el segundo semestre de ese año, fueron interpretadas por Isabel y Fernando como señales de una estrategia dilatoria del rey lusitano para que sus carabelas explorasen el Atlántico Occidental, ofreciéndole informaciones que le permitiesen negociar un acuerdo ventajoso. Como observó un historiador español, si don João accedió a la petición del emisario de los Reyes Católicos para sostener el tan pregonado envío de la armada de Francisco de Almeida, sigilosamente «no dejaría de enviar sus ágiles e imbatibles carabelas para profundizar en la exploración del Atlántico Occidental», además de contar con los dos tripulantes portugueses de la *Niña*, carabela en que Colón regresó a Europa [66].

[64] Cfr. Luís de Albuquerque, *O Livro de Marinharia de André Pires*, Lisboa, 1963, pp. 32-81; *idem, Os Guias Náuticos de Munique e Évora*, Lisboa, 1965, p. 76.

[65] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 281, pp. 417-418.

[66] Cfr. Cristóbal Colón, *op. cit.*, p. 170.

VI. Varias fuentes —todas de origen castellano— demuestran que João II «sospechaba de la existencia de islas y también de un continente al sudoeste del Atlántico» [67]. En agosto de 1493, el cardenal Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, convocó al maestre Jaime Ferrer para presentarse en la corte, que se encontraba en Barcelona, provisto de su mapamundi y de otros instrumentos relacionados con la cosmografía, para participar en las negociaciones [68]. Poco después, en la ya referida carta de 5 de septiembre del mismo año al Almirante del Mar Océano, los Reyes Católicos le informaron de que, después de las conversaciones mantenidas con los enviados lusitanos (Dias y Pina), algunos de sus colaboradores —entre los que se encontraba el cosmógrafo catalán— habían quedado convencidos de que los portugueses pensaban que «podría haber islas y también tierra firme que según la parte del sol en que está se cree que serán más provechosas y más ricas que todas las demás» en el espacio «que está en medio, desde la punta que los portugueses llaman de Buena Esperanza, que está en la ruta que ellos llevan ahora para Mina de Oro y Guinea abajo, hasta la raya que vosotros dijisteis que debía estar en la bula del papa» [69].

La redacción de este pasaje es ambigua y no permite deducir taxativamente que tales islas, continente y tierras ricas estuvieran necesariamente situadas a occidente de África. Mientras tanto, si tenemos en consideración que la corte castellanoaragonesa tenía al maestre Ferrer en la más alta consideración, no cuesta aceptar que hubiera sido él el inspirador de ese párrafo de la carta de los monarcas, ya que fue expresamente nombrado para dar opiniones de tipo técnico sobre las negociaciones con los embajadores del rey de Portugal.

Si comparamos este texto con la carta que, por orden de Isabel de Castilla, escribió aquel lapidario y cosmógrafo catalán, de origen judaico, a Colón el 5 de agosto de 1495, veremos que, según su pensamiento, el «apóstol y embajador de Dios» había alcanzado «el Oriente y las partes extremas de la India superior» y que, de acuer-

[67] Luís Ferrand de Almeida, *A Diplomacia Portuguesa e os Limites Meridionais do Brasil (1493-1700)*, Coimbra, 1957, p. 268.

[68] Cfr. Jaime Cortesão, *op. cit.*, vol. II, p. 164.

[69] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 281, p. 418.

do con la larga experiencia acumulada por Ferrer en el transcurso de los grandes viajes realizados por Asia, era en esa «parte del sol» en donde se localizaban las «cosas grandes y de precio, como las piedras preciosas, el oro, las especias y las drogas» [70]. Se llega, pues, a la conclusión de que las ricas islas y el continente se hallaban localizados en la región austral, pero que se consideraban integrantes del continente asiático.

Esta afirmación, se confirma, además, por la circunstancia de que Colón, según el testimonio de su biógrafo más reputado, había decidido alterar expresamente en su tercera expedición (1498) la ruta seguida en los dos primeros viajes, escogiendo como punto de partida el archipiélago de Cabo Verde, en vez de Canarias, con el objetivo expreso de «encontrar islas y tierras» y de comprobar «cuál era la intención del rey João de Portugal que decía que en el sur había tierra firme y que por esto [...] tuvo diferencias con los reyes de Castilla» y «que dicho rey don João tenía la seguridad de que dentro de sus límites habría de encontrar cosas y tierras famosas» [71]. Y fue precisamente en el transcurso de esa nueva ruta donde Colón avistó por primera vez tierra firme (1 de agosto de 1498), que bautizó con el nombre de Isla Santa, y allí efectuó el primer desembarco en el continente americano (5 de agosto) en una región situada al norte del río Orinoco [72].

Un reputado historiador de la ciencia náutica se pregunta si la obstinación del rey y de sus procuradores en la negociación de la ampliación de la raya a las 370 leguas habría sido gratuita. Después de concluir con la negativa, sugiere que esa altitud se destinaría a reservar para Portugal los territorios del nordeste americano [73]. Ahora bien, como se observó recientemente, las propuestas juaninas de división horizontal del Atlántico implicaban la total ausencia de presencia portuguesa en la región septentrional, hecho que anula esa hipótesis [74], por lo que la única explicación plausible para la insistencia lusitana en el cambio de posición del meridiano reside en la preocupación de reservar para Portugal no sólo la exclusividad del

[70] *Cartas de Particulares a Colón...*, pp. 233-234.
[71] Cristóbal Colón, *Textos y Documentos...*, p. 223.
[72] 72 Cfr. *idem, Los Cuatro Viajes...*, p. 25.
[73] Cfr. Luís de Albuquerque, *Crónicas de História de Portugal*, Lisboa, 1987, p. 54.
[74] Cfr. Luís Adão da Fonseca, *O Tratado de Tordesilhas...*, p. 73.

acceso al Atlántico Meridional, sino también «territorios [...] ya entrevistos o de existencia sólo sospechada» [75], pero situados en la región austral.

La tenacidad con que el Príncipe Perfecto defendió como línea divisoria entre las áreas de soberanía de los dos reinos en el Atlántico, en primer lugar, el paralelo de las Canarias y, en segundo lugar —cuando esa solución se hizo inviable debido a la irreductible oposición de los Reyes Católicos—, el alejamiento de la raya a las 370 leguas, sólo se justifica por el doble objetivo de, por un lado, procurar «a toda costa evitar las intromisiones ajenas a la navegación portuguesa en el Atlántico Meridional —vía marítima hacia Oriente ya abierta gracias al descubrimiento del paso por el sudeste»— [76] y, por otro, incorporar a la Corona portuguesa las tierras situadas en el Austro (Brasil), que bordeasen la margen occidental del Atlántico, «de cuya existencia don João tenía suficientes indicios» [77].

Para garantizar la satisfacción de su deseo en el sudoeste Atlántico, el monarca lusitano no dudó en hacer concesiones territoriales en el norte de África, aceptar el acceso de súbditos castellanos tanto a los bancos de pesca comprendidos entre los cabos Nao y Bojador, como al curso del río Oro y, sobre todo, renunciar a un proyecto que, desde la muerte del príncipe don Afonso, se le hacía tan caro: la designación de don Jorge como heredero al trono.

El meridiano de 100 leguas se alejaba tanto de la costa africana —obsérvese atentamente el n.º IV del Mapa 2— y proporcionaba un margen de maniobra tan significativo para que las naves diesen la vuelta a través del Atlántico Sur, que la exigencia del alejamiento de más de 270 leguas de línea divisoria hacia el oeste —a cambio de concesiones territoriales y políticas— no se debía únicamente a la preocupación de garantizar espacio marítimo. Al contrario, los datos ya enumerados, todos de origen castellano, apuntan en el sentido de que, poseyendo fuertes indicios sobre la posibilidad real de existencia de islas o de tierra firma en las regiones australes situadas al occidente de África, João II había tomado la determinación de alcanzar una solución negociada que preservase los aspectos princi-

[75] Luís de Albuquerque, *op. cit.*, p. 54.

[76] Damião Peres, *op. cit.*, p. 275.

[77] Duarte Leite, *História dos Descobrimentos. Colectânea de Esparsos*, Vitorino Magalhães Godinho (coord.), vol. I, Lisboa, 1959, p. 472.

pales dentro de los intereses portugueses, a la cabeza de los que se colocaba el «Plano de las Indias».

La viabilidad del proyecto indiano hacía imprescindible prevenir la eventualidad de que las tierras australes, situadas en el recorrido de la ruta a lo ancho, permanecieran bajo el dominio de Castilla y fueran ocupadas por sus súbditos, situación que ponía en peligro el exclusivo dominio lusitano del Atlántico Sur y la seguridad de la ruta del Cabo [78]. Naturalmente, la preocupación prioritaria del monarca no fue obtener territorios occidentales —que posteriormente correspondieron a Brasil—, sino impedir que sus oponentes peninsulares se estableciesen en ellos, confiriendo, de ese modo, una autonomía aumentada en el camino marítimo de la India, reforzada por la hipotética creación de alguna base de apoyo en el hemisferio occidental, al sur del Ecuador. Como concluyó un imparcial historiador norteamericano, biógrafo de Colón, si se hubieran descubierto «los documentos de las negociaciones de Tordesillas, se hubiera sabido que João II poseía más conocimientos de los que parece al firmar el tratado de 1494 y el pacto de 1495» y que «la sospecha de la existencia de un territorio como Brasil correspondía a una convicción [...]» [79].

La actitud de João II y de Manuel I de, al contrario que los Reyes Católicos, no tomar una única iniciativa en el sentido de dar cumplimiento a la cláusula referente a la organización del viaje conjunto destinado a fijar el meridiano de la demarcación, a pesar de la insistencia castellana, también estará relacionada con la posesión de indicios concretos sobre la existencia de tierras en el hemisferio austral, en el occidente de África.

Isabel y Fernando solicitaron al maestre Jaime Ferrer, en 1494, opiniones sobre la definición de la línea divisoria fijada en Tordesillas [80]. Por otro lado, aprobaron el 7 de mayo de 1495 las reglas para la celebración de una reunión preparatoria, en la frontera entre los dos reinos, de astrónomos, pilotos y marineros encargados de prepa-

[78] Cfr. Fernando Castelo-Branco, «O Tratado de Tordesilhas e o Brasil», *El Tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, pp. 323-328, e *idem*, «Problemática do Tratado de Tordesilhas»: *Anais da Academia Portuguesa da História* (Lisboa), II (22), 1973, pp. 43-51.

[79] S. E. Morison, *As Viagens Portuguesas à América*, trad. port., Lisboa, s.d., p. 86.

[80] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 300 (27 de enero de 1495), pp. 459-460 y doc. 304 (posterior al 28 de febrero de 1495), pp. 463-466.

rar técnicamente la expedición mixta y de prorrogar el plazo para fijar la fecha concreta [81]. Sin embargo, el rey de Portugal, a pesar de las promesas realizadas en este sentido, nunca llegó ni siquiera a nombrar a sus delegados.

La delimitación del meridiano de Tordesillas encerraba varias cuestiones polémicas relacionadas con las dificultades técnicas a la hora de aplicarla rigurosamente, como el hecho de no haber sido fijada la isla de Cabo Verde, a partir de la que se efectuaría el recuento de 370 leguas y, también, el problema de la extensión atribuida al grado del meridiano terrestre [82].

En este contexto, las exploraciones conjuntas en el hemisferio occidental eran inconvenientes para Portugal, antes de que sus navíos alcanzasen el Índico por la ruta de El Cabo, ya que en el caso de encontrarse tierras en el poniente, se podrían provocar conflictos sobre el establecimiento del hemisferio en el que se situaban las mismas y, consecuentemente, de la potencia a la que pertenecían, desviando así los intereses portugueses del objetivo primordial, alcanzar la India.

Habría sido la previsión de la enorme probabilidad de que la expedición conjunta encontrara tierras en la región occidental lo que llevó a los reyes de Portugal a no tomar ninguna iniciativa en ese sentido. Para los monarcas lusitanos sería preferible que Castilla continuase convencida de que había alcanzado el oriente, apoyándose en los informes enviados por Cristóbal Colón, mientras concluían los preparativos y se efectuaba el viaje marítimo a la India. Además, el Almirante del Mar Océano insistió en la convicción —sincera o interesada— de que había alcanzado Asia, obligando incluso, en junio de 1494, a sus tripulantes a testimoniar bajo juramento y delante del escribano real Ferno Peres de Luna que la isla Juana (Cuba) era tierra firme asiática: la Mangi (China meridional) de Marco Polo [83].

Prestigiosos historiadores españoles defienden que la firma del Tratado de Tordesillas no supuso la revocación de la totalidad de las disposiciones de la bula *Dudum siquidem* —limitándose a delimitar «el término *a quo*» de la línea divisoria y dejando indeterminado «el

[81] *Idem, ibidem*, doc. 306 (7 de mayo de 1495), pp. 467-470.

[82] Cfr. Luís de Albuquerque, «O Tratado de Tordesilhas e as dificuldades técnicas da sua aplicação rigorosa», *El Tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, pp. 122-123.

[83] Cfr. *Cartas de particulares a Colón...*, pp. 216-223.

término *ad quem*»—, lo que representaba que el acceso al oriente sería para el reino cuyos navíos, navegando en las respectivas áreas de influencia, lo alcanzasen en primer lugar [84]. Por lógica, interpretaciones de idéntico tenor debieron consolidarse a finales del siglo XV en los círculos gubernamentales castellanos. De esta manera, los soberanos portugueses —ciertamente conocedores de estos hechos—, confirieron la máxima prioridad al descubrimiento del camino marítimo de la India para poder garantizar la primacía en la apertura de esa ruta.

La obtención de este objetivo estratégico, lo mismo que su consolidación, condicionó claramente la posición de los monarcas lusitanos en lo referente a la organización de expediciones conjuntas por el hemisferio occidental, con el objetivo de proceder a la respectiva demarcación, lo que llevó a la adopción de una cuidada selección de las conjeturas más adecuadas para divulgar los descubrimientos efectuados en esa área del globo.

Independientemente de la discusión en torno a las intenciones reales de João II y de la posibilidad de tener conocimiento «de la existencia de tierras en el cuadrante suroeste del Atlántico» [85], hecho que justificaría su obstinación en el alejamiento del meridiano de partida hacia las 370 leguas, lo cierto es que esa actitud negociadora proporcionó a Portugal no sólo el señorío del Atlántico Sur, sino también el de la franja territorial de Brasil, comprendida entre la bahía de Maracan (en el litoral oriental del Pará) y la Cananeia (en la costa de São Paulo).

En resumen, sin las concepciones geopolíticas del Príncipe Perfecto, muy avanzadas para su tiempo [86], y su determinación y habilidad política-diplomática —puesta de manifiesto en las conversaciones que condujeron a la firma del Tratado de Tordesillas—, Portugal no sólo se habría tenido que enfrentar con graves dificultades en la estructuración y mantenimiento de la ruta de la India, sino que además no habría tenido ninguna presencia en el Nuevo Mundo, cuya consecuencia última sería la inexistencia de Brasil tal y como lo co-

[84] Cfr. Alfonso Garcia Gallo, *op. cit.*, pp. 147 y ss.; Rámon Ezquerra Abadia, «La Idea del Antimeridiano», *A Viagem de Fernão de Magalhães...*, pp. 5-6.

[85] Gago Coutinho, *op. cit.*, vol. II, p. 46.

[86] Cfr. Avelino Teixeira da Mota, «A Viagem de Bartolomeu Dias e as Concepções Geopolíticas de D. João II», *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, S. 76 (10-12), 1958, pp. 297-322; Luís Filipe F. R. Thomaz, *op. cit.*, pp. 81-98.

nocemos: desde su designación pasando por las fronteras, composición étnica y lengua, hasta las características culturales, la civilización e idiosincrasia que caracterizan a este pueblo.

Viajes en el Atlántico austral posteriores a Tordesillas

Existen indicios de organización de misiones de exploración en el Atlántico Meridional después de la firma del Tratado de Tordesillas. Una de las hipótesis que se baraja es la de que la carabela de Afonso Gonçalves —prestigioso piloto cuya actividad aparece documentada a finales del siglo XV y comienzos del XVI— había zarpado en noviembre de 1494 para realizar uno de esos viajes [87], por el que fue recompensado, a través de una carta real, con fecha de 11 de junio de 1497 —menos de un mes antes de que embarcara en la armada de Vasco de Gama—, con el privilegio de escudero por el servicio que ya había prestado a la Corona y por aquel que en el futuro iba a prestar [88].

Después de que las carabelas descubrieran la *vuelta a lo ancho*, los viajes preparatorios tendrían como objetivo probar esa ruta con naos, prototipo de navío desarrollado al final del siglo XV y escogido para realizar el descubrimiento del camino marítimo de la India. Fueron equipadas con aparejo redondo, los mástiles grande y de trinquete (proa) con velas cuadrangulares dobles y mesana con vela latina, por lo que no sólo eran menos veloces que las carabelas sino que bolinaban muy poco. Sin embargo, tenían la ventaja de poseer un tonelaje más elevado, lo que posibilitaba el transporte de guarniciones militares, de pasajeros, y de una mayor cantidad de carga; además, también disponían de altos bordos y de castillos insertos en el casco, que se encontraba reforzado por cintas que iban de popa a proa [89].

Las estructuras de las naos les conferían una enorme capacidad de resistencia frente a las violentas tempestades que tienen lugar frecuentemente en el Atlántico austral, en la latitud aproximada de

[87] Cfr. Armando Cortesão, *op. cit.*, p. 177.

[88] Cfr. Sousa Viterbo, *Trabalhos Náuticos dos Portugueses, Séculos XVI e XVII*, Lisboa, 1988 (1898), Parte I, p. 337.

[89] Cfr. João da Gama Pimentel Barata, *op. cit.*, vol. II, pp.15-16.

37°, altura de montaje de la extremidad meridional de África (el cabo de las Agujas, situado a 34° 50' S) a lo ancho.

Poco después de ser proclamado rey (27 de octubre de 1495), Manuel I sometió a discusión en el Consejo Regio, reunido en Montemor-o-Novo entre diciembre de ese año y enero del siguiente, la concreción del proyectado viaje a la India. A pesar de la opinión desfavorable de la mayoría de sus consejeros, el monarca decidió proseguir la empresa oriental [90].

Después de tomar esa resolución, el Venturoso encargó a Bartolomeu Dias la dirección de los trabajos finales de construcción de los navíos destinados a la India —tarea que desempeñaba desde el comienzo por designación de João II «de acuerdo con lo que él pensaba que convenía para sufrir la furia de los mares de aquel gran cabo de Buena Esperanza» [91]— lo que significa que la exploración previa de las condiciones físicas del Atlántico Sur y la elección de las naos [92] corresponden a decisiones tomadas en el reinado de João II, o sea, con anterioridad a octubre de 1495.

Los grandes viajes portugueses del descubrimiento no se hicieron, pues, por casualidad —«yendo a probar»—, como observó, en 1537, el matemático Pedro Nunes, ya que fueron precedidos de una cuidada y prolongada preparación [93].

El 8 de julio de 1497 salió del Tajo la expedición destinada a descubrir el camino marítimo de la India, comandada por Vasco de Gama y formada por cuatro navíos dirigidos por algunos de los mejores pilotos de la época (Pero de Alenquer, João de Coimbra, Pero Escobar y Afonso Gonçalves), que fue la primera armada compuesta por naves que cruzó el Atlántico Sur.

A partir de la isla de Santiago (Cabo Verde), la escuadra navegó hacia el sudeste hasta la latitud aproximada de Sierra Leona, para vencer a los vientos del sur que, en el verano, hacen sentir su influencia hasta alrededor de 10° al norte del Ecuador, con el objetivo de ganar barlovento a naciente, iniciando ahí la *vuelta a lo ancho* en

[90] Cfr. João de Barros, *Ásia, Primera Década,* Coimbra, 1932, pp. 121-124; Damião de Góis, *Crónica do Felicíssimo Rei D. Manuel,* prefacio de David Lopes, vol. I, Coimbra, 1949 (1566), p. 48.

[91] João de Barros, *op. cit.*, p. 122.

[92] Cfr. Damião Peres, *op. cit.*, p. 284.

[93] Cfr. Gago Coutinho, *op. cit.*, vol. I, pp. 90 y 326.

arco hacia el oeste, alterando, poco después, el rumbo hacia el sudoeste [94]. Atendiendo a las características de la navegación a vela en esa estación del año, se llega a la conclusión de que, sin la realización de esa maniobra, los pilotos «atraparían la pequeña flota al norte del cabo de San Roque, impidiéndole superar la protuberancia al nordeste de Brasil» [95] e imposibilitando, en consecuencia, la continuación del viaje en dirección al cabo de Buena Esperanza.

El reabastecimiento de la armada de Vasco de Gama en Cabo Verde, pocos días después de la salida de Lisboa, sugiere, desde luego, que existía un conocimiento previo del trazado de la *vuelta a lo ancho*, ya que implicaba una navegación de tres meses sin avistar tierra, volviéndose, así, aquel archipiélago la última escala antes de alcanzar la punta meridional de África.

Por otro lado, la precisión y seguridad reveladas por la armada de Vasco de Gama en la descripción de la ruta indirecta en doble curva (bordada al sudeste y arco por el oeste) y el hecho de que todavía hoy la practiquen los veleros modernos que en el verano pretenden alcanzar el cabo de San Roque, llevaron también a cuestionar su anterior determinación— y el probable avistamiento desde ese punto de la costa—, ya que no se podía haber adivinado, ni resulta creíble que haya sido explorada en un único viaje, sobre todo con naos [96].

La carabela de Bartolomeu Dias acompañó a la armada hasta el momento en que ésta concluyó la bordada de sudeste e inició la vuelta en arco hacia el oeste, lo que todavía refuerza más las observaciones anteriores. De hecho, la misión confiada por el rey al descubridor del pasaje del sudeste —uno de los mayores carabelistas de su tiempo— significa que éste sabía, en julio de 1497, cuál era la ruta exacta para bordear, en esa estación del año, la costa de África a lo ancho, sin ceñirse al mismo tiempo a la extremidad oriental del litoral brasileño; este conocimiento le vino, naturalmente, de la realización de anteriores exploraciones efectuadas con aquel tipo de navío, plenamente adaptado a la exploración oceánica.

[94] Cfr. Damião Peres, *O Descobrimento do Brasil por Pedro Álvares Cabral. Antecedentes e Intencionalidade*, Oporto/Río de Janeiro, 1949, pp. 79-89.

[95] Max Justo Guedes, *O Descobrimento do Brasil*, 2.ª ed., Lisboa, 1989, pp. 96-97.

[96] Cfr. Gago Coutinho, *op. cit.*, vol. I, p. 397; Damião Peres, *História dos Descobrimentos...*, pp. 298-299.

No podemos creer que, a una armada de cuatro navíos que tenía la pretensión de alcanzar el Índico, a lo largo de un viaje de tan largo curso, con objetivos de naturaleza diplomática, religiosa y comercial, se le hubiese asignado la tarea de explorar el desconocido Atlántico meridional —cuando se había dispuesto de casi 10 años para hacerlo— para determinar una ruta todavía no delineada.

El escoger la *vuelta a lo largo* sólo se podía haber asumido después de realizar exploraciones anteriores a través de las cuales se hubiera podido comprobar la viabilidad y la mayor rapidez de ese trazado, factores decisivos para una armada que tenía que recorrer millares de leguas para efectuar la primera unión marítima entre Lisboa y Calicut, o sea, entre Europa y Asia.

En el transcurso del mes de agosto de 1497, la flota de Vasco de Gama, al navegar a lo largo de la costa oriental de Brasil, detectó indicios de existencia de tierra en el poniente, que registró en los siguientes términos el autor del *Cuaderno de bitácora*, que no era marinero [97]: «[...] yendo en la vuelta del mar al sur cuarta de sudoeste, encontramos muchas aves, y cuando llegó la noche se dirigían hacia el sudoeste, como aves que van a la tierra» [98].

El viaje de Duarte Pacheco Pereira al continente americano (1498)

Diez días después de que Vasco de Gama hubiera alcanzado Calicut (20 de mayo de 1498) —hecho que permanecería desconocido en Europa hasta los primeros días de julio del año siguiente—, levó anclas del puerto de Sanlúcar de Barrameda la tercera expe-

[97] Sobre las razones que habrían impedido a Valentim Fernandes, impresor originario de Morabia, establecido en Portugal desde finales del siglo XV, editar ese texto de la mayor importancia y para el cual tendría público garantizado, como lo demuestra la edición a la que él mismo procedió, en 1502, del *Livro de Marco Paulo*, véase João Rocha Pinto, «As Frustações de Valentim Fernandes. Portugal: uma organização estratégica do saber ou a ausência de colecções de viagens apesar de nisso termos sido os primeiros», *Anais do Clube Militar Naval* (Lisboa), CXVI (1986), pp. 207-238.

[98] *Diário de Viagem de Vasco da Gama*, António Baião y Artur Magalhães Basto (eds.), vol. I, Oporto, 1945 (1497), vol. I, p. 2.

dición del Cristóbal Colón, formada por ocho navíos con una tripulación de 226 hombres, cuyo reclutamiento originó muchas dificultades, debido a que se habían malogrado las enormes expectativas alimentadas en el momento de la realización del viaje anterior, obligando a la Corona a recurrir a un significativo contingente de desterrados [99].

Por las razones anteriormente citadas, el Almirante del Mar Océano decidió modificar, de acuerdo con sus soberanos, la ruta adoptada en las anteriores expediciones, haciendo paradas en las islas de Porto Santo y Madeira, alcanzando el archipiélago de Cabo Verde (Boa Vista) el 28 de junio y poniendo rumbo, seguidamente a la isla de Santiago, donde se detuvo hasta el 4 de julio. Colón había recibido instrucciones expresas de los Reyes Católicos para adquirir allí ganado con destino a La Española, una vez que los animales habían sido adaptados a las características del clima tropical [100].

Las escalas efectuadas por el navegante genovés en cuatro islas de dos archipiélagos portugueses, violaban frontal y ostensiblemente las disposiciones del Tratado de Tordesillas, que solamente autorizaba las escalas en casos de fuerza mayor, concretamente tempestades, a no ser que hubiesen sido previamente autorizadas por el monarca lusitano. Ahora bien, la peculiar coyuntura ibérica entre marzo de 1498 y julio de 1500 constituyó la clave para esclarecer no sólo este episodio sino también los problemas relacionados con la realización, durante esa época, de expediciones portuguesas al continente americano.

En octubre de 1497, Manuel I se casó con la princesa doña Isabel, hija mayor de los Reyes Católicos. Al mismo tiempo, fallecía don Juan, único descendiente varón de aquellos monarcas, que dejó embarazada a su mujer, Margarita de Austria, la cual dio a luz a un niño muerto. De este modo, la sucesión de Castilla y Aragón recayó en los reyes de Portugal, por lo que Isabel y Fernando les pidieron que aceptasen la herencia que les pertenecía y que se trasladasen a aquellos reinos con el fin de ser nombrados herederos de los tronos castellano y aragonés.

[99] Cfr. Cristóbal Colón, *Los Cuatro Viajes...*, pp. 23-25.
[100] Cfr. *idem, ibidem*, p. 251.

La cuestión suscitó reticencias en las cortes de Lisboa en febrero y marzo de 1498 [101], levantándose voces que advertían contra los peligros que supondría para Portugal el hecho de que el monarca se ausentara largo tiempo en el extranjero y que pasara a ser príncipe heredero de Castilla y Aragón, circunstancia que lo colocaría en una posición subordinada frente a sus poderosos suegros y que limitaría la capacidad de maniobra lusitana en una fase de aguda competencia entre las Coronas peninsulares por ser los primeros en alcanzar el Oriente, ya que se desconocían los resultados de la expedición de Vasco de Gama y Colón se preparaba para partir en su tercer viaje [102]. A pesar de las abundantes opiniones desfavorables, don Manuel decidió aceptar la propuesta de sus suegros, sobre todo porque su cuñado Felipe de Habsburgo, futuro Felipe I de Castilla, casado desde 1496 con una segundona de los Reyes Católicos [103] se apresuró a «proclamarse a sí mismo y a su esposa Juana herederos del trono» [104].

Después de haber confiado la regencia a su hermana, la reina viuda, doña Leonor, a la cual ayudarían en el gobierno del reino el duque de Braganza, el marqués de Vila Real y otros nobles, don Manuel y su mujer partieron a Castilla, donde fueron nombrados herederos del trono, en Toledo, el 28 de abril, tras lo cual fueron en compañía de los Reyes Católicos a Zaragoza, capital del reino de Aragón, adonde llegaron los primeros días de junio. Sin embargo, debido a la no confirmación del monarca aragonés de los privilegios y exenciones tradicionales requeridos sobre todo por los procuradores de Valencia y Barcelona, no se realizó la ceremonia prevista y doña Isabel falleció el 24 de agosto, horas después de haber dado a luz al príncipe don Miguel da Paz, que en adelante sería el sucesor de las tres Coronas ibéricas [105].

Con la muerte de su esposa, don Manuel perdió automáticamente la calidad de futuro heredero de los tronos castellano y ara-

[101] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, «Lisboa, Cortes de 1498», *Dicionário de História de Portugal*, Joel Serrão (dir.), vol. II, Oporto, 1971, pp. 23-25.

[102] Cfr. Damião de Góis, *op. cit.*, vol. I, pp. 50-52.

[103] Cfr. Joseph Pérez, *Isabelle et Ferdinand. Rois Catholiques d'Espagne*, París, 1988, p. 374.

[104] Paul Stevens, *Fernando e Isabel*, trad. port., São Paulo, 1988, pp. 70-71.

[105] Cfr. Garcia de Resende, «A Entrada DelRey Dom Manoel em Castella», *op. cit.*, pp. 297-318.

gonés, por lo que se apresuró a regresar a su reino, donde llegó el 7 de octubre. A la luz de este entramado de acontecimientos políticos-diplomáticos que implicaron profundamente a los reyes de Portugal, Castilla y Aragón —cuyas cortes cohabitaron durante seis meses del año 1498— es como deben interpretarse los desarrollos relacionados con la expansión ultramarina de las Coronas peninsulares hasta finales de 1500.

Informado sobre la partida de la tercera escuadra colombina, así como sobre las expediciones al Atlántico septentrional, igualmente en busca de un paso hacia Oriente, emprendidas en 1497-1498 por João Caboto, veneciano al servicio de la Corona inglesa, a partir de Bristol [106], el monarca lusitano no se quedó inactivo ante los movimientos promovidos por los Reyes Católicos y por Enrique VII (1485-1509) en dirección al hemisferio occidental.

La necesidad de averiguar dónde se situaban los límites de demarcación en el poniente para verificar si las exploraciones castellanas e inglesas se estarían efectuando en el «área de influencia» lusitana indujo a Manuel I a ordenar la realización de viajes de exploración «de forma sistemática y, a veces, simultáneamente a las tierras del Atlántico occidental, al norte y al sur del Ecuador» [107].

Duarte Pacheco Pereira, cosmógrafo, navegante y soldado de reconocido prestigio, refiere en el siguiente extracto de su célebre obra, redactada en 1505, que

> [...] además de que es dicho que la experiencia es madre de las cosas, nos desengaña y toda duda nos evita; y, por tanto, bienaventurado Príncipe, hemos sabido y visto que en el tercer año de vuestro reinado del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos y noventa y ocho, donde Vuesa Alteza nos mandó descubrir la parte occidental, pasando más allá de la grandeza del mar océano, donde es hallada y navegada una tan gran tierra firme, con muchas y grandes islas adyacentes a ella, que se extiende a setenta grados de latitud de la línea equinoccial contra el polo Ártico, y, puesto que está asaz lejos, está grandemente poblada, y del mismo círculo equinoccial vuelve otra vez y va más allá de los veintiocho grados y medio

[106] Puerto que era muy visitado por armadores y mercaderes portugueses, principalmente por João Fernandes Labrador y Pero de Barcelos, ambos naturales de las Azores.

[107] Damião Peres, *op. cit.*, p. 339.

de latitud contra el polo Antártico, y tanto se dilata su grandeza y corre con mucha largueza, que de una parte ni de otra fue visto ni sabido su fin y su cabo; por lo cual, según la orden que lleva, es cierto que va en circuito por toda la redondez; así que hemos sabido que de las playas y costa del mar de estos Reinos de Portugal, y del promontorio de Finis Terra y de cualquier otro lugar de Europa y de África y de Asia [probablemente Groenlandia, que fue visitada por navegantes lusitanos —Pero de Barcelos y João Fernandez Lavrador— en la década de los noventa del siglo XV y que, según una leyenda del planisferio portugués anónimo de 1502, el *Cantino*, es considerada la punta del continente asiático], atravesando después todo el océano directamente hacia occidente, o hacia el oeste según orden de marinería, por treinta seis grados de longura [longitud], que serán seiscientas cuarenta y ocho leguas de camino, contando a dieciocho leguas por grado, y hacia lugares algún tanto más lejanos, es hallada esta tierra no navegada por los navíos de Vuesa Alteza y, por vuestro mandado y licencia, los de vuestros súbditos. Y, yendo por esta costa, del mismo círculo equinoccial en adelante, por veintiocho grados de latitud contra el polo Antártico, es hallado con ella mucho y fino brasil con otras muchas cosas de las que los navíos van grandemente cargados [108].

La interpretación de este enigmático pasaje ha dado origen a encendidas polémicas, lo que hace necesario, para poder analizar mejor su alcance, enumerar las principales cuestiones que ha suscitado:

1) si la expedición a la que alude el autor tuvo efectivamente lugar o si no pasó de un proyecto;
2) si su mando perteneció a Duarte Pacheco Pereira o a otro navegante;
3) cuáles fueron las regiones exploradas;
4) por qué razón el rey de Portugal no divulgó los resultados obtenidos.

Es importante subrayar que el valor indicado para el cumplimiento del grado terrestre (18 leguas marítimas portuguesas, correspondientes a 106.560 kilómetros) constituyó el cálculo más preciso efectuado hasta la segunda mitad del siglo XVIII, con un margen de error de tan sólo 4 por 100 por defecto (18,75 leguas equivalen a 111 kilómetros), valor que se adoptó en Portugal solamente a par-

[108] *Esmeraldo de Situ Orbis*, Damião Peres (ed.), Lisboa, 1988, pp. 20-21.

tir de la publicación en 1712 de un tratado de la autoría del cosmógrafo mayor [109].

En primer lugar, la larga y minuciosa investigación sobre el *Esmeraldo de Situ Orbis*, efectuada durante décadas por un historiador de cultura renacentista, le permitió comprobar que las expresiones «mandó descubrir» y «hemos sabido y visto», así como todas las referencias contenidas en la obra sobre los numerosos viajes efectuados por los portugueses durante el siglo XV, dicen que solamente en lo tocante a las expediciones que obtuvieron resultados concretos y en la exploración de territorios desconocidos no se comprueba una única mención de las hipotéticas o fracasadas misiones. Esta circunstancia nos lleva a concluir que efectivamente se realizó el viaje de 1498 al hemisferio occidental [110].

En lo relativo a la segunda cuestión, la comparación de las frases en que el autor del *Libro de cosmografía y marinería* se refiere a sí mismo revela que utiliza generalmente los pronombres personales «nós» y «nos» con el sentido de primera persona de singular [111].

Se citan a título de ejemplo los siguientes fragmentos:

1) «[...] la muy antigua y excelente ciudad de Lisboa, metrópolis de nuestra patria, de donde *nós*, Duarte Pacheco, autor, somos natural [...]» [112];

2) «[...] y la experiencia *nos* la hemos enseñado, porque durante muchos años y tiempos hemos navegado esta región de las Etiopías de Guinea, y hemos tomado las alturas del sol y su declinación [...]» [113].

El fragmento «en el tercer año de vuestro reinado del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos y noventa y ocho, donde *nos Vuesa Alteza* mandó descubrir la parte occidental, pasando más allá de la grandeza del mar océano», significa, por consiguiente, que el

[109] Cfr. Manuel Pimentel, *Arte de Navegar*, Armando Cortesão, Fernanda Aleixo y Luís de Albuquerque (eds.), Lisboa, 1969, p. 54.

[110] Cfr. Joaquim Barradas de Carvalho, *À la Recherche de la Spécificité de la Renaissance Portugaise. «L'Esmeraldo de Situ Orbis» de Duarte Pacheco Pereira et la Littérature Portugaise de Voyages à l'Époque des Grandes Découvertes*, vol. I, París, 1983, p. 38.

[111] Cfr. *idem, ibidem*, vol. I, pp. 43 y 50-54.

[112] Duarte Pacheco Pereira, *op. cit.*, p. 83.

[113] *Idem, ibidem*, pp. 160-161.

monarca encargó a Duarte Pacheco esa misión, interpretación que se ve confirmada por el análisis de otro pasaje en que aquel navegante alude, en términos prácticamente idénticos al viaje de Vasco de Gama, en el que no participó, suprimiendo en ese caso el pronombre *nos*: «por cuanto en el segundo año de vueso reinado, en la era de Nuestro Señor de mil cuatrocientos y noventa y siete y en el veintiocho de vuesa edad, Vuesa Alteza mandó descubrir esta costa [de África] del islote de la Cruz, donde el rey don João acabó en adelante [...]» [114].

Algunas de las características esenciales del *Esmeraldo* consisten en la objetividad, el rigor [115] y en la referencia a hechos históricos comprobados mediante otras fuentes. Por otro lado, no tiene sentido que Duarte Pacheco Pereira, en el diálogo que mantiene a lo largo de todo el *Esmeraldo* con el «bienaventurado Príncipe», mencionase órdenes regias que no hubiesen sido ejecutadas con la aprobación del «César Manuel». Si el navegante hubiera fracasado en la misión encomendada por el rey, lo más natural sería no referirse al asunto, sobre todo cuando el libro tenía por objeto la costa africana y la navegación atlántica y contenía solamente algunas informaciones accidentales relativas a la «cuarta parte que Vuesa Alteza mandó descubrir más allá del océano [...]» [116], o sea, al Nuevo Mundo.

El análisis del texto unido a la documentación regia nos lleva a concluir que no sólo los proyectos de Manuel I se concretaron, sino también que el soberano quedó satisfecho con los resultados alcanzados. La alta estima que el Venturoso siempre profesó a Aquiles Lusitano —epíteto atribuido por Camões a Duarte Pacheco en *Os Lusíadas*—, concediéndole el mando de una nave integrante de la armada que partió a la India, en 1503, bajo las órdenes de Afonso de Albuquerque y recompensándolo, con ocasión de su matrimonio (1512), con una pensión anual posteriormente aumentada, de 120.000 reales, así como con el prestigioso —y también muy rentable— cargo de gobernador de San Jorge de Mina (1519-1522) [117], contribuyen a confirmar estas aserciones.

[114] *Idem, ibidem*, p. XX.

[115] Véase el Anexo B.

[116] Duarte Pacheco Pereira, *op. cit.*, p. 22.

[117] Cfr. Avelino Teixeira da Mota, «Duarte Pacheco Pereira, Capitão e Governador de S. Jorge da Mina», *Mare Liberum* (Lisboa), 1 (1990), pp. 1-27.

No parece plausible que un hombre que participó en la fase final de las negociaciones de Tordesillas, siendo, además, por determinación del Príncipe Perfecto, uno de los signatarios del Tratado —distinción que ni siquiera cuenta, al igual que no menciona su relevante actuación en la defensa del reino de Cochim (1504) ni la acogida triunfal que don Manuel le reservó (1505)— intentase revalorizar su currículum con un viaje inexistente. Esa maniobra no surtiría ningún efecto, ya que el rey podía detectar fácilmente la falsedad de la afirmación. Tampoco iba a dedicarse a oscurecer la gloria del soberano, recordándole, pasada media docena de años, una iniciativa fracasada. Podemos deducir, entonces, que la expedición de 1498 fue dirigida por el autor del *Esmeraldo* y que la misma alcanzó los objetivos pretendidos por el rey de Portugal.

La tercera cuestión constituyó, sin ningún género de duda, el tema que originó la mayor controversia, dando lugar a diversas interpretaciones el establecimiento de los litorales reconocidos por Duarte Pacheco Pereira en el transcurso de la exploración efectuada en el cuadrante occidental del océano Atlántico.

En el citado extracto del *Esmeraldo* —donde se expresa claramente la noción de la continuidad y continentalidad del Nuevo Mundo (1505) totalmente distinto del de Asia—, su autor no procede a dar definición de las extremidades de aquel continente de las que afirma que se prolongan hasta los polos, pero sí procede a la determinación de las fronteras septentrional (70° N) y meridional (28° 30' S) de las posesiones lusas en los parajes americanos [118].

La propuesta de resolución del problema de la localización de la «cuarta parte» del mundo que don Manuel mandó descubrir, en 1498, en la región occidental del Atlántico, implica un análisis articulado de los extractos ya referidos con el siguiente pasaje del *Libro de cosmografía y marinería*:

> La experiencia nos hace vivir sin los engaños de las supersticiones y fábulas que algunos de los antiguos cosmógrafos escribieron acerca de la descripción de la tierra y del mar, los cuales dijeron que toda la tierra que yace debajo del círculo de la equinoccial era inhabitable, por el gran calor del sol. Y esto lo hallamos falso y completamente al contrario: delante del río Gabón se encuentra un promontorio bajo y delgado, al que en nuestra

[118] Cfr. Duarte Leite, *Descobridores do Brasil*, Oporto, 1931, p. 16.

lengua del cabo de Lopo Gonçalves [0° 39' S] llamamos, el cual tomó el nombre del capitán que lo descubrió, y yace con el nombrado río de Gabón, nordeste y sudoeste; y toma la cuarta del norte y sur, y tiene veintisiete leguas en su ruta; y este cabo de Lopo Gonçalves puntualmente queda debajo del círculo de la equinoccial; y en esta tierra hay mucha población de gentes, los cuales son negros, que más no hay en ninguna otra parte del mundo; y la experiencia nos ha enseñado, porque por muchos años y tiempos que esta región de las Etiopías de Guinea hemos navegado y practicado, tomamos las alturas del sol y sus declinaciones, para saber los grados que cada lugar se aparta en latitud, de la misma equinoccial para cada uno de los polos; y vimos que este círculo va por encima de este promontorio. Y hemos sabido que en este lugar, todos los días del año, es igual el día que la noche; y, si alguna diferencia hubiere, es tan poca que casi no se siente.

Muchos antiguos dijeron que, si alguna tierra estuviera oriente y occidente con otra tierra, que ambas tendrían el grado del sol igualmente y todo sería de una calidad. Y cuanto a igualdad del sol es verdad; pero que quiera que su magestad, la grande naturaleza, suya de gran variedad, en su orden, en la creación y generación de las cosas, hallamos, por experiencia, que los hombres de este promontorio de Lopo Gonçalves y de toda la otra tierra de Guinea son asaz negros, y las otras gentes [no utiliza la expresión indios] que están más allá del océano al occidente (que tiene el grado del sol por igual, como los negros de la nombrada Guinea) son pardos, casi blancos; y éstas son las gentes que habitan en la tierra de Brasil, de la que ya en el segundo capítulo del primer libro hicimos mención. Y si alguien quisiere decir que éstos están guardados de la calentura del sol, por haber en esta región muchas arboledas que le hacen sombra, y que, por eso, son casi albos, digo que, si muchos árboles en esta tierra hay, que tantos o más, tan espesos, hay en la parte oriental de la parte de acá del Océano, en Guinea. Y si dijeren que éstos de esta parte son negros porque andan desnudos y los otros son blancos porque andan vestidos, tanto privilegio dio la naturaleza a unos como a los otros, porque todos andan según nacieron; así que podemos decir que el sol no hace más impresión a unos que a otros. Y ahora es de averiguar si todos son fruto de la semilla de Adán [119].

Independientemente de que las coordenadas terrestres indicadas por Duarte Pacheco Pereira apuntaran en el sentido de que la expedición de 1498 tendría por destino la región ecuatorial, este último extracto nos ofrece el argumento más convincente de que la misma exploró la parcela amazónica de la franja marítima brasileña. En efecto, este cosmógrafo efectúa una comparación tan detallada

[119] Duarte Pacheco Pereira, *op. cit.*, pp. 160-161.

entre la naturaleza y los hombres de las regiones ecuatoriales de África y de América que presupone la observación directa [120].

La margen americana del Atlántico fronteriza con el cabo de Lopo Gonçalves (0° 39' S) corresponde a la desembocadura del Amazonas (del extremo norte —la Punta Grossa, situada a 1° 10 N— al extremo sur —la Punta Tijoca, localizada a 0° 35' S—, en una extensión superior a 280 kilómetros). En la franja marítima sudamericana, la floresta ecuatorial se extiende sólo hasta los *lençois* marañenses, «línea de costa formada por dunas de arena de color blanco [...] que constituyen una notable marca para la navegación» [121], pudiéndose observar a partir de ahí tan significativas diferencias en la flora de la franja del litoral que la hace incapaz de cualquier tipo de comparación con la exuberante vegetación africana. El autor del *Esmeraldo* observa, además, correctamente, «que la floresta ecuatorial africana era más densa que la ecuatorial americana, en la región del litoral» [122].

Las características físicas de los pueblos «que quedan más allá del Atlántico, a occidente», descritos por Pacheco Pereira como «pardos, casi blancos» o «casi albos», se ajustan más a los aruaques que dominaban la franja marítima desde la desembocadura del Oiapoque (Amapá) hasta la costa del Pará, incluyendo la cuenca amazónica y los correspondientes archipiélagos [123]: concretamente la mayor isla fluvial del mundo —la de Marajó—, que a los tupís-guaranís que controlaban el litoral a partir de la desembocadura del Jaguaribe (Ceará), adjetivados, de acuerdo con el testimonio del autor de la *Carta de Achamento*, como «pardos, como enrojecidos» [124].

Es también perfectamente plausible que la mención a la tierra «grandemente poblada» diga, con respecto al curso del Amazonas, una vez que las más recientes investigaciones arqueológicas confirman los relatos etnohistóricos, que en muchas márgenes y vegas de

[120] Cfr. Joaquim Barradas de Carvalho, *op. cit.*, vol. I, pp. 60-64.

[121] Max Justo Guedes, «As Primeiras Expedições de Reconhecimento da Costa Brasileira», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975, p. 190.

[122] Jaime Cortesão, «Relações entre a Geografia e a História do Brasil...», *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, Antonio Baião, Hernãni Cidade y Manuel Múrias (dirs.), vol. III, Lisboa, 1940, p. 23.

[123] Cfr. André Prous, *Arqueologia Brasileira*, Brasilia, 1992, pp. 494-498.

[124] Pero Vaz de Caminha, *Carta a El-Rei Dom Manuel sobre o Achamento do Brasil*, M. Viegas Guerreiro y Eduardo Nunes (eds.), Lisboa, 1974, p. 37.

ese gran río se encontraban aglomeraciones que disponían de elevados contingentes demográficos [125]. En las ricas tierras de aluvión amazónicas florecieron numerosas comunidades de horticultores-ceramistas que dieron origen a sociedades complejas con asentamientos de escala urbana que practicaban sistemas de agricultura intensiva, producían artesanía especializada, principalmente la célebre cerámica marajoara, desarrollaron rituales e ideologías y alcanzaron, entre los siglos V al XV, «una densidad de población extremadamente alta» [126]. Los primeros europeos que escribieron sobre la región subrayan, unánimemente, el gran número de habitantes que encontraron en la franja amazónica, realzando la existencia de poblados que «contaban con muchos millares a decenas de millares de individuos» [127].

Estos elementos permiten concluir que la comparación ecológica y antropológica a la que precedió Duarte Pacheco tuvo por referentes, en el Nuevo Mundo, el ecosistema y la población del estuario del Amazonas [128].

A partir de ese conjunto de datos se puede formular la siguiente propuesta de interpretación:

I. Manuel I, después de su regreso de Castilla (principios de octubre de 1498), decidió enviar una expedición con la finalidad de determinar la localización del meridiano de demarcación de los dominios lusos y castellanos, así como de averiguar la existencia de tierras en el área de jurisdicción portuguesa. A pesar de la sugerente tesis recientemente defendida por un prestigioso historiador español de que el viaje se destinaría a procurar descubrir la Trapobana por la línea equinoccial [129], es mucho más probable que hayan sido los primeros los objetivos reales formulados por el Venturoso.

II. Para alcanzar ese deseo, el monarca encargó a Duarte Pacheco Pereira que «descubriera la parte occidental, sobrepasando la

[125] Cfr. António Porro, *As Crónicas do Rio Amazonas. Notas Etno-Históricas sobre as Antigas Populações Indígenas da Amazónia*, Petrópolis, 1992, pp. 7-26.

[126] Anna Curtenius Roosevelt, «Arqueologia Amazônica»: *História dos indios no Brasil*, Manuela Carneiro da Cunha (coord.), São Paulo, 1992, p. 74.

[127] *Idem, ibidem*, p. 71.

[128] Cfr. Joaquim Barradas de Carvalho, *op. cit.*, vol. I, pp. 45-48 y 61-64.

[129] Cfr. Juan Gil, *Mitos y Utopías del Descubrimiento 1. Colón y su Tiempo*, Madrid, 1989, p. 136.

grandeza del océano». En efecto, nadie mejor que el reputado cosmógrafo y navegante se encontraría habilitado para cumplir aquella misión con eficacia, teniendo en cuenta que hacía muchos años que se dedicaba a la determinación de latitudes y a la exploración de la costa y de los ríos africanos, habiendo participado además, activamente, como consejero técnico en la delegación portuguesa que negoció y firmó el Tratado de Tordesillas.

III. Debido a las dificultades existentes en la determinación de la longitud durante el viaje, el proceso técnico más eficaz para la fijación de la línea divisoria consistía —hasta la experimentación, con éxito, por James Cook, hacia 1770, del cronómetro marino descubierto, en 1757, por John Harrison (1693-1776)— en «marcar por el Ecuador la línea de demarcación, puesto que los grados de longitud debían ser iguales a los de latitud» [130], según admitían correctamente, a finales del siglo XV, los más reputados cosmógrafos.

IV. En noviembre de 1498, Duarte Pacheco Pereira, a partir de una isla de Cabo Verde —muy probablemente Santiago, punto de partida que utiliza en su obra para efectuar el cálculo de la línea divisoria de Tordesillas— inició el viaje en dirección a la «cuarta parte» del mundo, tomando rumbo sudoeste.

V. En el transcurso de esa ruta, la expedición, al entrar en la zona donde se deja sentir la influencia de la corriente ecuatorial «cerró ligeramente hacia el sur su rumbo con el objetivo de compensar el arrastre hacia el oeste causado por esa corriente» [131], avistando el litoral brasileño hacia los 2° S. Al encontrar la «corriente de las *guianas*» —que en las proximidades de la costa marítima se desvía hacia el noroeste—, Duarte Pacheco habría continuado su viaje en ese rumbo, dado que «desde el cabo de S. Agustín hacia el río Amazonas soplan los monzones perpetuos y no se puede volver por la costa en tiempo ninguno» [132]. En la aproximación a tierra, el navegante habría iniciado, en noviembre-diciembre de 1498, la exploración de la porción norte de la costa de Maranhão, del estuario del Amazonas y de una parcela de la franja marítima septentrional de América del Sur.

[130] Luís de Albuquerque, «O Tratado de Tordesilhas e as dificuldades técnicas da sua aplicação rigorosa», *El Tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, Valladolid, 1973, p. 125.

[131] Max Justo Guedes, *op. cit.*, vol. I, t. I, p. 208.

[132] Sebastião da Veiga Cabral (1713), *apud* por *idem, ibidem*, p. 205.

El Aquiles lusitano «deja claramente entender que la línea de demarcación es el meridiano que corre 36° al oeste del de Lisboa», por lo que «éste encuentra el litoral brasileño en la desembocadura del Turiaçu (1° 20' S)» [133], razón por la cual la zona de soberanía portuguesa en la «cuarta parte» del mundo sólo se iniciaría en esa latitud, excluyendo, por consiguiente, una parte del litoral del Maranhão y la totalidad del Pará: se consideró que estaban situados en el área de influencia castellana. Ese motivo —de cariz político-diplomático— explica que Portugal no haya divulgado los descubrimientos que efectuó, respondiendo así a los interrogantes sobre las razones de la ocultación de los resultados obtenidos por esa expedición [134].

Este viaje de Duarte Pacheco al continente americano se comprueba con otras fuentes. En un documento titulado *Informazión y relazión del derecho que tenían los Reyes Catolicos a las Yndias y yslas del mar océano*, también conocido por *Memorial de La Mejorada*, atribuido a Cristóbal Colón, además de cuestionarse que el Tratado de Tordesillas permitiese a Portugal efectuar viajes a partir del cabo de Buena Esperanza, concretamente a la India, se acusa a Manuel I de violar el meridiano de demarcación por enviar expediciones portuguesas que navegaban en los parajes septentrionales y sobrepasaran la raya por la parte del poniente [135].

El memorial —que se redactó para responder a la expedición lusa de descubrimiento del camino marítimo de la India— es, a pesar de que algunos historiadores lo dataran en 1497 [136], una consecuencia del regreso del primer navío de la armada de Vasco de Gama a Lisboa, siendo, por consiguiente, posterior al 10 de julio de 1499. Existe, por otro lado, una carta del Almirante del Mar Océano, que se puede datar a finales de 1500, dirigida a Juana de la Torre, en que se refiere que se ha enviado una información a los Reyes Católicos acerca de sus derechos sobre Calicut, en particular, y Oriente, en general [137]. Estos elementos llevan a fechar el documen-

[133] Duarte Leite, *História dos Descobrimentos...*, vol. I, p. 475.

[134] Cfr. *idem*, *Descobridores do Brasil*, p. 23.

[135] Cfr. Cristóbal Colón, *Textos y Documentos...*, pp. 170-176.

[136] Cfr. Antonio Rumeu de Armas, *Un Escrito Desconocido de Cristóbal Colón: el Memorial de La Mejorada*, Madrid, 1972.

[137] Cfr. Rámon Ezquerra Abadia, *op. cit.*, p. 8.

to en 1499-1500 [138], siendo muy probable que la *Información* se destinase a procurar impedir la partida de la armada de Cabral (Marzo de 1500) [139].

La acusación colombina de que el rey de Portugal violó deliberadamente la línea divisoria, además de mandar formar una escuadra para descubrir el camino marítimo de la India, por dar órdenes para explorar la región noroeste (Pero de Barcelos, João Fernandes Lavrador y Gaspar Corte-Real) y enviar una expedición al poniente (Duarte Pacheco Pereira) —en busca, segun su autor, de la Citia [140]—, constituyó una «preciosa confirmación de los datos aportados por otras fuentes sobre viajes portugueses en la dirección del occidente a finales del siglo XV» [141].

Idéntica argumentación fue retomada, después de la muerte del navegante genovés, por Fernando Colón en el *Memorial por el Almirante* (1509), en la *Concordia* (1511) y, finalmente, en la *Declaración del derecho que la Real Corona de Castilla tiene a la conquista de las provincias de Persia, Arabia e India e de Calicute e Malaca, con todo lo demás que al Oriente del Cabo de Buena Esperanza el Rey de Portugal, sin título ni derecho alguno, tiene usurpadas...* (1524), redactada en el transcurso de la disputa lusoespañola sobre las Molucas [142].

El planisferio portugués anónimo de 1502 —vulgarmente llamado de *Cantino*, nombre del agente de Hércules I d'Este, duque de Módena, que lo adquirió clandestinamente en Lisboa, en ese año, gracias al soborno de un cartógrafo manuelino— puede, igualmente, contribuir a confirmar la realización de la expedición de 1498 a la franja septentrional sudamericana. Este mapamundi constituyó la primera versión moderna del orbe, incluyendo Europa, África, Asia y el Nuevo Mundo, y contiene, además, la más antigua representación cartográfica conocida de Brasil [143].

El monumento cartográfico lusitano presenta un accidente geográfico, el «golfo fremosso» —que no aparece en ningún documento

[138] Cfr. Luís Ferrand de Almeida, *op. cit.*, p. 10.

[139] Cfr. Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos...*, vol. II, pp. 171-173.

[140] Cfr. Cristóbal Colón, *Textos y Documentos...*, p. 175.

[141] Luís Ferrand de Almeida, *op. cit.*, p. 11.

[142] Cfr. Rámon Ezquerra Abadía, *op. cit.*, p. 9.

[143] Cfr. Armando Cortesão, *Cartografia e Cartógrafos Portugueses dos Séculos XV e XVI (Contribuição para um estudo completo)*, vol. I, Lisboa, 1935, pp. 142-151.

extranjero hasta 1506—, situado al norte del Ecuador y de la línea divisoria, o sea, el «marco entre Castilla y Portugal», «situado exactamente a 370 leguas de la isla de San Antonio de Cabo Verde» [144]. Duarte Leite, que realizó el más profundo estudio sobre el planisferio de 1502, confesó no conocer su origen [145], posiblemente por no haber considerado la hipótesis de que el mismo resultara de una expedición portuguesa.

Ahora bien, un esbozo cartográfico de 1506, cuya autoría se atribuye a Bartolomé Colón, contiene un perfil del litoral del continente americano —entendido como «una prolongación protuberante de China» [146]— que se extiende hasta el golfo Fermoso y el Cabo de Santa Cruz, abarcando la tierra firme entonces designada por «Nuevo Mundo» o *Terrae Sanctae Crucis* [147]. Al no aparecer en fuentes castellanas, hasta esa fecha, el primer topónimo, se concluyó que sólo después del regreso de Américo Vespucio a Sevilla (a finales de 1504) —después de permanecer algunos años al servicio de Portugal— fue cuando el «golfo fremosso», ya presente en el monumento cartográfico de 1502, surge, por primera vez, en un documento de origen no portugués. Así, la conclusión hipotética es que éste resulta de un viaje lusitano de exploración a la costa septentrional de América del Sur y que se le incluyó en los mapas castellanos gracias a las informaciones ofrecidas por el navegante florentino que acabó por ser nombrado, en 1508, primer piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla [148].

Las divergencias existentes entre el planisferio de Juan de la Cosa (c. 1500-1506) [149] y el mapamundi portugués de 1502 relativo a la parcela septentrional de la costa sudamericana —en la representación de los litorales y en la nomenclatura, en la que coinciden sólo

[144] Duarte Leite, *Os Falsos Precursores de Álvares Cabral*, 2.ª ed. mejorada, Lisboa, s. d., p. 166.

[145] *Idem*, «Os Falsos Precursores de Álvares Cabral», *História da Colonização Portuguesa do Brasil* (en adelante *HCPB*), Carlos Malheiro Dias (dir.), vol. I, Oporto, 1921, p. 176.

[146] Duarte Leite, *Os Falsos Precursores de Álvares Cabral*, 2.ª ed. mejorada, Lisboa, s. d., p. 17.

[147] Cfr. Juan Gil, *op. cit.*, p. 184.

[148] Cfr. Consuelo Varela Bueno, *Amerigo Vespucci, un Nombre para el Nuevo Mundo*, Madrid, 1988, pp. 70-71.

[149] Cfr. Alfredo Pinheiro Marques, *Portugal e o Descobrimento Europeu da América. Cristóvão Colombo e os Portugueses*, Lisboa, 1992, p. 87.

tres topónimos— contribuyen, también, a revelar que este último incorpora los resultados de secretas exploraciones efectuadas, en esa área, por navíos portugueses [150].

A partir del análisis de especies cartográficas (los mapas de Pesaro, Egerton MS 2803 y Roselli, de origen portugués, transmitidos a España e Italia por Vespucio y otros) y de fuentes españolas, un académico inglés llegó a la conclusión de que una expedición portuguesa, auxiliada por las mareas que penetran profundamente en el curso del río, exploró, entre diciembre de 1498 y mayo de 1499, el Amazonas, designado «colpho grande», hasta alrededor de 500 millas del mar, reconociendo las desembocaduras de los ríos Pará y Tapajós [151] —región que, a pesar de encontrarse «asaz fuera», estaba «generalmente poblada» [152]— antes de regresar al Atlántico.

Estos elementos concurren para comprobar cartográficamente la realización de «una expedición lusa por esos parajes, anterior a la de Cabral, pero no antes de 1498, cuando estuvo allí Cristóbal Colón» [153], uniéndose perfectamente con el viaje de exploración emprendido, en ese año, por Duarte Pacheco, en que reconoció parte del litoral septentrional sudamericano, que incluía, muy probablemente, una parcela del actual territorio brasileño que sería, a partir del siglo XVII, gradualmente incorporada a la Corona portuguesa, dando origen a la formación del Estado de Maranhão (1621), entidad autónoma del Estado de Brasil.

Estas conclusiones están en sintonía con la convicción perfilada por un científico que se acercó a este asunto y que afirma, principalmente, que está convencido de que las «exploraciones iniciales de la costa amazónica [...] fueron portuguesas» [154], lo que encuentra también creciente aceptación entre reputados investigadores que abordaron el tema recientemente [155].

[150] Cfr. Moacir Soares Pereira, «O Novo Mundo no Planisfério da Casa de Este, o "Cantino"», *Revista da Universidade de Coimbra*, XXXV (1989), p. 287.

[151] Cfr. Arthur Davies, «O Capitão Maranhão no Amazonas em 1498», *A Abertura do Mundo. Estudos de História dos Descobrimentos Europeus. Em Homenagem a Luís de Albuquerque*, Francisco Contente Domingues y Luís Filipe Barreto (coords.), vol. II, Lisboa, 1987, pp. 11-20.

[152] Cfr. André Prous, *op. cit.*, pp. 457-458.

[153] Moacir Soares Pereira, *op. cit.*, p. 287.

[154] Duarte Leite, «A Exploração do Litoral do Brasil na Cartografia da Primeira Década do Século XVI», *HCPB*, vol. II, Oporto, 1923, p. 395.

[155] Cfr. Carmen Bernard y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde. De la Découverte à la Conquête*, Paris, 1991, p. 591.

El descubrimiento oficial: la expedición cabralina (1500)

Poco después de que Duarte Pacheco contara a Manuel I los resultados de su viaje y de que le informara sobre la existencia de un continente en el hemisferio occidental [156], fondeó en el Tajo, el 10 de julio de 1499, la *Berrio*, primera embarcación de la armada de Vasco de Gama en regresar a Lisboa, que traía la noticia —y las pruebas— del descubrimiento del camino marítimo de la India, hecho que desencadenó, desde entonces, una febril actividad por parte de la Corona portuguesa en el terreno diplomático, administrativo y militar, destinada a estructurar la primera unión comercial oceánica euroasiática.

La divulgación de este evento —que suscitó gran admiración y curiosidad en Europa— tuvo importantes repercusiones internacionales, sobre todo en Castilla y en Venecia, los dos Estados europeos cuyos intereses se veían más duramente afectados por la nueva situación. El rey de Portugal, sin duda, no desconocía que el éxito de la flota de Vasco de Gama provocaría una profunda decepción en Castilla, dado que los Reyes Católicos estaban empeñados, desde 1492, en alcanzar ese mismo objetivo. El conocimiento de esa realidad, así como la conveniencia de obtener un rápido reconocimiento internacional de los derechos portugueses sobre la ruta del Cabo, llevaron a Manuel I a actuar rápidamente ante las Cortes castellana y pontificia.

Dos días después del acontecimiento, el Venturoso se apresuró a escribir a Isabel y a Fernando para comunicarles el feliz éxito de la empresa, sin esperar siquiera la llegada del comandante de la expedición. En la misiva se destacaba la existencia de grandes y ricas ciudades; se subrayaba el descubrimiento de los circuitos mercantiles orientales y de minas de oro; se realzaba la carga de especias (canela, clavo, jenjibre, nuez moscada, pimienta y otras) y de piedras preciosas (con inclusión de rubíes) traída por el navío comandado por Nicolau Coelho y se proporcionaban informaciones —que posteriormente se demostraron erróneas— sobre la naturaleza cristiana de las poblaciones «indias», aunque con reservas sobre la ortodoxia de sus creencias y ritos [157].

[156] Cfr. Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, pp. 151-152.

[157] El original pertenece a la Real Academia de la Historia de Madrid. Además de publi-

Después del regreso de la nave *San Gabriel*, bajo el mando de João de Sá, el monarca lusitano informó a Alejandro VI de las noticias de la India y, el 28 de agosto, escribió a Jorge da Costa, cardenal de Portugal e influyente miembro de la curia romana [158], utilizando, por primera vez, además de los títulos heredados de su antecesor, el de «Señor de la Conquista, Navegación y Comercio de Etiopía, Arabia, Persia e India», forma simbólica de afirmar ante los demás príncipes cristianos el derecho portugués al monopolio de acceso al Índico, basado en la primacía del descubrimiento y en las antiguas concesiones papales.

En la epístola dirigida al Cardenal Alpedrinha, el rey le proporcionaba importantes datos de naturaleza geopolítica, económica y religiosa sobre el oriente, le enviaba un extracto de la carta remitida al papa y le solicitaba —a pesar de afirmar explícitamente que las donaciones apostólicas reconocían los derechos de su Corona a las tierras orientales— su intervención ante el pontífice y el colegio de los cardenales para que, en señal de júbilo por el hecho, obtuviera la confirmación de las bulas anteriormente otorgadas [159], medida destinada a prever la eventualidad de la aparición de competidores europeos.

El informe que Vasco de Gama transmitió a Manuel I sobre el complejo cuadro geopolítico vigente en las costas africana y asiática del Índico, así como las preciosas informaciones proporcionadas por Gaspar de la India [160], indujeron al monarca a concluir que la implantación portuguesa en Oriente depararía significativas dificultades, debido a la existencia de una numerosa e influyente comunidad musulmana que controlaba las redes comerciales índicas, que habían recibido con visible hostilidad a la flota portuguesa que llegó a Calicut.

carse en el *Boletín* de institución, fue transcrito íntegramente por F. Félix Lopes, *Fr. Henrique de Coimbra. O Missionário. O Diplomata. O Bispo*, Lisboa, 1973, pp. 2-4.

[158] Sobre esta importante personalidad, véase el estudio de Manuela Mendonça, *D. Jorge da Costa, «Cardeal de Alpedrinha»*, Lisboa, 1991.

[159] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 341, pp. 549-550.

[160] Mercader y lapidario judío que fue llevado a Lisboa y convertido al cristianismo, llegando a ser conocido por Gaspar da Gama. Cfr. Elias Lipiner, *Gaspar da Gama, um Converso na Frota de Cabral*, Río de Janeiro, 1987, pp. 77-104.

El conocimiento de que la penetración comercial lusitana en los circuitos mercantiles orientales encontraría seria oposición fue la base de la decisión real, probablemente por consejo de Vasco de Gama, de enviar una gran armada que demostrase el poderío militar de Portugal y que funcionase como importante soporte de las pretensiones lusas de establecer una factoría y una misión en la capital de Samorim. El poder militar de la escuadra debería, además, ejercer una función disuasoria de cara a la aparición de nuevas resistencias.

La recepción en Castilla de las novedades provenientes de Portugal contribuyó a agravar el descrédito de Cristóbal Colón ante los Reyes Católicos [161] y los llevó a introducir importantes modificaciones en su política con respecto al poniente. En el último trimestre de 1498, el almirante Colón envió a sus soberanos un informe y una pintura sobre la «tierra firme grandísima» que había descubierto en su tercer viaje [162], así como informaciones sobre el descubrimiento de perlas en la parte del litoral sudamericano bautizada Costa de Pária. Basándose en las informaciones y en los planos colombinos, Juan Rodríguez de Fonseca, representante de Isabel y Fernando para los asuntos de las «Indias», autorizó a Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vespucio, así como a Pedro Alonso Niño y a Cristóbal Guerra, para que emprendieran viajes a la región occidental (1499-1500).

Los resultados alcanzados por Vasco de Gama convencieron a los Reyes Católicos para ignorar definitivamente el monopolio concedido a Colón, autorizando la celebración de capitulaciones con otros candidatos que pretendiesen efectuar exploraciones en los parajes occidentales en busca de Asia. Como consecuencia de esa nueva orientación política, partieron, a finales de ese año, las expediciones capitaneadas por Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe (1499-1500), y continuaron, en el año posterior, las de Rodrigo de Bastidas (1500-1502) y de Alonso Vélez de Mendoza (1500-1501) [163].

La decisión real de incrementar los viajes castellanos al hemisferio occidental, promovidos por andaluces, tenía como objetivo al-

[161] Cfr. Alfredo Pinheiro Marques, *op. cit.*, pp. 81-83.
[162] Cfr. Cristóbal Colón, *Los Cuatro Viajes...*, p. 27.
[163] Cfr. Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, pp. 144-150.

canzar el oriente, según revela el siguiente pasaje de la edición de 1516 de las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, referente a un trecho de la costa sudamericana, reconocido por las tripulaciones de Pinzón: «habían recorrido ya 600 leguas por el litoral de Pária y, según piensan, pasado más allá de la ciudad de Cataio y de la costa de la India, más allá del Ganges» [164].

Los preparativos para el envío de la segunda armada de la India transcurrieron rápidamente y se desarrollaron en varios frentes. La diplomacia lusitana entabló, con éxito, diligencias en Roma con el fin de alcanzar concesiones apostólicas que permitieran desarrollar acciones evangelizadoras, fundar conventos y organizar eclesiásticamente la India [165]. Paralelamente, Manuel I intentó obtener en Castilla hasta 1.500 marcos de plata destinados a la adquisición de productos orientales [166].

Un documento de significativa importancia —la «relación de las cosas necesarias para las naves de la armada»—, redactado entre mediados de septiembre y el 4 de noviembre de 1499, contiene minuciosas recomendaciones destinadas a la organización del viaje. Su autor destaca la necesidad de que se creara la normativa necesaria, destinada a que las dos figuras clave de la expedición —Vasco de Gama, entonces designado para el cargo de capitán mayor, y Bartolomeu Dias, responsable de la flotilla de carabelas destinada a Sofala— tuvieran la facultad de nombrar una subcapitanía, de designar, con anterioridad, los restantes capitanes y los respectivos escribanos, contramaestres y pilotos, así como de elaborar las instrucciones para los capitanes, administradores y escribanos. Este memorándum alude, también, a la indicación de los clérigos, frailes y artilleros, a la dotación de cartas de navegación para todas las embarcaciones, al abastecimiento de pertrechos, víveres, armas y municiones destinados a la escuadra y, además, al envío de cartas y presentes a los reyes de Calicut, Melinde y a otros soberanos no especificados [167].

[164] Duarte Leite (trad. y ed.), *Os Falsos Precursores...*, p. 86.

[165] Cfr. F. Félix Lopes, *op. cit.*, pp. 11-12.

[166] Carta Real de 3 de diciembre de 1499 a Miguel Péres de Almaçam, secretario de los Reyes Católicos, *idem, ibidem*, pp. 2-3.

[167] Cfr. Carlos Alberto Encarnação Gomes, «Novos elementos para o estudo da viagem de 1500 ao Brasil», *Anais do Clube Militar Naval* (Lisboa), CXIX (1989), pp. 9-27.

Por carta real de 15 de febrero de 1500, el soberano nombró para el cargo de comandante de la flota a Pedro Álvares de Gouveia (Cabral) [168], segundo hijo de Fernão Cabral, señor de Belmonte y corregidor de Beira, aunque anteriormente hubiera designado a Vasco de Gama para ejercer aquella función [169]. La preparación de la armada mereció los mayores cuidados, al haber oído el escribano António Carneiro al Almirante de la India y registrado sus consejos [170], que se utilizaron en la elaboración de la normativa real.

Tanto el «borrador original» de las órdenes regias dado a Cabral [171], como los fragmentos del extracto de la normativa de la escuadra de 1500 [172], denotan preocupaciones relacionadas con el establecimiento de alianzas con varios soberanos locales (en especial con los señores de Calicut y Melinde), el ataque a la navegación musulmana en el Índico, la participación en el comercio de especias orientales, el establecimiento de una factoría en Calicut y el desarrollo de actividades misioneras en la India. Los citados documentos están, todavía, incompletos, al no poseerse, curiosamente, los folios iniciales referentes a la travesía del Atlántico Sur que afectan directamente a la cuestión del descubrimiento de Brasil.

No llegaron a nuestros días las normas confiadas a los capitanes de los restantes navíos, aunque se sabe, sin embargo, que se elaboraron varias, concretamente la destinada a Bartolomeu Dias, según se deduce de la lectura de las notas escritas en los márgenes y en el reverso del «borrador» de las instrucciones adicionales entregadas a Cabral [173]. Mientras tanto, se conservaron los extractos íntegros de las normativas dadas a los escribanos del recibo de fondos (Martinho Neto y Afonso Furtado) y del gasto (Gonçalo Gil Barbosa y Pero Vaz de Caminha) de la factoría que don Ma-

[168] A. Fontoura da Costa (ed.), *Os Sete Únicos Documentos de 1500, conservados em Lisboa, referentes à Viagem de Pedro Álvares Cabral*, Lisboa, 1940, pp. 11-12.

[169] Cfr. Francisco Leite de Faria, *Pensou-se em Vasco da Gama para Comandar a Armada que Descobriu o Brasil*, Lisboa, 1978.

[170] Cfr. «Borrão original da primeira folha das instruções de Vasco da Gama para a viagem de Cabral», *apud* A. Fontoura da Costa (ed.), *op. cit.*, pp. 15-20.

[171] A. Fontoura da Costa (ed.), *op. cit.*, pp. 23-46.

[172] Alexandre Lobato (ed.), «Dois novos fragmentos do Regimento de Cabral para a Viagem da Índia em 1500», *Studia* (Lisboa), 25 (1968), pp. 31-49.

[173] A. Fontoura da Costa, *op. cit.*, pp. 50-53.

nuel proyectaba establecer en Calicut y cuya dirección atribuyó a Aires Correia [174].

El 9 de marzo de 1500, zarpó de Belén la segunda armada de la India, constituida por 13 velas (9 naos, 3 carabelas y 1 naveta de provisiones) capitaneadas por Cabral, Sancho de Tovar (que mandaba la nave *El-Rei*, con el cargo de subcapitán, o sea, lugarteniente, que tenía como misión sustituir al capitan mayor en caso de incapacidad de éste), Simão de Miranda de Azevedo, Aires Gomes da Silva, Nicolau Coelho, Nuno Leitão da Cunha, Vasco de Ataíde, Bartolomeu Dias, Gaspar de Lemos, Luís Pires, Simão de Pina y Pero de Ataíde [175].

La escuadra transportaba entre 1.200 y 1.500 hombres, incluyendo a la tripulación, los soldados, el administrador, los agentes comerciales y escribanos, el cosmógrafo maestre João, un vicario y ocho sacerdotes seculares, ocho religiosos franciscanos, los intérpretes, los indios que había llevado a Lisboa Vasco de Gama, y algunos desterrados.

El 14 de ese mes, la armada pasó a lo largo del archipiélago de las Canarias y el 22 alcanzó las islas de Cabo Verde, y allí el capitán mayor decidió no detenerse para efectuar la provisión de agua que estaba prevista en las instrucciones. Al día siguiente, sin que se hubiera producido ninguna tempestad, desapareció la nave de Vasco de Ataíde, resultando infructuosos todos los intentos para encontrarla [176]. Es probable que la intensa niebla que se deja sentir en esa región, conjugada con nubes de polvo, originarias de la costa sahariana, que provocan mala visibilidad, puedan haber causado ese naufragio [177].

[174] Isaías da Rosa Pereira (ed.), «Documentos inéditos sobre Gonçalo Gil Barbosa, Pero Vaz de Caminha, Martinho Neto e Afonso Furtado, escrivães da despesa e receita do feitor Aires Correia (1500)», *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época. Actas*, vol. II, Oporto, 1989, pp. 505-513.

[175] Existen varias versiones sobre la composición de la escuadra de Cabral. Optamos por aquella que contiene un mayor número de fuentes (*Relação das Naus e Armadas, Crónica do Descobrimento, Livro das Armadas, etc.*) y que fue más ampliamente divulgada por los cronistas (Castanheda, Barros e Góis), recogiendo el consenso más amplio. Cfr. *Relação das Náus e Armadas da India...* Maria Hermínia Maldonado (ed.), Coimbra, 1985, pp. 10-11.

[176] Cfr. Pero Vaz de Caminha, *op. cit.*, pp. 32-33.

[177] Cfr. Max Justo Guedes, *O Descobrimento do Brasil*, p. 100.

Entre los días 29 y 30, la escuadra se encontraría a 5° N, iniciando la penetración en la zona sin viento ecuatorial —que ocasionó un retraso de diez días—, ya que la corriente ecuatorial los apartó de su ruta alrededor de 90 millas hacia el oeste. A 1° 1/4 al norte del Ecuador, la flota encontró viento escaso, iniciando, entonces, de acuerdo con las recomendaciones de Gama, la «vuelta a lo ancho» en busca del alisio de sudeste, virando, muy probablemente, hacia el sudoeste, debido al régimen de vientos que se da en la región. Sobrepasada la línea equinoccial, hacia el 10 de abril, la ruta fue corregida hacia el sur-sudoeste, de modo que la flota paso a 210 millas aproximadamente al occidente del archipiélago de Fernando de Noronha [178].

En esa época del año —en que sopla el monzón del sudeste (de marzo a septiembre) en el trecho de la costa del nordeste comprendido entre el cabo Calcañar (5° 09' S) y el río de San Francisco (10° 31' S)— se atenúa el efecto del arrastramiento hacia el oeste a partir de la latitud del cabo de San Roque (5° 29' S), debido a la división, en las inmediaciones de ese accidente geográfico, de la corriente ecuatorial sur en dos ramos: la «corriente de las Guayanas» —que prosigue hacia el oeste y en las proximidades de la franja marina se desvía hacia el noroeste— y la «corriente brasileña», que se dirige hacia el cuadrante sudoeste, bajando a lo largo de la costa con un alejamiento del orden de las 120 a 150 millas, permitiendo, así, un aumento en la velocidad de los navíos [179].

En torno al día 18, la armada se encontraría a la altura de Bahía de Todos los Santos (13° S), región en que el viento se aproxima bastante del este, favoreciendo la aproximación a tierra, por lo que la escuadra pasaría a navegar en un rumbo próximo al sudoeste, cerrándose siempre sobre la costa [180].

El martes 21, según el testimonio del célebre escribano cabralino, los miembros de la tripulación encontraron algunas señales de la proximidad de la tierra: «mucha cantidad de hierbas largas que los marinos llaman *botelho* e igualmente otras, a las que también llaman

[178] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 100-103.

[179] Cfr. «O Condicionalismo Físico do Atlântico e a Navegação à Vela», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, p. 126.

[180] Cfr. Max Justo Guedes, *O Descobrimento do Brasil*, p. 103.

rabo de asno» [181]. A pesar de disponer en esa latitud (17° S) de un viento extremadamente favorable —que sopla del este con bonanza— para alcanzar más rápidamente su objetivo prioritario, que era el de alcanzar el monzón del Índico, el capitán mayor alteró deliberadamente el rumbo hacia el oeste, buscando la tierra.

El 22 de abril se toparon, por la mañana, «con aves, a las que llaman *fura-buchos* [...] y, a horas de vísperas (entre las 15 horas y la puesta de sol)», tuvieron «vista de tierra, esto es, en primer lugar de un gran monte, muy alto y redondo, y de otras sierras más bajas al sur de éste y de tierra llana con grandes arboledas; al tal monte alto el capitán puso en nombre de Monte Pascoal y a la tierra el de Tierra de Vera Cruz» [182].

Después de este hallazgo, la armada fondeó a 6 leguas aproximadamente (19 millas) de la costa. Al día siguiente (jueves, 23 de abril), los navíos más ligeros (carabelas), seguidos por los de mayor tonelaje (naos), procediendo cautelosamente a operaciones de sondeo, largaron anclas a media legua aproximadamente (milla y media) de la desembocadura del río de Frade. Se decidió entonces el envío de un bote a tierra, comandado por Nicolau Coelho, para establecer relaciones con los indígenas que se encontraban en la playa.

Los primeros contactos entre los tripulantes de la pequeña embarcación y el grupo de 18 a 20 amerindios fueron dificultados por el ruido ensordecedor provocado por el choque de las olas que impidió intentos más prolongados de entendimiento. Sin embargo, quedó tiempo para cambiar un bonete rojo, una capucha de lino y un sombrero negro por «un sombrero de plumas de aves, largas, con una capita pequeña de plumas rojas y pardas, como de papagayo [...] y un ramillete [collar] grande, de cuentas blancas, pequeñas [...]» [183].

Durante la noche de jueves a viernes, un fuerte vendaval de «sudeste, con chubascos, que hizo *caçar* [apartarse del lugar donde estaban fondeadas] las naves, especialmente la capitana», llevó a que los capitanes y los pilotos decidiesen poner rumbo hacia el norte al amanecer, en busca de un fondeadero abrigado, donde pudiesen ve-

[181] Pero Vaz de Caminha, *op. cit.*, p. 33.
[182] *Idem, ibidem*, pp. 33-34.
[183] *Idem, ibidem*, p. 35.

rificar el estado de abastecimiento de la flota en agua y leña con el objetivo de suplir el aprovisionamiento de agua dulce en la costa de África.

Después de recorrer alrededor de 10 leguas, los pilotos sobrepasaron la orilla del Buranhem [184], encontraron «un arrecife [la Corona Roja], con un puerto dentro, muy bueno y muy seguro [la bahía de Cabralia] con una entrada muy ancha», donde largaron anclas y fondearon las naves a una legua aproximadamente del arrecife, por haber alcanzado el sitio poco antes de la puesta de sol. Afonso Lopes [185], piloto del capitán mayor, sondeó el puerto y, en el transcurso de esa operación, capturó a dos jóvenes que se encontraban en una canoa y los condujo a la nave capitana para interrogarlos [186].

El sábado 25 de abril, las embarcaciones de mayor tonelaje penetraron en la bahía y fondearon allí. Cuando concluyeron las tareas de la marinería, se reunieron los comandantes en la nave de Cabral, donde el capitán mayor dio instrucciones a Nicolau Coelho y a Bartolomeu Dias para que devolvieran la libertad, con presentes, a los dos nativos que habían hecho prisioneros la víspera y desembarcaran al desterrado Afonso Ribeiro, que tenía como misión obtener informaciones más detalladas sobre los indígenas.

En la playa se encontraban cerca de 200 hombres armados con arcos y flechas, que depusieron las armas cuando se lo pidieron sus compañeros que se encontraban en los bajeles. A partir de entonces comenzaron progresivamente a establecerse relaciones cordiales entre los marineros lusos y los tupiniquins, traducidas en intercambios (capuchas, aros y cascabeles por arcos, flechas y adornos de plumas) y en la colaboración prestada por los indígenas en las operaciones de abastecimiento de agua y leña. Sin embargo, en esa ocasión, los amerindios no permitieron que un desterrado se quedase entre ellos, obligándole a regresar a la armada. En la tarde del mismo día, una parte de la tripulación fue a descansar y pescar en el islote, distante de la playa, donde los nativos sólo tenían posibilidades de llegar a nado o en canoa. Cabral tomo esta decisión como medida de

[184] Cfr. Fernando Lourenço Fernandes, *A Armada de 1500 e as Singularidades de Arribada na Escala do Atlântico Sul*, Lisboa, 1993, p. 13.

[185] Cfr. Sousa Viterbo, *op. cit.*, Parte II, pp. 209-210.

[186] Cfr. Pero Vaz de Caminha, *op. cit.*, pp. 36-37.

seguridad para evitar cualquier posibilidad de ataques por sorpresa, como los que, por ejemplo, sufrieron los tripulantes de Dias y Gama en la costa africana.

El domingo de Pascua, el capitán mayor mandó armar, en el islote de la Corona Roja, un altar destinado a la celebración de la misa. La primera ceremonia crisitiana en Brasil a la que asistió la tripulación y alrededor de doscientos tupiniquins que se encontraban en la playa cercana, fue presidida por fray Henrique de Coimbra, superior de los franciscanos, que, en un púlpito improvisado, también se encargó del sermón, disertando sobre el significado del tiempo de Pascua y sobre el descubrimiento de aquella tierra.

Durante el mismo día, el comandante reunió en consejo en la nave capitana a todos los capitanes de la escuadra, que estuvieron de acuerdo con su propuesta de mandar al rey el navío auxiliar con la «noticia del hallazgo» de la Tierra de Vera Cruz y, también, con la misión de explorarla más detalladamente en el viaje de regreso. Se deliberó, además, que no se prendiese a ningún indígena para enviarlo al reino, y se optó por dejar a dos desterrados con la misión de aprender la lengua y recoger informaciones. Una vez concluida la reunión, el capitán mayor fue a efectuar un reconocimiento de las márgenes del río Mutari, autorizando a la tripulación que descansara, circunstancia que aprovechó Diogo Dias para organizar un baile, al son de la gaita, en el que participaron portugueses y amerindios.

En los días posteriores se procedió al traslado de la carga de la naveta de intendencia a las otras once embarcaciones, la conclusión del aprovisionamiento de agua y leña, la construcción de una gran cruz, la continuación de los intentos para obtener más informaciones sobre los habitantes de la tierra y la creación de un clima de cordialidad con los tupiniquins, algunos de los cuales fueron invitados a tomar refrigerios y a pernoctar en las naves.

El cosmógrafo y los pilotos de las naos del capitán mayor (Afonso Lopes) y del vicecapitán (Pero Escobar) [187] aprovecharon la permanencia en tierra para armar en la playa el gran astrolabio de madera —más fiable que los pequeños astrolabios de latón utilizados a

[187] Uno de los mejores pilotos de su tiempo. Ya había participado en el viaje del descubrimiento del Camino Marítimo de la India como piloto de la nave *Bérrio*, comandada por Nicolau Coelho. Cfr. Sousa Viterbo, *op. cit.*, Parte I, pp. 91-92.

bordo [188] —con el objetivo de tomar la altura del sol a mediodía, comparar los cálculos de las leguas recorridas y estimar la distancia a la que se encontraban del cabo de Buena Esperanza. La medición de la latitud de la bahía Cabralia (que está actualmente fijada en 16° 2' S), efetuada el 27 de abril por aquellos tres técnicos, dio el resultado de 17° S, por lo que tuvieron un margen de error inferior a 40' por exceso.

En la carta que envió a Manuel I, el maestre João Faras [189], además de recomendaciones de naturaleza náutica, procede a la primera descripción y a un esbozo de representación de la Cruz, o sea, de la constelación austral [190]. El cosmógrafo y físico real destaca, además, un pasaje en el que informa al monarca de que, para conocer la localización de la nueva tierra, bastaría consultar el mapamundi que se encontraba en Lisboa, en posesión de Pero Vaz da Cunha, el Bisagudo, en que la misma estaba dibujada. Sin embargo, subrayaba que se trataba de un mapa antiguo que no indicaba si la tierra estaba o no habitada [191]. Esta referencia a una hipotética representación cartográfica de la tierra de Brasil, anterior a abril de 1500, suscitó una encendida polémica; planteaba si las implicaciones resultantes de su interpretación apuntaban o no a la existencia de precursores de Cabral en aquella región brasileña.

No se ponen de acuerdo los autores de los tres relatos sobre el descubrimiento de Brasil con respecto a la naturaleza de la tierra hallada. Pero Vaz de Caminha la considera una isla, dado que al final de la *Carta* a don Manuel escribe acerca del «Puerto Seguro, de vuesa isla de Vera Cruz, hoy, viernes, primer día de mayo de 1500». El bachiller maestre João, a su vez, refiere que «[...] casi entendemos por señales que ésta era isla, y que eran cuatro, y que de otra isla

[188] Cfr. João de Barros, *op. cit.*, p. 127.

[189] Bachiller en artes y medicina y cirujano real. Sobre la importancia de su obra, véase Joaquim Barradas de Carvalho, *La Traduction Espagnole du «De Situ Orbis» de Pomponius Mela par maître Joan Faras et les notes marginales de Duarte Pacheco Pereira*, Lisboa, 1974.

[190] Cfr. A. Fontoura da Costa, *A Marinharia dos Descobrimentos*, 4.ª ed., Lisboa, 1983, p. 120-122.

[191] A. Fontoura da Costa (ed.), *Os Sete Únicos...*, pp. 105-110. Un historiador de la navegación llegó a la conclusión de que el «mapa mundi de Bisagudo tenía marcadas las latitudes, esto es, había diseñado un meridiano graduado en grados, puesto que sólo así podría verificar don Manuel el "sitio de la tierra", que maestre João indicaba que está a 170° S"», *idem, A Marinharia dos Descobrimentos*, p. 205.

vienen aquí las canoas [...]», dirigiendo su misiva desde «Vera Cruz el primer día de mayo del 500». Por su parte, el autor de la vulgarmente conocida por *Relación del Piloto Anónimo* aborda la cuestión de forma más dubitativa, indicando que la tierra era «grande, por lo que no pudimos saber si era isla o tierra firme», destacando, a pesar de todo, que se inclinaba por esta «última opinión por su tamaño» [192]. Este último testimonio, con todo, no quedó circunscrito al litoral reconocido hasta la bahía Cabralia, ya que tuvo la oportunidad de, en el transcurso de la ruta rumbo al cabo de Buena Esperanza, avistar una parte más de costa marítima, lo que le permitió adquirir una visión más aproximada de la realidad.

El 1 de mayo, viernes, el capitán mayor procedió a escoger el sitio donde se debería erigir la gran cruz construida en madera desde tierra, en la forma en que, según el escribano cabralino, «mejor fuera vista». Este hecho denota la preocupación por señalar aquella excelente aguada para las armadas que vinieran después, tal como lo había hecho Vasco de Gama en la costa de África, en 1497, al mandar construir una cruz de un tronco grande para señalar más eficazmente la bahía del río San Brás [193].

Se organizó, entonces, una procesión que transportó la cruz, en que fueron bendecidas las armas y la divisa reales, hasta el lugar elegido, situado en las proximidades de la desembocadura del río Mutari, que no es visible desde el mar, donde la clavaron, siguiendo la celebración de la segunda misa en la Tierra de Vera Cruz. Cuando concluyeron las celebraciones litúrgicas, el comandante de la expedición ordenó la partida hacia Lisboa de la naveta de los víveres, comandada por Gaspar de Lemos, que llevó al rey papagayos, arcos, flechas y otros objetos ofrecidos por los tupiniquins, así como las misivas de los capitanes, del administrador, del cosmógrafo y del escribano sobre el «hallazgo de la tierra nueva».

En el sábado 2 de mayo, la escuadra cabralina zarpó del fondeadero brasileño, dejando, sin embargo, en tierra a dos grumetes que habían desertado los días anteriores a la partida e igual núme-

[192] «Navegação do capitão Pedro Álvares Cabral escrita por um piloto português», *O Reconhecimento do Brasil*, Luís de Albuquerque (dir.), Lisboa, 1989 (1500-1507), p. 39.

[193] Cfr. Jaime Cortesão, *A Carta de Pero Vaz de Caminha*, Río de Janeiro, 1943, pp. 95-96.

ro de desterrados, «los cuales comenzaron a llorar, y fueron animados por los naturales del país que mostraban tener piedad de ellos» [194].

La cuestión de la casualidad *versus* intencionalidad

El debate en torno a la intencionalidad o casualidad del descubrimiento de Brasil por la segunda armada de la India constituyó uno de los temas más polémicos de la historiografía de las exploraciones geográficas del siglo XV.

Durante siglos estuvo en vigor la versión divulgada por los cronistas de que la llegada de la escuadra de Pedro Álvares Cabral a la Tierra de Vera Cruz se debía por fuerza al alejamiento hacia el oeste destinado a controlar la falta de viento de las zonas ecuatoriales o a un temporal que la apartó de su ruta. Pero la publicación y traducción, en el siglo XIX, de los documentos elaborados por tres miembros de la expedición cabralina motivaron que varios estudiosos se interesaran por el problema. En la década de los cincuenta del siglo XIX, Joaquim Norberto de Sousa e Silva presentó al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño una memoria en que defendía la intencionalidad del descubrimiento efectuado por Cabral. Esta tesis desencadenó la controversia sobre el tema que se prolonga hasta nuestros días.

La formulación de una hipótesis interpretativa debe apoyarse en un amplio conjunto de factores, implicando, naturalmente, el recurso a las fuentes documentales disponibles, pero articulándolas con los condicionantes físicos del Atlántico. Una aproximación global a la cuestión exige, además, que se proceda a su encuadramiento en la coyuntura política-diplomática peninsular, así como en el contexto de la rivalidad de los proyectos expansionistas luso y castellano.

El desplazamiento involuntario de la armada hacia occidente, provocado por la corriente ecuatorial [195], constituyó uno de los argumentos más invocados por los partidarios de la tesis de casualidad para explicar el descubrimiento de Brasil. Si esa hipótesis hu-

[194] Navegação do capitão..., pp. 39-40.

[195] Cfr. T. O. Marcondes de Sousa, *O Descobrimento do Brasil. De acordo com a documentação histórico-cartográfica e a náutica...*, 2.ª ed., São Paulo, 1956, p. 165.

biera correspondido a la realidad, entonces el desembarco de la armada cabralina en la Tierra de Santa Cruz debería haberse producido más al norte, o sea, entre los cabos de San Roque (5° 29' S) y de San Agustín (8° 20' S), por las siguientes razones:

I. El ya citado territorio de la llamada costa este-oeste brasileña constituyó simultáneamente la extremidad oriental de la franja marítima sudamericana y el área donde los navíos se aproximan más a la tierra al efectuar la bordada a lo ancho lo más al oeste posible en busca del alisio del sudeste.

II. En el transcurso del monzón de sudeste (marzo a septiembre), a la altura del cabo de San Roque, se produce una significativa disminución del efecto del desplazamiento hacia el oeste, debida a la bifurcación, en las proximidades de ese accidente geográfico, de la corriente ecuatorial sur [196].

III. La costa cambia de dirección, a partir del cabo de San Agustín, orientándose hacia el sudoeste.

IV. En el período del año en que se realizó el viaje, los vientos soplan del sudeste, completamente hacia el este a la altura de los 17° S, «apartando, así, a los navíos de la costa brasileña» [197].

Si «los navegantes y pilotos de Cabral no tuvieron noción de la extensión de este desvío hacia occidente» [198], entonces el avistamiento del litoral brasileño debería haber ocurrido en la región en que la acción de los elementos naturales se deja sentir más intensamente, o sea, en el referido trecho del nordeste brasileño, donde «los navíos quedaban sujetos durante muchos días a la fuerte corriente ecuatorial, que los arrastraba hacia el oeste» [199]. Ahora bien, la inflexión del rumbo de la escuadra hacia el poniente se efectuó bastante más al sur —alrededor de 17°—, cuando ya no existía el riesgo de que el viento la encerrara en la costa a sotaven-

[196] Cfr. Max Justo Guedes, «O Condicionalismo Físico...», p. 126.

[197] Manuel Nunes Dias, «O descobrimento do Brasil - tratados bilaterais e partilha do Mar Oceano», *Studia* (Lisboa), 25 (1968), p. 27.

[198] William B. Greenlee, *A Viagem de Pedro Álvares Cabral ao Brasil e à Índia...*, Antônio Álvaro Dória (trad.), Oporto, 1951 (1938), p. 59, nota 3.

[199] Moacir Soares Pereira, *op. cit.*, p. 304.

to, una vez que «el alisio de sudeste se convierte en este, permitiendo la progresión en un decidido rumbo sur» [200].

No tiene sentido, por consiguiente, la teoría de que la escuadra de Cabral fue apartada hacia el oeste, encontrando solamente señales de tierra a más de 500 millas al sur del área en que, simultáneamente, el efecto del desplazamiento de las corrientes alcanza la máxima intensidad y el continente sudamericano penetra más en el océano, yendo a desembarcar en un lugar en que esa acción se encuentra bastante atenuada y la configuración de la costa es significativamente más atrasada que en la protuberancia del nordeste. Por otro lado, «por la comparación diaria del camino recorrido con la latitud calculada, los pilotos portugueses tuvieron la conciencia de su alejamiento progresivo hacia el oeste, pero, lejos de subestimarlo, por ignorancia del impulso de los agentes naturales, lo exageraban. [...] Y como [...] la navegación fue *a lo largo*, es decir, sin vueltas, como sucedía en las proximidades del golfo de Guinea, hemos de concluir que el alejamiento hacia el oeste fue intencionado» [201].

Otra cuestión que es importante analizar, incluso porque conforma una de las hipótesis explicativas más antiguas, es la referente a la tan comentada tempestad. Además de que ninguno de los relatos de los miembros de la armada se refiere a este hipotético acontecimiento, conviene subrayar que, en el caso de haberse producido un temporal, una de sus consecuencias naturales habría sido la de provocar la dispersión de la armada, como se verificó posteriormente, al doblar el cabo de Buena Esperanza (23 de mayo de 1500), cuando, como consecuencia de la tormenta, naufragaron cuatro embarcaciones, se dispersó la flota y se desgarró la embarcación de Diogo Dias, que fue empujada hacia el Índico [202]. Ahora bien, la *Carta do Achamento* muestra que todos los navíos de la escuadra, entonces en número de doce, llegaron a puerto simultáneamente en el litoral brasileño y prosiguieron su viaje hacia el norte en perfecto orden con las unidades de menor calado en la vanguardia, seguidas por las de mayor tonelaje.

Los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en 1979 por el comandante Max Justo Guedes, en un helicóptero de la Mari-

[200] Damião Peres, *O Descobrimento do Brasil...*, p 145.
[201] Jaime Cortesão, *op. cit.*, pp. 75-76.
[202] Cfr. João de Barros, *op. cit.*, pp. 175-176.

na de Guerra brasileña, volando a la altura supuesta del cesto de la gavia de una nave cabralina, demostraron que la descripción de monte Pascoal (16° 53' S) —con 536 metros de altitud, situado al oeste de la punta Corumbau y a 18 millas de la costa— efectuada por Caminha, sólo hubiera sido posible si la aproximación a la tierra se hubiera realizado por el cuadrante sudeste (véase el Mapa 3). En el caso de avistarlo desde el nordeste o desde el este, el monte surge a los ojos del observador como un peñasco redondeado, aislado y aproximadamente cónico. Sólo si se entrevé desde el sudeste aparece unido a otros peñascos situados al sur, formando parte de un conjunto de elevaciones dispuestas a lo largo del litoral, resultando de ello que la búsqueda de la tierra «fue realizada a propósito, intencionalmente» [203].

Es extremadamente significativo que la ruta seguida por la escuadra cabralina haya ido al resguardo por la costa de Brasil hasta los 17 ° aproximadamente, según aconseja actualmente el *Ocean Passages for the World* para los navíos a vela [204] y evitando los numerosos bancos de arena, escollos, arrecifes y formaciones coralinas —derivados de la existencia de altiplanos submarinos [205]—, que hacen de aquella franja del litoral, a partir de los arrecifes Itacolomis, «uno de los más peligrosos trechos de la costa de Brasil» [206]. En efecto, en torno a los 30' al sur del monte Pascoal se sitúan los obstáculos de importancia para la navegación costera, sobre todo los arrecifes de la Timbebas (latitud próxima e inferior a los 17° 30'), el escollo de las Paredes (17° 45') y el escollo de los Abrolhos (17° 54' a 18° S).

Los navegantes cabralinos adoptaron una ruta más correcta que la recomendada por Luís Teixeira, en la segunda mitad del siglo XVI, que aconsejaba a los pilotos que apartaran sus navíos del litoral a partir de los «16 grados y medio por causa de los bancos de arena de los Abrolhos, que son muy peligrosos y tiran mucho al mar», maniobra que, al efectuarse, impediría que cualquier navío alcanzase Porto Seguro, situado a 16° 27' [207].

[203] Max Justo Guedes, *O Descobrimento do Brasil*, en prensa (1992), pp. 23-24.

[204] Cfr. António Cardoso, *Bartolomeu Dias e o Descobrimento do Brasil*, Lisboa, en prensa (1993), p. 7.

[205] Cfr. João Dias da Silveira, «Morfologia do Litoral», *Brasil. A Terra e o Homem*, Aroldo de Azevedo (dir.), vol. I, São Paulo, 1964, p. 291.

[206] Fernando Lourenço Fernandes, *op. cit.*, pp. 9-11.

[207] *Roteiro de Todos os Sinais na Costa do Brasil*, ed. crítica de Max Justo Guedes, Río de Janeiro, 1968, p. 95.

Mapa 3. Fuente: Max Justo Guedes, *O Descubrimiento de Brasil*, 2ª ed., Lisboa 1989, pp. 104-105.

Quizás Cabral sólo «tuvo mucha suerte en encontrar el monte Pascoal y evitar los bancos y arrecifes peligrosos» [208] al escoger un recorrido con tan elevado grado de precisión que le permitió, al mismo tiempo, impedir que la escuadra penetrara en una franja marítima tan poblada de escollos —que se iniciaba a menos de 9 leguas del lugar de llegada— y descubrir «uno de los seis puertos más seguros para veleros en un radio de 240 leguas de costa» [209].

En conclusión, la ruta trazada por la armada de Cabral, analizada a la luz de las características de las corrientes que se desplazan a lo largo del litoral brasileño y de la orientación de los vientos en el transcurso del verano austral, así como del cuadrante a partir del cual los vigías del cesto de la gavia avistaron tierra, revela la «clara intención de, una vez alcanzada la latitud de unos 17 grados, y estando segura la ruta a lo ancho, llegar a poniente» [210].

Varios autores han interpretado el término «hallazgo», utilizado por Caminha, como sinónimo de encuentro casual. Sin embargo, según la opinión de una reputada filóloga, «hallazgo [...] es la acción practicada por quien antes buscó» [211]. El minucioso estudio que Jaime Cortesão dedicó al asunto [212] y, sobre todo, la cuidada investigación efectuada en millares de textos sobre la génesis y evolución de todos los vocablos ligados a las exploraciones geográficas —hallar, encontrar, buscar, topar, descubrir, descubrimiento, hallazgo, etc.— demuestran que este último significa que se «encontró aquello que se buscaba, en este caso Brasil» [213]. Esta interpretación se confirma por el uso del mismo término, con idéntico sentido, realizado por el impresor Valentim Fernandes [214] en el siguiente pasaje del prólogo de una obra editada en 1502: «el *hallazgo* de aquella tierra de promisión [la India], donde hay clavo, canela, gengibre, nuez mosca-

[208] S. E. Morison, *op. cit.*, p. 66.

[209] Fernando Lourenço Fernandes, *op. cit.*, p. 28.

[210] Gago Coutinho, *O Descobrimento do Brasil*, Río de Janeiro, 1955, pp. 21-22.

[211] Carolina Michaelis, «Versão em linguagem actual, com anotações, da Carta de Pero Vaz de Caminha», *HCPB*, vol. II, p. 86.

[212] *A Carta de Pero Vaz de Caminha*, pp. 245-259.

[213] Joaquim Barradas de Carvalho, *À la Recherche de la Spécificité...*, vol. II, p. 539.

[214] Sobre el papel que desempeñó en la divulgación europea de los descubrimientos portugueses, véase João Rocha Pinto, *op. cit.*, pp. 207-238.

da...» [215]. Y no subsiste ninguna duda sobre cuál era el objetivo último de Vasco de Gama —alcanzar, por vía marítima, una tierra cuya existencia era ya sobradamente conocida.

Reuniendo los elementos disponibles de naturaleza náutica para una modificación intencional de la ruta de la armada de 1500 en dirección al poniente, es de suma importancia, a continuación, analizar las dos posibilidades que han sido discutidas: si la iniciativa se debió por fuerza a la exclusiva responsabilidad del capitán mayor o si se debió a órdenes reales confidenciales.

Con respecto a la primera hipótesis, es necesario subrayar que todos los documentos existentes que conciernen a la preparación de la expedición cabralina revelan únicamente preocupación por garantizar el éxito de la empresa que se había de realizar en el Índico. El dictamen destinado a la elaboración de la normativa real aconsejaba al capitan mayor, Vasco de Gama, en el caso de que tuviera agua para cuatro meses, que no efectuase ninguna parada en la isla de Santiago y se dirigiera lo más rápidamente posible hacia la bahía de San Brás [216], a la entrada del Índico. Por otro lado, las instrucciones reales adicionales dadas a Cabral le concedían poderes para decidir sobre la oportunidad de comprar navíos en India, en el caso de que el volumen de las especias adquiridas fuera superior a la capacidad de carga de la flota, así como para autorizar la realización de idénticas operaciones a los administradores de las embarcaciones particulares que participaban en la escuadra, pertenecientes al conde de Portalegre y a la sociedad constituida por Álvaro de Bragança, Bartolomeu Marchioni, Jerónimo Sernigi y António Salvago.

El comportamiento adoptado por Cabral fue, sin embargo, en varias ocasiones, opuesto a lo establecido en las instrucciones conocidas. Cuando disponía de viento extremadamente favorable para alcanzar más rápidamente su objetivo náutico primordial, que era llegar a Melinde antes de agosto, con el fin de cruzar el Índico en el curso del monzón grande (la estación Damani), el capitan mayor alteró deliberadamente el rumbo hacia el oeste, en busca de tierra. Después de encontrarla, empleó más de un día en exploraciones.

[215] *O Livro de Marco Paulo...*, introd. de F. M. Esteves Pereira (ed.), Lisboa, 1922 (1502), p. 2.

[216] A. Fontoura da Costa (ed.), *op. cit.*, p. 17.

Debido al temporal que, mientras tanto, se produjo, cambió el rumbo hacia el norte, en busca de un buen fondeadero y, según testimonia Caminha, sin faltarle agua ni víveres, permaneció una semana en la bahía Cabrália. Por otro lado, sustrajo a la flota un navío —aun teniendo órdenes para, en caso de necesidad, comprar embarcaciones suplementarias en la India—, puesto que ordenó al comandante de la naveta de los víveres que regresara a Lisboa con el fin de transmitir las nuevas del hallazgo al rey.

¿Asumiría Cabral el riesgo de «quedar con la flota acorralada» solamente porque, como sugiere un historiador norteamericano, «era grande el impulso de la curiosidad y de la aventura» [217]? No nos parece creíble que el capitán mayor de la armada más grande que jamás surcara el Atlántico Sur hubiera puesto en cuestión, por iniciativa propia, la espinosa misión interoceánica que le confiaron para investigar la procedencia de hierbas (*botelho y rabo de asno*), atrasando el viaje diez días debido a diversas operaciones y, finalmente, reduciendo el número de unidades de la flota en contra del deseo expreso de Manuel I.

La explicación más adecuada para el conjunto de cuestiones que el descubrimiento cabralino de la Tierra de Vera Cruz suscita reside —según la opinión de muchos autores— en las órdenes confidenciales dadas por el monarca al comandante de la expedición. Un historiador norteamericano admite que la «existencia de estas instrucciones [de Gama] no excluye la posibilidad de "instrucciones secretas" y adicionales del rey a Cabral para parar en Brasil». Con todo, no vislumbraba «ningún objetivo o necesidad del secreto, en aquel tiempo, sobre Brasil» [218].

La respuesta a esta cuestión se encuentra, desde nuestro punto de vista, por un lado, en el complejo entramado de relaciones familiares y políticas que unían a los soberanos de Portugal y Castilla y Aragón, que no superaban, a pesar de ello, la intensa competencia ultramarina en que las Coronas se encontraban implicadas y, por otro, en las profundas divergencias existentes entre las concepciones geográficas perfiladas y los métodos de navegación utilizados.

A principios del 1500, don Manuel poseía el más amplio conjunto de informaciones existentes en aquel entonces en Europa sobre Áfri-

[217] S. E. Morison, *op. cit.*, p. 71.
[218] *Idem, ibidem*, p. 62.

ca, Asia y el Índico, lo que le permitía concluir que los descubrimientos efectuados en el poniente no se relacionaban con el continente asiático. Paralelamente, el conocimiento del descubrimiento de tierra firme en el Atlántico Central por Colón, en la región septentrional por Cabot y en el cuadrante ecuatorial por Duarte Pacheco Pereira, así como de la partida de tres expediciones andaluzas (Ojeda, Pinzón y Lepe), siguiendo la huella del Almirante del Mar Océano, asociado a los indicios recogidos por los navegantes juaninos, confirmados en el transcurso del viaje de Vasco de Gama y, eventualmente, ampliados por Bartolomeu Dias (1497-1499) [219], permitieron formular la hipótesis, basada en fundadas razones, de la existencia de tierras en el hemisferio austral.

Toda vez que el Tratado de Tordesillas reconocía a Portugal derechos de soberanía hasta las 370 leguas al oeste de Cabo Verde, ¿cuáles serían las razones que llevarían al monarca lusitano a confiar secretamente a Cabral el cometido de encontrar una base de operaciones en el Atlántico Sur?

En la época en que transcurrió la preparación de la segunda armada de la India, la autonomía del reino de Portugal corría serios riesgos. El soberano, entonces con treinta años, estaba viudo y su único descendiente, Miguel da Paz, heredero de los tres reinos, se encontraba bajo la custodia de los abuelos maternos, los Reyes Católicos. Esta sucesión prefiguraba la unificación peninsular que don Manuel deseaba, pero siempre que se realizara bajo su dirección. Ahora bien, la muerte prematura de su mujer le apartó de la posibilidad de dirigir ese proceso, dejando, además, la formación del príncipe a cargo de Isabel y Fernando.

La conciencia de los potenciales peligros que tal situación acarreaba, llevó a don Manuel a postergar, cuanto le fue posible, la convocatoria de las Cortes destinadas a aceptar a su hijo como heredero del trono lusitano. Mientras tanto, los Reyes Católicos no sólo promovieron el reconocimiento del nieto en sus reinos, sino que insistieron ante el Venturoso para que actuase de la misma manera. Las Cortes de Lisboa, celebradas en marzo de 1499, procedieron al juramento del príncipe, pero sólo después de que el monarca diera diversas garantías de que, en el caso de que se realizara la unión de las

[219] Véase el Anexo C.

Coronas ibéricas bajo el cetro de don Miguel, la administración de justicia y hacienda, así como el ejercicio de los cargos de capitanes y alcaides —tanto en el reino, como en los dominios ultramarinos— quedarían exclusivamente a cargo de portugueses [220].

El que tuvieran en su poder al presunto sucesor de don Manuel I concedía a los Reyes Católicos un importante medio de presión sobre Portugal. Además de tener en cuenta en su relación con los soberanos ese importante factor, el Venturoso —que fue huésped, en 1481, de la corte castellano-aragonesa en el marco del Tratado de Alcáçovas [221]— tenía una doble deuda de gratitud con Isabel y Fernando. En primer lugar por la decisiva acción diplomática que ejercieron ante Alejandro VI y João II para defender sus derechos a la Corona portuguesa y, en segundo lugar, por el empeño demostrado para que aceptase sucederles, junto con su mujer, en los respectivos tronos.

Profundo conocedor de los meandros políticos peninsulares, el Venturoso mantenía estrechos contactos con los más próximos colaboradores de sus suegros —especialmente con el cardenal Cisneros y Miguel Pérez de Almazán, secretario real— por lo que tenía la completa seguridad de que el éxito del viaje de Vasco de Gama representaría un serio revés para la realización del ambicioso proyecto oriental alentado por los Reyes Católicos desde 1492. Por los factores ya referidos y también porque necesitaba adquirir plata en Castilla para emplearla en la compra de especias, don Manuel I, «dotado de un elevado sentido político» [222], no pretendía, en esa especial coyuntura, dar a entender a Isabel y Fernando que, además de en África y en Asia, también se encontraba interesado en extender sus dominios a los territorios que eventualmente le pertenecieran en la región occidental. Sin embargo, no estaba dispuesto a prescindir de los dominios que corresponderían a la Corona de Portugal en esa

[220] Cfr. Damião de Góis, *op. cit.*, vol. I, p. 71. En la misma línea de preocupaciones en cuanto al futuro de Portugal, en un contexto en que la sucesión de los tronos peninsulares recaería en un único titular, véase la «Minuta na qual se dá o conselho de D. Manuel, a respeito do regimento que o principe D. Miguel, seu filho, devia seguir para governar os reinos que devia herdar», *As Gavetas da Torre do Tombo*, vol. XI, Lisboa, 1975, p. 83.

[221] Cfr. Rui de Pina, *Chronica de D. Affonso V*, Lisboa, 1901-1902 (principios de siglo XVI), pp. 135, 144-145 e 147; Antonio de la Torre, «Dom Manuel de Portugal y las Tercerias de Moura», *Revista Portuguesa de História* (Coimbra), 5 (1951), pp. 411-417.

[222] Luís de Lancastre e Távora, *op. cit.*, p. 85.

área del globo, que revestía, en el Atlántico Sur, una importancia estratégica para el funcionamiento de la ruta del Cabo.

El objetivo de compatibilizar las exigencias de expansión con los compromisos originados por la situación político-diplomática peninsular podría encontrarse en la causa de las instrucciones reales confidenciales comunicadas a Cabral «para, sin perjuicio de su misión principal, buscar el continente ya visitado por Colón y Duarte Pacheco» [223], así como por los hombres de Bristol (Cabot y, probablemente, João Fernandes Lavrador) con la finalidad de establecer una base para las escuadras de la India. Sin embargo, esa pesquisa debería realizarse convenientemente para que surgiese como resultado de una casualidad.

La preocupación por mantener la apariencia de casualidad en la llegada de la armada de 1500 justificaría la desaparición de las páginas iniciales del «borrador original» de las órdenes reales transmitidas a Cabral y del extracto de la normativa del capitán mayor —junto a aquellas que hablaban de la travesía del Atlántico Sur— así como de los informes de los capitanes y pilotos de la expedición que trataban de «marinería y singladuras», asuntos de los que Caminha se confesaba ignorante. Tal vez por esa razón su precioso relato y la carta del maestre João —que no contiene referencias sobre la ruta de la escuadra— hayan sido considerados carentes de valor estratégico, por lo que se trasladaron en la segunda mitad del siglo XVI, presumiblemente en el período en que Damião de Góis desempeñaba las funciones de guarda mayor, al Archivo Real (la Torre do Tombo, entonces localizada en el castillo de San Jorge, en Lisboa).

Los resultados de la expedición de Vasco de Gama abrieron una nueva era en la expansión portuguesa, que pasó del ciclo atlántico-africano —vigente en la mayor parte del siglo XV— a una fase interoceánica de dimensión euroafroasiática, en que la ruta del Cabo asumió una función estructuradora. Estas profundas modificaciones implicaron un cambio de la posición del Atlántico que, en el contexto de la estrategia lusitana, se transformó de centro neurálgico en medio instrumental para alcanzar el Índico [224].

[223] Duarte Leite, *História dos Descobrimentos...*, vol. I, p. 707.
[224] Cfr. João de Barros, *op. cit.*, p. 205.

A la luz de las nuevas perspectivas geopolíticas y económicas y de la decisión real de enviar anualmente una flota a la India, se formularía el proyecto de, como consecuencia de las exploraciones efectuadas en la zona occidental del Atlántico, intentar establecer un punto de apoyo en la región austral de ese océano, que pasaría a ser regularmente cruzada por flotas, la cuales, debido al trazado de la «vuelta a lo ancho», no disponían, en caso de necesidad, de ninguna escala en el espacio comprendido aproximadamente entre los 16° N y los 35° S, o sea, en un recorrido superior a 950 leguas (más de 3.000 millas).

La pretendida base debería reunir varias condiciones. En primer lugar, su localización no podría poner en peligro el curso de la ruta de las armadas en dirección al cabo de Buena Esperanza, lo que implicaba que su búsqueda solamente se debería efectuar cuando los vientos favoreciesen un claro rumbo sur; en segundo lugar, debería, al mismo tiempo, poseer un buen fondeadero para los navíos y disponer de abundantes reservas de agua y leña y, en tercer lugar, encontrarse suficientemente alejada de tierras castellanas, con el fin de evitar que surgieran dudas sobre su pertenencia a la Corona de Portugal, dado que, en una fase de implantación de la presencia lusitana en la India y de la preparación de planos para expandir el dominio sobre Marruecos [225], el nacimiento de un conflicto con Castilla se presentaba como absolutamente indeseable.

Esta coyuntura hace perfectamente explicable el comportamiento adoptado por Cabral al iniciar la búsqueda de tierra por el poniente sólo en torno a los 17° S —cuando ni las corrientes, ni, sobre todo, los vientos lo impelían en esa dirección— escogiendo una zona bastante al sur de la región del nordeste, en la que la actuación de esos elementos habría facilitado sobremanera la realización de ese objetivo. Explica, además, que, a pesar de dirigirse hacia el sudeste, Cabral haya cambiado el rumbo de la escuadra para buscar un buen fondeadero, sin contentarse con el primero que encontró (el de Buranhém), prosiguiendo la exploración hacia el norte (véase el Mapa 3) hasta encontrar un lugar que reuniese las condiciones adecuadas (la futura bahía Cabrália): protección contra los vientos

[225] Cfr. António Dias Farinha, «O Interesse pelo Norte de Africa», *Portugal no Mundo*, Luís de Albuquerque (dir.), vol. I, Lisboa, 1989, pp. 113-124.

del sudeste, puerto hondo y río cristalino para la provisión de agua [226].

La interpretación propuesta ofrece, además, un hilo conductor que justifica algunas decisiones tomadas por los capitanes de la armada de 1500. El gran interés demostrado tanto por ganarse las simpatías de los indígenas, a través de presentes diversos (capuchas rojas, sombreros negros, camisas, aros, cascabeles, vasijas, cruces de estaño, etc.), como por no molestarlos; la resolución de no capturar nativos para enviarlos a Lisboa para intercambiar con desterrados, con el fin de «no formar escándalo, para amansar y pacificar todo» [227], así como la deliberación de dejar a dos condenados con la misión de aprender la lengua y recoger informaciones, sobrepasan con mucho los objetivos a corto plazo relacionados con la breve permanencia de la flota en aquellos parajes son muy reveladores de una decisión implícita de crear todas las condiciones (buenas relaciones con los autóctonos, dominio de la lengua, conocimiento de la tierra) susceptibles de permitir un uso futuro de aquella región, en las mejores condiciones, como base para las armadas lusitanas.

La investigación topográfica recientemente llevada a cabo por un investigador brasileño —confirmando la interpretación adelantada por Jaime Cortesão— demuestra que la colocación de la «cruz de madera muy grande» [228] en el arrecife de la Corõa Vermelha, en las inmediaciones de la desembocadura del río Mutari, se destinaba fundamentalmente a señalar el lugar de la aguada para las flotas siguientes —para «que las vieran mejor», según testimonia Caminha— y no para la celebración de la segunda misa [229], lo que se encuentra en el origen de la denominación de *Santa Cruz* atribuida por el rey a su nuevo dominio «porque en la playa [el capitán mayor] colocó una cruz muy alta» [230]. La inexistencia de pilares de piedra en los navíos de Cabral se comprende porque la armada tenía el objetivo, públicamente divulgado, de realizar misiones de ámbito naval, di-

[226] Cfr. Fernando Lourenço Fernandes, *op. cit.*, p. 28.

[227] Pero Vaz de Caminha, *op. cit.*, p. 53.

[228] «Navegação do capitão...», p. 39.

[229] Cfr. Fernando Lourenço Fernandes, *op. cit.*, pp. 23-30.

[230] *Carta de El-Rei D. Manuel ao Rei Catholico...*, Lisboa, 1892 (1505), p. 9. Sobre este documento, véase Francisco Leite de Faria, *Estudos Bibliográficos sobre Damião de Góis e a sua Época*, Lisboa, 1977, pp. 251-252.

plomático y comercial en el Índico, mientras que los pilares eran símbolos de soberanía propios de las expediciones con finalidad exploratoria. Mientras tanto, la incorporación de la Tierra de Vera Cruz a la Corona de Portugal fue realizada simbólicamente gracias a la colocación de las armas y de la divisa de don Manuel en la «gran cruz».

Esta última cuestión se relaciona con el hecho de que en los textos de los tres testigos del acontecimiento no aflore la más mínima duda sobre la inclusión de aquella tierra en el área de influencia lusitana —por esto Caminha afirmaba textualmente que iba a escribir al rey sobre «la nueva del hallazgo de esta vuesa nueva tierra», lo que indica que los responsables de la armada eran perfectamente conscientes de las cláusulas del Tratado de Tordesillas.

La resolución de hacer regresar la naveta de víveres a Lisboa —contraria a las instrucciones reales conocidas— ofrece indicios de que Cabral contaba con la autorización confidencial del monarca para tomar las medidas que estimase necesarias con el fin de instalar una base de apoyo a la ruta del Cabo en la región occidental del hemisferio austral [231]. Se subraya que la propuesta partió del propio capitán mayor, que la sometió a la consideración del consejo de la armada, en el que «entre muchas conversaciones que no hacían al caso, fue por todos o por la mayor parte dicho que sería muy conveniente» [232]. La discusión que el asunto suscitó —sin ser claro si mereció la aprobación unánime— confirma la naturaleza polémica de la deliberación ante los objetivos índicos, lo que apunta a que, probablemente, sólo Cabral [233] —quizás junto con los más importantes capitanes de la armada (Tovar, Azevedo, Silva, Coelho y Bartolomeu Dias)— estaba al corriente de la totalidad de los objetivos reales, hecho natural si consideramos el elevado número de navíos que componían la escuadra, así como la circunstancia de que dos de las embarcaciones pertenecieran a particulares.

[231] Cfr. Jaime Cortesão, *op. cit.*, p. 86.

[232] Pero Vaz de Caminha, *op. cit.*, p. 53.

[233] En el caso de expediciones importantes, además de las órdenes reales divulgadas, los monarcas daban instrucciones confidenciales a los respectivos comandantes. Se citan, como ejemplo, las recomendaciones especiales que el rey don Duarte entregó al infante don Henrique antes de la partida de la expedición a Tánger. Cfr. *Livro dos Conselhos de El-Rei D. Duarte...*, ed. diplomática de João José Alves Dias, A. H. de Oliveira Marques y Teresa F. Rodrigues, Lisboa, 1982, pp. 121-134.

La circunstancia de que Manuel I hubiera sustituido a Vasco de Gama, que acababa de ser investido con el cargo de Almirante de la India, por Pedro Álvares Cabral [234] al mando de la expedición quedaría establecida no sólo por las divergencias sobre la estrategia de implantación portuguesa en el Índico —que en la última versión de la Normativa Real [235], muy probablemente reformada por Duarte Galvão [236], asumió un fuerte cuño de intervención naval de cariz antimusulmán, preanunciando el proyecto imperial manuelino de que aquel alto funcionario de palacio era el más importante ideólogo [237]— sino también por la discordancia de Vasco de Gama con la directiva real de ocupar a la flota en una operación de reconocimiento de la zona oeste del Atlántico Sur con el objetivo de establecer allí una base, toda vez que aquel navegante era partidario de la opción de cruzar el océano en el menor tiempo posible, prescindiendo, además, en el caso de que esa solución fuera viable, de la escala en el archipiélago de Cabo Verde [238].

La tesis de que, a comienzos de 1500, don Manuel se encontraba empeñado en mandar explorar y apoderarse de las tierras occidentales —tanto de las septentrionales como de las australes— que se encontrasen situadas en el hemisferio portugués [239] encuentra confirmación en la Carta Regia de 12 de mayo de ese año, donde el soberano concedía a Gaspar Corte-Real, hidalgo de la Casa Real, la capitanía de las islas y tierra firme que consiguiese descubrir en el noroeste del Atlántico [240].

Portugal y Castilla observaban atentamente los respectivos movimientos expansionistas, según se desprende, por ejemplo, de que Américo Vespucio, que acababa de regresar a Sevilla después de participar en una expedición comandada por Ojeda, obtuviera inmediatamente información (con anterioridad al 18 de julio de 1500)

[234] Por Carta Real de 10 de enero de 1500, *apud* João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 350, pp. 558-562.

[235] Cfr. Alexandre Lobato, *op. cit.*, pp. 31-49.

[236] Cfr. «Apontamento das coisas necessárias para guarnecer as naus da armada da Índia», (ed.), *As Gavetas da Torre do Tombo*, vol. XI, p.128.

[237] Cfr. Luís Filipe F. R. Thomaz, «L'idée impériale manuéline», *La Découverte, le Portugal et l'Europe. Actes du Colloque*, Paris, 1990, pp. 35-103.

[238] Cfr. «Borrão original...», A. Fontoura da Costa (ed.), *op. cit.*, pp. 15-20.

[239] Cfr. William B. Greenlee, *op. cit.*, pp. 68-69.

[240] João Martins da Silva Marques (ed.), *op. cit.*, doc. 366, pp. 609-610.

de que «el rey de Portugal había preparado 12 naves con grandísima riqueza y las había enviado hasta aquellas partes [orientales] y seguramente harían grandes cosas, siempre que lleguen a salvo» [241]. Se trata, naturalmente, de una evidente referencia a la partida de la armada de Cabral.

Se afirmó que, si «Brasil hubiese sido descubierto intencionalmente por Cabral, sería dificilísimo guardar silencio sobre este acontecimiento» [242]. Ahora bien, un examen atento de la documentación revela que el hallazgo de la Tierra de Vera Cruz fue silenciado durante un año aproximadamente. El regreso a Lisboa de la naveta de víveres —que se encuentra documentalmente comprobado [243]— se produciría en junio-julio de 1500 y las primeras noticias sobre aquel descubrimiento solamente comenzaron a circular a finales de junio de 1501, después del retorno de la nave *Anunciada*. La divulgación de las informaciones sobre el encuentro de la tierra austral es, por consiguiente, posterior a la llegada al Tajo del navío de Nuno Leitão da Cunha, primera unidad de la escuadra cabralina proveniente del Índico en regresar a Portugal, sin que existiera una única referencia contemporánea al regreso de la naveta de Gaspar de Lemos con la misión de transmitir al rey la noticia del hallazgo de la Tierra de Vera Cruz, así como de entregarle las misivas de los capitanes y de importantes funcionarios reales, lo papagayos y los diferentes objetos adquiridos a los amerindios.

La investigación desarrollada en las últimas décadas por el comandante Max Justo Guedes con el fin de interpretar los textos del siglo XVI a la luz de las condiciones físicas del Atlántico Sur —metodología que ya preconizó Gago Coutinho—, de la topografía y de la hidrografía aportó bases significativamente más sólidas a la tesis de la intencionalidad del descubrimiento de Brasil.

Quizás no sea despreciable traer a colación en el debate en torno a la casualidad o intencionalidad del descubrimiento de Brasil la siguiente reflexión de Amyr Klink, el navegante solitario que fue el primero en atravesar, en un barco de remos, la inmensidad del Atlántico Sur: «se puede decir que Cabral, cuando se dirigía hacia las

[241] Américo Vespucio, *Cartas de Viaje*, introducción y notas de Luciano Formisano, trad. castellana, Madrid, 1986 (1501), p. 65.

[242] T. O. Marcondes de Sousa, *op. cit.*, p. 180.

[243] Cfr. *Carta de El-Rei D. Manuel ao Rei Catholico...*, p. 11.

Indias, no atracó aquí por casualidad. Simplemente, unió una táctica de navegación obligatoria para dar la vuelta a África al interés de la investigación y reconocimiento de las tierras que, ya se sabía, existían al oeste [...]» [244].

En síntesis, la variables geopolíticas, diplomáticas, económicas y técnicas referidas apuntan decididamente en el sentido de que el «alejamiento de la flota hacia occidente estaría en el proyecto imperial de la Corona» [245], por lo que Cabral habría recibido instrucciones reservadas de don Manuel I para, en el transcurso de su viaje hacia el Índico, explorar la región oeste del Atlántico Sur [246] con el objetivo de encontrar la prolongación austral del continente visitado por Colón, Cabot y Duarte Pacheco, al fin de establecer una escala destinada a apoyar el funcionamiento de la ruta del Cabo.

[244] Amyr Klink, *Cem Dias entre Céu e Mar*, 29.ª ed., Río de Janeiro, 1991, p. 54.
[245] Manuel Nunes Dias, *op. cit.*, p. 28.
[246] Cfr. Damião Peres, *op. cit.*, p. 136.

Capítulo IV

EL TIEMPO DE LAS FACTORÍAS

La integración de la Tierra de Santa Cruz en el contexto del Imperio

El navío que llevaba las buenas nuevas efectuó, en el viaje de retorno a Lisboa, un reconocimiento del litoral brasileño comprendido entre Porto Seguro y el cabo de San Jorge [1] —identificado como el cabo de San Agustín— en una extensión superior a 150 leguas, lo que permitió obtener la confirmación de que se trataba de un continente. El trazado general de la franja costera explorada, una leyenda alusiva al descubrimiento, los topónimos correspondientes a los extremos alcanzados, ya que el del norte se encuentra señalado con una bandera portuguesa, se incluyeron, durante la expedición de Cabral, en el patrón cartográfico real.

Probablemente, en el transcurso del mes de julio de 1500 [2], Manuel I recibió a Gaspar de Lemos, llegando a conocer los éxitos conseguidos por la segunda armada de la India hasta el 1 de mayo, inclusive, así como la existencia en el poniente de una grandiosa tierra firme austral. En la previsión de que el descubrimiento de la Tierra de Vera Cruz pudiera suscitar la eclosión de disputas con Castilla acerca del área de influencia en que el nuevo dominio se situaba, el rey decidió mantener en secreto el asunto hasta obtener informaciones sobre los respectivos límites.

[1] Cfr. A. Teixeira da Mota, «Reflexos do Tratado de Tordesilhas na Cartografia Náutica do Século XVI», *El Tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, Valladolid, 1973, p. 142.

[2] Cfr. Moacir Soares Pereira, *Capitães, Naus e Caravelas da Armada de Cabral*, Lisboa, 1979, p. 84.

En una fecha muy próxima a la llegada al Tajo de la naveta de provisiones, llegaron a Lisboa noticias sobre el fallecimiento de Miguel da Paz, sucedido en Granada el 17 de julio de 1500. Dicho suceso no suscitó manifestaciones de pesar [3], ya que significaba el fin de la unión ibérica que se realizaría cuando el príncipe subiese al trono de Portugal, Castilla y Aragón. La sucesión de los dos últimos reinos recaía automáticamente en doña Juana (la futura Juana la Loca) y en el varón que había dado a luz hacía pocos meses (el futuro Carlos I de España y V del Sacro Imperio nació el 24 de febrero de ese año).

La muerte de D. Miguel reabrió el problema de la sucesión de la Corona de Portugal, toda vez que no había un único descendiente legítimo de la dinastía de Avis. La inexistencia de un heredero del trono confirió gran importancia al casamiento del rey, de modo que don Manuel inició rápidamente negociaciones con los Reyes Católicos con el objetivo de unirse a la infanta Doña María, tercera hija de aquellos monarcas. El Venturoso no tuvo dificultades en obtener el asentimiento de Isabel y Fernando, que también deseaban aquel enlace; los esponsales se celebraron en Alcázar de la Sal el 30 de octubre de 1500 [4].

Estos acontecimientos condicionaron el calendario político manuelino hasta finales de año, por lo que no se adoptaron medidas susceptibles de crear disputas con Castilla y Aragón que pudieran dificultar o imposibilitar la celebración del matrimonio real. A principios de 1501, sobrepasadas las dificultades político-diplomáticas ya referidas y concluido el período de festividades inherentes al evento, el rey de Portugal tomó decisiones que conducían a integrar funcionalmente la Tierra de Santa Cruz en el contexto del Imperio.

La primera constituyó en dar instrucciones a João de Nova, capitán mayor de la tercera armada de la India, para repostar en la Tierra de Santa Cruz [5]. En efecto, la flota zarpó del Tajo en la primera quincena de marzo, inició la aproximación al litoral brasileño a la altura del cabo de San Agustín y efectuó la aguada en la costa pernambucana [6].

[3] Cfr. Damião de Góis, *Crónica do Felicíssimo Rei D. Manuel*, prefacio de David Lopes, vol. I, Coimbra, 1949 (1566), p. 109.

[4] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 110-114.

[5] Cfr. *Carta de El-Rei D. Manuel ao Rei Catholico...*, Lisboa, 1892 (1505), p. 21.

[6] Cfr. Moacir Soares Pereira, «A Ilha Brasileira do Planisfério da Casa d'Este», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* (Rio de Janeiro), 309 (1975), pp. 27, 47, 103-104, 126.

La segunda —y más importante— fue la de armar una flotilla de tres carabelas, cuyo mando confió a Gonçalo Coelho, con la misión de determinar los límites de la tierra firme descubierta por Cabral. Es muy probable que entre los objetivos encomendados a la expedición de 1501-1502 se encontrase efectuar un estudio sobre las posibilidades económicas de la Tierra de Santa Cruz, hecho indicado por la participación de dos destacados florentinos que se encontraban íntimamente asociados a empresas marítimas y comerciales en las «Indias de Castilla».

Uno de los italianos era Gerardo Verde, hermano de un gran mercader originario de Toscana, Simón Verde, que fundó una compañía comercial sólidamente implantada en Andalucía [7]. El otro era Américo Vespucio, que, después de que le impidieran embarcar en la expedición de Vélez de Mendoza, debido a las recientes disposiciones reales prohibiendo la participación de extranjeros en los navíos castellanos con destino al poniente [8], fue animado, según su testimonio, por «nuestros florentinos de Lisboa» [9] a trasladarse a Portugal. El hecho de que Vespucio hubiera desempeñado las funciones de administrador de Juanoto Berardi, que había sido corresponsal en Andalucía de Bartolomeu Marchioni [10], habría contribuido a que este último convenciera a Manuel I para incorporarlo a la expedición comandada por Coelho con la finalidad de efectuar una prospección de los productos con interés comercial existentes en la Tierra de Santa Cruz.

El acuerdo para aceptar los servicios del florentino podría también deberse al hecho de que el Venturoso pretendiera actuar cautelosamente en la definición de la soberanía portuguesa en el hemisferio occidental, utilizando a un extranjero neutral que había participado en la expedición de Ojeda a los territorios americanos pertenecientes a la Corona de Castilla y que podría, en el caso de suceder un conflicto lusocastellano sobre la soberanía o los límites de Brasil, ser testigo de que el viaje organizado por Portugal se des-

[7] Cfr. Consuelo Varela, *Colón y los Florentinos*, Madrid, 1988, pp. 83-93.

[8] Cfr. *idem*, Amerigo Vespucci, un Nombre para el Nuevo Mundo, Madrid, 1988, pp. 32-60.

[9] Américo Vespucio, *Cartas de Viaje*, introducción y notas de Luciano Formisano, trad. castellana, Madrid, 1986 (1501), p. 66.

[10] Influyente negociante florentino radicado en Lisboa, donde consolidó su posición como importante colaborador de los reyes de Portugal desde João II.

tinaba a tierras desconocidas, incluidas en su área de jurisdicción y que no constituía ninguna violación del Tratado de Tordesillas.

La prudente actuación de Manuel I se destinaría a garantizar que la implantación de la presencia lusitana en la Tierra de Santa Cruz no suscitara la hostilidad de los Reyes Católicos de forma que le permitiera concentrar prioritariamente los medios disponibles en la cruzada antimusulmana en oriente, en el norte de África y en el Mediterráneo, lo que se puede ilustrar con la partida, el 15 de junio de 1501, de una gran armada (30 naos, navíos y carabelas), comandada por João de Meneses, conde de Tarouca, con el objetivo de socorrer a los venecianos y contener la amenaza turca.

Los navíos de Gonçalo Coelho zarparon de Lisboa entre el 10 y el 14 de mayo de 1501, dirigiéndose a Bezeguiche (Senegal) para repostar. A fines de mes se encontraban anclados en ese puerto dos naves de la armada de Cabral que regresaban de la India, efectuándose importantes conciliábulos entre algunos miembros de ambas tripulaciones que permitieron a Vespucio llegar a la conclusión de que la Tierra de Santa Cruz pertenecía al mismo continente que él había visitado en el transcurso de la expedición de Ojeda, aunque se situaba, sin embargo, en la región meridional [11].

La divulgación del descubrimiento de la Tierra de Santa Cruz

A pesar de todos los movimientos, no hubo noticias sobre el descubrimiento efectuado por Cabral en las zonas occidentales, lo que revela la existencia de un calendario político para su divulgación. El argumento de que la inexistencia de información sobre el asunto se debría a la poca importancia atribuida por Manuel al hallazgo de Brasil se debilita por la toma de decisiones ya referidas que apuntan en el sentido contrario de esa hipótesis.

En la noche del 23 al 24 de junio de 1501 llegó al Tajo la nave *Anunciada*, perteneciente a la sociedad constituida entre don Álvaro y los mercaderes italianos, comandada por Nuno Leitão da Cunha [12],

[11] Cfr. Américo Vespucio, *op. cit.*, pp. 66-73.

[12] Cfr. Carta de João Francisco de Affaitadi a Domingos Pisani (Lisboa, 26 de junio de 1501), Max Justo Guedes (ed.), *O Descobrimento do Brasil*, 2.ª ed., Lisboa, 1989, pp. 149-152.

primera unidad de la segunda armada de la India en regresar a Oriente. A partir del 26 de ese mes, las misivas de italianos residentes en Portugal y Castilla (Affaitadi, Cretico, Marchioni, Pisani y Trevisano) aludieron constantemente al descubrimiento de la *Tierra de los Papagayos* —designación atribuida por esos diplomáticos y mercaderes—, poniendo de relieve el encuentro de una tierra desconocida, la existencia de poblaciones caracterizadas por su desnudez y la abundancia y variedad de papagayos. Durante el mes de julio, se produjo el retorno gradual de los restantes navíos cabralinos, incluyendo la nave capitana [13].

Hasta el 28 de agosto de 1501, el Venturoso no escribió a sus suegros dándoles noticias de los éxitos de la expedición de 1500 y refiriendo el hallazgo de la Tierra de Santa Cruz [14], lo que desmiente la idea generalizada de que Manuel I comunicó rápidamente a los Reyes Católicos el descubrimiento de Brasil, aserción que no corresponde a la realidad de los hechos, según se comprueba por el análisis cuidadoso de la cronología.

La conclusión que se deduce no puede, pues, dejar de ser la de que el rey de Portugal, a propósito, tardó más de un año (de julio de 1500 a agosto de 1501) en dar cuenta a Isabel y Fernando de los descubrimientos efectuados por sus navíos en la región austral. Lo hizo, con todo, en esa fecha, debido a la insistencia de Pero López de Padilla, representante de los Reyes Católicos en la Corte de Lisboa, presentando la disculpa diplomática de no habérselo notificado antes porque quería aguardar, primero, el regreso del capitán mayor y, después, de los dos navíos restantes, preparándose para hacerlo cuando el embajador le transmitió sus deseos de recibir noticias sobre los éxitos de aquella armada. En definitiva, el Venturoso tenía conocimiento desde hacía más de un año del «hallazgo de la tierra nueva» cuando comunicó el acontecimiento a los reyes de Castilla y Aragón, que, a partir de ese momento, pasaban a tener que dividir *de facto* con Portugal la tierra firme occidental.

[13] Cfr. «Navegação do capitão Pedro Álvares Cabral escrita por um piloto português», *O Reconhecimento do Brasil*, Luís de Albuquerque (dir.), Lisboa, 1989 (1500-1507), pp. 62-63.

[14] Cfr. Carta de D. Manuel a los Reyes Católicos (28 de agosto de 1501), *apud HCPB*, Carlos Malheiro Dias (dir.), vol. II, Oporto, 1923, pp. 165-167.

El comportamiento de Manuel I con respecto a la divulgación de los resultados obtenidos por la escuadra de Cabral fue diametralmente opuesto al que adoptó cuando se produjo el descubrimiento del camino marítimo de la India. En este último caso, el monarca, dos días después de la entrada del primer navío de la armada de Vasco de Gama en la bahía del Tajo, se apresuró a escribir a los Reyes Católicos, transmitiéndoles, eufóricamente, el feliz éxito de la empresa, sin esperar siquiera al retorno del comandante de la expedición. Con respecto al descubrimiento de Brasil, el soberano no sólo no dio ninguna información sobre el regreso de la naveta de provisiones con los diferentes relatos sobre el «hallazgo de la tierra nueva», sino que se retrasó lo más posible en su comunicación, haciéndolo en un tono de «prudencia y júbilo moderados» [15]. Es importante, pues, intentar encontrar los motivos que permiten interpretar una diferencia tan significativa de actitud en relación con las dos situaciones.

Al recibir las noticias sobre el descubrimiento de la gran tierra firme austral —cuyos extremos septentrional y meridional eran desconocidos—, don Manuel se dio cuenta de que, independientemente de haber vencido a los Reyes Católicos en la carrera por la llegada al Oriente (1499), acababa de abrir un nuevo frente de rivalidad con Castilla, esta vez en el hemisferio occidental (1500). Consideraría, entonces, más decuado, debido a las prioridades de asegurar la sucesión del trono (negociaciones para su matrimonio con la infanta doña María) y de ampliar militarmente la presencia portuguesa en el oriente y en el norte de África, no permitir la divulgación de las noticias sobre el asunto hasta encontrarse en posesión de informaciones precisas sobre los límites de la Tierra de Santa Cruz, para lo que mandó aparejar la escuadrilla que confió a Gonçalo Coelho. Sin embargo, el regreso del Índico de los navíos de Cabral, el primero de los cuales pertenecía a particulares, hizo público el descubrimiento de aquella tierra.

Los Reyes Católicos —alertados por los rumores que circulaban sobre el hallazgo, por navíos lusos, de tierras en el poniente que podrían estar situadas en su hemisferio de influencia— dieron instrucciones a su representante en Portugal para que insistiese ante el «di-

[15] C. Malheiro Dias, «Introdução», *HCPB*, vol. I, Oporto, 1921, p. XXX.

lecto hijo» con el fin de que les diera cuenta de los resultados obtenidos por la segunda armada de la India. El monarca lusitano, presionado por el embajador de los suegros, les envió una misiva (28 de agosto de 1501), redactada en un lenguaje muy cauteloso y ambiguo, donde atribuye el descubrimiento realizado por Cabral a un «milagro divino», subrayando que el mismo era muy conveniente y necesario para la navegación de la India [16]. Omite, sin embargo, los datos sobre la posición geográfica de la Tierra de Vera Cruz, así como los resultados de las mediciones de latitud efectuadas en Porto Seguro [17] y no hace la más mínima referencia al envío de la expedición de Coelho que había partido de Lisboa en mayo.

El halo de secreto con que el Venturoso rodeó los resultados náuticos de la expedición de Cabral se encuentra bien patente en una misiva, datada el 10 de agosto de ese mismo año, en que Angelo Trevisano, secretario del *oratore* veneciano (Domenico Pisani) ante Isabel y Fernando, informaba al analista Malapiero que no había sido posible obtener un cuaderno de bitácora del citado viaje «porque el rey impuso la pena de muerte a quien lo sacara fuera» [18].

Idéntica política se llevó a cabo durante los años siguientes. Cuando Vespucio regresó del viaje de 1503-1504, Manuel I le confiscó los documentos náuticos que estaban en su poder y nunca procedió a su devolución. Durante el regreso del florentino a Castilla, se promulgó el Albarán de 13 de noviembre de 1504 que prohibía a los cartógrafos, bajo pena de pérdida de sus bienes, hacer representaciones de la costa a partir del río Manicongo [19], hecho que revela la preocupación real por impedir «la divulgación de cualquier noticia sobre la costa recientemente descubierta» [20].

[16] Cfr. António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo. Panorama da difusão, pela Europa, de notícias dos Descobrimentos Geográficos Portugueses*, Lisboa, 1972, vol. I, pp. 267-271.

[17] Cfr. Luís de Albuquerque, *Os Guias Náuticos de Munique e Évora*, Lisboa, 1965, p. 66, nota 135.

[18] Duarte Leite, «O Mais Antigo Mapa do Brasil», *HCPB*, vol. II, p. 227.

[19] *Apud Alguns Documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo acerca das Navegações e Conquistas Portuguezas*, Lisboa, 1892, pp. 138-139.

[20] Luis de Albuquerque, *op. cit.*, p. 11.

La expedición de 1501-1502

A principios de agosto de 1501, la flotilla comandada por Gonçalo Coelho llegó a la costa brasileña en el Rio Grande do Norte, hacia los 5° S, iniciando así el reconocimiento de la franja marítima que se extendió ligeramente hasta el sur de Cananeia (25° 03' S), en una extensión superior a 370 leguas. En el transcurso del viaje se descubrieron y bautizaron importantes accidentes geográficos, concretamente el cabo de San Roque (16 de agosto), el cabo de Santa Cruz (con posterioridad al ya mencionado de San Agustín), el río de San Francisco (4 de octubre), la Bahía de Todos los Santos (1 de noviembre), la sierra de Santo Tomé (21 de diciembre), Cabo Frío, la bahía (ensenada) de los Reyes (6 de enero), el puerto de San Vicente (22 de enero) y el «río de Cananor» o Cananeia (29 de febrero). A comienzos de marzo de 1502, la flotilla se apartó del litoral a partir aproximadamente de los 26° S, siguió rumbo sudeste y efectuó una profunda incursión en aguas australes hasta alrededor de los 50°, enfrentándose a violentas tempestades, frío intenso e islas de hielo. Regresó a Lisboa entre el 22 de julio y el 7 de setiembre de ese año [21].

La expedición trajo una carga de palo brasil, canafístula y papagayos, confirmando que las tierras australes —donde no se encontraron indicios de existencia de metales preciosos o especias— tenían un interés económico limitado. Procedió, además, a la recogida de uno de los desterrados que fue dejado por Cabral en Porto Seguro que, mientras tanto, había adquirido el conocimiento de la lengua tupí, por lo que presentó detalladas informaciones al rey sobre la tierra y la gente de Brasil [22].

Una de las consecuencias del viaje de 1501-502 consistió en reforzar la noción de continentalidad de la tierra firme occidental, que ya se había afianzado en la corte manuelina en el transcurso de 1501 [23], como revela el que, el 18 de octubre de ese año, Pedro Pasqualigo, embajador de Venecia, atestara que los hombres de la expe-

[21] Max Justo Guedes, «As Primeiras Expedições de Reconhecimento da Costa Brasileira», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975, pp. 226-239.

[22] Cfr. *Carta de El-Rei D. Manuel ao Rei Catholico...*, p. 14.

[23] Cfr. Jaime Cortesão, *A Expedição de Pedro Álvares Cabral e o Descobrimento do Brasil*, 2.ª ed., Lisboa, 1967, p. 143.

dición de Gaspar Corte-Real, que acababan de regresar de Terra Nova (Canadá), creían en la continuidad de la «cuarta parte» del mundo, desde la región glacial, hasta la Tierra de los Papagayos [24].

Los resultados de las exploraciones lusitanas en los territorios occidentales —desde el extremo septentrional (Terranova) hasta la región austral (Cananeia)— se incorporaron, como sucedía con los territorios pertenecientes al Viejo Mundo, en las cartas-portulanos reales. De la valiosa producción cartográfica de 1502 solamente se conserva el planisferio portugués anónimo, el famoso *Cantino*. Sin embargo, el trazado de la costa brasileña desde la Cananeia —lugar por donde pasaba, al sur, el meridiano de Tordesillas— se encuentra desplazado hacia el oriente, o sea, fue falsificado para impedir la revelación de que las tierras situadas a partir de aquel lugar pertenecían a la Corona de Castilla. Este tipo de alteración intencionada, introducida en las cartas-portulanos por motivos políticos (véase el Mapa 4) se mantuvo hasta 1515-1516, época en que un piloto portugués al servicio de Fernando el Católico condujo una expedición castellana a las tierras australes [25].

Después del regreso a Lisboa, Américo Vespucio redactó un sumario informe sobre el viaje de 1501-1502, que envió a Lorenzo de Pierfrancesco di Medici. Este primer documento impreso sobre Brasil se publicó en italiano en la ciudad de París, probablemente en 1503, con numerosas alteraciones introducidas sin el conocimiento del autor; poco después salió de la imprenta la versión latina titulada *Mundus Novus* (Venecia, 1504). La expresión se divulgo rápidamente, pasando a ser muy utilizada para nombrar al continente austral recientemente descubierto por la armada de Cabral [26]. Sin embargo, segun demuestra el siguiente pasaje de una carta remitida, en julio de ese año, por Marchioni a Florencia: «Este rey [don Manuel] descubrió en éste [viaje de 1500] un *nuevo mundo*, pero es peligroso navegar por el ámbito de esos mares» [27].

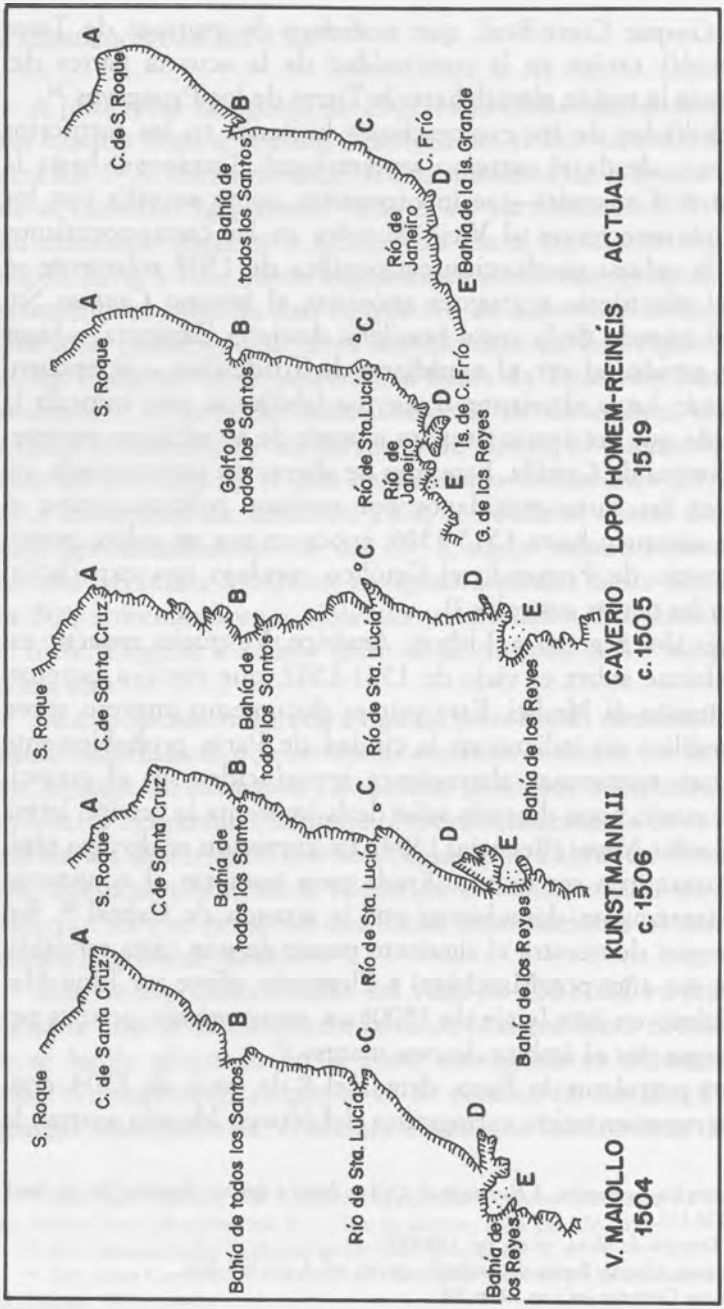
La carta-portulano de Fano, datada el 8 de junio de 1504, contiene, en la representación cartográfica del Nuevo Mundo austral, la

[24] Cfr. Moacir Soares Pereira, *A Navegação de 1501 ao Brasil e Américo Vespúcio*, Río de Janeiro, 1984, pp. 130-131.

[25] Cfr. A. Teixeira da Mota, *op. cit.*, pp. 144-147.

[26] Cfr. António Alberto Banha de Andrade, *op. cit.*, vol. I, pp. 273-283.

[27] *Apud* Jaime Cortesão *(ed.)*, *op. cit.*, p. 84.



Mapa 4. Principales tipos de falsificación de la costa brasileña en la primitiva cartografía de origen portugués.
Fuente: A. Teixeira da Mota, «Reflexos do tratado de Tordesillas Cartografía Náutica do Século XVI», *El tratado de Tordesillas y su Proyección*, vol. I, Valladolid, 1973, p. 145.

siguiente inscripción en dialecto genovés: *Tera de Gonsalvo Coigo vocatur Santa Croxe*, o sea, Tierra de Gonçalo Coelho que se llama Santa Cruz, designación atribuida a Brasil por el cartógrafo Vesconte de Maiollo en homenaje al navegante que comandó la expedición de reconocimiento de 1501-1502 [28].

El arrendamiento de la Tierra de Vera Cruz

En los primeros años del 1500, Manuel I se encontraba fundamentalmente interesado en imponer la hegemonía lusitana en el Índico, en la costa oriental de África, de la península de Arabia y de Malabar (India), en la conquista o sometimiento del reino de Fez (Marruecos), así como en el dominio del acceso al mar Rojo. Debido a estas prioridades, así como al interés, relativamente secundario desde el punto de vista económico, que despertaban las tierras occidentales, el Venturoso decidió aplicar a Brasil, con algunas adaptaciones, la solución adoptada en el reinado de Afonso V (1438-1481) para efectuar la exploración geográfica y comercial de la costa occidental de África, que consistía en conceder, durante el período comprendido entre 1469 y 1475, el monopolio del comercio al sur del cabo Bojador, con varias excepciones, a un gran mercader lisboeta, Fernão Gomes, que quedó, por contrato, obligado a proceder al reconocimiento de, por lo menos, 100 leguas de litoral por año.

Con fecha anterior al 3 de octubre de 1502, el Venturoso arrendó la Tierra de Santa Cruz a una asociación de mercaderes. El contrato, de acuerdo con las informaciones aportadas por Pedro Rondinelli, tenía prevista una duración de tres años. Concedía el monopolio de la exploración del territorio a la sociedad encabezada por Fernão de Loronha y prohibía la importación de Oriente de la variedad asiática del palo brasil (*Caesalpinia sappan L.*). Entre las cláusulas estipuladas por la Corona a los arrendatarios se contaban el pago anual de 4.000 ducados, el envío todos los años de una escuadra de seis navíos destinada a proseguir el reconocimiento de, por lo

[28] Cfr. A. Teixeira da Mota, «Os Mapas de Maiollo e a Questão Vespuciana», en Duarte Leite, *História dos Descobrimentos. Colectânea de Esparsos*, Vitorino Magalhães Godinho (coord.), vol. I, Lisboa, 1959, p. 683.

menos, 300 leguas de la costa, así como la fundación y manutención de una factoría-fortaleza. Durante el primer año, las mercancías desembarcadas en el reino quedarían exentas de impuestos, en el segundo año pagarían 1/6 de los derechos aduaneros y en el tercero 1/4 [29].

En el transcurso del período de contrato de arrendamiento, partió, en septiembre-octubre de 1502, una expedición de cuatro navíos, que, de acuerdo con la interpretación de los datos proporcionados por el planisferio de Nicolau de Cavério (hacia 1502-1506), habría recorrido una significativa parcela de litoral del nordeste, alcanzando Porto Seguro y el río de Brasil, donde cargó palo brasil y esclavos, regresando a Lisboa a mediados de 1503. Durante este viaje se descubrió la actual isla de Fernando de Noronha, bautizada por el comandante de la expedición de San Juan (3º 50' 30" S), que ya figuraba en el planisferio de 1502 con el nombre de Cuaresma [30].

Las noticias sobre el proyecto portugués de establecer una factoría en la Tierra de Santa Cruz se conocieron en Castilla a principios de 1503, aunque se interpretó erróneamente, como destinado a Pária. Preocupada por la posibilidad de creación de un establecimiento lusitano en sus territorios, la reina Isabel encomendó, el 30 de mayo, a Ochoa de Ysassaga, responsable del espionaje en Portugal, que recogiera pormenores sobre el asunto que le permitieran protestar fundadamente contra esa iniciativa. En julio del mismo año llegaron a Sevilla informaciones sobre el cargamento traído por la expedición de 1502-1503, que habría sido obtenido en la tierra descubierta por Bastidas. Ante la violación del Tratado de Tordesillas que esa situación implicaba, la soberana ordenó, entonces (1 de agosto de 1503), a la Casa de Contratación que averiguase la veracidad de esas informaciones. Durante ese mismo mes, el maestre Juan de la Cosa fue enviado a Lisboa para cumplir esa misión, pero fue descubierto y apresado. Enterado de las desconfianzas existentes en el reino vecino, don Manuel mandó que dieran a aquel piloto dos cartas de marinería que demostraran que los viajes realizados por sus súbditos habían recorrido sólo el

[29] Cfr. Duarte Leite, *op. cit.*, vol. II, Lisboa, 1962, p. 69.
[30] Cfr. Max Justo Guedes, *op. cit.*, pp. 239-241.

área de influencia portuguesa. Al regresar a Castilla, el vizcaíno transmitió esas informaciones a la reina, así como la de que había partido una nueva expedición con destino a la Tierra de Santa Cruz. Las divergencias sobre la localización de los litorales brasileños pudieron deberse a las «falsas concepciones de los pilotos y cartógrafos españoles sobre la proximidad entre el nordeste brasileño y el golfo de Pária» [31].

Transcurrido algún tiempo después del arrendamiento de Brasil, Manuel I procedió a la primera donación efectuada por la Corona portuguesa en territorio americano. En efecto, el monarca concedió, en enero de 1504, la capitanía de la isla de San Juan (actual Fernando de Noronha), durante el plazo de dos vidas, con la obligación del beneficiario de poblar y aprovechar económicamente ese territorio. Las contrapartidas consistían en el pago anual del cuarto y del décimo de los rendimientos obtenidos, con excepción de las materias primas para las tinturas, drogas y especias, que quedaban reservadas a la Corona [32].

La afirmación de que «se halló esta tierra no navegada por los navíos de Vuestra Alteza y, por Vuestro mando y licencia, los de Vuestros naturales» significa que, en la fecha de redacción de este texto (1505), la exploración geográfica y comercial de Brasil estaba confiada a la sociedad de mercaderes mandada por Fernão de Loronha, por lo que a la misma no iban las embarcaciones reales, sino las pertenecientes a los respectivos arrendatarios [33].

Según la *Relazione di Lunardo da Cà Masser*, la vigencia del contrato abarcaría presumiblemente diez años (1502-1512). Sin embargo, algunos autores son de la opinión de que, a partir de finales de 1505, el trato con Brasil fue liberalizado, al autorizar la Corona el libre acceso de los mercaderes a aquel territorio contra el pago del quinto [34].

En 1513, Jorge Lopes Bixorda —gran armador que en 1509 comandó personalmente una nave de su propiedad que partió a la

[31] Jaime Cortesão, *História do Brasil nos Velhos Mapas*, vol. I, Río de Janeiro, 1965, pp. 261-263.

[32] Cfr. António Baião, «O Comércio do Pau Brasil», *HCPB*, vol. II, p. 328.

[33] Cfr. Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis*, Damião Peres (ed.), Lisboa, 1988, p. 21.

[34] Cfr. António Baião, *op. cit.*, p. 326.

India, integrada en la armada del mariscal Fernando Coutinho [35]— se ocupaba trato del comercio del árbol del tinte, en un plazo y en unas condiciones desconocidas [36].

La factoría de Cabo Frío

La experiencia proporcionada por la realización del viaje de 1501-502 reveló que el aprovisionamiento de palo brasil efectuado durante la permanencia de los navíos en los puertos retrasaba mucho la operación y, por consiguiente, la hacía poco lucrativa. De ahí que se llegara a la conclusión de que la solución más rentable consistiría en establecer una factoría, cuya guarnición debería obtener la colaboración de los indígenas para la tala y preparación de los árboles en el período en que se aguardaba la llegada de las naves, de modo que éstas, en cuanto llegasen, pudiesen ser cargadas rápidamente.

El 10 de junio de 1503, zarpó de Lisboa la segunda armada de Gonçalo Coelho, formada por seis navíos, que tenía como uno de los objetivos prioritarios establecer una factoría en la Tierra de Santa Cruz. Después de hacer escala en las islas de Cabo Verde, cambió el rumbo, por razones náuticas, hacia el sudeste, dirigiéndose, acto seguido, hacia el sur-sudeste. El 10 de agosto la expedición encontró la isla de San Juan, que rebautizó de San Lorenzo, al haber naufragado en ese día la nave capitana en sus bancos de arena. Debido a esa circunstancia, la escuadra se dispersó, resultando de ello que una de las naves descubrió, en octubre, la isla de la Ascensión, rebautizada de Trinidad (20° 30' S) [37].

Después de esperar inútilmente en la Bahía de Todos los Santos —lugar que se fijó por el regimiento real para el reagrupamiento de las armadas— la llegada del capitán mayor, los navíos de Vespucio y de otro capitán cuya identidad se desconoce, pusieron rumbo

[35] Cfr. *Livro de Lisuarte de Abreu*, reproducción facsímil, Lisboa, 1992 (1565 aprox.), fl. 26v.; *Relação das Náus e Armadas da India...*, Maria Hermínia Maldonado (ed.), Coimbra, 1985, p. 24.

[36] Cfr. Damião de Góis, *op. cit.*, vol. I, p. 131.

[37] Cfr. A. Teixeira da Mota, *Novos Documentos sobre uma Expedição de Gonçalo Coelho ao Brasil entre 1503 e 1505*, Lisboa, 1969, pp. 6-7.

al sur con el fin de cumplir una de las cláusulas del contrato de arrendamiento: fundar un establecimiento lusitano en el Nuevo Mundo. Durante cinco meses, edificaron la factoría-fortaleza en una isla de la bahía de Guanabara, en las inmediaciones del Cabo Frío [38], dejando al administrador João de Braga con una guarnición de 24 hombres, 12 piezas de artillería, armas, municiones y víveres para seis meses, regresando a Portugal el 18 de junio de 1504 [39].

La *Lettera* dirigida a Pedro Soderini, concluida en Lisboa el 4 de septiembre de 1504, en que Américo Vespucio describe los viajes que efectuó, principalmente el de 1503-1504, se imprimió, después de haberla modificado, en Florencia en 1505 o en 1506. El cosmógrafo alemán Martin Waldseemüller la tradujo al latín, con el título de *Quatuor Navigationes* y la publicó en sus *Cosmographiae Introductio* (Saint-Dié, Lorena, 1507), donde apareció por primera vez el neologismo *América*, creado por él [40].

A partir del *Itinerarium Portugallensium* (Milán, 1508) —versión latina de la suma de relaciones de viajes potugueses y castellanos, organizada por Fracanzano da Montalboddo, titulada *Paesi Novamente Retrovati* (Vicenza, 1507), en la que figuraban los textos vespucianos— Tomás Moro tuvo conocimiento del episodio referente a la fundación de la primera factoría portuguesa en el Nuevo Mundo, hecho que integró en la trama de su célebre obra, la *Utopía* (Lovaina, 1516) [41].

Al principio de la segunda década del siglo XVI, surgió por primera vez, en una carta de Afonso de Albuquerque a don Manuel y en el mapa de Marini (1512), el término *Brasil* para designar a la América portuguesa, suplantando gradualmente a la denominación oficial de Tierra de Santa Cruz y las denominaciones italianas de Tierra de los Papagayos o de Gonçalo Coelho [42]. La sustitución del símbolo de la pasión y redención cristianas por un «tronco que tiñe paños» sería duramente criticada, en la segunda mitad del siglo XVI, por João

[38] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, *Las Latitudes del Diário da Navegação de Pero Lopes de Sousa y la localización del Puerto de los Patos*, Lisboa, 1972, pp. 8-16.

[39] *Apud HCPB*, vol. II, pp. 288-291.

[40] Cfr. Luís de Matos, *L'Expansion Portugaise dans la Litterature Latine de la Renaissance*, Lisboa, 1991, pp. 277-316.

[41] *Idem, ibidem*, pp. 383-422.

[42] Cfr. Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979, p. 232.

de Barros [43] y por Pero de Magalhães de Gândavo [44], atribuyéndolo a obra del demonio.

La base portuguesa al sudeste del Brasil se mantuvo en funcionamiento hasta 1516, año en que fue abandonada, debido, probablemente, a los siguientes factores: su localización había sido descubierta por una embarcación española perteneciente a la armada de Solís que se apoderó indebidamente de un cargamento de palo brasil; el hecho de que se llegara a la conclusión de que el traslado desde el área de *ibirapitanga* («árbol rojo») hacia la región del cabo de San Agustín —que queda bastante más próximo a Lisboa— acortaría significativamente la duración del viaje, proporcionando, así, una mayor rentabilidad; finalmente, la circunstancia de que las especies de tintes del nordeste fueran de mejor calidad, factor decisivo en una coyuntura en que se acentuaba la competencia de la madera colocada en las plazas comerciales europeas por venecianos, castellanos y franceses. Estos motivos llevarían a Cristóvão Jaques a decidir el traslado de aquella factoría a Pernambuco.

Viajes de exploración por los límites de Brasil

Por las razones de naturaleza náutica expuestas en el capítulo anterior, los navíos que tenían por destino la costa situada al sur del cabo de San Roque no podían efectuar exploraciones en el litoral septentrional. De ahí que el reconocimiento de la parcela norteña de la costa marítima brasileña tuviera que acometerse en expediciones exclusivamente destinadas a esa región. Existen fuentes que apuntan hacia la realización, a principios del siglo XVI (en 1502-1503, según defendió el barón de Río Blanco), de misiones de exploración en las franjas del litoral de Maranhão y Amazonas dirigidas por João Coelho, el de la Puerta de la Cruz, vecino de Lisboa [45]. Apuntan, también, en ese sentido, documentos de origen castellano (extracto de la colección Muñoz) donde los súbditos de los Re-

[43] Cfr. *Ásia, Primera Década,* Coimbra, 1932, p. 175.

[44] Cfr. *História da Província Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil,* ed. facsímil, Lisboa, 1984 (1576), fls. 7-7v.

[45] Cfr. Duarte Leite, *Os Falsos Precursores de Álvares Cabral,* 2.ª ed. mejorada, Lisboa, s. d., p. 210.

yes Católicos contaban que los portugueses habían explorado, hacia 1505, el litoral Coquibacoa, al oeste de la costa venezolana [46].

En 1511, la nave *San Pedro*, comandada por Jorge de Brito, perteneciente a la armada de García de Noronha, descubrió los peñascos de San Pedro y San Pablo [47]. Dos años después, don Manuel mandó una carabela comandada por Diogo Ribeiro, mensajero real, a la región septentrional de América del Sur, a semejanza de la nave anterior, hecho del que se quejaba Fernando de Aragón en una carta del 21 de abril de 1513, dirigida a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla. Después de un encuentro con los indios en que perdió la vida el capitán, Rodrigo Álvares asumió el mando del navío y efectuó un reconocimiento de la costa norte de Brasil.

Después de penetrar en el hemisferio castellano, la carabela se vio forzada, debido a la circunstancia de sufrir una rotura en el casco, a detenerse en la isla de San Juan (Puerto Rico). Allí fue apresada y la tripulación trasladada a la isla de La Española, encerrada en una prisión de la ciudad de Santo Domingo, procesada y algunos de sus miembros torturados. Durante los interrogatorios a los que se les sometió, afirmaron que la práctica corriente entre los navegantes portugueses consistía en considerar la línea equinoccial como marco divisorio entre las Coronas castellana y portuguesa en el Nuevo Mundo, quedando los territorios localizados al norte pertenecientes a la primera y los situados al sur a la segunda [48].

Las contribuciones de naturaleza geográfica y toponímica proporcionadas por esa expedición —entre las cuales se cuentan, muy probablemente, una correcta noción de las desembocaduras de los ríos Amazonas y Pará, así como un perfil de la isla de Marajó [49]— se incorporaron a la Carta de Brasil, incluida en el atlas de Lopo Homem-Reinéis (1519), en el que 146 topónimos bordan el litoral desde el Maranhão hasta el Plata [50]. Ésta presenta, incluso, en la costa

[46] Cfr. Demétrio Ramos Perez, *Los Viajes de Descubrimiento y Rescate*, Valladolid, 1981, p. 222.

[47] Cfr. *Relação das Náus e Armadas da India...*, pp. 26-27.

[48] Carta de Estevão Fróis a Manuel I (Santo Domingo, 30 de julio de 1514), *apud HCPB*, vol. I, p. XLVI.

[49] Cfr. Max Justo Guedes, *Conhecimentos Geográficos do Brasil em Portugal e Espanha em 1540*, Lisboa, 1972, pp. 10-13.

[50] Cfr. Jaime Cortesão, *A Carta de Pero Vaz de Caminha*, Río de Janeiro, 1943, p. 28.

norte brasileña el topónimo «Corco», estando comprobado que Francisco y Pero Corço participaron en ese viaje y fueron sometidos por las autoridades castellanas a tormentos de agua y cuerda, aunque habían respondido, sin embargo, que iban a descubrir tierras de Portugal, ya anteriormente visitadas por João Coelho, y que no tenían la intención de violar las tierras de la jurisdicción de Castilla [51].

Los navegantes portugueses exploraron, hasta 1514, el trecho del litoral comprendido entre la Cananeia y el río de Santa María (Plata). Además, el cabo de Santa María (Punta del Este, Uruguay), situado en la entrada del estuario de aquel río (34° 59' S), ya aparece señalado en el *Livro de Marinharia* de João de Lisboa, concluido hacia 1514, que atribuye a aquel accidente geográfico la latitud de 35°. Esa obra incluye, además, la primera mención conocida de la Cruz del Sur [52], así como la correspondiente normativa para la determinación de latitudes, probablemente también de la autoría del mismo piloto [53].

Lisboa procedió, en los primeros veinte años del siglo XVI, a mediciones de latitud de norte a sur del litoral de la Tierra de Santa Cruz, según demuestran, por un lado, la tabla incluida en su obra que presenta los primeros topónimos y «alturas de la costa de Brasil» de la región costera sudamericana comprendida entre los 25° y 35° y, por otro, el hecho de que en las inmediaciones de la bahía de Maranhão (2° 1/3 S) apareciera, en la cartografía del atlas Homem-Reinéis (1519), un río denominado «Joham de lixboa» [54].

Hacia 1516 se imprimieron, por primera vez, en el *Regimento da declinaçam do Sol*, tablas de latitudes de las regiones situadas al sur del Ecuador, comprendiendo la «tierra de Brasil, de la banda del sur» hasta la costa comprendida entre el «río del arrecife» (2° S) y el «Cabo de Santa María» (35° S) [55]. La divulgación de estos datos, hasta entonces celosamente conservados en secreto —después de que los castellanos hubieran llegado al Río de la Plata— revela un cam-

[51] Cfr. C. Malheiro Dias, *op. cit.*, vol. I, p. XLVI.

[52] Cfr. A. Fontoura da Costa, *A Marinharia dos Descobrimentos*, 4.ª ed., Lisboa, 1983, pp. 123-124.

[53] Cfr. Luís de Albuquerque, *O «Tratado da Agulha de Marear» de João de Lisboa; reconstituição do seu texto, seguida de uma versão francesa com anotações*, Lisboa, 1982, pp. 1-19.

[54] Cfr. Max Justo Guedes, *op. cit.*, pp. 8-10.

[55] Cfr. Luís de Albuquerque, *Os Guias Náuticos...*, p. 197.

bio en la estrategia de la Corona portuguesa. Desvelado el secreto de que el reino vecino tenía derecho a una parte de las zonas australes, don Manuel se apresuró en mandar publicarlos para poder invocar, en las inevitables negociaciones que seguirían sobre la definición de los respectivos límites, los derechos de Portugal a los territorios situados entre la Cananeia y el Río de la Plata, basados en la prioridad del descubrimiento.

Los elementos proporcionados por la *Guia Náutico de Évora* fueron incorporados a la *Suma de Geographia* (Sevilla, 1519), cuyo autor es Martín Fernández de Enciso, que, al describir el litoral brasileño situado entre el cabo de San Agustín y el cabo de Santa María, detalla las latitudes correctas, pero, al tratar de la costa al norte del primer topónimo, es «increíblemente erróneo», atribuyendo al río Marañón (Amazonas) la latitud de 7° 30' S [56].

Las capitanías de mar y tierra

En mayo de 1505 regresaron a Honfleur los supervivientes de la nave *L'Espoir*, conducida por dos portugueses (Bastião Moura y Diogo Couto) contratados en Lisboa a peso de oro. El navío se destinaba a Oriente, pero, debido al escaso dominio de las técnicas de navegación en la región austral, acabó por arribar, en 1504, a Brasil, habiendo permanecido sus tripulantes varios meses en Santa Catalina. Entre el reducido grupo que, en el viaje de regreso, escapó al ataque de un pirata bretón, se encontraba Essomericq, hijo del jefe carijó Arosca, que «por todos los lugares de paso era muy bien mirado, por no haber estado jamás en Francia un personaje de un tan lejano país» [57].

Los relatos de los hombres de la expedición capitaneada por Binot Paulmier de Gonneville se esparcieron velozmente por los puertos de la Francia atlántica, divulgando noticias sobre las gentes y los productos de las tierras australes, hecho que atrajo el interés de los activos hombres de negocios de Normandía (Ruán, Dieppe, Har-

[56] Cfr. Max Justo Guedes, «As Primeiras Expedições...», p. 205.

[57] Leila Perrone-Moisés, *Vinte Luas: Viagem de Paulmier de Gonneville ao Brasil: 1503-1505*, São Paulo, 1992, pp. 20-29.

fleur, Honfleur y Caen) y de Bretaña (Brest y Saint-Malo). Los armadores normandos y bretones comenzaron, a partir de entonces, a enviar, cada vez con mayor frecuencia, navíos para abastecerse directamente de palo brasil en la Tierra de Santa Cruz, asegurando, de ese modo, el abastecimiento de materias primas a los grandes centros galos productores de tejidos. Utilizaban, además, intérpretes normandos, los *truchements*, que se instalaban en creciente número entre algunos grupos tribales tupís.

El conocimiento de los resultados de la expedición lusa de 1513-1514 al Río de la Plata (noticias sobre la existencia de metales preciosos en el *sertão*, comprobadas por un hacha de plata, así como de un paso hacia el Pacífico), asociado a la información proporcionada por el piloto portugués João Dias de Solis —que se afincó en el reino vecino tras la muerte de su mujer y que sucedió a Américo Vespucio en el cargo de piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla (1512)— de que Castilla tenía derecho a territorios situados en la región austral, llevaron a Fernando de Aragón a celebrar con aquel navegante, en noviembre de 1514, una capitulación que le encargaba descubrir, de forma muy secreta, las tierras que se encontrasen al sur de la línea de demarcación y buscar una unión marítima con el oriente [58]. El primer objetivo se presentaba muy atractivo por la posibilidad de encontrar minas de oro y plata, mientras que el segundo resultaba cada vez más viable, toda vez que Vasco Núñez de Balboa había cruzado el istmo de Panamá y acababa de descubrir (septiembre de 1513), por vía terrestre, el Mar del Sur que los navíos portugueses surcaban desde la conquista de Malaca (1511).

La escuadra de tres carabelas partió de Sanlúcar de Barrameda el 8 de octubre de 1515, alcanzando, en febrero del año siguiente, el Río de la Plata y penetrando en su estuario, donde se produjo un violento encuentro con los amerindios en que perecieron Solís y muchos de sus tripulantes. En el viaje de regreso, uno de los navíos naufragó ante la isla de Santa Catalina, donde se refugiaron varios supervivientes, incluyendo al portugués Aleixo Garcia, el primer europeo que llegó al el Imperio Inca [59]. Otra carabela, bajo el mando

[58] Cfr. Luis Ferrand de Almeida, *A Diplomacia Portuguesa e os Limites Meridionais do Brasil (1493-1700)*, Coimbra, 1957, pp. 19-21.

[59] Cfr. Francisco Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, 5.ª ed. revisada y ampliada, Madrid, 1990, pp. 214-216.

de Francisco de Torres, penetró en la bahía de Guanabara, entró en contacto con la factoría portuguesa, se apoderó de una carga de palo brasil y recogió al piloto João Lopes de Carvalho, que había sido dejado allí, como castigo, por el capitán de la nave *Bretona* (1511).

La creciente presencia de franceses en el Nuevo Mundo portugués, pero, fundamentalmente, la penetración de castellanos en los territorios australes —que originaba la cuestión de los, hasta entonces inexistentes, límites meridionales de la Tierra de Santa Cruz—, representaba una amenaza real contra el dominio portugués de Brasil, toda vez que los primeros se establecían de forma gradual en el territorio indiscutiblemente sometido a la soberanía lusitana, mientras que los segundos estaban interesados en ocupar una de las cuencas hidrográficas más importantes de América del Sur, la del Plata, objetivo que, de concretarse, representaría un serio riesgo para la seguridad de los navíos portugueses y, sobre todo, la aparición de competidores en la búsqueda de metales preciosos que, en aquella región, se anunciaba prometedora.

Ante la nueva situación, Manuel I resolvió adoptar, en 1516, el sistema de «capitanías de mar y tierra» [60] con el objetivo de crear bases terrestres que ampliasen la presencia portuguesa en la franja marítima brasileña —limitada a la factoría de Cabo Frío y a algunos *lançados* [61] dispersos por Bahía, San Vicente y Cananeia— completadas con armadas de guardacostas destinadas a patrullar el litoral y a impedir que navíos no autorizados, sobre todo franceses, estableciesen puestos de control o efectuasen meros trueques comerciales con las poblaciones indígenas.

La primera expedición de Cristóvão Jaques a América del Sur (1516-1519) tenía como misión patrullar la costa y fijar un núcleo de colonos en Brasil. Al llegar a la bahía de Guanabara, la escuadra supo la apropiación de palo brasil por la carabela de Torres y la fuga de Carvalho, por lo que Jaques decidió partir en busca del navío castellano que se encontraba retrasado, pero sólo encontró

[60] Cfr. Jaime Cortesão, «Relações entre a Geografia e a História do Brasil...», *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, António Baião, Hernãni Cidade y Manuel Múrias (dirs.), vol. III, Lisboa, 1940, pp. 24-25; Manuel Nunes Dias, *Natureza e Estatuto da Capitania do Brasil*, Lisboa, 1979, p. 14.

[61] Sobre los orígenes y las funciones de los *lançados*, véase Jorge Couto, «A contribuição dos «lançados» para os Descobrimentos», *Vértice* (Lisboa), II (9), 1988, pp. 31-34.

en Santa Catalina a siete náufragos. Después de regresar a la factoría, el capitán mayor mandó que se cargara uno de los navíos, embarcó a los prisioneros y ordenó su retorno a Lisboa. Después de cortas negociaciones entre Manuel I y el cardenal Cisneros, regente de Castilla desde la muerte de Fernando de Aragón (1516), los siete castellanos fueron intercambiados, el 22 de abril de 1517, por los once portugueses que habían sido capturados en Puerto Rico.

Cristóvão Jaques, que fue nombrado «gobernador de las partes de Brasil», resolvió, por las razones ya referidas, trasladar la factoría de la bahía de Guanabara al litoral norte de Pernambuco —en territorio de los tabajaras, con los que estableció una alianza—, edificando el depósito en la margen derecha del canal de Santa Cruz, que separa el continente de la isla de Ascensión (Itamaracá) [62] y nombrando a Manuel de Braga para ejercer el cargo de administrador.

El capitán mayor manuelino resolvió, también, desembarcar en esa región a los hombres que llevaba en su armada para que se instalaran en los parajes brasileños, a los que una orden real del mismo año garantizaba el abastecimiento, a través de la Casa de la India, de hachas, azadas y todas las demás herramientas necesarias. En otro documento coetáneo, el rey ordenaba, además, a los oficiales de aquel organismo que contrataran a un maestro para instalar una industria de azúcar en Brasil. Manuel I procedió, igualmente, al nombramiento de Pero Capico para dirigir, durante diez años, una capitanía en Brasil [63].

Poco antes de su inesperado fallecimiento (13 de diciembre de 1521), el Venturoso concedió apoyo a Cristóvão Jaques para armar dos carabelas destinadas a la costa de la América portuguesa, encomendándole buscar cobre y otros metales. La flotilla partió de Lisboa en el último cuatrimestre de 1521, recorrió el litoral brasileño, embarcó, en el Puerto de los Patos, a Melchor Ramírez, náufrago de Solís, para que desempeñara las funciones de intérprete, penetró en el estuario del Plata y remontó, por primera vez, el curso del río

[62] Cfr. Marcos Albuquerque, «O Processo Interétnico em uma Feitoria Quinhentista no Brasil», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), pp. 99-123.

[63] Cfr. Visconde de Porto Seguro, *História Geral do Brasil antes da sua separação e independência de Portugal*, 3.ª ed. íntegra, vol. I, São Paulo, s. d., pp. 106 y 127.

Paraná en busca de la sierra de la Plata (cordillera de los Andes). La expedición encontró mucho cobre, algo de plata y vestigios de oro; dejó, en el regreso, al piloto Jorge Gomes en la factoría de Pernambuco, en cumplimiento de la pena impuesta por el capitán mayor, y llegó al Tajo a finales de 1522 [64].

La intensificación de la disputa por Brasil

El comienzo del reinado de João III (1521-1557) coincidió con una coyuntura en que destacaban los siguientes factores geopolíticos y económicos desfavorables a los intereses de la Corona lusitana: elección del nuevo rey de España, Carlos I (1516-1556) —que pasó a ser llamado Carlos V (1519-1556)—, para la dignidad imperial, sucediendo a su abuelo paterno, Maximiliano de Austria [65], lo que amplió enormemente el poder de la Casa de Habsburgo, reduciendo el margen de maniobra lusitano en el contexto peninsular y europeo; revitalización de la ruta terrestre de las especias incentivada por la nueva política aduanera adoptada por los otomanos después de anexionar el Imperio Mameluco (1516-1517), con capital en El Cairo [66]; fase crítica de la primera crisis económica del siglo XVI (1521-1524) [67]; eclosión, a finales de 1522, de la disputa con Carlos V sobre la posesión de las islas Molucas —consecuencia directa del primer viaje de circunnavegación (20 de septiembre de 1519 al 8 de septiembre de 1522), que descubrió la unión marítima entre el Atlántico y el Pacífico y abrió a España la posibilidad de penetrar en el mercado de las especias del Extremo Oriente— y, finalmente, intensificación de la presencia francesa en el Atlántico.

El nuevo monarca portugués adoptó una orientación política opuesta a la seguida por su antecesor. Abandonó definitivamente los proyectos imperiales manuelinos para el triángulo Jerusalén-

[64] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, «Cristóvão Jaques e as Armadas de Guarda-costa», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975, pp. 261-274.

[65] Cfr. Manuel Fernandez Álvarez, *Carlos V, el Rey de los Encomenderos Americanos*, Madrid, 1988, pp. 8-16.

[66] Cfr. Dimitri Kitsikis, *L'Empire Ottoman*, 2.ª ed. corregida, París, 1991, pp. 84-85.

[67] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *Ensaios II. Sobre História de Portugal*, 2.ª ed. corregida y ampliada, Lisboa, 1978, p. 258.

Egipto-Arabia [68], de expansión militar en el norte de África [69] y de imposición naval de la presencia portuguesa en China [70]; optó, siempre que le fue posible, por concentrar esfuerzos en perpetuar la hegemonía en el Atlántico Sur y confirió especial énfasis a la ocupación de las dos márgenes atlánticas: la africana y, sobre todo, la americana, opción en que se incluyen el proyecto de colonización de la Costa de la Malagueta, en la parte occidental de África [71], y el comienzo del proceso de colonización de Brasil.

La creciente actuación de corsarios en el Atlántico y de armadores bretones y normandos en la América portuguesa se transformó rápidamente en una de las preocupaciones prioritarias del gobierno de Lisboa. João III, firmemente decidido a alejar a los súbditos del rey de Francia del Atlántico portugués y de Brasil, optó por una estrategia que combinaba una intensa acción diplomática ante la corte de Francisco I (1515-1547) con la adopción de medidas de carácter defensivo.

En el campo diplomático, el rey procedió al nombramiento de João da Silveira para representar los intereses portugueses ante el monarca galo (de 1522 a abril a mayo de 1530) [72]. Idéntica medida tomó el Gobierno de París, designando a Honorato de Cais para desempeñar las funciones de embajador suyo en Lisboa, cargo que ejerció, aunque de forma intermitente, a lo largo de treinta y seis años (de 1523 a 1558) [73].

En sus relaciones con Portugal, Francisco I pretendía alcanzar al mismo tiempo dos objetivos que, sin embargo, eran contradictorios. Por un lado, procuraba combatir el monopolio portugués en África,

[68] Cfr. Luís Filipe F. R. Thomaz, «L'idée impériale manuéline» *La Découverte, le Portugal et l'Europe. Actes du Colloque*, París, 1990, pp. 35-103.

[69] Cfr. António Dias Farinha, «O Interesse pelo Norte de África» *Portugal no Mundo*, Luís de Albuquerque (dir.), vol. I, Lisboa, 1989, pp. 113-124.

[70] Cfr. João Paulo Oliveira e Costa, «Do Sonho Manuelino ao Realismo Joanino. Novos documentos sobre as relações luso-chinesas na terceira década do Século XVI: *Studia* (Lisboa), 50 (1991), pp. 121-156.

[71] Cfr. Maria Emília Madeira Santos, «A Hipótese do Estabelecimento de Outras Bases Portuguesas em África»: *Portugal no Mundo*, vol. III, Lisboa, 1989, pp. 54-65.

[72] Cfr. Margarida Garcez Ventura, *João da Silveira. Diplomata Português do Século XVI*, Lisboa, 1993.

[73] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, «Notas sobre a Embaixada de Honorato de Cais em Portugal 1523-1537», *Arquivos do Centro Cultural Português* (París), I (1969), pp. 161-194.

en Brasil y en Oriente con la finalidad de proporcionar lucrativos negocios a sus armadores y mercaderes, contribuyendo, de ese modo, a fortalecer la componente atlántica de la navegación y del comercio franceses, y de crear mejores oportunidades de cobro de tasas para el tesoro real galo, depauperado por los elevados costes de las guerras de Italia. Por otro lado, deseaba firmar un tratado de alianza con el monarca lusitano con vistas a obtener apoyos que le permitieran combatir más eficazmente a Carlos V.

A pesar de los serios perjuicios que los vasallos de Francisco I causaban a la navegación y al comercio portugueses, del fuerte sentimiento popular antifrancés y de las opiniones de los más influyentes miembros del Consejo Real, principalmente el infante don Luís y el obispo de Viseu, partidarios de una política de claro alineamiento con el emperador y de frontal oposición a Francia, João III no quiso adoptar medidas que contribuyeran a que el reino galo fuera excesivamente debilitado por los Habsburgo, debido a que éstos ya habían extendido su influencia a un vasto territorio que englobaba España y su Imperio americano, una parte de Italia, el Imperio Germánico, Flandes, Artois y, a veces, según la suerte de sus armas, Borgoña. Con esta actuación, el monarca portugués pretendía contrarrestar las tendencias hegemónicas de la Casa de Austria, que tenía la ambición de realizar el proyecto de la *monarquía universal*, defendido por uno de los más influyentes colaboradores de Carlos V, el canciller Mercurino Gattinara.

La existencia de una Casa de Valois relativamente poderosa en el plano de las fuerzas terrestres tenía, para la estrategia lusitana, la ventaja de constituir una amenaza latente para la seguridad de las fronteras imperiales, contribuyendo, de ese modo, a aliviar las excesivas presiones españolas sobre el Imperio portugués, sobre todo en una coyuntura en que el contencioso sobre las islas Molucas y la ensenada del Plata se encontraban pendientes de solución. De ahí que, a pesar de los reñidos combates entre portugueses y franceses en el Atlántico y en Brasil, las dos monarquías optaran por no declarar nunca abiertamente las hostilidades en el ámbito europeo, ya que recelaban del inmenso poder territorial, económico y militar acumulado por el emperador, así como de los perjuicios económicos que un completo cese de relaciones acarrearía a ambos reinos. Francia deseaba continuar exportando sus productos

al espacio imperial portugués y abasteciéndose de mercancías orientales en Lisboa. Portugal, por su parte, pretendía que los súbditos de Francisco I no atacasen a los navíos que efectuaban los transportes con la factoría de Flandes y que obligatoriamente tenían que costear la región atlántica gala.

Las informaciones provenientes de Francia de que una armada de diez navíos se preparaba para zarpar con destino a Brasil llevaron a João III a nombrar a Cristóvão Jaques «gobernador de las partes de Brasil», confiándole la jefatura de una fuerte escuadra, formada por una nao y cuatro carabelas comandadas por expertos capitanes, principalmente Diogo Leite, Gonçalo Leite y Gaspar Correia, con la misión de apresar a todos los navíos extranjeros que encontrasen en la costa brasileña. Lo autorizó, además, por una orden de 5 de julio de 1526, a permitir el regreso a Portugal de Pero Capico con todos sus bienes, que debería pagar los correspondientes derechos a la Casa de la India, dado que ya había concluido el tiempo de servicio [74].

Los navíos partieron de Lisboa, probablemente en el mes de febrero de 1527, y llegaron a la factoría de Pernambuco a finales de abril o principios de mayo. Jaques supo, entonces, de la permanencia en ese lugar, entre junio y septiembre de 1526, de la armada de Sebastian Cabot, que conducía el piloto Jorge Gomes, así como del ataque a la nao *San Gabriel*, comandada por Rodrigo de Acuña, que se encontraba en reparación en la desembocadura del río de San Francisco, perpetrado, a finales de octubre de 1526, por tres navíos franceses.

Después de ordenar cargar la nave capitana de palo brasil y de enviarla a Portugal con informes para el rey, Jaques decidió emprender la búsqueda de las embarcaciones intrusas rumbo al sur. Posiblemente en julio, la escuadra lusitana sorprendió, en Bahía, a tres naves bretonas. Después de un duro combate, hundieron dos de los navíos, apresaron un tercero y recuperaron una carabela portuguesa que había sido tomada por la derrotada flota gala. Las tripulaciones francesas huyeron o se rindieron, los pilotos y algunos miembros de la tripulación fueron ejecutados y se hizo gran número de prisioneros. Este grado de violencia fue utilizado intencionadamente con el

[74] *Apud HCPB*, vol. III, Oporto, 1926, p. 60.

propósito de disuadir a los mercaderes franceses de que continuaran financiando el envío de navíos a Brasil, explicándose también por el hecho de que los comandantes de las embarcaciones fueran responsables del asalto de aquel navío portugués destinado a la Mina y por la muerte de muchos de sus tripulantes.

En mayo de 1528, el capitán mayor mandó regresar a la carabela de Gonçalo Leite con otra partida de palo brasil y con cartas para João III. A finales de año, la armada de Jaques fue sustituida por una escuadra comandada por António Ribeiro, que el 2 de noviembre ya se encontraba en Pernambuco [75].

Los armadores de los navíos franceses recurrieron, en primer lugar, al conde de Lavall, lugarteniente real en el ducado de Bretaña, y, a continuación, al propio soberano para que presionara al rey de Portugal y los compensara de los perjuicios materiales y humanos provocados por la armada lusitana. Por nombramiento del 6 de septiembre de 1528, Francisco I ordenó al rey de armas de la casa de Angoulême, que exigiera a la Corte de Lisboa una indemnización por el valor de 60.000 escudos para sus súbditos bretones (Ivo de Coadqungar, Francisco Guéret, Maturino Tournemouche, Juan Bureau y Juan Jamet), bajo la amenaza de enviar cartas de aviso y represalia contra los bienes, navíos y mercancías de los portugueses hasta reparar íntegramente a aquellos hombres de negocios de las pérdidas sufridas [76].

El emisario del rey de Francia llegó a la capital portuguesa el 18 de enero de 1529, siendo inmediatamente recibido por João III. Existen dos versiones contradictorias sobre la forma en que se desarrollaron las negociaciones comenzadas por Helies Allesgle en la Corte de Lisboa. El representante de Francisco I, a través de un memorándum datado el 3 de julio de ese año, informó a su soberano de que había permanecido nueve semanas en la capital portuguesa sin que hubiesen sido satisfechas las reivindicaciones presentadas y que el doctor Diogo de Gouveia Senior [77] —uno de los consejeros

[75] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, *op. cit.*, pp. 274-282.

[76] *Apud HCPB*, vol. III, pp. 74-76.

[77] Teólogo, humanista y principal, desde 1520, del Colegio de Santa Bárbara en París. Consiguió de la Corona la creación de becas para estudiantes portugueses, convirtiéndose en uno de los principales consejeros de João III, sobre todo en el terreno de las difíciles relaciones con Francia. Desempeñó el cargo de rector de la Universidad de París (Sorbona), por lo

reales más influyentes— le había quitado toda esperanza de obtener el éxito en su misión [78]. Sin embargo, aquel humanista se limitaría a transmitir las deliberaciones oficiales, insinuando la opinión de que se debería proceder a la liberación de los bretones para permitir el esclarecimiento de la verdad y el castigo de los franceses, que afirmaban que los hombres de Cristóvão Jaques habían sometido a suplicio a los prisioneros [79]. Por su parte, el monarca lusitano comunicó a João da Silveira que había sugerido al enviado francés que los que tuvieran quejas recurriesen a los tribunales portugueses, que entenderían del caso. João III dio posteriormente instrucciones a su embajador en París para que realizase diligencias con el fin de requerir el castigo de Angoulême, por haber transmitido una versión desfigurada de las negociaciones y haber ocultado la copia del auto que entonces se estaba redactando [80].

Las causas del fracaso de la embajada de Allesgle pueden residir, por un lado, en el hecho de que la Corona lusitana considerase claramente lesiva de sus derechos, a la luz de los tratados internacionales y de las bulas papales, o sea, de la doctrina del *Mare Clausum*, la intromisión de navíos extranjeros en las aguas y territorios reservados a Portugal, por lo que consideraba completamente legítimo que sus escuadras reprimiesen a los infractores. Por otro lado, la embajada gala se produjo en la fase final de las negociaciones con Carlos V para la resolución del problema de las Molucas, circunstancia que permite adelantar la hipótesis de que João III hubiera postergado, a propósito, la respuesta al representante de Francia mientras no se hubiera solucionado definitivamente el contencioso con el emperador.

La misión de Allesgle contribuyó a que el Gobierno juanino se ratificase en que el rey de Francia no desistiría pacíficamente de disputar a Portugal el comercio de palo brasil y la soberanía de la Pro-

menos una vez (en 1501). Cfr. Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de Paris entre 1500 et 1550*, Coimbra, 1950, pp. 10-11, 29-49 y 114.

[78] Proceso verbal de la audiencia que João III concedió a Helies Allesgle (Crucy, 3 de julio de 1529), *apud* Luís M. R. Guerreiro, «La Prise de trois navires bretons sur les côtes du Brésil en 1527», *La Bretagne. Le Portugal. Le Brésil. Echanges et Rapports*, vol. I, Rennes, 1973, p. 110.

[79] Cfr. M. E. Gomes de Carvalho, *D. João III e os Francezes*, Lisboa, 1909, p. 26.

[80] Carta Real de 16 de enero de 1530, *apud* Margarida Garcez Ventura, *op. cit.*, p. 194.

vincia de Santa Cruz. La celebración del Acuerdo de Zaragoza (abril de 1529), que cerró el conflicto con España sobre la delimitación de las áreas de influencia ibérica en el Pacífico, liberó a João III de una preocupación fundamental —ya que estaba en juego el monopolio de las especias en Extremo Oriente— y le permitió enfrentarse con más contundencia a la amenaza turca en el Índico, los desafíos franceses en el Atlántico y en Brasil y la disputa con Carlos V sobre el Río de la Plata.

Capítulo V

LOS MODELOS DE COLONIZACIÓN

PRELUDIOS DE LA COLONIZACIÓN

El sistema de capitanías de mar y tierra y la vía diplomática se revelaron incapaces de producir los resultados deseados, o sea, la eliminación de la presencia francesa en América del Sur. La manifiesta insuficiencia de ese modelo para garantizar el incontestable dominio portugués sobre Brasil indujo al círculo gobernante juanino a valorar, a finales de la década de los veinte, la adopción de soluciones más eficaces destinadas a asegurar la soberanía lusitana sobre la totalidad del territorio americano que le pertenecía, de acuerdo con el Tratado de Tordesillas. Sin embargo, el monarca francés no le reconocía la legitimidad, exigiendo irónicamente que le mostraran la cláusula del testamento de Adán que lo excluía de la repartición del mundo [1].

Las noticias sobre las exploraciones efectuadas en el Río de la Plata por las armadas de Carlos V provocaron, también, preocupación en la Corte de Lisboa, que pretendía limitar la penetración española en la costa atlántica de América del Sur a la latitud ecuatorial. João III tuvo conocimiento de la expedición de Sebastián Cabot a la ensenada del Plata (1526-1530), donde edificó, en un brazo del río Paraná, un fortín de piedra que bautizó Fuerte de Sancti Spiritu (1527), así como de la expedición de Diogo Garcia, piloto

[1] Cfr. Ana María Pereira Ferreira, «Os Açores o o corso francês na primeira metade do século XVI: a importância estratégica dos Açores (1521-1537)», *Os Açores e o Atlântico (séculos XIV-XVII)*, Angra do Heroísmo, 1984, pp. 280-284.

portugués al servicio del emperador (1527-1529), gracias a los relatos que hicieron los tripulantes de una carabela, comandada por Calderón y Barlow. Enviada por Cabot y Garcia con peticiones al emperador para que les enviase refuerzos, arribó al Tajo a mediados de octubre de 1528 [2]. El Piadoso fue puesto al corriente también de los movimientos de navíos españoles en la costa pernambucana por los relatos enviados posteriormente por Jaques.

Los gobernantes lusos llegaron a la conclusión, al final de la década de los treinta, de que la única medida capaz de neutralizar la amenazadora presencia francesa en Brasil y de contener la penetración española en el Plata residía en la creación de núcleos de población a lo largo del litoral. A partir de esa premisa, el soberano y sus consejeros analizaron, entonces, dos modelos alternativos.

El primero consistía en la atribución a particulares del encargo de comenzar el proceso de ocupación efectiva de las tierras americanas pertenecientes a la Corona de Portugal. En ese tiempo surgieron dos nobles interesados en asumir la ingente tarea. Uno de los candidatos, João de Melo da Câmara, hermano del capitán de la isla de San Miguel, propuso al rey, a cambio de la atribución de derechos semejantes a los concedidos a sus antepasados en las islas atlánticas (Madeira y Azores), colocar, en dos viajes, a 1.000 pobladores en la Provincia de Santa Cruz sin ningún gasto para el tesoro real, asumiendo el candidato todos los gastos (transportes, utensilios agrícolas, plantas y semillas, ganado, herramientas, materiales de construcción, armas y municiones, etc.) [3]. El otro candidato, Cristóvão Jaques, profundo conocedor de las potencialidades de la tierra brasileña, se comprometía a iniciar el proceso con un contingente idéntico [4].

A pesar del empeño en la realización del proyecto, tanto por Câmara como por Jaques, João III recusó las propuestas privadas de colonización de Brasil. No se conservan documentos que re-

[2] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, «A Expedição de Sebastião Caboto», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975, pp. 303-332.

[3] Carta de João de Melo da Câmara a João III (1529?), *apud HCPB*, Carlos Malheiro Dias (dir.), vol. III, Oporto, 1926, pp. 90-91.

[4] Carta del doctor Diogo de Gouveia a João III (Ruán, 29 de febrero y 1 de marzo de 1532), *apud ibidem*, p. 94.

fieran los motivos que estuvieron en la base de la decisión real. A pesar de todo, hay indicios que permiten formular la hipótesis de que las persistentes y fundadas informaciones disponibles sobre la existencia de abundantes yacimientos de metales preciosos en la región del Plata puedan haber inducido al monarca a conservar exclusivamente para la Corona una posesión potencialmente rica en oro y plata.

La exclusividad real

El monarca optó por reservar para la administración real la responsabilidad de asegurar la colonización de la Tierra de Santa Cruz. Comenzaron, entonces, los preparativos dirigidos a la organización de una importante expedición, cuya jefatura fue asignada a un hombre de elevada estirpe y estricta confianza del rey y de su valido, Antonio de Ataíde.

A Martim Afonso de Sousa se le encomendaron diferentes misiones: efectuar un profundo reconocimiento del litoral desde el Amazonas hasta el Plata; proceder al asentamiento de hitos en lugares estratégicos de la «Costa del Oro y de la Plata», que comprendía casi toda la región localizada entre San Vicente y el río de Santa María; apresar a todos los navíos franceses encontrados en la «Costa del Palo Brasil», que comprendía aproximadamente el área situada entre el cabo Blanco (Paraíba) y la bahía de Guanabara; procurar descubrir metales preciosos; efectuar experiencias agronómicas y fundar poblaciones en el litoral.

La armada del gobernador de la Tierra de Brasil, que partió del Tajo el 3 de diciembre de 1530, estaba constituida por dos naos, un galeón y dos carabelas comandadas, respectivamente, por Pero Lopes de Sousa, hermano del capitán mayor, Heitor de Sousa, Pero Lobo Pinheiro, Diogo Leite y Baltasar Gonçalves, con Vicente Lourenço como piloto mayor.

Uno de los objetivos primordiales de la expedición se relacionaba con el combate y la penetración francesa en Brasil. Después del 31 de enero de 1531, la escuadra apresó una nave en las inmediaciones del cabo de Percaauri (actual Pontal de Boa Vista), en el litoral de Pernambuco. Aquella embarcación disponía de artillería y

tenía las bodegas repletas de palo brasil. En la misma fecha fue detectada y tomada, en las proximidades de la isla de San Alejo (9° 30' S), otra nave cargada con el mismo producto. El día 2 de febrero la carabela comandada entonces por Pero Lopes abordó y capturó, después de un disputado combate, una tercera nave, igualmente provista de cañones, municiones de guerra y una gran carga de palo brasil. Concluidas estas operaciones y efectuado el reagrupamiento, la armada giró hacia el norte, con destino al río Igaraçu, donde, a mediados de febrero, tuvo noticia de que la factoría real había sido asaltada y saqueada, en diciembre de 1530, por un galeón francés; su administrador, Diogo Dias, se había dirigido hacia la bahía de Guanabara.

El 19 de febrero de 1531, Martim Afonso decidió quemar una de las naves capturadas y enviar otra a Lisboa, bajo el mando de João de Sousa, con los prisioneros franceses, una carga de 927 quintales de palo brasil e informes dirigidos a João III [5]. El capitán mayor fraccionó la escuadra en dos grupos y ordenó a los capitanes de las carabelas que efectuasen el reconocimiento del litoral hasta el «Río de Maranham», mientras que los navíos de mayor envergadura explorarían el trecho de costa comprendido entre Pernambuco y el Río de la Plata. La división de tareas entre la flota real permitió que, en el transcurso de ese año, fuera explorado el litoral sudamericano desde la desembocadura del Gurupi (Pará) hasta la ensenada hidrográfica del Plata, incluyendo el río Paraná y algunos de sus afluentes, según demuestra el mapa atlántico elaborado por Gaspar Viegas en 1534 [6].

En el mismo mes en que partió de Lisboa la armada lusitana, zarpó de Marsella *La Pèlerine* (antigua nave portuguesa *São Tomé*, perteneciente al armador portuense André Afonso, que había sido capturada por corsarios franceses) [7] con destino a Brasil. Se trataba de un navío armado por Bertrand d'Ornesan, barón de Saint-Blancard y comandante de la escuadra francesa de galeras del Mediterráneo,

[5] Cfr. Jordão de Freitas, «A Expedição de Martim Afonso de Sousa (1530-1533)», *ibidem*, pp. 139-140.

[6] A. Teixeira da Mota, «Prefácio», *Diário da Navegação de Péro Lopes de Sousa (1530-1532)*, A. Teixeira da Mota y Jorge Morais Barbosa (eds.), Lisboa, 1968, pp. 12-13.

[7] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, «A Viagem de Martim Afonso de Sousa», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 2, Río de Janeiro, 1975, p. 389.

que pretendía fundar una factoría y establecer un núcleo de colonos en el Nuevo Mundo portugués. Ya no eran sólo los hombres de negocios de la Francia atlántica, sobre todo de Normandía y de Bretaña, los que se interesaban por la Provincia de Santa Cruz. Las ganancias obtenidas por el comercio de los productos brasileños comenzaban, entonces, a atraer la atención de algunos círculos navales y mercantiles de la Francia mediterránea, en que se localizaban los centros económicos más dinámicos de aquella monarquía, concretamente de Lyon y Marsella [8].

La embarcación del almirante galo, equipada con dieciocho cañones, que transportaba ciento veinte hombres, alcanzó el litoral pernambucano en marzo de 1531, tiempo en el que los dos grupos de combate de la escuadra portuguesa se encontraban al norte y al sur de la región del nordeste. Los expedicionarios franceses, conducidos por Jean Duperret, atacaron, saquearon y destruyeron la factoría lusitana, que contaba sólo con seis portugueses y con indios (tabajaras), y construyeron un nuevo depósito fortificado en la isla de San Alejo [9], territorio de sus aliados caetés, defendido por una guarnición de sesenta a setenta hombres. Aquella nave, después de cargada con 20.000 arrobas de palo brasil, 1.200 de algodón, 3.000 pieles, 600 papagayos y gran número de simios, levó anclas de Pernambuco con destino a su puerto de origen [10].

En el viaje de regreso al reino, iniciado el 22 de mayo de 1532, la flotilla de Pero Lopes de Sousa, que comprendía la nave *Nossa Senhora das Candeias* —una de las tres embarcaciones capturadas en 1531— y el galeón *São Vicente*, detectó en la isla de San Alejo, a comienzos de agosto, uno fondeado y otro apresado. El fuerte, dirigido por el señor de La Motte, fue atacado, rindiéndose la guarnición después de dieciocho días de bombardeo. Como represalia por el intento de asesinato del capitán portugués, ahorcaron a La Motte y a veinte de sus hombres. Después de ordenar la destrucción del establecimiento galo, Pero Lopes dirigió la reconstrucción de la factoría portuguesa, que se fortificó, en el sitio denominado posteriormente de los Marcos, en la margen derecha

[8] Cfr. Jean Jacquart, *François Ier*, Paris, 1981, pp. 259-260.

[9] Cfr. Moacir Soares Pereira, «A Ilha Brasileira do Planisfério da Casa d'Este», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* (Río de Janeiro), 309 (1975), pp. 72-83.

[10] Cfr. Jordão de Freitas, *op. cit.*, pp. 150-154.

del canal de Itamaracá, habiendo designado a Vicente Martins Ferreira y al bombardero Diogo Vaz para las funciones, respectivamente, de comandante y condestable. En octubre llegó al lugar una carabela que transportaba a Paulo Nunes, nombrado por João III capitán de Pernambuco [11]. La escuadra, aumentada con la nave apresada, zarpó de ese lugar el 4 de noviembre, llegando a Faro en enero de 1533.

El monarca, después de recibir a Pero Lopes en audiencia, determinó que se encarcelase a los treinta franceses en el Limoeiro, que los «cuatro reyes de la tierra de Brasil» fuesen bien tratados y vestidos de seda, que se anulasen las instrucciones transmitidas a la armada de Duarte Coelho para destruir el fuerte francés en tierras pernambucanas y, finalmente, que se procediera a la subasta de los dos navíos apresados en la plaza lisboeta [12].

La nave de Marsella, que transportaba una carga de productos brasileños valorada en 72.300 cruzados, no tuvo mejor suerte que la factoría galo-pernambucana. Ya se encontraba en aguas mediterráneas, después de efectuar una escala en Málaga, cuando fue capturada en agosto de 1532 y llevada a Lisboa por la armada del Estrecho, capitaneada por António Correia. La empresa americana del vizconde de Saint-Blancard acabó, por consiguiente, en un completo fracaso.

La búsqueda de informaciones sobre la localización de metales preciosos constituía una de las misiones atribuidas a Martim Afonso de Sousa. Éste aprovechó la permanencia de la armada en la bahía de Guanabara (desde el 30 de abril hasta el 1 de agosto de 1531) para enviar a cuatro hombres al *sertão* para explorar. Después de recorrer 115 leguas por montañas y tierras llanas, los exploradores regresaron con un jefe indígena que agasajó al enviado de rey de Portugal con cristal y le proporcionó información sobre la existencia de abundantes cantidades de oro y plata en la región del río Paraguay [13].

El 17 de agosto, la armada encontró en la isla de Cananeia al «lengua» Francisco de Chaves, cinco o seis castellanos y un *lança-*

[11] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 154-155.

[12] Cfr. *Idem, ibidem*, pp. 156-157.

[13] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI. Estudo Histórico*, vol. I, Lisboa, 1965, p. 41.

do —o bachiller— que se encontraba allí desterrado desde hacía treinta años, aproximadamente. Como el intérprete se comprometió a traer del interior, en diez meses, 400 esclavos cargados de oro y plata, el capitán mayor colocó cuarenta ballesteros y cuarenta espingarderos bajo el mando de Pero Lobo Pinheiro, encargando a éste que acompañara y protegiera a Chaves en el cumplimiento de tan importante tarea. La *bandeira*, expedición armada de exploración, partió el 1 de setiembre de 1531, probablemente con destino al Imperio Inca, pero no llegó a alcanzar su objetivo, puesto que todos los hombres fueron masacrados por los carijós en las inmediaciones del río Iguaçu («agua grande») [14].

La afirmación de la soberanía lusitana en la «Costa de Oro y de Plata» constituía uno de los objetivos vitales que debía lograr la armada de 1530, dado el valor estratégico y económico del área. De acuerdo con el testimonio de Pero Lopes de Sousa, el «capitán-hermano» le ordenó, el 6 de noviembre de 1531, que colocase hitos y tomase posesión del río de Santa María, misión que el autor del *Diário de Navegação* cumplió, el 12 de diciembre, al poner, «en la boca del estero de los Caradins», situado en el delta del río Paraná, dos hitos con las armas «del rey», efectuando de esta manera la incorporación simbólica de aquella región a la Corona de Portugal [15]. La expedición ya había procedido a la colocación de un hito en la isla de Cardoso, situada enfrente de la isla de la Cananeia [16].

En el transcurso de su permanencia en la isla de las Palmas (actual Gorriti o Maldonado), en el estuario del Río de la Plata, el gobernador de la Tierra de Brasil procedió a meticulosas observaciones de la «altura de los lugares», efectuadas por procedimientos

[14] Cfr. Visconde de Porto Seguro, *História Geral do Brasil antes da sua separação e independência de Portugal*, 3.ª ed. íntegra, vol. I, São Paulo, s. d., p. 162.

[15] Cfr. Pero Lopes de Sousa, *Diário da Navegação (1530-1532)*, estudio crítico de Eugénio de Castro y prefacio de Capistrano de Abreu, 2.ª ed., vol. I, Río de Janeiro, 1940, pp. 277-278 y 302.

[16] Fue descubierto por el coronel Afonso Botelho de Sampaio e Sousa el 15 de enero de 1767, cuando dirigía los trabajos destinados a la construcción de una fortaleza. Cfr. Gaspar da Madre de Deus, *Memórias para a História da Capitania de São Vicente*, prefacio de Mário Guimares Ferri, Belo Horizonte/São Paulo, 1975, p. 57.

astronómicos [17]. En los últimos días del año 1531, Martim Afonso de Sousa dio por concluida la misión de la escuadra en el estuario hidrográfico del Plata (véase el Mapa 5) y puso rumbo en dirección a San Vicente. Los intensos temporales que se dejan sentir en aquel río, debido al fenómeno de las «refergas», golpes violentos de viento continuo, a la entrada de cuyo estuario naufragó la nave capitana (ante el río de los Begoais, actual Solís Grande) [18], y que dificultaron enormemente las misiones exploratorias de la armada, constituirían el elemento que más influyó en la decisión de iniciar la colonización en un área menos turbulenta. Ya Diogo Garcia, en 1528, mandó el mayor navío de su armada a aquella isla, con el fin de ponerla a salvo de las tempestades del Plata [19].

El 22 de enero de 1532, la armada arribó al puerto de la isla de San Vicente, habiendo considerado todos sus miembros que aquella tierra era tan buena que el jefe de la expedición resolvió fundar allí la primera población lusitana en el Nuevo Mundo [20]. De hecho, la región escogida reunía, entre otras, las siguientes condiciones favorables para el establecimiento del primer núcleo de pobladores portugueses: aquella isla y la vecina de Santo Amaro (Guarujá) se encontraban totalmente deshabitadas y eran utilizadas por los amerindios sólo para obtener pescado y marisco [21]; no tenía dimensiones excesivas, lo que facilitaba la fortificación, proporcionando buenas perspectivas de defensa ante los eventuales ataques; disponía de un excelente fondeadero para los navíos y permitía un rápido y fácil acceso al continente. La relativa proximidad de la región del Plata, lo grato del clima y las buenas indicaciones sobre la fertilidad del suelo serían factores que también pesaron en la selección de aquel lugar. A ese conjunto de variables se añade el hecho de que en la región se encontraran establecidos dos *lançados* que habían creado importantes lazos familiares en el seno de los grupos tupiniquins: João Ramalho [22] era yerno del cacique Tibiriçá y António Rodrigues

[17] Cfr. Pedro Nunes, «Tratado sobre certas duvidas da navegação...», *Obras*, vol. I, Lisboa, 1940 (1537), p. 159.

[18] Cfr. *Diário da Navegação...*, vol. I, p. 277 y vol. II, mapa 7.

[19] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, «A Expedição de Sebastião Caboto...», p. 327.

[20] Cfr. *Diário da Navegação...*, vol. I, pp. 349-352.

[21] Cfr. Gaspar da Madre de Deus, *op. cit.*, p. 44.

[22] Cfr. António Machado de Faria, «Acerca do bandeirante João Ramalho», *Portugaliae Historica* (Lisboa), II (1974), pp. 90-110.

Mapa 5. Expedición de 1530-1532 Martim Afonso de Sousa. Fuente: Américo Jacobina Lacombe, *Historia del Brasil*, São Paulo, 1979, p.21.

del jefe Piquerobi. El primero desempeñó, además, un papel extremadamente importante en el establecimiento de relaciones pacíficas entre los indígenas y los portugueses.

Martim Afonso de Sousa fue nombrado por João III «gobernador de la Tierra de Brasil» y le confirió amplias competencias para dirigir la colonización de aquel territorio. En el ámbito jurisdiccional, le atribuyó todo el poder y jurisdicción, tanto en el foro civil como en el penal, sobre todos los plebeyos, indios o esclavos que habitaban o viniesen a habitar a aquella posesión, incluyendo la aplicación de la pena de muerte y la amputación de miembros, sin que aquellas sentencias suyas fueran susceptibles de recurso. En el caso de procesos que implicasen a «personas de mayor calidad», el gobernador se limitaría a mandar prender a los presuntos culpables y remitirlos al reino, acompañados de los respectivos autos de acusación, con el fin de que fueran juzgados por los tribunales reales competentes. El Piadoso le concedió, también, una carta de poderes para crear o ascender a notarios y oficiales de justicia. En el campo administrativo, el delegado real fue autorizado a nombrar a los oficiales necesarios para el «gobierno de la tierra». En el ámbito económico, se le dieron instrucciones para que distribuyera tierras en régimen de sexmo, pero sólo con carácter vitalicio y con la condición de que los beneficiaros las cultivasen en un plazo máximo de seis años [23].

Utilizando los amplios poderes delegados por el soberano, el enviado real dirigió la construcción del fuerte, del ayuntamiento, de la picota, de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de la cárcel, de viviendas para los habitantes y de otros edificios necesarios para la vida de la nueva comunidad. El gobernador de la Tierra de Brasil fundó, ante la playa homónima, la villa de San Vicente —primera población europea en la América al sur del Ecuador— creó el concejo, nombró al vicario y designó a los oficiales judiciales y administrativos. Procedió, además, a la atribución de tierras, en régimen de sexmo, a los hombres que se establecieron en la isla —alrededor de un centenar [24]—, entre los cuales se contaba un significativo núme-

[23] Cartas reales a Martim Afonso de Sousa (Castro Verde, 20 de noviembre de 1530), *apud HCPB*, vol. III, pp. 159-160.

[24] Cfr. *Diário da Navegação...*, 1940, vol. I, p. 506, nota 31.

ro de nobles (Pero y Luís de Góis, Domingos y Jerónimo Leitão, Antão Leme, Baltasar Borges, Rui y Francisco Pinto, António de Oliveira, Cristóvão de Aguiar de Altero, António Rodrigues de Almeida, Brás Cubas, Jorge Pires, Pero Colaço) y algunos genoveses (José, Francisco y Paulo Adorno) [25]. Entre las concesiones efectuadas, principalmente a Pero de Góis y Rui Pinto, destacó el sexmo de Jeribatiba, que incluía la isla Pequena (Barnabé), donada a Henrique Montes, según escritura librada en Piratininga por Pero Capico, el 10 de octubre de 1532, cuya titularidad fue, después de su muerte, transferida, en septiembre-octubre de 1536, a Brás Cubas [26].

Uno de los objetivos de la expedición colonizadora consistía en averiguar cuáles serían los cultivos que mejor se adaptarían a los suelos brasileños. Pero Lopes de Sousa refiere que el capitán mayor dejó, en marzo de 1531, a dos hombres en Bahía, bajo la custodia de Diogo Álvares, el *Caramuru* [27], con la misión de realizar experiencias agronómicas. En San Vicente se efectuaron, también, pruebas con semillas y plantas, llegándose rápidamente a la conclusión de que la caña de azúcar —que los portugueses plantaban en las islas de Madeira y Santo Tomé y, probablemente, también, alrededor de la factoría de Pernambuco— era un cultivo adecuado a las características de la tierra vicentina. El gobernador incentivó, también, la cría de ganado vacuno, equino y ovino [28].

Después de sobrepasar la sierra de Paranapiacaba y visitar los campos de Piratininga, Martim Afonso decidió fundar, en octubre de 1532, una población en aquella meseta situada a nueve leguas del litoral: *Santo Andrés da Borda do Campo*. El enviado real confió a João Ramalho el cargo de alcaide de la nueva colonia y lo nombró guarda mayor del campo. Con la creación de un puesto avanzado en el *sertão*, Sousa pretendía fomentar los intercambios comerciales con los habitantes del interior para asegurar el abastecimiento de víveres (mandioca, frutas y vegetales) a los moradores de San Vicente, procurando, de ese modo, que la economía de recolección y la agricul-

[25] Cfr. Gaspar da Madre de Deus, *op. cit.*, pp. 64-82.

[26] Cfr. J. P. Leite Cordeiro, *Braz Cubas e a Capitania de São Vicente*, São Paulo, 1951, pp. 29-34.

[27] Cfr. J. F. de Almeida Prado, *Primeiros Povoadores do Brasil*, 4.ª ed., São Paulo, 1966, pp. 102-108.

[28] Cfr. *idem, ibidem*, p. 84.

tura semiitinerante practicada por los amerindios garantizasen la subsistencia de los pobladores de forma que éstos se pudieran dedicar esencialmente a la agricultura de exportación (caña de azúcar). Deseaba, además, establecer una cabeza de puente que facilitase la penetración lusitana en el interior, así como utilizar esa base, localizada en las márgenes del río Piratininga, para, a través de éste, penetrar en el sistema hidrográfico platino (Tietê, Paraná y Paraguay), lo que facilitaría el acceso a las regiones productoras de metales preciosos.

Un conjunto de factores indujo al círculo del Gobierno de João III, en que tenía gran peso António de Ataíde, intendente de la Hacienda y futuro conde de Castanheira, a repensar, en 1532, la estrategia lusitana de ocupación efectiva de la provincia de Santa Cruz: las crecientes exigencias de patrullas navales en el Atlántico y en el Índico, las presiones militares de los jerifes de Sus sobre las plazas portuguesas en Marruecos, las consecuencias económicas del gran terremoto que asoló Lisboa en 1531, la crisis financiera de 1532, los elevados gastos para las débiles finanzas reales resultantes de la financiación de la expedición comandada por Martim Afonso y, finalmente, las informaciones provenientes de Ruán (capital de Normandía) y de Sevilla dando cuenta de que franceses y españoles se preparaban para establecer posiciones en América del Sur.

Ya a principios de 1532, el doctor Diogo de Gouveia, que entonces se encontraba en una misión real en la capital de Normandía, además de informar al rey de que las victorias obtenidas por la escuadra de Martim Afonso habían contribuido a agravar el clima de hostilidad hacia los portugueses y que el señor de Runhac había obtenido autorización de Francisco I para organizar una expedición colonizadora con destino a Brasil, aconsejaba vivamente a João III que alterase la política real con respecto al continente americano [29].

En la misma misiva, el antiguo rector de la Universidad de París insistía ante el monarca para que encargase a particulares la tarea de colonizar el Nuevo Mundo, solución que permitiría alcanzar simultáneamente los siguientes objetivos: liberar a la Corona de los pesados gastos financieros resultantes de tan vasta empresa;

[29] Carta de 29 de febrero-1 de marzo de 1532, *apud HCPB*, vol. III, p. 94.

canalizar los recursos y la iniciativa de los súbditos hacia un espacio potencialmente rico y prácticamente desaprovechado; incentivar el cultivo de la tierra y la multiplicación de los vasallos, principalmente, a través de matrimonios entre los naturales del reino y mujeres indígenas; fomentar la búsqueda de «minas de metales» y promover la conversión de los indios al catolicismo, factor que debería constituir la preocupación prioritaria del soberano.

El doctor Diogo de Gouveia criticaba implícitamente al rey por no adoptar, en 1529, su consejo de delegar en Câmara y en Jaques la misión de colonizar la tierra brasileña, puesto que ya habrían nacido de cuatro a seis mil niños resultantes de uniones entre portugueses y amerindias. Fundamentaba, además, su opinión en el ejemplo del éxito conseguido en la isla de Santo Tomé, cuyo poblamiento fue dirigido, en el reinado de João II, por un particular, Álvaro de Caminha. De acuerdo con la tesis de aquel humanista, sería suficiente la fundación de siete u ocho poblaciones en el litoral —teoría basada en la ocupación de las más importantes bahías y estuarios de los ríos principales— para impedir la venta del palo brasil a los franceses, desmotivándolos, de ese modo, para que organizaran expediciones comerciales a aquellos lugares [30].

La exclusividad particular

Importantes acontecimientos de naturaleza interna e internacional, sucedidos a comienzos de la década de los treinta, llevaron a João III a estar de acuerdo con la introducción de profundas alteraciones en la definición de la política oficial para la provincia de Santa Cruz. Por carta de 28 de septiembre de 1532, el rey comunicó al encargado de la «gobernación de la Tierra de Brasil» que decidiera distribuir el litoral sudamericano comprendido entre Pernambuco y el Río de la Plata en capitanías de cincuenta leguas de costa cada una con el objetivo de ocupar toda aquella franja marítima, quedando los respectivos titulares obligados a armar los navíos, proceder al reclutamiento de la gente y cargar con los restantes gastos. A pe-

[30] Cfr. *ibidem*, p. 94.

sar de que algunos nobles ya le habían pedido donaciones en tierras brasileñas, el monarca ordenó que se apartasen cien leguas para Martim Afonso y cincuenta destinadas a su hermano, Pero Lopes, situadas en los mejores límites de aquella provincia [31]. Las instrucciones reales se entregaron al destinatario a principios de 1533, resolviendo Sousa, entre las opciones que le sugería el monarca, regresar al reino. Despues de nombrar al vicario Gonçalo Monteiro gobernador de la villa de San Vicente, inició el viaje de regreso, llegando al Tajo en agosto de ese año.

A principios de 1534, la administración real supo que en Francia y en España se preparaban armadas con destino a América. En el puerto de Saint-Malo, dos navíos comandados por Jacques Cartier se preparaban para partir hacia Terranova [32]. Más graves eran para Portugal, a pesar de todo, las noticias que provenían de los puertos andaluces, que daban cuenta del aparejamiento de una gran expedición destinada a promover la colonización española de la región del Río de la Plata. De hecho, Carlos V, alarmado por las noticias sobre las exploraciones efectuadas en aquella zona por los navíos de João III y por la fundación de poblaciones portuguesas en las proximidades de sus dominios, decidió organizar una poderosa armada de trece navíos, comandada por Pedro de Mendoza, que contaba con dos mil quinientos españoles y ciento cincuenta alemanes del sur, flamencos y sajones [33], para asegurar la posesión efectiva de los territorios del Plata. Estas circunstancias alertarían al monarca lusitano y a sus más próximos consejeros sobre la pujante necesidad de poner en práctica el nuevo modelo de colonización proyectado en 1532.

La condición fundamental para que el rey concediera una capitanía-donataria del Nuevo Mundo lusitano residía en la obligatoriedad de que los beneficiarios asegurasen la totalidad de la financiación de la empresa colonizadora. De esta forma, la Corona canalizaba la capacidad de iniciativa, las dotes organizadoras y los recursos económicos de particulares —algunos de los cuales habían

[31] *Apud* Visconde de Porto Seguro, *op. cit.*, vol. I, pp. 165-167.

[32] Cfr. Jacques Cartier, *Voyages au Canada*, Charles-André Julien, R. Herval y Th. Beauchesne (eds.), París, 1989, pp. 111-113.

[33] Cfr. Ulrich Schmídel, *Relatos de la Conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*, trad. castellana, Madrid, 1989 (1567), p. 26.

sido obtenidos en Oriente, como fueron los casos de Duarte Coelho, de Francisco Pereira Coutinho y de Vasco Fernandes Coutinho—para la colonización de Brasil.

A pesar de que el monarca diera a entender, en septiembre de 1532, que ya había procedido a la atribución de capitanías-donatarias, la verdad es que ese proceso no comenzó hasta bastante más tarde. En el período comprendido entre el 10 de marzo de 1534 y el 28 de enero de 1536, el Piadoso concedió doce capitanías-donatarias, divididas en quince lotes, a doce titulares (véase el Mapa 6), que comprendía un total de 735 leguas de costa [34], esto es, todo el *sertão* hasta la raya de Tordesillas.

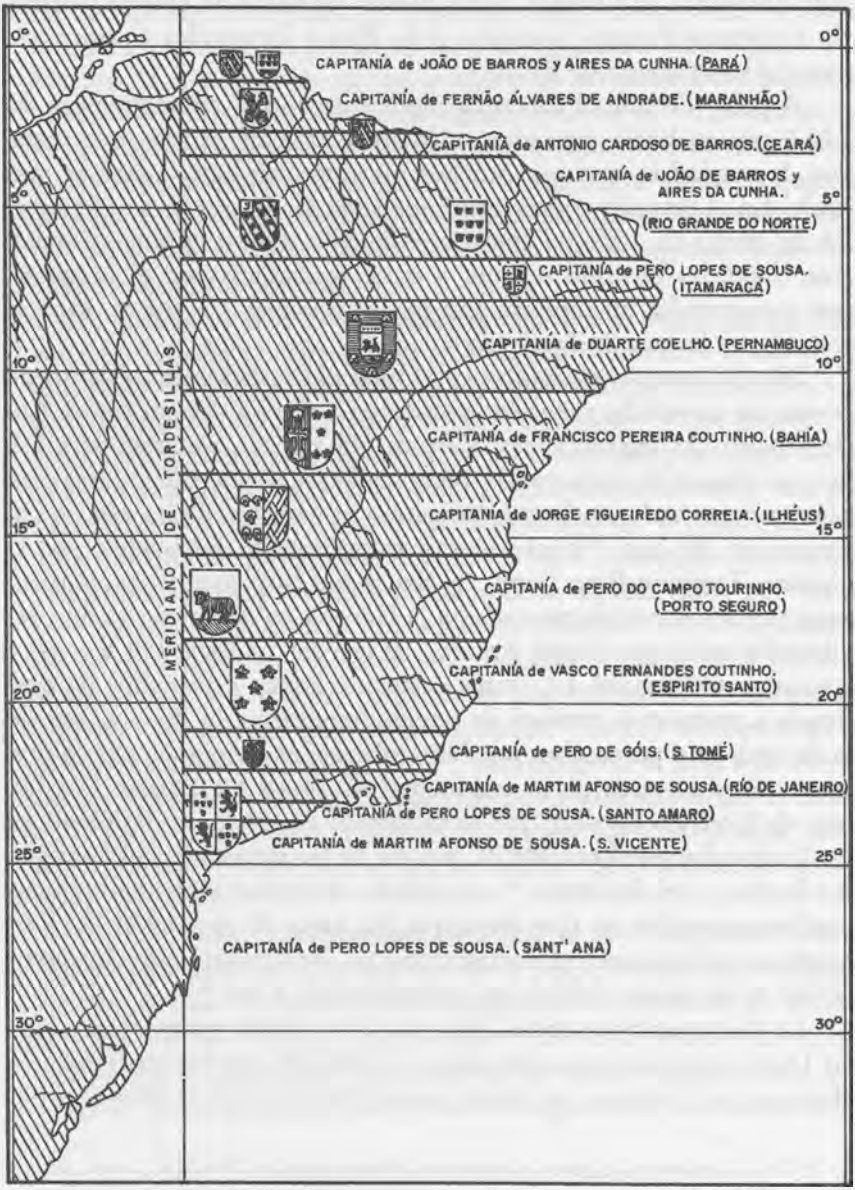
El compromiso asumido por el monarca con Martim Afonso de Sousa fue cumplido y éste fue recompensado con dos unidades: Río de Janeiro (55 leguas) y San Vicente (45 leguas), completando, así, las cien leguas de costa con la ventaja adicional ante los restantes capitanes-gobernadores de que los gastos inherentes al proceso de colonización de San Vicente fueran íntegramente sufragados por la Corona. También Pero Lopes de Sousa fue ampliamente recompensado por los servicios prestados a la Corona en América del Sur, recibiendo tres lotes: Santo Amaro (10 leguas), Santana (40 leguas) y Itamaracá (30 leguas). La última donación estaba especialmente destinada a premiar la captura de navíos franceses y la destrucción de la factoría galo-pernambucana. Sin embargo, el primer agraciado con una concesión en la parte continental de Brasil fue Duarte Coelho, hijo de Gonçalo Coelho, que se distinguió en misiones diplomáticas en Thailandia y, sobre todo, al mando de las escuadras del Pacífico, del Índico y del Atlántico [35], resultando victorioso en los numerosos combates navales en que participó. La carta de donación de Pernambuco (60 leguas) y el correspondiente foro datan, respectivamente, del 10 de marzo y del 24 de septiembre de 1534 [36].

La discrepancia esencial entre las intenciones reales enunciadas en 1532 y las decisiones tomadas en 1534-1536 estriba en el área incluida en la Provincia de Santa Cruz. Mientras que el proyecto ini-

[34] Cfr. J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de História Colonial (1500-1800)*, 2.ª ed., Río de Janeiro, 1934, p. 43.

[35] Cfr. A. Teixeira da Mota, *Duarte Coelho, Capitão-mor de Armadas no Atlântico (1531-1535)*, Lisboa, 1972.

[36] *Apud HCPB*, vol. III, pp. 309-312.



Mapa 6. Distribución de las capitanías-donatarias. Fuente: *História de Colonização Portuguesa do Brasil*, vol. III, Oporto, 1926, pp. 22-223 con rectificaciones.

Tabla 3

Lotes	Dimensión	Donatarios	Donaciones
Pará (2.ª división)	50 leguas	Aires da Cunha y João de Barros	?
Marañón	75 leguas	Fernão Álvares de Andrade	?
Ceará	40 leguas	António Cardoso de Barros	19/11/1535
Rio Grande (1.ª división)	100 leguas	Aires da Cunha y João de Barros	08/03/1535
Itamaracá	30 leguas	Pero Lopes de Sousa	01/09/1534
Pernambuco	60 leguas	Duarte Coelho	10/03/1534
Bahía	50 leguas	Francisco Pereira Coutinho	05/04/1534
Ilhéus	50 leguas	Jorge de Figueiredo Correia	26/07/1534
Porto Seguro	50 leguas	Pero do Campo Tourinho	27/05/1534
Espirito Santo	50 leguas	Vasco Fernandes Coutinho	01/06/1534
Santo Tomé	30 leguas	Pero de Góis	28/01/1536
Río de Janeiro (2.ª división)	55 leguas	Martim Afonso de Sousa	06/10/1534 (antes)
Santo Amaro (1.ª división)	10 leguas	Pero Lopes de Sousa	01/09/1534
San Vicente (1.ª división)	45 leguas	Martim Afonso de Sousa	06/10/1534 (antes)
Santana (2.ª división)	40 leguas	Pero Lopes de Sousa	01/09/1534

Fuentes: 1) Paulo Merea, «A solução tradicional da colonização do Brasil», III, *HCPB,* Oporto, 1926, p. 174, n.º 20; 2) *Documentos Históricos da Bibliotheca Nacional,* XIII, Río de Janeiro, 1929, pp. 68-178; 3) Antonio Vasconcelos de Saldanha, *As Capitanias. O Regime Senhorial na Expanso Ultramarina Portuguesa,* Funchal, 1992, pp. 301-305.

cial comprendía el litoral entre Pernambuco y el Río de la Plata, la versión definitiva —una línea oblicua que cortaba el litoral— trasladó sensiblemente hacia el norte el territorio situado bajo la jurisdicción portuguesa, extendiéndolo al Pará (cerca de 1° S), pero, como contrapartida, hacía que la frontera meridional se retrasase hacia la Tierra de Santa Ana (que quizás englobase la Laguna) a 28° 30' S [37]. Esta opción se traducía, por consiguiente, en la renuncia a la ensenada del Plata.

La determinación revelada por Carlos V de tomar posesión de la región en disputa, así como los conflictos en que los portugueses se encontraban implicados en teatros de operaciones tan distantes como Marruecos y la India y con adversarios tan diferentes como los bereberes, los otomanos y los franceses, disuadirían a João III de abrir otro foco de conflicto, esta vez con el emperador —su primo hermano, cuñado y principal aliado— sobre la posesión del ambicionado territorio.

La concesión de capitanías-donatarias en Brasil, a pesar de tener en cuenta la experiencia acumulada en el poblamiento de los principales archipiélagos atlánticos, adoptó una solución más amplia de delegación de competencias reales de la que hasta entonces se había producido. Ni el infante don Henrique con sus herederos y sucesores, siendo miembros de la familia real, se beneficiaron, en su calidad de grandes-donatarios de los archipiélagos de Madeira, de las Azores y de Cabo Verde, de los privilegios dispensados a los capitanes-gobernadores de Brasil. La distancia a la que se encontraba la posesión americana, las duras luchas que habrían de emprenderse contra los franceses y grupos tribales hostiles —la mayoría de los cuales practicaban la antropofagia— conferían a la empresa colonizadora de la tierra brasileña un elevado grado de riesgo. La Corona consideró necesario, pues, proporcionar condiciones tan ventajosas que hiciesen atractiva una empresa de resultados tan inciertos.

Las capitanías-donatarias eran hereditarias, inalienables e indivisibles y estaban sujetas a reglas especiales de sucesión dentro de la misma familia, incluyendo la dispensa de la Ley Mental, por la que quedaban habilitados para la sucesión, en el caso de inexistencia de

[37] Cfr. Duarte Leite, *História dos Descobrimentos. Colectânea de Esparsos*, Vitorino Magalhães Godinho (coord.), vol. I, Lisboa, 1959, p. 482.

hijos o hijas legítimos, los bastardos masculinos o femeninos, los ascendientes y los colaterales. Sus titulares tenían derecho a la designación de capitanes y gobernadores, debrían crear mayorazgos, perpetuar el nombre de la familia y usar las respectivas armas.

En el ámbito de la administración de justicia, el rey concedió a las instituciones brasileñas la exención del control del corregidor y de la jurisdicción ordinaria, otorgó a los capitanes-gobernadores competencia para nombrar oidores, alguaciles, escribanos y fedatarios, así como la facultad de vetar a los jueces ordinarios (de vara roja) elegidos por los hombres notables. Los jueces de la tierra, en número de dos por cada villa, juzgarían en primera instancia las causas civiles, pudiendo recurrir los reos al oidor a partir de la pena de multa de 100.000 reales. El monarca delegó, además, en los capitanes-gobernadores toda la jurisdicción civil y penal, incluyendo la alta justicia (pena de muerte y amputación de miembros), relacionada con los plebeyos (plebe, indios y esclavos). En el caso de aquellos que, por las *Ordenações Manuelinas*, poseían un estatuto privilegiado, la competencia para la aplicación de penas era de hasta diez años de destierro y cien cruzados de multa. Las excepciones se referían a los crímenes de herejía, traición, sodomía y acuñación de moneda falsa, situaciones en que aquellos titulares estaban obligados a aplicar la pena de muerte.

João III reservó para la Corona el nombramiento de los oficiales vinculados con la recaudación de los tributos debidos a la Hacienda Real (almojarife, procurador, contable y fedatarios), pero remitió al capitán gobernador la decisión sobre la fundación de poblaciones y la creación de concejos, sin ninguna restricción, siempre que se situasen en el litoral o al lado de ríos navegables; en el caso de que se localizaran en el *sertão*, debería existir una distancia mínima de seis leguas entre la sede de cada concejo, de forma que los municipios del interior tuvieran tres leguas de término. El capitán-gobernador elaboraría las pautas de los hombres notables, presidiría las elecciones del concejo y pasaría las cartas de confirmación a los elegidos (dos jueces de la tierra, dos concejales, el procurador, el mayordomo y el «alcaide pequeño»).

Al donatario se le confirió la responsabilidad de organizar la defensa de su área de jurisdicción. Le competía, concretamente, edificar estructuras defensivas en lugares estratégicos, construir navíos

para patrullar el litoral y los cursos de los ríos, contratar a artilleros y dirigir la formación de las milicias. Para asegurar el cumplimiento de esas determinaciones poseería, también, el cargo de alcaide mayor de todas sus poblaciones y quedaría exento del pago de impuestos sobre las armas y municiones que adquiriese.

La Corona concedió a los capitanes-gobernadores importantes competencias destinadas a fomentar el desarrollo de las actividades económicas. El titular podría conceder tierras en régimen de sexmo a personas de todas las condiciones —a excepción de a sí mismo, a su mujer y a su heredero— con la condición de que los sexmeros las cultivasen en el plazo de cinco años; a su término recibirían bandas y exenciones, sólo con la obligación de pagar el décimo a la Orden de Cristo. Sin embargo, las propiedades agrarias donadas sólo podrían ser enajenadas después de un plazo de ocho años, a contar desde la fecha de conclusión del respectivo cultivo. Las donaciones de las tierras se deberían hacer obligatoriamente en presencia del oficial real de más categoría —el almojarife—, que registraría todos los actos en el libro de la Hacienda Real.

En el ámbito de la circulación, la Corona autorizaba la práctica del comercio entre los moradores de las diferentes capitanías-donatarias, concedía exenciones a los productos originarios de Brasil, que sólo pagarían en las aduanas del reino el impuesto ordinario, y dispensaba a los colonos del pago de impuestos sobre los productos portugueses importados, siempre que fueran transportados en navíos nacionales.

En el ámbito fiscal, João III consignó a la Corona el décimo del pescado, de los productos exportados fuera del reino y de las mercancías importadas del extranjero; el quinto de la pedrería y de los metales preciosos y no preciosos, así como el monopolio del palo brasil. El monarca optó por conceder a los capitantes-gobernadores una significativa parcela de los tributos, para que los compensara de la enorme inversión inicial y, también, les proporcionara los medios financieros adecuados para la continuación de tan costosa empresa. Así, aquellos titulares obtuvieron las siguientes rentas: pensión anual de 500.000 reales que pagaría cada uno de los dos fedatarios públicos; una veintena de la décima del pescado; décimo de los tributos debidos a la Hacienda Real y a la Orden de Cristo; veintena de los derechos cobrados por la Corona sobre la explotación de palo

brasil; rentas del emplazamiento o arrendamiento de las tierras reservadas al titular (diez a dieciséis leguas divididas en cuatro o cinco lotes, situados a una distancia de, por lo menos, dos leguas entre cada unidad); derechos banales (molinos de agua, salinas e ingenios de azúcar); rentas de las alcaldías mayores; cobro de derehos de paso de las barcas en los ríos, cuyo importe lo fijarían los ayuntamientos y, además, la posibilidad de enviar anualmente al reino un determinado número de esclavos (24 en unos casos y 48 en otros) exentos del pago de cualquier derecho [38].

Balance del funcionamiento de la exclusividad particular

En los últimos años de la década de los cuarenta, el Gobierno juanino procedió a un análisis de los resultados conseguidos en la colonización de la provincia de Santa Cruz al mismo tiempo que evaluó la importancia de la posesión americana en el contexto del Imperio portugués a la luz de las significativas alteraciones geopolíticas y económicas que estaban sucediendo al final de la primera mitad del siglo XVI.

La evaluación de los progresos efectuados en la colonización de Brasil —efectuada en 1548— reveló la existencia de grandes asimetrías entre los quince lotes. Con respecto al Ceará, a Río de Janeiro y a Santana, los respectivos capitanes-gobernadores no tomaron ninguna medida que condujera a su efectiva ocupación. Las iniciativas destinadas a la obtención de metales preciosos y a crear núcleos de población en la región septentrional, emprendidas conjuntamente por los donatarios de Pará, Maranhão y Rio Grande [do Norte], resultaron trágicos fracasos. En la empresa perecieron, además de Aires da Cunha, que comandaba una armada de diez velas, muchos de los novecientos hombres que lo acompañaban, entre los que se encontraban ciento trece caballeros [39].

Los tupinambás en Bahía y los goitacás en Santo Tomé (Paraíba del Sur) se resistieron denodadamente a la penetración lusitana y obli-

[38] Cfr. *Documentos Históricos*, vol. XIII, Río de Janeiro, 1929, pp. 68-178.

[39] Cfr. João de Barros, *Ásia. Primeira Década*, Antonio Baião (ed.), Coimbra, 1932, p. 221.

garon a los gobernadores y a los respectivos colonos a buscar refugio en las capitanías cercanas. En Itamaracá, el lugarteniente Francisco de Braga se limitó prácticamente a explotar el palo brasil. Debido a conflictos con Duarte Coelho, doña Isabel de Gamboa designó a João Gonçalves, antiguo compañero del fallecido Pero Lopes de Sousa en las guerras de Pernambuco, para dirigir la capitanía, incrementando éste la ocupación del territorio y fundándo la villa de Concepción.

En Ilhéus, Porto Seguro, Espírito Santo y Santo Amaro el proceso de colonización, a pesar de la resistencia indígena, consiguió algunos resultados tanto en la plantación de cañaverales y construcción de ingenios como en la fundación de villas que perduraran, concretamente San Jorge (Ilhéus), Porto Seguro y Santa Cruz (Porto Seguro) y Vitória (isla de San Antonio, en Espirito Santo).

San Vicente sufrió, en 1534 o 1535, un ataque de refugiados castellanos asentados en Iguape, comandados por Rui Mosquera, aprovechando la ausencia de los principales hombres de armas vicentinos —que se encontraban en Piratininga para organizar una expedición punitiva contra los carijós de Iguaçu, responsables de la masacre de la expedición de Pero Lobo Pinheiro— para invadir y saquear la villa [40].

El desarrollo del cultivo de caña de azúcar permitió, en una primera fase, la construcción de tres ingenios: el de Enguaguaçu (instalado en tierras de Martim Afonso de Sousa, por lo que también era conocido como el Ingenio del Señor Gobernador), el de Madre de Dios (de Pero de Góis) y el de San Juan (de José Adorno), al que siguió, hasta 1548, la edificación de otras tres unidades más. En 1541-1542, un maremoto sumergió la primitiva población, obligando a los moradores a reedificarla en un lugar más seguro [41].

Debido al gradual aluvión del fondeadero de Tumiaru, Brás Cubas, que había hecho venir al padre y a los hermanos para que lo ayudaran en el aprovechamiento de los dos sexmos, puso los cimientos del poblado de Santos (1543), situado al norte de la sede del concejo, junto a la excelente bahía de Enguaguaçu. El mismo fundador, después de que le nombraran lugarteniente del donatario

[40] Cfr. J. P. Leite Cordeiro, *op. cit.*, p. 106.
[41] Cfr. Gaspar da Madre de Deus, *op. cit.*, p. 61.

(1545-1549), le concedió el estatuto de villa (entre el 14 de agosto de 1546 y el 3 de enero de 1547) [42].

El donatario asumió personalmente, en Pernambuco, la dirección de la empresa de colonización, instalándose con la mujer y un significativo número de familiares, concretamente con su cuñado Jerónimo de Albuquerque y con nobles como Felipe y Pedro Bandeira de Melo, João Gomes de Melo, António Bezerra Felpa de Barbuda y Arno de Holanda (hijo del barón Henrique de Holanda y sobrino del papa Adriano VI). También lo acompañó el administrador y el almojarife real (Vasco Fernandes de Lucena), un vicario (el padre Pedro Figueira) y cuatro capellanes. Reclutó, demás, a numerosos servidores y colonos para su capitanía, donde anhelaba construir una Nueva Lusitania [43].

La expedición colonizadora alcanzó el río Jussara —que pasó a ser conocido como Igaraçu («canoa enorme»), designación dada por los amerindios a los navíos portugueses que fondeaban en la desembocadura de aquel río— el 9 de marzo de 1535, creando, de inmediato, la población de Santa Cruz, después llamada vulgarmente de los Cosmos (Igaraçu), ante la factoría fundada por Jaques. Implantó, en aquel lugar, las líneas divisorias entre las capitanías de Itamaracá y Pernambuco y puso las bases para la edificación de la iglesia de invocación de los Santos Cosme y Damián (27 de septiembre).

Después de algún tiempo, Duarte Coelho confió a Afonso Gonçalves, de Viana, la dirección de aquella población y se dirigió, con el grueso de sus acompañantes, al sur del río Doce, en busca de una elevación estratégicamente situada junto a un buen puerto. Penetró en el territorio de los caetés, se instaló en la colina de Marim, al lado del río Beberibe, y fundó Olinda (1535), donde estableció la capital de la donataria, concediéndole carta foral el 12 de marzo de 1537 en la que donaba al ayuntamiento tierras totalmente exentas para la construcción de viviendas, abastecimiento de madera y leña y para apacentar el ganado. El citado documento establecía, también, el lugar para la plaza pública y el área destinada a actividades comerciales, y regulaba las condiciones de abastecimiento de agua a la villa [44].

[42] Cfr. *idem*, ibidem, p. 117.

[43] Cfr. F. A. Pereira da Costa, *Anais Pernambucanos*, 2.ª ed., vol. I, Recife, 1983, pp. 147-148.

[44] Cfr. Oliveira Lima, «A Nova Lusitânia», *HCPB*, vol. III, pp. 287-291.

San Vicente y Pernambuco eran las únicas capitanías-donatarias en las que, a pesar de las dificultades, se producían notorios avances en el cultivo de la tierra y en la edificación o crecimiento de núcleos de población, aunque sus moradores también fueran objeto de ataques por algunos grupos tribales hostiles. Un artillero alemán, que vivió algunos años en Brasil, describe la operación de socorro a Igaraçu, efectuada en febrero de 1548 por los navíos del capitán Penteado, con el objetivo de liberarla del largo asedio impuesto por los caetés [45]. Duarte Coelho se encontraba imposibilitado para auxiliar a los sitiados, pues Olinda también corría el riesgo de ser atacada y las comunicaciones terrestres entre las dos poblaciones estaban cortadas [46]. Esas dificultades llevaron al capitán-gobernador a recurrir a la escuadra real, que estaba fondeada en las inmediaciones de la capital pernambucana el 28 de enero de ese año. El mismo aventurero dio testimonio sobre los ataques que los tamoios habían realizado contra los portugueses y sus alidados tupiniquins que residían en las islas de San Vicente y Santo Amaro, a pesar de la proximidad del fuerte de Bertioga [47].

Los capitanes-gobernadores afrontaron, además, grandes dificultades en la financiación de la dispendiosa y arriesgada empresa en la que se implicaron, puesto que todos los gastos eran de su incumbencia. Fueron varios los que se arruinaron en el proceso de colonización de Brasil. João de Barros se empeñó irremediablemente para el resto de su vida por el pago de las pensiones a los familiares de las víctimas de la fracasada expedición al Maranhão [48].

Pero de Góis, que intentó colonizar Santo Tomé, «gastó toda su hacienda que tenía en el reino y muchos miles de cruzados de Martim Ferreira» [49], pero fue obligado a desistir, regresando a Lisboa «muy desbaratado». También Vasco Fernandes Coutinho se vio obligado a abandonar la capitanía de Espírito Santo por, entre otras razones, encontrarse completamente endeudado [50]. El mismo Duarte Coe-

[45] Cfr. Hans Staden, *Viagem ao Brasil*, trad. port., Río de Janeiro, 1988 (1557), pp. 47-51.

[46] Cfr. Fray Vicente do Salvador, *História do Brasil 1500-1627*, Capistrano de Abreu, Rodolfo Garcia y Fray Venâncio Willeke (eds.), São Paulo, 1965 (siglo XVII), pp. 129-131.

[47] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 69-74.

[48] Cfr. António Galvão, *Tratado dos Descobrimentos*, 4.ª ed., Oporto, 1987 (1563), p. 144.

[49] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil*, Pirajá da Silva (ed.), São Paulo, s. d., vol. I, p. 176.

[50] Carta de Duarte de Lemos a João III (Porto Seguro, 14 de julio de 1550), *apud HCPB*, vol. III, p. 267.

ho, responsable del mayor éxito de la colonización particular de la América portuguesa, se lamentaba de que ya no conseguía encontrar en el reino quien estuviera dispuesto a prestarle dinero para utilizarlo en el desarrollo de la Nueva Lusitania [51].

Otro de los grandes problemas que afectó a la colonización de Brasil en este período (1534-1548) se relacionaba con la administración de justicia. En las cartas de donación, João III delegó amplísimas competencias para el juicio de las causas civiles y criminales tanto en los capitanes-gobernadores, que en muchos casos delegaron en sus lugartenientes, como en sus respectivos oidores. La deficiente y, a veces, arbitraria aplicación de la justicia suscitó muchos reparos por parte de los habitantes que frecuentemente solicitaban la intervención de la Corona. El 10 de mayo de 1548, Afonso Gonçalves sugería al monarca que enviase a la Provincia de Santa Cruz jueces reales, porque las nuevas tierras no se poblarían si los habitantes no tenían garantías de que podrían, en caso de necesidad, recurrir a instituciones judiciales independientes [52].

La continuada presencia de navíos franceses en las aguas brasileñas constituía, también, uno de los obstáculos que más seriamente afectaban al desarrollo de la colonización lusitana. En mayo de 1548, el alcaide de Igaraçu informaba a João III del paso por la costa pernambucana de numerosas embarcaciones galas destinadas a la región de los potiguaras (que se extendía desde Paraíba al Ceará) y relataba combates navales con los franceses [53]. En el mismo mes, Luís de Góis, residente en la villa de Santos, alertaba al rey sobre el hecho de que la Corona de Portugal corría el riesgo de perder Brasil y sus súbditos, sus vidas y sus haciendas, debido a las devastaciones provocadas en el litoral de San Vicente por las armadas galas —compuestas por siete a ocho navíos cada una— que, desde 1546, reclamaban anualmente el Cabo Frío y Río de Janeiro. El antiguo compañero de Martim Afonso instaba al monarca para que proporcionara apoyo naval a los habitantes de San Vi-

[51] Carta de Duarte Coelho a João III (Olinda, 14 de abril de 1549), *apud ibidem*, vol. III, pp. 318-320.

[52] Carta de Afonso Gonçalves a João III (10 de mayo de 1548), *apud ibidem*, pp. 317-318.

[53] *Ibidem*.

cente (más de 600 portugueses y 3.000 esclavos) para, antes de que fuese demasiado tarde, expulsar a los intrusos de aquellas tierras [54].

A pesar de los numerosos obstáculos que dificultaban el avance de la colonización, el sistema de capitanías-donatarias permitió ampliar significativamente la presencia portuguesa en Brasil, que se extendió de Itamaracá a San Vicente, aunque con importantes espacios no ocupados, principalmente la bahía de Guanabara. La práctica de la agricultura contribuyó al arraigo de los colonos, la mayoría de los cuales, habiendo vendido los bienes que poseían en el reino, defendían con todas las fuerzas posibles, en caso de ataques, sus propiedades en el Nuevo Mundo. Por otro lado, la falta de mujeres europeas incrementó los lazos de portugueses con amerindias, circunstancia que favoreció el mestizaje, el establecimiento de lazos de sangre con las familias tupís y el aumento de la población culturizada. La conjunción de estos factores, asociada a las diferencias entre el armamento y las técnicas de combate utilizadas, hacía inviables los intentos para impedir la ocupación lusitana de algunas regiones, emprendidos por varios grupos tribales (caetés, tupinambás, tamoios y otros) que contaban con el estímulo y el apoyo de los franceses.

El modelo mixto

Las significativas modificaciones geopolíticas y económicas que se produjeron durante los años cuarenta del siglo XVI tuvieron profundas repercusiones en las orientaciones estratégicas adoptadas por el Gobierno juanino, concretamente en relación con Brasil.

En el ámbito de las relaciones internacionales se destacan los siguientes factores, que, directa o indirectamente, se reflejaron en el Imperio portugués y que influyeron en la toma de decisiones por parte de João III: los proyectos expansionistas galos extraeuropeos, el restablecimiento de la paz entre Carlos V y Francisco I y la

[54] Carta de Luís de Góis a João III (Santos, 12 de mayo de 1548), *apud ibidem*, p. 259.

progresiva ocupación por España de sus territorios en América del Sur.

Los intentos franceses de crear colonias en el Nuevo Mundo septentrional se tradujeron en rotundos fracasos. En el transcurso de su tercera expedición (1541-1542), Jacques Cartier fundó el fuerte de Charlesbourg-Royal, en las inmediaciones de la desembocadura del río de San Lorenzo, pero solamente consiguió resistir diez meses, regresando a Francia en junio de 1542. Mientras tanto, Francisco I nombró, el 15 de junio de 1541, al protestante Jean François de la Rocque, señor de Roberval, teniente general de Canadá, Saguenay y Ochelaga. Las dificultades de financiación y de reclutamiento obligaron al rey y al director de la empresa a alistar en las prisiones a gran parte del contingente de 150 hombres y mujeres.

La flota de Roberval partió de La Rochelle en abril de 1542 y alcanzó su destino en el agosto siguiente. Los colonos franceses reocuparon el establecimiento fundado por Cartier, rebautizado como France-Roy, pero no tuvieron mejor suerte que sus antecesores, puesto que fueron obligados a retornar a Europa en septiembre de 1543. La oposición de los iroqueses, la dureza de las condiciones climáticas y el escorbuto diezmaron a la mayoría de los miembros de las expediciones y contribuyeron a su fracaso [55].

La firma, en 1544, del Tratado de Crépy-en-Lannois entre Francisco I y Carlos V puso término a la cuarta guerra franco-imperial por el dominio de Italia. El monarca francés renunció al ducado de Milán, que se integró en el Imperio Alemán, mientras que el reino de Nápoles pasó a la Corona española.

En la década de los cuarenta del siglo XVI se produjo un significativo refuerzo de la presencia española en la región sudamericana. Después de la conquista de Perú (1530-1535), emprendida por Francisco Pizarro, el emperador creó, en 1544, el virreinato de Perú, con capital en Lima (fundada en 1535) [56]. Poco después se produjo el descubrimiento de las minas de plata de Potosí (1545-1546), tan afa-

[55] Cfr. Jacques Lacoursière, «La Tentative de Colonisation -1541/1543», *Le Monde de Jacques Cartier*, Fernand Braudel (dir.), Paris-Montreal, 1984, pp. 273-284; Bruce G. Trigger, *Les Indiens, la Fourrure et les Blancs. Français et Amérindiens en Amérique du Nord*, trad. francesa, Montreal, 1990, pp. 182-189.

[56] Cfr. F. A. Kirkpatrick, *The Spanish Conquistadores*, 3.ª ed., Londres, 1988, pp. 153-174.

nosamente buscadas por portugueses y españoles. Como corolario de los progresos alcanzados en la ocupación del Nuevo Mundo al sur del Ecuador, se edificaron las ciudades de Buenos Aires (1536), Asunción (1537) y Santiago de Chile (1541). Carlos V consiguió, además, que Roma sancionase un programa de creación de obispados: Cuzco (1537), Lima (1541) y Asunción (1547) [57] y crearon el arzobispado de Lima (1547), con jurisdicción sobre los territorios sudamericanos de la Corona española [58].

En la esfera de las actividades económicas, se asistió, entre 1545 y 1552, a una profunda crisis de la economía internacional que afectó duramente al conjunto del Imperio Portugués y provocó un giro estructural en la economía lusitana [59].

En respuesta a las dificultades provocadas por la penetración de piratas otomanos en el Atlántico, por los ataques de los jerifes de Sus a las plazas portuguesas en el Magreb —que condujeron a la pérdida de Santa Cruz del Cabo de Gué (1541) y al abandono de Safim y Azamor (1542)— y por las incursiones de los corsarios franceses, el Gobierno juanino tendió a privilegiar cada vez más acentuadamente la vertiente marítima, asentando su estrategia en el ámbito del Atlántico que era vital para el funcionamiento de la ruta del Cabo. La opción por el refuerzo del poder naval ganó terreno progresivamente, provocando que el papel de Marruecos pasase a segundo lugar y que los archipiélagos atlánticos y de Brasil en el contexto del Imperio portugués fueran sobrevalorados [60].

Un análisis de la coyuntura internacional en 1548 revelaba la existencia de serios riesgos para la manutención de la soberanía lusitana sobre la totalidad del territorio brasileño. El fracaso de los intentos franceses de establecerse en Canadá, así como el final de la guerra franco-española, creaban condiciones favorables para que el nuevo rey de Francia, Enrique II (1547-1559), apoyase las ansias expansionistas de sus súbditos normandos y bretones.

[57] Cfr. Francisco de Solano, «Contactos Hispanoportugueses en América a lo largo de la frontera brasileña (1500-1800)», *Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la Frontera*, Madrid, 1991, p. 191.

[58] Cfr. Guillermo Céspedes del Castillo, *América Hispánica (1492-1898)*, Barcelona, 1986, p. 501.

[59] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *Ensaios II. Sobre História de Portugal*, 2.ª ed. corregida y aumentada, Lisboa, 1978, p. 63.

[60] Cfr. Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa. Constantes e Linhas de Força. Estudo de Geopolítica*, vol. I, Lisboa, 1987, p. 90.

A pesar de que las negociaciones luso-francesas hubieran evolucionado favorablemente y permitido que el sucesor de Francisco I estuviese de acuerdo con el proyecto de un doble tribunal de arbitraje, que funcionaría paralelamente en París y en Lisboa, para dirimir los conflictos marítimos entre las dos Coronas [61], João III no albergaría grandes ilusiones sobre la política que adoptaría el monarca galo con respecto a Brasil, después de sofocar la «revuelta de la gavilla» (impuesto sobre la sal) en Aquitania y de terminar la guerra con Eduardo VI de Inglaterra (1547-1553). Por otro lado, los españoles habían erigido una red de poblaciones alrededor de la provincia de Santa Cruz, situación que se hizo todavía más peligrosa para Portugal después del descubrimiento de las minas de Potosí, hecho que reforzó enormemente el interés de Carlos V por la región. Al final de la década de los cuarenta, la América portuguesa se encontraba amenazada en el litoral por los franceses y en la ensenada del Plata y en el interior por el crecimiento de la colonización española.

A los condicionantes de naturaleza externa se unía la incapacidad de las capitanías-donatarias de asegurar la completa ocupación y garantizar la defensa eficaz del vastísimo territorio brasileño. El absentismo de algunos capitanes y la ruina o muerte de otros, la ausencia de mecanismos que permitieran coordinar las fuerzas terrestres y navales, las disputas entre titulares y representantes de otros gobernadores (caso de Pernambuco/Itamaracá), que no podían ser dirimidas localmente, la inexistencia de un delegado real que pudiese arbitrar los conflictos entre los donatarios y los correspondientes colonos (casos de Bahía y de Porto Seguro), así como los abusos practicados en la administración de justicia, llevaron al equipo de gobierno de João III a estimar, en 1548, la adopción de un modelo más adecuado para los desafíos que la colonización de la provincia de Santa Cruz planteaba.

La alternativa encontrada por los consejeros de João III consistió en la creación de una estructura político-administrativa, judicial, fiscal y militar directamente subordinada a Lisboa: el Gobierno General. Mientras tanto, como el objetivo primordial era garantizar el control efectivo del espacio brasileño, no se adoptó como paradig-

[61] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *A Embaixada em França de Brás de Alvide (1548-1554)*, París, 1969, pp. 23-24.

ma el Estado de la India, dado que éste se caracterizaba por la discontinuidad geográfica y por la heterogeneidad de sus instituciones, al ser, esencialmente, una red, o sea, un sistema de comunicación entre varios espacios [62].

El 17 de diciembre de 1548, el rey firmó en Almeirim la normativa del gobernador general, del procurador mayor, de los proveedores de la hacienda y, probablemente, del oidor general. Al gobernador general de Brasil se le dieron grandes poderes. Le competía efectuar visitas de inspección a las capitanías-donatarias, así como socorrer a las que se encontrasen en aprietos.

En el ámbito de la defensa, la ordenanza fijaba el armamento mínimo que debería existir en cada capitanía-donataria, ingenio o hacienda; obligaba a todos los habitantes que poseían casas, tierras o navíos a tener, por lo menos, ballesta, espingarda, lanza o *chuça*; ordenaba la fortificación de todas las villas y poblaciones e imponía a los señores de ingenio o hacienda la edificación de estructuras defensivas (torres o casas fortificadas) en sus propiedades.

El gobernador general debería hacer públicas las órdenes reales y se le encomendaba velar por su cumplimiento, debiendo sancionar con multas a todos los que no las ejecutasen en el plazo de un año. Estaba autorizado, además, a mandar construir, por cuenta de la hacienda real, navíos a remos dotados de artillería. Las instrucciones reales subrayaban que una de las tareas prioritarias del gobernador general consistía en combatir eficazmente la presencia de corsarios en las costas brasileñas, aplicándoles castigos tan severos que los disuadiesen de continuar visitando aquellos territorios.

Se le concedieron al gobernador general importantes atribuciones en el ámbito de las relaciones con los indígenas: prohibir que las aldeas de indios fueran asaltadas por mar o tierra, para evitar los abusos anteriormente practicados que habían originado la revuelta de muchos grupos tribales; prohibir la venta de todo tipo de armas ofensivas y defensivas a los indígenas (artillería, arcabuces, espingardas, pólvora y municiones, ballestas, lanzas, espadas o puñales); divulgar las determinaciones reales, así como las sanciones que se apli-

[62] Cfr. Luís Filipe Ferreira Reis Thomaz, «Estrutura Política e Administrativa do Estado da Índia no século XVI», *II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa. Actas*, Lisboa, 1985, pp. 515-517.

carían a todos aquellos que las violasen (pena de muerte y confiscación de los bienes); fomentar la conversión de los nativos al catolicismo, favorecer a los aliados (tupiniquins) y castigar a los que se resistían a la colonización portuguesa (tupinambás).

En el área de las actividades económicas, competía al gobernador general crear ferias —por lo menos con una frecuencia semanal— en todas las villas y poblaciones destinadas a fomentar los intercambios con los indios, así como establecer la fecha para su realización; prohibir a los colonos que, sin permiso, fueran a negociar a las aldeas indígenas, exceptuado a los que habitaban en las haciendas e ingenios cercanos, bajo pena de azotes para los plebeyos y de veinte cruzados de multa para las personas de «mayor calidad», y fijar, junto con los capitanes y oficiales, precios justos para las mercancías de la tierra y del reino.

El monarca delegó, además, competencias de naturaleza tributaria en el gobernador general. Debería proceder, junto con el proveedor mayor de la hacienda, a la exacción de rentas y derechos de la Corona en cada capitanía-donataria, averiguar cuáles eran los importes recaudados, así como la forma en que habían sido gastados. Podría, también, según el parecer del propio funcionario, nombrar los proveedores y demás funcionarios de la Hacienda Real [63].

La administración de justicia se alteró significativamente con la creación del cargo de oidor general. João III retiró sustanciales poderes a los capitanes-gobernadores y a sus respectivos oidores, reduciéndo su jurisdicción a causas por un importe máximo de multa de veinte mil reales. En los procesos del foro penal, el monarca confirió al oidor general competencia para aplicar sentencias hasta la pena de muerte, incluso, en plebeyos y esclavos, sin apelación ni agravación, con la condición de que juzgara el caso en la misma localidad donde estuviera el gobernador general y que éste apreciara favorablemente la sentencia. En el caso en que se dieran pareceres divergentes entre los dos funcionarios reales, se transferiría al reo a la jurisdicción del corregidor de la corte, acompañado por los respectivos autos. En cuanto a los privilegiados, el límite de la jurisdicción se fijó en cinco años de destierro. La ordenanza determinaba, además, que el oidor general debería encontrarse siempre en el

[63] Cfr. «Regimento de Tomé de Sousa», *apud HCPB*, vol. III, pp. 345-350.

lugar en el que estuviese el gobernador general, excepto cuando éste le ordenase que partiera en una misión [64].

La ordenanza del proveedor mayor de la hacienda encomendaba al titular de ese cargo la superintendencia sobre todos los asuntos ligados a la Hacienda Real y colocaba las aduanas y las proveedurías de las capitanías-donatarias bajo su jurisdicción. La proveeduría mayor funcionaba como única instancia de recurso para las causas tributarias que implicasen importes superiores a 10.000 reales, que serían vistas por el proveedor mayor junto con dos letrados designados por el gobernador general. En el caso de que se encontrara fuera de la sede del gobierno general, el proveedor mayor podría avocar todos los hechos desde la localidad donde estuviera; conocer nuevas acciones hasta 10.000 reales, siempre que se refirieran a un área circunscrita a cinco leguas alrededor de la población en la que residiera temporalmente y, además, resolver procesos con importes comprendidos entre los 2.000 y los 10.000 reales.

El proveedor mayor estaba encargado, además, por la Corona de dirimir los conflictos que surgieran sobre donaciones de tierras y aguas en todas las capitanías-donatarias, aunque los gobernadores constituyeran una de las partes implicadas en el proceso. El documento prohibía categóricamente a los donatarios, a sus lugartenientes y a otros funcionarios su intromisión en la Hacienda Real, bajo pena de pérdida de sus respectivos cargos [65].

Las ordenanzas reales reducían sustancialmente los poderes otorgados por el monarca a los capitanes-gobernadores y crearon un nuevo cuadro institucional que reservaba a la Corona un papel de mucha mayor intervención en el gobierno de Brasil. Hasta entonces aquellos titulares estaban directamente subordinados a la lejana autoridad real, disponiendo de poderes casi absolutos en los ámbitos militar, judicial, económico y administrativo. Con la creación del gobierno general, quedaron sujetos a la actividad fiscalizadora del representante del rey, que paso a coordinar la defensa y las relaciones con los indígenas; perdieron la mayor parte de sus prerrogativas en

[64] Cfr. «Carta do doutor Pero Borges, ouvidor-geral do Brasil, a D. João III (Porto Seguro, 7 de Fevereiro de 1550)», *apud ibidem*, pp. 267-269.

[65] Cfr. «Regimento de António Cardoso de Barros», *apud ibidem*, pp. 350-353.

la administración de justicia y sus oidores, alguaciles, fedatarios y escribanos fueron colocados bajo la jurisdicción del oidor general; en el área económica, la concesión de sexmos y la explotación de palo brasil quedaron subordinadas al proveedor mayor de la hacienda, mientras que el cobro de los derechos reales pasó a ser competencia exclusiva de las proveedurías, colocadas bajo la dependencia de aquel alto funcionario real.

En suma, el nuevo modelo mantenía las capitanías-donatarias, aunque reduciendo sustancialmente sus atribuciones iniciales, las articulaba con el funcionamiento de órganos de administración real establecidos en la provincia de Santa Cruz y, en varios dominios (militar, judicial y fiscal), las sometía a la inspección de representantes directamente nombrados por el rey instalados en su territorio.

Desde 1514 Brasil dependía eclesiásticamente del obispado de Funchal. Continuando con la práctica de solicitar al papado la creación de nuevas diócesis en el espacio imperial portugués, João III obtuvo de Julio III (1550-1555) la creación de la diócesis de San Salvador, en Bahía, con jurisdicción sobre todo el territorio brasileño, a través de la bula *Super specula militantis ecclesiae*, de 25 de febrero de 1551, nombrando a Pero Fernandes Sardinha como su primer titular. Se concluyó así la arquitectura institucional de la provincia de Santa Cruz en el período juanino [66].

[66] Cfr. Fortunato de Almeida, *História da Igreja en Portugal*, Damião Peres (ed.), vol. II, Oporto, 1968, p. 23.

Capítulo VI

AVANCES Y RESISTENCIAS

La instalación del gobierno general

El fracaso de la empresa colonizadora llevada a cabo por Francisco Pereira Coutinho permitió al Gobierno juanino incorporar —mediante el pago de una idemnización de 400.000 reales al año al heredero de aquel capitán gobernador— la capitanía-donataria de Bahía a la Corona, transformarla en capitanía real y establecer allí la sede del gobierno general. Los motivos que llevarían a João III a optar por esa región estaban relacionados con el abandono en que se encontraba debido a la muerte de su titular y de muchos de sus compañeros en combate con los tupinambás, las excepcionales condiciones que proporcionaba para el anclaje de grandes flotas y la situación geográfica relativamente central, que facilitaba la inspección y las operaciones de socorro a las poblaciones del norte y del sur del territorio entonces integrado en la provincia de Santa Cruz.

La instalación del gobierno general de Brasil se planeó cuidadosamente por la administración real. El 19 de noviembre de 1548, el monarca envió, en el navío comandado por Gramato Teles, un mensaje a Diogo Álvares y a uno de sus yernos, Paulo Dias Adorno, informándoles de las decisiones tomadas, recomendándoles que hicieran gestiones ante los indígenas para que la expedición fuera bien recibida y solicitándoles que organizasen el aprovisionamiento de víveres [1]. Por Carta Real de 7 de enero de 1549, Tomé de Sousa fue

[1] Cfr. Edison Carneiro, *A Cidade do Salvador, 1549: uma reconstituição histórica*, 2.ª ed., Río de Janeiro, 1980, p. 25.

nombrado capitán de Bahía y gobernador general de Brasil por un período de tres años con un salario anual de 400.000 reales.

El 1 de febrero de 1549 partió de Lisboa la expedición colonizadora, comandada por el representante de João III. La armada, constituida por seis navíos reales (tres naos, dos carabelas y un bergantín) y dos particulares (de Fernão Álvares de Andrade), trasladaba al oidor general, doctor Pero Borges, al proveedor mayor de la hacienda, António Cardoso de Barros, al capitán mayor de la costa, Pero de Góis, al maestro de obras, Luís Dias, al vicario, Manuel Lourenço, al primer grupo de misioneros jesuitas, en número de seis, cuyo jefe era el padre Manuel da Nóbrega, a un físico, Duarte de Lemos, a un boticario, García de Ávila, a un elevado número de artesanos (picapedreros, canteros, carpinteros, calafates, ebanistas, toneleros, aserradores, herreros, fundidores, etc.) [2], a alrededor de 600 colonos y hombres de armas (soldados, artilleros, ballesteros y trompetas) y a 400 desterrados [3]. A su llegada a la Bahía de Todos los Santos, el 29 de marzo, los expedicionarios, que iniciarían un nuevo ciclo en el proceso de colonización de la provincia de Santa Cruz, encontraron a más de cuarenta habitantes, entre los que se contaban Caramuru y sus yernos, Paulo Dias Adorno y Custódio Rodrigues Correia [4].

Teniendo en cuenta que la única población entonces existente en la capitanía de Bahía —la Villa de Pereira, edificada en 1536 por el donatario Pereira Coutinho— no se encontraba convenientemente situada, una de las principales tareas de Tomé de Sousa consistió en escoger un lugar adecuado para la fundación del gobierno general. Después de oír varios pareceres, optó por construir la ciudad de Salvador en lo alto de una colina muy elevada y la ensenada del Barra, a medio camino entre Itapagipe y la, desde entonces, nombrada Vila Velha, debido a la situación estratégica que garantizaba adecuadas condiciones de defensa y a la proximidad a la que se encontraba del fondeadero y de una gran fuente de agua potable (las Pedreiras).

[2] Cfr. *idem*, ibidem, pp. 107-120.

[3] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil*, Pirajá da Silva (ed.), São Paulo, s. d., vol. I, p. 245.

[4] Cfr. «Carta ao padre Simão Rodrigues (Bahia, 10? de Abril de 1549)», *apud Cartas do Brasil e Mais Escritos do Padre Manuel da Nóbrega (Opera Omnia)*, introducción y notas históricas y críticas de Serafim Leite, Coimbra, 1955, pp. 17-22.

El delegado real confirió prioridad a la edificación de una cerca dotada de baluartes con troneras (San Jorge, Santa Cruz, Santo Tomé y Santiago) [5].

El trazado de la nueva urbe, concebido por maestre Luís Dias a partir de planos —los «trazos y muestras»— que se proporcionaron en Lisboa a Tomé de Sousa, estuvo condicionado por preocupaciones de naturaleza defensiva, pero contenía algunas innovaciones de cariz renacentista, concretamente la naturaleza geométrica de sus calles y la creación de una plaza central en torno a la que se construirían los edificios principales de forma rectangular.

El gobernador general creó el concejo, al que atribuyó un término municipal de seis leguas y, ayudado por Dias, dirigió la construcción de la Casa del Gobierno, la Audiencia, el Ayuntamiento, la Hacienda y la Aduana, la capilla de Nuestra Señora de la Concepción, la cárcel, los cuarteles, los almacenes, herrerías y viviendas para los colonos [6]. Al mismo tiempo, Nóbrega supervisaba la edificación de la iglesia de Nuestra Señora de Ajuda, primer templo de la Compañía de Jesús en el continente americano.

Un texto de la década de los ochenta del siglo XVI describe, de la siguiente forma, el espacio noble de la primera capital brasileña:

> Hay en el medio de esta ciudad una honesta plaza en que corren toros cuando conviene, en la cual hay, en la parte del sur, unas nobles casas en que se agasaja a los gobernadores y en la parte del norte tiene la casa de negocio y Hacienda, Aduana y almacenes, por la parte del este está la casa del Ayuntamiento, cárcel y otras casas de moradores con que queda esta plaza en cuadro y la picota en medio de ella, la cual por la parte de poniente está desabrigada con gran vista sobre el mar, donde están asentadas algunas piezas de artillería pesada [...] [7].

La actividad gubernamental de Tomé de Sousa

El gobernador general procedió, de acuerdo con lo estipulado en la correspondiente ordenanza, a la distribución de tierras en régi-

[5] Cfr. Edison Carneiro, *op. cit.*, pp. 55-95.
[6] Cfr. *idem*, *ibidem*, pp. 89-101.
[7] Gabriel Soãres de Sousa, *op. cit.*, vol. I, p. 256.

men de sexmos a los colonos, concretamente a García de Ávila. Ordenó la apertura de caminos que facilitasen el acceso a la ensenada de Bahía y creó un astillero para la construcción de pequeñas y medianas embarcaciones destinadas a la navegación fluvial y costera.

De acuerdo con el plano delineado en 1548, la Corona envió anualmente una armada a Bahía con nuevos contingentes de población —incluyendo a habitantes de las islas de las Azores, particularmente de San Miguel [8]—, así como el más variado equipamiento destinado a la continuación de las actividades de producción y construcción. El comandante de la escuadra de 1550 y 1555, Simão da Gama de Andrade, acabó por establecerse en la tierra con su mujer y sus hijos, lo mismo sucedió al de la flota de 1551, António de Oliveira Carvalhal, que desempeñaría las funciones de gobernador de Vila Velha [9].

Tomé de Sousa mandó construir, en noviembre de 1550, una galera, cuyo mando confió a Miguel Henriques, encargándole que remontara el río San Francisco hasta el límite navegable con el objetivo de explorar el *sertão* y de descubrir yacimientos de oro y plata, toda vez que los españoles, pocos años antes, habían encontrado las minas de Potosí, en el alto Perú.

El 1 de noviembre de 1552, Tomé de Sousa inició un viaje de inspección a las capitanías situadas al sur de Bahía (Ilhéus, Porto Seguro, Espírito Santo y San Vicente), acompañado por altos funcionarios reales y por el padre Manuel da Nóbrega. Durante esa misión, dirigió la fortificación de las villas y poblaciones y las dotó de artillería, ordenó la construcción de Casas de Audiencia, de cárceles y tomó algunas medidas reguladoras de carácter urbanístico. En Ilhéus destituyó al lugarteniente del donatario y designó a un sustituto.

En la capitanía de San Vicente, el gobernador general introdujo mejoras en la fortaleza de Bertioga, que anteriormente había mandado construir por orden real, reunió a los moradores, que estaban dispersos por los Campos de Piratininga, en la población de Santo André da Borda do Campo —al que concedió el estatuto de villa

[8] Cfr. Carta de Simão da Gama de Andrade a João III (Ciudad del Salvador, 12 de junio de 1555), *apud HCPB*, Carlos Malheiro Dias (dir.), vol. III, Oporto, 1926, p. 380.

[9] Cfr. Edison Carneiro, *op. cit.*, p. 65.

(1553)— y fundó Concepción (Itanhaém), posteriormente elevada a idéntica categoría (1561).

Durante la permanencia en la región meridional, Tomé de Sousa mandó retirar los símbolos de soberanía españoles puestos en la costa hasta el Río de la Plata, sustituyéndolos por hitos con las armas lusitanas. Intentó suspender las importantes relaciones económicas existentes entre los vicentinos y castellanos, por considerar que la ciudad de Asunción, en Paraguay, estaría edificada en territorio perteneciente a la monarquía portuguesa. De igual modo, no autorizó a los jesuitas para que penetraran en el *sertão* con el fin de evitar que los colonos, debido a las noticias que circulaban sobre la existencia de metales preciosos en el interior, los siguiesen y, en consecuencia, desguarneciesen las poblaciones del litoral (San Vicente, Santos e Itanhaém).

El gobernador general regresó a la ciudad del Salvador el 1 de mayo de 1553, sugiriendo, poco después, a João III, la adopción, entre otras, de las siguientes medidas destinadas a perfeccionar e intensificar la colonización de Brasil: obligar a los donatarios a fijar su residencia en sus áreas de jurisdicción o, por lo menos, a designar lugartenientes capaces; fundar una honrada población en Río de Janeiro, que ya era el único puerto importante en que los franceses se abastecían de palo brasil, introducir la justicia real en la capitanía de Pernambuco; nombrar a un capitán para Salvador de Bahía; liberar al gobernador general de la obligatoriedad de residir en aquella ciudad de manera permanente de modo que quedara disponible para acudir a las regiones que estuviesen más necesitadas de su presencia y, finalmente, enviar hasta diez hombres honrados para que ejercieran cargos de capitanes y de oficiales de la hacienda [10].

En una ceremonia celebrada en la capital de Brasil, el gobernador general armó caballeros, el 7 de julio de 1553, a tres hijos de Diogo Álvares y de Catarina Paraguaçu (Gaspar, Gabriel y Jorge Álvares) y a uno de sus yernos (João de Figueiredo) por los servicios prestados a la Corona, decisión posteriormente confirmada por João III. Tomé de Sousa fue sustituido, a petición suya, cesando

[10] Cfr. Carta a João III (Ciudad del Salvador, 1 de junio de 1553), *apud HCPB*, vol. III, pp. 364-366.

en sus funciones el 13 de julio de 1553, fecha en que transfirió a su sucesor, Duarte da Costa (1553-1557), el gobierno general de Brasil.

La penetración en el *sertão*

Las características geomorfológicas de la región sudoriental, principalmente la barrera de escarpas rectilíneas de la sierra del Mar —con altitudes del orden de los 800 y 1.000 metros y recubiertas por densas florestas pluviales— constituyeron un obstáculo de importancia al establecimiento de lazos regulares entre el litoral y el *sertão*, dificultando el contacto entre las poblaciones costeras y las del altiplano [11]. Por otro lado, Martim Afonso de Sousa, pretendiendo evitar que la penetración de portugueses en las tierras de los aliados indígenas pudiese dar origen a la aparición de conflictos que pusieran en peligro la seguridad de los embrionarios núcleos de colonización, prohibió a los habitantes de la isla de San Vicente la posibilidad de trasladarse libremente al altiplano; esta prohibición sólo fue revocada por su mujer, doña Ana Pimentel, en 1546, cuando el titular de la capitanía efectuaba el viaje de regreso al reino, después de ejercer el cargo de gobernador del Estado de la India (1542-1545) [12].

En 1553, el padre Manuel da Nóbrega, al efectuar una misión pastoral en las capitanías del sur, comprobó que la villa de San Vicente se encontraba muy alejada de las aldeas de los indios, por lo que decidió crear una base que facilitase el acceso al Paraguay, ya que proyectaba fundar un colegio en la ciudad de Asunción.

Debido a la oposición de Tomé de Sousa, el superior de la provincia de Brasil de la Compañía de Jesús, resolvió limitar su actuación misionera a los territorios pertenecientes a la Corona de Portugal. A finales de julio de 1553, Nóbrega escaló la sierra de Paranapiacaba, alcanzó el altiplano de Piratininga y escogió una meseta localizada entre los ríos Tamanduateí y Anhangabaú, —«que

[11] Cfr. Aziz Nacib Ab'Sáber, «Fundamentos Geográficos da História Brasileira», *História Geral da Civilização Brasileira*, Sérgio Buarque de Holanda (dir.), 7.ª ed., vol. I, São Paulo, 1985, pp. 59-63.

[12] Cfr. C. Malheiro Dias, «O Regimen Feudal das Donatarias», *HCPB*, vol. III, p. 232.

Martim Afonso pobló el primero»— [13] para reunir a los miembros de tres aldeas de la selva —las de los *morubixabas* Tibiriçá, Caiubí y Tamandiba— que habían acordado agruparse en una única población para facilitar el proceso envangelizador. En ese lugar —distanciado diez leguas aproximadamente del litoral— tenía la ventaja de situarse en las márgenes del río Tietê, uno de los principales afluentes del Paraná, permitiendo, por consiguiente, el acceso a las poblaciones del *sertão,* en especial a los carijós (guaranís) [14].

El superior de los jesuitas fundó, el 29 de agosto de 1553, la aldea de Piratininga —cuya jefatura dió a Martim Afonso Tibiriçá—, inició la catequesis a los aborígenes, creó una Escuela de Niños, dirigida por el hermano António Rodrigues, y bautizó solemnemente, en esa ocasión, a cincuenta catecúmenos, encargándoles que construyeran una iglesia y un colegio. El 25 de enero de 1554, el padre Manuel de Paiva, superior del grupo de jesuitas enviado por Nóbrega en misión a Piratininga, celebró la primera misa en el rudimentario templo de adobe del Colegio de San Pablo.

En 1560, a pesar de la oposición del clan Ramalho, el gobernador general, Mem de Sá, determinó el traslado de la población de Santo André a São Paulo —por la insistencia de Nóbrega, que la justificó como imprescindible para reforzar la seguridad y sedimentar la ocupación del altiplano—, concedió a los nuevos moradores una donación de tierras en Gerebatiba para la construcción de las respectivas viviendas y atribuyó a la población fundada por los jesuitas el estatuto de villa [15]. Ésta se transformaría en el bastión de penetración protuguesa en el *sertão*, de donde partirían, en el siglo siguiente, las «banderas paulistas».

[13] Carta a João III (Capitanía de São Vicente, septiembre-octubre de 1553), *apud Cartas do Brasil....*, pp. 187-191.

[14] Cfr. Jaime Cortesão, *A Fundação de São Paulo, Capital Geográfica do Brasil*, Río de Janeiro, 1955, pp. 201-214.

[15] Cfr. Serafim Leite, *Breve Itinerário para uma Biografia do Padre Manuel da Nóbrega, Fundador da Província do Brasil e da Cidade de São Paulo (1517-1570)*, Lisboa/Río de Janeiro, 1955, pp. 165-167.

La Francia Antártica

La gradual ocupación del litoral resultante de la expansión de la colonización portuguesa redujo paulatinamente el número de puertos accesibles a los navíos franceses en la «Costa del Palo Brasil». Las crecientes dificultades encontradas por los armadores normandos y bretones para mantener las líneas comerciales con América del Sur los llevaron a duplicar los esfuerzos para convencer a Enrique II de que adoptase una política oficial de apoyo a la penetración gala en los territorios tropicales, incluso porque los diferentes intentos de creación de establecimientos en el hemisferio septentrional (Canadá), emprendidos por su antecesor, habían fracasado.

Los hombres de negocios de la Francia atlántica —entre los que destacaba Jean Ango, vizconde de Dieppe— aprovecharon la ocasión propiciada por la entrada del nuevo rey y de Catalina de Médicis en Ruán, el 1 de octubre de 1550, para impulsar la realización de una fiesta brasileña que recreaba el ambiente de una aldea tupí, con cerca, cabañas, redes y animales emblemáticos (papagayos y sagüís). La escenificación contaba con la participación de cincuenta tamoios, que, con sus ornamentos y armamento, efectuaron, en las márgenes del Sena, danzas y evoluciones guerreras, del mismo modo que representaron escenas alusivas a la tala, transporte, carga y trueque del palo brasil por objetos metálicos [16]. Oficialmente destinados a celebrar la visita real a la capital de Normandía, los festejos tenían la intención de despertar el interés de los soberanos para las potencialidades económicas de la tierra brasileña.

El contacto con los medios mercantiles normandos asociado a la intención de fomentar las actividades del recién concluido puerto de El Havre, así como la política de desarrollo de la marina oceánica francesa con el objetivo último de disputar a las Coronas ibéricas el monopolio del comercio ultramarino y el dominio de América, indujeron a Enrique II a enviar una expedición destinada a verificar las informaciones existentes sobre Brasil y a efectuar una evaluación de sus recursos.

El navío real, en el que embarcaron el piloto y cartógrafo Guillermo Le Testu y el cosmógrafo Andrés Thevet, recorrió, en 1551-

[16] Cfr. Ferdinand Denis, *Uma Festa Brasileira*, trad. port., Rio de Janeiro, 1944, pp. 3-27.

1552, una parte del litoral sudamericano, elaborando el primero numerosas cartas-portulanos que destacaban la importancia estratégica de la Guanabara y señalaban las regiones en las que se producían o se comerciaba con mercancías como maderas para tintes, algodón o plata [17], dirigiéndolas a Gaspar de Coligny (1519-1572) que fue nombrado almirante de Francia el 12 de enero de 1553 [18].

En julio de 1553, Nicolás Durand de Villegagnon (1510-1572), caballero de la Orden de Malta, fue nombrado, como recompensa por los servicios prestados a la Corona en los asuntos escoceses, vicealmirante de Bretaña [19]. En el ejercicio de esas funciones estableció contactos con las fuerzas marítimas de Brest, llegando a conocer la intensidad de las relaciones mantenidas con Brasil, los beneficios que les propocionaban esas líneas comerciales y las posibilidades de la tierra brasileña. Por otro lado, las conversaciones con Le Testu y Thevet le llamaron la atención sobre la región de Guanabara («bahía semejante a un mar»), que, además de ser un fondeadero de excelente calidad, disponía de importantes recursos económicos, poseyendo, además, las ventajas adicionales de la inexistencia en esa área de presencia lusa y de que el grupo tribal que la habitaba —los tamoios— eran aliados de los franceses y enemigos de los portugueses. Estos elementos llevaron al caballero de Malta a idear el establecimiento de una colonia francesa en el Nuevo Mundo austral.

La identificación de la persona que presentó el plano a Enrique II y que consiguió obtener su aprobación es polémica. Mientras que los biógrafos de Coligny le atribuyen un papel decisivo en la intervención ante el monarca, llamándole la atención sobre las ventajas políticas y económicas de la empresa, en el transcurso de la visita que efectuó a Normandía, a comienzos de 1555, durante la cual prometería apoyar la iniciativa del vicealmirante de Bretaña [20]. Otros autores subrayan que el caballero de Malta fue directamente a exponer al soberano su proyecto de creación de la Francia Antár-

[17] Cfr. Philippe Bonnichon, «A França Antártica», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 2, Río de Janeiro, 1975, pp. 420-423.

[18] Cfr. Liliane Crété, *Coligny*, París, 1985, pp. 65-68.

[19] Cfr. Leonce Peillard, *Villegagnon, Vice-amiral de Bretagne et Vice-roi du Brésil*, París, 1991, pp. 88-89.

[20] Cfr. Liliane Crété, *op. cit.*, pp. 73-74.

tica, asegurando el beneplácito real [21]. Para garantizar el éxito de la empresa, Villegagnon adoptó la estrategia de procurar obtener un amplio abanico de patrocinios, consiguiendo asegurar el compromiso de las más influyentes personalidades de la corte, concretamente del duque de Guise y del cardenal de Lorena.

El apoyo real a la expedición se tradujo, principalmente, en la concesión de una financiación de 10.000 libras tornesas, decisión que, según algunas opiniones, se concretó en una orden de pago datada el 26 de marzo de 1554 [22], mientras que otras, por su parte, solamente mencionan una instrucción datada el 26 de marzo del año siguiente [23]. En cualquiera de los casos, el deseo de evitar el surgimiento de complicaciones diplomáticas con la corte de Lisboa estuvo en el origen de la precaución de no declarar expresamente en documentos reales cuál era la finalidad de la misión, limitándose a referir que se destinaba a «cierta empresa» [24].

La organización de la expedición fue rodeada por las mayores cautelas, ya que se habían difundido informaciones sobre que la misma se destinaría a Guinea, con el fin de inducir a error a los espías de João III y de Carlos V. Debido a que Villegagnon encontró dificultades para alistar a los hombres que consideraba necesarios, fue autorizado a reclutar condenados en las prisiones de Ruán y París [25]. El vicealmirante consiguió, también, alistar a varios escoceses, que formaron su guarda personal: Paris Le Gendre, señor de Bois-le-Comte, su sobrino, Andrés Thevet, el piloto Nicolás Barré y algunos protestantes, concretamente La Chapelle y Thoret, ascendiendo el heterogéneo contingente colonizador a cerca de 600 hombres. La ambigüedad de sus opciones religiosas le permitió, así, congregar al mismo tiempo el apoyo de protestantes y católicos. Además de la Corona, que proporcionó dinero y dos embarcaciones de gran porte, también armadores normandos y bretones participaron en la financiación del proyecto, que les interesaba profundamente, con el fin

[21] Cfr. Leonce Peillard, *op. cit.*, pp. 100-102.

[22] Cfr. *idem*, ibidem.

[23] Cfr. Ivan Cloulas, *Henri II*, París, 1985, p. 456.

[24] Cfr. BNP, Ms. fr. 5128, fl. 457, *apud* Frank Lestringant, *Le Huguenot et le Sauvage. L'Amérique et la controverse coloniale, en France, au temps des Guerres de Religion (1555-1589)*, París, 1990, p. 287.

[25] Cfr. Leonce Peillard, *op. cit.*, pp. 102-105.

de proporcionar un lugar seguro para que sus navíos se abastecieran de mercancías brasileñas [26].

El 12 de julio de 1555 zarparon de Le Havre tres navíos que, debido a las tempestades, tuvieron que refugiarse en Inglaterra, dirigiéndose después a Dieppe con el fin de efectuar reparaciones, hecho que provocó la deserción de muchos expedicionarios [27]. La flota partió nuevamente el 14 de agosto, alcanzó el litoral brasileño, a la altura de Macaé, a comienzos de noviembre, alcanzando el 10 de ese mes la bahía de Guanabara, único fondeadero de gran valor estratégico en el trecho de costa comprendido entre Itamaracá y la Cananeia, donde, en esa fecha, no existía presencia portuguesa.

Por razones de índole estratégica, Villegagnon decidió establecerse en la pequeña isla de Serigipe (Vilaganhão) —que reunía buenas condiciones para la defensa, principalmente el escarpado acantilado, pero no disponía de agua potable—, en la que dirigió la edificación del fuerte Coligny [28], instaló un puesto de observación en la isla Ratier (Laje) y envió expediciones, que se malograron, destinadas a crear bases en Macaé, Cabo Frío y en el Río de la Plata. El lugar seleccionado para la instalación de los franceses, así como su confinamiento en la isla los hicieron dependientes de provisiones de agua y víveres originarios del continente, de que les abastecían los tamoios, circunstancia que reducía su margen de maniobra en las relaciones con los brasis y debilitaba la capacidad de resistencia de la guarnición en caso de cerco prolongado.

Por considerar insuficiente el número de hombres, Villegagnon encargó a su sobrino, al principio del año siguiente, solicitar refuerzos en Francia y en Ginebra. Bois-le-Comte llevaba instrucciones para reclutar a más colonos, especialmente en los medios protestantes. La posibilidad de instalar una floreciente comunidad reformista en el Nuevo Mundo agradó a Juan Calvino (1509-1564), que accedió a las demandas de Villegagnon, de quien había sido condiscípulo en la Universidad de París, enviando una delegación de catorce miembros dirigida por Felipe de Corguillerait, señor Du Pont, noble de la confianza de Coligny, constituida por los ministros ginebrinos Pe-

[26] Cfr. Philippe Bonnichon, *op. cit.*, pp. 428-429.

[27] Cfr. Frank Lestringant, *op. cit.*, p. 287.

[28] Cfr. André Thevet, *As Singularidades da França Antártica*, trad. port., Belo Horizonte/São Paulo, 1978 (1557), pp. 93-94.

dro Richier y Guillermo Chartier y por refugiados franceses, entre los que se encontraba el borgoñés Juan de Léry [29].

El representante de Villegagnon obtuvo apoyo suplementario de la Corona, que le concedió tres navíos, aparejados a expensas del tesoro real, consiguiendo alistar nuevos expedicionarios, sobre todo en Normandía, pero también en París y en otras regiones francesas. La flota de refuerzo —constituida por 290 individuos, incluyendo a cinco jóvenes casaderas dirigidas por una matrona y seis niños destinados a aprender la lengua tupí— partió de Honfleur el 19 de noviembre de 1556, alcanzando su objetivo el 7 de marzo de 1557 [30].

El caballero de Malta, imbuido de ideales reformistas y ascéticos, aspiraba a dirigir una comunidad que constituyese un modelo de riguroso cumplimiento de los preceptos evangélicos, imponiendo rígidas normas de conducta moral a sus hombres. Con el objetivo de combatir el pecado de la lujuria, prohibió las uniones entre franceses y mujeres aborígenes, procurando mantenerlos dentro de la fortaleza para impedirles los contactos con el continente.

Las imposiciones del dirigente de la Francia Antártica no fueron bien recibidas por los intérpretes normandos que, desde hacía mucho tiempo, se encontraban establecidos en la región y habían adoptado muchos de los hábitos de los tamoios. Aquéllos estaban disgustados, además, por la aparición de una autoridad superior que les mermaba su autonomía y minaba su prestigio ante las comunidades autóctonas, que trataban respetuosamente al vicealmirante como «Pay Cola», o sea, «señor Nicolás» [31].

Apoyado por los escoceses y los calvinistas —partidarios de la adopción de modelos éticos muy exigentes—, Villegagnon consiguió que prevaleciera su orientación. Sin embargo, las condiciones de supervivencia en la isla —el clima tropical, la dureza de los trabajos de construcción de las estructuras defensivas y la alimentación basada en los productos de la tierra proporcionados por los amerindios—, asociadas a reglas de comportamiento espartanas, originaron un levantamiento, sucedido en febrero de 1556, dirigido por un «lengua».

[29] Cfr. Ivan Cloulas, *op. cit.*, pp. 456-458.

[30] Cfr. Jean de Léry, *Viagem à Terra do Brasil*, Sérgio Milliet (trad.), notas tupinológicas de Plinio Airosa, 3.ª ed., São Paulo, 1960 (1578), pp. 55-78.

[31] Cfr. Paul Gaffarel, *Histoire du Brésil Français au XVI ème siècle*, París, 1878, p. 183.

El motín fue controlado, pero provocó la muerte y ejecución de varios hombres y la deserción de otros, que buscaron refugio en las cabañas de los aborígenes [32].

La llegada de refuerzos consolidó las posiciones de Villegagnon que acogió a los recién llegados, en especial a los calvinistas, con particular simpatía, creando todas las condiciones para la celebración del culto reformado en el que participaba personalmente. Sin embargo, la concordia entre el señor del fuerte Coligny y los ministros ginebrinos no perduró. Pasado poco tiempo, surgieron divergencias motivadas por diferentes interpretaciones de aspectos ligados a la comunión —la cuestión de la Cena— que condujeron a Villegagnon a enviar a Chartier a Ginebra con la misión de solicitar al fundador del calvinismo su parecer sobre el asunto.

Las querellas teológicas se agravaron, contribuyendo a apartar al fundador de la Francia Antártica de una parte de sus más fieles adeptos. La recusación de los seguidores de la Iglesia de Ginebra a aceptar las intromisiones de Villegagnon en materia doctrinal provocó su hostilidad, habiendo declarado éste, después de la celebración de la cena de Pentecostés, a Calvino «hereje desviado de la fe» y comenzó a perseguir a sus discípulos. Según la versión de uno de los miembros del grupo calvinista, este cambio de actitud se podría deber, también, a la llegada de cartas del cardenal de Lorena, jefe del partido católico, y de otras influyentes personalidades de la corte de París que le censuraban la heterodoxia de su comportamiento religioso [33].

Las desavenencias en el interior de la fortaleza se hicieron tan penosas que los recalcitrantes reformistas fueron expulsados después de ocho meses de permanencia en el lugar, siendo obligados a albergarse entre los tamoios, ante el local donde estaba instalada una pequeña alfarería, mientras aguardaban la llegada de un navío que les permitiese regresar a Europa. Después de un penoso viaje, iniciado en enero de 1558, quince calvinistas desembarcaron en Bretaña a finales de mayo. El conocimiento de la ruptura con Villegagnon hizo abortar el proyecto de la Iglesia Reformista, en fase de preparación, de enviar de 700 a 800 miembros a la Francia An-

[32] Cfr. Philippe Bonnichon, *op. cit.*, pp. 429-430.
[33] Cfr. Jean de Léry, *op. cit.*, pp. 86-94.

tártica [34]. En suma, las tensiones religiosas dividieron a la comunidad gala en dos bloques profundamente antagónicos, presagio de las prolongadas guerras de religión que ensangrentarían Francia a lo largo de los decenios siguientes.

A finales de 1558, Villegagnon entregó el mando de la plaza fuerte a su sobrino y partió a Francia en busca de refuerzos, ahora dentro del partido católico, llevando a cabo gestiones para captar apoyos entre los Guise y los jesuitas franceses, a los que solicitó, principalmente, al padre Nicolás Liétard el envío de una docena o más de misioneros, al mismo tiempo que fletaba navíos en Le Havre para preparar una nueva expedición [35]. El accidente que sufrió Enrique II (julio de 1559), las persecuciones de los reformistas, la eclosión de la conjura de Amboise (marzo de 1560), el fallecimiento de Francisco II (1559-1560), la ascensión al trono del joven Carlos IX (1560-1574) y la lucha por la consolidación de la regencia de la reina madre, Catalina de Médicis [36], relegaron temporalmente a un segundo plano las preocupaciones oficiales por la colonización de América, impidiendo el proyecto del caballero de Malta de regresar a la Francia Antártica con una poderosa armada [37].

La reacción portuguesa

El segundo gobernador general de Brasil, ocupado en conflictos con una parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, no reaccionó a la creación de la Francia Antártica en tierras brasileñas [38]. La inactividad de Duarte da Costa ante los galos y la contestación del ayuntamiento del Salvador a su actividad gubernamental llevaron a João III a tomar la decisión de sustituirlo por Mem de Sá (1506?-1572), desembargador de la «Casa de Suplicación», nombrado por Carta Regia de 23 de julio de 1556. Partió de Lis-

[34] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 225-246.

[35] Cfr. Philippe Bonnichon, *op. cit.*, p. 431.

[36] Cfr. Ivan Cloulas, *Catherine de Médicis*, París, 1979, pp. 119-156.

[37] Cfr. Leonce Peillard, *op. cit.*, pp. 191-195.

[38] Cfr. Carta de Francisco Portocarrero a João III (Ciudad del Salvador, 11 de agosto de 1556), en Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no século XVI. Documentos dos Arquivos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1965, pp. 32-33.

boa el 30 de abril de 1557, alcanzando Bahía el 28 de diciembre de ese año [39].

Mem de Sá dio prioridad a la resolución de problemas internos, concretamente al restablecimiento de un clima de normalidad institucional en la ciudad del Salvador y a la realización de campañas de sometimiento de los habitantes de la selva en las capitanías de Espírito Santo, Ilhéus y Bahía. Llamó la atención, con todo, del Gobierno de Lisboa para que advirtiera sobre los riesgos que provocaría la consolidación y el desarrollo de la colonia francesa, principalmente el fraccionamiento de Brasil [40]. Por su parte, los jesuitas, alarmados con la presencia de «luteros y calvinos» en el Nuevo Mundo, alertaron contra la amenaza que la persistencia de la Francia Antártica representaba para la integridad territorial y la unidad religiosa de la provincia de Santa Cruz, así como para la propagación de la herejía a América.

El fallecimiento del Piadoso, producida el 11 de junio de 1557, y la minoría de edad de su nieto y sucesor, don Sebastián (1557-1568), hicieron necesario el nombramiento de un regente, recayendo la elección en la reina viuda, doña Catalina de Austria (1557-1562) [41]. Estos acontecimientos retrasaron la toma de decisiones sobre los negocios del Imperio.

En 1559, el agravamiento de las relaciones con Francia, provocado por la intensificación de los ataques a la navegación portuguesa y por la persistencia de la presencia gala en la bahía de Guanabara, condujo a la petición expresa de que saliera de Lisboa el embajador Miguel de Seure (1557-1559). En ese tiempo, el gobierno del regente, en que pontificaba el secretario de Estado Pero de Alcáçova Carneiro, concluyó con la inutilidad de las diligencias emprendidas por João Pereira Dantas, representante de Portugal en París, ante Enrique II y Francisco II con el objetivo de alcanzar, por vía diplomática, el final de la actividad de los corsarios, la demolición del fuerte Coligny y la evacuación de su guarnición [42].

[39] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *Mem de Sá Terceiro-Governador-Geral (1557-1572)*, Río de Janeiro, 1972, p. 34.

[40] Cfr. Carta de 1 de junio de 1558, *apud Pauliceae Lusitana Monumenta Historica*, Jaime Cortesão (coord.), vol. I, Lisboa, 1956, pp. 283-284.

[41] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, pp. 58-59.

[42] Cfr. Luís de Matos, *Les Portugais en France au XVIème siècle. Études et Documents*, Coimbra, 1952, pp. 79-82 y 303-304.

La nítida percepción del potencial peligro que el enclave francés constituía para el mantenimiento del dominio portugués en el Atlántico Sur, para la unidad territorial y religiosa de la provincia de Santa Cruz y, además, la intensificación de la competencia en el mercado europeo, por el palo brasil comercializado por normandos y bretones, indujeron al Consejo Real a analizar detalladamente la situación, deliberando en la sesión del 3 de septiembre de 1560, enviar los refuerzos solicitados por el tercer gobernador general destinados a expulsar a los galos de Brasil.

En otoño de 1560, partió de Lisboa una flotilla (dos naos), bajo el mando del capitán mayor Bartolomeu de Vasconcelos da Cunha, que largó anclas en Bahía el 30 de noviembre. Se adoptó la estrategia de atacar prioritariamente Río de Janeiro, dejando la vigilancia de la costa para una fase posterior, toda vez que, perdida la base de apoyo, las embarcaciones intrusas tendrían más dificultades para continuar recorriendo el litoral brasileño [43].

Mem de Sá reclutó a hombres de armas y a indios amigos en Bahía y aparejó alrededor de ocho o diez carabelones que se unieron a los navíos que partieron del reino. La escuadra levó anclas de Bahía el 16 de enero de 1560, recibió refuerzos en Ilhéus, Porto Seguro y Espirito Santo, llegando a la entrada de Guanabara el 21 de febrero. Los comandantes de la expedición utilizaron las informaciones proporcionadas por João Cointa, señor de Boulez (más conocido por João de Bolés), que se había enfrentado a Villegagnon y por esa razón buscaba amparo entre los portugueses, para elaborar el plan de ataque que preveía un desembarco nocturno, pero el guía condujo a los navíos hacia un lugar apartado del punto escogido, por lo que la flota fue detectada por los centinelas. Después del inicio de la operación fue capturada una nao que se encontraba anclada en la bahía, refugiándose sus tripulantes en la fortaleza.

La pérdida del efecto sorpresa y la calidad de las estructuras defensivas llevaron a Mem de Sá a cercar la isla de Serigipe y a enviar un emisario a la capitanía de San Vicente, solicitando refuerzos, con vistas a iniciar la acción ofensiva. Sin embargo, los vicentinos (de la capital, de Santos y de São Paulo) y sus aliados tupiniquins —dura-

[43] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no século XVI. Estudo Histórico*, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 70-75.

mente afectados por los ataques efectuados por franceses y tamoios a sus posiciones— que habían tenido conocimiento de la partida de la armada de Bahía, ya se encontraban camino de Río de Janeiro. Después de realizarse el agrupamiento de fuerzas, Mem de Sá envió un ultimátum a Bois-le-Comte para que se rindiera la fortaleza, a lo que éste se negó con altivez.

El 15 de marzo, la escuadra, que contaba con un efectivo del orden de 120 portugueses y 140 indios aliados, inició el ataque de artillería a la plaza fuerte, donde se encontraban en torno a 114 franceses (74 hombres de la guarnición y 40 tripulantes del navío apresado) y alrededor de 800 tamoios. Después de dos días de ininterrumpido bombardeo y de la ocupación del polvorín por un grupo de los sitiadores, los defensores del fuerte Coligny lo abandonaron, refugiándose en tierra firme.

Después de mandar desmontar la artillería y arrasar la fortaleza, por no disponer de hombres para ocuparla, Mem de Sá atacó una de las aldeas de indios que habían combatido al lado de los galos, partiendo, a continuación, a San Vicente, con el objetivo de reparar la flota y resolver asuntos pendientes relacionados con aquella capitanía; desde allí envió a Estácio de Sá (1520-1567) al reino, en el navío apresado a los franceses, con la noticia del éxito para la regente [44]. El gobernador general regresó a la capital de Brasil a finales de agosto, siendo recibido con grandes festejos, que incluyeron, por primera vez, la celebración de corridas de toros [45].

La caída del bastión francés en América suscitó profundas reacciones de hostilidad en la metrópoli. La corte de París decretó el envío de nuevas cartas de marca y envió a Lisboa a un embajador plenipotenciario, Juan Ebrard, señor de Saint-Sulpice, con la misión de presentar una vehemente protesta por el ataque al fuerte Coligny y de exigir reparaciones. Esta diligencia no tuvo ningún éxito, ya que doña Catalina reafirmó la pertenencia de Río de Janeiro a Portugal y considerando que la iniciativa de Villegagnon era una violación de los derechos de soberanía de su Corona, y manifestó, sin embargo, su dis-

[44] Cfr. Vicente do Salvador, *História do Brasil 1500-1627*, Capistrano de Abreu, Rodolfo Garcia y Fray Venâncio Wílleke (eds.), São Paulo, 1965 (siglo XVII), pp. 175-176.

[45] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, p. 93.

posición para liberar a los franceses que, eventualmente, hubieran sido capturados. La negación lusitana a satisfacer las pretensiones galas condujo prácticamente a una ruptura de relaciones entre los gobiernos de los dos reinos, recibiendo instrucciones el embajador Juan Nicot (1559-1561) para que cerrara la representación diplomática y abandonara el país, hecho que se produjo en julio de 1561 [46].

Con la agudización de los conflictos internos de Francia, la captura de la regente y del soberano por el triunvirato Montmorency-Guise-Saint-André (27 de marzo de 1562), así como el desencadenamiento, el 8 de abril de ese año, de la primera Guerra de Religión [47], las cuestiones de la libertad de los mares y de los dominios ultramarinos pasaron a un segundo plano, puesto que los gobernantes franceses estaban prioritariamente empeñados en resolver los conflictos políticos y religiosos en que se encontraban implicados. Al mismo tiempo se produjo la eclosión de un importante brote de calvinismo en Normandía —que contó con la activa adhesión de muchos armadores y mercaderes—, provocando la reacción del partido católico, que puso cerco a Ruán (6 de octubre de 1562) [48]. Este hecho creó problemas adicionales a aquellos hombres de negocios que vieron sus activos navales y financieros significativamente afectados por las contiendas religiosas.

El fracaso del modelo francés de implantación en Brasil se debió a un conjunto de factores, algunos de naturaleza estructural y otros coyuntural. Entre los primeros se cuenta el papel secundario de las actividades marítimas ante el peso del mundo rural galo, la marginación de Francia —plena de pesadas consecuencias— de las grandes rutas comerciales de finales del siglo XIII hasta el siglo XVII, la inexistencia de una duradera política naval real y la prioridad conferida por la monarquía gala, en el siglo XVI, a Italia y al Mediterráneo cuando el futuro marítimo de Europa se diseñaba en el Atlántico [49].

Entre los aspectos de la implantación francesa en Brasil que contribuyeron a su fracaso destaca la forma en que Villegagnon en-

[46] Cfr. Edmond Falgairolle, *Jean Nicot-Sa Correspondance Diplomatique*, París, 1897, p. 66.

[47] Cfr. Pierre Miquel, *Les Guerres de Religion*, París, 1980, p. 524.

[48] Cfr. *idem*, ibidem.

[49] Cfr. Frédéric Mauro, «Voyages de Découvertes et Premières Colonisations: comportements français et portugais comparés», *Mare Liberum* (Lisboa), 3 (1991), pp. 217-223.

caró a los indios, o sea, sólo como socios comerciales necesarios para el trato del palo brasil, manteniendo su diferencia, interfiriendo lo menos posible en su modo de vida y no desarrollando ninguna actividad para convertirlos al cristianismo. El caballero de Malta consideraba a los tamoios seres sin ningún conocimiento de honestidad o de virtud, que no merecían el beneficio de la elección divina y los consideraba, en definitiva, «bestias con figura humana», concepción que también compartía el pastor calvinista Richer. Esta actitud contrastaba visiblemente con el proselitismo activo de los jesuitas protugueses, que evangelizaban y culturizaban a los aborígenes. Así, Villegagnon tomó sólo el control económico y militar de la región fluminense, prefiriendo, desde una lógica reticular, el punto a la superficie y lo discontinuo a lo continuo [50].

La oposición de Villegagnon al mestizaje impidió la creación de lazos de sangre con los amerindios y desaprovechó la contribución indígena al crecimiento de una población integrada en el proyecto colonizador galo, opción que hizo exclusivamente dependientes de la metrópoli el aumento demográfico y del contingente militar, así como vinculó las posibilidades de expansión de la Francia Antártica a las fluctuaciones de la política real o a la capacidad de reclutamiento de facciones religiosas o de armadores. A ello contribuyó también el que los franceses no se dedicaran a actividades agrícolas, por lo que no crearon un estrecho lazo con la tierra que los llevase a defender su permanencia en Brasil hasta el límite de sus fuerzas. Finalmente, las divergencias religiosas crearon profundas divisiones que afectaron irremediablemente a los lazos de solidaridad y disciplina entre la guarnición del fuerte Coligny.

La fundación de San Sebastián del Río de Janeiro

La destrucción de la fortaleza francesa constituía una solución transitoria, puesto que no garantizaba el dominio de la bahía de Guanabara. Rápidamente, el gobierno de doña Catalina se dio cuen-

[50] Cfr. Frank Lestringant, «Les Stratégies Coloniales de la France au Brésil aux XVIème siècle et leur échec», *État et Colonisation au Moyen Age et à la Renaissance*, Michel Balard (dir.), Lyon, 1989, pp. 463-476.

ta de la situación, censurando a Mem de Sá por haber demolido el fuerte en vez de dotarlo de una guarnición que aguardase la llegada de refuerzos de Lisboa [51].

En misiva dirigida pocos meses después de la conclusión de las operaciones militares, el padre Manuel da Nóbrega abogaba por el poblamiento de la región y la edificación de una ciudad en el Río de Janeiro a semejanza de lo que se había hecho en Bahía. Consideraba que estas medidas contribuirían a asegurar su dominio efectivo, a reforzar la debilitada seguridad de las capitanías vecinas (Espírito Santo y San Vicente), a impedir el acceso de los franceses al litoral y a negarles la posibilidad de mantener contactos con los tamoios. Se destacaba, además, que la clave del éxito de la empresa residía fundamentalmente en el envío de pobladores que se establecieran allí —creando indisolubles lazos de sangre con los habitantes de la selva y de apego al territorio— y no de soldados, ya que se derribaría más fácilmente una fortaleza, como ejemplificaba claramente la conquista del fuerte Coligny, que se expulsaría a los habitantes profundamente vinculados a la tierra [52].

Mem de Sá, a traves de una carta del 16 de junio de 1560, aconsejó un procedimiento idéntico al de la regente. El establecimiento de un núcleo de pobladores en Río de Janeiro —necesario para garantizar la seguridad de Brasil al sur del Cabo Frío— fue solicitado a la Corona, el 25 de abril de 1562, por el proveedor de la capitanía de San Vicente, Brás Cubas [53].

Después de la partida de la escuadra de Mem de Sá, cierto número de franceses regresó a Europa, mientras que otros permanecieron en Brasil y, junto con los tamoios, edificaron reductos fortificados en Uruçu-Mirim (Monte de Glória) y en Paranapuã, la mayor isla de la bahía de Guanabara [54], donde se abastecían de mercancías los navíos normandos y bretones que seguían yendo a aquella región, proveían de armamento a los nativos y organizaban ataques por sorpresa a las poblaciones portuguesas.

[51] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, p. 86.

[52] Cfr. Carta al cardenal infante don Henrique (San Vicente, 1 de junio de 1560), *apud Cartas do Brasil...*, pp. 360-370.

[53] Cfr. Joaquim Verissimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, pp. 78-79 y 87-88.

[54] Cfr. Gilberto Ferrez, «A Expulsão dos Invasores», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 2, p. 459.

La resolución del problema de la seguridad del sur de Brasil implicaba tomar medidas que, por un lado, garantizasen el alejamiento definitivo de los galos de la región de Río de Janeiro y, por otro, redujeran a los grupos tribales hostiles, objetivo que se debería alcanzar por métodos no violentos, preferentemente a través de las misiones, debido a que la población autóctona constituía un precioso instrumento de colonización y a que esa solución, en el caso de ser viable, presentaría menores inconvenientes desde el punto de vista de los recursos demográficos y financieros. Consciente de que sin el vasallaje de los tupiniquins rebelados, sin el apaciguamiento de los tamoios de forma segura y sin el crecimiento de las capitanías del sur y, en especial, de su villa de São Paulo, las misiones no serían posibles, el fundador de la provincia de Brasil de la Compañía de Jesús, de acuerdo con los vicentinos, decidió establecer conversaciones con el último grupo tribal con el fin de proponerles una alianza.

El 23 de abril de 1563 zarparon de Bertioga dos navíos con artillería que transportaba a Nóbrega, acompañado por el hermano José de Anchieta (1534-1597) [55], para una misión en Iperuí. En esa aldea marítima, los jesuitas, después de un previo intercambio de rehenes, entablaron conversaciones con los principales tamoios, en especial con Pindobuçu, presentándoles condiciones de paz entre las que se contaba la obligación de hacerse aliados de los tupiniquins cristianos y de guerrear contra el grupo revoltoso de Anhembi, que atacaba São Paulo. Debido a que se pretendía que el acuerdo comprendiese todas las aldeas de aquel grupo tribal, se enviaron mensajes a los *morubixabas* de Río de Janeiro para que se trasladasen a aquel lugar con el fin de participar en la conferencia con los emisarios portugueses. Las negociaciones se prolongaron durante algunos meses, pero el resultado final fue nulo, ya que los guerreros de Guanabara asestaron, en el transcurso de la tregua acordada, inesperados ataques a Bertioga y a San Vicente [56]. Cuando fracasaron los intentos de solución pacífica quedaba, únicamente, el recurso a la intervención militar.

[55] Sobre su biografía, véase Helen G. Dominian, *Apostle of Brazil. The Biography of Padre José de Anchieta, S.J. (1534-1597)*, Nueva York, 1958.

[56] Cfr. José de Anchieta, Carta al General Diego Laínez (San Vicente, enero de 1565), *apud Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões (1554-1594)*, Belo Horizonte/São Paulo, 1988, pp. 206-246.

La inseguridad en la zona meridional del territorio brasileño se agravó debido a la persistencia de la confederación de los tamoios de la Guanabara, bajo la dirección de Cunhambebe, que, después de la derrota de Bois-le-Comte, encabezó la resistencia a la dominación portuguesa, efectuando rápidas y constantes incursiones en el litoral de Espírito Santo a San Vicente y, a través del *sertão,* en el altiplano de Piratininga. Al mismo tiempo, la permanencia de grupos galos, entre los cuales se contaban algunos calvinistas, que aseguraban el mantenimiento del trato comercial con Francia, fue también subrayada en la correspondencia remitida a la corte por Mem de Sá, Manuel da Nóbrega y Brás Cubas.

Alertado por los informes provenientes de la provincia de Santa Cruz, el nuevo regente del reino, el cardenal infante don Henrique (1562-1568) —que unía esas funciones a las de inquisidor general (1539-1579), siendo, por esa razón, extremadamente sensible a los mensajes de los jesuitas, en particular de Nóbrega, contra la propagación de las «herejías luterana y calvinista» en la América portuguesa— decidió enviar, en febrero de 1563, una nueva armada, constituida por dos galeones con soldados y municiones, comandada por Estácio de Sá, destinada a fundar una población en Río de Janeiro, asegurando, de ese modo, el control militar, económico y religioso de aquella región.

El capitán mayor, después de mantener conversaciones con el gobernador general, que le proporcionó hombres y embarcaciones (la nave capitana, un galeote, un carabelón y otros navíos menores), partió de Bahía, acompañado por el oidor general, Brás Fragoso, en dirección a Espírito Santo con el objetivo de obtener la participación en la campaña de los temiminós o maracajás («gatos bravos»), designados en las fuentes portuguesas como «gentes del gato».

El referido grupo tribal —que dominaba una parte de la bahía de la Guanabara, concretamente la isla de Paranapu o del Gato (Governador)— fue el objeto de la intensa acción depredatoria por parte de los tamoios, que diezmaron a la mayoría [57]. Un aventurero alemán refiere la existencia de unos quince cráneos de mara-

[57] Cfr. Cibele de Ipanema, *História da Ilha do Governador,* Río de Janeiro, 1991, pp. 43-50.

cajás clavados en estacas en la aldea del jefe Cunhambebe [58], mientras que un calvinista francés testimonió la realización de un ataque por sorpresa a una aldea de temiminós sometidos que habitaban en aquella isla, de lo que resultó una enorme carnicería después de la cual «sólo se veían hombres y mujeres descuartizados sobre las parrillas y hasta los niños de pecho eran asados enteros» [59].

La situación de los enemigos de los tamoios en la principal isla de la bahía de Guanabara se volvió tan insostenible que, a principios de 1555, el jefe Maracajá-Guaçu («gato bravo grande»), atendiendo a los lazos de amistad establecidos con los portugueses —subrayados por el artillero alemán [60]—, se vio forzado, en última instancia, a mandar a un hijo a Espírito Santo para solicitar a Vasco Fernandes Coutinho refugio en aquella capitanía. Después de regresar a su capital, el donatario envió para socorrer a los indios amigos, a instancia de los jesuitas y los moradores, cuatro navíos con artillería que encontraron las cabañas ya incendiadas, por lo que sólo pudieron proceder a embarcar a los supervivientes. Los refugiados se establecieron en las inmediaciones de Vitória, donde edificaron varias aldeas, siendo las principales la de Nuestra Señora de Concepción, dirigida por el *morubixaba* Vasco Fernandes Maracajá-Guaçu, y la de San Juan, dirigida por su hijo Martim Afonso de Sousa Araribóia [61].

Completamente consciente del profundo odio que profesaban los temiminós a sus acérrimos enemigos, el gobernador general encomendó a Estácio de Sá que convenciera a Araribóia («cobra feroz»), *morubixaba* de la aldea de San Juan, de que participara en la empresa militar destinada a desalojar a los tamoios y a sus aliados franceses de la bahía de Guanabara. Después de conversaciones que contaron con la colaboración del jesuita Brás Lourenço, el hijo del último jefe de la isla del Gato comunicó, después de oír al consejo de la aldea, la decisión de combatir a sus enemigos tradicionales.

La expedición —reforzada por los temiminós y por moradores de Espírito Santo, comandados por el proveedor Melchior de Aze-

[58] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 94.

[59] Jean de Léry, *op. cit.*, p. 181.

[60] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 140-141.

[61] Cfr. Carta del padre Luís da Grã (Espirito Santo, 24 de abril de 1555), *apud Novas Cartas Jesuíticas (De Nóbrega a Vieira)*, Serafim Leite (ed.), São Paulo, 1940, pp. 79-181.

vedo— llegó a Río de Janeiro el 6 de febrero de 1564, apresó una nao francesa, se instaló en la isla de Serigipe y efectuó misiones de reconocimiento y reabastecimiento durante las cuales entabló algunas escaramuzas con aborígenes. El consejo de la escuadra, en el que participó Nóbrega, consideró insuficiente el contingente de que disponía para conquistar las barreras defensivas erigidas por los franceses y los tamoios, así como el número de navíos de remos para efectuar las operaciones de asalto a los puertos y playas en poder del enemigo, por lo que decidió dirigirse a San Vicente con el objetivo de obtener más tropas y embarcaciones ligeras.

Después de reclutar, con la preciosa intervención de Nóbrega, una fuerza constituida por vicentinos y tupiniquins de Piratininga y obtener provisiones y barcos adicionales, la armada de Estácio de Sá zarpó hacia la Guanabara. En el transcurso del viaje encontró una escuadrilla de tres naves, comandada por João de Andrade, con víveres y municiones enviadas desde Bahía por el gobernador general [62].

La expedición colonizadora desembarcó en la península de San Juan el 1 de marzo de 1565, estableció un campamento militar, protegido por una cerca de maderos, y fundó en una lengua de tierra situada entre los montes Cara de Co (actual San Juan) y Pan de Azúcar (al que los franceses llamaban Pote de Manteca-Urca) junto a la playa Vermelha, la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro, designación correspondiente al santo homónimo del joven rey de Portugal al que el fundador del burgo fluminense pretendió homenajear [63].

Estácio de Sá dirigió la creación de tierras de labor para los víveres junto a la cerca, designó a los titulares de los cargos judiciales, militares y administrativos (juez, alcaide, almojarife, fedatario, escribano y otros), instituyó el ayuntamiento, atribuyó un blasón de armas a la ciudad y concedió sexmos a alrededor de cincuenta pobladores, así como al municipio para plazas y pastos de ganado y a la Compañía de Jesús para la fundación de un colegio, a petición del padre Gonçalo de Oliveira, que hizo construir allí una ermita bajo la advocación de su patrón [64].

[62] Cfr. Serafim Leite, *op. cit.*, pp. 185-188.

[63] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, pp. 108-109.

[64] Cfr. Luís Norton, *A Dinastia dos Sás no Brasil. A Fundação do Rio de Janeiro e a Restauração de Angola*, 2.ª ed., Lisboa, 1965, pp. 11-16.

Durante varios meses —en los cuales se edificaron fortificaciones, principalmente un baluarte de piedra guarnecido por artillería, garitas de madera recubiertas por teja y puestos de observación— se trabaron constantes combates entre, por un lado, portugueses y maracajás y, por otro, franceses y tamoios, en que destacan la derrota de las huestes del *morubixaba* Aimbiré —personaje principal de *La Confederación de los Tamoios* (1856), poema épico del romántico y nacionalista Gonçalves de Magalhães— y la fuga de las fuerzas dirigidas por el jefe Guaxará, de Cabo Frío, transportadas en ciento ochenta canoas, aproximadamente (9 de julio de 1566) [65].

La consolidación del dominio lusitano en la Guanabara

Con el objetivo de expulsar definitivamente a los enemigos de la bahía de la Guanabara, el regente envió, en mayo de 1566, una nueva escuadra, bajo el mando de Cristóvão de Barros, con órdenes para que el gobernador general dirigiese personalmente la expedición a Río de Janeiro [66]. A los tres galeones que partieron del reino, Mem de Sá añadió seis carabelas y otros navíos auxiliares, que transportaban, además de las correspondientes tripulaciones, a hombres de armas, cien de los cuales fueron enviados por la capitanía de Pernambuco, al obispo, el visitador jesuita Inácio de Azevedo, Luís de Grã (1560-1571), segundo provincial de los ignacianos en Brasil, Anchieta, mientras tanto ordenado sacerdote en el Colegio del Salvador, y a otros miembros de la Compañía de Jesús [67].

La armada llegó a San Sebastián el 19 de enero de 1567 y, al día siguiente, fecha en que se conmemoraba la fiesta del patrono de la ciudad, comenzaron las operaciones militares que conducirían a la conquista definitiva de la región. El primer combate se trabó con las huestes del jefe Biraoaçu-Mirim acantonadas en estructuras defensivas edificadas en la colina de Uruçu-Mirim (Glória), terminando con su conquista y con la captura de nueve o diez franceses que fueron

[65] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, pp. 116-121.

[66] Cfr. «Instrumento dos serviços prestados por Mem de Sá, governador do Brasil (Salvador, Setembro-Dezembro de 1570)» *apud* Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. II, pp. 67-68.

[67] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, pp. 123-125.

ejecutados. Pocos días después, las fuerzas del gobernador general atacaron el reducto fortificado del *morubixaba* Paranapucuí en la isla del Gato, que se rindió después de tres días de intensa refriega. En el transcurso de la lucha en Uruçu-Mirim, Estácio de Sá fue alcanzado en el rostro por una flecha envenenada, falleciendo un mes después. Murió igual que el mártir que escogió como patrono de la ciudad, víctima de las flechas [68].

Los habitantes de las restantes aldeas, atemorizados con las sucesivas derrotas y las grandes pérdidas humanas, se refugiaron en las más recónditas regiones del *sertão* o se rindieron; los franceses supervivientes se reagruparon en Cabo Frío. Pasado algún tiempo, varios jefes tamoios reanudaron las hostilidades y volvieron a combatir a los portugueses y a sus aliados temiminós, por lo que Mem de Sá decidió vengarse, infligiendo severos castigos a las aldeas rebeldes [69].

Una vez consolidada la victoria, el gobernador general, después de oír los pareceres del obispo, de los capitanes y de los moradores honrados, trasladó la ciudad de la localización inicial a la elevación que mejor dominaba la bahía y el continente, elección dictada por evidentes razones de naturaleza estratégica. El nuevo terreno, instalado en la cima de la colina de San Januário (posteriormente designada del Castillo), se situaba frente a la isla de Vilaganho, ordenando Mem de Sá, en ese lugar, la construcción de estructuras militares, la iglesia de la Compañía de Jesús, el Ayuntamiento y la cárcel, la casa de la Hacienda, los almacenes y otras instalaciones [70], símbolos perennes del dominio de la Corona lusa y de la Iglesia Católica.

Al principio de la década de los ochenta del siglo XVI, un jesuita portugués se refiere, del siguiente modo, al nuevo burgo carioca:

> La ciudad está situada en un monte con buena vista al el mar y en la orilla tiene una bahía que bien parece que la pintó el supremo pintor y arquitecto del mundo, Dios Nuestro Señor, y así es cosa hermosísima y lo más apreciable que hay en todo Brasil, no se puede comparar con el Mondego y el Tajo [...] [71].

[68] Cfr. Baltasar da Silva Lisboa, *Anais do Rio de Janeiro...*, 2.ª ed., Río de Janeiro, 1941, pp. 27-28.

[69] Cfr. «Instrumento dos serviços...», pp. 69-70.

[70] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, pp. 120-123.

[71] Fernão Cardim, *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, introducción y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo Garcia, 3.ª ed., São Paulo, 1978, p. 210.

El gobernador general ratificó los nombramientos efectuados por Estácio de Sá y nombró los cargos que todavía se encontraban vacantes. Confirmó las anteriores concesiones de sexmos y procedió a la atribución de numerosas donaciones nuevas con el fin de promover la ocupación del territorio y del cultivo de la tierra. En septiembre de 1567, concedió a Salvador Correia de Sá y a Rui Gonçalves, posteriormente nombrado almojarife real, la isla del Gato. El primero se estableció en el lugar y fundó un ingenio en el que se produjo el primer azúcar de Río de Janeiro. Dado que Correia de Sá había dirigido la capitanía dos veces, la isla acabó por ganar la denominación «del Gobernador».

Merecen especial atención los sexmos especialmente destinados a recompensar la participación de los temiminós en la conquista de la Guanabara, principalmente el situado entre el río Iguaçu e Inhaúma, en que Araribóia fundó la población indígena de Geribiracica (o de Martinho, referencia al nombre de bautismo de su jefe), procurando el regreso de aquellos que —sobre todo viejos, mujeres y niños— todavía se encontraban en la aldea de San Juan (Espírito Santo). El 16 de marzo de 1568, los maracajás recibieron, a petición de su *morubixaba*, en la «Orilla de allá», o sea, en la margen de la bahía de Guanabara correspondiente a Niterói, un sexmo de una legua de litoral (3.000 brazas) y dos de *sertão*, en donde se instalaron, dando origen a la aldea de San Lorenzo. La solemne toma de posesión no se produjo hasta el 22 de noviembre de 1573 [72]. El 19 de marzo de 1579, cinco principales de aquella aldea obtuvieron un sexmo de cuatro leguas más allá del río Macacú y hacia el interior hasta la sierra de los Órgãos, edificando allí la población de San Bernabé.

Mem de Sá nombró, el 4 de mayo de 1568, a Salvador Correia de Sá (1568-1572) capitán mayor de Río de Janeiro, partiendo en seguida a Espírito Santo, donde la situación militar requería su presencia. A mediados de ese año, los tamoios de Cabo Frío, apoyados por cuatro naves francesas, intentaron destruir la aldea de Araribóia; sin embargo, allí consiguieron repelerlos con importan-

[72] Cfr. Elísio de Oliveira Belchior, *Conquistadores e Povoadores do Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, 1965, pp. 55-59.

tes pérdidas. En una operación conjunta dirigida por el gobernador y por aquel *morubixaba* fue posteriormente capturado en Cabo Frío uno de los navíos que participó en la incursión. Como recompensa por los servicios prestados a la Corona, don Sebastián premió al principal de los maracajás con el hábito de caballero de la Orden de Cristo y una renta anual de 12.000 reales.

La fundación de Río de Janeiro pretendió alcanzar diferentes objetivos, concretamente prohibir el acceso de los franceses a un fondeadero de gran valor estratégico, imponer definitivamente el dominio lusitano en la región, sometiendo a los grupos aborígenes que se negaban a aceptarlo, así como impedir que los tamoios y los galos mantuvieran contactos. Estos últimos, después de la derrota y expulsión de la bahía de Guanabara, se habían reagrupado en las inmediaciones de Cabo Frío, proporcionando armas y municiones, así como apoyo naval, a las incursiones de sus aliados de la selva, lo que suponía un riesgo para la seguridad de los recién creados núcleos poblacionales, construyendo, además, un depósito que abastecía a las naves francesas de productos brasileños. En estas condiciones, los gobernadores fluminenses concluyeron que la eliminación definitiva de aquellas amenazas implicaría, por un lado, la destrucción de todas las aldeas enemigas situadas a lo largo del litoral hasta Cabo Frío con el fin de impedir los posibles contactos de los grupos hostiles con navíos franceses y, por otro, el aniquilamiento de las últimas posiciones galas en aquella región.

Cristóvão de Barros (1572-1575) prosiguió las operaciones que conducían a someter a los tamoios y a expulsar a los franceses de Cabo Frío, que concluyeron bajo la dirección del gobernador de la Orilla del Sur, doctor António de Salema (1574-1577). Éste, en el segundo semestre de 1575, a la cabeza de una expedición de 400 moradores y 700 indios amigos, después de revelarse infructíferas las negociaciones destinadas a obtener la sumisión voluntaria de los autóctonos, dirigió el cerco y la conquista de las aldeas existentes en la región, de los que derivó la muerte de un gran número de indígenas y de todos los europeos que se encontraban allí, la captura de más de 4.000 mil prisioneros, el éxodo de los supervivientes al *sertão* y la expulsión definitiva de aquel grupo tri-

bal de la franja costera de la capitanía de Río de Janeiro [73]. En esa ocasión, también, se tomo la «casa de piedra» que los galos mantenían en aquel lugar, último punto de apoyo de que disponían, constituyendo este episodio el epílogo de la Francia Antártica [74].

Privados del contacto con los indígenas, que les proporcionaban las mercancías imprescindibles para la financiación de los viajes a la América Austral, los franceses abandonaron definitivamente el sudeste de Brasil y se trasladaron a regiones donde había palo brasil, pero no existían poblaciones portuguesas en las proximidades, prefiriendo, hasta finales del siglo XVI, las costas de Paraíba y Rio Grande (do Norte), de donde se los expulsó posteriormente.

La resistencia indígena

El proceso de colonización de Brasil introdujo profundas modificaciones en el marco de las relaciones entre tupís y portugueses, que garantizaba, hasta entonces, el mantenimiento de la autonomía de los grupos tribales. El paulatino asentamiento de los europeos con carácter permanente en diferentes puntos de la costa brasileña cuestionó en cuestión el equilibrio existente, provocando dos tipos de reacciones distintas por parte de las comunidades aborígenes: aceptación pacífica o resistencia armada. Entre aquellos que, en una primera fase, permitieron el establecimiento de núcleos lusos en su territorio se contaban los tupiniquins de San Vicente, de Ilhéus, de Porto Seguro, de Espírito Santo y de Piratininga, así como los tupinambás de Bahía; por el contrario, los caetés de Pernambuco y los tamoios de la Guanabara se opusieron denodadamente, desde el principio, a la penetración extranjera en sus áreas de influencia.

La forma en que los grupos tribales reaccionaron al desencadenamiento del proceso colonizador modeló las alianzas que se establecerían entre europeos y aborígenes. Así, para utilizar el ejemplo más antiguo, el establecimiento pacífico de los portugueses en San Vicente posibilitó la creación de relaciones cordiales entre lusos y tupiniquins, permitiendo, por un lado, que estos últimos solicitasen

[73] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, pp. 140-142.
[74] Cfr. Frank Lestringant, *op. cit.*, p. 464.

la participación de los nuevos aliados en el combate contra sus enemigos tradicionales, pero implicando, por otro, que los tamoios, al percatarse de que los portugueses («peró») apoyaban a su grupo rival, comenzasen a hostilizarlos, ya que se habían hecho amigos de sus enemigos.

En respuesta a la nueva correlación de fuerzas favorable a los tupiniquins, los tamoios procuraron invertir la situación, estableciendo una alianza preferencial con los franceses («mair»). Por su parte, los temiminós —que mantenían una encendida disputa con los tamoios para garantizar su permanencia en algunas islas de la bahía de Guanabara— crearon estrechos lazos de amistad con los lusitanos, volviéndose acérrimos enemigos de los franceses. Así, dandose cuenta de las rivalidades existentes entre los europeos, los diferentes grupos amerindios procuraron utilizarlas en su beneficio, estableciendo redes de alianzas que les permitieran vencer a sus opositores tradicionales [75]. Portugueses y franceses, por su parte, se incluyeron en el contexto de las luchas entre los tupís, gestionando la intervención en esas disputas de acuerdo con sus objetivos.

Las tareas de colonización como la roturación de tierras, la construcción de fortificaciones y de los más variados tipos de edificios, las crecientes exigencias de abastecimiento de víveres para la subsistencia de los nuevos habitantes (caza y pesca), así como el cultivo de la caña de azúcar implicaban la existencia de un elevado número de brazos, hecho que, atendiendo a la insuficiencia de los recursos demográficos portugueses en el siglo XVI, hizo imprescindible la utilización de mano de obra indígena.

Inicialmente, los portugueses y, también, los franceses obtenían esclavos a traves de la compra de los llamados «indios de cuerda», aborígenes capturados por sus aliados brasis en el contexto de las luchas entre grupos tribales y que tradicionalmente se destinaban a ser sacrificados en la plaza. Sin embargo, cuando esta forma de adquisición de brazos se volvió insuficiente, los colonos hicieron esfuerzos para alistar —por el sistema del trueque— a los habitantes de las aldeas cercanas de la selva para el trabajo estable

[75] Cfr. Luís Filipe de Alencastro, «A Interacção Europeia com as Sociedades Brasileiras entre os Séculos XVI e XVIII», *Nas Vésperas do Mundo Moderno. Brasil*, Lisboa, 1991, p. 98.

en la agricultura [76], aunque el resultado de estas actividades fue escaso.

En la mayor parte de las sociedades indígenas de la floresta tropical imperaba, según se explicó en el Capítulo II, la división sexual del trabajo, siendo competencia de las mujeres las tareas ligadas al cultivo de la tierra. De ahí que los indios se resistieran denodadamente a su utilización como mano de obra libre o cautiva en la agricultura, toda vez que esa situación implicaba una vulneración de sus modelos sociales y culturales. A pesar de que existiera esclavitud masiva para fines productivos en comunidades amerindias sudamericanas —principalmente en los cacicatos amazónicos [77], alcanzando gran importancia entre los tapajós [78]—, tal práctica era desconocida entre los grupos tribales tupís-guaranís.

Las crecientes exigencias de una numerosa mano de obra permanente, resultante del progresivo aumento tanto de la superficie desbrozada dedicada al cultivo de la caña de azúcar —actividad económica vital para hacer viable la consolidación de la América portuguesa— como del número de ingenios en funcionamiento, implicarían un significativo incremento de la adquisición de hombres a través de los «saltos». Esta práctica consistía en que se armaban navíos que recorrían la orilla marítima con el objetivo de saltear aldeas para capturar nativos que se vendían posteriormente como esclavos. La arbitraria actuación de las embarcaciones que se dedicaban a esta actividad —sin respetar siquiera a los grupos tribales aliados— provocó una enérgica reacción por parte de los autóctonos, que destruyeron haciendas e ingenios y atacaron navíos y poblaciones.

La gradual ocupación de las tierras fértiles por los colonos, los intentos de imponer la generalización del trabajo forzado, así como la predicación de los jesuitas contra la antropofagia, el papel de los *pajés*, la poligamia y el seminomadismo, crearon serios obstáculos para el mantenimiento de la autonomía de los grupos tribales y la reproducción de sus relaciones sociales, generando brotes de resistencia armada que afectaron a la mayoría de las capitanías brasile-

[76] Cfr. Alexander Marchant, *Do Escambo à Escravido. As Relações Económicas de Portugueses e Índios na Colonização do Brasil (1500-1580)*, 2.ª ed., São Paulo, 1980, pp. 63-64.

[77] Cfr. Anna Curtenius Roosevelt, «Arqueologia Amazônica», *História dos Índios no Brasil*, Manuela Carneiro da Cunha (coord.), São Paulo, 1992, p. 71.

[78] Cfr. André Prous, *Arqueologia Brasileira*, Brasilia, 1992, p. 458.

ñas. Un ejemplo de esta situación nos los ofrecen los tupiniquins de la aldea de Maniçoba, en el altiplano de Piratininga, que expulsaron, en 1554, al padre Gregório Serro debido a su sermón contra sus valores tradicionales [79]. Las profundas repercusiones que la colonización provocó en la organización social y cultural de las poblaciones indígenas pueden, también, ilustrarse con el comportamiento de los tupinambás, que, desesperados por la falta de prisioneros para sacrificar ritualmente en la plaza, adoptaron el recurso de profanar las sepulturas de los enemigos para despedazarles el cráneo y así conseguir un nombre [80].

Las características geográficas (densa floresta, abundancia de cursos de agua y, en algunas regiones, existencia de zonas montañosas en las proximidades de la costa) y el modelo de organización sociopolítica de los tupís del litoral (semisedentarización y fragmentación en unidades dispersas), impidieron que se entablaran, a semejanza de lo que ocurrió en la América española, batallas decisivas, al final de las cuales los vencedores dominaban los estados conquistados, imponiendo su ley a las poblaciones derrotadas. En Brasil, por el contrario, se entabló, fundamentalmente, una larga lucha de guerrillas en que fueron sometidos, uno por uno, los diferentes grupos hostiles o rebeldes [81].

La táctica adoptada por la mayoría de los grupos indígenas, basada en la movilidad de sus huestes terrestres y de los medios navales, consistía en la realización de rápidas salidas, incluyendo incursiones nocturnas, destinadas a atacar tierras de labor, haciendas y caminos para capturar a los colonos o a sus esclavos. Esta forma de actuación se destinaba a infundir el terror y a difundir la inseguridad por los campos, con el fin de provocar su abandono. Cuando consideraban que poseían los efectivos suficientes, tomaban la iniciativa de cercar las poblaciones habitadas por portugueses e indios aliados suyos, procurando desalojar a los defensores con flechas incendiarias y nubes tóxicas de pimienta. Sin embargo, la gradual sustitución de las construcciones de madera por edificios de piedra con

[79] Cfr. John Manuel Monteiro, «Brasil Indígena no século XVI: dinâmica histórica Tupi e as origens da sociedade colonial» *Ler História* (Lisboa), 19 (1990), p. 100.

[80] Cfr. José de Anchieta, *op. cit.*, pp. 236-237.

[81] Cfr. James Lockhart y Stuart B. Schwartz, *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge, 1983, p. 53.

cobertura de teja, la edificación de estructuras defensivas dotadas de artillería y la entrada en servicio de navíos ligeros (carabelones, bergantines y otros) armados con cañones, impidieron que los amerindios conquistasen una sola villa, a pesar de los diferentes intentos realizados.

La ordenanza de Almeirim contenía disposiciones por las que delegaba en el gobernador general la gestión de la política indígena que se debería regir por tres grandes parámetros: conversión al cristianismo, protección a los aliados y punición de los enemigos. Entre las medidas previstas para atacar duramente a los grupos tribales que atacasen o se rebelasen contra los portugueses, se incluía la destrucción con fuego de aldeas, el traslado forzoso al *sertão* de los núcleos hostiles que habitaban en el litoral y el ahorcamiento en sus aldeas de los jefes beligerantes o de los culpables de crímenes mortales practicados individualmente. Se preveía, además, la concesión del perdón a aquellos que se rindieran, siempre que reconocieran la soberanía lusa y prestasen vasallaje, principalmente a través de la entrega anual de algunos víveres a los moradores de las villas.

A finales de mayo de 1555 estalló una rebelión de los tupinambás de la margen derecha del río Paraguaçu, en la ensenada de Bahía, que pretendía recuperar las tierras que habían sido usurpadas por el propietario de una hacienda. Los autóctonos atacaron ingenios, haciendas y poblaciones, hiriendo, matando y apresando a algunos colonos y a sus esclavos. El gobernador, después de oír al consejo, encargo a su hijo que condujera una expedición de castigo. Los seis caballeros y setenta infantes, después de superar algunas escaramuzas urdidas a lo largo del camino, conquistaron la aldea de la que había partido la iniciativa, capturaron a su *morubixaba* y quemaron dos aldeas cercanas que habían apoyado a los insurrectos.

Poco después, se rebelaron otras seis aldeas, cuyos guerreros cercaron el ingenio de António Cardoso de Barros. Nuevamente fue Álvaro da Costa el encargado de dirigir las operaciones militares a la cabeza de alrededor de 200 hombres a pie y a caballo. Las huestes comandadas por el joven capitán entablaron una violenta batalla con cerca de 3.000 tupinambás, que terminó con la derrota de los aborígenes, que sufrieron ingentes bajas y vieron sus poblaciones incendiadas. La persistencia de focos de rebelión llevó al

gobernador a ordenar a su hijo que destruyera todas las aldeas donde se efectuaran preparativos bélicos, principalmente la construcción de cercas. Después de estas últimas medidas, los tupinambás se sometieron, consolidándose el dominio lusitano en la región en disputa [82].

Uno de los más urgentes asuntos con que se encontró Mem de Sá al comienzo de su gobierno fue la inseguridad reinante en las capitanías al sur de Bahía. La situación de mayor gravedad se daba en Espírito Santo, donde, por no efectuar los colonos el pago de los «indios de cuerda», se inició una rebelión de tal gravedad que puso en peligro la supervivencia de su capital. Por intercesión de Vasco Fernandes Coutinho, el gobernador general organizó, al principio de 1558, una expedición de socorro de seis navíos con 200 combatientes, aproximadamente, cuyo mando confió a Fernão de Sá. Después de proceder a la unión de sus huestes con las de Espírito Santo, la armada se dirigió al río Cricaré (San Mateo), en cuyas márgenes se concentraban los tupiniquins, entablándose un combate en el que el capitán mayor perdió la vida. Seguidamente, la intervención de las fuerzas provenientes de Bahía obligó a los amerindios a levantar el cerco de Vitória, refugiándose en una aldea fortificada que fue tomada bajo la dirección de Baltasar de Sá, operación militar que forzó a los revoltosos a rendirse, permitiendo restablecer la paz en la capitanía. Sin embargo, cuando Mem de Sá hizo escala en Espírito Santo, en junio de 1560, encontró a los aborígenes nuevamente en pie de guerra, estableciendo negociaciones —coronadas por el éxito— destinadas a alcanzar una solución que garantizase una duradera relación pacífica entre portugueses y tupiniquins [83].

La progresiva pérdida de los territorios más fértiles —gradualmente transformados en tierras de cultivo por los colonos— asociada a la promulgación, en 1558, por el gobernador general, a petición de Nóbrega, de disposiciones que reprimieran duramente la práctica de la antropofagia y la intervención de los hechiceros, combatieran la poligamia y promovieran la concentración de los brasis en po-

[82] Cfr. Carta de Duarte da Costa a João III (Salvador, 10 de junio de 1555), *apud HCPB*, vol. III, pp. 377-379.

[83] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, pp. 39-45.

blaciones dirigidas por jesuitas, fueron el origen, el año siguiente, de rebeliones indígenas sucedidas en diferentes capitanías.

La muerte, por accidente, de un indio en Ilhéus constituyó el pretexto para que los tupiniquins procuraran expulsar a los colonos de los campos, por lo que quemaron y saquearon las haciendas y los ingenios; los habitantes se refugiaron en la villa, desde donde pidieron socorro al gobernador general. En junio de ese año, Mem de Sá, al frente de un reducido contingente de blancos y tupinambás de las aldeas de los jesuitas, efectuó ataques a las aldeas sublevadas, que fueron destruidas. Después de un mes de campaña, aproximadamente, los principales de las restantes aldeas solicitaron un armisticio que les fue concedido con la condición de convertirse en vasallos de la Corona, pagar los tributos, reconstruir los ingenios, abandonar la antropofagia, repudiar a los *pajés* y aceptar a los misioneros, firmándose un acta pública del acuerdo celebrado [84].

Los tupinambás de la ensenada de Bahía intentaron, a lo largo de los años de 1558 a 1559, resistirse a la aplicación de las disposiciones aprobadas por el gobernador general, así como crear dificultades a la continuación de la ocupación y explotación económica de aquellas tierras —fundamentalmente través del cultivo de la caña y de la cría de ganado— dando asilo a los esclavos fugitivos. Después de negarse a cumplir las instrucciones de Mem de Sá para devolverlos a sus respectivos amos, los amerindios iniciaron salidas para apresar los barcos que navegaban en el Paraguaçu, matando a cuatro pescadores. Ante los síntomas de una nueva rebelión, el gobernador general envió, en agosto de 1559, un ultimátum exigiendo la entrega de los responsables de las muertes, que no fue aceptado por los aborígenes.

Mem de Sá decidió, después de oír al consejo, organizar y comandar personalmente una expedición de castigo al *sertão*. La fuerza, constituida por 300 portugueses y 4.000 tupinambás de las aldeas de los jesuitas, concentró su acción en la margen izquierda del Paraguaçu, aniquilando, en septiembre de ese año, entre 130 y 160 aldeas, siendo la primera la del *morubixaba* Tarajó, el más prestigioso de los jefes revoltosos. En el lugar en que la misma se encontraba situada, Mem de Sá decidió crear la villa de Nuestra Se-

[84] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 47-57.

ñora de Vitória, firmando simbólicamente el final triunfante de la «Guerra del Paraguaçu». Derrotados, los tupinambás devolvieron a los cautivos, entregaron a los homicidas y se sometieron a las disposiciones de 1558, perdiendo, definitivamente, el dominio de la ensenada de Bahía [85].

En el altiplano de Piritininga, una parte de los tupiniquins reaccionó ante la persistente predicación de los ignacianos contra la guerra, las actividades de los *pajés*, la poligamia y la antropofagia, fundamentos de su organización social y cultural, así como ante el traslado de los moradores de Santo André a las márgenes del Anhagabaú. En el contexto de un clima de descontento que se producía desde 1560, estalló, en julio de 1562, una rebelión en Anhembi, dirigida por Piquerobi y Jaguanharo, respectivamente hermano y sobrino del *morubixaba* Martim Afonso Tibiriçá, que mantenía una política de alianzas con los portugueses. Los revoltosos cercaron la villa de São Paulo; los defensores estaban comandados por João Ramalho, capitán en la guerra, y por Tibiriçá, que resistió victoriosamente el asedio y llevó a cabo un contraataque que obligó a los atacantes a aceptar duras condiciones de paz [86].

Además de la lucha armada, los indígenas adoptaron diversos modos de resistencia a la ocupación del territorio, a la esclavitud, al mestizaje, a la evangelización, así como a otras modalidades de aculturación, que revestían formas tan diferentes como las migraciones, los brotes de profetismo, las fugas individuales o el suicidio.

Las campañas contra los tupinambás de Paraguaçu, los tamoios de Guanabara, los caetés de Pernambuco y otros grupos tribales provocaron significativos movimientos migratorios en dirección al *sertão* o al litoral marañense y parense, donde los refugiados expulsaron a sus habitantes, estableciéndose, principalmente, en la actual isla de San Luis, en Tapuitapera y Cumá (Maranhão) y en la isla de Tupinambarana, en la desembocadura del Amazonas [87].

La intervención portuguesa en el territorio brasileño radicalizó el fenómeno del profetismo tupí-guaraní y la creencia en la Tierra

[85] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 59-68.

[86] Cfr. José de Anchieta, *op. cit.*, pp. 191-205.

[87] Cfr. Florestan Fernandes, *A Organização Social dos Tupinambá*, 2.ª ed., São Paulo/Brasilia, 1989, pp. 39-53.

sin Mal. A título de ejemplo se cuenta que, en 1539, un caraíba condujo a alrededor de 12.000 tupís, sobreviviendo solamente 300 a la larga marcha y logrando alcanzar Perú diez años más tarde [88]. Otros tipos de comportamientos pasivos de resistencia, como la fuga o la práctica de la geofagia (tradicional forma de suicidio por ingestión de tierra) se utilizaron también [89].

Las disputas por el establecimiento de los límites de Brasil

La Corona de Portugal nunca desistió de ampliar los límites meridionales de la América portuguesa hasta, por lo menos, la margen derecha del Río de la Plata. João III encargó, en noviembre-diciembre de 1553, a su representante ante la corte de Carlos V que realizara negociaciones ante su sobrino y yerno —el príncipe heredero de Castilla— para impedir la partida de una expedición española, que se aprestaba para partir de Sevilla con destino al Río de la Plata, ya que aquella región sudamericana «es de mi conquista y cae bajo mi demarcación» [90].

La recepción del mito amerindio de la «Isla Brasil» —que se encuentra indudablemente recogido en la cartografía lusa a partir de mediados del siglo XVI— se inserta en la estrategia portuguesa de desarrollar la teoría de que la provincia de Santa Cruz sería una «isla», rodeada por el océano y por dos grandes ríos (el Amazonas y el Plata), unidos por un lago [91].

Se trataba de utilizar un argumento de naturaleza geográfica —ya que Brasil constituiría una entidad territorial distinta, separada de la América española por «fronteras naturales», o sea, por las dos principales cuencas hidrográficas sudamericanas, comunicadas a través de un gran lago central, la «Laguna Eupana», localizado en el interior— que justificara la inclusión de una hipótesis no prevista

[88] Cfr. Hélène Clastres, *La Terre sans Mal. Le Prophétisme Tupi-guarani*, Paris, 1975, pp. 64 y 81.

[89] Cfr. Filipe Manuel Nunes de Carvalho, *Aculturação e Resistências nos Primórdios do Brasil*, disertación del curso de doctorado presentada en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nueva de Lisboa, 1991, p. 464.

[90] «Minutas das cartas dirigidas ao Príncipe de Castela, a João Rodrigues Correia e a Rui Gomes da Silva», *apud Pauliceae Lusitana Monumenta Historica*, vol. I, pp. 275-277.

[91] Jaime Cortesão, *História do Brasil nos Velhos Mapas*, vol. I, Río de Janeiro, 1965, p. 344.

en la articulación del Tratado de Tordesillas. Esta solución surgía como la única fórmula susceptible de legitimar a las ambiciones lusitanas de extender las fronteras de la América portuguesa tan desmesuradamente hacia el sur de la línea divisoria.

Esta concepción tuvo importantes repercusiones en las cartas-portulanos, verificándose que aquella visión fabulosa de la geografía sudamericana se difundió lentamente en Europa a partir de prototipos portugueses de la segunda mitad del siglo XVI —en que el mapa de Bartolomeu Velho (1561) asumió una función paradigmática—, logrando alcanzar gran aceptación en las escuelas cartográficas flamencas, francesas e italianas, sobre todo en el siglo XVII [92].

Las pretensiones portuguesas de ampliar significativamente la extensión de la provincia de Santa Cruz están bien patentes, incluso en el período de la Monarquía Dual (1580-1640), en una obra de cariz náutico de la que era autor Luís Teixeira, elaborada hacia 1586, que incluía la desembocadura del Río de la Plata en el hemisferio portugués [93], así como en una importante descripción de Brasil que, en 1587, defendía que los límites de la demarcación de la Corona de Portugal en América del Sur se extendían hasta la punta de Marco, bastante más al sur del estuario del Plata [94].

Un jesuita portugués del siglo XVII sintetizó admirablemente, de la siguiente forma, el proyecto luso de construcción de un gran Brasil:

> Estos dos ríos, el de las Amazonas y el del Plata, principio y fin de esta costa, son dos portentos de la naturaleza [...]. Son como dos llaves de plata, o de oro, que cierran la tierra de Brasil. O son como dos columnas de líquido cristal que la demarcan entre nosotros y Castilla, no sólo por parte del mar, sino también de la tierra [95].

Todavía, a finales del siglo XVIII afirmaba un incansable investigador de etnología, de la fauna y de la flora amazónica que «por Brasil

[92] Cfr. Alfredo Pinheiro Marques, *A Cartografia do Brasil no Século XVI*, Lisboa, 1988, p. 17.

[93] Cfr. *Roteiro de todos os sinais, conhecimentos, fundos, baixos, alturas, e derrotas que há na costa do Brasil desde o cabo de Santo Agostinho até ao estreito de Ferno de Magalhães*, ed. facsímil, Lisboa, 1988, fls. 20v.-21v. y, sobre todo, la «Carta Geral do Brasil», fl. 33v.

[94] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. I, p. 238.

[95] Simão de Vasconcelos, *Chronica da Companhia de Jesu do Estado do Brasil*, 2.ª ed., vol. I, Lisboa, 1865 (1663), p. XXXVIII.

entiendo aquella parte de América, comprendida entre los ríos Amazonas y de la Plata» [96], lo que revela las marcas indelebles que este proyecto dejó en el imaginario luso-brasileño.

Alteraciones en las capitanías

Hasta la creación de la Monarquía Dual (1580), se produjo, además de la incorporación de la capitanía de Bahía por D. João III (1549), la incorporación de Río de Janeiro (1565) al patrimonio real, ya que, habiéndola perdido el respectivo donatario ante los franceses, fueron las escuadras reales, con la colaboración de los pobladores, los que la recuperaron y reintegraron en la provincia de Santa Cruz, a partir de entonces con carácter definitivo. Al final del período estudiado, existían, por consiguiente, dos capitanías reales: la de Bahía y la de Río de Janeiro.

Se produjo en esta época la creación de dos nuevas unidades, ambas en territorios desligados de Bahía. Por Carta de Donación del 10 de noviembre de 1556, João III, a partir del mayorazgo instituido por Violante de Távora a favor de su hijo, António de Ataíde, conde de la Castanheira, y formado por las islas de Itaparica y de Itamarandiba (nombre primitivo de la isla de Santo Amaro, situada detrás de la isla de Itaparica), creó la capitanía de Itaparica, donándola, con derechos y deberes idénticos a los restantes donatarios brasileños, a aquel noble que fue, durante décadas, uno de sus más próximos colaboradores, principalmente en las cuestiones relativas a la colonización de Brasil [97].

El segundo gobernador general de Brasil atribuyó, por carta de 16 de enero de 1557, a Álvaro de Costa, como recompensa por los servicios prestados en las guerras de Bahía, un sexmo constituido por tierras que se extendían a lo largo de alrededor de cuatro leguas de costa e idéntico número en el *sertão* desde la orilla del río Paraguaçu hasta la orilla del río Jaguaribe. Por Carta Real de 20 de noviembre de 1565, el regente del reino, cardenal-infante don Henri-

[96] Alexandre Rodrigues Ferreira, *Viagem Filosófica pelas Capitanias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá. Memórias. Zoologia. Botânica*, Río de Janeiro, 1972, p. 107.

[97] Cfr. *Documentos Históricos*, vol. XIII, Río de Janeiro, 1929, pp. 192-202.

que, concedió a aquella propiedad el estatuto de capitanía, creando, de ese modo, una unidad más en tierras brasileñas, la de Paraguaçu [98].

Además de la creación de nuevas capitanías, se produjeron algunas modificaciones en la titularidad de otras. Pero do Campo Tourinho, donatario de Porto Seguro, tuvo graves desavenencias con algunos de sus clérigos y moradores, que urdieron una trama para alejarlo, acusándolo de varias infracciones de naturaleza religiosa (herejías y blasfemias). Apresado en noviembre de 1546, fue trasladado a Lisboa, donde fue sometido a un proceso en el Tribunal de la Inquisición [99]. En 1559, la heredera fue autorizada por la Corona a transferir la posesión de la capitanía al duque de Aveiro —con la cláusula de que, después de su muerte, pasaría al hijo segundo, como privilegio de herencia— contra el pago de 600.000 reales, una renta de 12.500 reales y dos moyos de trigo anuales mientras viviese. Por su parte, Jerónimo de Alarcão de Figueiredo, tercer donatario, debido a que el rendimiento enviado por los administradores no compensaba las grandes inversiones realizadas por la familia, vendió, en 1560, Ilhéus a Lucas Giraldes, rico mercader y banquero florentino «residente en Lisboa», por 4.825 cruzados, obteniendo la confirmación real el 20 de febrero de 1561 [100].

El Gobierno Dual (1572-1577)

Después de largos años de permanencia en Brasil, Mem de Sá solicitó al rey su sustitución en el cargo. Atendiendo a la petición de aquel veterano gobernante, don Sebastián nombró el 6 de febrero de 1570 a Luís Fernandes de Vasconcelos como su sucesor, al tiempo que encargaba al doctor António Salema que efectuara negociaciones en la capitanía de Pernambuco [101].

[98] Cfr. *ibidem*, pp. 224-248.

[99] *apud HCPB*, vol. III, pp. 271-283.

[100] Cfr. Visconde de Porto Seguro, *História Geral do Brasil antes da sua separação e independência de Portugal*, 3.ª ed. íntegra, vol. I, São Paulo, s. d., p. 388; Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, p. 47.

[101] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no século XVI. Estudo Histórico*, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 135-136.

La armada (siete naos y una carabela) del cuarto gobernador general de la provincia de Santa Cruz zarpó del Tajo el 5 de junio de 1570, transportando numerosos colonos, huérfanas y más de un centenar de personas destinadas a los colegios y a las misiones de los jesuitas (70 religiosos, 10 maestros seculares de artes y oficios, más de 20 aspirantes a la vida religiosa y trabajadores con sus familias) [102]. Cerca del cabo de San Agustín, varias tempestades dispersaron la flota y llevaron a algunos navíos posteriormente hacia las Antillas y las Azores. Cuando reanudaba el viaje en dirección a Brasil, la nave en que iba Vasconcelos fue atacada cerca de las Canarias, el 12 de setiembre de 1571, por una armada (cuatro velas) de corsarios hugonotes comandada por João Capdeville, perdiendo la vida el general en el combate que siguió, después del cual mataron a muchos de los ignacianos que viajaban en ella [103].

El objetivo de incrementar la presencia portuguesa en el Nuevo Mundo, cuya extensión territorial era inmensa, condujo al gobierno de don Sebastián (1568-1578), después de la muerte de Mem de Sá, a adoptar la solución de dividir Brasil en dos unidades autónomas, medida que pretendía hacer más eficaz el gobierno de una enorme provincia que se encontraba en franco florecimiento. Por Carta Real de 16 de diciembre de 1572 fueron nombrados gobernadores Luís de Brito y Almeida y el doctor António de Salema, respectivamente, de la Orilla del Norte, con capital en el Salvador, englobando los territorios situados hasta el extremo meridional de la capitanía de Ilhéus, y de la Orilla del Sur, con sede en la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro, que abarcaba el espacio comprendido entre la capitanía de Porto Seguro, inclusive, y el límite meridional de Brasil [104].

El gobernador de la Orilla del Sur se empeñó en consolidar el dominio de la franja costera hasta San Vicente, con particular interés en la región de Cabo Frío, mientras que su homólogo de la Orilla del Norte organizó una expedición para controlar a los indios de la región del río Real, donde fundó la villa de Santa Lucía, y emprendió, en 1574, las primeras tentativas para expandir el territorio

[102] Cfr. M. Gonçalves da Costa, *Inácio de Azevedo. O Homem e a sua Época 1526-1570*, 2.ª ed., Braga, 1957, pp. 382-383.

[103] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 436-440.

[104] Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, p. 140.

de la provincia de Santa Cruz en dirección al litoral situado al norte de Itamaracá, desencadenando el proceso de conquista de Paraíba, que se no se concluiría hasta 1585 [105].

La Corona se dio cuenta rápidamente de que la pérdida de unidad en relación con el combate con los enemigos externos e internos, el aumento de los gastos resultante de la duplicación de las estructuras gubernamentales, así como la división que se estaba generando en las capitanías del Norte y del Sur constituían serios inconvenientes, por lo que decidió, por Carta Real de 12 de abril de 1577, reunificar el gobierno de Brasil, nombrando a Lourenço da Veiga (1577-1581) gobernador general, retornándose, por consiguiente, a la situación anterior a 1572, aprovechando el rey la oportunidad para renovar los cuadros dirigentes. Con ese motivo, designó a Cosme Rangel para el cargo de oidor, nombró, por ordenanza de 10 de septiembre de 1577, a Salvador Correia de Sá (1578-1598) como capitán mayor de Río de Janeiro y, por ordenanza de 25 de octubre del mismo año, colocó a Cristóvão de Barros al frente de la proveeduría mayor de Hacienda [106].

[105] Cfr. J. F. de Almeida Prado, *A Conquista da Paraíba (Séculos XVI a XVIII)*, São Paulo, 1964, pp. 69-73.

[106] Cfr. Joaquin Veríssimo Serrão, *op. cit.*, vol. I, pp. 148-151.

Capítulo VII

LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

La población

El tratamiento de la cuestión demográfica en el Brasil del siglo XVI presenta una gran dificultad debido a las escasas referencias de las fuentes de la época, las contradicciones detectadas en ellas, así como el carácter poco riguroso de los métodos utilizados en la recogida de los datos.

De entre los documentos disponibles, se seleccionaron fundamentalmente tratados descriptivos de naturaleza propagandística destinados a fomentar la partida de colonos a la provincia de Santa Cruz o informaciones generales que redactaron los jesuitas, debido a su estructura más sistemática y a que contienen estimaciones referentes a la mayoría de las capitanías.

Las fuentes utilizadas presentan generalmente los cómputos demográficos relativos a los portugueses en términos de «vecinos». La conversión de vecinos en número de habitantes fue efectuada basándose en un índice de 5,5 moradores por unidad, dimensión media adoptada en la base del cálculo presentado por Anchieta, que establece la equivalencia aproximada entre vecinos e individuos: «[...] tendrá en toda su comarca [Bahía] casi 200 vecinos de portugueses, de los que habrá 10.000 o 12.000 personas [...]» [1].

Se impone hacer una reserva en la categoría «portugueses», utilizada en la mayoría de las fuentes para referirse a los vecinos, distin-

[1] José de Anchieta, *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões (1554-1594)*, Belo Horizonte/São Paulo, 1988, pp. 420-421.

Tabla 4. Evolución de la población de Brasil en el siglo XVI

Capitanía	*1546 aprox.*				*1570 aprox.*				*1585 aprox.*				*1590 aprox.*			
	Portugueses	*Indios*	*Africanos*	*TOTAL*	*Portugueses*	*Indios*	*Africanos*	*TOTAL*	*Portugueses*	*Indios*	*Africanos*	*TOTAL*	*Portugueses*	*Indios*	*Africanos*	*TOTAL*
Paraíba	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	825	—	425	1.225
Itamaracá	—	—	—	—	550	—	—	550	275	—	—	275	495	—	250	745
Pernambuco	3.025	500	—	3.525	3.500	—	—	5.500	8.000	2.000	10.000	20.000	11.030	2.000	18.000	31.000
Bahía	1.100	260	—	1.360	5.050	—	—	6.050	11.000	8.000	3.000	12.000	8.250	3.600	18.000	29.850
Ilhéus	330	80	—	410	1.100	—	—	1.100	825	—	—	825	1.650	2.000	400	4.050
Porto Seguro	—	—	—	—	1.210	—	—	1.210	550	—	—	550	1.595	3.000	3.000	7.595
Espírito Santo	1.650	300	—	1.950	1.100	—	—	1.100	825	4.500	—	5.325	2.200	9.000	700	11.980
Río de Janeiro	—	—	—	—	770	—	—	770	825	3.000	—	3.825	1.540	3.000	700	5.240
San Vicente/ Santo Amaro	3.300*	500*	—	3.800*	2.750	—	—	2.750	1.650	—	—	1.650	3.300	6.000	800	10.100
TOTAL	9.405	1.640	—	11.045	19.030	—	—	19.030	23.950	17.500	13.000	54.450	30.855	28.600	42.250	101.705

* Dato referido a 1548 y aportado por Luís de Góis.

Fuentes: 1546: Jaime Cortesão, *A Colonização de Brasil,* Lisboa, 1969, pp. 161-162; 1570: Pero de Magalhães de Gândavo, *Tratado da Província do Brasil,* Río de Janeiro, 1965, pp. 67-123; 1585: José de Anchieta, *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões (1554-1594),* Belo Horizonte/São Paulo, 1988, pp. 418-431; 1590: Francisco Soares, *De Alguma Cousas Mais Notáveis do Brasil e de Alguns Costumes dos Indios,* Coimbra, s. d., p. 11.

guiéndolos de los indios o de los africanos. Sabiéndose que muchas familias resultaban de uniones entre portugueses e indias o mamelucas, ese grupo incluye, así, un significativo porcentaje de «no europeos», imposible de contabilizar y, en esa medida, de analizar por separado.

Hay que apuntar, además, que los valores que conciernen a la población amerindia engloban a los aborígenes aculturizados —esclavos que trabajaban en las haciendas o tierras de labor y libres organizados en aldeas aliadas o en poblaciones dirigidas por los jesuitas— que se situaban en el área de influencia de la colonización portuguesa, sin comprender, por consiguiente, las restantes poblaciones nativas, cuya estimación y distribución regional, realizada en 1500, se valoran en el Capítulo II.

Globalmente, se tendrá que considerar que los números señalados son estimaciones aproximadas de carácter meramente indicativo, que por el contrario, interpretadas con una cierta tolerancia, permiten efectuar un análisis aproximativo de lo que habrá sido la evolución demográfica en la Provincia de Santa Cruz a lo largo del siglo XVI.

Los elementos recogidos en 1546 se extraen de un documento existente en el Archivo de Indias, elaborado por un agente secreto, sobre el estado de Brasil y enviado a Carlos V. Ese informador, junto con las referencias de cada población, anota los totales de cristianos y de esclavos por capitanías. Estos datos apuntan a la existencia de alrededor de 9.000 portugueses y de 1.600 indios, cuya presencia se registra en sólo cinco capitanías [2].

Después de aproximadamente veinte años se comprueba que la población identificada como portuguesa se duplica, creciendo hasta los 19.000 habitantes aproximadamente, distribuidos, entonces, por la totalidad de las capitanías en el proceso de colonización, sin contabilizarse, en la fuente disponible en esta época, a los indios y a los africanos.

En 1585, por el contrario, se mencionan los valores referidos a esos grupos, que permiten valorar la importancia significativa que los mismos ya asumían en la composición de la población brasileña del siglo XVI —17.500 indios y 13.000 africanos, constituyendo,

[2] Cfr. Jaime Cortesão, *A Colonização do Brasil*, Lisboa, 1969, pp. 161-162.

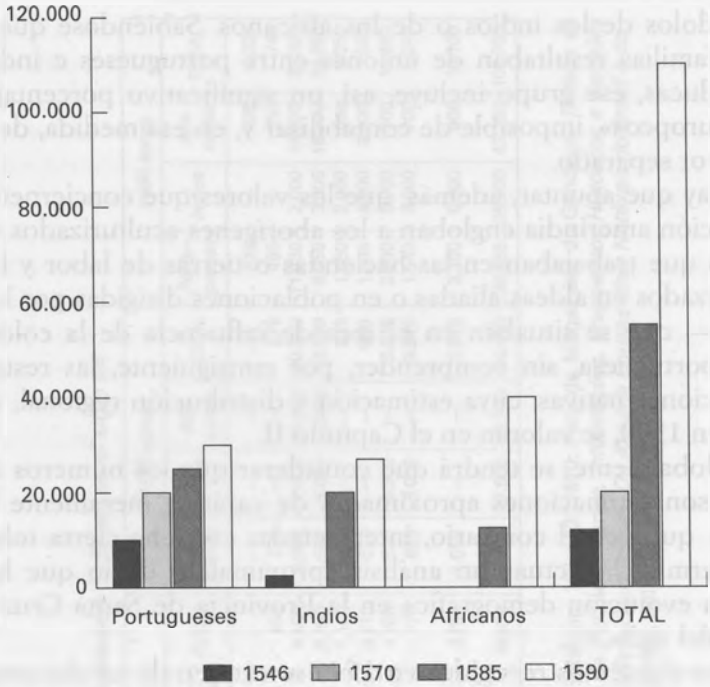


Gráfico 1. Evolución de la población según los grupos, siglo XVI

así, el 32 y el 24 por 100, respectivamente, del total— y dar cuenta, además, de la tendencia cada vez mayor de la cantidad de portugueses, situada en torno a los 24.000 (44 por 100). Se debe apreciar que los datos referentes a los negros sólo se refieren a las capitanías de Pernambuco y Bahía.

Con respecto al final de la década de los ochenta del siglo XVI, las estimaciones apuntan a la existencia de unos 31.000 portugueses, lo que se traduce en un crecimiento, en cinco años, del 29 por 100. Por primera vez se indican los valores relativos a la capitanía de Paraíba —cuya conquista se concluyó en 1585—, la cual, entre blancos y africanos, alcanzaba un total de 1.225 habitantes.

Hay que destacar que, a finales del siglo XVI, la presencia de africanos (42 por 100) ya se extendía a todas las capitanías, sobrepasando, en el conjunto, a cualquiera de los otros grupos —portugueses

(30 por 100) e indios (28 por 100)— y presentando un crecimiento espectacular en las capitanías de Pernambuco y Bahía, esta última sextuplicando sus habitantes negros.

Las diferencias tan acentuadas que se comprueban entre las cifras presentadas por Anchieta (1585) y Soares (1590) no derivan sólo del aumento de los diferentes segmentos de población en cinco años, ya que presentan tasas de crecimiento demasiado elevadas para un espacio de tiempo tan corto. Probablemente se deberían, sobre todo, a que Anchieta se limitó, sin duda, a las poblaciones y haciendas del litoral, mientras que Soares comprendió un universo más amplio, resultando su memoria de los elementos recogidos durante los cuatro años en que ejerció actividades evangelizadoras entre los indios, recorriendo «todas las ciudades y villas y lugares que hay de San Vicente hasta Pernambuco que son el final, y muchas más leguas adelante junto al Río de la Plata» [3].

Se impone, además, establecer algunas consideraciones sobre las cantidades adelantadas para la población africana en 1590. Atendiendo al número de cautivos etíopes que entraron anualmente en Brasil en el período final del siglo XVI (de 10.000 a 15.000) [4] y teniendo en cuenta la elevada tasa de mortalidad entre los esclavos y su saldo fisiológico negativo, es muy probable que el total de negros calculado por el jesuita Francisco Soares se aproxime mucho a la realidad.

Un autor francés estima que existirían de 13.000 a 15.000 africanos [5], mientras que un historiador portugués sitúa ese total alrededor de 60.000 [6]. Considerando los datos disponibles, se podría concluir que los cálculos de Mauro pecan por defecto, mientras que los de Magalhães Godinho presentan un elevado grado de verosimilitud.

[3] Francisco Soares, *De Algumas Cousas Mais Notáveis do Brasil e de Alguns Costumes dos Índios*, Coimbra, s. d., p. 1.

[4] Cfr. Stuart B. Schwartz, *Segredos Internos: Engenhos e Escravos na Sociedade Colonial, 1550-1835*, trad. port., São Paulo, 1988, p. 281.

[5] Cfr. Frédéric Mauro, *Portugal, o Brasil e o Atlântico (1570-1670)*, trad. port., vol. I, Lisboa, 1989, p. 239.

[6] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *Os Descobrimentos e a Economia Mundial*, 2.ª ed. corregida y aumentada, vol. IV, Lisboa, 1987, p. 172.

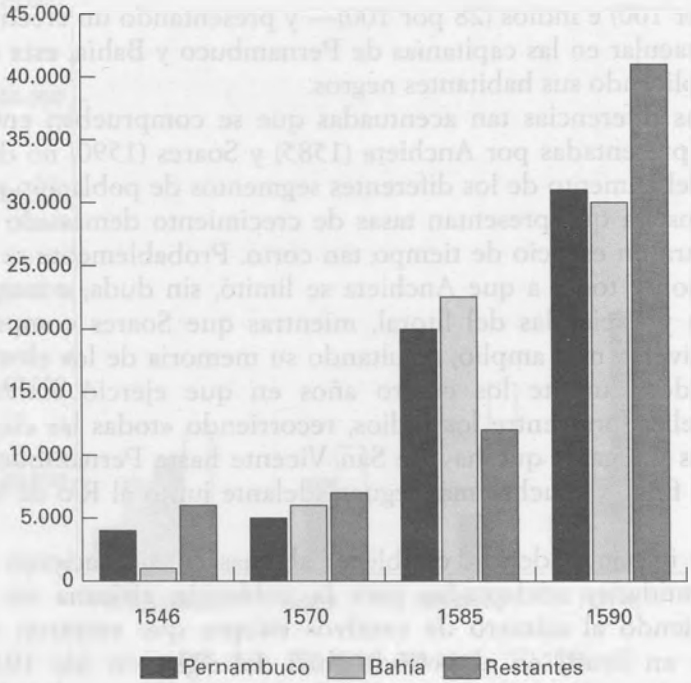


Gráfico 2. Evolución comparada: Pernambuco/Bahía/restantes capitanías

Además, es interesante observar el proceso de población del territorio brasileño a lo largo del siglo XVI en la perspectiva de su distribución regional, o sea, en relación con el peso demográfico relativo a cada capitanía.

Destáquese, desde ahora, el caso de Pernambuco, cuyo poder de atracción diseñó, a lo largo de esos años, una evolución de sentido fuertemente ascendente, destacándose en valores siempre iguales o superiores al 29 por 100 del conjunto.

La capitanía de Bahía, partiendo de una cantidad bastante modesta en 1546 (12 por 100), explota demográficamente en los años de 1570 y 1585, pasando a valores de, respectivamente, el 32 y el 40 por 100 del total, sobrepasando, en cualquiera de los casos, el peso de la población de Pernambuco. El hecho de que se encontraran situados en la ciudad del Salvador el gobierno general y la sede del obispado contribuyó a una significativa concentración de

individuos ligados a funciones judiciales, religiosas y administrativas, lo que explica que, a pesar del menor dinamismo económico, Bahía superase demográficamente a la capitanía pernambucana.

De sentido contrario fue el cuadro evolutivo de las capitanías de San Vicente y Santo Amaro, subrayándose la expresión inicial muy significativa —34 por 100— y la gradual pérdida de peso relativo, acentuada de 1570 a 1585. Las capitanías de Itamaracá, Ilhéus, Porto Seguro y Espírito Santo registran, a lo largo del siglo XVI, tendencias contradictorias tanto en el sentido del aumento como en el del descenso, oscilaciones que se deben fundamentalmente a dos factores: ataques de grupos tribales hostiles que provocaron el abandono de las actividades productivas en el *sertão* y, en consecuencia, traslado de moradores a las regiones más seguras, y disminución de la productividad de los suelos. Río de Janeiro, por su parte, revela un crecimiento sostenido desde el comienzo del proceso de colonización.

Al final de la década de los ochenta, Pernambuco y Bahía eran equivalentes en cuanto a la cantidad de población en la totalidad de las capitanías, situándose, cualquiera de ellas, en torno al 30 por 100. Se comprobaba, así, una fuerte concentración demográfica en sólo dos capitanías —que en conjunto mantenían al 60 por 100 de la población—, mientras que, de las ocho restantes, solamente la de Espírito Santo sobrepasaba un 10 por 100, lo que revela, por consiguiente, una gran distorsión en la distribución geográfica de los habitantes de Brasil en el siglo XVI.

En cuanto al origen de los colonos, se destaca una fuerte presencia de oriundos de la región del Miño —particularmente de Viana do Castelo, que dominaban la vida económica y social en la capitanía de Pernambuco [7]—, aunque hubieran participado en el proceso colonizador, a lo largo del siglo XVI, pobladores oriundos de todas las regiones portuguesas, incluso de los archipiélagos de Madeira y de las Azores, así como algunos extranjeros, sobre todo franceses, italianos y flamencos.

Uno de los temas principales de la documentación del siglo XVI con respecto a Brasil se refiere a las quejas por la falta de mujeres

[7] Cfr. Fernão Cardim, *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, introducción y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo García, 3.ª ed., São Paulo, 1978, p. 202.

europeas. Después de algunos meses de su llegada a Bahía, el primer superior de los jesuitas de Brasil solicitaba su envío a tierras brasileñas, con el fin de permitir a los colonos que constituyeran legalmente una familia [8]. En el año siguiente, subrayaba que si «[...] el Rey determina poblar más esta tierra, es necesario que vengan muchas mujeres huérfanas y de todo tipo, incluso meretrices, porque hay aquí varios tipos de hombres; y los buenos y ricos casarán con las huérfanas y, de este modo, se evitarán pecados y aumentará la población al servicio de Dios [...]» [9]. Más tarde, Nóbrega reiteraba al soberano la petición para que mandase «[...] a muchas huérfanas y, si no hubiera muchas, venga un grupo de ellas o de cualquiera porque aquí son tan deseadas las mujeres blancas [...]» [10].

La Corona intentó, dentro de sus posibilidades, corresponder a las peticiones que se le hacían, enviando a varios grupos de mujeres y jóvenes, así como incrementando la partida de parejas, principalmente de las Azores, a la provincia de Santa Cruz. Como ejemplo, se refiere que la armada de 1551 transportó a Bahía a las primeras huérfanas: las hermanas Catarina, Joana y Mécia Lobo, hijas de Baltasar Lobo de Sousa, muerto en la «Carreira da India» [11]. En 1570, la nave del mercader João Fernandes fue bautizada popularmente «de las huérfanas», ya que llevaba a Brasil a muchas jóvenes que habían perdido a sus padres en la peste de Lisboa [12].

La fase del trueque

La principal actividad económica de la Tierra de Santa Cruz fue, durante la primera mitad del siglo XVI, la exportación de palo brasil (*Caesalpinia echinata*), designación que comprendía diferentes variedades como la *ibirapitanga-pitangueira*, la *ibirapitanga-tamarino*, la *ibi-*

[8] Cfr. «Carta ao padre Simão Rodrigues, Bahia, 9 de Agosto de 1549», *apud Cartas do Brasil e Mais Escritos do Padre Manuel da Nóbrega (Opera Omnia)*, introducción y notas históricas y críticas de Serafim Leite, Coimbra, 1955, p. 30.

[9] «Carta ao padre Simão Rodrigues, Porto Seguro, 6 de Janeiro de 1550», *apud ibidem*, pp. 79-80.

[10] «Carta a D. João III, Bahia, principios de Julho de 1552», *apud ibidem*, p. 114.

[11] Cfr. Rodolfo Garcia, *As Órfãs*, Río de Janeiro, 1946, p. 9.

[12] Cfr. M. Gonçalves da Costa, *Inácio de Azevedo. O Homem e a sua Época 1526-1570*, 2.ª ed., Braga, 1957, p. 380.

rapitanga-araçá, la *ibirapitanga-douradinho* y la *ibirapitanga-mirim*, siendo las dos últimas las más apreciadas comercialmente debido a la calidad de su tinte [13]. La gran búsqueda de esta especie de la que se obtenían tintes, más propia del litoral que del *sertão*, pudo deberse al hecho de que el meollo —la parte interior y más dura del tronco del árbol— después de triturado, mezclado con agua y fermentado, da un colorante de tonos diferentes (rojo, castaño, rosa o púrpura) que era utilizado en la producción textil europea [14].

Los primeros armadores comprobaron rápidamente que la gran dureza del palo brasil hacía muy lenta la preparación de los troncos para su embarque, encareciéndolo significativamente. La forma más rápida que se les ocurrió para reducir los costes consistió en reclutar a los amerindios —dotándoles de utensilios diversos— para efectuar aquel trabajo que la inexistencia de animales de carga o de tracción dificultaba sobremanera [15].

Los indígenas, provistos de instrumentos metálicos entregados por los europeos, se encargaban de talar los árboles, desbastarlos, retirarles la corteza, serrar los troncos (de 10 a 15 metros) en dos o tres segmentos y cargar los troncos en los hombros hasta las factorías o navíos situados, a veces, a distancias de quince o veinte leguas. Dos bajorrelieves del siglo XVI existentes en Ruán ilustran el embarque del palo brasil en navíos franceses [16]. Un documento portugués de 1511 permite calcular la media diaria de embarque de troncos, que se fijaba en 333, o sea, un valor poco superior a ocho toneladas [17].

En 1506 se descargaron en el puerto de Lisboa cerca de 80.000 arrobas (quinientas toneladas, aproximadamente) de *ibirapitanga*, que llegaba a la capital del reino a medio ducado las cuatro arrobas, vendiéndose en Flandes a 2,5 o 3 cruzados; ese comercio —que en ese año lo tenía en concesión Fernão de Loronha— produjo a la

[13] Cfr. Bernardino José de Sousa, *O Pau-brasil na História Nacional*, São Paulo, 1939, pp. 33-48.

[14] Cfr. Alexander Marchant, *Do Escambo à Escravidão. As Relações Económicas de Portugueses e Índios na Colonização do Brasil (1500-1580)*, 2.ª ed., São Paulo, 1980, p. 19.

[15] Cfr. J. Capistrano de Abreu, *Capitulos de História Colonial (1500-1800)*, 2.ª ed., Río de Janeiro, 1934, p. 11.

[16] Cfr. *Portugal-Brazil. The Age of Atlantic Discoveries*, Max Justo Guedes y Gerald Lombardi (eds.), Lisboa/Milán/Nueva York, 1990, pp. 214-215 y 230.

[17] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, pp. 22-23.

Corona un beneficio de 4.000 ducados [18]. Solamente en la capitanía de Pernambuco se cargaron, en el trienio 1544-1546, de seis a siete navíos de palo brasil, lo que correspondería a una media anual superior a 40.000 arrobas [19].

Según la relación de Cà Masser, la madera colorante proveniente del Nuevo Mundo era de calidad inferior a la variedad oriental, tradicionalmente comercializada por la República Italiana del Adriático. A pesar de las desventajas cualitativas atribuidas a los árboles colorantes brasileños, el agente veneciano reconocía que Lisboa las remitía en grandes cantidades a la factoría de Amberes, centro distribuidor para el mercado del norte de Europa [20].

La circunstancia de disponer de abundantes recursos de *ibirapitanga* en sus dominios americanos no proporcionó a Portugal la exclusiva del abastecimiento de esa materia prima a las plazas europeas. Continuaba funcionando, aunque debilitada, la ruta del Levante, a través de la cual los venecianos colocaban en el mercado una especie asiática conocida en Europa desde los tiempos de Marco Polo. Por otro lado, los castellanos exportaban, también, palo brasil de las Indias Occidentales, principalmente las variedades *Caesalpinia bijuga* y *Caesalpinia christa*. Sin embargo, la mayor competencia provino fundamentalmente de los franceses, que se abastecían de esa mercancía en la propia costa de la provincia de Santa Cruz.

Ante el aumento de la competencia, Manuel I decidió, en 1516, sustituir el régimen de concesión a particulares por la explotación real a través de la factoría de Igaraçu. En 1522, Fernão de Loronha, Jorge Lopes Bixorda y sus socios todavía no habían procedido al pago en la Casa de la India de la suma de 7.500.344 reales, correspondientes a los contratos de palo brasil [21]. A partir de la década de los treinta, el régimen comercial de explotación de la madera colorante adoptado por la Corona se asentó, alternativamente, en dos modalidades: la atribución de licencias a particulares o la concesión del monopolio del tráfico a contratadores, solu-

[18] Cfr. António Baião, «O Comércio do Pau-brasil», *HCPB*, Carlos Malheiro Dias (dir.), vol. II, Oporto, 1923, p. 324.

[19] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, p. 57.

[20] *Apud HCPB*, vol. II, p. 278.

[21] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. III, p. 197.

ciones que originaron numerosos conflictos con los donatarios, principalmente el de Pernambuco [22].

La provincia de Santa Cruz proporcionaba, también, canafistula, leguminosa cesalpinácea cuyas vainas tenían aplicaciones medicinales, siendo la cáscara rica en tanino, utilizado para curtir y para teñir. Antes de que los portugueses comercializaran la variedad brasileña (*Cassia ferruginea*), los venecianos ya distribuían la especie asiática (*Cassia fistula*). Las naves cargaban, además, a algunos esclavos en Brasil y una significativa cantidad de animales exóticos —sobre todo aves ornamentales— que tenían gran demanda en el mercado europeo.

En el auto notarial redactado en Lisboa el 20 de mayo de 1503, el impresor Valentim Fernandes subrayaba que las mercancías que los navíos lusos traían de la Tierra de Santa Cruz eran las siguientes: «palo brasil, *cassia linea* y otras *cassias fístulas*, así como papagayos de diferentes especies» [23].

La ordenanza de la nao *Bretoa*, embarcación armada conjuntamente por mercaderes lusitanos (Fernão de Loronha y Francisco Martins) y florentinos radicados en Portugal (Bartolomé Marchione y Benedicto Morelli), nos permite conocer el tipo de carga que un navío transportaba de Brasil a Europa hasta el comienzo del proceso de colonización. El barco —que en 1511 efectuó un viaje comercial a la factoría de Cabo Frío— cargó 5.008 troncos de *ibirapitanga* (alrededor de 125 toneladas), 35 esclavos (más una mujer encargada por un escribano de Francisco Martins) y 72 animales exóticos: 15 papagayos, 22 *toins* (especie de periquito), 19 sagüinos (pequeños simios) y 16 gatos-maracajá. Las dos últimas clases de mercancías fueron valoradas, respectivamente, en 173.000 y 24.220 reales [24].

La *Nova Gazeta da Terra do Brasil* —documento del que era autor Clemente Brandenburger, agente comercial que se encontraba establecido en la isla de Madeira al servicio de una casa de Amberes— informa que el 12 de octubre de 1514 fondeó en el puerto de Funchal, debido a la falta de víveres, una nave proveniente de los terri-

[22] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, pp. 57-59.

[23] *Apud* António Alberto de Andrade, «O auto notarial de Valentim Fernandes (1503) e o seu significado como fonte histórica», *Arquivos do Centro Cultural Português* (París), V (1972), p. 544.

[24] *Apud HCPB*, vol. II, pp. 343-347.

torios australes (ensenada del Plata) con destino a Lisboa. El navío, enviado por Nuno Manuel, Cristóvão de Haro y otros armadores, tenía, según el testimonio del administrador alemán, las bodegas repletas de palo brasil y la cubierta de esclavos. La expedición, de la que formaba parte otra embarcación que regresó directamente al Tajo, encontró además pieles de buena calidad, señaló la presencia de canafístula, miel y cera y obtuvo informaciones sobre la existencia de abundantes cantidades de plata y oro en el interior montañoso de aquella región [25].

Hasta los años treinta del siglo XVI, el palo brasil representaría alrededor del 90 por 100 del total de las exportaciones de productos brasileños. Con el crecimiento sostenido de la producción de sacarina fue gradualmente perdiendo peso relativo hasta ser, a partir de mediados del siglo XVI, definitivamente sobrepasado por el azúcar.

La primera fase de la explotación económica de la provincia de Santa Cruz se fundamentó en el régimen del trueque, o sea, en los intercambios voluntariamente efectuados entre amerindios y europeos de trabajo y productos de la tierra por mercancías. En el caso portugués, éstas eran entregadas por los indígenas en las factorías —con existencia comprobada en Cabo Frío, Igaraçu y, muy probablemente, también en San Vicente— ya preparadas para embarcar, siendo conservadas en almacenes donde aguardaban la llegada de los navíos que las transportarían a Europa. Los franceses, para evitar los ataques de sus enemigos lusos, optaron por no edificar establecimientos fijos —excepto en los casos ya referidos—, encargando a los intérpretes las funciones de negociar con los aborígenes el abastecimiento de los productos que deseaban [26].

Los términos de intercambio vigentes entre amerindios y portugueses hasta el comienzo del proceso colonizador, se fundamentaban en la permuta de palo brasil, canafístula, algunos esclavos y animales exóticos por azadas, hachas, hoces, anzuelos, cuchillos, tijeras, espejos y peines [27]. Los franceses, por su parte, adquirían palo brasil,

[25] *Apud ibidem*, vol. II, pp. 385-386.

[26] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, pp. 27-33.

[27] Cfr. Vicente do Salvador, *História do Brasil 1500-1627*, Capistrano de Abreu, Rodolfo García y Fray Venâncio Willeke (eds.), São Paulo, 1965 (siglo XVII), p. 87.

algodón, pimienta, animales exóticos y adornos de plumas, entregando a cambio cuchillos, hachas, espejos, peines y tijeras [28].

El cultivo de la caña de azúcar

La expedición de Martim Afonso de Sousa marcó la fase de arranque del cultivo de la caña de azúcar en Brasil, largamente experimentada por los portugueses en los campos de Mondego, en el Algarve y en las islas de Madeira, Azores, Cabo Verde y Santo Tomé —aunque con éxito sólo en el primero y el último de los archipiélagos atlánticos—, que sirvieron, de acuerdo con la sugerente síntesis de Vitorino Magalhães Godinho, como «verdaderos laboratorios insulares» de la colonización del Nuevo Mundo. En marzo de 1531, se dejó a dos hombres en Bahía para realizar pruebas con plantas y semillas, continuando, poco después, con experiencias agronómicas efectuadas en San Vicente, a partir de comienzos de 1532, que confirmaron la viabilidad de esa producción agrícola en tierras de San Vicente, posibilitando, en una primera fase, la construcción de tres ingenios, a los que se añadieron tres más hasta 1548 [29].

El laboreo de la caña consiguió un significativo incremento, a partir de 1535, con la implantación del sistema de las capitanías-donatarias que contribuyó a su introducción en Pernambuco, Bahía, Porto Seguro, Ilhéus, Espírito Santo y Santo Tomé (Paraíba del Sur), realizándose, en la década de los cuarenta, el paso a la fase de transformación de la materia prima en producto manufacturado con la entrada en funcionamiento de diferentes ingenios, algunos de los cuales fueron abandonados o destruidos, hasta los años cincuenta, debido a los ataques de los indígenas [30].

El nordeste poseía óptimas condiciones naturales para el cultivo de la caña sacarina, principalmente tipos de suelos adecuados en los que destaca el *massapé* (tierra negra), arcilloso, oscuro, de gran plasticidad, rico en humus, existente en la zona de la mata pernambuca-

[28] Cfr. Hans Staden, *Viagem ao Brasil*, trad. port., Río de Janeiro, 1988 (1557), p. 89.

[29] Carta de Luís de Góis a João III (Santos, 12 de mayo de 1548), *apud HCPB*, vol. III, Oporto, 1926, p. 259.

[30] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. IV, p. 103.

na [31] y en la ensenada de Bahía (principalmente en la región norte, entre San Francisco del Conde y Santo Amaro); el *salão* (tierra roja), variedad arenosa menos fértil, generalmente recubierta por capas rocosas, y, finalmente, las *areíscas*, compuestas de arena y tierra roja, que eran las que proporcionaban el menor índice de productividad [32]. Por otro lado, el clima cálido y húmedo, la vasta red hidrográfica, los abundantes recursos forestales, la mayor proximidad de la metrópoli y el régimen de vientos favorable a la navegación permitieron a los colonos, inicialmente de Pernambuco y, posteriormente, de Bahía, sustituir a los núcleos del centro y de sur, transformando aquellas capitanías en los dos centros azucareros más importantes del Imperio portugués.

La propiedad fue distribuida, según ya se mencionó en el Capítulo V, en régimen de sexmos, dándose prioridad a la concesión de tierras situadas junto a los ríos a quien dispusiera o pudiera reunir capital para instalar industrias hidráulicas, o sea, fundamentalmente, a los nobles, que muchas veces se asociaban con armadores o mercaderes «de grandes caudales» como lo ejemplifican los casos de Martim Afonso de Sousa o de Pero de Góis. Los señores de los ingenios, sin embargo, estaban obligados a moler la caña de los labradores independientes —los «socios»— que no poseyeran molino propio. Estas disposiciones tendían a garantizar el aprovechamiento de la tierra y el establecimiento de moradores que la construcción de un ingenio siempre incentivaba —objetivo estratégico esencial para garantizar el dominio del territorio—, procurando, también, estimular la producción para el mercado internacional, lo que permitía aumentar las rentas fiscales de la Corona.

Se adoptaron diversas modalidades en el cultivo de las tierras de la industria: explotación directa o arrendamiento parcial o total a labradores. La propiedad, normalmente un latifundio, se dividía en partidos, asumiendo los arrendatarios el compromiso de entregar la caña que produjeran, por lo que eran llamados «labradores obligados». El señor recibía un porcentaje variable de la cosecha —entre el 50 y el 60 por 100—, refiriéndose este último valor a las parcelas

[31] Cfr. Gilberto Freire, *Nordeste. Aspetos da Influencia da Canna sobre a Vida e a Paizagem do Nordeste do Brasil*, Río de Janeiro, 1937, pp. 23-27.

[32] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, p. 265.

arrendadas en «régimen de tercero», el más desfavorable para los labradores [33].

La producción de un partido era valorada en tareas, correspondiendo cada una a la cantidad de caña molida por una industria en 24 horas (alrededor de 40 carros de caña) o a un área cultivada de 30 brazas en cuadrado (4.356 m^2). Un labrador que plantase 40 tareas de caña sacarina debería disponer aproximadamente de 20 esclavos con azadas, hachas y hoces y de 4 a 8 carros de bueyes con 12 a 14 animales [34].

La caña de azúcar —en el Brasil del siglo XVI se utilizaba la variedad *crioula*— es una planta perenne que proporciona varias cosechas, pero cuyo rendimiento va reduciéndose, sin embargo, gradualmente; la fertilidad de los suelos permitía en diferentes regiones que muchas tierras se cultivaran ininterrumpidamente durante varios decenios. Después de la preparación de la tierra, generalmente por el método amerindio de la *coivara*, se procedía a la plantación, que comenzaba en la época de las primeras lluvias (finales de febrero o principios de marzo), prolongándose hasta finales de mayo. Durante el largo período de maduración de los cañaverales era imprescindible efectuar cuidadosas operaciones de limpieza, destinadas a eliminar el rastrojo y las malas hierbas, haciéndose, sin embargo, innecesaria la irrigación.

La cosecha comenzaba entre doce y dieciocho meses aproximadamente después de la plantación, siendo aconsejable escoger el momento ideal para que proporcionase el máximo de jugo posible. Esta operación era efectuada por grupos de esclavos organizados en parejas: el hombre cortaba la caña y la mujer la ataba en haces (de doce cañas) —cada pareja debería cortar y atar diariamente 350 haces— que inmediatamente se transportaban, en barca o en carro de bueyes, al ingenio. El corte y el transporte quedaban a cargo del labrador, siendo también de su responsabilidad, en el caso de situarse en tierras por las que no pasara un río, el transporte por vía terrestre hasta el ingenio [35].

[33] Cfr. Vera Lúcia Amaral Ferlini, *Terra, Trabalho e Poder. O Mundo dos Engenhos no Nordeste Colonial*, São Paulo, 1988, pp. 170-176.

[34] Cfr. *idem, A Civilização do Açúcar (Séculos XVI a XVIII)*, 6.ª ed., São Paulo, s. d., p. 33.

[35] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, pp. 266-268.

La producción de azúcar

La producción azucarera fue la actividad económica más importante desarrollada en la provincia de Santa Cruz desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX —incluso en el apogeo de la época del oro—, manteniendo siempre, durante ese largo período, la primacía en la exportación. La plantación de cañaverales y la fabricación de azúcar desempeñaron un papel determinante en la colonización de Brasil hasta finales del siglo XVII, época en que las fuentes extractivas (oro y, posteriormente, diamantes) generó un nuevo impulso expansionista, tanto en términos económicos como en términos geográficos, en la América portuguesa, aunque nunca suplantara al «oro blanco».

En el siglo pasado se divulgó la existencia de registros que comprobarían la recepción en los almacenes de la Casa de la India, en 1526, de azúcar proveniente de Pernambuco [36]. Existe la posibilidad de que este producto fuera originario de un pequeño ingenio eventualmente establecido por Pero Capico, a partir de 1516, en las inmediaciones de la factoría de Iguaraçu [37].

Después del primer brote vicentino —en que se destacó el «Ingenio del Gobernador», fundado por Martim Afonso en asociación con João Veniste, Francisco Lobo y el piloto mayor Vicente Gonçalves, más tarde adquirido por el flamenco Erasmo Schetz, por lo que fue rebautizado como el «Ingenio de los Erasmos» [38]— se sucedió la creación del sistema de capitanías-donatarias y la edificación de ingenios en las diferentes regiones, en especial en Pernambuco.

Jerónimo de Albuquerque emprendió la construcción de la primera unidad pernambucana. El Ingenio de Nuestra Señora de Ajuda —«muy grande y perfecto»— se situaba en las proximidades de Olinda [39], encontrándose, en abril de 1542, casi concluido. En esa fecha, el donatario informaba al rey de que estaba preparado para

[36] Cfr. M. de Oliveira Lima, *Pernambuco. Seu Desenvolvimento Histórico*, 2.ª ed., Recife, 1975, pp. 3-4.

[37] Cfr. Roberto C. Simonsen, *História Económica do Brasil (1500/1820)*, 8.ª ed., São Paulo, 1978, p. 96.

[38] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. IV, pp. 102-103.

[39] Cfr. Flávio Guerra, *História de Pernambuco*, 2.ª ed., Recife, 1975, p. 21.

la instalación de más unidades [40]. En una carta dirigida a João III, datada el 14 de noviembre de 1550, Duarte Coelho refería la existencia en la Nueva Lusitania de cinco ingenios que estaban «moliendo y corriendo» [41].

En 1546, se encontraban en elaboración 21 ingenios en la provincia de Santa Cruz, situándose, en primer lugar, San Vicente (6), seguido por Pernambuco (5) y Espírito Santo (3), mientras que las restantes capitanías presentaban cantidades más modestas: Ilhéus, Porto Seguro y Santo Tomé, sólo 2 cada una, y Bahía, sólo 1. Según un informe de Michel de Seure, embajador de Francia en Lisboa, existían en Brasil, en 1559, 22 ingenios activos [42].

Tabla 5. Evolución del número de ingenios en el Brasil del siglo XVI

Capitanía	*1546*	*1570*	*1585*	*1590*
Paraíba (del Norte)	—	—	—	2
Itamaracá	—	1	—	2
Pernambuco	5	23	66	70
Bahía	1	18	46	50
Ilhéus	2	8	6	6
Porto Seguro	2	5	—	5
Espírito Santo	3	1	6	6
Santo Tomé (Paraíba del Sur)	2	—	—	—
Río de Janeiro	—	—	3	3
San Vicente/Santo Amaro	6*	4	4	6
TOTAL	21	60	131	150

* Dato proporcionado por Luís de Góis (1548).

Fuentes: 1546: Jaime Cortesão, *A Colonização de Brasil,* Lisboa, 1969, pp. 161-162; 1570: Pero de Magalhães de Gândavo, *Tratado da Província do Brasil,* Río de Janeiro, 1965, pp. 67-123; 1585: José de Anchieta, *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões (1554-1594),* Belo Horizonte/São Paulo, 1988, pp. 418-431; 1590: Francisco Soares, *De Alguma Cousas Mais Notáveis do Brasil e de Alguns Costumes dos Indios,* Coimbra, s. d., p. 11.

[40] Cfr. Carta de Duarte Coelho a João III (27 de abril de 1542), *apud HCPB,* vol. III, p. 313.

[41] *apud HCPB,* vol. III, pp. 320-321.

[42] *apud* Luís de Matos, *Les Portugais en France au XVIème siècle-Études et Documents,* Coimbra, 1952, p. 293.

A pesar de las dificultades resultantes de la resistencia indígena, de los problemas relacionados con la mano de obra y del elevado montante de capital necesario para construir un ingenio, su número ascendió, alrededor de 1570, a 60 unidades, habiendo otras que estaban en fase de construcción. Cuarenta y uno de los ingenios, o sea, más de 2/3 del total (68 por 100), se situaban en Pernambuco (38 por 100) y en Bahía (30 por 100), mientras que los restantes 19 se distribuían por Ilhéus, Porto Seguro, San Vicente/Santo Amaro, Itamaracá y Espírito Santo. Hay que destacar el gran crecimiento registrado, por las razones ya aludidas, en las dos primeras capitanías, donde, en aproximadamente veinte años, el número de ingenios creció desde 5 a 23 y de 1 a 18, respectivamente. El descenso en las capitanías de San Vicente/Santo Amaro y del Espírito Santo, así como la desaparición de los de Santo Tomé, se justificaba fundamentalmente por los fuertes ataques de que fueron objeto por parte, en el primer caso, de los tamoios y, en otros, de los aimorés. Globalmente, el número de ingenios se triplicó entre 1546 y 1570, a una media anual de 4,5 por 100.

A mediados de la década de los setenta, un autor afirmaba que en la capital de Pernambuco estaban ya construidos cerca de 30 ingenios, pero, sin embargo, destacaba la enorme producción azucarera que mientras tanto se producía en la ensenada de Bahía, donde existían casi tantos ingenios como en la Nueva Lusitania [43].

En el relato de una misión pastoral efectuada en Pernambuco, un sacerdote jesuita, que habría de ser provincial de Brasil, proporciona las siguientes informaciones sobre la situación, a mediados de la década de los ochenta del siglo XVI, de la principal capitanía azucarera:

> La tierra es toda muy llana; el servicio de las haciendas se hace por tierra y en carros; la fertilidad de los cañaverales no se puede contar; tiene 66 ingenios, que cada uno es una buena población; se labran algunos años 200 mil arrobas de azúcar, y los ingenios no pueden agotar la caña, porque en un año se hace cantidad para moler, y esta causa no la pueden resolver, puesto que muele caña para tres, cuatro años; y cuando vienen

[43] Cfr. Pero de Magalhães de Gândavo, *História da Província de Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*, ed. facsímil, Lisboa, 1984 (1576), fl. 18v.

cada año cuarenta navíos o más a Pernambuco, no pueden llevar todo el azúcar [...] [44].

La gradual sumisión o expulsión de los diferentes grupos amerindios que ocupaban el litoral comprendido entre Itamaracá y San Vicente asociada a la importación de mano de obra esclava de origen africano posibilitaron, a partir de la década de los setenta, un gran número de industrias (de 60 a 131). La tasa de crecimiento producida en el período comprendido entre 1570 y 1585 se cifró en el 118 por 100, a una media anual del 5,3 por 100; destaca, nuevamente, el aumento del número de ingenios de Bahía (de 18 a 46) y pernambucanos (de 23 a 66), habiéndose casi triplicado estos últimos. Hay que destacar la recuperación de la actividad económica en Espírito Santo y la entrada de Río de Janeiro en el grupo de las capitanías azucareras.

La tendencia hacia el rápido aumento de las unidades productoras de azúcar registró un descenso a fines de la década de los ochenta. En el corto espacio de tiempo situado entre 1585 y 1590, su número subió de 131 a 150, con una tasa de crecimiento del 14,5 por 100 (2,7 por 100 anual), lo que representa una significativa quiebra ante el ritmo anual medio superior al 4 por 100 producido en las cuatro décadas anteriores (1546-1585).

Estos elementos sobre la geografía azucarera del Brasil del siglo XVI permiten concluir que en Pernambuco y en Bahía se concentraba, en 1590, el 80 por 100 del número de molinos de azúcar, de los cuales correspondían a la Nueva Lusitania casi la mitad del total (47 por 100). Los contemporáneos tenían una nítida percepción de la dimensión del peso relativo que las dos capitanías ejercían en el conjunto de la provincia de Santa Cruz. En la leyenda de la Carta General de Brasil (1587 aprox.), de la que es autor Luís Teixeira, se afirmaba que «las mejores y más ricas de estas capitanías son la de Su Magestad (Bahía) y la de Jorge de Albuquerque (Pernambuco). Éstas son las que más ingenios tienen de azúcar y, así, tienen más trato de mercaderes» [45].

[44] Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 201.

[45] *Roteiro de todos os sinais, conhecimentos, fundos, baixos, alturas, e derrotas que há na costa do Brasil desde o cabo de Santo Agostinho até ao estreito de Fernão de Magalhães*, ed. facsímil, Lisboa, 1988, fl. 33v.

Una tasa de crecimiento tan elevada se debió a la expansión de la economía europea en la segunda mitad del siglo XVI, a que el mercado europeo mostrara una gran apetencia por el consumo de azúcar —que a comienzos de siglo todavía era un manjar de lujo, también usado como medicina, de elevado coste, solamente accesible para los privilegiados—, así como a la circunstancia de que los beneficios obtenidos remuneraran convenientemente los capitales invertidos.

La Corona estimuló el desarrollo azucarero a través de la concesión de diferentes incentivos fiscales. La Carta Real de 18 de junio de 1541 atribuyó privilegios al refinado del azúcar; la Ordenanza de 20 de julio de 1551 concedió la exención a los ingenios recién construidos del pago de impuestos por un período de diez años, medida que fue posteriormente renovada; las Ordenanzas de 13 de julio de 1555 y de 16 de marzo de 1560 concedieron beneficios tributarios al azúcar y, finalmente, la Ordenanza de 29 de marzo de 1559 redujo el pago de las tasas sobre la importación de esclavos africanos destinados a los ingenios. Hay que destacar, además, la autorización para el uso de mano de obra indígena, así como exenciones en el transporte y flexibilidad en la fijación de los precios [46].

Los ingenios se situaban preferentemente junto a los ríos tanto para aprovechar la fuerza motriz del agua como para utilizar barcas en el transporte de las materias primas y de los cajones de azúcar para los navíos. En las tierras que se encontraban apartadas de la red hidrográfica era necesario recurrir a yuntas de bueyes para efectuar esas funciones, factor que encarecía los costes de producción, reduciendo, en consecuencia, la rentabilidad de la empresa. Las unidades de gran importancia se llamaban «ingenios reales» —debido al lugar destacado que ocupaban en volumen de producción—, y los movidos por tracción animal (bueyes o caballos) se denominaban «trapiches, molinetes o almanjarras». En un trapiche se hacían, en 24 horas, entre 20 y 30 moldes de azúcar, mientras que en los ingenios hidráulicos ese número alcanzaba, por lo menos, el doble [47].

[46] Cfr. Vera Lúcia Amaral Ferlini, *Terra, Trabalho e Poder...*, pp. 61 y 95-96.
[47] Cfr. *idem, A Civilização do Açúcar...*, p. 35.

El complejo azucarero estaba constituido por dos componentes esenciales: los partidos de caña y el ingenio. La unidad manufacturera —el «corazón de la producción»— era un conjunto de edificaciones unidas entre sí compuesto por la casa de albañilería que incluía los picaderos de piedra y cal donde se depositaba la caña, la casa de la molienda, la casa de las calderas, la casa de limpiar y el tejar, además de disponer de instalaciones de apoyo, principalmente carpintería, alfarería y corrales [48].

El proceso de fabricación del azúcar comenzaba por la limpieza y preparación de la caña, encaminada, después de la conclusión de la fase preliminar, a las moliendas —que empezaban la elaboración en agosto, prolongándose hasta finales de abril o comienzos de mayo— para prensarla. El caldo se trasladaba del lagar a las calderas, se colocaba en hornillos alimentados con leña, donde se procedía a hervirlo a temperaturas muy elevadas —fase que eliminaba el grueso de las inmundicias de la caña, resultando de ello un primer subproducto: el guarapo, que se utilizaba en la alimentación del ganado y, a veces, se consumía—, siguiendo la tarea de purificar y colar el aguamiel.

La etapa inmediata consistía en pasarlo a las «tachas» (grandes recipientes de cobre), donde se completaba el proceso de limpieza y cocción hasta alcanzar el punto ideal para batirlo. El aguamiel se colocaba en moldes de cerámica (con capacidad para 32 litros, aproximadamente), se enfriaba en el entoldado, se trasladaba después a la gran casa de limpiar (con alrededor de 1.000 m^2), donde se procesaba la purificación con la adición de barro y agua durante cerca de cuarenta días, durante los cuales se separaba el azúcar de la melaza, efectuándose, por último, el secado y el acondicionamiento en grandes cajas de madera de *jequitiba* (con capacidad para 14 arrobas, aproximadamente). Los sectores de la molienda y cocido trabajaban ininterrumpidamente en dos turnos, mientras que los de la limpieza, secado y almacenamiento funcionaban sólo durante uno [49].

[48] Cfr. *idem, Terra, Trabalho e Poder...*, p. 103.
[49] Cfr. *idem, A Civilização do Açúcar...*, pp. 40-41.

El producto noble, el «azúcar macho», se dividía en dos categorías: blanco y mascabado (la porción que se encontraba en el fondo de los moldes, por lo que adquiría una tonalidad castaña), mientras que el subproducto destilado de los moldes —«las mieles»— se podía utilizar para fabricar aguardiente (*cachaça*) o reprocesarse, dando origen a un tipo de azúcar de calidad inferior: el «batido» [50].

La construcción de un complejo azucarero exigía una inversión muy alta, que se elevaba en 1590, de acuerdo con el testimonio de un jesuita de la región del Miño, a «veinte mil cruzados, por lo menos» [51]. Según cálculos efectuados hacia la primera mitad del siglo XVII, el coste del montaje de una industria con capacidad para elaborar 200 tareas de caña (que producían alrededor de 10.000 arrobas de azúcar), ascendía a 50.000 cruzados, de los cuales 20.000 eran (40 por 100) para bueyes (15 a 20 yuntas), carros y barcas; 10.000 (20 por 100) para molinos, cobres y herramientas; 10.000 (20 por 100) el capital necesario para el inicio de la explotación y 8.000 (16 por 100) para la adquisición de 80 esclavos de ambos sexos, dejando 2.000 (4 por 100) para el margen de error y gastos diversos [52].

El ciclo productivo azucarero —en que los días útiles de trabajo en diez meses se reducían a 203, debido en gran parte al calendario religioso— exigía el recurso a una abundante mano de obra. Las funciones especializadas, principalmente maestro de azúcar, ayudante de maestro de azúcar (*banqueiro*), limpiador, calderero, cajero, herrero, carpintero, agente, escribano y administrador eran, en la mayoría de los casos, aseguradas por hombres libres que exigían elevadas remuneraciones. Para las restantes operaciones se recurría al trabajo de esclavos.

De acuerdo con las estimaciones efectuadas, un ingenio brasileño producía, a mediados del siglo XVI, en torno a las 2.000 arrobas, lo que equivalía a una producción global anual situada entre 70.000 y 100.000 arrobas [53]. Según otro cálculo, los cinco ingenios mencio-

[50] Cfr. André João Antonil, *Cultura e Opulência do Brasil por suas Drogas e Minas*, comentario crítico y traducción francesa de Andrée Mansuy, París, 1968, pp. 264-266. El nombre del autor es el pseudónimo, en acróstico casi perfecto, del jesuita italiano Juan Antonio Andreoni (1649-1716), que publicó la edición *princeps* de esta obra en 1711.

[51] Francisco Soares, *op. cit.*, p. 11.

[52] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, p. 285.

[53] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. IV, pp. 104-105.

nados por Duarte Coelho en 1550 daban alrededor de 5.000 arrobas cada uno, lo que elevaba la media anual de la producción pernambucana a un valor próximo a las 25.000 arrobas [54].

En una obra redactada a finales de la década de los sesenta del siglo XVI, se informaba de que la capitanía de Pernambuco tenía 23 ingenios de azúcar, puesto que tres o cuatro se encontraban todavía en construcción. Cada uno de estos ingenios producía una media de 3.000 arrobas por año. También se subrayaba que aquella capitanía, una de las más ricas de Brasil, producía más azúcar que las otras, llegando a rendimientos de los ingenios pernambucanos que en algunos años sobrepasaban las 50.000 arrobas. A su puerto —Recife— afluían más navíos del reino que a ningún otro [55].

Un alto funcionario real, que visitó la capitanía de Pernambuco en 1591, calculó que los 63 ingenios en activo producían anualmente 378.000 arrobas, con una media de 6.000 arrobas por unidad [56]. El eje Pernambuco-Bahía surgía, así, claramente destacado, funcionando como motor de arranque en el contexto del Brasil del siglo XVI.

Tabla 6

Estimación de la producción anual de azúcar

Fecha	*Cantidad (arrobas)*	*Crecimiento anual relativo (por 100)*
c. 1570	180.000	—
1583-1584	350.000	6,3
1590	502.500	6,2

Fuente: Vitorino Magalhães Godinho, *Ensaios II. Sobre História de Portugal*, 2.ª ed. corregida y ampliada, Lisboa, 1978, p. 272.

[54] Cfr. Célia Freire A. Fonseca, *A Economia Européia e a Colonização do Brasil (A experiência de Duarte Coelho)*, Río de Janeiro, 1978, p. 275.

[55] Cfr. Pero de Magalhães de Gândavo, *Tratado da Província do Brasil*, Emanuel Pereira Filho (ed.), Río de Janeiro, 1965, pp. 68-73.

[56] Cfr. Domingos de Abreu e Brito, *Um Inquérito à Vida Administrativa e Económica de Angola e do Brasil em fins do século XVI...*, Alfredo de Albuquerque Felner (ed.), Coimbra, 1931, p. 57.

Estos datos revelan el nacimiento, en torno a 1570, de un impulso de gran vigor en la producción azucarera brasileña, verificándose, a partir de entonces, una tasa de crecimiento anual superior al 6 por 100 que permitió casi duplicar, en 1583-1584, la cantidad elaborada, que se repartía normalmente, de acuerdo con los cálculos efectuados, en dos tercios de azúcar blanco y un tercio de mascabado. Desde el punto de vista de la distribución regional destaca claramente Pernambuco, seguido por Bahía, que, conjuntamente, aseguraban un porcentaje superior a 2/3 de la producción total.

Los ingenios desempeñaron una función decisiva en la modelación demográfica, económica, social y cultural de la región del nordeste en general y pernambucana en particular. La «máquina y fábrica increíbles» —como lo apellidaba Vieira— constituía el centro en torno al cual se estructuraba la economía, se agrupaban los hombres y se organizaban las funciones religiosas, militares y administrativas.

La *casa grande*, sobre el suelo o sobre tablas, era la cabeza del vasto complejo azucarero, centralizándose allí las actividades de dirección y administración del ingenio, de las oficinas, de las plantaciones, de los medios de transporte y de la mano de obra. La *senzala* alojaba a los esclavos pertenecientes a la unidad manufacturera. La capilla aseguraba la cristianización de cautivos recién llegados y el culto religioso. En ella se reunía la comunidad los domingos y días santificados y se celebraban los actos más importantes de la vida religiosa y social, como los matrimonios y los bautizos.

Algunos ingenios del siglo XVI, debido al papel relevante que desempeñaron en la región en que se ubicaban, ganaron una dimensión simbólica, destacándose, entre éstos, el del gobernador o de los Erasmos, en San Vicente; el de Sergipe (Bahía) y el de Santana (Ilhéus), instituidos por Mem de Sá [57] y el de Madre de Deus, después llamado Velho, en las márgenes del río Pirapama, en tierras del cabo de San Agustín —el primero de los ocho ingenios y «trapiches» fundados en Pernambuco por João Pais— que dio origen al mayorazgo del Cabo [58].

[57] Cfr. André João Antonil, *op. cit.*, pp. 78-79; Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, pp. 393-399.

[58] Cfr. Gilberto Osório de Andrade y Raquel Caldas Lins, *João Pais, do Cabo: o Patriarca, seus filhos, seus engenhos*, Recife, 1982, pp. 51-53.

PRECIOS Y COMERCIO

La coyuntura económica internacional sirvió como poderoso estímulo al incremento de la producción azucarera brasileña, ya que se produjo una tendencia de larga duración de crecimiento económico y de subida de los precios a lo largo del siglo XVI, interrumpida, sin embargo, por cinco fases depresivas: 1521-1524, 1531-1535, 1545-1552, 1571-1578 y 1595-1600 [59].

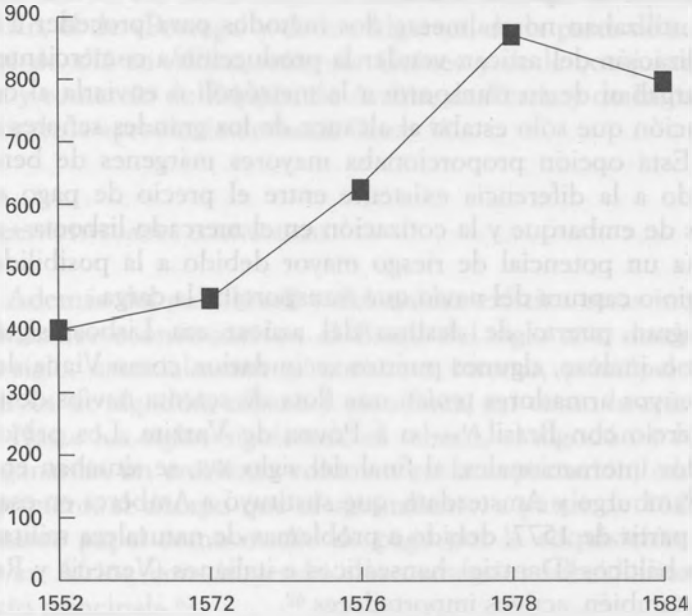


Gráfico 3. Evolución de los precios del azúcar blanco pagados a los ingenios de Bahía (en reis por arroba) en la segunda mitad del siglo XVI. Fuente: Stuart B. Schwartz, *Segredos Internos: industrias e escravos na sociedade colonial, 1550-1835,* trad. port., São Paulo, 1988, p. 400.

A pesar de las reservas que el autor de la serie enumera en cuanto a la naturaleza atípica de la fuente utilizada (las cuentas del

[59] Vitorino Magalhães Godinho, *Ensaios II. Sobre História de Portugal,* 2.ª ed. corregida y aumentada, Lisboa, 1978, p. 258.

ingenio Sergipe), estos precios revelan una fuerte tendencia globalmente ascendente —bastante superior a la media general— produciéndose su duplicación en un período de cuarenta años. Incluso en el transcurso de la fase crítica de 1571-1578 se registró una subida constante: de 450 reis (1572) a 630 (1576) y, finalmente, 880 (1578), sufriendo un ligero descenso (80 reis) en 1584, lo que significa que la cotización de esta mercancía no se vio afectada por la depresión coyuntural. En Lisboa, el precio del azúcar era entre un 40 y un 60 por 100 más alto que en Brasil [60].

Se utilizaban normalmente dos métodos para proceder a la comercialización del azúcar: vender la producción a comerciantes que se encargaban de su transporte a la metrópoli o enviarla al depósito, solución que sólo estaba al alcance de los grandes señores de ingenio. Esta opción proporcionaba mayores márgenes de beneficio —debido a la diferencia existente entre el precio de pago en los puertos de embarque y la cotización en el mercado lisboeta—, pero contenía un potencial de riesgo mayor debido a la posibilidad de naufragio o captura del navío que transportaba la carga.

El gran puerto de destino del azúcar era Lisboa, siguiendo Oporto e, incluso, algunos puertos secundarios, como Viana do Castelo —cuyos armadores tenían una flota de setenta navíos destinada al comercio con Brasil [61]— o a Póvoa de Varzim. Los principales mercados internacionales, al final del siglo XVI, se situaban en Londres, Hamburgo y Amsterdam, que sustituyó a Amberes en esa posición, a partir de 1577, debido a problemas de naturaleza militar. Los puertos bálticos (Dantzig), hanseáticos e italianos (Venecia y Ragusa) fueron, también, activos importadores [62].

Además del comercio legal, se desarrolló paralelamente uno de contrabando que intentaba esquivar el pago de los tributos: la décima en Brasil y la sisa en Portugal, cifrándose ésta, en 1590, en 240 reis por arroba [63].

La «dinámica del azúcar» —en la feliz expresión de Braudel— condujo a la estructuración de la economía brasileña en función del

[60] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, pp. 151-155.

[61] Cfr. José António Gonçalves de Mello, «O Comércio Inglês em Pernambuco no Século XVI: três exemplos», *Estudos Universitários* (Recife), 12 (2), 1972, p. 29.

[62] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, p. 145.

[63] Cfr. Francisco Soares, *op. cit.*, p. 11.

espacio atlántico, asentada fundamentalmente en las líneas triangulares entre la provincia de Santa Cruz, la metrópoli y la costa occidental de África, según resaltó en primer lugar Magalhães Godinho, contribuyendo, de modo significativo, a la expansión marítima y comercial del siglo XVI y a la creación del mercado mundial.

La importancia que asumió Brasil en el contexto del Imperio portugués se ilustra, en las décadas de los sesenta-setenta del siglo XVI, por el hecho de que el padre Fernando Oliveira en la dedicatoria de una de sus obras náuticas añadiera al título de rey de don Sebastián, el de «Portugal y de los Algarves, de la parte de acá y de la parte de allá en África, señor de Guinea y de la conquista, navegación y comercio de Etiopía, de Arabia, de Persia y de India» y el de señor de la «provincia de Santa Cruz» [64].

Otras actividades económicas

Además del palo brasil y del azúcar existían otras importantes actividades económicas en el Brasil del siglo XVI, destinadas, en ese siglo, esencialmente al consumo interno, principalmente los cultivos de algodón, tabaco y mandioca, así como la cría de ganado. Hasta los siglos siguientes, el tabaco, el algodón y los cueros no ganarían un creciente volumen en la exportación, adquiriendo el primero, al tiempo que el aguardiente, a partir de 1620, un importante papel como medio de pago por la adquisición de esclavos en África, constituyendo «los comercios subsidiarios del producto principal» [65].

La producción indígena de algodón en Bahía era tan significativa que, después de agosto de 1549, el fundador de la provincia de Brasil en la Compañía de Jesús subrayaba su abundancia [66]. En los primeros decenios, el grueso de la producción se destinaba fundamentalmente a la confección de tejidos para los indios catecúmenos, ya que la erradicación de la desnudez, por lo menos parcial, constituía una de las reglas que los jesuitas pretendían implantar en las pobla-

[64] Cfr. *Livro da Fábrica das Naus*, ed. facsímil, Lisboa, 1991, hoja anexa a la p. 132.

[65] Afonso Arinos de Melo Franco, *Síntese da História Económica do Brasil*, Río de Janeiro, 1938.

[66] Cfr. *Cartas do Brasil...*, p. 38.

ciones dirigidas por ellos. En la década de los cincuenta, los tupinambás proporcionaban este producto a los franceses [67], siendo probable que el cargamento regular de algodón al reino se hubiera iniciado en 1565, partiendo de Pernambuco [68]. Al final de los años sesenta del siglo XVI, un humanista de Braga colocaba el algodón en segundo lugar en una escala de las actividades económicas más rentables de la provincia de Santa Cruz, después del azúcar y antes del palo brasil [69].

Aunque sea imposible cuantificar producciones y precios, ya que se dedicaban al consumo local y no a la exportación, la producción de víveres —con especial importancia de la mandioca— adquirió una importancia fundamental en la subsistencia de las poblaciones. Los pobladores integraron rápidamente la harina de mandioca en su dieta alimenticia, especializándose muchos pequeños labradores, que no disponían del capital suficiente para invertir en el cultivo de la caña, en el laboreo de tierras de cultivo de víveres para abastecer a los mercados regionales. También aldeas de indios y señores de ingenio se dedicaban a esta producción, tanto para garantizar la alimentación propia o de los empleados como para vender los excedentes. Algunos grandes propietarios adoptaron el sistema de conceder a sus esclavos pequeñas parcelas de tierra, de forma que ellos mismos las cultivaran, produciendo, así, sus víveres.

La expedición comandada por Tomé de Sousa que desembarcó en Bahía tuvo que recurrir a la importación de alimentos de otras capitanías, mientras que las tierras de Bahía no se encontraban en condiciones de asegurar el sustento a los nuevos moradores. Entre 1549 y 1553, 18 navíos, procedentes sobre todo de Pernambuco y de Tatuapara (aldea del litoral situada a doce leguas al norte del Salvador), descargaron 4.543 alqueires de harina de mandioca para el abastecimiento de los 1.000 habitantes aproximadamente de la naciente ciudad del Salvador, con una media anual del orden de los 908 alqueires [70]. Un autor señalaba, al final de los años sesenta, que «cuantos moradores hay en la tierra tienen tierras de cultivo de víveres y ven-

[67] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, p. 89.
[68] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, p. 50.
[69] Cfr. Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, p. 125.
[70] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, pp. 74-76.

den muchas harinas de mazorca unos a otros, de las que también obtienen mucho beneficio» [71].

La fácil adopción por los colonos del hábito amerindio de fumar permitió una rápida difusión del cultivo del tabaco, cuya área de influencia coincidía con el complejo de la mandioca. En enero de 1550, el fundador de la provincia de Brasil de la Compañía de Jesús lo consideraba una hierba santa —siendo el primero que le atribuyó virtudes terapéuticas— cuyo humo ayudaba «mucho a la digestión y a otros males corporales y a purgar la flema del estómago» [72].

En la mayor parte del siglo XVI, el *petume* —vocablo tupí adoptado por los portugueses del siglo XVI— fue tratado como una planta de jardín, procediendo los colonos de Bahía, al igual que los amerindios, a cultivarlo en los huertos y jardines [73]. Hasta finales del siglo XVI su cultivo no adquirió importancia económica y se fue expandiendo gradualmente, encontrándose un hábitat ideal en los suelos arenosos de la ensenada de Bahía, donde se cultivaba en terrazas.

La cría de ganado se inició en la provincia de Santa Cruz por Martim Afonso de Sousa, que promovió la introducción de bovinos, equinos y ovinos. Por su parte, Tomé de Sousa, después del comienzo de su gobierno, importó animales de Cabo Verde —que ya se encontraban aclimatados a regiones con altas temperaturas— a cambio de madera brasileña. En 1550, la carabela *Galega*, proveniente de aquel archipiélago, desembarcó en Bahía gran cantidad de bueyes, vacas, caballos y yeguas que se reprodujeron rápidamente en los territorios de Bahía [74].

El primer gran criador de ganado conocido en Brasil fue García de Ávila, criado de Tomé de Sousa, que, en 1552, recibió un sexmo con dos leguas de costa aproximadamente en Itapõa, estableciendo en ella una hacienda, que, poco después, tenía ya cerca de 200 cabezas de ganado bovino, además de yeguas, cerdos y cabras. Más tarde recibió, como cesión perpetua, el sexmo de seis leguas, pertenecien-

[71] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, p. 127.

[72] F. C. Hoehne, *Botanica e Agricultura no Brasil no Século XVI (Pesquisas e Contribuições)*, São Paulo, 1937, pp. 92-93.

[73] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil*, Pirajá da Silva (ed.), São Paulo, s. d., vol. II, p. 43.

[74] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, p. 38.

te al conde de la Castanheira, que englobaba la ensenada de Tatuapara, en cuyas inmediaciones hizo construir un fuerte de albañilería —la Torre de García de Ávila—, sede de la poderosa Casa da Torre que se especializó en actividades pecuarias, expandiéndose, posteriormente, en dirección al valle del río de San Francisco y, por el *sertão*, hasta el Piauí [75].

Diversas fuentes atestiguan, a lo largo de la década de los cincuenta, la llegada regular a Bahía, por orden real, de carabelas cargadas de ganado originario de Cabo Verde [76]. Después de la conquista de la bahía de Guanabara, Mem de Sá aplicó en la capitanía de Río de Janeiro medidas idénticas a las adoptadas por Tomé de Sousa en Bahía, importando animales para la introducción del ganado en la región fluminense [77].

La cría de ganado —destinado a la tracción (al servicio de las haciendas e ingenios) o a la alimentación— progresó tan rápidamente que, en la década de los ochenta, un jesuita pudo testimoniar la gran abundancia de bovinos en todo Brasil, existiendo corrales donde se encontraban de 500 a 1.000 cabezas con particular importancia los de los campos de Piratininga, debido a la calidad de los pastos. Por otro lado, subrayaba la importancia de la cría de caballos en gran cantidad y calidad que ya se comenzaban a vender en Angola. Además de estas especies de gran tamaño, el ignaciano realzaba el creciente desarrollo de la cría de animales llevados de Portugal, como ovejas, cerdos y gallinas, así como de una especie de origen americano: el pavo [78].

Las tierras pernambucanas que no reunían condiciones favorables para el cultivo de la caña —normalmente las zonas agrestes y el *sertão*— se aprovecharon para la instalación de gran número de haciendas de ganado. De acuerdo con la información de un alto funcionario real, los precios de los animales en Pernambuco en 1591 eran los siguientes:

[75] Cfr. Pedro Calmon, *História da Casa da Tôrre. Uma Dinastia de Pioneiros*, 2.ª ed., Río de Janeiro, 1958.

[76] Cfr. *Cartas do Brasil...*, p. 252.

[77] Cfr. Herbert Ewaldo Wetzel, *op. cit.*, pp. 133 y 141; «Instrumento dos serviços...», p. 70.

[78] Cfr. Fernão Cardim, *op. cit.*, pp. 66-67.

Tabla 7
Precio de los animales en Pernambuco (1591).

Especie	*Precio (en cruzados)*
Bueyes (yunta de)	30.000
Vaca	10.000 a 12.000
Cerdo	15
Carnero	3 a 4
Pavo	1
Gallina	6 a 7 tostones

Fuente: Domingos de Abreu e Brito, *Um Inquérito à Vida Administrativa e Económica de Angola e do Brasil em fins do século XVI...*, Alfredo de Albuquerque Felner (ed.), Coimbra, 1931, pp. 58-59.

La esclavitud indígena

Al principio del proceso de colonización, la mano de obra indígena adquirió una importancia fundamental en el proceso productivo, sobre todo en dos áreas: la obtención de víveres (tierras de mandioca, pesca y caza) y en el cultivo de la caña de azúcar.

En las regiones en que se establecieron sólidas relaciones entre los portugueses y los amerindios establecidos en ellas, el reclutamiento de brazos para las actividades económicas provenía de los prisioneros de guerra capturados por los aliados o de incursiones («saltos») efectuadas en embarcaciones que penetraban en territorio de grupos tribales enemigos. Como ejemplo, se refiere que en 1547 algunos navíos saltearon la costa ocupada por los carijós (guaranís), enemigos de los tupiniquins, apresándolos en gran número y llevándolos a San Vicente [79]. En la villa homónima, los indios esclavos,

[79] Cfr. *Cartas do Brasil...*, p. 33.

muy probablemente carijós, eran numerosos en 1554 [80]. En ese tiempo, un aventurero alemán relata la existencia en una aldea de tamoios de un carijó, esclavo de los portugueses, capturado en tierras vicentinas [81].

En algunas capitanías, las modalidades iniciales de apropiación del trabajo indígena (trueque o compra de cautivos) dejaron, en breve plazo, de satisfacer la importante necesidad de brazos para el desarrollo de la labor en los cañaverales, por lo que los colonos acabaron por recurrir a la esclavización de los indios, sobre todo de aquellos que ya se encontraban culturizados, actuación que dio origen a la aparición de numerosas revueltas [82].

Después de la implantación del gobierno general, que coincidió con la llegada a Brasil de los primeros ignacianos, la intensa acción desarrollada por los jesuitas ante la Corona, el gobernador general, otras entidades civiles y religiosas en el reino y en la provincia de Santa Cruz, así como los colonos, con el fin de defender a las poblaciones amerindias, sobre todo a las culturizadas, de acciones violentas, limitaron gradualmente el margen de maniobra de los cazadores de nativos.

A partir de fines de la década de los cincuenta, la utilización obligatoria de mano de obra indígena fue restringida gradualmente a aquellos que hubieran sido capturados en el transcurso de la guerra justa [83] declarada por el gobernador general o autorizada por él. En los casos en que la «sujección por el amor» no diera resultados positivos, se consideraba legítimo recurrir al uso de la fuerza para combatir a los aborígenes que matasen o comiesen a cristianos, que capturasen esclavos o no los devolviesen o que reiteradamente se opusieran a los intentos de evangelización desarrollados por los misioneros.

En 1555, después de la muerte de Duarte Coelho, estalló la revuelta de los Caetés en la capitanía de Pernambuco, entonces dirigi-

[80] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, p. 66.

[81] Cfr. Hans Staden, *op. cit.*, pp. 115-116.

[82] Cfr. Alexander Marchant, *op. cit.*, p. 81.

[83] El análisis y desarrollo del concepto de *guerra justa* fue el objeto de las preocupaciones de la Escuela de Salamanca, donde Francisco de Vitoria, Luís de Molina y Francisco Suárez elaboraron las nociones de derecho de los pueblos en que se asienta el derecho internacional moderno. Sobre el asunto, véase Francisco Castilla Urbano, *El Pensamiento de Francisco de Vitoria. Filosofía Política e Indio Americano*, Barcelona, 1992, pp. 155-187.

da por doña Beatriz de Albuquerque y por su hermano Jerónimo de Albuquerque, debido a la ausencia en el reino del heredero, Duarte de Albuquerque Coelho, nuevo donatario. A mediados del año siguiente, naufragó en las costas pernambucanas la nave *Nuestra Señora de Ajuda*, que transportaba más de un centenar de tripulantes y pasajeros, entre los que se encontraban el obispo y el proveedor mayor de la hacienda, que fueron matados y devorados por aquel grupo tribal.

En el transcurso de este episodio, el provincial de Brasil de la Compañía de Jesús entendió que se justificaba el castigo de los caetés por haber quitado la vida a un número tan elevado de cristianos, incluyendo al primer prelado brasileño [84]. Después de algunos años, Mem de Sá, habiendo expulsado a los franceses de la Guanabara y sometido a los revoltosos de Espírito Santo, Ilhéus y Bahía publicó, en 1562, una sentencia de «guerra justa» contra los caetés por los crímenes cometidos contra los náufragos, matando y haciendo esclavos a gran número de miembros de ese grupo tribal [85].

A la mortandad provocada por las expediciones de castigo contra los caetés, se sumaron dos grandes brotes epidémicos de viruela en Bahía, en 1562-1563, que acabaron con la vida de 30.000 indios en el corto espacio de dos o tres meses, situación que imposibilitó la continuación del cultivo de las tierras, originando una gran crisis de subsistencia que llevó a muchos aborígenes, en una situación desesperada, a ofrecerse como esclavos a cambio de un plato de harina [86].

Los graves acontecimientos del comienzo de la década de los sesenta provocaron el despoblamiento de la mayoría de las poblaciones dirigidas por los jesuitas, que analizaron el problema de la política que había que adoptar con respecto a los indígenas en una asamblea en que participaron el gobernador general, el obispo y el oidor general. La Junta decretó, el 30 de julio de 1566, diferentes medidas destinadas a garantizar la seguridad de los nativos que vivían en las aldeas dirigidas por los ignacianos, a colocar bajo la jurisdicción del oidor general la resolución de los conflictos entre los misioneros y los colonos sobre los fugitivos que buscaban refugio en

[84] Cfr. *Cartas do Brasil...*, p. 281.
[85] Cfr. José de Anchieta, *op. cit.*, pp. 363-364.
[86] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 364-365; Alexander Marchant, *op. cit.*, pp. 102-104.

aldeas de la Compañía, a promover la liberación de aquellos que habían sido capturados ilegalmente y a crear el cargo de procurador de los indios, asegurado por un funcionario real, con la función de velar por su defensa e instituir un alguacil indígena en cada aldea. En contrapartida, aseguraban a los colonos el recurso, bajo la fiscalización de los jesuitas, al trabajo temporal de los indios en sus plantaciones contra el pago de un salario [87].

Las discusiones morales y jurídicas en torno a la cuestión indígena, así como las respectivas implicaciones estratégicas y económicas llevaron a la Corona a implicarse en el asunto, optando por una solución de compromiso que atendiera simultáneamente a las diferentes corrientes e intereses en juego. Por Carta Real de 20 de marzo de 1570, don Sebastián decretó normas inspiradas en los pareceres de los jesuitas y en las deliberaciones de la Junta de 1566. El diploma real prohibía taxativamente la esclavización de los indios convertidos; estipulaba que solamente podían ser capturados los prisioneros resultantes de la guerra justa decretada por el soberano o por el gobernador general siempre que combatieran o devoraran a portugueses, indios aliados o esclavos —situación en que fueron colocados, sin duda, los aimorés—; determinaba la liberación de todos los cautivos cuyos propietarios no poseyeran un título regular, y, finalmente, prohibía la adquisición de los «indios de cuerda».

La promulgación de las medidas reales suscitó gran preocupación entre los colonos, que enviaron representaciones al rey en que solicitaban, sobre todo, la revocación de la última cláusula, permitiendo el restablecimiento de la práctica del rescate de los prisioneros destinados a los sacrificios antropofágicos, bajo la amenaza de que la escasez de mano de obra condujera a la ruina a sus ingenios y haciendas.

El monarca fue sensible a los argumentos presentados por sus vasallos de Brasil, delegando en los gobernadores de las Orillas del Norte y del Sur el reexamen de la cuestión indígena. En la Junta del 6 de enero de 1574, realizada en Bahía, en que participaron los dos representantes reales, el oidor general y el provincial de los jesuitas —nótese la sustitución del obispo por este religioso— se deliberó

[87] Cfr. Georg Thomas, *Política Indigenista dos Portugueses no Brasil 1500-1640*, trad. port., São Paulo, 1981, pp. 95-99.

mantener la prohibición de reducir a la esclavitud a todos los amerindios que vivieran en aldeas aliadas o en las poblaciones de los misioneros. La resolución preveía tres posibilidades de adquisición lícita de esclavos: guerra justa en los términos previstos en la Carta Real de 1570, cuya aplicación se reguló minuciosamente; compra de prisioneros pertenecientes a grupos hostiles capturados por aliados, norma que restablecía el método del rescate anteriormente prohibido, y, finalmente, a través de la autoalienación de un individuo siempre que fuera mayor de veintiún años. Para prevenir la práctica de abusos en el cumplimiento de las nuevas reglas, la Junta aprobó diversas formalidades, concretamente el registro de los nuevos esclavos, en el plazo de dos meses, en las proveedurías de la Hacienda, para que los oficiales reales convalidasen los respectivos títulos [88].

Las medidas tomadas revelan la preocupación de la Corona y de sus representantes en la provincia —patente en las sucesivas correcciones introducidas en las ordenanzas aprobadas— por intentar encontrar una solución que compatibilizase posiciones antagónicas respondiendo tanto a las pretensiones de los jesuitas de garantizar la protección de sus neófitos como a las agudas necesidades de mano de obra de los señores de ingenios y labradores, sin la satisfacción de las cuales no existirían actividades productivas y comercio, lo que equivaldría a aceptar la pérdida de Brasil.

Uno de los obstáculos al florecimiento de la colonización de la provincia de Santa Cruz, apuntado por un contemporáneo a finales de la década de los sesenta del siglo XVI, residía en el hecho de que los indios se rebelaran y huyeran constantemente de los trabajos agrícolas. Afirmaba que, si no fueran tan «fugitivos y mudables», la riqueza de Brasil sería incomparablemente mayor [89].

Los elementos referentes a los ingenios Sergipe y Santana revelan importantes informaciones sobre el origen étnico de sus trabajadores en el siglo XVI, mostrando el predominio de tupinambás y la presencia de los vecinos caetés, de tapuias (del interior del Nordeste) o, además, de esclavos pertenecientes a grupos tan distantes como los tamoios o los carijós. En 1572, el 93 por 100 de la mano de obra del ingenio de Sergipe estaba constituida por indios (260),

[88] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 104-109.
[89] Cfr. Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, p. 125.

y solamente el 7 por 100 por africanos (20), porcentaje que se fue invirtiendo gradualmente hasta la desaparición de la parte aborigen en el siglo siguiente. En suma, los amerindios constituían, en la mayor parte del siglo XVI, el elemento fundamental de la fuerza de trabajo [90].

Los ingenios de Bahía y, muy probablemente, también los de otras capitanías, recurrieron a diferentes modalidades para obtener mano de obra indígena: trabajo forzado, trabajo temporal o a tiempo parcial de indios aliados, trueque y contratación de individuos libres, utilizándolos, a partir de la década de los setenta, preferentemente en las funciones en que demostraban mayor rendimiento, o sea, como cazadores, pescadores, barqueros, leñadores o constructores de corrales. El predominio y la importancia relativa de cada una de las formas de apropiación del trabajo nativo «varió según el lugar y la época, aunque la tendencia general haya sido el paso de la esclavitud a tipos de trabajo voluntario remunerado» [91].

La esclavitud africana

La inadaptación cultural de los indios para el trabajo permanente en la tierra —situación que provocaba, en numerosos casos, intentos de fuga, suicidios o rendimientos muy bajos—, así como la preparación más adecuada de los africanos, concretamente el dominio de las técnicas ligadas a la cría del ganado o a la metalurgia, llevó, desde muy pronto, a algunos capitanes-gobernadores más atentos a intentar sustituirlos por africanos. Ya en 1539 y, después, en abril de 1542, Duarte Coelho solicitó autorización para adquirir directamente, en la costa africana, algunos esclavos de Guinea con exención de sisa [92]. En agosto de 1545, Pero de Góis requirió a su socio, Martim Ferreira, la remesa de, por lo menos, 60 negros para la capitanía de Santo Tomé (Paraíba del Sur), destinando cincuenta a los ingenios hidráulicos y diez a los trapiches [93].

[90] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, pp. 60-69.
[91] *Idem*, ibidem. pp. 59-60.
[92] *apud HCPB*, vol. III, p. 314.
[93] *apud ibidem*, vol. III, p. 262.

Después de la instauración del gobierno general, Tomé de Sousa estimuló la importación de africanos para trabajar en la capitanía de Bahía. En septiembre de 1551, el superior de los jesuitas pidió al monarca que donase algunos esclavos de Guinea al Colegio de Bahía para que preparasen tierras de labor de víveres y algodonales que proporcionasen alimentación y vestuario a los religiosos, a los niños huérfanos y a los novicios [94]. En julio de 1552, Nóbrega, en carta dirigida al Provincial de Portugal, informaba de que había adquirido a crédito tres esclavos negros «de los cuales uno murió después, como morirán otros muchos que venían ya enfermos por el mar». Como no se encontraba en condiciones de satisfacer los compromisos asumidos, solicitó la intervención del padre Simão Rodrigues ante João III para conseguir que la hacienda real procediese a su pago. Las peticiones de Nóbrega fueron atendidas por la Corona, que, gracias a las provisiones datadas, respectivamente, el 25 de octubre de 1552 y el 17 de abril de 1553, «mandó hacer limosna a los Padres de la Compañía de Jesús que residen en la ciudad del Salvador de Bahía de Todos los Santos» de tres esclavos de Santo Tomé [95].

Un testigo confirma que, en 1557, llegó a Bahía una carabela, proveniente de Santo Tomé, cargada de esclavos [96]. En el año siguiente, el provincial de Brasil informaba al padre Miguel de Torres, provincial de Portugal, de que la mejor ayuda que la Corona podría prestar al Colegio de Bahía sería la donación de dos docenas de esclavos negros para obtener víveres y pescar, resaltando que el gobierno real mandaba «muchas veces [...] navíos cargados de ellos» [97]. Por orden de 29 de marzo de 1559, dirigida al capitán de la isla de Santo Tomé, la regente, doña Catalina de Austria autorizó a cada señor de ingenio de Brasil, mediante certificación expedida por el gobernador general, a importar hasta 120 esclavos del Congo, pagando sólo un tercio de los derechos [98].

[94] Cfr. *Cartas do Brasil...*, p. 101.

[95] Cfr. *ibidem*, p. 122.

[96] Cfr. «Carta que o Irmão Antonio Blasquez escraveu da Bahía do Salvador, das partes do Brasil, o anno de 1558, a nosso Padre Geral», *apud Cartas Jesuíticas II. Cartas Avulsas 1550-1568*, Río de Janeiro, 1931, p. 188.

[97] *Cartas do Brasil...*, p. 288.

[98] Cfr. Maurício Goulart, *Escravidão Africana no Brasil (Das Origens à Extinção do Tráfico)*, 2.ª ed., São Paulo, 1950, p. 99.

Todas estas referencias confirman una significativa preferencia para la gradual sustitución, a partir de la década de los cincuenta, de mano de obra indígena por africana. Se calcula que en torno a 1570, algunos millares de negros se encontrarían ya integrados en actividades productivas en Brasil. Según las precisas informaciones existentes, provendrían, en una fase inicial, de Santo Tomé, lo que significa que se trataría no sólo de esclavos aculturados, sino también —atendiendo a que aquella isla era, además de un activo puesto intermedio de tráfico negrero, un importante centro azucarero— ya especializados en el cultivo de la caña y en el ejercicio de funciones técnicas en la fabricación de azúcar (*tacheiro, escumeiro, prensador,* etc.).

Una mano de obra numerosa, permanente y disciplinada era una exigencia vital para la expansión del laboreo de la caña sacarina, así como para el incremento de la produción azucarera. La inadaptación cultural de los indios al trabajo continuo en la tierra, su reducido grado de preparación técnica, las constantes fugas que emprendían, el creciente éxito de las negociaciones realizadas por los jesuitas ante las autoridades brasileñas para garantizar la libertad de los aborígenes, las medidas protectoras decretadas por la Corona y los grandes brotes epidémicos de los años sesenta que provocaron la desaparición de una significativa parte de los brazos indígenas, llevaron a los señores del ingenio y labradores de caña a optar decididamente, a partir de la década de los setenta, por la compra de esclavos en África. Éstos, aunque más costosos, demostraban poseer un fuerte índice de adaptación al clima y a las enfermedades, así como una elevada capacidad de trabajo, proporcionando una productividad muy superior. Presentaban, además, en la fase inicial, una ventaja digna de tener en cuenta —según subrayó un autor del siglo XVI— ante los indios de aquella tierra: «eran más seguros porque nunca huían ni tenían para dónde» [99].

Las estimaciones sobre el número de esclavos negros que entraban anualmente en Brasil, en el período de 1570-1600, así como la valoración de la cantidad de población africana existente en el territorio brasileño a finales del siglo XVI presentan significativas disparidades, en consonancia con las fuentes o los autores consultados.

[99] Pero de Magalhães de Gândavo, *op. cit.*, pp. 131-132.

Según un historiador francés, habrían desembarcado en la provincia de Santa Cruz, en los últimos tres decenios del siglo XVI, alrededor de 50.000 negros, o sea, una media anual de 1.667 individuos [100]. Por su parte, un reputado historiador de la economía del siglo XVI, a partir del cálculo de la participación de Brasil en el número total de cautivos salido de África en idéntica época, concluye que, en el período del que se trata, Brasil habría recibido en torno a 52.000 individuos de Guinea e idéntica suma de Angola, lo que haría un total de 104.000, a una media anual en torno a los 3.467 [101]. Un historiador norteamericano, por su parte, apunta a una importación anual, en las últimas décadas del siglo XVI, en torno a los 10.000 o 15.000 cautivos etíopes [102].

En cuanto a la proveniencia geográfica de los cautivos africanos entrados en Brasil, en la segunda mitad del siglo XVI, se sabe que los mismos eran originarios, sobre todo, de la costa de Guinea, designación genérica que comprendía, entonces, el litoral situado entre Cabo Verde y el golfo de Guinea. Los esclavos originarios de esa zona de África Occidental, frecuentemente islamizados, pertenecían a las etnias jalofa, mandinga, balanta, fula, mossi o haussa [103]. A partir de 1575, comenzaron a afluir a Brasil, concretamente con destino a Pernambuco, bantúes del Congo, de Angola y de Benguela [104].

Los negros importados se destinaban fundamentalmente a trabajar en los ingenios, así como en las haciendas dedicadas a los cultivos de exportación (caña de azúcar y, posteriormente, tabaco) muy exigentes en trabajo intensivo. De acuerdo con los cálculos efectuados, un área de tres leguas destinada a la cría de ganado necesitaba de 10 a 12 brazos, mientras que la misma superficie cultivada con caña precisaría de 800 a 1.000 trabajadores [105]. Nótese la permanencia de los indios en las tierras de labor de víveres, ya que dominaban la técnica del cultivo de la mandioca, que requería, también, una cantidad de trabajo infinitamente menor. Los señores de inge-

[100] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, pp. 239-241.
[101] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *Os Descobrimentos e a Economia...*, vol. IV, pp. 172-173.
[102] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, p. 281.
[103] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, pp. 207-209.
[104] Cfr. Vitorino Magalhães Godinho, *Ensaios II...*, p. 273.
[105] Cfr. Georg Thomas, *op cit.*, p. 45.

nio y los labradores concentraban, así, la inversión en mano de obra —que podía alcanzar el 25 por 100 del total— en los segmentos fundamentales de la producción en que el trabajo continuo justificaba el capital fijo que la adquisición de cautivos representaba, aunque mantuvieran una elevada proporción de esclavos semiproductivos o improductivos [106].

Los cautivos eran clasificados, de acuerdo con el sexo y la edad, en las siguientes categorías ordenadas por orden decreciente de valor: la *peça* (individuo de sexo masculino entre los 15 y los 25 años), el «barbado» (entre los 25 y los 35 años); el «viejo» (con edad superior a los 35), el *molecão* o *molecona* (con edades comprendidas entre los 8 y los 15 años) y el *moleque* o *moleca* (con edades inferiores a los 8 años), incluyéndose los niños de pecho en el precio de las madres.

La cotización de los esclavos variaba según el sexo, la categoría de edad, el origen étnico, las aptitudes demostradas y el tiempo de permanencia en Brasil, siendo más valorados, por el siguiente orden, los *crioulos* (ya nacidos en tierras brasileñas), los *ladinos* (ya culturizados) y los *boçais* (recién llegados). Los «viejos» y los *moleques* valían media *peça*, mientras que para los *molecões* se necesitaban tres para valer dos *peças*. La tabla de precios oscilaba aproximadamente entre los 22.000 reis para la *peça* y los 12.000 para el *moleque* o la *moleca* [107].

En Bahía, gran puerto de entrada de cautivos africanos en Brasil, la regular importación de mano de obra esclava generó la aparición de negociantes especializados en el tráfico esclavista.

Los grupos sociales

Las clases de la estructura social en la provincia de Santa Cruz se basaron, en gran medida, en la naturaleza de la empresa agrícola, caracterizada, sobre todo en las principales capitanías azucareras, por el latifundio y por el esclavismo [108].

[106] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, pp. 60-63.
[107] Cfr. Frédéric Mauro, *op. cit.*, vol. I, pp. 232-233.
[108] Cfr. Stuart B. Schwartz, *op. cit.*, p. 58.

Entre los diferentes grupos sociales existentes en el Brasil del siglo XVI, destacaban los grandes terratenientes —normalmente señores de ingenio— que tenían orígenes sociales metropolitanos diferentes. Exceptuando a algunos miembros de la alta nobleza absentista que poseían extensos dominios o ingenios reales (duque de Aveiro, conde de Castanheira, conde de Linhares, Álvaro da Costa), una parte de los señores de ingenio del siglo XVI era originaria de la media o pequeña nobleza, generalmente segundones que, debido a la creciente expansión de las instituciones vinculares (con particular importancia del mayorazgo), se veían privados de la herencia familiar, procurando constituir un patrimonio de tierras propio en el Nuevo Mundo.

A partir del análisis de los ingenios de la ensenada de Bahía, en 1587, se puede comprobar la presencia de un fuerte componente de miembros de origen noble, entre los que destacan Simão de Gama de Andrade, Diogo da Rocha de Sá, Cristóvão de Aguiar de Altero, António de Oliveira Carvalhal, Francisco Rodrigues Lobato, Cristóvão de Barros, André Fernandes Margalho, João de Brito de Almeida, Fernão Cabral de Ataíde y Diogo Correia de Sande [109]. Los primeros señores de ingenio de San Vicente (Martim Afonso de Sousa y Pero de Góis), de Pernambuco (Jerónimo de Albuquerque) y de Río de Janeiro (Salvador Correia de Sá) pertenecían igualmente a la nobleza. Si a éstos sumamos a García de Ávila, Duarte de Lemos y Brás Cubas, señores de grandes latifundios, llegaremos a la conclusión de que la «primera clase del reino» proporcionó una significativa contribución a la formación del grupo social dominante en Brasil.

También hombres de origen popular, concretamente labradores y comerciantes, que consiguieron obtener el capital necesario, se hicieron señores de ingenio, así como algunos extranjeros, concretamente José Adorno y Erasmo Schetz.

Según un testimonio, habría en Pernambuco, en la década de los ochenta, hombres con 40.000 a 80.000 cruzados de bienes [110], mientras que, en 1590, otro autor afirma que existían portugueses con fortunas superiores a los 200.000 cruzados [111]. Estos grandes propietarios, señores de ingenios, de haciendas de ganado y de esclavos, crearon un tipo

[109] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. II, p. 339.
[110] Cfr. Fernão Cardim, *op. cit.*, p. 201.
[111] Cfr. Francisco Soares, *op. cit.*, p. 11.

aristocrático de familia rural [112], dominaron las actividades económicas y sociales y, gracias a su presencia en las instituciones municipales, tuvieron un papel político fundamental.

Otro grupo socialmente influyente estaba constituido por los labradores (de caña, de algodón y, posteriormente, de tabaco), así como por los criadores de ganado, que eran generalmente propietarios medios con disponibilidad financiera para invertir en la adquisición de esclavos. Esta designación fue extensiva, después de la distribución de las tierras disponibles, a los rentistas.

Los mercaderes, muchos de los cuales eran cristianos nuevos, particulamente en Pernambuco, generalmente obtenían «grandes caudales» con las actividades de exportación (azúcar, palo brasil, algodón) e importación (esclavos y productos manufacturados). Desempeñaban, junto con los labradores, un papel intermedio entre los grandes propietarios y los artesanos.

En el seno de los artesanos libres se establecían importantes diferencia, entre los altamente especializados en las funciones vinculadas a la producción del azúcar (maestro de azúcar, *purgador, caixeiro,* administrador) y los que se dedicaban a diferentes tipos de actividades, como picapedrero, albañil, tejedor, zapatero, *marceneiro,* carbonero, calafate, barbero, etc. En el último grado de la escala social se encontraban, naturalmente, los esclavos.

Esta estructura social no era estanca, caracterizándose, más bien, por la existencia de un importante grado de movilidad. Los esclavos manumitidos podían hacerse artesanos o, incluso, comerciantes, mientras que los labradores, mercaderes y artesanos especializados que tuvieran éxito contaban con la posibilidad de ascender económica y socialmente, ingresando en el grupo de señores de ingenio.

[112] Cfr. Gilberto Freire, *Casa Grande e Senzala. Formação da Família Brasileira sob o Regime de Economia Patriarcal,* 4.ª ed. definitiva, vol. II, Río de Janeiro, 1943, p. 606.

Capítulo VIII

LA ACULTURACIÓN

El mestizaje

La génesis de la sociedad brasileña deriva de un profundo proceso de mestizaje biológico y cultural, que se remonta a los primeros momentos del contacto lusoindígena en Brasil, revistiéndose, en la primera fase, de un carácter exclusivamente euroamericano, al que se unió, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, el componente africano.

Los contactos de portugueses con amerindios fueron establecidos con grupos tribales y bandas que se localizaban en la vertiente atlántica de América del Sur [1]. Incluso antes de que la Corona desencadenara el proceso de colonización de Brasil, ya se había iniciado, de manera informal, el mestizaje entre lusos y mujeres tupís. Los precursores de ese movimiento —que tendría profundas repercusiones en la configuración étnica, demográfica y cultural de Brasil— fueron los *lançados*, náufragos, desertores o desterrados, primitivos habitantes europeos de la Tierra de Santa Cruz.

Varios relatos de las primeras décadas del siglo XVI aluden, frecuentemente, a un desterrado —el *Bachiller*— que hace muchos años se encontraba en la Cananeia. Diogo Garcia, piloto portugués al servicio de Carlos V, escribió en 1530 una *Relación y derrotero* de un viaje que efectuó en 1527 al Río de la Plata, en la que testimonia que encontró en la región vicentina a un bachiller con sus yernos,

[1] Cfr. Marcos Albuquerque, «O Processo Interétnico em uma feitoria quinhentista no Brasil», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), pp. 101-102.

que vivía allí «desde hace más de treinta años» [2]. El bachiller aprovechó su destierro en tierras brasileñas para constituir o reconstituir una familia con una o más indígenas de las que tuvo varias hijas que se casaron con náufragos europeos, siendo uno de ellos Gonçalo da Costa [3].

João Ramalho y António Rodrigues fueron los pioneros del mestizaje en el altiplano de Piritininga. El primero se casó con Bartira, hija del *morubixaba* Tibiriçá y el segundo con una hija del jefe Piquerobi. Más tarde, otra descendiente de Tibiriçá, Terebé, se casó con Pedro Dias, un antiguo hermano jesuita que obtuvo, para la ocasión, dispensa de los votos concedida por Ignacio de Loyola. Estas uniones entre portugueses e indias originaron algunos de los más importantes troncos paulistas.

Otro ejemplo paradigmático nos lo proporciona Diogo Álvares, el Caramuru, que tuvo una amplia prole de su relación con la india Paraguaçu —que, después del bautismo, pasó a llamarse Catarina Álvares— cuyas hijas se casaron con europeos de buena posición, concretamente Paulo Dias Adorno, Custódio Rodrigues Correia y João de Figueiredo, mientras que tres de sus hijos (Gaspar, Gabriel y Jorge Álvares) fueron armados caballeros por Tomé de Sousa. Las primeras familias de Bahía, resultaron, al igual que las de São Paulo, del mestizaje entre portugueses e indias.

En la capitanía de Pernambuco, el ejemplo lo dio Jerónimo de Albuquerque, cuñado del donatario, que se relacionó con la hija del jefe Arcoverde, después del bautismo de María do Espírito Santo Arcoverde, de quien tuvo una gran descendencia. Una de sus hijas, Catarina de Albuquerque se casó con el florentino Felipe Cavalcanti, tronco de la importante familia pernambucana Cavalcanti [4].

En la Nueva Lusitania, el mestizaje progresó tan rápidamente que, en 1551, el fundador de la provincia de Brasil de la Compañía de Jesús informaba al rey de que la prioridad en el envío de huérfanas debería tener por objeto las restantes capitanías, ya que en Pernambuco «no son necesarias por ahora por haber muchas hijas de

[2] Cfr. Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979, p. 187.

[3] Cfr. Rolando A. Laguarda Trías, «A Expedição de Sebastião Caboto», *História Naval Brasileira*, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975, pp. 327-331.

[4] Cfr. Visconde de Porto Seguro, *História Geral do Brasil antes da sua separação e independência de Portugal*, 3.ª ed. íntegra, vol. 1, São Paulo, s. d., p. 374.

hombres blancos y de indias de la tierra, las cuales todas ya casaron con la ayuda del Señor» [5].

También en la década de los cincuenta, existía un fuerte mestizaje en la capitanía de San Vicente. Un aventurero alemán refiere la captura por los tamoios de varios mamelucos: los hermanos Diogo y Domingos de Braga, su primo Jerónimo de Braga, así como de un hijo del capitán Jorge Ferreira [6].

Los descendientes de portugueses e indias eran llamados *mamelucos*, término que pudo deberse al hecho de que el tono cobre de su piel fuera semejante al de los mamelucos de Egipto, siendo los hijos de indios con mamelucas, o sea, mestizos de segunda generación, conocidos como *curiboca*. Después de la llegada de los africanos, surgieron cuatro nuevas categorías étnicas: el *mulato*, mestizo de blanco y negra; el *pardo*, hijo de madre mulata y padre blanco; el *cafuso*, hijo de negro e india y el *cabra*, hijo de negro y mulata. Los descendientes de padre y madre europeos eran llamados *mazombos* y los nacidos en Brasil de padre y madre negros, *crioulos* [7].

El mestizaje aseguró, gracias al cruce del patrimonio hereditario, «protección genética» a los descendientes de indias, que, por esa vía, ganaron inmunidades inexistentes en las poblaciones indígenas a diferentes enfermedades y epidemias [8].

Los comienzos de las misiones

Después del 1 de mayo de 1500, el autor de la *Carta do Achamento*, pidió encarecidamente a Manuel I que enviase religiosos a la Tierra de Santa Cruz, con el fin de promover la conversión de los aborígenes, lo que sería la «principal semilla que Vuesa Alteza

[5] Carta a João III (Olinda, 14 de septiembre de 1551), *Cartas do Brasil e Mais Escritos do Padre Manuel da Nóbrega (Opera Omnia)*, introducción y notas históricas y críticas de Serafim Leite, Coimbra, 1955, p. 102.

[6] Cfr. Hans Staden, *Viagem ao Brasil*, trad. port., Río de Janeiro, 1988 (1557), pp. 125-126.

[7] Cfr. Alexandre Rodrigues Ferreira, *Viagem Filosófica pelas Capitanias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá. Memórias. Zoologia. Botánica*, Río de Janeiro, 1972, p. 133.

[8] Cfr. Jean-Charles Sournia y Jacques Ruffie, *As Epidemias na História do Homem*, trad. port., Lisboa, 1985, p. 160.

en ella debe sembrar» [9]. Los primeros intentos de evangelización de los indios, principalmente de los carijós, fueron emprendidos por hermanos franciscanos, que, sin embargo, debido a su carácter episódico, acabaron siendo poco fructíferos [10].

Al mismo tiempo que creó el gobierno general de Brasil, João III aprovechó la oportunidad para solicitar a los jesuitas el envío de misioneros a la provincia de Santa Cruz, como ya sucedía, desde el año 1541, con el Estado de la India.

El padre Simão Rodrigues, provincial de Portugal y cofundador de la Compañía de Jesús con Ignacio de Loyola, Francisco Javier y otros compañeros, inicialmente decidió dirigir él mismo la misión a Brasil, pero, debido al fallecimiento de su futuro sucesor y a las reticencias del primer general, acabó por designar a Manuel da Nóbrega, bachiller en Cánones por la Universidad de Coimbra, para comandar al primer grupo de ignacianos destinados a América. Los seis religiosos, cuatro padres (Nóbrega, Leonardo Nunes, Antonio Pires y Juan de Azpilcueta Navarro) y dos hermanos (Vicente Rodrigues y Diogo Jácome) partieron de Lisboa en la armada de Tomé de Sousa, viajando en la nave comandada por el proveedor mayor, António Cardoso de Barros.

Cuando los primeros jesuitas desembarcaron, el 29 de marzo de 1549, en Bahía, se enfrentaron a la existencia de esclavos, sobre todo indios. En misiva redactada en Porto Seguro, el 6 de enero de 1550, el padre Manuel da Nóbrega informaba al provincial de Portugal de que en Brasil «la mayor parte de los hombres tenía la conciencia pesada por causa de los esclavos que poseía en contra de la razón», motivo por el cual muy pocos podían ser absueltos puesto que no estaban dispuestos a renunciar a los esclavos ilegítimamente adquiridos. El problema se hacía todavía más grave por el hecho de que el pueblo y los sacerdotes seculares se opusieran a sus intentos para obtener la liberación de los indios injustamente esclavizados. Nóbrega solicitaba la intervención real

[9] Pero Vaz de Caminha, *Carta a El-Rei Dom Manuel sobre o Achamento do Brasil*, M. Viegas Guerreiro y Eduardo Nunes (eds.), Lisboa, 1974, p. 83.

[10] *Cartas do Brasil...*, p. 61, nota 3; José de Anchieta, *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões 1554-1594)*, Belo Horizonte/São Paulo, 1988, p. 320.

para enviar inquisidores y comisarios, con el objetivo de «hacer libertar a los esclavos, al menos a los que son robados» [11].

Las primeras preocupaciones de los discípulos de Ignacio de Loyola se centraron en la imposición de normas de conducta a los colonos, concretamente a través de la persuasión individual y de críticas desde el púlpito a las situaciones de poligamia en que incurrían muchos de los moradores de Vila de Pereira (Velha). Otra de sus prioridades consistió en instruir a algunos misioneros en la lengua hablada por los indios, siendo designado para aprenderla el padre Juan de Azpilcueta. Por otro lado, se encargó al hermano Vicente Rodrigues que extendiese la doctrina cristiana a los hijos de los indígenas y que asegurase el funcionamiento de una «escuela de leer y escribir» destinada tanto a los hijos de los colonos como a los de los indios. Dado que no dominaban el tupí, los ignacianos oraban, adoctrinaban y confesaban recurriendo a intérpretes, sirviéndose, concretamente, de los servicios de Diogo Álvares, el Caramuro.

En 1550, Nóbrega envió a Leonardo Nunes y a Diogo Jácome en misión a las capitanías de Ilhéus y Porto Seguro. Tomó, además, la iniciativa de solicitar al provincial de Portugal que mandase más jesuitas a Brasil y que comenzase negociaciones con João III para que nombrara un obispo o, por lo menos, un vicario general para la ciudad del Salvador, de modo que impusiera disciplina en el comportamiento del clero secular, poco conforme con las normas de moral cristiana y con el espíritu de la Contrarreforma, y que impulsase la obra de cristianización de los indígenas.

El superior de Brasil efectuó, entre julio de 1551 y enero de 1552, una misión pastoral a la capitanía de Pernambuco, donde fue acogido favorablemente por el respectivo capitán gobernador, Duarte Coelho, y por la mayoría de la población, tanto europea como indígena.

El 22 de junio de 1552, llegó a Bahía la escuadra que transportaba al primer obispo del Salvador. La llegada de Pero Fernandes Sardinha (1552-1556) y de algunos miembros del cabildo liberó a Nóbrega de muchas de sus funciones pastorales que hasta entonces

[11] Cfr. Serafim Leite, *Breve Itinerário para uma Biografia do Padre Manuel da Nóbrega, Fundador da Província do Brasil e da Cidade de São Paulo (1517-1570)*, Lisboa/Río de Janeiro, 1955, pp. 110-111.

desempeñaba informalmente, por lo que quedó más disponible para dedicarse a su objetivo principal: «la conversión de las gentes».

Aprovechando la circunstancia de que Tomé de Sousa pretendía inspeccionar las capitanías situadas al sur de Bahía, Nóbrega embarcó en la armada del gobernador general y visitó Ilhéus, Porto Seguro, Espírito Santo y San Vicente, orando, creando aldeas de indios cristianizados y aprobando la fundación de casas de la Compañía de Jesús en esas regiones.

En Roma y Lisboa se habían tomado, mientras tanto, algunas decisiones importantes con respecto a la misión de la Compañía de Jesús en tierras americanas. Así, con posterioridad al 6 de abril de 1553, Ignacio de Loyola elevó la Misión de Brasil a la categoría de provincia y, por carta del 9 de julio siguiente, nombró al padre Manuel da Nóbrega «provincial de los indios de Brasil» [12].

Nóbrega regresó al Salvador en 1556, dedicándose principalmente a la evangelización y a la fundación de aldeas de indios cristianizados en la ensenada de Bahía. Uno de sus últimos actos en la capitanía real de Bahía fue bautizar, en una ceremonia realizada el 12 de noviembre de 1559, a 436 nativos de la aldea de Espírito Santo (actual Abrantes).

En ese tiempo abrió, por orden del superior, la primera vía de sucesión en el gobierno de la provincia de Brasil, transmitiendo el cargo de provincial al padre Luís da Grã. Nóbrega permaneció en los Colegios de San Vicente y São Paulo unos siete años (1560-1567). En 1567 fue nombrado Superior de las Capitanías del Sur y partió para la Guanabara con la misión de fundar el Colegio de Río de Janeiro.

En el reinado de don Sebastián, la Corona efectuó diferentes concesiones monetarias a la provincia de Brasil de la Compañía de Jesús. En 1564, otorgó una dotación real para 60 religiosos por el valor de 20.000 reis anuales para cada uno, siendo la suma atribuida al Colegio de Bahía, cabeza de la Provincia. En 1568, el Colegio de Río de Janeiro recibió idéntica dotación, para 50 regulares y, finalmente, en 1575, el de Pernambuco (Olinda) para 20. Al final del reinado de don Sebastián, la Hacienda Real contribuía anualmente con la

[12] Cfr. *idem, Suma Histórica da Companhia de Jesus no Brasil (Assistência de Portugal) 1549-1760*, Lisboa, 1965, p. 177.

suma de 2.600.000 reales al sustento de 130 religiosos, pagados por los subastadores de los décimos, hecho que originó algunas polémicas [13].

Las estrategias de aculturación y evangelización de los indios

Una de las primeras cuestiones que se propusieron los jesuitas se refería a la concepción, muy corriente entre los colonos, de que los indios no poseían naturaleza humana. La ignorancia de la inmortalidad del alma, la inexistencia de propiedad y, sobre todo, la práctica de la antropofagia llevaron a que muchos consideraran que los nativos, al matar y comer a sus semejantes, excedían en crueldad a los «brutos animales», por lo que las comunidades indígenas se encontrarían más próximas a «todos los animales que no participan del don de la razón» [14] que a las sociedades humanas.

Esta interpretación ya había sido defendida en la América española, lo que llevó a Roma, a petición de los religiosos castellanos, a pronunciarse sobre el asunto. A través del breve *Pastorale officium*, de 29 de mayo de 1537, seguido por la bula *Sublimis Deus*, de 2 de junio del mismo año, el papa Pablo III (1534-1549) confirmó solemnemente que los amerindios eran «verdaderos hombres», «capaces de recibir la doctrina de nuestra Fe» [15].

El primer provincial de los jesuitas en el continente americano se esforzó por divulgar en Brasil la doctrina pontificia sobre los indios. Los consideraba «papel blanco» en que se podía grabar el mensaje cristiano; defendía que todo hombre tenía la misma naturaleza, pudiendo, por consiguiente, conocer a Dios y salvar el alma, porque todos los hombres habían sido hechos a imagen y semejanza de Dios, siendo, por ello, susceptibles de convertirse al cristianismo, concluyendo que «tanto vale delante de Dios por naturaleza el alma del Papa como la de vuestro esclavo papaná» [16]. La «experimenta-

[13] Pero de Magalhães de Gândavo, *História da Província Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*, edición facsímil, Lisboa, 1984 (1576), fl. 36.

[14] Manuel da Nóbrega, *Diálogo sobre a Conversão do Gentio*, Serafim Leite (ed.), Lisboa, 1954, pp. 105-107.

[15] *Idem, ibidem*, p. 88.

[16] Cfr. Luís Filipe de Alencastro, «A Interacção Europeia com as Sociedades Brasileiras entre os Séculos XVI e XVIII», *Nas Vésperas do Mundo Moderno. Brasil*, Lisboa, 1991, p. 98.

ción antropológica» condujo, así, por parte europea, a Nóbrega —seguido por Montaigne— a subrayar la naturaleza humana de los indios [17].

Después de una fase inicial de gran entusiasmo por la facilidad con que varios grupos tribales amerindios aceptaron la religión cristiana, algunos misioneros desfallecieron porque, como observaba Nóbrega en una obra, redactada probablemente en 1557, «iban procurando convertir a todo Brasil [en el sentido de hombres y no de tierra] en una hora, y se ve que no pueden convertir uno en un año, por su rudeza y bestialidad» [18]. Después de algún tiempo, los jesuitas se dieron cuenta de que la tarea más difícil no era la de conseguir la adhesión de los aborígenes a la religión cristiana, sino la de convencerlos para que abandonaran su modelo de organización social y cultural que chocaba frontalmente con los principios del Evangelio (antropofagia, poligamia y existencia de hechiceros).

Después de algunos años de infructuosos intentos para alcanzar esos objetivos por la vía de la persuasión —«la sujeción por el amor»—, los ignacianos acabaron por concluir que la eficacia de la acción misionera dependería de la colaboración de las autoridades reales. Así, en los *Apontamentos de Cousas do Brasil*, concluidos el 8 de mayo de 1558, el primer provincial de Brasil propuso que se promulgara una ley aplicable a los indios que contuviera las siguientes normas: prohibición de comer carne humana, de guerrear sin autorización del gobernador y de tener más de una mujer; obligatoriedad del uso de ropa, por lo menos para los que fuesen cristianos; eliminación de los hechiceros (*pajés*) y aplicación de la justicia real tanto en el interior de las comunidades indígenas como en las relaciones de éstas con los colonos. Finalmente, se deberían establecer en poblaciones, obtener tierras para el cultivo y prohibirles el nomadismo, o sea, sedentarizarlos [19].

Se trataba de dotar a las agrupaciones indígenas de una nueva organización social y aplicarles el «método de sujección» —el «suave yugo de Cristo»—, sin el cual todos los intentos de evangelización serían efímeros. Las recomendaciones del fundador de la pro-

[17] Manuel da Nóbrega, *Diálogo sobre a Conversão...*, p. 75.
[18] Cfr. *Cartas do Brasil...*, pp. 277-292.
[19] Cfr. Carta a Tomé de Sousa (Bahía, 5 de julio de 1559), *apud ibidem*, pp. 333-334.

vincia de Brasil de la Compañía de Jesús fueron acogidas por la corte y con Mem de Sá se adoptó la estrategia preconizada por el jesuita, con el fin de promover la conversión de las gentes [20].

Con el objetivo de conferir eficacia a su actuación ante las poblaciones indígenas y, simultáneamente, protegerlas de las embestidas de los colonos en busca de mano de obra, los discípulos de Ignacio de Loyola optaron por reunir a los indios en aldeas, localizadas en los alrededores de las poblaciones portuguesas, donde no estaba permitida la presencia de europeos. A los aborígenes de las aldeas, comandados por *morubixabas*, les estaban prohibidas las prácticas tradicionales que fuesen contrarias a la moral cristiana. Para garantizar la subsistencia de las comunidades amerindias, los ignacianos solicitaron a los gobernadores y a la Corona la concesión de sexmos.

Las aldeas —donde normalmente residían un padre y un hermano designados por los indígenas *abaré* («hombre diferente»), expresión que pretendía traducir las peculiaridades de los religiosos (uso de la sotana, el celibato, etc.), pero también la diferencia de comportamiento ante la mayor parte de los colonos— se dedicaban a promover la aculturación y evangelización de los nativos, incluyendo, principalmente, la concepción cristiana del trabajo, considerada una vía de salvación espiritual, siendo, por el contrario, presentada la ociosidad como «el origen de todos los males» [21], generadora de condiciones que potenciaban la práctica de actividades pecaminosas, principalmente de naturaleza sexual. La visión occidental del trabajo, de la que, naturalmente, se encontraban imbuidos los miembros de la Compañía de Jesús, los llevó a condenar persistentemente el ocio y a intentar inculcar en los aborígenes evangelizados la práctica del trabajo como valor en sí mismo y no exclusivamente destinado a asegurar la mera subsistencia.

De acuerdo con un historiador de la evangelización de los jesuitas, la formación de las aldeas jesuitas del siglo XVI conoció «cuatro fases: la de 1556, que fue como un ensayo, la de 1560-1561, intensiva, pero sin condiciones estables; y la reconstitución definitiva después de la epidemia y hambre de 1563-1564» [22].

[20] *Regras da Companhia de Iesu*, Lisboa, por Antõnio Ribeiro, 1582, fl. 14v.

[21] Serafim Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. II, Lisboa/Río de Janeiro, 1938, p. 59.

[22] *Apud Cartas do Brasil...*, pp. 397-429.

Tabla 8. Aldeas de los jesuitas en Bahía (1557-1562).

Fecha	*Aldea*	*Lugar*	*N.º de indios*
1557	San Sebastián	cerca de esta ciudad	—
	Nuestra Señora	Río Vermelho (a 1-1/2 leguas de Bahía)	—
1557	S. Paulo (ex N. S.)	a 1 legua de Bahía	2.000
	Santiago (ex San Sebastián)	Pirajá (a 3 leguas de Bahía)	4.000
	S. João	a 1 legua de Santiago (4 de Bahía)	despoblado
	Espírito Santo	Río de Joane (a 5 leguas de Bahía)	4.000
1560	S. Antonio	Rembé (a 9 leguas de Bahía)	más de 2.000
1561	S. João (reestablecido)	a 6 leguas de Bahía	4.000
	Santa Cruz	isla de Itaparica (a 3 leguas de Bahía)	—
		Total (Cuaresma de 1561)	16.000
1561	Bom Jesus	Tutuapara (a 12 leguas de Bahía)	4.000
	S. Pedro	10 leguas después de Bom Jesus	8.000
	S. André	10 leguas después de S. Pedro (a 30 leguas de Bahía)	
	S. Miguel	Taperaguá	2.000
	N. S. de Asunción	Tapepigtanga	4.000
1562	11 aldeas	TOTAL	34.000

Fuente: Alexander Marchand, *Do Escambo à Escravidão. As Relações Económicas de Portugueses e Indios na Colonização do Brasil (1500-1580)*, 2.ª ed., São Paulo, 1980, p. 95.

Entre 1557 y 1562, los ignacianos formaron, en la capitanía de Bahía, once aldeas que, en el último año, tenían una población en torno a los 34.000 indios.

La actuación evangelizadora de los jesuitas se centró en la catequesis general, en el bautismo de los niños y su educación cristiana, en la conversión de los principales y en el bautismo de los moribundos. Los ignacianos comprendieron rápidamente que el adoctrinamiento de los tupís-guaranís solamente tendría un sentido duradero si podían concentrar sus esfuerzos en la educación de los niños. De ahí que se empeñaran en la fundación de «Colegios de Niños», en los que los hijos de los nativos fueran instruidos en los valores y creencias católicos.

Al darse cuenta de que los indios se quedaban fascinados con la música y los cantos litúrgicos, los misioneros pasaron a utilizarlos frecuentemente en las ceremonias religiosas y en las tareas pastorales. Para sacar partido de esa vía de atracción de los indígenas al cristianismo, pidieron el envío de «niños de los colegios del reino» para enseñar cánticos a los *curumins*. Los ignacianos adoptaron, además, la táctica de, en las visitas a las aldeas de los no creyentes, ir precedidos por niños que tocaban instrumentos y entonaban cánticos religiosos.

Entre los jesuitas surgieron diferentes interpretaciones sobre la cuestión indígena. En el *Caso de Consciência* (1567), el primer provincial de Brasil rebatió el parecer excesivamente permisivo del padre Quirício Caxa, profesor de Teología Moral del Colegio de Bahía, con respecto a las situaciones en que los indios podían ser reducidos legalmente a la esclavitud. Combatió la tesis según la cual los amerindios, por ser descendientes de Cam, debían ser esclavos perpetuamente de otros pueblos; declaró la «esclavitud contra la naturaleza»; se pronunció contra la posibilidad de que el padre pudiera vender al hijo en caso de gran aflicción, considerándolo posible sólo en una situación de «extrema necesidad» y dio un parecer negativo sobre la posibilidad de que un indígena se vendiera a sí mismo, porque el hombre sólo podría enajenar la libertad para salvar el alma y no por un precio [23].

En su afán de «salvar almas», el padre Nóbrega adoptó una estrategia de evangelización que contenía innovaciones —algunas bastante

[23] «Carta a Tomé de Sousa (Bahía, 5 de Julho de 1559)», *apud ibidem*, pp. 319-320.

polémicas— y que incorporaba varios elementos de la cultura tupí, lo cual originó fricciones con el primer obispo del Salvador, que reprobaba, concretamente, la utilización de intérpretes en la confesión, los métodos de catequización de los *curumins* y los enterramientos de los indígenas catequizados en la tradicional posición fetal. El jesuita atribuía estas diferencias a que el prelado —que era «muy celoso de la reforma de costumbres de los cristianos»— «[...] se daba poco a las gentes y a su salvación, porque no se tenía por su obispo, y ellos le parecían incapaces de cualquier doctrina porque eran brutos y bestiales, ni los tenía por ovejas de su corral [...]» [24].

Con la colaboración de la Compañía de Jesús se llevaron a término, a partir de mediados del siglo XVI, intensas acciones destinadas a promover la aculturación de los indígenas, intentando transformarlos en fieles cristianos, en súbditos válidos de la Corona y, finalmente, en elementos útiles que participasen, a través de su fuerza de trabajo, en el proceso productivo. Los jesuitas, con el apoyo de la Corona, realizaron esfuerzos destinados, por una parte, a defender a los brasis de las actuaciones aisladas, violentas e impulsivas por parte de los colonos o de los reclutadores de mano de obra y, por otro, a integrarlos en la sociedad colonial.

Los ignacianos hicieron un gran esfuerzo en el terreno educativo y cultural, asegurando el funcionamiento de escuelas en sus establecimientos destinadas a la formación de sus cuadros y de los indígenas, pero también estaban abiertas a los hijos de los colonos. Elaboraron los primeros diccionarios, gramáticas, catecismos y sermones en lenguas indígenas, produjeron un conjunto de obras literarias (poesía y prosa), historiográficas, etnológicas, geográficas, zoológicas y botánicas, sin olvidar las intervenciones en el dominio artístico (arquitectura, pintura, escultura y música).

La cuestión de la financiación de las actividades misioneras

En el transcurso del período inicial de la permanencia de los jesuitas en tierras brasileñas, el coste de sus actividades fue garantiza-

[24] *Apud Cartas do Brasil...*, pp. 207-215.

do por la provincia de Portugal, por la Corona, que consignaba la aportación mensual de un cruzado para el sustento de un misionero, proporcionaba víveres (mandioca y arroz) y apoyaba la construcción de templos, residencias y colegios, por el apoyo oficial y particular del gobernador general y por la generosidad de algunos colonos. Sin embargo, esa fórmula de financiación desagradaba a Nóbrega, porque, por un lado, hacía a la Compañía demasiado dependiente de la voluntad y disponibilidad de las autoridades reales y, por otro, no proporcionaba los recursos necesarios para una rápida expansión de las actividades evangelizadoras que constituían el eje de sus preocupaciones.

La solución encontrada para obtener las enormes sumas necesarias para construir y pertrechar las iglesias, los colegios y las residencias, sustentar a los niños huérfanos y proporcionar a las aldeas de los indios evangelizados vestuario, artículos metálicos (hachas, azadas, cuchillos y tijeras) y otros bienes, consistió en aceptar tierras cedidas por la Corona, responsabilizándose los padres de la Compañía de su labranza y, con la venta de productos excedentes, principalmente mandioca y ganado, obtener recursos adicionales para financiar sus actividades religiosas, educativas y culturales.

Con el objetivo de poner en práctica esa forma de apoyo a los misioneros jesuitas, Tomé de Sousa concedió, por instrumento jurídico datado el 21 de octubre de 1550, una propiedad al colegio de Bahía, que se conoció por el nombre de sexmo del *Agua de los niños*, donación confirmada por el tercer gobernador general, Mem de Sá, el 30 de septiembre de 1569.

La posesión de tierras por parte de la Compañía de Jesús suponía un importante problema de mano de obra. Como los padres y hermanos eran un número reducido, no se podían dedicar personalmente a los trabajos agrícolas y pecuarios; por otro lado, no existían hombres libres que pudiesen ser contratados para realizar esos trabajos. Quedaba el recurso al trabajo de los esclavos negros, solución que creaba escrúpulos de naturaleza moral, pero que el provincial de Brasil decidió obviar, considerando que ésa era la única forma de obtener los fondos necesarios para la evangelización de las gentes.

El 13 de julio de 1553 llegó a Bahía la escuadra del segundo gobernador general que transportaba la tercera expedición de jesuitas (tres padres y cuatro hermanos), entre los que se contaban el pa-

dre Luís da Grã y el hermano José de Anchieta. El padre Luís de Grã (1523-1609), antiguo rector del Colegio de Coimbra (1547-1550), fue nombrado, en 1553, adjunto del provincial. Tenía puntos de vista bastante diferentes y, en algunos casos, opuestos a los de su superior jerárquico: no consideraba útil la existencia de colegios de niños huérfanos, reprobaba el hecho de que la Compañía poseyera bienes raíces, se dedicara a actividades agrícolas y utilizara mano de obra esclava; además, no estaba de acuerdo con un ritmo rápido de evangelización y bautismo de los indios. Profesaba, en suma, ideas de rigor, ascetismo y pobreza. Su llegada a Brasil se reflejó en la estrategia de la evangelización y la expansión adoptada por la Compañía de Jesús, produciéndose una inflexión en los métodos adoptados hasta entonces. Nóbrega adoptó, durante cierto período de tiempo, las observaciones y las reflexiones de orden ético, moral y espiritual propuestas por su adjunto.

De acuerdo con la nueva orientación y para evitar la adquisición de esclavos destinados a cultivar las tierras que se donaban a la Compañía de Jesús, el primer provincial de Brasil pidió, a través de una carta datada en mayo de 1556, al padre doctor Miguel de Torres, provincial de Portugal y confesor de la reina doña Catalina de Austria, que intercediese ante João III para que el apoyo de la Corona a las actividades de los ignacianos en las tierras americanas se realizase concediéndoles décimos y no a través de la concesión de tierras, cuyo aprovechamiento implicaba el recurso a mano de obra esclava [25]. Esta posición del padre Manuel de Nóbrega se debió a las presiones ejercidas por el padre Luís de Grã para que los jesuitas no aceptaran del rey tierras ni esclavos para las labores agrícolas. Sin embargo, las dificultades financieras de la Corona no permitieron que se adoptasen otras fórmulas de auxilio además de las ya concedidas.

Los padres de la Compañía en Brasil tuvieron, pues, que optar entre expandir el ritmo de actividad misionera, lo que implicaba la aceptación de propiedades y la utilización de esclavos, o recusar esa vía y, por consiguiente, abdicar de los objetivos de expansión de su ámbito de actuación. La mayoría de los jesuitas se pronun-

[25] *Apud ibidem*, pp. 260-276.

ció a favor de la primera alternativa, defendida por Nóbrega y combatida por Luís de Grã.

El apoyo de muchos compañeros a las tesis de Nóbrega, lo llevó a comunicar al provincial de Portugal, el 2 de setiembre de 1557 que, con el parecer favorable de los padres del Colegio de Bahía, había decidido aceptar todas las donaciones realizadas a la Compañía, «hasta paja». Pedía, acto seguido, una «buena donación de tierras» y esclavos de Guinea, ya que no era conveniente tener esclavos de aquella tierra. Los negros cultivarían las tierras, criarían ganado, pescarían, recolectarían vegetales y frutos y obtendrían agua y leña para abastecer a los colegios, liberando a los hermanos de esas tareas de modo que quedaran disponibles para otras actividades más directamente relacionadas con la evangelización [26].

Se formaron, así, dos corrientes en el seno de los jesuitas de la provincia de Brasil. Una encabezada por el padre Manuel da Nóbrega, que adoptaba una actitud pragmática y consideraba que la expansión de la Compañía implicaba la posesión de bienes y la utilización de esclavos; otra, cuya figura más representativa era el padre Luís de Grã, daba especial importancia a la pobreza y al ascetismo, rechazando, así, la posibilidad de que la Compañía aceptara bienes raíces y recurriese al uso de esclavos. Solamente admitía que, en caso de gran necesidad, se contratasen trabajadores, pero nunca que se adquiriesen esclavos [27].

A mediados de 1559, el padre Manuel da Nóbrega, de acuerdo con las instrucciones recibidas en Lisboa, abrió la primera vía de sucesión para el cargo de provincial. La nominación recayó en el padre Luís de Grã, su adjunto y antiguo rector del Colegio de Coimbra y después del de Olinda. En los primeros días de enero del año siguiente, Nóbrega entregó el gobierno de la provincia de Brasil a su sucesor y partió para San Vicente, en la armada de Mem de Sá, con destino a la bahía de la Guanabara [28].

Como era previsible, la orientación que imprimió el segundo provincial (1560-1571) divergía sustancialmente de la que, hasta entonces, había perfilado el fundador de la provincia de Brasil. En una

[26] Cfr. Serafim Leite, *op. cit.* vol. II, p. 348.
[27] Cfr. *idem, ibidem,* p. 470.
[28] *Apud Cartas do Brasil...*, pp. 391-394.

carta fechada el 12 de junio de 1561, redactada en la ciudad de San Vicente, Nóbrega exponía al padre Diego Láinez, segundo general de la Compañía (1558-1565), sus diferencias de opinión con el nuevo provincial, relacionadas, principalmente, con la posesión de bienes raíces y con el empleo de cautivos [29].

En respuesta a la exposición de Nóbrega, el general aprobó sus medidas y reconoció la utilidad de que la Compañía poseyera bienes raíces y desarrollara actividades económicas, concretamente la cría de ganado, como forma de asegurar el sustento de los niños indios y mestizos de los colegios, además de los padres, hermanos y trabajadores [30].

Con respecto a la cuestión de que los colegios poseyeran esclavos, ante las discordancias existentes, el general de la Compañía, a través de una carta, fechada el 25 de marzo de 1563 y firmada por el padre Juan de Polanco, delegó en el provincial de Portugal, padre Gonçalo Vaz de Melo (1561-1563), la resolución del asunto, debiendo comunicar a los padres Nóbrega y Grã la posición adoptada [31]. A pesar de esta iniciativa, la disputa quedó sin solución.

La decisión tomada por el general Láinez fue discutida por su sucesor, Francisco de Borja (1565-1572), que, en cartas fechadas el 30 de junio y el 22 de septiembre de 1567, dirigidas al visitador de la provincia de Brasil, padre Inácio de Azevedo (1566-1568), determinó que «[...] viesen en Brasil si era posible pasar sin tales encargos [...]» [32].

Las dificultades que la aplicación de las orientaciones preconizadas por el nuevo general provocaron en la expansión de las actividades misioneras y educativas desarrolladas por la Compañía de Jesús en la provincia de Santa Cruz, hicieron que se convocase una congregación provincial en 1568. El cónclave elaboró un documento en el que se reafirmaba la necesidad vital de que los colegios poseyeran haciendas para la cría de ganado como forma para garantizar la continuación de las tareas evangelizadoras en tierras brasileñas. La

[29] Cfr. Serafim Leite, *op. cit.*, vol. I, p. 176.

[30] Véase la carta del «P. Juan de Polanco por comissão do P. Geral Diego Laynes ao P. Gonçalo Vaz de Melo, Provincial de Portugal», *apud Monumenta Brasiliae*, Serafim Leite (dir.), vol. III (1558-1563), Roma, 1958, p. 543.

[31] Cfr. Serafim Leite, *op. cit.*, vol. I, p. 176.

[32] *Idem, ibidem.*

asamblea provincial decidió, además, autorizar a los superiores de sus establecimientos para que adquiriesen los esclavos necesarios, en el caso de que no hubiera otro medio para garantizar el funcionamiento de sus actividades.

La provincia de Brasil encargó al visitador Inácio de Azevedo que expusiese sus puntos de vista al general de la Compañía, señalándole los inconvenientes que se derivarían de la aplicación estricta de sus decisiones. Presionado por sus compañeros de la Tierra de Santa Cruz y por el parecer de Azevedo, Francisco de Borja acabó por ceder y dar su asentimiento para que los colegios brasileños pudieran tener el ganado que fuese necesario para su sustento. Según la opinión del padre José de Anchieta, que desempeñó el cargo de provincial de Brasil entre 1577 y 1587, sin tierras, sin cría de ganado y, en consecuencia, sin esclavos, sería imposible asegurar la subsistencia de la Compañía [33].

Después de un largo debate que implicó a Nóbrega, Luís de Grã, Diego Laínez, Francisco de Borja, Luís de Molina y otros, la Compañía de Jesús optó por integrarse en el sistema productivo, aceptando bienes raíces, adquiriendo mano de obra esclava, sobre todo negra, y produciendo para el mercado, con la finalidad de obtener recursos destinados a financiar las actividades de los misioneros, el funcionamiento de los establecimientos de enseñanza y de las obras asistenciales, así como la construcción y embellecimiento de las iglesias, colegios y residencias.

La Compañía de Jesús y la cuestión de la esclavitud de los negros

La adquisición de esclavos por la Compañia planteaba el problema de si la privación de libertad resultaba de una guerra justa. Ahora bien, en el caso de los negros, esa averiguación era impracticable. Se decidió, pues, seguir el parecer de la Junta de Burgos, que, en 1511, para facilitar y legitimar la entrada de negros en la América española, adoptó el presupuesto de que «todos los africanos transferidos ya eran esclavos en sus países de origen» [34]. Al cambiarlos de país, sólo cambiaban de amos.

[33] Cfr. *ibidem*.

[34] Evaristo de Morais, *A Escravidão africana no Brasil (das origens á extinção)*, 2.ª ed., Brasília, 1986, p. 18.

Una opinión frontalmente contraria la proponía el jesuita Miguel García. Para este sacerdote, ningún esclavo oriundo de África o de América era un justo cautivo, por lo que se negaba a confesar a todos los que poseyeran esclavos, incluyendo a algunos padres del Colegio de Bahía. En una carta, fechada el 26 de enero de 1583, Miguel García comunicaba al quinto general, Claudio Aquaviva (1581-1615), que la Compañía poseía una multitud de esclavos en la provincia de Brasil —particularmente en el Colegio de Bahía—, circunstancia que él no podía aceptar de ninguna manera, por no estar profundamente convencido de que habían sido capturados lícitamente. Añadía, además, que aquel colegio tenía 60 personas originarias de Guinea y un gran número de esclavos de aquella tierra, entre reales y dudosos, hecho que le provocaba muchos escrúpulos [35].

Otro jesuita que protestó contra la esclavitud fue el padre Gonçalo Leite, primer profesor de Artes en Brasil. Su posición ante los colonos y ante sus propios compañeros originó el nacimiento de hostilidades con la Compañía, así como la inquietud en el interior de las comunidades de jesuitas. La solución encontrada acabó por ser idéntica a la que se adoptó en el caso del padre García, o sea, la orden de regresar a la metrópoli por inadaptación [36].

La delicadeza de esta cuestión, debido a los problemas de conciencia que había provocado, justificó que sobre ella se pronunciasen los teólogos y jurisconsultos jesuitas. A finales del siglo XVI, Luís de Molina (1535-1600), antiguo profesor de las Universidades de Coimbra y de Évora y una de las glorias intelectuales de la Compañía, publicó el primer tomo de su tratado, en seis volúmenes, *De Iustitia et iure* (Venecia, 1594). En esta obra, el pensador jesuita se ocupa, entre otros problemas, de la cuestión de la esclavitud. En la disputa treinta y dos del Tratado II, analiza la legitimidad de la institución, concluyendo que la esclavitud sería lícita y justa si los títulos fueran legítimos, lo que era manifiesto por la opinión común de los doctores, por el Derecho Civil y Canónico y también por la Sagrada Escritura. En las disputas treinta y cuatro y treinta y cinco, se pronuncia sobre el origen de los esclavos (de la guerra o del comercio),

[35] Cfr. Serafim Leite, *op. cit.*, vol. II, pp. 227-228.
[36] Cfr. *idem, ibidem.*

así como sobre la naturaleza de las diferentes guerras, considerando algunas justas y, por consiguiente, legítimos los cautivos resultantes de ellas, por lo que los mercaderes y los compradores no tenían obligación moral de informarse sobre los respectivos títulos [37].

La larga convivencia de la Iglesia con la esclavitud, cuya legitimidad —en ciertas condiciones— acabó por ser teorizada por sus doctores [38]; la percepción de que la oposición a la introducción de esclavos negros en Brasil contribuía a intensificar las operaciones de esclavitud de los indios; la consciencia de que la importación de mano de obra esclava constituía una necesidad vital para el funcionamiento de la economía de la colonia y la percepción de que la supervivencia de las actividades de evangelización dependía del recurso al trabajo de cautivos acabaron por convencer definitivamente a la aplastante mayoría de los ignacianos para aceptar el uso de cautivos, sobre todo negros, en sus casas y unidades productivas, consagrando, por consiguiente, la victoria de defensores de la corriente pragmática ante los puristas de la corriente ascética [39].

Esclarecidas las cuestiones doctrinarias relacionadas con la legitimidad de la adquisición de esclavos por la compañía, los jesuitas orientaron su acción con respecto a los cautivos en varios sentidos. Desarrollaron esfuerzos con el fin de promover la culturización y catequización de los negros, principalmente a través de la creación de Escuelas de Doctrina Cristiana en lenguas africanas; procuraron elaborar normas de comportamiento para que los amos suavizaran la situación de los esclavos y lucharan por la defensa de sus derechos espirituales.

Los ignacianos defendían en los púlpitos que los propietarios de esclavos tenían la obligación de permitir a sus servidores el acceso al aprendizaje de la doctrina cristiana y el cumplimiento de sus deberes religiosos, permitiéndoles descansar los domingos y fiestas de

[37] Cfr. *Idem*, «A Companhia de Jesus e os Pretos do Brasil», *Brotéria* (Lisboa), 68 (1959), pp. 134-135.

[38] Cfr. Fernando Cristóvão, *A Abolição de Escravatura e a obra precursora do Pe. Manuel Ribeiro Rocha*, comunicación presentada a la Academia de Ciencias de Lisboa el 14 de mayo de 1992 (en prensa).

[39] Cfr. Jorge Couto, *O Colégio dos Jesuítas do Recife e o destino do seu património (1759-1777)*, disertación de doctorado presentada en la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa, vol. I, Lisboa, 1990, pp. 217-225.

guardar, con el fin de permitirles alcanzar la liberación del mayor y más pesado cautiverio, que era el de las almas. Además de las obligaciones espirituales, los señores tenían, igualmente, el deber de asegurar el sustento material de sus subordinados.

La estrategia adoptada por los religiosos con respecto a los africanos pretendía, por una parte, intentar eliminar los aspectos más brutales del sistema esclavista, intentando convencer a los señores para que adoptaran un modelo de conducta más humano, y, por otro, intentar que los cautivos se conformaran con su vida terrenal, animándolos a luchar por la conquista de la salvación eterna.

La evangelización de los cautivos constituyó un foco endémico de conflictos entre la Compañía de Jesús y los señores de esclavos, debido a las críticas de los religiosos al reducido número de bautizos y bodas de negros. Éstos encontraban gran resistencia por parte de sus propietarios, siendo minoritario el número de aquellos que aprobaba la unión de sus trabajadores de acuerdo con los ritos católicos. Según un historiador norteamericano, el hecho de que la mayoría de los cautivos de Bahía no se casara cristianamente derivaba de la «resistencia de los africanos a participar en uniones según los modelos católicos» y en «el deseo de los señores de evitar la interferencia externa en la administración de la esclavitud». En suma, los propietarios se mostraban generalmente contrarios a «instruir a los esclavos, bautizarlos o permitir que se casen en la Iglesia» [40].

Intercambios de civilización

El mestizaje, el intercambio, la actividad misionera y el ingenio desempeñaron un papel fundamental en el proceso de aculturación entre indios, portugueses y africanos en los primeros tiempos de la construcción de Brasil.

Uno de los elementos fundamentales del contacto interétnico fue la mujer indígena, representante de las funciones domésticas y principal fuerza productiva en el sustento del grupo tribal. Ella constituyó, gracias a la gradual y creciente unión con europeos, un

[40] Stuart B. Schwartz, *Segredos Internos: Engenhos e Escravos na Sociedade Colonial, 1550-1835*, trad. port., São Paulo, 1988, p. 317.

instrumento para la desorganización social y ulterior transferencia de propiedad de los medios de producción de las sociedades nativas a la emergente sociedad colonial (1). Además de este aspecto fundamental, los lazos matrimoniales entre portugueses y mujeres indias contribuyeron a que los primeros adoptasen muchos hábitos tupís (en la alimentación, en el mobiliario doméstico, en las formas de sociabilidad, etc.), provocando, así, informalmente, la aculturación de los colonos [42].

Los mestizos desempeñaron un papel decisivo como agentes de aculturación, sintetizando, en una primera fase, los elementos de las culturas europea y amerindia, transmitiéndolos a grupos tribales que nunca habían entrado en contacto con los portugueses. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, el proceso de aculturación fue enriquecido por el elemento africano, iniciándose, entonces, la gradual simbiosis entre los componentes americano-euro-africanos que molderarían biológica y culturalmente la formación de la sociedad brasileña.

La lengua tupí constituyó un vehículo privilegiado de contacto entre europeos e indígenas, extendiéndose a otras formaciones lingüísticas amerindias. Funcionó, en la práctica, como una verdadera «lengua general», designación que, sin embargo, solamente empezó a utilizarse en la segunda mitad del siglo XVII. Hasta entonces se hablaba de la «lengua de Brasil», «lengua de la tierra» y, sobre todo, «lengua brasileña» [43]. No sería sorprendente que los primeros jesuitas le hayan dedicado especial atención, estudiándola y elaborando, incluso en el siglo XVI, algunas obras sobre el tema. El primer *Vocabulário na Língua Brasileira* fue compuesto por el padre Leonardo do Vale (1538-1591 aproximadamente), que vivió casi cuarenta años entre los indios de Bahía, Porto Seguro y São Paulo, fue nombrado, en los comienzos de la década de los setenta, lector de Lengua Brasileña en el Colegio de Bahía. Elaboró, además, una *Doutrina Geral na Língua do Brasil* (1574), así como sermones y avisos para la educación e instrucción en la lengua de Brasil [44].

[41] Cfr. Salete Neme Maria da Conceição Beltrão, «Tupinambá, Franceses e Portugueses no Rio de Janeiro no Século XVI», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), p. 143.

[42] Cfr. Jaime Cortesão, *Introdução à História das Bandeiras*, vol. II, Lisboa, 1964, p. 131.

[43] Cfr. Aryon Dall'igna Rodrigues, *Línguas Brasileiras. Para o conhecimento das línguas indígenas*, São Paulo, 1987, pp. 99-101.

[44] Cfr. Serafim Leite, «Leonardo do Vale, autor do primeiro "Vocabulário na Língua Brasílica"», *Verbum* (Río de Janeiro), I (1944), pp. 18-28.

El padre José de Anchieta, por su parte, redactó la primera *Arte da Grammatica da Lingoa mais usada na costa do Brasil*, que circuló manuscrita largo tiempo, mereciendo privilegio de impresión en Coimbra, en 1595, en el despacho de António de Mariz. Esta obra, de carácter fuertemente comparatista, principalmente con el latín, «representa una nueva estrategia para abordar las lenguas exóticas que entran en el coloquio del Mundo descubierto» [45]. Compuso, además, un *Diálogo de doctrina Christã*, un *Confessionário Brasílico*, sermones, poesías, cantigas y otras obras en lengua tupí.

De los contactos lusoamerindios derivaron, concretamente, contribuciones lingüísticas que se traducirían en la incorporación en la lengua portuguesa de vocablos de origen tupí-guaraní, sobre todo los unidos a especies botánicas, concretamente *ananás* (del guaraní *nanã*), *abacaxi, aipim, amendoim* (de la raíz tupí *mindoim* u otras variantes, influidas por el vocablo *amêndoa*), *araçá, caju, jenipapo, mandioca, mangaba, maracujá* y *piaçaba*, o zoológicas, como *arara, cutia, jararaca, maracan, paca, saguim, surucucu, tamanduá, tatu, toim, tucano* y *urubu*, además de otros relacionados con la gastronomía, concretamente *beiju, mingau, pipoca* o *tapioca* [46].

Se produjo una rápida adopción, por los indígenas, de la tecnología europea en los diferentes dominios: desde la agricultura y la pesca a la construcción de vivendas y a la guerra. Se ha de destacar que la introducción de utensilios metálicos aumentó el rendimiento de las actividades indígenas, concretamente a través del uso de hachas para talar los árboles, de azadas en el cultivo de la tierra y de cuchillos para cortar las ramas de la mandioca; del anzuelo de metal —el *pindaré* (anzuelo diferente) y de puntas de hierro en los arpones de la pesca y de la plancha de hierro perforada en el rallador— en sustitución de piedras agudas, dientes o espinos [47].

El conocimiento del perro —utilizado por los indios para perseguir a los animales y forzarlos a abandonar los escondrijos—, asocia-

[45] Maria Leonor Carvalhão Buescu, *A Galáxia das Línguas na Época da Expansão*, Lisboa, 1992, pp. 150-153.

[46] Cfr. António Geraldo da Cunha, *Dicionário Histórico das Palavras Portuguesas de Origem Tupi*, 3.ª ed., São Paulo, 1989.

[47] Cfr. Lucia Hussak van Velthem, «Equipamento Doméstico e de Trabalho», *Suma Etnológica Brasileira 2. Tecnologia Indígena*, Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., Petrópolis, 1987, pp. 99-100.

do al uso de armas de fuego facilitó la caza [48]. El uso de armas europeas, incluyendo las de fuego, aumentó la eficacia de las expediciones y alteró los modelos guerreros, pero el aumento del clima de conflicto provocó un cambio en las estructuras de los asentamientos indígenas, generalizándose la construcción de empalizadas [49]. Algunos autores sospechan que el uso de barro en las construcciones indígenas se pudo deber, también, a la influencia lusitana [50].

Ya que el proceso de aculturación en tierras brasileñas tuvo un carácter recíproco, también los portugueses asimilaron productos, objetos, estilos de vida e, incluso, tácticas guerreras aborígenes, principalmente la de las emboscadas.

Uno de los hábitos amerindios que más arraigó en las costumbres de los colonos fue el consumo de tabaco, ampliamente utilizado en las sociedades indígenas con finalidades mágico-religiosas y medicinales, pero que también se fumaba y se mascaba, según lo comprueba el descubrimiento arqueológico de las cachimbas [51]. La práctica se divulgó de tal forma que el primer obispo de Brasil condenó públicamente al donatario de Espírito Santo, Vasco Fernandes Coutinho, por practicar el rito mundano de «beber humo» como los hombres bajos [52]. En el decenio de los ochenta, un jesuita censuraba a gran parte de los portugueses que vivían en Brasil por «beber este humo, y lo tienen por vicio, o por pereza, e, imitando a los indios, gastan en ello días y noches» [53]. Este hábito fue introducido en Portugal por Luís de Góis, uno de los compañeros de Martim Afonso de Sousa en la fundación de San Vicente que acabó, posteriormente, por ingresar en la Compañía de Jesús. El embajador francés Nicot lo conoció en Portugal, remitiendo muestras a Catalina de

[48] Cfr. Julio Cezar Melatti, *Índios do Brasil*, 6.ª ed., São Paulo, 1989, pp. 48-49.

[49] Cfr. Gabriela Martin, «A Pré-História do Brasil no Século do Descobrimento. Apresentação e Proposta», *Revista de Arqueologia* (São Paulo), 7 (1993), p. 6.

[50] Cfr. Maria Cristina Mineiro Scatamacchia y Francisco Moscoso, «Análise do Padrão de Estabelecimentos Tupi-Guarani: Fontes Etno-históricas e Arqueológicas», *Revista de Antropologia* (São Paulo), 30/31/32 (1989), p. 43.

[51] Cfr. John M. Cooper, «Estimulantes e Narcóticos», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia*, Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., Petrópolis, 1987, pp. 101-106.

[52] Cfr. Carta de Duarte da Costa a João III (Salvador, 20 de mayo de 1555), *apud HCPB*, Carlos Malheiro Dias (coord.), vol. III, Oporto, 1926, p. 375.

[53] Fernão Cardim, *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, introducción y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo Garcia, 3.ª ed., São Paulo, 1978, p. 108.

Medicis con recomendaciones sobre sus virtudes medicinales, divulgándose en Francia, inicialmente con la designación de «hierba de la reina» y, después, como homenaje a aquel diplomático, como «nicotina» [54].

La colonización de Brasil procovó uno de los más grandes procesos de cruce intercontinental de especies vegetales. Desde el reino y las islas, los colonos portugueses llevaron, además de la caña de azúcar, árboles frutales (vides, higueras, naranjos, limoneros, cidros) y hortalizas (coles, lechugas, nabos, rábanos, pepinos, cilantro, hinojo, perejil, menta, ajos, berenjenas, poleo, berros, zanahorias, espinacas, etc.) que ya se encontraban abundantemente en Bahía en 1587 [55].

A lo largo del siglo XVI, los portugueses introdujeron, también, en América del Sur diferentes plantas de origen asiático y africano. A mediados del siglo XVI, difundieron en tierras brasileñas plantas orientales (el *coqueiro,* una variedad de arroz, *Oryza sativa,* y el melón) y africanas (sandía, guindilla, *inhame,* datilera y judía-congo o guisante y *quiabo*) [56]. Los botánicos consideran que la bananera de Santo Tomé fue trasplantada por los portugueses a principios del siglo XVI, a pesar de que João de Léry y Gabriel Soares de Sousa afirmaran que las bananas (*pacovas* o *pacobas* en tupí) eran naturales de la tierra [57]. Sin embargo, ambos no llegaron a Brasil hasta la segunda mitad del siglo XVI, por lo que es perfectamente posible que su difusión haya podido deberse a los miembros de las guarniciones de las factorías de Cabo Frío e Igraçu o a los primeros colonos. Los lusitanos plantaron, además, especies americanas inexistentes en la provincia de Santa Cruz, principalmente, entre 1578 y 1586, la papaya, originaria de los Andes [58].

[54] Cfr. Carlos Franca, «Os Portugueses do século XVI e a história Natural do Brasil», *Revista de História* (Lisboa), XV (57-60), 1926, pp. 81-84.

[55] Cfr. Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil,* Pirajá da Silva (ed.), São Paulo, s. d., vol. I, pp. 304-315.

[56] Cfr. J. E. Mendes Ferrão, «Difusão das Plantas no Mundo através dos Descobrimentos», *Mare Liberum* (Lisboa), 1 (1990), pp. 131-142.

[57] Cfr. Carl O. Sauer, «As Plantas Cultivadas na América do Sul Tropical», *Suma Etnológica Brasileira 1. Etnobiologia,* Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., Petrópolis, 1987, pp. 77-78.

[58] Cfr. José E. Mendes Ferrão, *A Aventura das Plantas e os Descobrimentos Portugueses,* Lisboa, 1992, p. 122.

Con respecto a las especies animales, son destacables, por su importancia económica, la introducción en Brasil de bueyes, vacas, caballos, yeguas, burros, cerdos, carneros, ovejas, cabras, gallinas, patos y pavos, además del perro y del gato.

En el campo de la alimentación, los portugueses introdujeron en su dieta muchos productos indígenas, especialmente la mandioca, pero también la calabaza, el *comandá* (judía), el cacahuete, la pimienta, la caza, los pescados y los frutos.

Las mujeres portuguesas preparaban diferentes especialidades culinarias basadas en derivados de la mandioca, concretamente los *beijus,* pasteles parecidos a las filloas, hechos con harina y condimentados con leche de coco, azúcar y adornados con canela y, a partir de la tapioca (fécula alimenticia de la mandioca), la «tapioca-mojada» o «tapioca de coco» [59]. Con la *carimã* (harina seca fina) caliente hacían «muy buen pan y pasteles amasados con leche y yema de huevos» y otras «mil invenciones» [60] que eran muy apreciadas. De acuerdo con una obra redactada en 1587 por un señor del ingenio de la ensenada de Bahía, las mujeres de Bahía confeccionaban, con cacahuete, «todas las cosas dulces, que sirven como las almendras, y, cortados, los mezclan con azúcar, como los confetis. Y también los disponen en piezas delgadas y largas, de las que hacen piñonates» [61]. Varias frutas, además de consumirlas frescas, se utilizaban también para hacer conservas (piña) y mermeladas (*ibá, camuci y araçá*) que, ya en 1561, se enviaban a Portugal para tratar a los enfermos [62].

Los contactos lusoamerindios provocaron, también, intercambios de enfermedades, siendo los segundos, sin embargo, los que fueron violentamente afectados por un «choque de microbios» [63]. Durante milenios, los amerindios estuvieron aislados del resto de la humanidad, viviendo, como afirma Pierre Chaunu, en un «universo enclavado», durante este tiempo perdieron un «determinado número de genes neutros o inútiles» [64].

[59] Cfr. Luís da Câmara Cascudo *História da Alimentação no Brasil*, vol. 1, São Paulo, 1967, p. 101.

[60] Gabriel Soares de Sousa, *op. cit.*, vol. I, pp. 319-326.

[61] *Idem, ibidem*, p. 335.

[62] Carta al padre Francisco Henriques (San Vicente, 12 de junio de 1561), *apud Cartas do Brasil...*, pp. 377-378.

[63] Luís Filipe de Alencastro, *op. cit.*, p. 99.

[64] Jean-Charles Sournia y Jacques Ruffie, *op. cit.*, p. 151.

Enfermedades corrientes entre los europeos y que generalmente no provocaban la muerte, como la gripe, el sarampión, las paperas o la difteria, provocaron verdaderas hecatombes en las poblaciones indígenas que no poseían defensas inmunológicas para resistir las novedades patológicas. Por su parte, la viruela fue el origen de brotes epidémicos que contribuyeron en gran medida a diezmar a la población aborigen, hecho que se puede ilustrar por los efectos que produjo, por ejemplo, en las poblaciones de los jesuitas de la ensenada de Bahía, en 1562-1563, causando unas 30.000 víctimas entre los indios en el corto espacio de tiempo de dos o tres meses. La introducción de esclavos negros en Brasil originó, también, la propagación del virus de la fiebre amarilla y del paludismo [65].

La difusión de las enfermedades no tuvo un sentido unívoco, sino que se produjo, tal como sucedió con las especies vegetales y animales, un intercambio entre las dos orillas del Atlántico. Por el contacto con los amerindios, se introdujo en Europa la enfermedad más común entre los indígenas, la *piã* o buba, una treponematosis no venérea que produce lesiones cutáneas y óseas [66].

En Brasil del siglo XVI fue, sobre todo, el grupo tupí-guaraní el que más sufrió los efectos del contacto, ya que se encontraban establecidos a lo largo de la costa, habiendo escapado las poblaciones que ocupaban el *sertão* al choque biológico inicial.

[65] Cfr. *idem, ibidem*, pp. 152-162.

[66] André Prous, *Arqueologia Brasileira*, Brasilia, 1992, p. 421.

CONSIDERACIONES FINALES

«Y para la hora de tan gran tierra, llamémosla Provincia»
João de Barros, *Asia, Primeira Década* (1552).

«Este Brasil es ya otro Portugal»
Fernão Cardim, *Tratados da Terra e Gente do Brasil* (1585).

A lo largo de milenios, los primitivos habitantes del territorio brasileño ocuparon progresivamente el vasto espacio sudamericano, desarrollaron un determinado modelo de aprovechamiento del ecosistema, construyeron cierto tipo de civilización y combatieron ferozmente por la conquista de los espacios ecológicos más favorables.

Independientemente de que una parte de la costa septentrional de Brasil —que hasta el siglo XVII no se incorporaría a la Corona de Portugal— hubiera sido reconocida con anterioridad a la llegada de la segunda armada de la India a Porto Seguro y de la polémica en torno a su intencionalidad o casualidad, lo cierto es que no se divulgaron noticias en los otros estados europeos sobre el «hallazgo» en la región occidental del Atlántico Sur de una tierra firme habitada por gentes desconocidas, hasta los contactos establecidos por los hombres de la escuadra de Cabral con la tierra y la gente brasileña, derivándose de ello la feliz expresión del historiador brasileño Capistrano de Abreu, el «descubrimiento sociológico de Brasil».

Con la llegada de las primeras expediciones portuguesas, se inició una nueva etapa en la historia de aquella región. El brote de expansión lusitana del siglo XV que, entre otras consecuencias, contribuyó decisivamente al establecimiento de lazos marítimos entre los diferentes continentes y a modificar la concepción de la Tierra, tuvo, también, profundas repercusiones en América del Sur.

En una primera fase (1500-1530), la relación entre portugueses e indígenas se limitó a la práctica del trueque, al establecimiento de un escaso número de desterrados en Brasil, a la llegada de algunos

indios a Portugal y a los poco fructuosos intentos de evangelización emprendidos por franciscanos.

A partir de finales de la década de los veinte del siglo XVI, João III decidió iniciar la colonización de Brasil, adoptando, a lo largo del período comprendido entre 1530 y 1548, tres modelos diferentes para garantizar el éxito de esa empresa, pretendiendo responder a la tenaz resistencia que opusieron algunos grupos tribales amerindios al establecimiento de portugueses en su territorio y a las alteraciones producidas en las vertientes geopolítica y económica mundiales.

A través del primer modelo (1530-1533), la Corona procuró asegurar exclusivamente con sus propios medios tan ambiciosa tarea. Sin embargo, en un breve período, concluyó que tal empresa exigía recursos financieros y demográficos de los que no disponía, debido a su endeudamiento en otras zonas geográficas del globo, consideradas entonces prioritarias.

El Gobierno real optó, a partir de 1534, por recurrir a particulares, a los que transfirió, en la práctica totalidad, la iniciativa de la colonización de la provincia de Santa Cruz. Este segundo modelo (1534-1548) se reveló, sin embargo, insuficiente para alcanzar los objetivos pretendidos, debido a la desproporción existente entre las elevadas exigencias materiales y humanas que su concreción implicaba y los recursos de que disponían los capitanes-gobernadores y, también, a los abusos a los que daba ocasión la total ausencia de fiscalización real.

A finales de 1548, João III decidió experimentar una tercera solución que implicaba un fuerte compromiso militar, económico y judicial de la Corona con el mantenimiento de las capitanías-donatarias, aunque retirara a sus titulares muchas de las competencias inicialmente concedidas. Adoptó, por consiguiente, un modelo mixto que, conjugando recursos reales y particulares, consolidaba la presencia lusitana en Brasil, defendiéndola, simultáneamente, de ataques internos y externos. Esta solución permitió alcanzar progresos significativos en la ocupación de la tierra brasileña, resistir victoriosamente los ataques franceses, fomentar el crecimiento económico y perfeccionar el funcionamiento de las instituciones.

Se puede afirmar que las características geográficas de varias regiones, con especial incidencia en el sudeste, dificultaron significati-

vamente la penetración brasileña en el *sertão*, condicionando la forma de ocupación del territorio brasileño en los siglos XVI y XVII.

El aislamiento del litoral, debido a las dificultades de traspasar las barreras topográficas, constituyó un elemento fundamental para la interpretación del proceso del siglo XVI de colonización de Brasil. La estrecha franja costera, separada del altiplano por sierras escarpadas y abruptas con alturas superiores a los 800 metros, localizadas a poca distancia de las tierras bajas, representaron un serio obstáculo para las comunicaciones entre los lugares portuarios de la costa y las zonas del altiplano de clima tropical de altura. Esta situación se vio agravada por la existencia de un reducido número de valles importantes entre los ríos Doce (al norte) y Jacuí (al sur).

Además de los condicionantes de naturaleza geográfica, factores de naturaleza socioeconómica y geopolítica constituyeron el origen de la «colonización puntual», o sea, la ocupación sólo de los puntos estratégicos de la franja costera. Al disponer Portugal de reducidos recursos demográficos en el siglo XVI, el Gobierno real optó por concentrarlos en la costa ya que, en primer lugar, urgía enfrentarse con la amenaza francesa, ocupando todas las bahías y desembocaduras de ríos capaces de permitir el anclaje de navíos galos y, en segundo lugar, las condiciones ideales para el cultivo de la caña sacarina y la fabricación del azúcar —esenciales para posibilitar la empresa colonizadora— se conjugaban en las proximidades de la costa marítima. Este «modelo insular» de establecimiento en el territorio brasileño fue recogido sagazmente por fray Vicente do Salvador, que escribió en 1625 que los portugueses se contentaron con arañar la costa, como los cangrejos, sin penetrar en el interior, como hicieron los españoles.

La estrategia lusitana de consolidación y ampliación de la América portuguesa constituyó, desde el punto de vista geopolítico, un trípode: con la elección de Bahía —región central en el siglo XVI— como sede del gobierno general, funcionando, según las palabras de un franciscano del siglo XVII, como el «corazón en el medio del cuerpo, donde todas se socorriesen y fuesen gobernadas»; con la fundación de São Paulo, base establecida en el altiplano de Piratininga, que constituía una cuña para la penetración en la región del Plata y, finalmente, con la creación de Río de Janeiro, ciudad que aseguraba el dominio efectivo de la bahía de la Guanabara, esencial,

por un lado, para mantener las uniones entre las capitanías del norte y las del sur y, por otro, a través del *sertão*, con São Paulo, reforzando, de ese modo, la seguridad de ambas poblaciones.

A mediados del siglo XVI, la fase de economía de trueque fue superada, consolidándose la economía de producción en que el cultivo de la caña y la fabricación de azúcar —complementadas con tierras de labor para los víveres, cría de ganado y cultivo de algodón— asumieron un papel primordial. La opción por la agricultura de exportación —única que permitía integrar a Brasil en la economía mundial— originó una estructura de posesión de la tierra caracterizada por la gran propiedad y por el recurso intensivo a mano de obra esclava, formada en primer lugar por indígenas que fueron siendo sustituidos, a mediados del siglo XVI, por cautivos africanos. Se produjo por ello un eje triangular: metrópoli-Brasil-África. Este tipo de estructura económica generó una formación social dominada por un restringido número de miembros (los señores de ingenio), en que la masa de población estaba constituida por esclavos, observándose la existencia de un sector intermedio poco numeroso (labradores, mercaderes y artesanos). A pesar de esta configuración, la sociedad colonial poseía un apreciable grado de movilidad.

El impacto de la colonización en el siglo XVI en las sociedades indígenas tuvo graves consecuencias, provocando, concretamente, la muerte, la esclavitud, la migración y la pérdida de identidad de numerosos grupos tribales, sobre todo tupís-guaranís.

Los cruces étnicos entre portugueses, amerindias y negras, así como entre las diferentes variables posibles, contribuyeron a crear una sociedad fuertemente mezclada, desde el punto de vista biológico, en la cual los intercambios lingüísticos, religiosos, técnicos, botánicos y zoológicos generaron una cultura dotada de una profunda originalidad.

ANEXO A

Las investigaciones de Haffer (1969) y Vanzolini (1970) sobre los modelos de distribución de la fauna en la Amazonia, así como de Journaux (1975) y Meggers (1976) sobre la flora, originaron el *modelo de los refugios*. De acuerdo con la interpretación de estos científicos, los límites de los altiplanos de las Guayanas y Brasil y las laderas de los Andes sirvieron como refugio a las floras y a los animales que se adaptaron durante las fases secas. Los diferentes retornos al clima tropical posibilitaron su regreso a la región amazónica, explicando de este modo, la gran variedad de especies botánicas y zoológicas que la pueblan. Cfr. P. E. Vanzolini, *Zoologia sistemática, Geografia e a Origem das Espécies*, São Paulo, 1970; A. Journaux, «Géomorphologie des bordures de l'Amazonie brésilienne: de modelé des versants; essai d'évolution páleo-climatique», *Bulletin de l'Assotiation des Géographes Français* (París), 52 (422-423), 1975, pp. 5-19; B. J. Meggers, «Vegetacional fluctuation and prehistory cultural adaptation in Amazonia: some tentative correlations», *World Archaeology* (Londres), 8 (3), 1977, pp. 287-303; J. Haffer, «Ciclos de Tempo e Indicadores de Tempos na História da Amazônia», *Estudos Avançados-USP* (São Paulo), 6 (15), 1992, pp. 7-39; A. N. Ab'Sáber, «The Paleoclimate and Paleoecology of Brazilian Amazonia», en *Biological Diversification in the Tropics*, G. T. Prance (ed.), Nueva York, 1982, pp. 41-59; B. J. Meggers, «Archeological and Ethnographic Evidence Compatible with the Model of Forest Fragmentation», *ibidem*, pp. 483-496; A. N. Ab'Sáber, «O Pantanal Mato-Grossense e Teoria dos Refúgios», *Revista Brasileira de Geografia* (Río de Janeiro), 50 (n.º especial), t. 2, 1988, pp. 9-57; P. E. Vanzolini, «Paleoclimas e

especiaço em animais na América do Sul tropical», *Estudos Avançados-USP*, São Paulo, 6 (15), 1992, pp. 41-65.

Anexo B

En la segunda mitad del siglo XVI, la Corona española atribuía una gran importancia a las obras geográficas portuguesas (cartas de navegación, informes de viajes, cuadernos de bitácora, etc.), principalmente al *Esmeraldo*. Felipe II encargó a Giovanni Bautista Gesio, estratégicamente situado como auxiliar de Juan de Borja, embajador en Lisboa, que adquiriese copias de las obras más importantes que eran necesarias para la definición de sus posiciones en las negociaciones con Portugal sobre la delimitación de fronteras en el Nuevo Mundo y en Oriente. El agente de Felipe II cumplió con éxito la misión que se le confió, remitiendo a España en 1573, un importante número de obras, entre las que figuraba el *Livro de cosmografia y marinharia* del que era autor Duarte Pacheco, cuyo rigor y mérito son subrayados por el cosmógrafo italiano. Cfr. Gregório Andrés, O. S. A., «Juan Bautista Gesio, cosmógrafo de Felipe II y portador de documentos geográficos desde Lisboa a la Biblioteca de El Escorial en 1573», *Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica*, serie B, 478, Madrid, Imprenta Aguirre, 1967.

Anexo C

El papel desempeñado por Bartolomeu Dias en la exploración del océano y el hecho de que haya sido señalada, en diferentes ocasiones, la presencia de su carabela —tipo de navío que siempre comandó— en aguas ecuatoriales entre 1497 y 1499 llevó a algunos autores —el primero de los cuales fue Gago Coutinho (véase su obra *Descobrimento do Brasil*, Río de Janeiro, 1955, pp. 7-31)— a proponer la hipótesis de que don Manuel había encargado a aquel navegante que efectuara misiones de exploración en el cuadrante sudoeste del Atlántico, durante las cuales «habría llegado a la costa brasileña»; entre ellos, puede verse Luis Adão da Fonseca, *O essencial sobre Bartolomeu Dias*, Lisboa, 1987, p. 52.

El testamento de Álvaro de Caminha, donatario de Santo Tomé, fechado el 24 de abril de 1499, confirma, por un lado, que Bartolomeu Dias estuvo en aquella isla a finales de 1498, habiéndose negado a embarcar a dos colonos que deseaban regresar al reino; por otro lado, revela la existencia de un *bacharel*, muy probablemente desterrado, que sirvió algún tiempo como oidor, dando orden de vender sus bienes y remitir el producto a San Jorge da Mina, donde quedaría a disposición de sus herederos, ya que, en aquella fecha, se desprende que éste, a pesar de estar vivo, se había ausentado definitivamente de aquel archipiélago; cfr. Jaime Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979, pp. 187-189.

Varios relatos de las primeras décadas del siglo XVI aluden frecuentemente a un desterrado —el *Bachiller*— que hacía muchos años que se encontraba en la Cananeia, punto del litoral brasileño por donde pasa, al sur, el meridiano de Tordesillas. Diogo Garcia, piloto portugués al servicio de la Corona española, escribió, en 1530, una *Relación y derrotero* de un viaje que efectuó, en 1527, al Río de la Plata, en la que informa que encontró en la región de San Vicente a un bachiller con sus yernos que vivía allí «hace más de treinta años». Pero Lopes de Sousa dio cuenta del encuentro el 17 de agosto de 1531, en la Cananeia, con el bachiller que «hace más de treinta años que está desterrado» en aquellas tierras; cfr. Jaime Cortesão, *op. cit.*, vol. II, p. 187.

A partir del análisis comparativo de estas fuentes, Jaime Cortesão llega a la conclusión de que el bachiller de Santo Tomé y el bachiller de la Cananeia son la misma persona. Después del regreso de Bartolomeu Dias del viaje de acompañamiento con Vasco de Gama al comienzo de la vuelta del Golfão y de la ida a la Mina, Manuel I le habría encargado, en 1498, determinar la región por donde pasaba, al sur, la línea de demarcación prevista en el Tratado de Tordesillas. Al final de ese año, el navegante se encontraba en Santo Tomé —hecho que se puede comprobar no sólo en el citado testamento, sino también en una carta enviada al monarca por Pedro Álvares de Caminha, primo y heredero del anterior, fechada el 30 de junio de 1499—, donde habría embarcado el bachiller, iniciando, entonces, a partir de aquella isla, que se encuentra en el Ecuador, la misión real que lo habría llevado, a comienzos de 1499, a la Cananeia (25° 3' S), lugar por donde pasaba el meridiano portugués, dejando allí a aquel

bachiller, que habría preferido cumplir la pena de destierro en los agradables parajes brasileños en vez de sufrir la aspereza de las condiciones de vida en la región ecuatorial (cfr. Jaime Cortesão, *op. cit.*, vol. II, pp. 187-192).

La serie de indicios y de convincentes pruebas indirectas, aunque no totalmente concluyentes, que originaron esta «hipótesis, tan sugerente como difícil de demostrar» llevó al más autorizado biógrafo del descubridor del cabo de Buena Esperanza a escribir que «eso corresponde a la verdad» —lo que no provoca ningún rechazo, sino todo lo contrario—. Queda, entonces, perfectamente explicado el motivo por el que Bartolomeu Dias está ausente del viaje de Vasco de Gama (después del recorrido inicial) y la razón por la estaría presente en la armada de Pedro Álvares Cabral» (Luis Adão da Fonseca, *op. cit.*, pp. 51-53).

Recientemente, el asunto fue el objeto de una interpretación de carácter náutico, de la que se resaltaba la siguiente propuesta de reconstrucción del pretendido viaje de 1498-1499 al litoral brasileño:

> Bartolomeu Dias sabía que Santo Tomé era una base ideal para las exploraciones del sudoeste del Atlántico y de Brasil. En una sola bordada, con amuras a estribor y los alisios de sudeste por la aleta o por la popa, de fuerza 3 o 4 (8 a 16 nudos) y la corriente ecuatorial sur a su favor, una carabela podría trasladarse en relación al fondo en torno a los 6 nudos y cubrir las 2.500 millas que separan Santo Tomé de Brasil en 15 o 20 días, en una navegación fácil, cómoda y segura. El mar es de un azul intenso debido a su gran transparencia, la altura de las olas raramente llega a un metro y medio, la visibilidad siempre es excelente y el cielo se mantiene sin nubes hasta la aproximación a la costa de Brasil y, lo que era muy importante, sin los problemas de atravesar el área de las calmas ecuatoriales.

(António Cardoso, *Bartolomeu Dias e o Descobrimento do Brasil*, Lisboa, en prensa, p. 11).

BIBLIOGRAFÍA

La presente obra se ha basado en una extensa bibliografía, acerca de la cual es posible obtener referencias completas consultando las notas señaladas a pie de página. No es éste lugar de indicar detalladamente todos los títulos utilizados, ya se trate de libros o artículos, y se ha preferido seleccionar los trabajos esenciales, de acuerdo con el planteamiento general de la colección en la que se incluye esta obra.

En lo que concierne a los temas relativos a la geografía, la obra de conjunto más significativa es *Brasil. A Terra e o Homem*, coordinada por Aroldo de Azevedo, vol. I, São Paulo, 1964. Esta obra se complementa con el capítulo de Aziz Nacib Ab'Sáber, «Fundamentos geográficos de la historia brasileira», en *História Geral da Civilização Brasileira* (coord.) Sérgio Buarque de Holanda 7.ª ed., vol. I, São Paulo, 1985.

Las obras de base sobre los orígenes y la evolución de las sociedades tupís-guaranís son:

Alfred Métraux, *La civilisation matérielle des tribus tupi-guarani*, París, 1928.

—, *A Religião dos tupinambás e suas relações com as das demais tribus tupi-guaranis*, prefacio, traducción y notas de Estevão Pinto y presentación de Egon Schaden, 2.ª ed., São Paulo, 1979.

Florestan Fernandes, *A função social da guerra na sociedade tupinambá*, 2.ª ed., São Paulo, 1970.

——, *A Organização dos tupinambá*, 2.ª ed., São Paulo/Brasilia, 1989.

Hélène Clastres, *La terre sans mal. La prophétisme tupi-guarani*, París, 1975.

Suma Etnológica Brasileira, Berta G. Ribeiro (coord.), 2.ª ed., vols. I-II, Petrópolis, 1987.

Aryon dall'Igna Rodrigues, *Línguas brasileiras. Para o conhecimento das línguas indígenas*, São Paulo, 1987.

André Prous, *Arqueologia brasileira*, Brasilia, 1992.

História dos índios no Brasil, Manuela Carneiro da Cunha (coord.), São Paulo, 1992.

Para los aspectos relacionados con el tratamiento de la cuestión del descubrimiento y de los primeros viajes de exploración del litoral de Brasil, las obras clásicas son las siguientes:

Duarte Leite, *História dos Descobrimentos. Colectânea de Esparsos*, Vitorino Magalhães Godinho (coord.), 2 vols., Lisboa, 1959-1962.

Jaime Cortesão, *A Carta de Pero Vaz de Caminha*, Río de Janeiro, 1943.

——, *História do Brasil nos velhos mapas*, vol. I, Río de Janeiro, 1965.

——, *A expedição de Pedro Álvares Cabral e o descubrimiento do Brasil*, 2.ª ed., Lisboa, 1967.

——, *História dos descobrimentos portugueses*, vol. II, Lisboa, 1979.

Damião Peres, *O descobrimento do Brasil por Pedro Álvares Cabral. Antecedentes e intencionalidade*, Oporto/Río de Janeiro, 1949.

T. O. Marcondes de Sousa, *O descobrimento do Brasil. De acordo com a documentação histórico cartográfica e a náutica...*, 2.ª ed., São Paulo, 1956.

Los trabajos más actualizados sobre el tema se publicaron en la *História Naval Brasileira*, dirigida por Max Justo Guedes, vol. I, t. 1, Río de Janeiro, 1975.

Sobre la colonización lusitana de Brasil, las obras de carácter general, de indispensable consulta, son:

Visconde de Porto Segur [illegible] *tória geral do Brasil antes da sua separação e independência de Port* [illegible] ed., vol. I, São Paulo, s. d.

História da colonização [illegible] *guesa do Brasil*, Carlos Malheiro Dias (coord.), 3 vols., Oporto, 1921-1926.

História Geral da Civilização Brasileira , Sérgio Buarque de Holanda (coord.), 7.ª ed., vol. I, São Paulo, 1985.

O império luso-brasileiro (1500-1620), Harold Jonhson y Maria Beatriz Nizza da Silva (coords.). Es el volumen VI de la *Nova história da expansão portuguesa*, dirigida por Joel Serrão y A. H. de Oliveira Marques, Lisboa, 1992, que se publicó cuando esta obra estaba en fase de preparación.

Para el tratamiento de las cuestiones de la naturaleza geopolítica, militar y estratégica, es esencial la consulta de las siguientes obras:

Jaime Cortesão, *A fundação de São Paulo, capital geográfica do Brasil*, Río de Janeiro, 1955.

Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no século XVI*, 2 vols., Lisboa, 1965.

Jorge Borges de Macedo, Histórica diplomática portuguesa. Constantes e linhas de força. Estudo de geopolítica, vol. I, Lisboa, 1987.

Son fundamentales para profundizar en los aspectos económicos y sociales las siguientes obras:

Gilberto Freire, *Casa Grande & Senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal,* 4.ª ed., definitiva, 2 vols., Río de Janeiro, 1943.

Vitorino Magalhães Godinho, *Os descobrimentos e a economia mundial,* 2.ª ed., corregida y ampliada, vol. IV, Lisboa, 1987.

Frédéric Mauro, *Portugal, o Brasil e o Atlântico (1570-1670),* (traducida al portugués), 2 vols., Lisboa, 1989.

Stuart B. Schwartz, *Segredos internos: engenhos e escravos na sociedade colonial, 1550-1835,* (traducida al portugués), São Paulo, 1988.

Vera Lúcia Amaral Ferlini, *Terra, trabalho e poder. O mundo dos engenhos no nordeste colonial,* São Paulo, 1988.

Para las cuestiones relacionadas con las misiones, la obra fundamental sigue siendo la de Serafim Leite, *História da companhia de Jesus no Brasil,* 10 vols., Lisboa-Río de Janeiro, 1938-1950.

Historia de España, Madrid, Editorial Gredos, 1952-1958.
Historia de Portugal, Lisboa, Ediciones Ática, 1992.
Portugal, Espanha e Brasil, Lisboa, Ediclube, 1987.

Gilberto Freire, Casa Grande e Senzala, Rio de Janeiro, Editora José Olympio, 1933.
Magalhães Godinho (coord.), 2 vols., Lisboa, 1959-1962.
Vitorino Magalhães Godinho, Lisboa, Ed. Vega, 1981.
——, *História do Brasil*, vol. II, Lisboa, Verbo, 1971.
ed. corregida y ampliada, vol. II, Lisboa, Verbo, 1971.
Helio Alves, Portugal e o Brasil, o Império luso-brasileiro (1750-1822), Lisboa, Editorial Notícias, 1986.
tugueses, 2 vols., Lisboa, 1984.
Sílvio R. Schiavo, *Formação histórica do povo brasileiro*, São Paulo, 1984.
Vera Lúcia Amaral Ferlini, Terra, trabalho e poder. O engenho na economia colonial, São Paulo, 1988.
Damião Peres, *O descobrimento e a portugalidade*, São Paulo, 1956.
T. O. Marcondes de Souza, *O descobrimento do Brasil*, 1956.
Formação histórica do povo brasileiro e a sociedade, 2ª ed., São Paulo, 1956.
Dias das operações relacionadas com as minas, in *Obras completas*, vol. II, Lisboa, 1973.
Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1936.
vols., Lisboa-Rio de Janeiro, 1938-1950.

Sobre la colonización inicial de Brasil, las obras de carácter general, de indispensable consulta, son:

Visconde de Porto Seguro, *História geral do Brasil antes da sua separação e independência de Portugal*, 4ª ed., vol. I, São Paulo, s. d.
História da colonização portuguesa do Brasil, Carlos Malheiro Dias (coord.), 3 vols., Oporto, 1921-1926.
História Geral da Civilização Brasileira, Sérgio Buarque de Holanda (coord.), 7ª ed., vol. I, São Paulo, 1985.
O império luso-brasileiro (1500-1620), Harold Johnson y Maria Beatriz Nizza da Silva (coord.). Es el volumen VI de la *Nova história da expansão portuguesa*, dirigida por José Serrão y A. H. de Oliveira Marques, Lisboa, 1992, que se publicó cuando esta obra estaba en fase de preparación.

Para el establecimiento de las cuestiones de la naturaleza geopolítica, militar y estratégica, es esencial la consulta de las siguientes obras:

Jaime Corrêa, *A fundação de São Paulo, capital geográfica do Brasil*, Río de Janeiro, 1955.
Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no século XIX*, 2 vols., Lisboa, 1965.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Ab' Sáber, Aziz Nacib, 13
Abraham de Beja, 149
Abraham Zacuto, 150, 160
Abreu, Capistrano de, 391
Acuña, Rodrigo de, 242
Adorno, Francisco, 257
Adorno, José, 257, 268, 363
Adorno, Paulo, 257, 281, 282, 366
Adovasio, J., 39
Afonso, André, 250
Afonso V, rey de Portugal, 138, 154, 227
Aimbiré, 305
Albuquerque, Afonso de, 177, 231
Albuquerque, Beatriz de, 355
Albuquerque, Catarina de, 366
Albuquerque, Jerónimo de, 269, 338, 355, 363, 366
Albuquerque, Jorge de, 341
Alejandro VI, papa, 142, 145, 149, 153, 188, 208, 269
Alenquer, Pero de, 169
Allesgle, Helies, 243, 244
Almada, Aires de, 149
Almazán, Miguel Pérez de, 208
Almeida, António Rodrigues de, 257
Almeida, Francisco de, 142, 161
Almeida, João de Brito de, 363
Almeida, Luís de Brito, 321
Alpedrinha (cardenal), 188
Altero, Cristóvão de Aguiar de, 257, 363
Álvares, Diogo, 257, 281, 285, 366, 369
Álvares, Gabriel, 285, 366
Álvares, Gaspar, 285, 366
Álvares, Jorge, 285, 366
Álvares, Rodrigo, 233
Álvarez de Toledo, Fernando, 155
Álvarez Kern, Arno, 13
Anchieta, José de, 301, 305, 323, 327, 378, 381, 386
Andrade, Fernão Álvares de, 282
Andrade, João de, 304
Andrade, Simão da Gama de, 284, 363
Ango, Jean, 288
Aquaviva, Claudio, 382
Aracundá Mirim, 116
Araribóia, Martim Afonso de Sousa, 303, 307
Arco, Fernão Domingues do, 139
Arcoverde, 366
Arcoverde, María do Espírito Santo, 366
Arosca, 235
Arrieta, Íñigo de, 146
Ataíde, Antonio de, 249, 258, 319
Ataíde, Fernão Cabral de, 363
Ataíde, Pero de, 192
Ataíde, Vasco de, 192
Aveiro (duque), 363
Ávila, García de, 282, 284, 351, 352, 363
Avis (dinastía), 218
Ayala, Pedro de, 148
Ayolas, Juan de, 74
Azambuja, Diogo de, 139
Azevedo, Inácio de, 305, 380, 381
Azevedo, Melchior de, 303-304
Azevedo, Simão de Miranda, 192, 212
Azpilicueta Navarro, Juan de, 368, 369

Barbosa, Gonçalo Gil, 191
Barcelos, Pero de, 175, 184
Barré, Nicolás, 290

Barros, António Cardoso de, 282, 313, 368
Barros, Cristóvão de, 305, 308, 322, 363
Barros, João de, 231-232, 270
Bastidas, Rodrigo de, 189
Beatriz, duquesa de Viseu, doña, 153
Berardi, Juanoto, 219
Biraroaçu-Mirim, 305
Bixorda, Jorge Lopes, 229, 332
Boil, fray Bernardo, 145
Bolés, João, 296
Borath, W., 63
Borges, Baltasar, 257
Borges, Pero, 282
Borja, Rodrigo, 143
Braga, Diogo de, 367
Braga, Domingos de, 367
Braga, Francisco de, 268
Braga, Jerónimo de, 367
Braga, João de, 231
Braga, Manuel de, 238
Braganza (duque), 173
Braganza, Álvaro de, 205
Brandenburger, Clemente, 333
Braudel, Fernand, 348
Brito, Jorge de, 233
Bryan, A. L., 39
Bureau, Juan, 243

Cabot, Sebastian, 242, 248
Caboto, João, 174, 207, 209, 215
Cabral, Pedro Álvares, 57, 67, 158, 184, 186, 199-201, 204-207, 209-215, 217, 219, 220, 222-225, 391
Cadogan, Léon, 127
Cais, Honorato de, 240
Calvino, Juan, 291, 293
Câmara, João Melo da, 248, 259
Caminha, Álvaro de, 259
Caminha, Pero Vaz de, 191, 202, 204, 206, 209, 211, 212
Camões, Luis de, 177
Capdeville, João, 321
Capico, Pero, 238, 242, 257, 338
Cárdenas, Gutierre de, 155
Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 74, 218, 239, 241, 244, 245, 247, 260, 264, 272-275, 290, 317, 325, 365
Carlos VIII, rey de Francia, 140, 149
Carlos IX, rey de Francia, 294
Carneiro, António, 191
Carneiro, Pedro de Alcáçova, 295
Cartier, Jacques, 260, 273
Carvajal, García López de, 148
Carvalhal, António de Oliveira, 284, 363
Carvalho, João Lopes de, 237
Castanheira (conde), 352, 363
Cavalcanti, Felipe, 366
Cavério, Nicolau de, 228
Caxa, Quirício, 375
Cazaza (conde), 147
Chanca, Diego Álvarez, 151
Chartier, Guillermo, 292, 293
Chaunu, Pierre, 63, 389
Chaves, Francisco de, 252, 253
Cinq-Mars, J., 39
Cisneros, Francisco Ximénez de, 208, 238
Clastres, Pierre, 63
Coadqungar, Ivo de, 243
Coelho, Duarte, 252, 261, 268, 269, 270, 339, 345, 355, 358
Coelho, Gonçalo, 219, 2220 222, 223, 224, 227, 230, 261
Coelho, João, 232, 234
Coelho, Nicolau, 187, 192, 194, 195, 212
Coimbra, fray Henrique de, 196
Coimbra, João de, 169
Colaço, Pero, 257
Coligny, Gaspar de, 289, 291
Colón, Bartolomé, 153, 185
Colón, Cristóbal, 139-147, 150, 151, 153, 158, 160-163, 165, 166, 172, 173, 183, 186, 189, 207, 209, 215
Colón, Fernando, 184
Cook, James, 182
Cook, N. D., 63
Cook, S. F., 63
Corço, Francisco, 234
Corço, Pero, 234
Corguillerait, señor Du Pont, Felipe de, 291
Correia, António, 252
Correia, Custódio Rodrigues, 282, 366
Correia, Gaspar, 242
Correia, Mendes, 41
Corte-Real, Gaspar, 184, 213, 225
Cortesão, Jaime, 204, 211
Cosa, Juan de la, 185, 189, 228
Costa, Álvaro da, 313, 319, 363
Costa, Duarte da, 286, 294
Costa, Gonçalo da, 366
Costa, Jorge da, 188

Coutinho, Fernando, 230
Coutinho, Francisco Pereira, 261, 281, 282
Coutinho, Gago, 214
Coutinho, Vasco Fernandes, 261, 270, 303, 314, 387
Couto, Diogo, 235
Covilhã, Pero de, 149, 150
Cubas, Brás, 257, 268, 300, 302, 363
Cunha, Bartolomeu de Vasconcelos da, 296
Cunha, Nuno Leitão da, 192, 214, 220
Cunha, Pero Vaz de, 197
Cunhambebe, 302, 303

Dall'Igna Rodrigues, Aryon, 53
Dantas, João Pereira, 295
Denevan, William M., 65
Dias, Bartolomeu, 139, 140, 149, 158, 159, 169, 170, 190-192, 195, 196, 207, 212
Dias, Diogo, 196, 201, 250
Dias, Luís, 282, 283
Dias, Pero, 145, 162, 366
Dulmo, Fernão, 139
Duperret, Jean, 251
Durand de Villegagnon, Nicolás, 289-294, 296-298

Ebrard, señor de Saint-Sulpice, Juan, 297
Eduardo VI, rey de Inglaterra, 275
Enciso, Martín Fernández de, 235
Enrique II, rey de Francia, 274, 288, 289, 294, 295
Enrique VII, rey de Inglaterra, 174
Escobar, Pero, 169, 196
Essomericq, 235
Este, duque de Módena, Hércules I d', 184
Estreito, João Afonso de, 139

Faras, João, 192, 197
Felipe I, rey de Castilla, 173
Felipe II, rey de España, 13
Felpa de Barbuda, António Bezerra, 269
Fernandes, João, 330
Fernandes, Valentim, 204, 333
Fernando II, rey de Aragón y V de Castilla, 143, 225, 233, 236, 238
Ferrante, rey de Nápoles, 148
Ferreira, Jorge, 367
Ferreira, Martim, 358
Ferreira, Vicente Martins, 252
Ferrer, Jaime, 151, 162, 163, 165
Figueira, Pedro, 269
Figueiredo, Jerónimo de Alarcão, 320
Figueiredo, João de, 285, 366
Fladmark, Knut, 42
Fonseca, Juan Rodríguez de, 146, 189
Fragoso, Brás, 302
Francisco I, rey de Francia, 240-243, 258, 272, 273, 275
Francisco II, rey de Francia, 294, 295
Francisco Javier, san, 368
Furtado, Afonso, 191

Galvão, Duarte, 213
Gama, Vasco de, 158, 168-171, 173, 177, 183, 187-193, 196, 198, 205, 207-209, 213, 222
Gamarra, Fernando, 155
Gamboa, Isabel de, 268
Gandâvo, Pero de Magalhães de, 92, 232
Garcia, Aleixo, 236
Garcia, Diogo, 247, 248, 254, 365
García, Miguel, 382
Gattinara, Mercurino, 241
Giraldes, Lucas, 320
Godinho, Vitorino Magalhães, 327, 335, 349
Góis, Damião de, 209
Góis, Luís de, 257, 271, 387
Góis, Pero de, 257, 268, 270, 282, 336, 358, 363
Gomes, Fernão, 227
Gomes, Jorge, 239, 242
Gonçalves, Afonso, 168, 169, 269, 271
Gonçalves, Baltasar, 249
Gonçalves, João, 268
Gonçalves, Rui, 307
Gonçalves, Vicente, 338
Gouveia, Pedro Álvares de, 191
Gouveia Senior, Diogo de, 243, 258, 259
Grã, Luís de, 305, 370, 378-381
Gruhn, Ruth, 42
Guaxará, 305
Guedes, Max Justo, 12, 201, 214
Guéret, Francisco, 243
Guerra, Cristóbal, 189
Guidon, Niède, 38, 42
Guise (duque), 290

Habsburgo (dinastía), 239, 241
Haro, Cristóvão de, 334
Harrison, John, 182
Henriques, Miguel, 284
Henríquez, Enrique, 155
Herrera, Lope de, 143, 161
Holanda, Arno de, 269
Holanda, Henrique de, 269
Humboldt, Alexandre von, 31

Ignacio de Loyola, san, 366, 368, 369, 370, 373
India, Gaspar de la, 188
Ipirú Guassú, 116
Isabel I, reina de Castilla, 140, 153-155, 162, 173

Jácome, Diogo, 368, 369
Jaguanharo, 316
Jamet, Juan, 243
Jaques, Cristóvão, 232, 237, 238, 242, 243, 244, 248, 259, 269
João II, rey de Portugal, 139, 140, 142, 143, 145-151, 153, 155, 156, 158, 160, 162-165, 167, 169, 208, 259
João III, rey de Portugal, 12, 239-245, 247, 248, 250, 252, 256, 258-260, 264-266, 271, 272, 275, 277, 279, 281, 282, 285, 290, 294, 317, 319, 339, 359, 368, 369, 378, 392
Juana I la Loca, reina de Castilla, 173, 218
Julio II, papa, 156
Julio III, papa, 279

Klink, Amyr, 214

La Motte, señor de, 250
Láinez, Diego, 380, 381
Lamego, José de, 149
Lathrap, Donald W., 53
Lavall (conde), 243
Lavrador, João Fernándes, 175, 184, 209
Le Gendre, Paris, 290, 291, 297, 302
Le Testu, Guillermo, 288, 289
Leitão, Domingos, 257
Leitão, Jerónimo, 257
Leite, Diogo, 242, 249
Leite, Duarte, 185
Leite, Gonçalo, 242, 243, 382
Leme, Antão, 257
Leme, Rui, 149
Lemos, Duarte de, 282, 363
Lemos, Gaspar de, 192, 198, 214, 217
León, Pero de, 155
Leonor de Austria, reina de Portugal, 173
Lepe, Diego de, 189, 207
Léry, Juan de, 63, 292, 388
Liétard, Nicolás, 294
Linhares (conde), 363
Lisboa, João de, 234
Lobato, Francisco Rodrigues, 363
Lobo, Catarina, 330
Lobo, Francisco, 338
Lobo, Joana, 330
Lobo, Mécia, 330
Lopes, Afonso, 195, 196
Lopes, Pero, 250, 252, 260
Loronha, Fernão de, 227, 229, 331, 332, 333
Lourenço, Brás, 303
Lourenço, Manuel, 282
Lourenço, Vicente, 249
Lucena, Vasco Fernandes de, 269
Luis XI, rey de Francia, 154
Luna, Ferno Peres de, 166
Lund, Peter Wilhelm, 47

MacNeish, R., 39
Magalhães, Gonçalves de, 305
Maiollo, Vesconte de, 227
Malapiero, 223
Maldonado, Rodrigo, 155
Manuel, Nuno, 334
Manuel I, rey de Portugal, 152-156, 165, 169, 172-174, 177, 178, 181, 187, 188, 190, 191, 197, 206, 208, 212, 213, 215, 218-223, 225, 227-229, 231, 233, 235, 237, 238, 332, 367
Maracajá-Guaçu, Vasco Fernandes, 303
Marchioni, Bartolomeu, 205, 219, 221, 225, 333
Margalho, André Fernandes, 363
Mariz, Antonio de, 386
Martins, Francisco, 333
Mártir de Anglería, Pedro, 190
Martius, Karl Friedrich von, 53
Masser, Cà, 332
Mauro, Frédéric, 327

Mauss, Marcel, 95, 110
Maximiliano I, emperador de Alemania, 155, 239
Medici, Lorenzo de Pierfrancesco di, 225
Médicis, Catalina de, 288, 294, 388
Medina Sidonia (duque), 142
Meggers, Betty J., 53, 68
Melo, Felipe Bandeira de, 269
Melo, Gonçalo Vaz de, 380
Melo, João Gomes de, 269
Melo, Pedro Bandeira de, 269
Mendoza, Alonso Vélez de, 189, 219
Mendoza, Pedro de, 260
Mendoza, Pedro González de, 162
Meneses, conde de Tarouca, João de, 220
Mesquita, Carlos, 13
Métraux, Alfred, 53, 127, 133
Molina, Luís de, 381, 382
Montaigne, Michel de, 372
Montalboddo, Fracanzano da, 231
Monteiro, Gonçalo, 260
Montes, Henrico, 257
Morelli, Benedicto, 333
Morgan, Lewis H., 95
Morland, R., 39
Moro, Tomás, 231
Mosquera, Rui, 268
Moura, Bastião, 235

Neto, Martinho, 191
Nicot, Juan, 298, 387
Niño, Pedro Alonso, 189
Nóbrega, Manuel de, 126, 282-284, 286, 287, 300-302, 304, 314, 330, 359, 368-370, 372, 375, 377-380
Noronha, García de, 233
Nova, João de, 218
Nunes, Leonardo, 368, 369
Nunes, Paulo, 252
Nunes, Pedro, 169
Núñez de Balboa, Vasco, 236
Ojeda, Alonso de, 189, 207, 213, 219, 220
Oliveira, António de, 257
Oliveira, Fernando, 349
Oliveira, Gonçalo de, 304
Ornesan, Bertrand d', 250

Pablo III, papa, 371
Padilla, Pero López de, 221
Pais, João, 346
Paiva, Manuel de, 287
Paraguaçu, Catarina, 285, 366
Pasqualigo, Pedro, 224
Paulmier de Gonneville, Binot, 235
Penteado (capitán), 270
Pereira, Duarte Pacheco, 149, 171, 174-184, 186, 187, 207, 209, 215
Pimentel, Ana, 286
Pina, Rui de, 145, 162
Pina, Simão de, 192
Pinheiro, Pero Lobo, 249, 253, 268
Pinto, Francisco, 257
Pinto, Rui, 257
Pinzón, Vicente Yáñez, 189, 190, 207
Piquerobi, 256, 316, 366
Pires, Antonio, 368
Pires, Jorge, 257
Pires, Luís, 192
Pisani, Domenico, 221, 223
Pizarro, Francisco, 273
Polanco, Juan de, 380
Polo, Marco, 166, 332
Portalegre (conde), 205

Ramalho, João, 254, 257, 366
Ramírez, Melchor, 238
Rangel, Cosme, 322
Reyes Católicos, 137, 141-155, 160-162, 164, 165, 172-174, 183, 187, 189, 207, 208, 218, 220-222, 233
Ribeiro, Afonso, 195
Ribeiro, António, 243
Ribeiro, Diogo, 233
Richier, Pedro, 292
Rivet, Paul, 41
Rocque, Jean François de la, 273
Rodrigo (maestre), 150
Rodrigues, António, 254, 287, 366
Rodrigues, Simão, 359, 368
Rodrigues, Vicente, 368, 369
Rondinelli, Pedro, 227
Ruiz de Montoya, Antonio, 135
Runhac, señor de, 258

Sá, Baltasar de, 314
Sá, Diogo da Rocha de, 363
Sá, Estácio de, 297, 302, 303, 304, 306, 307
Sá, Fernão de, 314
Sá, João de, 188
Sá, Mem de, 287, 294-297, 300, 302, 305-

307, 314, 315, 320, 321, 352, 355, 373, 377, 379
Sá, Salvador Correia de, 307, 322, 363
Saint-Blancard (vizconde), 252
Salema, António de, 308, 320, 321
Salvador, fray Vicente do, 393
Salvago, António, 205
Sande, Diogo Correia de, 363
Sande, Rui de, 143
Sardinha, Pero Fernandes, 279, 369
Schetz, Erasmo, 338, 363
Sebastián, rey de Portugal, 308, 320, 321, 349, 356, 370
Sequeira, João Soares de, 149
Sernigi, Jerónimo, 205
Serro, Gregório, 312
Seure, Miguel de, 295, 339
Shaden, Egon, 127
Silva, Aires Gomes da, 192, 212
Silva, Joaquim Norberto de Sousa, 199
Silveira, João da, 240, 244
Sixto IV, papa, 138
Soares, Francisco, 327
Soderini, Pedro, 231
Solis, João Dias de, 236, 238
Sousa, Baltasar Lobo de, 330
Sousa, Gabriel Soares de, 73, 76, 92, 388
Sousa, Heitor de, 249
Sousa, João de, 149, 250
Sousa, Martim Afonso de, 59, 99, 249, 250, 252, 254, 256-258, 260, 261, 268, 271, 286, 287, 335, 336, 338, 351, 363, 387
Sousa, Pero Lopes de, 249, 251, 253, 257, 261, 268
Sousa, Rui de, 149
Sousa, Tomé de, 281-286, 350-352, 359, 366, 368, 370, 377

Távora, Violante de, 319
Teixeira, Luís, 202, 318, 341
Teles, Gramato, 281
Terebé, 366
Thevet, André, 63, 127, 288, 289, 290
Tibiriçá (cacique), 254, 366
Tibiriçá, Martim Afonso, 287, 316
Tomé (santo), 126
Torre, Juana de la, 183
Torres, Antonio de, 150. 151
Torres, Fernando de, 155
Torres, Francisco de, 237
Torres, Miguel de, 359, 378
Toscanelli, 139
Tourinho, Pero do Campo, 320
Tournemouche, Maturino, 243
Tovar, Sancho de, 192, 212
Trevisano, Angelo, 221, 223
Turner, Christy, 42

Vale, Leonardo do, 385
Valois (dinastía), 241
Vasconcelos, Luís Fernandes de, 320
Vaz, Diogo, 252
Vaz, Estevão, 149, 153
Veiga, Lourenço da, 322
Velho, Bartolomeu, 318
Veniste, João, 338
Verde, Gerardo, 219
Verde, Simón, 219
Vespucio, Américo, 185, 186, 189, 213, 219, 220, 223, 225, 230, 231, 236
Viegas, Gaspar, 250
Vila Real (marqués), 173
Vizinho, José, 150

Waldseemüller, Martin, 231

Ye-pipo-uaçú, 116

ÍNDICE TOPONÍMICO

31 de Marzo (pico), 21
Abrolhos (archipiélago), 23, 202
Acaraí (sierra), 18
Acarajú (valle), 58
Acre, 15, 16
Açu (río), 25
— valle, 58
Adén (golfo), 150
África, 138, 141, 144-146, 148, 150, 151, 154, 156, 162, 164, 165, 169, 170, 177, 180, 184, 195, 198, 206-208, 215, 220, 222, 227, 240, 349, 360, 361, 382, 394
Agujas (cabo), 169
Agulhas Negras (pico), 21
Ail (río), 15
Alagoas, 19, 58
Alaska, 40
Alcáçovas (tratado), 137, 140, 142, 143, 147, 208
Alcázar de la Sal, 218
Algarve, 335
Amafiá, 16
Amapá, 22, 26, 58
Amazonas (río), 12, 18, 19, 22, 25, 26, 29, 34, 48, 51, 53, 54, 56, 64, 65, 77, 78, 88, 90, 180, 181, 182, 186, 232, 233, 235, 316, 317, 319
Amazonia, 26, 29, 31, 34, 44, 53, 69, 74, 78, 79, 91, 96
Amberes, 332, 333
Amboise, 294
América, 12, 15, 16, 38, 96, 180, 231, 238, 240, 260, 271, 275, 294, 297, 302, 311, 312, 317, 3128, 319, 338, 371, 382, 393
América Central, 83
América del Norte, 24, 38-40, 67
América del Sur, 15, 41, 43, 45, 67, 68, 69, 75, 81, 83, 182, 185, 233, 237, 247, 258, 261, 273, 288, 318, 365, 388, 391
América Latina, 15
Amoirés, 20
Amsterdam, 348
Andalucía, 219
Andes (cordillera), 17, 67, 68, 74, 77, 96, 99, 239, 388
Angola, 352, 361
Angoulême, 244
Anhangabaú (río), 286, 316
Anhembi, 316
Antártida, 41
Antillas (archipiélago), 67, 77, 142, 321
Apa (río), 98
Apodi, 19
— valle, 58
Aquitania, 275
Arabia, 227, 240
Aragón, 137, 140, 148, 206, 218
Araguaia (río), 25, 52
Araribóia, 307
Araripe, 19
Arévalo, 155
Argentina, 16, 55, 67, 68
Aripuanã (río), 54
Ariró, 60
Ártico (océano polar), 40
Artois, 241
Asia, 24, 39, 40, 42, 137, 142, 163, 166, 171, 178, 184, 189, 207, 208
Asunción, 98, 274, 285, 286

Atlántico (océano), 36, 40, 49, 137, 139, 140, 142-145, 147-152, 154, 156, 158-161, 163, 164, 167-169, 171, 174, 178, 180, 186, 191, 199, 206, 207, 209, 210, 213-215, 239-241, 245, 258, 261, 274, 296, 298, 391
Australia, 42
Azamor, 274
Azores (archipiélago), 138, 144, 145, 146, 151, 160, 248, 264, 284, 321, 329, 330, 335

Bahamas (archipiélago), 142
Bahía, 19-21, 23, 24, 52, 53, 59, 73, 79, 110, 130, 237, 242, 257, 267, 275, 279, 281, 284, 295, 296, 300, 302, 304, 309, 313-316, 319, 323, 327, 328, 330, 335, 336, 339-341, 345, 346, 349-352, 355, 356, 358, 359, 362, 363, 366, 368-370, 375, 377, 379, 382, 384, 385, 389, 390, 393
Bailique (archipiélago), 22
Bandeira (pico), 21
Barcelona, 161, 162, 173
— tratado, 148
Beberibe (río), 25, 269
Begoais (río), 254
Belén, 192
Belmonte (río), 23
Benguela, 361
Béring (estrecho), 39, 40
Bertioga, 79, 112, 116, 270, 284, 301
Bezeguiche, 220
Blanco (cabo), 15, 249
Blanes, 151
Bocaina, 20, 34
Bojador (cabo), 138, 140, 152, 227
Bolivia, 16, 42, 56, 63, 77
Borborema, 19, 58
Borgoña, 241
Botucatu, 20
Braga, 84, 350
Brest, 236
Bretaña, 236, 243, 251, 289, 293
Bristol, 174, 209
Buena Esperanza (cabo), 139, 149, 162, 169, 170, 183, 197, 198, 201, 210
Buenos Aires, 274
Buranhem (río), 195, 210
Burgos, 381

Cabaceiras, 27
Cabeluda (islote), 24
Cabo Verde (archipiélago), 138, 144, 146, 151, 152, 156, 160, 163, 166, 169, 170, 172, 182, 192, 207, 213, 230, 264, 335, 351, 352, 361
Cabralia (bahía), 195, 197, 198, 206, 210
Caburaí (monte), 15
Cachoeira (río), 25
Cádiz, 146, 147
Caen, 236
Caiapó (sierra), 20
Cairo (El), 149, 239
Caiubí, 287
Calcañar (cabo), 193
Calicut, 171, 183, 188, 190-192
Calicuxlí, 150
Camacuã (río), 25
Camamú, 58, 59
Camocim (río), 58
Campanha Gaúcha, 34
Campos Gerais, 34
Canadá, 40, 274, 288
Cananeia, 51, 57, 60, 98, 167, 224, 225, 234, 235, 237, 252, 291, 365
Cananor, 150
Canarias (archipiélago), 137, 138, 140, 143, 145, 161, 163, 192, 321
Canastra (sierra), 19, 20
Caparaó, 20, 21, 34
Capibaribe (río), 25
Cara de Co (monte), 304
Caraça (sierra), 34
Caraguatatuba, 60
Caravelas, 23
Cadarso (isla), 253
Cariris Novos, 58
Cariris Velhos, 58
Castilla, 137, 139, 140, 142-144, 148, 152, 165, 166, 181, 185, 187, 189, 190, 206, 208, 210, 213, 217-219, 221, 222, 225, 228, 229, 234, 236, 238, 317
Catai, 141
Cataio, 190
Caviana, 22
Cazaza, 152
Ceará, 19, 27, 55, 57, 58, 180, 267, 271
Cerro Frio, 20
Chaco, 67
Charlesbourg-Royal, 273
Chibata, 20

Chile, 67
China, 166, 185, 240
Chuí (arroyo), 15, 24
Cipango, 141
Cipó (sierra), 34
Cochim, 178
Coimbra, 368, 378, 379, 382, 386
Colombia, 67, 68
Concepción, 268, 285
Congo, 359, 361
Congonhas, 20
Contas (río), 23, 25
Corona Roja (islote), 195, 196, 211
Corrientes (río), 98
Corumbau (punta), 202
Crépy-en-Lannois (tratado), 273
Cricaré (río), 59, 314
Cristal (sierra), 21
Cruzeiro (pico), 21
Cuba, 142, 166
Cubatão, 20
Cumá, 316
Cuzco, 274

Dantzig, 348
Diamantina, 20
Dieppe, 235, 291
Doce (río), 23, 25, 269, 393

Ecuador, 63
Egipto, 240, 367
Enguaguaçu, 268
España, 13, 16, 73, 140, 186, 239, 241, 245, 260, 273
Española (La) (isla), 142, 172, 233
Espigo Mestre, 19
Espinhaço (sierra), 20
Espirito Santo, 19, 21, 23, 59, 80, 270, 284, 295, 296, 300, 302, 307, 309, 314, 329, 335, 339, 340, 341, 355, 370, 387
Europa, 24, 144, 161, 171, 184, 187, 206, 273, 293, 298, 318, 332, 333, 334
Évora, 382
Faro, 252
Fermoso (golfo), 185
Fernandina (isla), 142
Fernando de Noronha (archipiélago), 24
Fez, 137, 148, 152, 154, 227
Flandes, 241, 242, 331
Florencia, 225, 231
Frade (islote), 24
— río, 194
Funchal, 333
Francia, 16, 243, 251, 260, 273, 274, 288, 289, 291-295, 298, 299, 309, 388

Ganges (río), 190
Geral (sierra), 20, 21
Gerebatiba, 287
Geribiracica, 307
Gibraltar (estrecho), 152
Ginebra, 291, 293
Goa, 150
Gobernador (isla), 60
Goiás, 19, 20
Gorriti, 253
Granada, 140, 218
Guadalupe (isla), 151
Guanabara, 21, 242, 60, 99, 231, 237, 238, 249, 250, 252, 272, 289, 291, 295, 296, 299-305, 307-310, 316, 351, 355, 370, 379, 393
Guaporé (río), 53, 54, 55
Guarujá, 112, 254
Guatemala, 75
Guayana, 56
Guayanas, 17, 18, 20, 22, 77, 193
Guinea, 138, 145, 150, 162, 290, 358, 359, 361, 379, 382
— golfo, 201, 361
Gurupi, 17, 58

Hamburgo, 348
Harfleur, 235-236
Havre (El), 288, 291, 294
Holanda, 16
Honfleur, 235, 236, 292
Hornos (cabo), 41

Ibiapaba, 19, 58
Igaraçu, 250, 269-271, 332, 334, 338, 388
Iguaçu (río), 25, 253, 268, 307
Iguape, 51, 60, 268
— río, 25
Ijuí, 34
Ilhéus, 59, 80, 268, 284, 295, 296, 309, 315, 321, 329, 335, 339, 340, 346, 355, 369, 370

Illinois, 41
Imeri (sierra), 21
India, 139, 141, 142, 144, 145, 149-151, 156, 165-167, 169, 177, 183, 184, 187, 188, 196-192, 204-206, 209, 210, 220, 222, 223, 264, 276, 286
Índico (océano), 139, 140, 150, 156, 160, 166, 471, 188, 191, 194, 201, 205, 207, 209, 212-215, 227, 245, 258, 261
Inglaterra, 16, 139, 291
Inhaúma, 307
Iperuí, 301
Isabela (isla), 142
Itacolomis (arrecifes), 202
Itajaí (río), 25
Italia, 186, 241, 273, 398
Itamaracá, 58, 238, 252, 261, 268, 269, 275, 291, 329, 340, 341
Itamaraudiba (isla), 319
Itanhaém, 51, 285
Itapagipe, 282
Itapanhaú (río), 27
Itaparica (isla), 58, 319
Itapicuru (río), 25
Itapõa, 351
Itatioia (macizo), 21, 34
Ivinheima (río), 98

Jacuí (río), 25, 33, 54, 393
Jaguaribe (río), 25, 58, 180
— valle, 58
Jamaica, 151
Japón, 42
Japurá (río), 25
Javarí (río), 25
Jequirica (río), 25
Jequitinhonha (río), 23, 25
Jerusalén, 239
Jiparaná (río), 54
Juruá (río), 25
Jussara (río), 269

Kansas, 41

Laguna, 23, 24, 264
Laguna Santa, 46, 47
Laurentida, 40
Leipzig, 53
Lima, 75, 273
Limoeiro, 252
Lisboa, 12, 139, 142, 146, 148, 149, 158, 170, 171, 173, 176, 183, 184, 187, 192, 197, 198, 207, 209, 211, 212, 214, 217, 218, 220, 221, 223-225, 228, 230-232, 234, 235, 238, 242, 243, 247, 250, 252, 258, 270, 275, 282, 283, 290, 294-296, 300, 320, 330, 331, 333, 334, 348, 368, 379
Londres, 348
Lyon, 147, 251

Macacú (río), 307
Macaé, 19, 291
Madagascar, 150
Madeira (archipiélago), 138, 145, 151, 161, 172, 248, 257, 264, 329, 333
— río, 25, 34, 53-56, 98
Magreb, 274
Malabar, 150, 227
Malaca, 236
Málaga, 252
Mambucaba, 60, 114
Maniçoba, 312
Manicongo (río), 223
Mantiqueira (sierra), 20
Mar (sierra), 20, 21, 23, 27, 286
Maracá, 22
Maracaju (sierra), 20
Maracan (bahía), 167
Marajó (archipiélago), 22, 34, 55, 58, 180, 233
Maranhão, 24, 52, 58, 34, 66, 182, 183, 186, 232-234, 267, 270, 316
— río, 19, 22
Marruecos, 210, 258, 264, 274
Marsella, 250, 251
Martim Vaz (islas), 24
Mato Grosso, 16, 19-21, 27, 34, 35, 55
Meadowcroft Rockshelter, 39
Mearim (río), 25
Meça, 152
Medina del Campo, 150
Medio (islote), 24
Mediterráneo (mar), 146, 148, 220, 250, 298
Melilla, 152
Melinde, 190, 191
Mesoamérica, 67
México, 63, 67

Milán, 273
Mina, 139, 145
Minas Gerais, 19-21, 27, 46, 47
Miño (región), 329, 344
Miranda (río), 21
Mirim (lago), 24
Mississippi (río), 26
Moa (río), 15
Moçoró (río), 25
Molucas (archipiélago), 184, 269, 241, 244
Mondego, 335
Montemor-o-Novo, 169
Montevideo, 60
Mozambique, 150
Mucuri (río), 23, 25
Mucuripe (río), 58
Mutari (río), 196, 198, 211

Nao (cabo), 152
Nápoles, 273
Navarra, 140, 155
Neblina (pico), 21
Negro (río), 26
Nilo (río), 26
Normandía, 251, 258, 288, 289, 292, 298
Norte (cabo), 22
Nueva Lusitania, 269, 271, 339, 340, 341, 366
Nuevo México, 38

Oceanía, 38
Oiapoque (río), 22, 58, 180
Olinda, 269, 270, 338, 370, 379
Oporto, 348
Orgãos, 20, 34, 307
Orinoco (río), 71, 74, 88, 163
Ormuz (golfo), 150
Oro (río), 152
Ouro Preto, 20
Ovos (islote), 24

Pacaraíma (sierra), 18, 21
Pacífico (océano), 40, 42, 43, 137, 236, 239, 245, 261
Pan de Azúcar (monte), 304
Panamá (estrecho), 41, 236
Pará (río), 19, 22, 49, 58, 66, 96, 167, 180, 183, 186, 233, 250, 264, 267
Paraguaçu (río), 25, 313, 316, 319, 320
Paraguay, 16, 55, 56, 64, 74, 286
— río, 21, 25, 35, 53, 54, 98, 99, 252, 258
Paraíba, 15, 19, 27, 58, 249, 271, 309, 322, 326
Paraíba del Sur, 25, 267, 335, 358
Paraná, 16, 17, 19, 20, 23-25, 54, 98, 239, 247, 250, 253, 258, 287
Paranaguá (bahía), 24
Paranapanema (río), 25, 98
Paranapiacaba, 20, 257, 286
Paranapuã, 300
Parati, 20, 79
Paratijí, 79
Pardo (río), 23
Parecis, 19, 56
Paria, 189, 190, 228, 229
París, 148, 225, 244, 258, 275, 291, 292, 293, 295, 297
Parnaíba (río), 22, 23, 25
Patagonia, 43, 60
Patos (lago), 24, 57, 60
Pensilvania, 39
Percaauri (cabo), 249
Pereira, 58
Perizes, 17
Pernambuco, 19, 30, 232, 238, 239, 243, 249-252, 257, 259, 261, 264, 268-270, 275, 285, 305, 316, 320, 327-329, 332, 333, 335, 336, 339-341, 345, 346, 350, 352, 354, 361, 363, 366, 369, 370
Perú, 43, 63, 273, 317
Piauí (río), 19, 22, 42, 52, 58, 352
Pikimachay de Ayacucho, 43
Piranhas (río), 25
Pirapama (río), 346
Pirara (río), 18
Piratininga, 98, 257, 258, 268, 284, 286, 287, 302, 304, 309, 312, 393
Pirineus (sierra), 19
Plata (río), 12, 16, 60, 68, 74, 233-238, 241, 245, 247-250, 253, 254, 259, 260, 264, 275, 285, 291, 317-319, 327, 334, 393
Porto Alegre, 49
Porto Santo (isla), 172
Porto Seguro, 59, 202, 217, 223, 224, 228, 268, 275, 284, 296, 309, 321, 329, 335, 339, 340, 368, 369, 370, 385, 391
Potosí, 273, 275, 284
Póvoa do Varzim, 348
Puciari, 34
Puerto de los Patos, 238

Puerto Rico, 151
Punta del Este, 234
Purus (río), 25, 34

Ragusa, 348
Rasa (islote), 24
Rata (islote), 24
Ratier (isla), 291
Real (río), 25, 58, 321
Recife, 345
República Italiana del Adriático, 332
Río Claro, 46
Río de Janeiro, 19, 20, 24, 49, 52, 73, 79, 261, 267, 271, 285, 297, 299-301, 304, 305, 307-309, 319, 321, 322, 329, 341, 352, 370, 393
Rio Grande do Norte, 19, 23, 33, 558, 224, 267, 309
Rio Grande do Sul, 13, 15-18, 20, 21, 24, 30, 33, 46, 49, 55, 57, 98
Rocas (atolón), 24
Rochelle (La), 273
Rocosas (cordillera), 40
Rojo (mar), 227
Roma, 142, 146, 149, 153, 154, 156, 190, 371
Roncador (sierra), 19
Rondônia, 19
Roraima, 15, 21
Ruán, 235, 258, 288, 298, 331

Safim, 274
Saint-Malo, 236, 260
Salvador de Bahía, 51, 58, 282, 285, 294, 295, 321, 328, 350
Samorim, 189
San Agustín (cabo), 160, 182, 200, 217, 218, 224, 232, 321
San Alejo (isla), 250, 251
San Antonio (isla), 268
San Antonio de Cabo Verde (isla), 185
San Bernabé, 307
San Brás (bahía), 205
— río, 198
San Francisco (río), 25, 27, 52, 58, 193, 224, 242, 284
— valle, 58, 352
San Francisco del Conde, 336
San Francisco del Sur (bahía), 24, 33
San Jorge (cabo), 217
San Jorge de Mina, 177
San José (bahía), 24
— islote, 24
San Juan (isla), 229, 230, 233
San Lorenzo (río), 273
San Luis (isla), 316
San Marcos (bahía), 22, 24
San Mateo (río), 59
San Miguel (isla), 284
San Pablo (roquedo), 24
San Pedro (roquedo), 24
San Ramón Nonato, 43, 44
San Roque (cabo), 23, 160, 170, 193, 200, 224, 232
San Salvador (isla), 142
San Sebastián, 305
San Vicente, 24, 50-51, 249, 254, 256, 257, 260, 261, 268, 270-272, 284-286, 296, 297, 300-302, 304, 309, 321, 327, 329, 334, 335, 339-341, 346, 353, 367, 370, 379, 380
Sanlúcar de Barrameda, 171, 236
Santa Catalina (cabo), 139
Santa Catarina, 16, 19, 20, 23, 24, 33, 79
Santa Cruz del Cabo Gué, 274
Santa Lucía, 321
Santa María (cabo), 234, 235
— río, 249, 253
Santana, 261, 267, 346, 357
Santarém, 29, 96
Santiago (isla), 172, 182
Santiago de Chile, 274
Santo Amaro, 79, 112, 254, 261, 270, 329, 336, 340
Santo André da Borda do Campo, 284, 287, 316
Santo Tomé, 138, 257, 259, 267, 270, 335, 339, 358-360
— cabo, 59
— sierra, 224
Santos, 23, 49, 51, 79, 268, 271, 285, 296
— bahía, 24
São Lourenço (río), 21
São Mateus (río), 23, 25
São Paulo, 13, 16, 19, 20, 24, 27, 33, 46, 50, 57, 79, 98, 167, 287, 296, 301, 366, 370, 385, 393, 394
Seixas (punta), 15
Sela Gineta (islote), 24
Senegal, 220
Sergipe, 19, 58, 346, 348, 357
Setúbal, 155

Sevilla, 185, 213, 228, 233, 236, 258, 317
Shetland del Sur (archipiélago), 41
Siberia, 39, 40
Siena, 149
Sierra Leona, 169
Sofala, 150, 190
Solís Grande, 254
Sus, 152

Tajo (río), 169, 187, 214, 218, 220, 222, 239, 248, 249, 260, 321
Tamandiba, 287
Tamanduateí (río), 286
Tapajós (río), 25, 56, 186
Taperinha, 96
Tapuitapera, 316
Taquaraçu-Tiba, 60
Taquari (río), 21
Tatuapara, 350, 352
Tehantepec (istmo), 63
Tenochtitlán, 63
Terra de Miranda, 147
Terranova, 225, 260
Thailandia, 261
Tibagi (río), 98
Tibiriçá, 287
Ticoaripe, 60
Tierra del Fuego, 41
Tietê (río), 25, 56, 98, 258, 287
Tijoca (punta), 22
Timbebas (arrecifes), 202
Tinharé (isla), 58
Tocantins, 19, 22, 25, 52, 53
Todos los Santos (bahía), 23, 24, 59, 193, 224, 230, 282
Toledo, 137, 173
Tordesillas (tratado), 12, 16, 137, 142, 155, 156, 165-168, 172, 178, 182, 183, 207, 212, 220, 228, 247, 261, 318
Toscana, 219
Tremecém, 148
Trinidad (isla), 24, 230
Tubarão, 20, 25
Tumucumaque (sierra), 18
Tupinambarana (isla), 316
Turiaçu (río), 25, 183

Uaupés, 72
Ubatuba, 60
Uruçu-Mirim, 300, 305, 306
Uruguay, 16, 55, 67
— río, 25, 54, 60

Vacaria, 34
Valencia, 143, 173
Veadeiros, 19
Venecia, 187, 224, 225, 348
Venezuela, 21, 45, 67
Viana do Castelo, 329, 348
Vila Velha, 282, 284, 369
Vilaganho (isla), 306
Vimioso, 147
Vitória, 268, 303, 314, 316
Vizcaya, 146
Voltas (cabo), 159

Windsor (tratado), 140
Wisconsin, 41

Xingu (río), 25, 52, 54, 56

Yucatán, 74
Yukón, 40

Zaragoza, 173
— tratado, 137, 245
Zeila, 150

El libro *Portugal y la construcción de Brasil,* de Jorge Couto, forma parte de la Colección «Portugal y el Mundo», cuyos títulos analizan la acción desarrollada por Portugal, centro pionero en los descubrimientos y la expansión ultramarina en América, África y Asia.

COLECCIÓN PORTUGAL Y EL MUNDO

- Historia de la navegación portuguesa.
- Portugal y las islas del Atlántico.
- Portugal entre dos mares.
- Portugal y Oriente: el proyecto indiano del Rey Juan.
- Portugueses en Brasil en el siglo XX.
- Portugal y la construcción de Brasil.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 006684